«Divertida, vulnerable y cercana.
Mack escribe historias ardientes y llenas de pasión.»

—**HANNAH GRACE**, autora superventas de *Romper el hielo*

Juega conmigo



BECKA MACK

VeRa



LA NOVELA ROMÁNTICA SOBRE HOCKEY QUE HA ARRASADO EN TIKTOK.

UN JUGADOR ENTREGADO LUCHA POR CUMPLIR LA REGLA NÚMERO UNO DEL EQUIPO: NO ACERCARSE A LA HERMANA DEL CAPITÁN.

Garrett Andersen sabe que jugar al hockey profesional exige una dedicación absoluta a las normas. Solo hay una que le está resultando imposible cumplir: mantenerse alejado de la hermana pequeña de su capitán.

Como bailarina profesional, Jennie Beckett sabe lo que hace falta para destacar. Se enorgullece de ser tan segura y audaz como su hermano, descarada hasta decir basta y la única dueña de su propio placer. No es de extrañar que Garrett no pueda mantenerse lejos de ella… aunque se le olviden las palabras cada vez que la tiene delante.

Jennie preferiría evitar al compañero de equipo de su hermano, sobre todo después de varios encuentros embarazosos, pero de pronto se convierten en vecinos. Y a medida que la conexión entre

ellos se intensifica, Garrett y Jennie deciden divertirse un poco, sin ataduras. Con sus agendas apretadas y la desaprobación de su hermano, saben que mantenerlo casual y discreto es la jugada más inteligente.

Pero ¿qué pasará si los sentimientos se interponen? Al fin y al cabo, se suponía que solo estaban jugando el uno con el otro…

BECKA MACK adora escribir romances que hacen suspirar, con personajes entrañables y con defectos, mucho humor y una buena dosis de drama que acelera el corazón camino al «felices para siempre». Vive en Canadá con sus hijos y sus bebés de cuatro patas.

Juega conmigo

BECKA MACK



Para todos aquellos que alguna vez han sentido que estaban dispuestos a adaptarse para encajar en el molde que otra persona había establecido sobre ellos…

No dejes de brillar por nadie.

Las personas adecuadas querrán disfrutar de tu luz, no robártela.

Hasta que eso suceda, disfruta todo lo que puedas.

Tú eres suficiente tal como eres.

1
¡DESCANSO, SOLDADO!

Garrett

—Mierda. Te lo dije.

Me río y extiendo la mano, doblando los dedos hacia la palma de la mano tres veces, el símbolo internacional de «paga ya, colega».

Adam Lockwood, uno de mis mejores amigos y compañero de equipo, inclina la cabeza hacia atrás con un gruñido, como si no pudiera creer lo que está sucediendo. Yo tampoco puedo creer que esto esté pasando. Para ser claro, lo increíble era que Adam hubiera tenido fe en el novio.

Se pone de pie, busca su cartera en el bolsillo trasero y luego se deja caer de nuevo en el asiento, refunfuñando mientras cuenta un fajo de billetes. Me pone un billete de cien dólares en la mano y luego otro en la de Emmett.

Adam dirige su mirada hacia Carter, el capitán del equipo, el novio, un tipo que en este momento no tiene ni idea de qué decir frente a doscientas personas.

Acaba de revelar accidentalmente que su flamante esposa está embarazada.

—Tenía fe en ti, Carter —se queja Adam. Pretende esconderse tapándose la cara con las manos cuando Cara y Jennie se suman

haciendo gestos con las manos para reclamar su parte de las ganancias—. ¡Oh, venga ya!

Adam es un gran tipo. El mejor tío que conozco, de verdad. Tiene una fe infinita en todo el mundo. En ocasiones, su fe delata… exceso de confianza en quien no debería. Como ahora.

Porque Carter Beckett es bueno para dos cosas: jugar al hockey y amar a su esposa, Olivia. Pero guardar secretos no es lo suyo.

—También tengo que pagarle a Olivia —murmura Adam—. Incluso ella apostó a que Carter metería la pata. ¿Soy el único que creyó en él?

Se escucha un «sí» colectivo de toda la mesa y Adam se cubre la cara con las manos. Justo entonces, Holly, la madre de Carter y Jennie, le pone la mano en el hombro, y me parece que mi amigo está a punto de echarse a llorar.

—Acabo de perder seiscientos dólares en dos minutos porque ese tipo no ha podido mantener la boca cerrada durante una maldita noche.

Holly se guarda sus ganancias.

—Amo a mi hijo, pero a Carter le gusta la atención y no tiene ningún filtro. Lo heredó de su padre. No culparía a Olivia si esta noche tiene que dormir en el sofá.

Como si fuera una señal, la joven novia pasa caminando, furiosa, seguida de cerca por Carter.

—Y esta noche, de esto nada de nada —le espeta Olivia, haciendo una pausa para señalar con una mano la mitad de su cuerpo de la cintura para abajo—. Nada, ¿me oyes?

Carter corre tras ella, jadeando con la boca entreabierta.

—¡Ollie! ¡Ha sido un accidente! ¡No puedes cortarme el acceso! ¡Eso no!

—Sabía que esta iba a ser la boda más entretenida de la historia. —Robo el trozo de pastel de chocolate que Adam aún no ha terminado y me lo meto en la boca. Hay galletas Oreo trituradas en el relleno cremoso de chocolate. Está increíblemente rico—. Caw-ter e Ow-wie podluían tenehr su plopio plograma de televisión.

—¿Sabes qué ayudaría un montón? —Las cejas perfectamente delineadas de Jennie se alzan mientras dirige una mirada acusadora

hacia mi boca—. Por Dios, traga antes de hablar.

Dejo de masticar y, cuando nuestras miradas se encuentran, me escuecen los oídos. Jennie es una Beckett, de eso no hay duda: una sabelotodo sin filtro como su hermano mayor, con sus mismos hoyuelos y su sonrisa irritante. Pero mientras que los ojos de Carter son de un verde profundo, los de ella son de un azul suave y frío, casi con un tenue matiz de violeta. Bonitos. O eso dicen.

Trago saliva, dejo el tenedor y me aclaro la garganta, mientras el alcohol que he consumido me empuja a responder algo que normalmente tendría demasiado miedo de decir:

—Si quieres un poco, solo tienes que pedirlo, Baby Beckett.

—No soy una bebé —responde ella, cruzando los brazos en un gesto caprichoso. Eso hace que sus pechos perfectos queden realzados, lo que intensifica aún más el efecto sexual que causa el reluciente vestido de color arándano que lleva.

Borro el pensamiento tan rápido como se forma, preocupado por si Carter tiene un oído supersónico cuando se trata de su hermana, y pueda, por ejemplo… escuchar mis pensamientos o alguna de esas cosas locas. Lo he visto pelear en el hielo suficientes veces para saber que no quiero ser el receptor de su ira. Me gusta mi cara tal como es, no necesito ningún retoque.

Adam aparta su plato cuando voy a buscar otro trozo de pastel.

—Eh, que es mi pastel. —Ignora mi cara haciendo pucheros y se lo ofrece a Jennie—. ¿Quieres?

Se me escapa un jadeo y me quedo boquiabierto.

—Garrett, cariño. —Holly me pone una mano sobre el hombro—. ¿Dónde está tu cita?

El calor me sofoca tanto que noto como si unas garras apretaran mi garganta.

—No he traído ninguna chica —murmuro. Tenía algunas opciones, pero preferí no darle a nadie una idea equivocada. Creo que las bodas son algo especial.

—¿Por qué no? Eres un hombre muy guapo, cariño.

Me rasco la cabeza y bajo la mirada hacia mi plato vacío.

—Gracias, señora Beckett. —Entrecierro los ojos para mirar a Jennie, que lanza un resoplido—. ¿Y tu cita, Baby Beckett?

—No estoy saliendo con nadie y no tengo ningún deseo de hacerlo.

Holly suspira y se deja caer a mi lado.

—Por el amor de Dios, Jennie, acabo de solucionar el problema de lo que cariñosamente llamo «mi hijo». Por favor, no te conviertas en el nuevo problema. —Holly se gira hacia mí y me mira con los ojos brillantes—. Mira, si tú no estás saliendo con nadie y ella no está saliendo con nadie…

Cara y Emmett se apoyan sobre la mesa al mismo tiempo, partiéndose de la risa.

—No —dice Cara con la voz entrecortada, secándose las lágrimas que corren por sus mejillas—. Por todos los cielos, ¿os lo imagináis? Holly, Garrett nos cae bien. No queremos que muera. Carter lo mataría.

—¿Y qué hay de ti, Adam? —Holly le sonríe—. Eres tan dulce. A Carter jamás se le ocurriría matarte.

Jennie lanza los brazos al aire.

—¡Mamá! ¿Puedes dejar de intentar «colocarme» como si fueras un proxeneta? Y para tu información, no me interesa salir con ninguno de estos fracasados. —Le da unas palmaditas en la mano a Adam—. Lo siento, Adam. Tú no eres para nada un fracasado. —Una mueca se dibuja en la comisura de su boca cuando me mira. Se detiene en mi clavícula, donde la corbata cuelga floja. También llevo los últimos botones de la camisa desabrochados. Sus ojos se posan en los míos y un destello juguetón, o más bien malvado, brilla en ellos.

Quiero fruncir el ceño, pero en lugar de eso termino observando a Jennie con detenimiento: mis ojos recorren el tono rosado de sus pómulos pronunciados y su cabello castaño rizado que cae sobre sus delgados hombros. Es tan sexi que parece de otro planeta. Siempre que está cerca, en lo único que puedo pensar es en cómo sería meternos los dos en un armario, o en doblarla sobre la mesa y…

Me inclino hacia delante con un gruñido y me llevo mano a la rodilla debajo de la mesa para intentar calmar el dolor del golpe mientras miro con enfado a Adam.

—Eh, ¿qué mierda…? ¿Qué te pasa?

Su voz adopta un tono profundo y aterrador.

—Sabes exactamente qué me pasa. Ya que estás, ¿por qué no le sacas una maldita foto, eh? Así lo tendrás para la eternidad.

Joder, ¿qué sentido tiene tener ojos si no puedo usarlos para apreciar a una mujer increíblemente sexi? Me gustaría saber la respuesta.

Excepto que Adam tiene razón (como casi siempre). No tengo ninguna intención de acostarme con la hermana menor de uno de mis mejores amigos, así que mantengo mis ojos a raya durante el resto de la noche. Bueno, en realidad, eso no es lo que ocurre, pero al menos lo intento. Lo juro.

No sé bien cómo, pero acabo de pie junto a la barra, mirando cómo se desenvuelve Jennie en la pista de baile. Los gruesos rizos le caen en cascada por la espalda, y sigo la línea del vestido escotado hasta ese trasero redondo y estelar que rebota de un lado a otro al compás de la música. Tiene una cintura estrecha y unas caderas anchas, del tipo que quiero rodear con mis manos y…

—Anda, invítala a bailar.

—¿Qué?

Miro a Emmett, luego vuelvo a mirar a Jennie y repito:

—¿Qué?

—Parece que estás deseando bailar con ella.

—¿Qué? No, no*. —¿Estoy gritando?*

—¿Por qué gritas?

—No estoy gritando. —*Estoy gritando.*

Emmett arquea una ceja, toma un trago de cerveza y me empuja hacia las chicas que están en la pista de baile. Su mujer me agarra al vuelo y tira de mí hacia ella usándome para impulsarse y dar vueltas más rápidas.

—Vamos, osito Gari-ñoso. —Cara hace pucheros al tiempo que los brazos de Emmett la rodean, acercándola a su pecho—. Mueve el culo, nene.

—Yo no… Mi culo no… No sé…

—Por Dios. —Jennie me mira con desdén mientras va marcando el compás de la música con sus caderas—. ¿Te falta ritmo, Andersen?

Pone los ojos en blanco cuando parpadeo sin decir palabra, luego entrelaza sus dedos con los míos y me atrae hacia ella. Nuestros cuerpos chocan con entusiasmo y yo empiezo a emanar calor desde mi interior hacia fuera. Cuando ella se da la vuelta y coloca su trasero a centímetros de mi polla, siento que voy a desmayarme.

Sus cálidas manos se deslizan sobre las mías, guiándolas hacia sus caderas, que siguen balanceándose al ritmo de la música y Emmett me guiña un ojo como si yo no hubiera sufrido un cortocircuito en ese mismo momento.

—Mueve esas malditas caderas —gruñe Jennie.

—No sé… No sé cómo.

Sus ojos entrecerrados me miran por encima del hombro. Su mirada se suaviza cuando ve que me sonrojo. Jennie suspira despacio.

—Solo muévete conmigo, Garrett. No es tan difícil ¿Cómo coño cautivas a tantas mujeres?

—Últimamente la cosa está muy floja —digo sin pensar, y cierro la boca de golpe. Luego vuelvo a abrirla, aunque sin saber por qué—. No han sido tantas… Quiero decir, conocí a una chica la semana pasada en Pittsburgh y casi… —El cuerpo de Jennie se queda quieto bajo mis manos. Me aclaro la garganta.

—Sí, voy a dejar de hablar de mi vida sexual ahora mismo.

—Suena más bien a falta de vida sexual, machote.

Ni que me hiciera falta el maldito recordatorio. Emmett y Cara se casaron este verano y Carter prácticamente ha estado mentalmente casado con Olivia desde que se conocieron el año pasado, porque la verdad es que ella lo ha mantenido fuera de juego durante un buen tiempo. Adam todavía está bastante hecho mierda desde que hace unos meses descubrió que su novia, con la que tuvo una larga relación, lo había engañado, pero está mil veces mejor sin ella.

Por eso, durante el primer mes y medio de nuestra temporada de hockey, después de los partidos me he estado emborrachando solo con mis compañeros de equipo, unas noches que transcurrían en el hotel rodeado de tíos, engullendo comida basura y jugando a la Xbox, mientras los calzonazos de mis compañeros de habitación

mantenían conversaciones que prácticamente eran sexo telefónico con sus mujeres. Y yo, en sequía total.

Esa debe de ser la única razón por la que en este momento estoy considerando llevar a la hermana menor del capitán del equipo al baño, subirla al tocador y ver de qué color es su ropa interior.

Pero, aparte de ser total y completamente intocable, Jennie también me da un miedo considerable. Es atrevida, segura de sí misma y muy descarada. Me resulta casi imposible quitarle los ojos de encima cuando estamos en un mismo lugar. Excepto cuando ella mira en mi dirección. O cuando el que me mira es Carter.

Como ahora mismo, en el preciso instante en que mis manos se deslizan sobre las caderas de su hermana, hasta llegar a la cintura, sujetándola fuerte. Y mucho más fuerte cuando los ojos de él se posan sobre mí.

—Garrett —gime Jennie—. Me haces daño.

—Garrett. —La voz dura de Carter me provoca un escalofrío de terror. Mi amigo me lanza una mirada penetrante directamente a las manos.

—¡Eh! —Se me escapa una especie de grito, mientras aparto a Jennie lejos de mí de un empujón—. Yo no la estoy tocando —digo por encima del hombro mientras salgo corriendo de la pista, dejando a Jennie allí en medio, sola. No parece que eso la haya impresionado. Lo que hace es devolverme una mirada casi tan aterradora como la del propio Carter, aunque este ya está haciendo girar a su hermosa novia y a su golden retriever por la pista de baile al mismo tiempo.

Me deslizo por el pasillo, me apoyo contra la pared y me paso las manos por el rostro cansado.

—Necesito follar.

—Puedo ayudarte con eso.

Una bella pelirroja se detiene frente a mí y saca una servilleta y un pintalabios de su bolso. Presiona la servilleta contra mi pecho y garabatea algo sobre ella.

¿Estoy impresionado por lo fácil que ha resultado o es que simplemente quiero volver a casa y devorar una caja de galletas

Pop-Tarts? No estoy seguro, pero cuando veo venir a Jennie caminando por el pasillo, se me dispara la presión arterial.

La pelirroja me mete su número de teléfono en el bolsillo de la camisa y, acercándose a mi mejilla, me susurra:

—Llámame.

El ceño fruncido de disgusto de Jennie es tan aterrador que no puedo apartar la mirada. Pone los ojos en blanco para demostrar su fastidio, se da la vuelta y se dirige al baño, y mis pies la persiguen.

—¡Espera, Jennie! Yo no… No voy a… No iba a…

—No me importa, Garrett. Persigue todas las faldas que quieras. Pero quizá no deberías liarte con la chica que ha venido con uno de tus compañeros defensas.

—¿Qué? —Miro a la pelirroja y capto un guiño antes de que desaparezca—. No, pero yo… yo… —Agacho la cabeza y me froto la nuca. Me arden las orejas—. No iba a hacer nada.

—Pero la cosa ha estado muy floja últimamente, ¿no? —murmura Jennie, sonriendo. Saca una toallita húmeda de su pequeño bolso dorado y me la arroja antes de abrir la puerta del baño con la cadera —. Tienes pintalabios en la mejilla, malote.

De alguna manera, logro borrar la marca del beso con la ayuda de Adam, que termina limpiándome la cara, lo que provoca murmullos y risitas de todas las chicas. Cuando Carter y Olivia suben a su limusina al final de la noche, mi euforia se ha desvanecido, tengo los brazos cruzados como si estuvieran permanentemente pegados al pecho y cada palabra que sale de mi boca es un gruñido. Ni siquiera el perro que jadea a mis pies puede animarme en este momento.

No quiero ni saber con qué artimañas ha logrado Carter que le dejaran traer a Dublin al salón, pero no me sorprende. El tipo abre la boca y conquista a todo el mundo. Además, resulta que los golden retrievers se ven muy elegantes con esmoquin.

—¡Ven aquí, Dub! —Jennie lo llama, dándose palmaditas en los muslos—. ¡Hoy te vuelves a casa con tu tía favorita! ¡Sí, sí, mi perrito guapo!

—Eres su única tía.

Ella se cruza de brazos, atrayendo mi mirada hacia su espectacular escote por enésima vez en la noche. Luego miro el movimiento de

su cadera izquierda cuando ella se balancea hacia ese lado, lo que hace que se abra la abertura lateral del vestido a la altura del muslo, mostrando unas piernas fenomenales, bien tonificadas.

—Cállate, idiota.

—Deberíamos llamarte «solecito» —refunfuño en voz baja—, por la calidez que todos sienten cuando te ven. Siempre tan agradable y feliz, todos los putos días.

Por Dios, la inconsciencia que me está dando el consumo ingente de alcohol va a acabar conmigo esta noche.

Los ojos azules se estrechan.

—Sube al coche de una puta vez, osito Gari-ñoso.

—Sí, señora.

Me deslizo hacia la parte trasera de la limusina que me espera y tomo asiento junto a Hank, mientras todos los demás se amontonan detrás de mí.

Hank es un joven de ochenta y cuatro años, uno de los mejores amigos de la familia de Carter, además de una especie de abuelo para Jennie. Es un tipo genial. Solía ser el dueño de Dublin, lo que probablemente explica por qué el perro salta sobre mí golpeándome los testículos para desplomarse en su regazo.

—Hijo de puta —gruño, agarrándome las pelotas.

Hank ríe.

—Esta noche estás recibiendo una verdadera paliza. —Suspira suavemente, satisfecho y feliz—. Qué boda tan hermosa. Olivia estaba preciosa esta noche.

Cara se ríe disimuladamente mientras pasa los dedos por el cabello de Emmett, sentada sobre su regazo. Sospecho que es porque sabe que Hank es ciego desde los quince años, pero nunca deja pasar la oportunidad de halagar a una mujer.

Suspirando, me hundo en el asiento y cierro los ojos, ahogando la discusión sobre la colosal metida de pata de Carter con el anuncio del embarazo. Adam todavía está molesto por haber perdido tanto dinero y Holly está haciendo una lista de nombres para su primer nieto. Carter y Olivia han decidido que no quieren saber el sexo del bebé antes de que nazca. Olivia dice que no quiere pasarse todo el embarazo repitiéndole a Carter que su hijo jamás se llamará Carter

júnior si es niño, pero yo creo que más bien se debe a que a Carter le da pánico que pudiese ser una niña. Para él, la negación ha sido casi siempre el mejor remedio.

Cuando llegamos a casa de Holly y Jennie, Dublin está dormido en mi regazo con la nariz metida en la chaqueta de mi traje y la lengua de Cara está hundida en la garganta de Emmett. No oigo más que los ronquidos suaves de Dublin y el intercambio de saliva, acompañado por algún susurro ocasional de Emmett sobre todas las formas en que van a hacerlo esta noche.

Salto por la puerta en el momento en que se abre.

—Ayudaré a Hank a entrar.

Adam también sale disparado a la acera.

—Yo también.

Una vez que Hank está instalado en el dormitorio de invitados, Holly comienza a llenarnos las manos de unas golosinas caseras apenas entramos en la cocina.

—Ya he empezado a hornear cosas ricas para Navidad —dice mientras vuelve a guardar en el congelador una bolsa llena de un manjar celestial en forma de bolas de mantequilla de cacahuete y chocolate—. Estamos apenas en noviembre, así que sí, eso es un problema. —Nos da un beso en las mejillas antes de alejarse por el pasillo—. Esta mamá necesita irse a la cama antes de que se despierte y se dé cuenta de que todo esto no ha sido más que un sueño, y que aún no he conseguido casar a mi hijo con una mujer maravillosa que está dispuesta a tolerarlo durante el resto de su vida.

Adam me empuja y se agarra la entrepierna.

—Tengo que ir a mear. —Se detiene, y su mirada se dirige a Jennie. Se aclara la garganta y se suelta el paquete lentamente, con las mejillas sonrojadas—. Quiero decir, eh… Tengo que… ir al baño.

Con una mirada que se parece a una advertencia, nos deja a Jennie y a mí solos en la cocina. Ella me ignora sin más y se sirve un vaso de agua.

—Esto… —Me rasco la cabeza, buscando una forma de aliviar esta tensión incómoda—. Bueno, el clima está agradable, ¿no?

Ella resopla mientras bebe agua, saca otro vaso del armario, lo llena y me lo pone en las manos.

—¿Gracias?

—Hmmm —murmura, y observo cómo su trasero se balancea de un lado a otro cuando comienza a caminar por el pasillo, con un brazo extendido hacia atrás, tratando de bajar esa cremallera que comienza justo encima de la curva de ese melocotón espectacular.

Lo intenta sin éxito.

Con un profundo suspiro, hace una pausa y hace repicar sus uñas en el marco de la puerta. Al girar, me pilla exactamente donde no debería estar: allí plantado, mirándola boquiabierto.

—¿Podrías ayudarme con la cremallera, por favor? Está atascada. —Gira mostrándome su trasero y yo me quedo congelado donde estoy.

—Eh, sí, claro. Soy bueno con las cremalleras. —*¿Soy bueno con las cremalleras?* ¡Por Dios Santo, qué idiota! Por favor, cállate ya la boca.

—Quizá tengas que dejar el agua.

—¿Qué? —Miro el vaso que tengo en la mano y me río. ¿Por qué suena así mi voz? ¿Qué edad tengo? ¿Veintiséis o doce?—. Ah, sí, claro. —Apuro el vaso rápidamente, lo dejo y me seco las manos sudorosas en el pantalón.

Cristo, pero qué vestido. Y qué espalda. *Ese bendito culo*. Debería ser ilegal. Definitivamente es ilegal tener mis manos tan cerca de él, eso lo puedo asegurar. Si Carter me viera ahora mismo, nunca más volvería a jugar al hockey profesional. Me faltaría al menos una extremidad necesaria.

No sé cómo abordar esta situación. La cremallera está justo ahí, encima de esa curva, y… ¿debería simplemente hacerlo? Sí, eso es lo que haré. Alcanzo la cremallera, pero luego vacilo.

—Hmmm, solo voy a… —Inclino la cabeza hacia un lado, examino esa delicada cremallera dorada—. Eh… Voy a…

—Por el amor de Dios, Garrett, no es para tanto. Creo que antes se me ha enganchado. Dale un buen tirón y listo.

—Bien. Bueno. Sí.

Tomo la pequeña pestaña de la cremallera entre mis dedos demasiado grandes para esta tarea y pongo la otra mano en su cadera, presionando su cálida piel con el pulgar. Su espalda se arquea ligeramente y la respiración se me queda atascada en algún lugar del pecho ante el sonido ronco que hace con su garganta. Luego ella retrocede hacia mí, más cerca, como si quisiera que su trasero se familiarizase bien con mi paquete.

Ay, Dios, pero, ¿qué está haciendo? No. No, no, no. Lo va a despertar.

Jennie se recoge el cabello con la mano y lo pasa lentamente sobre uno de sus delgados hombros. Sus ojos azul pálido me miran desde debajo de unas pestañas largas y oscuras, y mi mirada sigue su lengua, que se desliza por el labio inferior.

Mierda. Sí. Se ha despertado.

Ahora no, teniente Johnson. ¡Descanso, soldado!

—Garrett.

Mis ojos se dirigen inmediatamente a la mirada penetrante de Adam. Vuelvo al trasero de Jennie, digo, al cierre, y le doy un tirón rápido, liberando la tela.

Luego salgo corriendo de la casa, dando un portazo detrás de mí, con todo el cuerpo hundido en un profundo suspiro mientras me desplomo, agarrándome las rodillas.

Ufff. Eso ha estado muy cerca.

Adam niega con la cabeza y dice entre dientes:

—Por Dios, encuentra a otra. Literalmente, cualquier otra chica.

Vale. Tiene razón. Eso es exactamente lo que tengo que hacer. Jennie está fuera de mi alcance. Además, apenas la conozco. No tengo que arruinar ninguna amistad, ni la temporada de hockey (ni ninguna de mis extremidades) para acostarme con alguien. Tengo muchas otras opciones.

Eso es lo que me digo a mí mismo media hora después, suspirando mientras presiono una y otra vez el botón del ascensor de mi edificio.

—Señor Andersen —susurra una voz sensual detrás de mí. Es Emily, una de mis vecinas, que se detiene a mi lado. Aparta su cabello castaño claro por encima del hombro, lo que resalta el ligero

brillo de sus pómulos mientras me sonríe con esos labios rojo cereza que he devorado alguna que otra vez—. Estás muy guapo esta noche.

Le cedo el paso para que entre en el ascensor y observo su brillante vestido, sus piernas kilométricas y sus tacones negros.

—La boda de mi mejor amigo —explico—. ¿Y tú? Te ves fantástica esta noche.

—Siempre me veo así de bien, y lo sabes. —Emily se apoya contra la barandilla, y sus ojos se deslizan sobre mí mientras presiono el botón para que pare en su planta, y luego en la mía.

—Despedida de soltera.

—Parece que todo el mundo se casa, ¿no?

Ella bufa:

—Yo no.

Riendo, me paso una mano por el pelo.

—Yo tampoco.

El ascensor se detiene y Emily camina despacio hacia el pasillo, mirando por encima del hombro mientras evita que las puertas se cierren.

—¿Quieres venir?

No me pasa por alto que está a punto de añadir el «te», y la insinuación flota pesada en el aire.

Agarrando la barandilla, miro uno de mis zapatos dar golpecitos contra el suelo de mármol. Mi mirada se eleva hacia el bulto entre mis piernas, que todavía presiona contra la cremallera por haber tenido un trasero en mis manos hace menos de una hora, y me recuerdo por centésima vez que ese trasero está fuera de los límites.

Emily sonríe mientras me enderezo. *A la mierda con todo.*

—Por supuesto.

2
TACOS DE CUMPLEAÑOS Y MALOTES

Jennie

¿Conoces esa sensación desagradable que tienes cuando te pones ropa interior recién salida de la secadora y descubres que todavía está húmeda? ¿O cuando no tienes tiempo de calentar los macarrones con queso que te sobraron y tienes que comértelos fríos y duros? Ambas cosas son muy asquerosas, igual que la sensación que tengo cuando mi compañero de baile me mira como si estuviera muerto de hambre y yo fuera un *hot dog*.

El pobre no se ha dado cuenta de que soy caviar. No puede darse el lujo por mucho que lo intente.

Simon se inclina sobre el banco de las pesas, levanta la cabeza de golpe y mueve las cejas.

—¿Te gusta lo que ves?

—Qué curioso, estaba a punto de preguntarte lo mismo. —Paso junto a él de camino al vestuario. Él me sigue porque es un imbécil persistente.

No quiero que nadie malinterprete mis palabras: Simon me cae bastante bien. Llevamos ya cuatro años bailando juntos. Pero además de persistente, es muy arrogante y parece tener la impresión equivocada de que tiene que esforzarse porque simplemente me estoy haciendo la difícil a propósito.

Pero no es tan complicado de comprender: no tengo ganas en absoluto de dejarlo entrar en mi Disneylandia. Cuanto antes lo acepte, mejor.

—Este es el vestuario de mujeres, Simon. No puedes entrar aquí, no importa que escondas tu cosa.

—No podría esconderla ni aunque lo intentara. —Su aliento emana un marcado hedor cuando me susurra en la oreja—. No se puede ocultar un paquete de este tamaño.

Lo empujo hacia atrás, dejando abierta la puerta del vestuario.

—Bájale a ese ego como cien rayitas, malote.

Simon se ríe.

—Me doy una ducha y nos vemos fuera.

Uno de mis defectos es aceptar planes con antelación. Para cuando llega el momento, de lo único que tengo ganas es de quitarme el sujetador y no tener que volver a ponérmelo.

Me seco el sudor que me corre por el cuello.

—Tengo planes para esta noche y estoy bastante cansada, así que…

—Pero es tu cumpleaños.

—Así es, pero…

—¡Cinco minutos! ¡Dame solo cinco minutos! ¡Tengo que arreglarme para mi cumpleañera favorita! —Me besa la mejilla, me guiña un ojo y desaparece antes de ver mi gesto de incredulidad.

Sí, la verdad es que somos amigos, y también que pasamos el setenta y cinco por ciento del tiempo juntos en posiciones íntimas en las que sus manos recorren mi cuerpo. Pero, de todos modos, una pseudocita para comer con Simon no es la forma ideal de pasar mi vigésimo cuarto cumpleaños. De hecho, ahora mismo se me ocurren al menos diez mejores formas de pasarlo: dormir una siesta de dos horas en el sofá, masturbarme en mi habitación o sacar a pasear al gato, teniendo en cuenta que *no tengo gato.*

Pero como me gusta la comida gratis, terminamos en el Taco Cantina, lo cual me gusta (los tacos son deliciosos). Lo que no me gusta tanto es la insistencia de Simon en compartir las patatas fritas y el guacamole. Él lo devora todo menos las dos patatas fritas que logro quitarle.

—Ups. —Sus dedos rozan el fondo casi limpio del cuenco. —Me lo he comido todo, ¿no?

—Así es.

Le resta importancia con un gesto.

—Está bien. De todos modos, así no te preocupas por esas calorías de más.

Mis cejas se elevan tan rápido que me preocupa que puedan salir disparadas.

—¿Perdón?

—Calorías de más.

—Sí, ya te he oído. Te estaba dando la oportunidad de repensar tus palabras. —Bebo un sorbo de mi mojito sin alcohol, saboreando su dulzor—. ¿Acaso no sabes que no está bien hablar sobre lo que las mujeres comemos o dejamos de comer?

Él me mira con cautela.

—Tranquila, Jennie. Estaba bromeando. Creo que ya deberías estar acostumbrada.

Estoy acostumbrada, y ese es precisamente el problema. Me he pasado toda la vida luchando contra la urgencia de doblegarme bajo las miradas críticas de los profesores de danza que se detienen en cada centímetro de mi cuerpo que no sea pura fibra, y que nunca se cansan de revisar mis registros de comidas en busca de algún indicio de que no he sido lo suficientemente estricta con mi dieta. He abrazado demasiados retretes y he llorado mucho, con miedo a las palabras hirientes, pero con más miedo aún de iniciar una adicción que rápidamente pueda volverse letal.

Poder sentarme aquí hoy y pedir tres tacos bien cargados y una bebida azucarada sin ninguna preocupación ni un ápice de remordimiento es un milagro, algo en lo que he estado trabajando desde la secundaria con muchísima terapia. No permitiré que las palabras insensibles de Simon destruyan años de progreso.

Y luego añade:

—Además, el espectáculo de la temporada de invierno es el mes que viene. No te conviene subir unos kilos de más.

Evito romper mi vaso, simplemente porque mi bebida está buenísima.

—Estás cavando tu propia tumba. Sigue así y te voy a enterrar en ella. —El *imbécil* lo añado en mi cabeza para mí misma.

Él cubre mi mano con la suya.

—Sabes que creo que eres la chica más hermosa del mundo, Jennie. Tengo suerte de que seas mi compañera de baile.

Le sonrío al camarero y articulo un *gracias* con la boca sin emitir sonido mientras coloca una bandeja de tacos frente a mí. Y a Simon le suelto:

—En eso tienes toda la razón.

Devora medio taco de un bocado.

—¿Tu hermano sigue casado?

—Han pasado dos semanas, así que sí.

De hecho, Carter está obsesionado con Olivia. Menos mal que es jugador de hockey profesional. Si estuviera siempre en la ciudad, Olivia podría acabar estrangulándolo. Todavía no estoy segura de cómo he conseguido pasar veinticuatro años sin hacerlo yo misma. Mi hermano es genial, pero es un poco… ¿insoportable? ¿Ostentoso? ¿Creído? ¿Seguro de sí mismo hasta la saciedad? ¿Todo lo anterior a la vez?

—Dos semanas parecen más de lo que Carter puede aguantar en una relación seria —alcanza a decir Simon, dejando ver el bocado de carne picada, lechuga y queso que está masticando. Cómo logra meterse bajo las faldas de todas las chicas del programa de danza de la SFU es algo que está más allá de mi comprensión.

—Tú eres peor que Carter antes de conocer a Olivia.

Simon pone los ojos en blanco.

—Si tu hermano ha conseguido cambiar su reputación, ¿por qué yo no? Quizá yo también quiera sentar cabeza.

¿La gente merece el beneficio de la duda? En general sí. Pero a este tipo lo conozco bien. Lo he visto seducir a miles de chicas, y siempre que se lleva a alguien a la cama está con ella durante una semana o dos; después la reemplaza por otra, a la que usa para alardear ante la primera. Va descartando mujeres sin miramientos y en medio de cada una de sus conquistas nunca pierde la oportunidad de intentar seducirme.

Como ahora mismo, mientras pasa su tobillo alrededor del mío, abrazando mis piernas entre las suyas por debajo de la mesa. Sonríe con esa maldita mueca suya y me recuerda por qué lo he apodado cariñosamente «Simon Sífilis».

—Vamos, Jennie. Vayamos a mi casa. Déjame darte un regalo de cumpleaños como Dios manda.

—Bueno. —Capto la mirada del camarero—. ¿Me podrías traer una caja para llevar, por favor? —Apoyo la barbilla sobre mis dedos entrelazados y sonrío—. Sabes, Simon, me encantaría. También me encantaría quedarme y terminar este almuerzo. —Acepto la pequeña caja del camarero con una sonrisa agradecida y comienzo a guardar mis tacos—. Pero, desafortunadamente, hoy no tengo ganas de cometer errores con ningún malote.

Me pongo de pie y, mientras le doy un beso casto en la mejilla, saco una foto mental de su rostro sorprendido para el archivo de caras que nunca quiero olvidar.

—Gracias por mis tacos de cumpleaños. No puedo esperar para disfrutarlos en silencio y en soledad.

***

Lo bueno de la sonrisa de los Beckett es que es irresistible incluso para los otros Beckett. Mi hermano nunca puede decirme que no, y a veces me aprovecho de ello.

Así que no solo consigo un buen filete con una exquisita langosta en uno de los restaurantes más elegantes de Vancouver para la cena de mi cumpleaños, sino que también devoro un *banana split* con lluvia de Oreos en mi local de postres favorito, solo con pedirlo y añadir luego una sonrisa que hace resaltar mis hoyuelos. Pero mientras lo sigo por la calle después de cenar, me siento llena e incómoda, con el estómago a punto de explotar. Además, hace un frío tremendo y me he puesto mi abrigo bonito, que en realidad no abriga mucho.

En nuestro camino hacia el centro, voy temblando con el cuello escondido dentro de la bufanda.

—Tengo frío. ¿A dónde vamos? ¿Cómo es que Hank se ha podido ir a casa después de cenar, pero nosotros estamos obligados a caminar en la nieve? ¿A nosotros no nos quieres?

Carter me ignora, pero Olivia gruñe con las manos enfundadas en guantes sobre la barriga.

—He comido demasiado.

Le doy una palmadita en su adorable barriguita de embarazada.

—Mamá tenía hambre. No pasa nada.

—Mamá siempre tiene hambre.

—Papi también tiene hambre siempre —gruñe Carter, dándose una palmadita en el torso.

Pongo cara de asco.

—Por favor, no. Nunca más.

Se desinfla y frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque eso es absolutamente repugnante.

—Qué dramática. —Rodea a su mujer con un brazo, apretando la boca contra su oído pero sin bajar la voz—. Tengo ganas de comerme otro postre, uno no apto para el público, ¿sabes a qué me…?

—¡Carter! —Olivia le cierra la boca con la mano, antes de tirar de él para que los ojos de los dos queden al mismo nivel—. Por el amor de Dios —susurra con su amenazante tono de maestra—, por una vez en tu vida cierra esa bocaza.

Carter hace una mueca burlona cuando nos detenemos frente a un alto edificio.

—Solo quiero proclamar mi amor a los cuatro vientos. ¿Por qué no me dejas?

Olivia le da una palmadita tranquilizadora mientras mi madre casi se desmaya y yo siento arcadas.

—Créeme, querido. Nadie lo hace tanto como tú.

Carter sonríe orgulloso y abre las puertas de cristal. Nos conduce al ascensor sin darnos tiempo de admirar el exquisito vestíbulo y, mientras subimos a la planta veintiuno, finalmente responde a la pregunta que le he hecho hace dos minutos.

—Sí que te quiero. Eres la mejor hermana del mundo. —Me empuja hacia el pasillo—. Por eso te hemos preparado el mejor regalo del mundo.

—¿Un regalo? ¿Aquí? —Giro la cabeza y observo las puertas numeradas que flanquean el pasillo—. Carter, es un edificio de apartamentos.

—Ajá. —Introduce una llave en una puerta marcada con el número 2104 y luego hace un gesto, señalando hacia el interior—. Bienvenida a casa, Jennie.

Me quedo con la boca abierta, la mandíbula desencajada y los pies clavados en el suelo.

—¿Casa? ¿Para… para mí? —Con cautela, entro en el espacio luminoso, impresionante y completamente amueblado, a juzgar por lo que veo en la sala de estar. Me vuelvo hacia mi familia y se me llenan los ojos de lágrimas, como una tonta. Odio llorar, pero este es uno de mis momentos más emotivos de todo el año—. ¿Esto es para mí? ¿Mi propio apartamento?

—Supongo que algunas personas dirían que soy el mejor hermano del mundo.

Es molesto y me saca de quicio, pero Carter siempre ha sido el mejor hermano del mundo y mi mejor amigo. Así que me tiro encima de él, le rodeo el cuello con los brazos y grito:

—¡Te quiero mucho!

Veo la cara de mi madre frunciendo el ceño.

—Pero puedes quedarte conmigo si quieres. No tienes que mudarte. No es demasiado tarde. Carter puede rescindir el contrato de alquiler. Puedes…

Carter pone su mano gigante sobre el rostro de mamá para silenciarla.

—Shhh. —Entrelaza su brazo con el mío—. Vamos. Te voy a mostrar el lugar.

Me guía por el apartamento, me enseña el amplio dormitorio principal, el reluciente baño adosado, con una mampara de cristal separando la ducha. Hay un segundo dormitorio y otro baño al final del pasillo, mucho más de lo que necesito.

Y luego añade que en realidad quería que me quedara el ático de lujo. A Carter le encanta consentir a su gente y me sorprendió mientras buscaba apartamentos el mes pasado. No tengo unos ingresos demasiado elevados y Vancouver es caro, por lo que mi presupuesto me permitía algo que parecía sacado de *Mentes criminales*, pero sin el atractivo Derek Morgan. La cara que puso Carter antes de cerrar de golpe mi ordenador portátil, gruñendo un «ni hablar» mientras se alejaba, fue al mismo tiempo entretenida y exasperante.

Cuando terminamos el recorrido, bailo por cada rincón porque estoy tan enamorada de mi nuevo hogar que no puedo dejar de sonreír.

—Esto es increíble y tan, pero tan perfecto… —Doy vueltas por la sala de estar antes de abrazar a mi hermano y arrojarme sobre Olivia, que se ha instalado en el sofá—. Gracias infinitas.

—Puedes mudarte tan pronto como quieras —me dice Carter mientras nos preparamos para volver a casa—. Puedo ayudarte con la mudanza cuando regrese de jugar fuera la semana que viene. —Luego me entrega un llavero de oro rosa con una «J» en acrílico, rodeada de pequeñas flores—. Ah, y uno de los chicos vive en el piso de arriba, lo cual es genial, porque en realidad no estarás sola. No le he preguntado aún, pero sé que cuidará de ti.

Genial, pienso. Es típico de mi hermano querer tenerme bajo vigilancia.

Me arrastra hacia el pasillo y una puerta se abre frente a mí. Una suave risita perfora el aire y Carter sonríe.

—Hablando del rey de Roma… ¿Qué estás haciendo aquí abajo? Bueno, quiero decir, ya sé lo que estabas haciendo aquí abajo. —Levanta las cejas—. Tu cabello está todo… y tu camisa… —Niega con la cabeza, todavía sonriendo, y me señala—. Jennie se va a mudar a vivir aquí. Le he dicho que ibas a cuidar de ella. —Se pone serio—. Tienes que hacerlo.

—No necesito una niñera —me quejo sin dirigirme a nadie en particular, al tiempo que me abrocho el abrigo mientras echo un vistazo para ver sobre qué pobre alma desprevenida ha recaído esa tarea. Mis dedos se detienen en seco cuando veo un par de grandes

ojos azul verdoso, un montón de rizos desordenados de color rubio sobre la cabeza y un pantalón de chándal gris de tela fina que le cuelga demasiado bajo en la cadera.

Carter tiene razón: Garrett tiene toda la pinta de haber tenido sexo hace poco.

Y la rubia a medio vestir con las uñas pintadas de rojo fuego que va colgada de su brazo también parece que acabara de follar en el suelo. Me descubro sintiendo una extraña sensación de envidia.

En la escala de atractivo puramente sexual, Garrett Andersen está en empate técnico con Chris Hemsworth: tiene una piel resplandeciente, músculos marcados, ojos turquesa del color del océano cuando el sol brilla con fuerza, y el pantalón de chándal holgado no consigue ocultar lo bien dotado que está. La carne es débil: no me podéis culpar por preguntarme cómo sería un revolcón con este tío. Ha pasado demasiado tiempo y tengo un par de telarañas (bueno, más bien un montón) en mi cueva.

Mierda, ¿la he llamado Disneylandia antes?

Garrett me sostiene la mirada, con las mejillas al rojo vivo, y yo no tengo ni idea de qué le pasa cuando se aleja de golpe de la chica que está a su lado, prácticamente empujándola.

—Bueno, como decía… —Me aclaro la garganta y me coloco la bufanda alrededor del cuello—. No necesito una niñera, y mucho menos al Malote del Año aquí presente. —Me cuelgo del brazo de Olivia y me dirijo al ascensor, lanzando una última mirada por encima del hombro. A juzgar por su risa, diría que mi cuñada disfruta tanto como yo viendo cómo Garrett se ha quedado totalmente boquiabierto. Estoy segura de que él quiere ser mi niñera tanto como yo quiero escuchar a mi hermano refiriéndose a sí mismo como *papi*.

—Jennifer Beckett —me regaña mi madre, al tiempo que viene tras nosotras—. Eso ha estado muy mal. ¡Lo siento, Garrett! ¡Te queremos!

—Le he dicho cosas mucho peores a Carter —señala Olivia—. Pero Garrett es un encanto.

Arrugo la nariz.

—Un encanto que se estaba tirando a mi nueva vecina.

No me importa, pero podría resultar un poco incómodo verlos juntos en el pasillo. ¿Y si las paredes son delgadas? ¿Quiero conocer los ruidos que hace cuando acaba? No especialmente.

—Tal vez estén saliendo —digo sin convicción.

—No. —El brazo de mi hermano se mete entre las puertas del ascensor y las abre de golpe. Carter se desliza hacia el interior—. Solo están follando, nada más.

—No necesito un niñero, Carter —digo cruzándome de brazos.

Carter atrae a Olivia hacia sí, levantándole la bufanda hasta que casi le cubre todo el rostro, a pesar de que ella intenta apartarlo de un manotazo.

—No pienses en Garrett como un niñero. Más bien tómatelo como un par de ojos extra.

—¡Carter! —Doy dos golpes en el suelo. Siempre he sido una reina del drama. He aprendido bien de mi hermano—. ¡Eso es aún peor! ¡Parece que quieras espiarme!

—¡No quiero espiarte! —grita, agitando los brazos—. ¡Solo quiero asegurarme de que estás a salvo!

Las puertas se abren y entro pavoneándome en el impecable vestíbulo.

—Eres muy pesado.

—¡No, la pesada eres tú!

—¿Qué has dicho que soy? *Tú* eres mucho más pesado.

—Ay, por Dios santo. —Olivia se tapa la cara con la mano.

—Chicos —advierte mamá—, portaos bien.

—Tienes suerte de que te quiera —murmura Carter mientras nos abre la puerta del coche.

—Tienes suerte de que no te patee el trasero.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro.

—Sube al coche de una puta vez.

***

Mi dedo se desliza por el borde de la vieja página que tengo frente a mí. Un plástico protege las fotografías que viven ahí desde hace años. Tiene los bordes afilados y me corto el dedo al deslizarlo

demasiado rápido sobre una grieta. Una gota de sangre se me acumula en la punta del dedo. Me chupo la yema para detener el dolor y el sangrado mientras miro el hermoso rostro que me sonríe desde la foto.

Lleva un gorro de cumpleaños de color rosa y sobre sus hombros lleva a mi yo de seis años recién cumplidos, que se aferra al conejo de peluche de color rosa pálido, bien suavecito, con el que me sorprendió.

La puerta de mi dormitorio se abre con un crujido y mi madre asoma la cabeza sonriendo. Entra arrastrando los pies, pero se detiene al borde de la cama, y observo los años de amor y angustia interminables pasarle por delante de los ojos cuando repara en el álbum de fotos abierto sobre mi regazo. Desearía poder arreglarlo todo, pero sé que no puedo.

—Lo echo de menos —susurro, trazando la forma del rostro de mi padre—. Mucho.

—Yo también, cariño. —Mi madre se hunde a mi lado y me da un beso largo en el cabello—. Sé que hoy te mira desde arriba y que llora porque su niña ya no es una bebé. Está muy orgulloso de ti y de la mujer en la que te estás convirtiendo, Jennie. Lo sé, sin ninguna duda.

Mi madre toca la fotografía en la que sostengo el conejito con firmeza, aplastado contra el cabello de mi padre. Su mirada se posa en el mismo conejito que ahora descansa sobre mi vientre.

—Siempre ha sido tu favorito.

Saco el peluche de mi regazo. Su color se ha desvanecido y uno de los ojos de botón cuelga de un hilo suelto. Años de mimos, de llevarlo a todas partes y de negarme a dejar que mi madre lo lavara han hecho que el pelaje, que alguna vez fue suave, se haya vuelto áspero y opaco.

—Siempre quise tener un conejo, pero vosotros no queríais. Entonces papá me compró este conejito de peluche. —Le acaricio las largas orejas—. Él fue quien le puso el nombre, ¿sabes? Princesa Chicle.

—Él te habría dado el mundo entero si yo le hubiera dejado. Me insistió durante años para que te dejara tener un conejo de verdad.

Tú eras su princesita y él era un cabezota persistente al que no le gustaba la palabra *no*.

—Suena igual que Carter.

Ella se ríe.

—Carter y tu padre son demasiado parecidos. Un dúo peligroso cuando se ponían a hacer de las suyas. —Me acaricia el cabello y me mira con una tierna sonrisa—. Lamento que no esté aquí para celebrar tu cumpleaños contigo.

—No te preocupes. —Me seco una lágrima de la mejilla y luego atrapo la que resbala por la suya—. Tuve suerte de haberlo tenido a mi lado dieciséis años para crear recuerdos con él.

Hay una tristeza silenciosa grabada en los ojos de mi madre, que recorren mi habitación iluminada con luz tenue.

—Realmente voy a echar de menos tenerte aquí conmigo. Si pudiera, te tendría aquí para siempre, pero mereces vivir tu propia vida. Necesitas espacio para crecer.

Con mi cara entre sus manos, me besa en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, cariño. Te quiero y estoy muy orgullosa de ti.

3
DESAPARECIDAS: PRINCESA CHICLE Y LA VOLUNTAD DE VIVIR

Jennie

¿Alguna vez has tenido la persistente sensación de no pertenecer, de no encajar?

No es mi caso. Si un viernes no tengo que ir a ningún sitio, prefiero estar por casa con poca ropa y dejar que mis tetas se aireen. Andar sin pantalones y sin sujetador me parece perfectamente aceptable. Ni siquiera me molesta tener los ojos enrojecidos ni llevar el moño descuidado que me he hecho en el pelo.

Este apartamento, tan impecable, tan ordenado, no refleja para nada mi forma de vivir ni mi forma de pensar.

El sol de la mañana brilla, bañando mi nuevo espacio con un suave resplandor que hace que mis pies descalzos sientan la tibieza del suelo de madera. Por un momento, cierro los ojos y disfruto de la sensación, y me entrego a esa calidez. Me imagino que es lo que se siente cuando alguien te ama de verdad y te rodea con sus brazos, iluminándote con una luz que emana de dentro hacia fuera. Por un momento, siento que esos rayos de sol son como el amor, y que yo vivo en él. Por un momento lo anhelo.

Pero hoy me estoy moviendo entre arenas movedizas, y el culpable de ello es el bendito álbum de fotos que está en la isla de la cocina, ese del que apenas he logrado despegar la mirada desde mi cumpleaños, que tuvo lugar la semana pasada.

Mis ojos se posan en las líneas de expresión que surcan su rostro y sus ojos brillantes. Cuanto más miro al padre que perdí hace ocho años, y del que nunca me pude despedir, más difícil me resulta respirar. Me arde la garganta y hundo los dientes en mi labio inferior para calmar el temblor.

Las manos también me tiemblan mientras me alejo del único rostro que quiero ver y que, sin embargo, no soporto mirar. Observo el montón de cajas: hay demasiadas, formando torres en mi sala de estar. Lo único que quiero hacer es sumergirme en el proceso de desembalarlo todo y sentirme de una vez como en casa. Pero las tareas mundanas y las complejas olas de dolor se mezclan formando un arcoíris confuso y desagradable. No quiero revisar las cajas. No quiero mirar fotos y pensar en los recuerdos que ya nunca crearemos. Quiero volver a meterme en la cama, taparme hasta la cabeza con las sábanas y despertar mañana cuando todo esto haya terminado.

Para ser francos, me vendría bien una sonrisa. Algo suave y genuino que me recuerde que hay bondad en este mundo.

Un café tampoco estaría mal, además de ser lo único a lo que puedo acceder con facilidad. Me pongo una de las sudaderas de hockey de mi hermano, meto los pies en mis zapatillas UGG y me arrastro por el pasillo hasta llegar al ascensor.

—Aguántame el ascensor —grita una voz, pero yo golpeo el botón de cerrar la puerta hasta que una bota con tacón se interpone—. Hola, vecina —dice la guapa rubia del otro lado del pasillo, con una sonrisa amplia y brillante—. Gracias por esperarme.

—Ningún problema. —Mi mirada se desliza hacia abajo, contemplando su lujosa gabardina y las suelas rojas de sus botas. *¿Louboutin? No lo puedo creer.*

Se quita un guante de cuero rojo y me ofrece una mano con unas uñas impecablemente arregladas y relucientes.

—Emily.

Deslizo mi mano para estrechar la suya tratando de ocultar mi manicura casera de hace tres semanas.

—Jennie.

—Eres amiga de Garrett.

No.

—Y tú eres su amiga con derechos.

Ella guiña un ojo.

—Solo los días que terminan en «s» y los fines de semana. —El ascensor se detiene y Emily me da un tierno apretón en el antebrazo —. Voy al aparcamiento, así que creo que aquí es donde nos despedimos. Ha sido divertido conocerte, Jennie. Ya nos volveremos a ver.

—Adiós, Emma.

Ella me sostiene la mirada, y sonríe.

—Emily. Si te vuelves a olvidar de mi nombre, probablemente los gritos de Garrett te lo recordarán en mitad de la noche.

Saco la lengua cuando ella empieza a desaparecer detrás de las puertas que se cierran, y ella me devuelve el gesto.

O sea, puaj. ¿No he dicho ya que no quiero saber qué ruidos hace ese hombre cuando acaba? Planeo actuar como si no lo conociera cuando lo vea por aquí.

Como ahora. Mierda.

—¿Jennie?

Mis ojos se encuentran con los de Garrett y mi cuerpo se mueve más rápido que nunca para esconderse tras una pared. Aparte de que no quiero verlo salir del apartamento de mi nueva vecina, tampoco me hace ninguna gracia que me vea cuando ando con estas pintas. Ya he estado hablando por teléfono con Carter esta mañana, soltándole toda una sarta de mentiras sobre lo bien que estoy. Por supuesto, él no se lo ha tragado, pero, aunque de mala gana, ha aceptado venir a buscarme para ir a cenar por la noche en vez de acudir inmediatamente como él quería. No necesito que mi niñero vaya corriendo a contarle a mi hermano mayor que su hermanita está hecha un desastre.

—¿Jennie? —Garrett me llama de nuevo, ahora más cerca—. ¿Te estás escondiendo? Sabes que te he visto, ¿no?

Cierro fuerte los ojos y me pego a la pared. Cuando escucho que alguien se aclara la garganta, abro un ojo.

El gigante rubio está delante de mí. Lleva exactamente la misma sudadera con capucha que yo, el cabello desordenado debajo de una gorra de béisbol y una bandeja de bebidas calientes del mismo café al que me dirijo. Me mira de arriba a abajo con una expresión preocupada.

—Ah, hola, Garrett. No te había visto. —Me enderezo, tirando del dobladillo de mi sudadera con capucha y sus ojos se posan en el pantalón del pijama. Hago un gesto hacia los cafés y lanzo una risa forzada—. ¿Me has traído uno?

Frunciendo el ceño, me sostiene la mirada, y casi consigo oír la pregunta que tiene en la punta de la lengua: «¿Estás bien?». Reconsidera sus palabras, probablemente porque la mayoría de los días me tiene miedo.

—Sí, claro. Aquí tienes. —Sujeta uno de los vasos desechables apretándolo con el codo contra el cuerpo y me ofrece los dos restantes—. Para ti.

Me quedo mirando las bebidas y luego a él.

—¿Qué?

—Para ti.

—No… no entiendo.

Garrett se aclara la garganta, tapándose la boca con el brazo.

—Sé que ayer fue tu primera noche aquí, y sé que hoy… —Sus ojos parpadean rápido—. Sé que hoy puede ser un día difícil, así que pensé… que tal vez te vendría bien un poco de cafeína. Pero tampoco sabía si te gustaba el café, así que también te he traído un chocolate caliente, por si acaso. —Me entrega la bandejita y se lleva la mano a la nuca—. Tiene crema batida.

—Es tan, esto…

—No es nada. Estaba allí y pensé… café.

—Me gusta el café. Y el chocolate caliente también. —Mierda, se me ha hecho un nudo en la garganta—. Gracias, Garrett.

Se le ilumina el rostro con una sonrisa explosiva. Es tan contagiosa que casi me hace sonreír a mí también.

—Genial. Sí, genial. —Hace un gesto vago con la mano—. Sí, no es nada.

Garrett regresa lentamente al vestíbulo. Sin ningún otro lugar a donde ir, lo sigo.

—¿A dónde ibas?

Levanto las bebidas.

—A comprar café.

—¿En pijama?

—Sí, en pijama. ¿Tienes algún problema con eso, amigo? —Dice que no con la cabeza y me mira con los ojos bien abiertos. Vacila delante del ascensor.

—Bueno, y ahora que tienes tu café…

—Estoy volviendo a subir.

—Ya. Yo también. —Sus ojos rebotan entre las puertas del ascensor y yo, y un silencio demasiado pesado se instala entre nosotros.

—Voy por las escaleras —decimos ambos al mismo tiempo, chocándonos al querer alejarnos del ascensor.

—¿Vas a subir veintiún pisos?

Apoyo un puño en mi cadera.

—Se llama hacer ejercicio. Y tú estás en la planta veinticinco. ¿Cuál es tu excusa, machote?

—Me dan miedo los ascensores —dice bruscamente, y luego se sonroja.

Levanto una ceja.

—¿En serio?

—Sí. Me aterrorizan. —Traga saliva, mira hacia el pasillo en dirección a las escaleras y luego hace algo muy extraño.

—Sí, aunque en realidad… Ayyy. —Se coge la rodilla y gime—. Me he hecho daño en la rodilla. Me he dado un buen golpe cuando he ido a comprar el café.

—Ya. Quizá deberías subir en el ascensor entonces.

—Sí, será lo mejor. —Se frota la rodilla y masculla con dolor fingido—. Creo que podré superar mi fobia por un día.

¿De verdad está pasando esto? ¿Sabe que es un pésimo actor?

El ascensor se abre cuando presiono el botón y lo empujo dentro.

—Gracias por el café. Ah, y Garrett…

—¿Sí?

—No dejes tu trabajo, grandullón, porque como actor te vas a morir de hambre.

***

La bandejita que tengo en la mano parece insignificante al lado del ramo extravagante y el copioso desayuno servido en la pequeña mesa, señales inequívocas de que Carter ya ha pasado por aquí. Sé que Hank apreciará el gesto de todos modos.

—¿Ha llegado mi chica favorita?

Sigo su voz cansada y lo encuentro en su mecedora junto a la ventana.

—Soy yo. —Le doy un beso en la mejilla sonriente antes de sentarme a su lado. Tiene una vista magnífica: árboles imponentes en los tonos más vistosos y, a lo lejos, las montañas que decoran el horizonte del norte de Virginia.

—Eres mi favorita. Y tu madre. Y Olivia. Y también me encanta Cara.

—Lamento decírtelo, Hank, pero para hablar de favoritas es necesario que coloques a una de nosotras por encima de las demás.

Frunce el ceño.

—Sabes que no puedo. Os quiero a todas.

—Y todas te queremos a ti. —Coloco la pequeña caja sobre la mesa, levanto la tapa y el dulce azúcar de canela se infiltra en el aire.

—Te he traído un bollo de canela.

Sus ojos brillan mientras corto la masa pegajosa y llevo una de sus manos al plato y la otra a un tenedor.

—Eres mi favorita. —Señala hacia atrás—. Carter te ha preparado un capuchino antes de irse.

Busco la taza caliente y la envuelvo con mis manos, inhalando con entusiasmo. Sonrío al ver un corazón de canela espolvoreado sobre la espuma. A Carter le encantan los gestos exagerados y llamativos,

pero a veces son estos pequeños y delicados los que más me llegan al corazón.

Una charla sin sentido llena los siguientes minutos, y cuando nos tomamos un momento para dejar que el silencio perdure, Hank murmura:

—Hoy se cumplen ocho años.

Le doy un sorbo al capuchino, intentando deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Quince para ti.

Hace girar algo entre sus dedos y mi corazón da un vuelco cuando veo el delicado anillo de oro con el diamante solitario engarzado en el medio.

—Echo de menos a mi dulce Ireland todos los santos días.

Hank entró en nuestro círculo familiar en el peor día de nuestras vidas y en el aniversario del suyo. Su esposa Ireland había fallecido siete años antes de la muerte de papá, y tenemos que agradecerles a Hank y a ella que le hayan salvado la vida a Carter.

A mi hermano le fue encomendada la difícil tarea de cuidar de mí y de mi madre ese día. Por imposible que parezca, lo hizo sin esfuerzo. Mis únicos recuerdos giran en torno a cómo nos obligó a comer, a la forma en que nos mantuvo a flote durante horas mientras nuestro mundo se venía abajo, a cómo llevó a mamá a la cama cuando el cansancio finalmente la venció y luego se acostó a mi lado hasta que yo cerré los ojos.

A la mañana siguiente, lo encontré desmayado en el sofá de la sala de estar, junto con Hank y Dublin, a quienes no conocíamos, sentados en la esquina de la habitación. Hank nos contó que había soñado con su difunta esposa que lo instaba a salir de la casa, y que más tarde se había encontrado a Carter en un bar, hecho un desastre, borracho e incoherente. Hank le impidió conducir hasta casa, precisamente lo que nos había robado a nuestro padre.

Al evitar que perdiéramos a otro miembro de la familia, Hank se convirtió automáticamente en parte de ella.

—Demasiado tiempo —es el susurro que finalmente sale de mis labios.

—Es que un día sin ellos es mucho tiempo, ¿no?

Siento una gran opresión en el pecho al imaginarme a mi madre en este momento. Sé lo que está haciendo: lo mismo que hace todos los años en este día. Se pone el jersey favorito de mi padre porque el olor de su colonia todavía persiste, y se abraza al osito de peluche que él le regaló en la feria durante su primera cita. Se queda llorando sola, hasta que su corazón le permite abrirse para dejarnos entrar una vez más. Luego sonreirá cuando veamos las películas caseras de cuando éramos niños y contemos anécdotas, pero primero necesita espacio para llorar su pérdida.

—Vivir sin tu alma gemela es algo que nadie debería tener que experimentar jamás —murmura Hank. Me da una palmadita en la mano—. Sé que encontrarás a alguien muy especial, Jennie. Un amor sin igual. Sí, me refiero a un alma gemela. Alguien con aristas suaves que amortigüe nuestras aristas más duras. Alguien que encaja perfectamente y saca lo mejor de nosotros mismos, que vibra en la misma frecuencia. Y cuando estamos juntos todo es exactamente como debe ser.

Hago una mueca y respondo:

—No tengo prisa. Me gusta ser independiente.

—Puedes ser independiente y aun así compartir una vida con alguien. Tu hermano creía que no le hacía falta compartir su vida, y míralo ahora. Tiene una esposa con un alma hermosa y un bebé en camino. Ese chico no podría estar más feliz.

—Sé lo que estás haciendo, viejo astuto, pero no necesito un novio para ser feliz.

—Yo tampoco creo que lo necesites. Tú misma te haces feliz. Ahora bien, ¿creo que encontrar a esa persona que hace que todos los puntos oscuros sean un poco más luminosos podría mostrarte una faceta de este mundo que aún no has visto? —Se encoge de hombros—. Muy posiblemente. ¿Creo que te pareces mucho más a tu hermano de lo que dejas entrever y tienes miedo de dejar entrar a alguien porque el amor puede doler? —Se le dibuja una amplia sonrisa—. Absolutamente.

—Pero qué dices. No tengo miedo.

Estoy aterrada.

No es que no anhele la intimidad, una persona que siempre esté de mi lado, que me vea en mis momentos más vulnerables y aun así me quiera. Dios, cómo me gustaría encontrar a alguien que lo viera todo y lo aceptara todo. Alguien solo mío con quien compartir los momentos duros. Tal vez entonces sentiría que puedo lidiar con todas esas cosas difíciles.

Pero el problema es que cuando tu hermano mayor es el capitán de un equipo de la Liga Nacional de Hockey y todo el mundo quiere un trozo del pastel, es imposible separar lo real de lo falso. Terminas analizando cada asunto demasiado a fondo, abandonada a tu suerte cuando te das cuenta de que solo te estaban usando como trampolín, que nunca nada ha sido real. Y a los que creías que les importabas ni siquiera miran atrás cuando tu mundo vuela en pedazos, y ni se inmutan por los escombros y el caos que deja la explosión.

Es más seguro tener tu círculo cerrado, unas pocas personas en las que puedes confiar plenamente, que ser imprudente y dejar entrar a cualquiera que pregunte, incluso aunque eso suponga a veces quedarte un poco sola.

Además, ¿quién necesita un novio cuando tienes un cajón lleno de esos que funcionan con pilas? Los hombres no vibran, pero los consoladores sí.

***

Cuando regreso al apartamento después del almuerzo, estoy exhausta. Toda la mañana he estado recibiendo mensajes de Carter, Olivia, Cara y Simon, que no paran de preguntarme cómo estoy. Es tierno, pero es demasiado, me sobrepasa.

Cierro la puerta detrás de mí. Cuando meto la llave, el sonido del cerrojo resuena en todo el apartamento antes de encontrarme con el silencio que gobierna dentro.

Tanto silencio me pone los pelos de punta. Deja demasiado espacio para pensamientos errantes, para darle mil vueltas a todo y para que me cuestione todas las decisiones.

Mis ojos se detienen en el álbum de fotos y no puedo evitar sentirme atraída hacia él hasta que lo único que veo es su rostro sonriente, y lo único que fluye a través de mí es la necesidad desesperada de sentir la calidez de su amor en lugar de esta repentina y abrumadora falta de control.

Cubro la foto y cierro los ojos. Mi respiración se agita. Por alguna razón, el rostro de Garrett flota en mi mente. Lo veo allí de pie, con café y chocolate caliente, sonriéndome con un gesto tan real que me transmitió calidez. Pero ahora siento frío otra vez, estoy sola. Estoy harta, hartísima, de estar siempre sola en mis momentos más difíciles.

Despacio, voy abriendo los dedos, de manera que la imagen aparece de nuevo poco a poco. Ese conejito rosa me mira fijamente, el que está apretado contra mi pecho, y entonces sé lo que necesito. Sé cómo volver a sentir algo de calor.

Agarro unas tijeras y voy cortando las cintas de las cajas, una tras otra, abriendo las solapas, y luego esparzo el contenido en el suelo, buscando a la Princesa Chicle, un pedazo de mi padre al que aferrarme. Cuanto más busco, más me tiemblan las manos. Las tijeras se rompen y me tiembla el mentón. Caja tras caja, el mismo resultado desgarrador: mi conejito no aparece.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, deseando no sentir la debilidad que me invade de la forma que más odio.

Casi nunca pierdo el control. De mi cuerpo, de mis emociones. Evito situaciones que me comportan dolor o incertidumbre. Debería haberme quedado en casa; allí estaba rodeada de recuerdos. Pero ahora estoy aquí, sola.

Vacío la caja que tengo delante, la que tiene una etiqueta que dice «dormitorio», y cuando veo que no aparece nada rosa, caigo de rodillas y dejo que las lágrimas broten.

4
LLUEVEN CONSOLADORES

Garrett

—*Fiuuum. ¡Fium!*

—*¡Fiuuummm!*

—Por el amor de Dios. —El cuerpo macizo de Adam choca contra el mío y me empuja hacia Carter. Ambos acabamos formando un sándwich entre él y los laterales de la pista—. ¿Os podéis callar de una puta vez? A ver si acabáis ya con los efectos de sonido. Por favor, que no sois bólidos de carrera.

Meto mi guante debajo del brazo y agarro la botella de agua de Adam, que está colocada encima de la red. Le doy un trago y el agua chorrea un poco por mi cuello y se mete por debajo del protector pectoral.

—Estás celoso porque no puedes patinar tan rápido como nosotros.

Adam se levanta la máscara y recupera su agua.

—¿Te olvidas de que llevo más de veinte kilos de equipo de portero encima? Claro que no puedo patinar tan rápido, y dudo mucho que ninguno de vosotros pudiera hacerlo con esto puesto.

El pecho de Carter se infla.

—Yo sí podría.

Adam resopla.

—Está bien, colega. Lo que tú digas.

—¿Que qué? Pues claro que podría. Pásame todo ese equipo y echemos una carrera.

Me río disimuladamente.

—Ponme todo eso encima. Justo lo que dice Olivia.

—¡Bum! —Emmett me choca el puño enguantado mientras se ríe —. Pero ni se te ocurra decirle que me he reído de ello. Es mil veces más aterradora ahora que está embarazada.

Parece que a Carter no le resulta gracioso. Con un grito de guerra que resuena por toda la pista, me tira al hielo y me cubre la cara con su guante.

—¡Quítate de encima! —protesto, agitando los brazos—. ¡Adam! ¡Socorro!

—Por Dios —murmura el entrenador, rociándonos con una lluvia de hielo cuando se detiene a nuestro lado—. A veces pienso que estoy entrenando a un equipo infantil y no a un equipo de hockey profesional masculino. Mi hija es más adulta que vosotros dos y apenas camina. —Chasquea los dedos y hace un gesto, señalando hacia atrás—. Beckett, Andersen, levantad el culo del suelo y dad cinco vueltas.

Carter se pone de pie y me levanta.

—A que te gano.

Me sacudo el hielo de la camiseta.

—No hace falta que seas tan competitivo.

—Pero lo soy y…

—¡El que pierda paga la comida! —El aire helado me pellizca las mejillas mientras corto el hielo. Carter viene pisándome los talones, gritándome. Y así es como, exactamente dos horas después, termino con un montón de alitas de pollo y pizza gratis, con Carter quejándose de que he hecho trampa.

—Eres muy mal perdedor —le dice Emmett, llevándose una porción de pizza a la boca—. Eso no habla muy bien de ti.

—¡Es que yo no he perdido! ¡Ha hecho trampa! —Carter me quita la pizza de la mano—. Dame eso.

Adam desliza otra porción en mi plato.

—¿Se ha mudado ya Jennie?

Carter asiente.

—Se mudó ayer. —Su mirada se encuentra con la mía—. ¿La has visto esta mañana?

No suelo mentir casi nunca (excepto esta mañana, cuando he dicho que tenía fobia a los ascensores y que me había hecho daño en la rodilla) porque soy un desastre para eso. Pero hoy he visto algo vulnerable en los ojos de Jennie, algo muy triste e incierto escondido detrás de su habitual desparpajo. Algo que dejaba claro que no quería que nadie la viera en ese estado, menos segura de sí misma que de costumbre.

Así que miento. De nuevo.

—No, no la he visto.

—Pensé que la verías cuando volvieras a escabullirte de la casa de tu amiguita.

El calor me aprieta el cuello con sus garras.

—No me estaba escabullendo, y no he vuelto a estar allí desde esa vez.

—Por fin ha terminado la sequía, ¿eh, amigo? —Emmett choca su vaso contra el mío.

—¿Es buena idea acostarse con alguien que vive en tu edificio? —La pregunta de Adam va cargada con una mezcla de diversión y preocupación—. ¿O va en serio?

—No, no es nada serio. Y no me estoy acostando con ella. —Ante las miradas que me lanzan, cedo—. Está bien, pero solo han sido un par de veces. Es difícil conocer chicas. Vosotros os pasáis el día mirando fotos de vuestras esposas, comentando cómo huele su cabello a bizcocho de plátano o alguna idiotez por el estilo. Sois todos unos calzonazos.

—A Adam no lo domina ninguna chica —replica Carter—. Es un hombre libre, y todos damos gracias por ello.

Adam se ríe entre dientes y sus mejillas se ponen coloradas.

—Ya me gustaría poder ser tu compañero de juergas. Pero no estoy listo para relacionarme con chicas.

Carter se mete un pepinillo frito en la boca.

—Pero podrías simplemente follar, como Garrett.

—No estoy… —Entierro la cara entre mis manos—. Por Dios.

Me señala con su pepinillo a medio comer.

—Por cierto, Jennie no está demasiado impresionada contigo.

—¿Qué? ¿Por qué? —*Qué pregunta más estúpida*. Entre la boda y el encuentro en el edificio, la impresión que le he dado no debe de ser de las mejores. Espero haber remediado un poco la situación hoy, incluso si tenemos en cuenta que mi plan original era dejar las bebidas ante su puerta sin decirle que venían de mi parte.

—Dijo algo sobre que no quería enterarse cada vez que te follas a la vecina.

Es culpa de Carter, como casi siempre. Si me hubiera dicho que iban a estar allí, definitivamente no habría visitado a Emily.

El muy hijo de puta ni siquiera me dijo que su hermana se iba a mudar al edificio. Ella me excita y me asusta al mismo tiempo con solo mirarme, y ahora me veo obligado a mentir para no terminar juntos en el ascensor.

Suena el teléfono de Carter, y se lo saca del bolsillo.

—Hablando del rey de Roma. Hola, Jennie. Justo estábamos hablando de… —Se le borra la sonrisa—. Espera, espera. ¿Por qué estás llorando? Respira hondo. —Se pasa una mano frenética por el pelo—. No sé cómo… no sé… cómo puedo… No sé cómo ayudarte desde aquí —dice finalmente.

Sus ojos se abren cada vez más a medida que va escuchando las desesperadas divagaciones de Jennie.

Mi experiencia con mujeres alteradas se limita a mis tres hermanas menores. Y aunque son complicadas, creo que están por debajo de la media. De todas formas, acabo murmurando:

—Recuérdale que respire.

Él asiente.

—Está bien, Jennie. Respira hondo. —Inhala profundamente, una y otra vez, girando su mano en círculo como si Jennie pudiera verlo —. Sí, así. Ahora vuélvemelo a decir. —Sus cejas se juntan—. ¿La Princesa Chicle?

El trago de cerveza se mete por el lado equivocado y toso, escupiendo líquido en mi mano.

—No sé dónde está la Princesa Chicle. —Carter suspira—. Yo te ayudo a encontrarla, ¿vale? Te lo prometo. Seguro que está por ahí,

en alguna parte.

Voy por mi cuarta porción de pizza cuando Carter corta la llamada y explica que Jennie ha perdido el peluche que le regaló su padre, y en el momento en que me mira con esos ojos de cachorrito sé que estoy jodido.

Niego con la cabeza antes de que abra la boca.

—Por favor —suplica.

—No me jodas, colega. —Me dejo caer sobre la mesa—. No me hagas eso.

—Solo te pido que pases a ver cómo está cuando subas a tu apartamento. Solo será un minuto, nada más. No paraba de llorar.

—Pero si ni siquiera le caigo bien. ¡Me odia!

—¡Te adora!

—Vamos, no te lo crees ni tú. —Me hundo en la silla—. No va a querer verme. Probablemente me lance una almohada a la cabeza o algo así.

—Nah. —Carter sonríe—. Lo que tienes que vigilar son los tacones.

***

No lo voy a hacer. No voy a ir. Me niego.

Carter no puede obligarme. Y Jennie no se dará cuenta si no voy. Después de todo, Carter no le ha dicho que me pasaría a ver cómo estaba.

Está decidido. No voy. Pulso el botón del ático y me hundo contra la pared del ascensor con un suspiro de alivio.

Miro la luz de los números pasar de una planta a la siguiente, y cuando se dirige al veintiuno, emito un sonido gutural, una mezcla entre un gruñido y un gemido.

Aprieto el botón de parada de emergencia en el momento en que paso por la planta de Jennie y me golpeo con la barandilla cuando el ascensor se detiene de golpe. Una vez que el ascensor vuelve a la vida, pulso el veintiuno solo una vez, pero con fuerza, y me paso las manos por la cara.

Un minuto después, con mi bolsa de hockey sobre el hombro y los palos en la mano, apoyo una oreja sobre la puerta de Jennie. El silencio me convence de que todo está bien. Tal vez ha encontrado a la Princesa Caramelo o como sea que se llame.

Un gemido me detiene en seco cuando me disponía a darme la vuelta para irme. El sollozo roto que sigue me atraviesa el corazón. Con un suspiro, llamo a la puerta.

—¡Vete! —grita Jennie desde dentro.

—Esto, yo… Bueno… —Me faltan las palabras, así que vuelvo a llamar, más despacio esta vez, porque tengo miedo de que se enfade.

—Te he dicho que… —La puerta se abre de golpe. Jennie me mira fijamente. Sus ojos de color azul violeta están enmarcados por unos círculos oscuros como la medianoche. El contraste es sorprendente. Tiene la nariz rosada y los labios hinchados, muy besables.

No. No. Mierda, no te fijes en eso. Nada de besables. Ni se te ocurra, Garrett.

—Ehhh, hola. *—¿Estoy saludando con la mano? Mierda. Comienzo incómodo, de puta madre.*

Jennie tiene hipo de tanto llorar y se seca las lágrimas con el dorso de la muñeca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno, Carter me ha dicho…

—¡Por Dios bendito! ¿Mi hermano te ha enviado a ver cómo estaba? Increíble. —Abre la puerta con un golpe de cadera, con los brazos aún cruzados sobre el pecho, en gesto de protesta. Lleva unas mallas verde bosque y un sujetador deportivo a juego, una vestimenta muy diferente a la sudadera extragrande con capucha y el pantalón de pijama que llevaba esta mañana. Mi mirada se desplaza de su escote a sus marcados abdominales. ¿Por qué no lleva camiseta? Debería ponerse una camiseta.

—Deberías… una camiseta. ¿Por favor? *—¿Por qué me tiene que pasar todo esto a mí?*

Sus cejas oscuras se arquean hasta alturas imposibles.

—Ah, ¿así que quieres que me ponga una camiseta? ¿Te gustaría que me la pusiera? ¡Bueno, a mí me gustaría que desaparecieras de

mi vista! —me dice gritando, pero sin dejar de llorar. Se seca las lágrimas que caen por sus mejillas como si matara mosquitos, así que la situación me resulta más graciosa que aterradora, hasta que me mira con una fiereza tan intensa que la sonrisa desaparece de mi cara.

—Bien, bien. Estás en tu casa. Como tú quieras. Sin camiseta. —*¿Acabo de hacer el gesto de las pistolitas con los dedos, como si jugara a ser un vaquero? Acabo de hacer el gesto de unas pistolitas de mierda con los dedos.* Agarro el palo de hockey con ambas manos para evitar hacer más el ridículo—. Carter no me ha enviado a ver cómo estabas —miento—. Hemos ido a comer después del entrenamiento y me ha dicho que has perdido a la Princesa Caramelo, y pensé…

—¿Cómo que la Princesa Caramelo? ¡Es la Princesa Chicle! ¡Ah! —Hace un gesto de impaciencia con los brazos en el aire y se da la vuelta.

Por Dios bendito, esas mallas. Ese maldito culo. Hasta que no desaparece de mi vista no me doy cuenta de que me está cerrando la puerta en las narices.

Cruzo la puerta de golpe y Jennie gruñe cuando accidentalmente queda hecha un sándwich entre mi cuerpo y la pared.

—Quítate de encima. —Resopla y me empuja con los brazos contra mi pecho—. Te has equivocado de apartamento, malote. Tu fan número uno vive al otro lado del pasillo.

Mi cara se pone roja como un tomate.

—Ella no es mi… Yo no…

Jennie se sorbe los mocos y siento la presión de sus pechos al respirar cuando levanta la cabeza para mirarme fijamente. Me empuja una vez más, despacio, pero mis pies permanecen en el mismo lugar, como si hubieran echado raíces. Su cuerpo de bailarina está esculpido a la perfección, pero yo debo tener unos 45 kilos de masa corporal más que ella.

Mi mano se desliza hasta su cintura desnuda. La tomo con firmeza y me enderezo.

—No estoy buscando a Emily, y ella no es mi… —Me aclaro la garganta—. Fan número uno.

Jennie se acomoda los pechos. Bonitas tetas. No hace falta que se las recoloque para nada.

—Pues no es lo que me ha dicho ella. —Se seca las lágrimas que quedan en su rostro—. ¿Qué haces aquí, Andersen?

—Carter me dijo que estabas afligida por lo de la Princesa Ca… Chicle. Yo pasaba por aquí y quería ver si estabas bien.

Observo el desorden que hay en la sala de estar, las cajas abiertas y todo lo que había en ellas esparcido por el suelo.

—¿Cómo va la búsqueda?

Jennie juguetea con su trenza, arrastrando los dedos de los pies contra el suelo.

—No la encuentro por ningún lado. Solo me quedan un par de cajas aquí y un par en el dormitorio de invitados.

—Hmmm…

Me rasco la cabeza por debajo de la gorra, fingiendo no notar la forma en que los ojos de Jennie siguen el movimiento de mi mano. Ella siempre me ha fascinado. Es guapa y lo sabe. Los rizos de su larga cabellera castaña casi siempre están recogidos en una trenza, rematada con una cinta. Es bastante alta (un poquito más de un metro setenta diría yo), pero aun así es bastante más baja que yo. Tiene unas piernas muy largas, que no me importaría tener alrededor del cuello y dejarlas caer por mi espalda.

Su sonrisa es amplia y brillante, con unos hoyuelos que quitan el hipo y una personalidad feroz, audaz y muy segura de sí misma.

Pero cuando su mirada se cruza con la mía, el gesto de esperanza rota que veo en su rostro me impulsa a decir las siguientes palabras:

—Te ayudo a buscarla.

—¿Qué? —Arruga la nariz cuando dejo caer mi equipo y el olor a sudor de mi camiseta llega a sus orificios nasales—. No hace falta que lo hagas.

—No me molesta en absoluto echarte una mano. —Paso junto a ella y elijo una pila de cajas antes de que empiece a discutir. Agarro el cuchillo de carne que está encima de la caja, lo hago girar entre mis dedos y miro a Jennie mientras me observa con cautela—. La pobre Princesa Chicle podría necesitar puntos de sutura si estás usando este artilugio para abrir las cajas.

Juro que lo he visto: ahí mismo, en la comisura de sus labios, se asoma un mínimo atisbo de sonrisa, que ella borra casi de inmediato al avanzar despacio hacia mí.

—Se me han roto las tijeras al abrir las cajas con demasiada fuerza. —Hace girar su trenza alrededor del dedo índice—. Bueno, gracias. Por ayudar, o lo que sea.

—De nada.

Corto rápidamente el precinto de todas las cajas para poder guardar el cuchillo y revisamos cada una en silencio, mientras la música suave que se escucha a través del altavoz se esparce por toda la habitación.

—A todo esto, ¿qué clase de peluche es la Princesa Chicle? —pregunto mientras reviso una caja con marcos de fotografías. Es la última caja de mi montón.

Jennie no responde. La encuentro mirando fijamente la caja frente a ella, con los nudillos blancos de apretar con fuerza.

—Hey. ¿Estás bien?

—Es una conejita rosa —susurra—. Mi padre me la regaló cuando cumplí seis años. Tiene una cinta en cada oreja y un… —Extiende los brazos, con los pulgares y los índices apretados como si estuviera tomando las puntas del dobladillo de una falda—. Un tutú rosa. —Se atraganta con sus palabras, sollozando y tapándose la cara con las manos, y yo corro hacia ella con los brazos extendidos.

Me detengo de golpe frente a ella, resistiendo el impulso de tocarla.

—Estás llorando otra vez. —*Soy un estúpido*. Por supuesto que está llorando. No hace falta que yo señale lo obvio.

—No estoy llorando —grita, mientras me clava un dedo en el pecho—. ¡Tú estás llorando!

Claaaro…

—Esto… ¿necesitas un abrazo? —Con cautela, me acerco, abriendo los brazos en cámara lenta. Corro el riesgo de que… qué sé yo, de que me pegue un mordisco. No sé qué demonios se supone que se debe hacer en estos casos. Mis hermanas son mucho más pequeñas que Jennie, y sus problemas se resuelven fácilmente con abrazos.

Jennie es una Beckett. Si se parece en algo a su hermano mayor, hay altas probabilidades de que sus problemas se resuelvan con galletas Oreo y orgasmos. No he venido preparado con galletas, y lo ideal sería mantener mis pelotas justo donde están: bien pegadas a mi cuerpo.

Le tiembla el mentón.

—Yo no… Yo… —Gime, pisa fuerte y aprieta los puños mientras su pecho se agita—. Garrett.

—Vamos, Jennie.

Tomando sus manos entre las mías, la guío hacia mí con suavidad. Ella se acerca voluntariamente, aunque un poco a regañadientes, y yo la envuelvo con mis brazos. Huele bien: emana un perfume embriagador, como a vainilla, canela y café. Cuando desliza sus brazos alrededor de mi cintura con cuidado y pone su mejilla sobre mi corazón, descubro que tocarla también es fantástico. La sensación es de tibieza y suavidad, como cuando mi madre calentaba mi ropa interior en el microondas en esas mañanas de invierno extremadamente frías de la Costa Este.

—Así, muy bien —murmuro mientras le acaricio la espalda. Se supone que debía ser un gesto para consolarla, pero he olvidado que solo lleva un sujetador deportivo, así que mis dedos bailan sobre su piel desnuda y ambos nos ponemos rígidos.

Jennie me empuja al mismo tiempo que yo salgo disparado hacia atrás y me quito la gorra para enterrar mi mano en el cabello.

—Voy a, eh… —Señalo el pasillo—. Voy a revisar las cajas del dormitorio de invitados.

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Sí, genial. Buena idea. Encárgate de eso y yo me quedo… aquí.

Trato de alejarme de manera natural, pero mis pasos se convierten en una carrera loca cuando doblo por el pasillo. Dentro del dormitorio, apoyo la espalda contra la pared y respiro profundamente. Esto es un desastre. Cuanto antes salga de aquí, mejor.

Solo hay cuatro cajas. Reviso las dos primeras en un segundo. Cuando llego a la tercera, que dice «juguetes», sonrío triunfal al tirar de la cinta.

—Ajá. Tiene que ser esta caja. Si esto no me saca de la lista negra de Jennie, nada lo hará. Ahí voy, Princesa Chicle… ¡Dios! ¡Mierda! —Bajo la tapa y grito como un loco—. ¡Socorro!

—¿Qué pasa? —Jennie llega al dormitorio sin aliento y me mira con los ojos desorbitados—. ¿Has encontrado a la Princesa…? ¡Garrett! —Se tapa la cara con las dos manos y lanza un chillido agudo. Creo que estoy llorando—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Buscando a la Princesa Chicle! —grito. La caja que tengo contra mi pecho está llena de consoladores y vibradores, que parecen haber cobrado vida.

—¡En esa caja no está!

—Por si no te has dado cuenta, Jennie: ¡ya lo he visto!

—¡Esa caja es privada! —Jennie se lanza contra mí y aplasta la caja que ha quedado entre ambos. Algo empieza a vibrar e intenta saltar, y yo creo que voy a vomitar—. ¡No deberías haberla tocado!

—Pero ¿cómo se te ocurre escribir «juguetes» en una caja de juguetes sexuales? —Estoy gritando otra vez. Me duele la espalda y siento la cara muy caliente. No me siento bien.

—¿Y qué otro nombre quieres que le ponga? —Ella intenta arrebatarme la caja de las manos, que por algún extraño motivo parecen no querer soltarla. Se produce una batalla de tira y afloja, y la caja rebota entre nosotros—. ¡Devuélvemela!

Acerco la caja de un tirón hacia mí (*¿pero qué me pasa?*), y Jennie se cae hacia delante. Quedamos los tres, ella, la caja y yo, aplastados contra la pared. Ella resopla, jadea y tira con fuerza.

La caja se rompe por las esquinas y un bonito arcoíris de consoladores y vibradores vuela por los aires entre ambos a cámara lenta —lo juro por Dios—. La mirada horrorizada de Jennie se encuentra con la mía, al tiempo que un falo particularmente carnoso, con una base de ventosa, me da una bofetada en la cara. Cae al suelo en todo su esplendor (*¿por qué demonios es tan largo?*) y va rebotando hacia arriba y hacia abajo, dando vueltas en círculos sobre el suelo como un mal bailarín de *breakdance*.

Jennie suelta un grito que solo puedo describir como espeluznante. Con ambas manos, me empuja fuera del dormitorio, hacia el pasillo.

—¡Fuera! —Me golpea el pecho con sus pequeños puños—. ¡Vete!

—¡Sí, ya me voy, joder! —Tropiezo con mi bolsa de hockey y choco contra la pared. Me pongo de pie de un salto, abro la puerta de golpe, arrojo mis cosas al pasillo y prácticamente me lanzo fuera del apartamento de Jennie—. Mierda —murmuro mientras me aparto el pelo sudado de la frente. No tengo ni idea de dónde ha ido a parar mi gorra, pero no pienso volver a entrar para averiguarlo.

Ya estoy casi en el ascensor cuando una puerta cruje y mi corazón late fuerte ante el tímido susurro de Jennie.

—¿Garrett?

Miro por encima del hombro y encuentro un leve destello de color azul violeta asomándose por la rendija de la puerta.

—¿Sí?

Ella se moja los labios y baja la mirada, y apenas logro captar lo que me dice antes de cerrar de un portazo.

—Gracias por el abrazo.

Me cubro la cara con las manos.

—Bueno, ahora sí que estoy muerto.

5
POLLAS DORADAS

Jennie

Estoy perdiendo la cuenta de los días que he pasado sin poder concentrarme en nada más que preguntarme qué estoy haciendo con mi vida.

Aquí estoy, en mi última clase del día, un jueves por la tarde, lista antes de que comience el fin de semana. Estoy en mi último año en la SFU, a punto de graduarme y obtener una licenciatura en Bellas Artes, con especialización en danza, que además me habilita para dar clases. Tengo veinticuatro años y el sueño por el que he trabajado toda mi vida, en el que he puesto todo mi empeño, finalmente está a punto de cumplirse.

Y aun así esta vida apenas me parece mía. ¿Un futuro en los escenarios? No estoy tan segura de quererlo.

Lo único que estoy segura de querer es pizza. Y tal vez el adorable perrito corgi que está saltando en el vídeo que estoy viendo. Muchos de mis problemas también se solucionarían si localizara a la Princesa Chicle.

—Eso es todo, chicos. Que tengáis un buen fin de semana.

El vídeo de YouTube de *los perros más graciosos* desaparece cuando cierro el portátil y lo guardo en mi bolsa mientras la profesora se despide.

—Señorita Beckett. —Leah, mi profesora, sonríe y señala la puerta —. ¿Puedo acompañarte mientras caminas?

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

—Un amigo que vive en Toronto estuvo de visita el fin de semana pasado.

Le guiño un ojo.

—¿Un fin de semana loco?

Leah pone los ojos en blanco. Es apenas cuatro años mayor que yo, y una vez me la encontré en un bar después de uno de los partidos de hockey de mi hermano. Estaba borracha, sentada a horcajadas sobre un defensa del equipo. Cuando me vio mirándola, sus brillantes ojos mostraron preocupación y todo su rostro se ruborizó al instante. Quizá no debería haberla animado a gritos, pero lo hice con buena intención. Ver a una profesora darse de morros contra el suelo mientras intenta bajarse de un enorme jugador de hockey resulta bastante divertido. El lunes siguiente se presentó en clase aún con las gafas de sol, y cuando abrí la boca para decir algo totalmente fuera de lugar, me la tapó con la palma de la mano.

Es mi profe favorita y, cualquiera que la conozca, piensa igual que yo.

—Está bien, está bien. Sí, fue bastante loco. —Se tapa la boca con la mano y se acerca más—. En una palabra: *quarterback*.

—¿Le demostraste lo flexible que eres?

—Eso es totalmente inapropiado, señorita Beckett.

Me detiene cuando me dirijo hacia la puerta del estudio de baile, y, con una mirada pícara, abre las palmas de sus manos dejando un hueco de unos treinta centímetros entre ellas, para luego vocalizar sin sonido: *Jodidamente enorme*.

Respondo con un grito ahogado. Leah y yo nos agarramos de los brazos mientras saltamos emocionadas sobre el mismo lugar. Un par de profesores nos miran con curiosidad y Leah rápidamente me suelta y se aclara la garganta antes de que entremos a toda prisa en el estudio.

Dentro solo hay tranquilidad, como a mí me gusta.

Me quito los zapatos y el jersey antes de dejarme caer en un banco.

—¿De qué querías hablarme, Profesora Traviesa?

—Mónica estuvo aquí la semana pasada…

—¿Mónica? ¿La del Ballet Nacional de Toronto? ¿Esa Mónica?

—Esa Mónica. Están intentando incorporar un nuevo docente al claustro.

—Joder. Eso suena increíble. —Pasé mis primeros tres años de carrera en el campus de Toronto, siguiendo a los profesores como si viviera en mi propio país de los sueños, deslumbrada y enamorada de cada momento. No quería irme, pero así funciona el programa: tres años allí y dos aquí. Además, mi familia está aquí. Amaba Toronto, pero odiaba el dolor que causa la añoranza—. Simon estará encantado.

—Claro, pero no fue a Simon a quien recomendé.

Hago una pausa y me encuentro con la mirada emocionada de Leah.

—No me digas…

—Pues sí te digo.

—¿De verdad? ¿A mí? —Mi bolsa cae al suelo cuando me levanto de un salto—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Eres la bailarina más guapa que he visto en años, Jennie.

Me señalo la cara con incredulidad.

—Es por los hoyuelos Beckett y la sonrisa encantadora. Somos irresistibles.

Leah me da un golpecito en el hombro.

—Sabes lo que quiero decir. Bailas impecablemente, como si hubieras nacido para ello. También eres trabajadora, decidida, amable y siempre estás dispuesta a ayudar a otros a aprender. Serías una profesora increíble, y allí las oportunidades para ti como bailarina profesional son infinitas.

¿Como bailarina profesional? ¿En Toronto? Mi corazón late con emoción y orgullo, pero el miedo me retuerce el estómago.

—No sé… —Me doy la vuelta, recojo mis cosas del suelo y las guardo en la bolsa.

—Jennie. —Leah me arranca la bolsa de las manos—. ¿Cómo que no sé?

Doy un suspiro al encontrar su mirada. Por primera vez en mi vida le digo la verdad a alguien.

—No estoy segura de que sea lo que quiero. Mi familia está aquí.

—Las familias a veces viven separadas. Tu hermano está fuera del país durante la mitad del año. No se lo tomarán a mal si aceptas un puesto como este.

Por supuesto que querrán que persiga mis sueños. Pero no estoy segura de que mis sueños impliquen alejarme de las únicas personas de mi vida en las que puedo confiar, las únicas que sé que me aman por lo que soy. Vancouver forma parte de mí, es un lugar increíble que ha dado forma a mi vida. Por mucho que aprecie Toronto, no estoy segura de que sea mi lugar en el mundo.

—Realmente aprecio que pienses en mí, Leah. ¿Cuándo tendría que decidirlo?

—Tendrías que volar en primavera para reunirte con el resto de los profesores. Quieren a alguien que pueda empezar en el semestre de verano. Comenzarías justo después de graduarte.

—Entonces, ¿tengo tiempo para pensarlo?

—Por supuesto. —Inclina la cabeza y sonríe con curiosidad—. ¿De verdad no estás segura de aceptar?

—Creo que estoy un poco nerviosa. Por todo, ¿sabes? La graduación, convertirme definitivamente en adulta, mudarme… Siento que estoy comenzando una nueva vida.

—A veces un nuevo comienzo es exactamente lo que se necesita. —Leah me pone una mano sobre el hombro—. Prométeme que te lo pensarás con calma.

Le prometo que lo haré, pero justo ahora no estoy en un lugar propicio para ponerme a pensar. Así que cuando Leah se va, me pongo los auriculares y subo el volumen de la música para ahogar mis incesantes pensamientos sobre un futuro que me genera dudas.

Tengo una sensación de libertad muy particular al bailar cuando no hay nadie alrededor. Toda preocupación desaparece cuando empiezo a moverme por el estudio. Si cierro los ojos y me dejo llevar por el ritmo de la música, siento que me quito un gran peso de encima y mi cuerpo se entrega a la libertad de seguir su propio ritmo.

Unas manos grandes me rodean la cintura y me asusto. Mi corazón se tranquiliza cuando los ojos de Simon se encuentran con los míos mientras me quita los auriculares con suavidad.

—Relájate —murmura—. Soy yo.

—Pensaba que todos se habían ido. —Me escapo de sus manos—. Te dejo el lugar, entonces.

Él me atrae hacia su pecho.

—Baila conmigo.

Antes de que pueda decirle que no, Simon pone mi canción favorita.

—Vamos, Jennie. Déjame bailar contigo una vez más antes del fin de semana.

—Elegir esa canción no es jugar limpio —murmuro mientras sus manos guían mis caderas. Nuestros cuerpos responden a la suave voz de James Arthur, que inunda el aire que nos rodea con la historia de lo rápido que él y su amante se están enamorando.

—Creo que no sé jugar limpio cuando se trata de ti. —Él pasa mi trenza por encima de mi hombro, y hace que se me erice la piel al rozarla con sus dedos.

Puede que sea inmune a sus encantos, pero no negaré que, a pesar del nivel épico de estupidez que exuda, el tipo es atractivo. Simon es alto y delgado, impecablemente tonificado gracias a una alimentación disciplinada y una vida de baile y entrenamientos intensos sin descanso. Su cabello castaño claro, más largo en la parte superior de la cabeza, siempre está arreglado a la perfección y sus ojos azules sonríen con un aire de niño travieso que siempre te hace preguntarte qué se trae entre manos.

Si no hubiéramos sido pareja de baile durante los últimos cuatro años y yo hubiera estado emocionalmente abierta, podría haber cometido el error, de proporciones colosales, de haberlo dejado meterse en mi cama. Hubo momentos en que estuve lo suficientemente cachonda como para pensármelo.

Pero entonces entraba en razón, me compraba algunos juguetes sexuales nuevos y emocionantes, y me recordaba a mí misma que podía gozar más sola que con cualquier chico.

Y vaya si sé darme placer.

—He estado dándole vueltas al espectáculo del día de San Valentín —comienza Simon.

—¿El de San Valentín? Estamos en noviembre, amigo.

—Creo que deberíamos usar esta canción.

—Pero si tú odias esta canción.

—No es cierto. Me gusta porque te gusta a ti.

Me alejo de él. Mis dedos recorren su brazo hasta donde me agarra. Puedo sentir sus ojos sobre mí mientras giro, y luego aparece allí, atrayéndome hacia él nuevamente. Con facilidad, me levanta por encima de su cabeza, en un movimiento fluido, como hace siempre. Simon y yo somos uno en la pista de baile.

Cruzo el espacio con pasos ligeros y Simon va detrás de mí mientras canto en voz baja a dúo con James Arthur. Me encanta la historia que cuenta esta canción sobre un amor tan irresistible que es como si la gravedad no existiera en su entorno, y se atrayeran como las estrellas: *Falling Like the Stars*. Y, aun así, a pesar de la vorágine, se sienten a salvo. Sé que ese tipo de amor existe, lo he visto con mis propios ojos, pero no estoy segura de que todo el mundo pueda encontrarlo.

Simon me atrae hacia su cuerpo. Sus labios me susurran al oído esa letra demasiado íntima. Luego me hace girar, y sus dedos se curvan sobre el contorno de mis caderas, marcándome que retroceda. La sangre retumba en mis oídos ante su mirada indómita, y cuando se me enredan los pies, me arrincona contra la fría pared.

—Simon, ¿qué estás haciendo?

Él me sujeta la cara.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—No creo que sea una buena idea. —Coloco mis manos sobre su pecho para mantenerlo a raya—. Mejor que lo dejemos aquí.

—Piensas demasiado, Jennie. Ese es tu problema. Solo por esta vez, permítete sentir.

Yo me siento espectacular, y por eso precisamente sé que esto no está bien. Cuando sus labios descienden hasta rozar los míos, levanto la rodilla y se la clavo en las bolas. Ups.

Simon grita, agarrándose la entrepierna.

—¡Joder, Jennie!

—Te he dicho que no —gruño entre dientes, empujándolo. Él me agarra de la cintura y me hace caer rodando con él, pues tropiezo con sus piernas. Grito y maldigo por el dolor agudo que irradia desde mi tobillo.

—¿Qué demonios haces? —Simon está de espaldas, todavía agarrándose sus genitales, dando vueltas como una tortuga que no puede levantarse—. ¡Pensé que estábamos compartiendo un momento especial!

—¿Te parece que me refería a eso cuando te dije que no era una buena idea y que era mejor que lo dejásemos ahí? —Me pongo de pie de un salto y recojo mis cosas. Un calor furioso me recorre de pies a cabeza—. ¡No todo el mundo se muere por follar contigo, Simon! Somos amigos. Solo amigos. Acéptalo o esto se acaba aquí mismo.

Mi tobillo flaquea bajo mi peso y las lágrimas de furia me molestan casi más que el dolor cuando salgo rabiosa del estudio.

Como el imbécil me haya lesionado el tobillo, me va a oír.

***

—Me cago en… ¡Mierda! —Cierro la puerta del coche y me inclino por la ventanilla abierta para sonreírle al conductor del Uber—. Muchas gracias, Matthew. Que tengas una bonita noche.

Él me mira con unos ojos bien abiertos y una sonrisa temblorosa de miedo.

—Buenas noches, señorita.

Inhalo profundamente y giro hacia la pequeña mansión que tengo frente a mí. Bueno, a juzgar por las siete chimeneas, diría que no es tan pequeña. ¿Quién demonios necesita tantas chimeneas?, te preguntarás. Al parecer, el puto ostentoso de mi hermano.

La puerta principal se abre y aparece Olivia, acariciándose la barriga mientras reprime una sonrisa.

—Me pareció haber escuchado a mi maravillosa cuñada. Qué boquita de ángel. —Me mira el tobillo hinchado cuando cojeo—. ¿Lesión de baile?

—No, causada por Simon Sífilis.

Hace una mueca de desaprobación.

—Necesitas repelente.

Ni que lo digas.

Cuando entro, le doy un abrazo.

—Hola, enana.

Olivia frunce el ceño, molesta, y cruza los brazos sobre el pecho cuando la suelto. Es tan pequeña. Además, como está embarazada, es imposible que parezca intimidante. Es lo más adorable del mundo.

—No estoy segura de que me guste ese nuevo apodo.

—Pero es perfecto. Eres la enana favorita de todos.

Veo a una rubia alta sentada en la isla de la cocina, con una pierna larga apoyada sobre la otra. Cara salta con una sonrisa y me envuelve en un abrazo.

—Yo la he llamado «gambita» antes y ha intentado tirarme del pelo. Con todas esas hormonas del embarazo se pone hecha una furia. Casi le da un ataque cuando le he puesto la mano en la frente para mantenerla fuera de alcance.

—¿Tú también vas a estar invadida por esas hormonas en un futuro cercano? Porque a mí ya me das miedo ahora. Necesito prepararme mentalmente.

Cara se ríe, luego frunce el ceño y se mordisquea la uña del pulgar.

—Todavía no, supongo. Emmett dice que si me siento en su polla una vez más sin darle al menos doce horas de descanso, se le va a caer a trozos. Al parecer, decirle que entonces «le daré besitos para que mejore» no es una respuesta adecuada.

—Aún es temprano —le recuerda Olivia con dulzura—. Dale tiempo.

Cara dibuja unas líneas en la encimera de mármol.

—Lo sé. Supongo que me está volviendo loca que Carter te haya dejado embarazada por accidente y que a nosotros todavía no nos haya pasado, a pesar de que follemos sin parar y nos pasemos el día comprobando el maldito calendario. No es que me moleste tanto intentarlo. A ese hombre me lo follaría hasta perder la noción de todo. Tiene una polla de oro.

—Gracias por la imagen mental —murmuro mientras me sirvo un vaso de agua.

Ella sonríe.

—¿Cuándo vas a conseguir tu propia polla dorada? Son mágicas, de verdad. Pregúntale a Ollie.

—Te puedo asegurar que no quiero saber nada sobre la experiencia de Ollie con lo que sea que mi hermano tenga entre las piernas.

—De acuerdo. —Olivia me sigue hasta el sofá, y luego comienza a trazar sus labios con las puntas de su cabello, con la mirada perdida a lo lejos—. Pero si pudiéramos, no sé, charlar sobre ello un momento… —Me mira con ojos de cachorrito, y antes de que pueda protestar, continúa—. Es que Carter ha sido tan ge…

—¡Cariño! —La puerta principal se abre de golpe y el sonido de voces se cuela hasta el interior de la casa. Tres segundos después, entra Carter con el pecho agitado dentro de su traje de tres piezas —. ¡Adivina lo que he conseguido! —Abre una pequeña caja de zapatos, la tira al suelo y levanta el par de patines de hockey más pequeño que jamás haya visto—. ¡Mira qué adorables son! —Tiene una sonrisa de oreja a oreja y desborda energía—. ¡Los patines más bonitos para el bebé más bonito!

—No estoy segura de que el bebé Beckett pueda mantenerse en pie con eso, y mucho menos patinar.

—Justo eso es lo que le he dicho, Ollie —dice Emmett al entrar. Besa a Cara en la mejilla y le da una palmada en el trasero—. Le he dicho que no malgastara el dinero. Pero él me ha respondido que para algo era rico y los ha comprado de todos modos.

Adam le da una palmadita en el hombro a Carter.

—Déjalo en paz. Es un futuro papá orgulloso. —Me sonríe—. Hola, Jennie. ¿Cómo va el nuevo piso? Qué mala suerte que tengas a Garrett como vecino, ¿no?

Antes de que pueda responder, el hombre en cuestión avanza por el pasillo al ritmo de un caracol. Aunque yo me siento incómoda al verlo después del episodio de los consoladores, él parece estar absolutamente aterrorizado, con las orejas rojas y los ojos muy

abiertos que van rebotando por la sala como una bola de *pinball*, mirando a todas partes menos a mí.

Se aclara la garganta y se estira la chaqueta.

—¿Estamos hablando de los patines de bebé?

—En realidad, estábamos hablando de que Jennie necesita una polla dorada.

Al oír las palabras de Cara, a Carter se le caen los patines de las manos y a mí el vaso que sostengo. Consigo atraparlo antes de que toque el suelo, pero no puedo impedir que el agua empape el top que llevo puesto.

—¡No, no estábamos hablando de eso! —grito al mismo tiempo que Carter protesta—: ¡Jennie no necesita ninguna polla!

Cara y Emmett se ríen entre dientes y Adam está ocupado dándole palmaditas en la espalda a Garrett. Porque el muy imbécil está desplomado, ahogándose con su propia saliva, y yo estoy a punto de darle un puñetazo directo en los huevos si no se calma de una puta vez.

Lo odio. Lo odio mucho. A él y a su feliz sonrisa ladeada e irónica. Y también a su estúpido cabello rubio, siempre hecho un bonito desastre.

Cuando finalmente recuerda cómo respirar, sus ojos asustados se posan en mí.

Ojalá no lo hubiera hecho. ¿Por qué?, te preguntarás. ¿Alguna vez le explotó una caja llena de tus consoladores de goma en la cara a un jugador de hockey muy sexi? ¿Y alguna vez uno de esos aparatos acabó dándole una bofetada en la cara? ¿No? ¿Solo a mí? De puta madre. Pues por eso.

—Jennie necesita a alguien con quien divertirse —continúa Cara—. Tiene que vivir la vida ahora que es joven y está soltera.

—¡No, nada de ese tipo de diversión! —Carter sigue gritando—. ¡Jennie no necesita divertirse!

—¿Y qué pasa con tu pareja de baile?

Carter se ha quedado sin aire.

—Steve, ¿no?

—Simon —le recuerda Olivia.

—Le voy a hacer daño, Jennie. Romperle el alma. Aplastarle las pelotas. —Carter aprieta el aire o, mejor dicho, las bolas imaginarias de Simon.

Me miro las uñas mientras Carter sigue con su discurso de padre-hermano sobreprotector.

—¿Ya has acabado?

Mi hermano se me acerca.

—El pequeño Simon no volverá a bailar jamás.

—Excelente. —De pie, hago un gesto señalando mi top mojado—. ¿Me prestas una camiseta, Ollie? No puedo ir al partido con un top transparente y un sujetador negro.

—No, por supuesto que no —coincide Carter enfáticamente, todavía molesto porque cree que la situación me divierte.

Poniendo los ojos en blanco, sigo a Olivia hasta la habitación.

—Los ojos los tengo aquí arriba, Andersen —murmuro al pasar junto a Garrett y notar que su mirada está fija en mi delantera. Interiormente, sonrío mientras sus mejillas se ponen rojas, antes de bajar la mirada hacia sus elegantes zapatos. Es tan torpe el pobre que burlarse de él resulta casi demasiado fácil.

El noventa por ciento de las camisetas de Olivia me dejan prácticamente la mitad del vientre al descubierto porque soy mucho más alta que ella, así que la camiseta de los Vipers que elijo provoca una mirada fulminante de mi hermano cuando llego abajo.

—¿No quieres ponerte un jersey mejor? —ironiza—. Puedes usar uno de los míos.

—No, gracias.

—Puede que tengas frío si vas así vestida.

—Hace calor en el estadio.

—Se te ve el ombligo.

—Me alegra que tus ojos funcionen.

—Las hermanas son lo peor —gruñe Carter, murmurando algo sobre miradas indiscretas y compañeros de equipo muertos mientras abre de golpe la puerta del garaje. Creo que su sobreprotección proviene de su intento por ocupar el lugar de mi padre para asegurarse de que yo nunca salga herida. No tiene mucho de qué preocuparse. Nunca dejo que nadie se acerque lo suficiente.

Carter me mira y su mirada se suaviza cuando Garrett se acerca.

—Garrett me ha dicho que te ayudó a buscar a la Princesa Chicle. —Me da un beso en la mejilla—. La seguiremos buscando.

Entra en el garaje y deja a Garrett allí plantado como un ciervo encandilado por los faros.

—¿Ah, sí? —susurro, levantando el mentón—. ¿Y qué más te ha dicho Garrett?

—Nada —promete Garrett apresuradamente, con las manos levantadas, como si necesitara protección—. Nada, Jennie, lo juro. Yo nunca… Nunca le diría…

—¿Decirle qué?

—Nada. Porque no hay nada que contar. Así que no le diría… nada.

Sonrío. Garrett me mira fijamente, abriendo y cerrando la boca una y otra vez, como si no pudiera encontrar las palabras que busca. Mejor así, porque estoy tratando de fingir que no me he fijado en lo bien que le queda ese traje color granate de corte ajustado, o de cómo la chaqueta se adapta perfectamente a sus hombros anchos. Las piernas largas y fuertes conducen hasta un par de zapatos de cuero de color coñac, y mi mirada se detiene demasiado tiempo en ese cabello desordenado, que lo hace mil veces más follable. Tengo ganas de enterrar mis dedos en ese pelo, sujetarlo fuerte mientras recorro su bonito rostro.

Señalo su corbata azul oscuro, algo floja y ladeada hacia la izquierda.

—Tu corbata está hecha un desastre.

—¿Qué? —Mira hacia abajo—. Ah. Sí. —Juguetea con el nudo y yo arqueo las cejas al ver que increíblemente consigue empeorarlo—. ¿Mejor?

Niego con la cabeza, tomo la seda en mis manos y lo atraigo hacia mí. Él se tambalea hacia delante, y sus grandes manos se agarran a mi cintura para no caerse.

—¡Lo siento! —Él me suelta y se queda mirándose las manos—. Lo siento mucho. —Deshago el nudo de la corbata antes de cruzar y enrollar la tela—. Gracias —murmura—. ¿Cómo has aprendido a hacer eso?

Me inundan los recuerdos de estar acurrucada en la cama de mis padres, viendo a mi padre anudarse la corbata, ponerse la chaqueta del traje y arreglarse las mangas.

—Todas las mañanas veía a mi padre prepararse para ir a trabajar.

Los ojos de Garrett parpadean antes de encontrarse con los míos.

—Lamento no haber encontrado a la Princesa Chicle.

—También tenía un medallón. —Las palabras salen de mi boca sin que pueda detenerlas y bajo la mirada hacia el espacio entre ambos.

—¿Qué?

Las puntas de mis dedos revolotean sobre mi clavícula, donde solía estar la cadenita de oro.

—Un medallón. Un corazón, con una foto en la que salíamos mi padre y yo. Lo llevaba puesto la Princesa Chicle. —Me trago el recuerdo, agitando una mano en el aire. Garrett me esquiva antes de que mi mano lo golpee en la cara, como el consolador—. No pasa nada. —*Pasa de todo—.* Voy a estar bien. —*Pero no estoy bien.*

—Puede que todavía esté en casa de tu madre —dice con dulzura.

—No, ya la he buscado allí.

Corrección: he puesto toda la casa patas para arriba varias veces, y definitivamente no está. Mi madre prometió que estaría pendiente, pero yo sé que no veré mi peluche nunca más. Se ha perdido en algún lugar entre la casa de mi madre y el nuevo apartamento. Darme cuenta de que tal vez haya perdido algo tan especial para siempre me provoca un dolor profundo en el estómago.

Escuchamos a alguien aclararse la garganta, y miramos hacia donde Cara y Olivia esperan, observándonos atentamente. Entonces me doy cuenta de que he acabado de hacerle el nudo hace rato, pero sigo aquí plantada con la corbata de Garrett en la mano y su rostro a escasos centímetros del mío.

Dejo caer la corbata y doy un paso atrás.

—Esto, supongo que… —Garrett señala con el pulgar hacia el garaje, desde donde Carter le grita que se dé prisa—. Nos vemos en el partido. —Su tierna mirada me recorre una vez más—. Siento lo de tu medallón. —Unos dedos cálidos rozan los míos en un apretón tan suave que no puedo estar segura de que haya sido real, y luego se va.

—Eso ha sido interesante —reflexiona Cara cuando él desaparece.

Olivia lame una Oreo.

—Muy interesante.

Me dirijo a la nevera, ocultando mi cara.

—¿Qué resulta tan interesante?

Cara sonríe.

—Vaya, mira por dónde, Ollie. Jennie se está haciendo la despistada.

—Eso abre todo un mundo de posibilidades.

—Posibilidades peligrosas.

—Carter se pondría furioso.

—Deberíamos grabar un vídeo de su reacción.

Cierro el frigorífico y avanzo por el pasillo con paso decidido.

—¿Adónde vas? —me interpela Cara.

—Al baño.

Oigo la sonrisa en su respuesta justo antes de encerrarme.

—No pienses que porque te hayas encerrado en el baño te vas a librar de mí, dulce e ingenua Jennie.

6
CABALGADAS SOBRE UNA POLLA Y CONMOCIÓN CEREBRAL

Jennie

—¿Realmente no vamos a hablar de ello? —Cara se mete otro puñado de Skittles y M&M's en la boca. Nunca he estado más enfadada en toda mi vida.

—¿No puedes?

—Si no puedo, ¿qué? —Otro puñado blasfemo—. ¿Hablar del potencial de Garrett para montarte en su polla dorada y darle una buena cabalgada?

Arrugo la nariz.

—¿De verdad acabas de decir «en su polla dorada»?

—Sí, acabo de decir lo que has escuchado. Apuesto a que Garrett tiene un arma bastante poderosa. De hecho, lo garantizo. Tengo todos los datos de *todas* esas pollas. —Hace un gesto señalando el lugar donde el equipo está calentando, pasándose el disco entre ellos o, en el caso de Carter, sonriéndole a Olivia mientras mastica un chicle de color rosa—. La de Emmett es enorme, obviamente. Tan grande que no puedo caminar recta durante varios días cuando lo hago enfadar a propósito solo para que me folle con rabia. —Hace un gesto hacia Carter—. Mediocre en el mejor de los casos.

Olivia resopla.

—*Por favor*.

—Adam es nuestro gentil gigante, que lleva un arma secreta de destrucción masiva entre las piernas. Sin duda, a su futura esposa la va a dejar en silla de ruedas.

—¡Cara! —Olivia sumerge una palomita de maíz en un recipiente con salsa de queso para nachos, se la mete en la boca y tararea alegremente. Supongo que son antojos del embarazo.

—Y Garrett… Bueno, basta con mirarlo. —Cara hace un gesto y Garrett capta el movimiento, mira hacia otro lado y luego vuelve a mirar hacia nosotras rápidamente. Incluso desde aquí puedo ver cómo arden sus mejillas—. Es tan guapo. Y era tan tímido cuando lo conocí.

—Sigue siendo tímido —señalo. Es desconcertante. Crecí con un hermano que nunca pensaba en lo próximo que iba a decir. Y ahora aquí estoy, expresando la mayoría de mis pensamientos en voz alta, sin censura. Tener que adivinar lo que pasa por la mente de alguien es agotador.

—Es tímido contigo porque le pareces sexi. Su apuesta más segura es interactuar contigo lo menos posible, para que Carter no se dé cuenta. Apuesto a que ese hombre es un verdadero animal entre las sábanas. —Otro puñado tremendo, combinado con un movimiento de cejas—. Deberías averiguarlo.

—Por supuesto que no. —Planto los pies sobre la mampara frente a mí, y se me escapa un sonido que delata el dolor de mi tobillo—. No es mi tipo. —Sin contar con que Carter jamás aceptaría que yo saliera con uno de sus amigos o compañeros de equipo. Creo que incluso me resultará difícil traer a un hombre normal a casa algún día. Si es que alguna vez encuentro uno, claro está.

La verdad es que no me importa demasiado. He estado soltera prácticamente toda mi vida adulta y los juguetes que funcionan con pilas han sido un excelente sustituto. Reemplazarlos por un hombre casi parece una degradación innecesaria.

—Déjame decirte algo. Si puedes garantizar que Garrett tiene de verdad una polla de oro, consideraré la posibilidad de darle una cabalgada.

Cara ensancha su sonrisa.

—¿En serio?

—No. —*Tal vez.*

Olivia resopla y se frota la barriga.

—A mí me vendría bien un buen paseo en polla. —Me pone una mano sobre el brazo en el momento en que estoy a punto de protestar—. No me malinterpretes. El sexo está bien. Es genial. Siempre.

—Bien, fantástico. Deseaba saber esta información.

—Pero ha sido tan cuidadoso últimamente.

Cara se golpea el pecho con el puño porque se ha atragantado con sus golosinas.

—Por favor, dime que no es el tipo de padre que cree que le va a dar en el ojo al bebé si no tiene cuidado.

—Ha empezado a avisar al bebé cada vez que estamos a punto de tener sexo. —Olivia se pasa la mano por la cara con una expresión de agotamiento—. «Vale, amiguito. Aquí viene papá. Asegúrate de apartarte hasta el fondo». —Sus grandes ojos marrones están llenos de incredulidad—. Lo que realmente me molesta es esa risita ansiosa, y que cada vez que me muevo se detiene y me pregunta si estoy bien. Yo… lo que necesito es que me folle, ¿vale? Que me folle de verdad. Este bebé me ha puesto muy cachonda.

Cara me toca la mejilla con un dedo.

—Deja de actuar como si fueras a vomitar.

—Ganas no me faltan.

Olivia suelta una risita apenas disimulada.

—Carter me contó que Garrett te ayudó a buscar tu peluche. Eso fue muy amable por su parte.

—Sí, pero creo que ahora realmente se arrepiente de ello.

—¿Por qué se arrepentiría?

—Porque Indiana Erección le dio una bofetada en la cara —murmuro mientras tomo dos trozos de regaliz.

—¿Quién es Indiana...? —La pregunta de Cara se detiene, y las palabras quedan suspendidas en el aire. Inmediatamente estalla con un aullido tan fuerte que los jugadores levantan la vista del hielo—.

Por el amor de Dios, dime que le diste una bofetada a Garrett con un consolador llamado Indiana Erección, *por favor*, Jennie.

—No, no fui yo quien le dio la bofetada. Estábamos forcejeando por la caja en la que estaban mis juguetes, se rompió, Indiana voló por los aires y bueno… ya sabes. —Giro rápido la mano y hago la demostración, golpeándome la mejilla con el dorso—. Fue culpa suya. No debería haber estado husmeando.

Olivia se ríe.

—¿Cómo se le ocurrió hurgar en esa caja?

—Posiblemente porque tenía una etiqueta que decía «juguetes».

—Ya. —Me lanza una sonrisa socarrona—. Y estaba buscando un conejito de peluche, así que tomó la decisión lógica.

—Vale, es la hora del himno. —Salto de mi asiento—. Esta conversación acaba aquí.

Las conversaciones sobre consoladores, penes y cachondeo quedan en un segundo plano cuando empieza el partido. Jugamos contra nuestro principal rival. Partidos como este requieren toda mi atención para poder gritarle obscenidades al árbitro cada vez que pasa algo por alto.

—¡Hey, árbitro! —Me pongo de pie de un salto cuando el central de Washington desliza su palo entre las piernas de Garrett, que sale volando.

—¿Tu esposa sabe que nos estás jodiendo bien jodidos? —grita Cara.

Golpeo la mampara mientras Garrett se pone de pie.

—¡Por el amor de Dios, árbitro! ¿Por qué no revisas el buzón de voz? ¡Parece que no te llega ningún mensaje!

El partido no se detiene hasta que suena el pitido que señala el final del segundo tiempo, y Carter se acerca personalmente al imbécil tramposo que hasta ahora no ha demostrado ninguna habilidad. No sé qué le dice, pero el central lo empuja y Carter se aleja patinando con una sonrisa triunfal por haberle tocado la fibra que duele.

El problema es que Cara y yo todavía estamos enfadadas. El árbitro ha pasado por alto innumerables faltas y penalizaciones. Estamos perdiendo por un gol, pero muy injustamente.

—¡Árbitro! —grita Cara—. Necesitas una prueba de embarazo, te has saltado los dos períodos.

—¡Despierta de una puta vez! —grito cuando el árbitro pasa patinando ante nosotras—. ¡Estás arruinando el partido!

Olivia entierra su cara entre las manos, en parte para ocultar su risa, pero también porque está avergonzada. Cada vez que su rostro aparece en la retransmisión televisada del partido, sus alumnos de secundaria se mueren de risa.

Llegamos a los últimos cinco minutos del partido, y la cosa no mejora. Washington está jugando sucio, el árbitro no ve nada, y Cara ya le ha mostrado el dedo corazón un par de veces, añadiendo como consejo que se lo metiera por el culo. Algo positivo: Emmett ha logrado empatar el juego.

Un defensor lanza el disco hacia delante y Garrett sale disparado como un rayo, mientras Emmett y Carter corren a ambos lados, despejándole el camino.

Todos gritan, alentándolo, y el idiota del central de Washington, el mismo de antes, salta del banco y sale por otro jugador de pista. Carter se dirige directo hacia él y le grita una advertencia a Garrett, quien se prepara y envía el disco zumbando junto a la cabeza del portero, directo a la red.

El pitido de la bocina queda camuflado por el grito de asombro colectivo: todos los fans presentes en el Rogers Arena se quedan sin aliento cuando el cuerpo del central choca con el de Garrett y lo arroja de cabeza contra la valla. Garrett queda conmocionado y su cuerpo de casi cien kilos cae como un peso muerto sobre el hielo.

El estadio queda sumido en un silencio increíble y los jugadores rodean al alero derecho mientras los médicos lo atienden.

—No se levanta —susurra Cara—. ¿Por qué no se levanta?

—Vamos, Garrett —murmuro—. Levántate.

Pero no se levanta. No mueve ni un músculo; sigue tumbado en el hielo. El miedo que me invade el pecho se convierte en adrenalina.

—¡Echad a ese idiota! ¡Fuera! —grito, sacudiendo mi vaso mientras colocan el cuerpo inerte de Garrett en una camilla. El central en cuestión me mira fijamente, totalmente relajado a pesar

de haber enviado a un rival al hospital—. ¡En Canadá jugamos a hockey de verdad, enfermo mental!

Sonríe y me saluda con los dedos enguantados; en ese momento, Carter se quita los guantes, arroja su casco a la pista y se abalanza sobre él.

El estadio estalla y los banquillos se vacían, ya que los jugadores se lanzan hacia el hielo y vuelan puñetazos por todas partes. Todo el mundo grita descontroladamente, y Olivia intenta impedir que Cara y yo nos unamos a la pelea multitudinaria.

Al menos ahora no tiene que preocuparse de que su cara salga en televisión.

***

Es casi medianoche cuando se abre la puerta principal. Olivia termina de untar su Oreo con mantequilla de cacahuete antes de llevársela a la boca y salta del sofá.

Carter, Emmett y Adam entran a la sala de estar, todos sonriendo de oreja a oreja. Carter tiene una herida bastante fea en el centro del labio y a Emmett se le está poniendo un ojo morado. Incluso Adam tiene un pómulo hinchado. Él parece el más feliz de los tres.

—¡Nunca me meto en peleas! Pero mi padre está realmente orgulloso de mí por haber estrellado al otro portero contra la valla. —Saca pecho y se da unas palmadas a la altura del corazón—. Dice que lo ha grabado todo para enseñárselo a todos sus amigos.

Olivia le da una bolsa de hielo.

—No lo conviertas en un hábito, señor Lockwood. Tu cara es demasiado bonita.

Garrett aparece con una sonrisa tímida, con tenues sombras de hematomas alrededor de los ojos, exhausto pero sin haber perdido nada de su brillo.

Cara lo abraza.

—¿Cómo te sientes, osito Gari-ñoso?

Garrett se mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros.

—Bien. Solo estoy cansado y tengo un poco de dolor de cabeza. Una conmoción cerebral leve. Me pierdo el próximo partido como mínimo.

Cara sujeta su rostro, y lo hace girar de izquierda a derecha.

—¿Por qué tienes los ojos morados? ¿Alguien te ha golpeado mientras estabas en el suelo? ¿Qué cobarde haría algo así? —Se cuelga el bolso del hombro y comienza a alejarse—. Emmett, vámonos. Voy a arrancarles sus pequeñas pelotas y colgarlas en mi espejo retrovisor a modo de premio.

—Contrólese, señora Brodie. —Emmett la toma del codo y la detiene—. A veces pasa cuando te golpeas la parte posterior de la cabeza. Garrett ha recibido un golpe muy fuerte.

—Ah, vale. Está bien. —Se hunde en el sofá, colocando una pierna sobre la otra, con los brazos cruzados—. Pero, de todas formas, me gustaría castrarlos.

Él le revuelve el pelo.

—Lo sé, tigresa.

Carter me mira.

—Le dije a Garrett que lo llevarías a casa.

—¿Qué? Yo no tengo…

—En su coche. Vino conduciendo hasta aquí.

Abro la boca para protestar (nada bueno puede salir de estar a solas con ese hombre), pero Carter me silencia con una mirada feroz.

—No puede conducir y tú vives en el mismo edificio.

Bueno. Vale. El ceño fruncido de Garrett ante mi reacción me encoge el corazón.

—¿Cuándo quieres irte?

Se pasa la mano por la nuca.

—¿Ahora? Si te parece bien, quiero decir.

Asiento, me pongo de pie y capto la mirada de Cara que, sin emitir sonido, me dice «a por esa polla». Le hago un gesto obsceno mientras abrazo a Olivia y luego me dirijo hacia Garrett cojeando ligeramente.

—¿Necesitas ayuda? —nos preguntamos al mismo tiempo. Arrugo la nariz.

—¿Por qué necesitaría ayuda?

Él señala mi pie.

—Has estado cojeando toda la noche.

Me cruzo de brazos.

—Pero tú tienes una conmoción cerebral.

—Estoy bien.

—Bueno, yo también.

Y entonces lo veo, ahí mismo, en la comisura de su boca, un mínimo atisbo de sonrisa, y yo me obligo a ser lo más agradable posible durante los veinte minutos de trayecto. Hasta que veo su coche.

—¿Qué coño es eso?

—Un Audi RS5 Sportback. —Sonriendo, se frota el pecho, como si este vehículo fuera su mayor orgullo—. Totalmente equipado.

—Pero cuesta unos sesenta mil dólares —respondo casi gritando.

—Noventa y cuatro —murmura.

—¡Garrett! —Definitivamente estoy gritando—. ¡No puedo conducir eso!

Él me abre la puerta.

—Lo harás bien.

—*Bien* —lo imito, ahogando una risa—. Dice que lo haré *bien*. Ya.

Con una mano firme sobre mi espalda baja, me guía hacia delante.

—Sube al coche, Jennie.

Lo hago, pero con un gruñido. Mi asiento se balancea hacia delante y hacia atrás con movimientos bruscos mientras juego con los botones para ajustar la posición.

—No sé qué estoy haciendo. ¿Por qué no funciona esto? —Levanto los brazos—. ¿Ves? Tu coche no quiere que yo lo conduzca.

Garrett se ríe entre dientes, agachándose para arreglar el asiento, y me mira desde más allá de sus pestañas, tan ridículamente largas.

—¿Está bien así?

Agarro el volante y desvío la mirada.

—Sí.

—Muy bien. —Él se sube a mi lado—. Vamos.

Y salimos con el coche disparado hacia delante mientras yo chillo. Freno de golpe al final del largo camino de entrada y Garrett se apoya en el tablero.

—¡Por el amor de Dios! —Un par de ojos muy abiertos se encuentran con los míos, y el miedo es tan, *pero tan* real.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—¡Hace tiempo que no conduzco! ¡Me pongo nerviosa si hay nieve!

—Pero si ni siquiera estamos en la calle todavía.

—¡Lo sé!

Él me estudia durante un largo momento antes de contener la risa.

—Tómatelo con calma y ve despacio. Todo va a ir bien. —Se relaja en su asiento, cierra los ojos y suspira—. Y no estrelles mi coche, o tendrás que trabajar para pagarlo de la manera que yo crea conveniente.

Se me queda cara de tonta.

Abre un párpado y esboza una sonrisa soñolienta.

—Era broma.

El viaje a casa termina siendo tranquilo y pacífico. A los cinco minutos creo que Garrett se queda dormido. Tiene las piernas muy abiertas, la cabeza echada hacia atrás sobre el reposacabezas y no ha emitido ni un solo sonido. *Mal asunto. ¿Acaso no necesito supervisión?*

Mi canción favorita suena en el estéreo y, aunque hace apenas unas horas que me he lesionado el tobillo mientras la escuchaba, comienzo a cantarla en voz baja. Miro por encima del hombro antes de cambiar de carril y acercarme al aparcamiento. Mi mandíbula se cierra a mitad del estribillo cuando capto los ojos de Garrett mirándome fijamente.

—Perdón.

Él no dice nada, simplemente se acerca a mí. Mi piel arde y siento los latidos que se aceleran entre mis muslos, porque él está más bueno que el primer café de la mañana, y huele muy bien. Pero lo único que hace es presionar el botón en el parasol situado sobre mi cabeza para que la puerta del garaje se abra.

—Allí —murmura, señalando un lugar—. En el noventa y siete.

Conduzco hasta el espacio señalado. Garrett abre mi puerta y me ofrece su mano antes de que pueda descubrir cómo salir de este artefacto.

Deslizo mi mano en la suya. Tiene una mano grande y cálida que envuelve la mía durante un momento.

Él me sigue de cerca y yo emito un gruñido de dolor al subir el único escalón que lleva al ascensor. Su mano toca mi espalda baja y me guía hacia dentro, y siento que algo caliente se desata dentro de mí, mientras él permanece ahí, estudiándome.

—¿Qué te ha pasado en el tobillo?

—Bueno, yo… —Dibujo lentamente un círculo con el pie, apretando los dientes por el dolor mientras me invento una mentira —. Hoy en la universidad me he tropezado con la bolsa.

Asiente suavemente, dejando claro que no se ha creído mi excusa inventada, pero no insiste.

El ascensor se detiene en mi planta y le hago un pequeño gesto a Garrett con la mano.

Él me sigue fuera del ascensor.

—¿Adónde vas? —Miro hacia la puerta al otro lado del pasillo y siento un cosquilleo de rabia. ¡Tiene una conmoción cerebral, por el amor de Dios! Pero, bueno…—. Tal vez a ella le guste disfrazarse de enfermera…

Sus cejas se levantan ante el tono mordaz en mi voz.

—Solo te estoy acompañando hasta la puerta, solecito.

—Ah, vale.

—Sí, vale. —El silencio se extiende—. Gracias por traerme a casa.

—De nada. Si necesitas algo, ayuda o lo que sea… ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Jennie. Voy a nadar un rato y luego me voy a la cama. Estaré bien.

—¿Vas a nadar? ¿Pero no te ha dicho el médico que te lo tomaras con calma y que no debías hacer ejercicio?

—No cuenta como entrenamiento.

—La natación es una actividad física que acelera el ritmo cardíaco. Sí que cuenta como entrenamiento, idiota.

Sus labios se curvan, divertidos.

—¿Acabas de llamarme *idiota*?

—Sí, bueno, esta no es una de tus ideas más brillantes. —Mi cadera se ladea con actitud; siempre he tenido un montón de ambas cosas—. ¿Y si pasa algo mientras estás en el agua?

Suspira, deslizando una mano bajo su gorra para rascarse la cabeza.

—Mira, Jennie, me siento bien. No voy a hacer ningún ejercicio exagerado. Solo quiero relajarme y aflojar los músculos. —Sonríe al ver mis brazos cruzados y mis labios fruncidos—. Si tanto te preocupa, ¿por qué no vienes conmigo?

—Nada te gustaría más, ¿verdad? —Me pongo furiosa.

No entiendo lo que me dice. Murmura algo ininteligible desde detrás de la mano con la que se frota la boca, pero «semidesnudo», «duro» y «me va a matar» son definitivamente partes de lo que he podido descifrar.

—Míralo de esta manera: Carter quería que yo fuera tu niñera, ahora tú puedes ser la mía. No tenemos por qué hablar. Vamos, Jennie. Será solo un rato.

Resoplo, abro la puerta y luego me giro hacia él.

—Espera un segundo. ¿Tenemos piscina?

—Frente al gimnasio.

—¿Tenemos gimnasio?

—Solo para las unidades del ático de lujo —admite tímidamente—. Puedo darte mi código para que uses ambas instalaciones cuando quieras.

—Por supuesto que me vas a dar ese código. —Mantengo la puerta abierta con la cadera—. Me voy a cambiar. ¿Me esperas aquí?

La forma en que su rostro se ilumina me lleva a preguntarme si él anhela mi compañía tanto como yo la suya.

—¿Vienes?

Para ser sincera, tengo muchísimas ganas de verlo prácticamente desnudo y empapado. Definitivamente será una de las mejores imágenes para archivar en mi carpeta mental de fantasías sexuales y usarla en el futuro.

Como esta noche, por ejemplo.

Sí, estoy absolutamente segura de que voy a aprovechar esa imagen de Garrett Andersen. Que me lleven presa.

—Por supuesto, Garrett. No quiero que te ahogues.

7
SÍ, VALE, ESTÁS MUY BUENO

Jennie

Un brillante letrero de neón que titila se enciende en mi cabeza: «ESTO ES UNA MALA IDEA».

Lo ideal sería hacerle caso, pero estoy demasiado ocupada asimilando la reacción de Garrett cuando salgo de mi habitación.

—¿Qué demonios te has puesto?

—Qué, ¿esto? —Tomo el dobladillo de mi albornoz tipo micropolar entre mis dedos y doy una vueltecita—. Mi albornoz y mis pantuflas.

No estoy segura de qué reacción me esperaba ver en él, pero seguro que no era verlo dándose una palmada en la rodilla partiéndose de risa.

—Te pareces a mi madre —dice con la voz entrecortada, señalando mi albornoz con estampado de cachorritos vestidos de bailarina y mis pantuflas de perro con las orejas caídas. Abre la boca, luego sacude la cabeza y se ríe otra vez, con una risa demasiado franca, desagradable e irritante—. Dios santo.

—Sí, bueno, seguro que tu madre es muy sexi. —Paso por su lado y le arrojo a la cabeza la gorra que se dejó en el apartamento después de la debacle de los consoladores—. Aquí está tu gorra, osito Gari-ñoso.

Él se ríe un poco más y me sigue camino del ascensor.

Si pensaba que mi apartamento era increíble, no es nada comparado con el de Garrett. Su ático de lujo es todo abierto, amplio, decorado con una impresionante mezcla de estilo industrial antiguo y moderno, con techos altos, paredes de ladrillo visto y encimeras de mármol de color pizarra. La pared que da al este está hecha completamente de cristal, por lo que debe recibir una luz natural increíble, además de poder contemplar unos amaneceres espectaculares.

—¿Listo?

Me doy la vuelta y quedo petrificada al verlo.

—Oh, por Dios —me río—. ¿Qué llevas puesto?

Su sonrisa es eléctrica, teñida de una mezcla de diversión y arrogancia, en un marcado contraste con la tímida media sonrisa que normalmente muestra frente a mí—. Mi albornoz y mis pantuflas —repite como un loro. Y hasta acentúa su frase con un petulante movimiento de cadera.

—Mi albornoz por lo menos me cubre el cuerpo. El tuyo… Ese… — Hago un gesto hacia su albornoz de seda bien cortito, que deja ver demasiado (y, sin embargo, no lo suficiente) de sus tonificados muslos—. No puedo… Te ves ridículo.

—Me veo muy sexi. —Me acompaña hasta el pasillo—. Carter nos los regaló como broma para su boda. Hicimos una sesión de fotos.

—Tengo que ver esas fotos. —Le tiro del codo—. *Por favor*.

—De ninguna manera, solecito. Jamás dejaré que nadie las vea.

—Pero ya te he visto así —le digo, ignorando el apodo, mientras me conduce por un tramo de escaleras. El olor a cloro llena el aire y el suelo se abre para dar lugar a una hermosa piscina. Abajo, un sinfín de ventanas iluminan la silueta oscura de Vancouver.

—Y con un poco de suerte, pronto olvidarás cómo me veo con este albornoz.

—Nop. Eso no va a suceder. Ya ha quedado grabado a fuego en mi memoria y ahí permanecerá para siempre.

Junto con otra imagen: Garrett quitándose el albornoz mientras me mira con una sonrisita tonta e irónica. Ahogo un gemido cuando revela el cuerpo más inmaculado que jamás haya visto.

Está impecable. Brazos bien marcados y músculos esculpidos que terminan en una cintura afilada, y un traje de baño que no consigue ocultar el hecho de que Cara, por desgracia, tenía toda la razón: el calibre que calza este tipo es lo suficientemente grande como para destruir un país pequeño. Ya han pasado una increíble cantidad de años desde que tuve intimidad con alguien, y hay una parte de mí, una parte diminuta, a la que no le importaría ser ese pequeño país.

Me quito el albornoz y las pantuflas, y lo dejo todo junto a las cosas de Garrett sobre un banco. Cuando me vuelvo hacia él, encuentro sus ojos fijos en mí.

La nuez de Adán en su garganta sube y baja. Sus ojos encendidos descienden y tarda en volver a subirlos. En un momento de debilidad, busco mi albornoz, desesperada por volver a cubrirme.

—Retiro lo que he dicho antes —susurra, y me detengo en seco—. No te pareces en nada a mi madre. —Sus ojos se abren de par en par, como si no hubiera tenido la intención de decir eso en voz alta. Me hace un gesto con una mano y con la otra se toca el pelo—. Quiero decir, tienes un *piercing* en el ombligo. —Aprieta los labios—. No, no, no es eso lo que… No estaba… —Se pasa las manos por la cara a cámara lenta—. Aaah…

Bueno, esto resulta interesante. Además, ya no me siento insegura. Gracias, señor Andersen.

Para la mayoría de la gente, no soy más que la hermana menor de Carter Beckett. Noto la disyuntiva en la expresión que muestra Garrett. Carter y yo somos personas distintas, pero para él soy intocable por naturaleza, por culpa de mi hermano. La atracción física existe, y está luchando contra ella.

Aun así, cuando me meto en el *jacuzzi*, los ojos de Garrett van de mi cuerpo a la piscina, como si no pudiera decidir lo cerca de mí que se le permite estar. Descanso la cabeza y cierro los ojos para que pueda tomar la decisión sin la presión que siente en este momento, y un minuto después escucho el suave chapoteo del agua.

Entreabro un ojo para observar a Garrett nadar un largo en la piscina y resisto el impulso de resoplar. *No cuenta como entrenamiento. Sí, claro.*

Tranquila al saber que no va a morir, enciendo los chorros del hidromasaje a la máxima potencia, saboreando el alivio del dolor en mi tobillo y relajándome con un suspiro de felicidad.

Una mano fría y húmeda aterriza sobre mi hombro, despertándome de golpe, y mis ojos chocan con los de color turquesa de Garrett.

—Lo siento. No quise asustarte. Te has quedado dormida.

Mi cerebro me pide que formule alguna respuesta. En cambio, estudio la forma de sus labios, el inferior ligeramente más carnoso, el arco perfecto que se le forma en el superior, la barba que los rodea y le da a su mandíbula una apariencia aún más recia, si eso es posible.

Se alza sobre mí en todo su esplendor, con los músculos flexionados, todo él empapado, con algunas gotas de agua acumulándose como gotas de miel en las puntas de su cabello dorado. Una de ellas cae y golpea su labio superior antes de que su lengua salga disparada para atraparla. Mis ojos se fijan en otra que va trazando un camino por sus abdominales marcados y más abajo, hasta que desaparece en la cintura de su traje de baño.

Damas y caballeros, he encontrado el Santo Grial para mi galería de imágenes mentales.

La mirada de Garrett baja hasta mis tetas y luego regresa a mi rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, bien —grazno.

Sus ojos vuelven a rebotar hacia abajo y luego suben de nuevo. *Por el amor de Dios, ¿otra vez? ¿En serio me va a mirar así?* Sé que tengo las tetas ahí, pero ¿acaso no ha visto ya miles de tetas perfectas? ¿Qué tienen de interesante las mías?

Sigo su mirada y gimo por dentro. Mis pezones están duros como piedras, saludándolo a través del traje de baño, que no puede hacer absolutamente nada para disimular lo excitada que estoy en este momento. Malditos traidores. *¡Descansad, soldados!*

Pongo cara de que no me importa y le echo agua.

—Sí, vale, ya sabemos que estás muy bueno, Garrett. No hace falta que te quedes ahí, medio desnudo, restregándonos tu atractivo

por la cara.

Se le ilumina el orgullo antes de fruncir el ceño.

—¿Restregándonos?

—Sí, a *nosotros*. —Me señalo los pezones con un gesto—. No hagas como si no te hubieras dado cuenta. No logras mantener los ojos en mi cara más de dos segundos seguidos.

—Yo no… O sea, están… duros —logra articular con un suspiro, seguido de un «mierda» apenas audible.

El tipo es malísimo coqueteando y terriblemente torpe, y una parte de mí quiere gritar de desesperación. La otra parte de mí lo encuentra adorablemente encantador, y eso hace que su atractivo sexual se dispare por las nubes.

Es desesperante. Me molesta.

Garrett se levanta, balanceándose hacia atrás sobre sus talones.

—Esto, deberíamos… ¿estás…? Vamos a… —Señala la puerta—. ¿La cama? —Con la mandíbula colgando, intenta retroceder, agitando las manos frente a su cara—. No quise decir juntos. No, no decía tú y yo, juntos en la cama. No es eso lo que quería decir.

—Bien.

—Me refería a ti en tu cama y a mí en la mía. Mierda. Repugnante.

Levanto las cejas despacio.

—¿Repugnante?

—¿Qué? No. No quise decir repugnante.

—Pero has dicho repugnante.

—Pero no quería decir… A ver, no sería repugnante. Sería genial. No. Eso tampoco está bien. —Cierra los ojos con fuerza y finalmente escupe—: Tengo una conmoción cerebral. —Extiende la mano—. ¿Te ayudo a salir?

—¿Estás seguro de que quieres tocarme? Podría contagiarte de piojos. Repugnante.

Garrett sonríe y la tensión en sus hombros se alivia.

—Me lo merezco. Estoy listo para irme, pero si quieres quedarte más tiempo, no me importaría quedarme…

—No, estoy lista para ir a la cama. —Tomo su mano y dejo que me ayude a salir del *jacuzzi*.

Me siento en el banco, me pongo las pantuflas y me apoyo contra la pared mientras Garrett va a buscar unas toallas. El suelo está empapado y humeante, las paredes de listones de bambú recuerdan a una sauna y el sueño me pide a gritos que me vaya a acostar.

Cuando Garrett regresa, me levanto y bostezo, estirando los brazos hacia el techo.

—¿Qué…? —Me doy la vuelta, intentando liberar la tira de mi traje de baño, que siento que se ha quedado enganchada en algo. Mi tobillo lesionado se dobla bajo la presión del movimiento repentino y me resbalo.

Mi vida pasa ante mis ojos y caigo de bruces hacia el jacuzzi. Garrett se lanza hacia delante, me rodea con sus brazos y me aprisiona entre su glorioso cuerpo y la pared.

—Ha estado muy cerca. —Su risa muere tan rápido como empieza —. Joder.

Una respiración cálida y entrecortada sopla contra mi rostro mientras él me abraza con fuerza. Mi pecho se agita ante el enésimo recordatorio de que este tío está como un tren y que mis novios a pilas solo pueden satisfacerme hasta cierto punto.

Se siente tan bien, su piel caliente sobre la mía, la sensación de su pecho desnudo presionado contra mi piel…

—No —susurro y jadeo, sacudiendo la cabeza y clavándole las uñas en los hombros.

Sus ojos reflejan pena y mucho, *mucho* miedo.

—Sí.

Mi mirada se detiene en la parte superior de mi bikini, tirada en el suelo, a medio camino entre nosotros y el *jacuzzi*. Mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesarlo todo.

Con un grito que resuena en las paredes, empujo a Garrett, alejándolo de mí. No ha sido mi momento más brillante. Ahora estoy semi- desnuda y mis pezones están tan duros que podrían cortar hielo.

Pero quizá lo peor de todo es lo que sobresale del bañador de Garrett: una erección enorme, que estira la tela hasta el punto de formar un hueco a la altura de la cintura. No estoy bromeando.

Sigo gritando mientras me cubro las tetas con un brazo y señalo con vehemencia su bulto con el otro. Ahora Garrett también grita, y sus ojos van y vienen de la tienda de campaña que se ha formado en su bañador a mis pechos.

—¡Quita esa cosa de ahí! —le grito.

—¡Y tú quita esas dos cosas de ahí! —grita.

—¡Deja de mirar!

—¡Deja de mirarme tú a mí!

—*¡Garrett!*

—*¡Jennie!*

Debemos habernos cubierto los ojos al mismo tiempo, porque un segundo estoy mirando su erección y al siguiente estoy corriendo sin rumbo. Reboto contra su sólido pecho y algo duro me golpea el ombligo.

—¡Lo siento! —grita Garrett—. ¡Lo siento, Jennie! —Su mano encuentra mi cuello, me da la vuelta y me empuja contra la pared—. ¡Quédate aquí, *por favor*!

Él me suelta y me quedo congelada, con la cara aplastada contra los listones de bambú que han sido los culpables de todo este lío al capturar el nudo en el extremo del cordón de mi bikini.

Separando los dedos que me cubren la cara, espío por encima de mi hombro. Garrett mete la mano en sus pantalones y se acomoda la polla. Luego recoge la parte superior de mi bikini del suelo y rápidamente me giro y vuelvo a quedar de cara a la pared.

—Aquí tienes. —Me pone el sujetador del bikini en la mano. Me lo pongo rápidamente para cubrir mis pechos y mis pezones traidores.

—La verdad… No es… No es para tanto. No he visto nada.

—¿En serio? —*¿La erección se ha materializado de la nada?*

—Sí —miente, y no de manera muy convincente—. No he visto nada de nada.

—¿Ves mi *piercing* del pezón por algún lado? —Me giro hacia Garrett. Se ha vuelto a poner el albornoz, aunque la fina seda no consigue disimular para nada que todavía está duro—. No lo encuentro.

—¿*Piercing* del pezón? No tenías ningún *piercing*… —Su rostro palidece—. Mierda.

Entrecierro los ojos.

—Sí, mierda, señor «no he visto nada de nada».

Se frota la nuca. Tiene las mejillas sonrojadas.

—Bueno, yo… yo… —Con una sonrisa resignada, levanta un hombro—. Soy un hombre débil y tus tetas son bonitas.

Mi nariz obstinada apunta al techo.

—Sí, lo sé.

Su tímida mueca florece en una gran sonrisa.

—Lo siento, Jennie.

—Se te nota en la cara.

—Si tan solo hubieras podido ver algo igual de vergonzoso. —Puntúa la frase girando los ojos con exageración—. Entonces estaríamos empatados.

—Descuida, amigo. Ya lo he visto. De hecho, lo sigo viendo.

Coloca sus manos en sus caderas, atrayendo mi atención hacia la región sur.

—No puedes dejar de mirarlo, ¿eh?

Me apresuro a buscar mi albornoz.

—Vuelve a ser el Garrett tímido. Tu arrogancia no es necesaria ahora. Ya tengo demasiados egos inflados a mi alrededor.

Garrett se ríe suavemente.

—¿Estamos bien? Lo siento mucho.

—Sí, estamos bien. Pero este día debe terminar.

—De acuerdo. Voy a lavarme las manos y a buscar una botella de agua. ¿Quieres una?

—No, gracias.

Garrett se encuentra conmigo en la puerta un minuto después, dando sorbos a su agua.

—Bajo contigo —me dice con una sonrisa relajada mientras llama el ascensor.

—No es necesario que me acompañes.

—Es tarde. Debo asegurarme de que llegues bien a tu puerta.

—Gracias. —Lo observo atentamente desde el otro lado del ascensor. Los hematomas alrededor de sus ojos se han vuelto más prominentes en las últimas dos horas y parece como si estuviera a punto de desmayarse—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —responde demasiado rápido y luego sonríe al ver mi ceja arqueada—. Me duele la cabeza y estoy muy cansado.

—¿Necesitas ayuda? Como… —Enrollo mi trenza húmeda alrededor de mi puño—. ¿Necesitas que a medianoche venga a revisar cómo estás o algo así?

—Nah. —Presiona mi espalda baja con la mano y me guía hacia el pasillo—. Adam me llama cada dos horas y los demás vendrán a verme por la mañana.

Asiento y me detengo ante mi puerta. Mi mirada se dirige al apartamento de Emily al otro lado del pasillo y los ojos de Garrett me siguen.

—Mira, Jennie. No pienso volver a acostarme con ella.

—¿Por qué?

—Tu amistad es más importante para mí.

—¿Somos amigos?

Se le dibuja una mueca de desánimo en el rostro.

—Bueno, no pretendía… quiero decir, he pensado que podríamos ser… ¿amigos? Pero no tenemos por qué serlo. Si no quieres. Como tú quieras.

Sonrío cuando mira el suelo. No sé por qué me resulta tan entrañable su torpeza, sobre todo cuando hace unos minutos me ha preguntado con descaro si me estaba costando dejar de mirar su erección XL.

—¿Garrett?

Levanta su mirada precavida.

—¿Sí?

—Deberías esforzarte en decir lo que de verdad te pasa por la cabeza. Es bueno cuando la gente dice lo que piensa, ¿no te parece? Para no tener que estar adivinando.

—A veces tengo problemas con eso cuando estoy conociendo a alguien.

—Bueno, yo soy una Beckett. No censuramos nuestros pensamientos.

Suelta una risa franca y cálida.

—Vosotros realmente no os guardáis nada, ¿verdad?

Le doy un beso en la mejilla y sonrío al sentir su calor bajo mis labios:

—Gracias por la segunda noche más incómoda de mi vida.

—¿Cuál fue la más incómoda?

—El día que encontraste mi caja de consoladores.

Vaya, no creo haber visto nunca su cara ponerse tan roja. Trata de esconderse detrás de su botella de agua, y yo abro la puerta. Me vuelvo hacia él una vez más.

—Ahhh y… ¿Garrett? Lamento que Indiana Erección te haya dado una bofetada en la cara.

—¿Indiana qué? —Frunce el ceño mientras se lleva el agua a la boca, con las mejillas como las de una ardilla mientras bebe.

Veo el momento exacto en el que se da cuenta, cuando la arruga de su frente se suaviza y de inmediato un chorro de agua brota de sus labios mientras se ahoga en busca de aire.

Sonriendo, me meto en mi apartamento.

—Duerme bien, grandullón.

Finalmente me quedo sola, me desnudo y me dirijo a mi dormitorio. Al abrir mi cajón favorito, tarareo mientras mis dedos revolotean sobre mi extensa colección de silicona.

Una vez que mis dedos detectan al culpable, me llevo a Indiana a la ducha. Aferro la ventosa a los azulejos y abro el grifo con un suspiro de felicidad.

—Bien, muchachote. Esta noche vas a entrar en mi templo de la perdición.

8
¡VAYA!

Garrett

No hay nada como tener cuatro jugadores de la Liga Nacional de Hockey en la entrada de tu casa para hacer que los doscientos metros cuadrados de espacio abierto parezcan un armario.

Al menos Adam ha traído regalos.

En la puerta me entrega una caja enorme. Tengo un poco de miedo de abrirla. ¿Saltarán un montón de penes de silicona? Ya no puedo mirar a Carter a los ojos. Sé lo que hace su hermanita por las noches y, de hecho, tengo ganas de ayudarla.

Especialmente ahora que he visto sus tetas.

Tiene unas tetas estupendas. *Muuuy* bonitas. Son redondas, firmes, con dos pezones como capullos rosados. Son dos promesas de diversión del tamaño perfecto para caber en la palma de mi mano.

Creo. Tendría que probarlo para estar seguro.

—¿Vas a abrir la caja o te vas a quedar mirándola como si quisieras hacerle el amor? —Adam se ríe para sus adentros—. Es de parte de mi madre. Te la envió en cuanto te vio caer en la transmisión por la tele.

¿De su madre?

—¡Bev es la mejor, joder!

Los padres de Adam viven en Colorado. Ambos son increíbles, pero Bev es mi favorita: se ha convertido en mi distribuidora no oficial de *snacks* importados. Quiero saber ya mismo qué contiene esa caja de regalos para paliar mi conmoción cerebral.

Se abren las puertas del cielo: Pop-Tarts edición especial, Dunkaroos de los de antes, cajas de cereales de sabores nuevos y sorprendentes. Es el mejor regalo que he recibido jamás, después del que recibí hace dos noches: las tetas de Jennie, por si no había quedado claro.

—¿Cuándo me va a enviar Mamá Lockwood cosas ricas a mí? —Carter abre un paquete de Pop-Tarts de crema de plátano y lo devora rápidamente—. Hay uma edishon limitodoh de Oreosh en Eshtadosh Umidosh —dice con la boca llena mientras lucha por tragar y desparrama migas que se esparcen por su camisa—. Se llama…

—Tú no estás lesionado —le dice Adam.

—¡Pero ella siempre le envía cosas a él!

—Tal vez quiera más a Garrett que a ti —sugiere Emmett, mientras él y Adam van sacando los tentempiés y algunos otros artículos que han traído. Cada vez que guardan una golosina, Carter la saca y examina el paquete. A veces son molestos y pesados, pero son mi familia. No me entusiasma la idea de no poder ir con ellos, por eso no paro de quejarme.

—Es solo un fin de semana —me recuerda Adam.

—El médico me ha dado permiso para conducir esta mañana. Podría veros desde la cabina de prensa.

Carter acerca sus nudillos a mi sien.

—Tienes que cuidar lo que hay ahí dentro.

—Sé que es frustrante, pero tienes que cuidarte. —Emmett hace un gesto hacia el sofá—. Ponte cómodo, descansa, observa cómo les damos una paliza en la pista y la semana que viene ya estarás jugando.

—Odio ver partidos solo.

Carter no puede apartar la vista de la bolsa de Flamin' Hot Funyuns que está estudiando.

—Ve a verlo con mi hermana. Acabamos de dejarle a Dublin. Ella también lo va a ver y no tiene amigos.

—Carter —se ríe Adam—. No digas eso.

—¿Qué? Ella no hace amigos fácilmente. Le cuesta confiar en los demás.

Realmente eso no me sorprende. Jennie parece bastante escéptica (su mirada de soslayo da miedo), y no estoy seguro de que se haya creído eso de que no iba a volver a acostarme con Emily.

Carter revisa su teléfono.

—Tenemos que irnos. El vuelo sale en una hora y tengo que ponerme en contacto con Riley.

Jaxon Riley es nuestro nuevo fichaje. Viene directo desde Nashville y será titular esta noche. Odio no estar allí. Es un idiota arrogante y no me cae nada bien. Carter lo sabe, así que sonríe cuando gruño.

—Lo mantendré bajo control —promete. Puede que no sea capaz de mantener a nadie bajo control en su vida personal, pero puede manejar a todo el equipo sin pestañear. Es un líder nato en la pista —. No te preocupes, Gare. Te echaremos de menos tanto como tú a nosotros.

Y eso es lo que pasa exactamente. Mi familia está al otro lado del país. Tener a estos amigos y sus chicas cerca todo el tiempo hace que la distancia sea más llevadera. Ahora, el hecho de quedarme fuera obligado por una lesión, y sin Cara ni Olivia, que han acompañado al equipo en su desplazamiento, me siento más solo que nunca.

Tal vez por eso me encuentro ante la puerta de Jennie después de la comida, con el puño levantado para llamar. En lugar de eso, me paso la mano por el pelo.

—¿Qué me pasa? Es una chica. No me va a morder.

Me obligo a llamar a la puerta, estirando y cerrando los dedos sobre las palmas mientras espero. Se abre una puerta, pero no la que esperaba.

Mirando por encima de mi hombro, encuentro a Emily apoyada en la puerta, con una sonrisa de fingida timidez.

—Señor Andersen. Cuánto tiempo sin verte. Tu amiguita descarada no está en casa. Ha salido hace un rato con un bonito

perro.

—¿Descarada? —¿Cómo sabe Emily...?

—No para de llamarme Emma, y hoy me ha enseñado los dos dedos corazón cuando le he recordado la manera en que podía escucharlo. Creo que me gusta esa chica, y al parecer no soy la única.

—¿Qué? —He entendido como el cinco por ciento de lo que ha dicho.

Su sonrisa es sospechosa.

—¿Quieres pasar? Me pondré mi traje de animadora y practicaré mi rutina.

—Yo… yo… —Cierro los ojos y respiro. Me siento solo, sí, pero no lo suficiente como para romper la promesa que le hice a Jennie—. No puedo.

—¿Más tarde?

Niego con la cabeza.

Ella sonríe.

—Eso pensaba.

Antes de que pueda pedirle una aclaración, me guiña un ojo y desaparece.

Suspiro, resignado a pasar esta noche solo, hasta que recibo un mensaje de texto cinco minutos después.

Carter: Jennie ha acabado yendo a mi casa x el finde para no tener q subir y bajar a Dublin para q haga pipí, x lo del tobillo. puedes ir allí a pasar el rato con ella. no toques mis oreos o te mato.

Perfecto. Pero no son las galletas Oreo lo que me preocupa tocar.

***

¿Existe una palabra para referirse a sentirse excitado por la ira de alguien?

Porque estoy de pie ante la entrada y Jennie me mira ferozmente con esos ojos azules tormentosos, los brazos cruzados y casi ocultos debajo de sus pechos, y yo estoy apretando mis labios para evitar

sugerir que follemos de una maldita vez para resolver esta tensión que parece estar vibrando constantemente entre nosotros.

—¿Qué haces aquí, Andersen?

Levanto las bolsas que traigo en la mano y Dublin salta sobre ellas.

—He traído comida.

Sus ojos me recorren, ignorando las bolsas de comida, pero deteniéndose en el resto de mi persona, particularmente en mi mitad de la cintura para abajo.

—Malditos pantalones de chándal grises —murmura—. Siempre de gris. —Su mirada se dirige hacia la mía—. Perdón, ¿qué estabas diciendo?

—Pues que he traído comida tailandesa y cosas dulces. Carter me ha dicho que estabas aquí sola, y yo también estoy solo, así que he pensado que tal vez podríamos ver el partido juntos y no estar…

—¿Solos? —El escepticismo le nubla los ojos—. No necesito una niñera solo porque mi hermano está fuera de la ciudad.

—No, yo… ¿Puedo entrar, por favor? Hace un frío de muerte.

—Tal vez deberías haberte vestido de manera adecuada para este clima. —Ella se hace a un lado. Lleva puesto un enorme jersey de estilo *tie-dye* que le cuelga de un hombro y unas mallas cortas tan diminutas que no creo que le lleguen a cubrir todo el trasero, pero tendré que esperar a que se dé la vuelta para comprobarlo—. ¿Necesitas que suba y te vista antes de salir de tu apartamento cada mañana?

Sonrío porque, honestamente, eso no suena nada mal.

—Vale, solo tenía ganas de venir. Mis amigos se han ido todos el fin de semana y la verdad es que me sentía solo.

—¿Ah, sí? —Algo suave y vulnerable baila en sus ojos—. ¿Y has pensado en mí?

—Exacto, he pensado en ti.

—Vale. Bueno, eso es… —Juega con la trenza desordenada que cae sobre su hombro, tirando del nudo de cinta azul brillante atado en la punta. Creo que es la primera vez que la veo sonrojarse—. Es muy bonito. —Arruga la nariz y reprime una sonrisa—. Siento haberte saltado a la yugular. Es un mal hábito que tengo.

Soy consciente de ello, de ahí el apodo de *solecito* que me está gustando cada vez más. Simplemente sonrío a modo de respuesta, pero luego Jennie se da la vuelta y el veredicto es: *mierda*, las mallas no le cubren el culo ni de coña. Son demasiado atrevidas.

—¿Garrett?

—¿Sí? —*Oh, mierda, otra vez los ojos que dan miedo.*

—Te estaba preguntando si venías, pero tú estabas demasiado ocupado mirándome el culo, idiota. —Hace un gesto hacia sus piernas desnudas—. ¿Esto va a ser un problema? ¿Necesitas que me ponga un pantalón largo?

Honestamente, no sé cómo responder a eso. *Sí, va a ser un problema. No, por favor, no te pongas un pantalón largo.*

Mi expresión debe decirlo todo, porque Jennie pone los ojos en blanco y me arranca las bolsas de las manos.

—*Hombres*. Si algo tiene tetas y culo, ya sirve para follar.

—Eso no es cierto. —*¿Para qué abro la boca?*—. Yo soy más exigente. No me conformo con cualquier par de tetas o cualquier culo. —*Debería cerrar mi bocaza ahora mismo, por Dios.*

—¿Ah, sí? Entonces, ¿yo doy la talla o no cumplo tus estándares de exigencia?

El mensaje de callarse por fin llega a mi cerebro. Lamentablemente, Jennie está esperando una respuesta. Y yo desearía poder formular una.

—¿Garrett? Sigo esperando.

—Por favor, no me pegues —susurro al fin.

Con un sonido de satisfacción, Jennie coloca unos platos en la isla de la cocina. Me da una cerveza y, cuando tengo el plato lleno, me dejo caer en el sofá y busco el mando a distancia.

—¿Qué estabas viendo?

Jennie se arroja sobre mi regazo, casi tirándose mi pad thai por encima, mientras busca desesperadamente el mando.

—Nada, nada, Garrett, pásame el mando.

Lo levanto sobre mi cabeza.

—¿Qué estabas viendo?

—No estaba… —Aprieta los labios cuando presiono reproducir. Simba, Nala y Zazu llenan la pantalla, cantando la canción de cómo

Simba quisiera ya ser el rey. Jennie se sube el cuello del jersey hasta la nariz—. Ni se te ocurra decir algo.

—Dios, es increíble la obsesión de los Beckett con Disney.

—Yo canto mejor que Carter —protesta.

—¿Así que estabas cantando?

Sus mejillas enrojecen.

—No.

—Me parece que estabas cantando, solecito.

—Cállate, osito Gari-ñoso.

Me roba un rollito de primavera del plato, reclinándose en el sofá, con los pies sobre la mesita de café. Tiene el tobillo izquierdo hinchado y enrojecido, y a su lado hay una bolsa de hielo derritiéndose.

Jennie solloza tan fuerte mientras Simba intenta despertar a Mufasa después de la estampida que comienza a toser, y se seca las lágrimas con el cuello del jersey.

—¿Necesitas un…?

—¡No necesito un abrazo! —Me golpea el pecho—. ¡Deja de mirarme! —Se pone de pie de un salto, dándose unas palmaditas en las mejillas mojadas—. ¡Te odio! —grita, y luego corre hacia el baño. Va tambaleándose por culpa de su tobillo dolorido. Yo me tapo la boca para que mi risa no la persiga.

Cuando regresa, ya he lavado los platos, tengo sintonizado Sportsnet y estoy listo para ver el partido.

Jennie mete la mano en el cuenco de golosinas Sour Cherry Blasters que le ofrezco.

—Siento haberte dicho que te odiaba. Se me ha escapado en el fragor del momento.

—Está bien. Scar es un idiota.

—La peor escoria del mundo Disney.

Me río mientras me dirijo a la nevera.

—¿Quieres otra cerveza?

—No he tomado ninguna, pero no, gracias. No bebo alcohol.

—Vaya.

Jennie se lleva la mano a la clavícula, como si estuviera a punto de juguetear con un collar, pero sus dedos revolotean sobre una sección

de piel desnuda. Noto que su pecho se eleva con una inspiración angustiada y, en lugar de una cerveza, me decido por un Gatorade.

Jennie frunce el ceño.

—Puedes beber si quieres, Garrett. No me molesta. Es solo una elección personal.

Y es una elección que apoyaré cuando estemos juntos. Si un conductor borracho me hubiera arrebatado a alguien, no sé si sería capaz de volver a tocar el alcohol.

A veces ni siquiera sé por qué bebo. Una infancia viendo cómo el alcohol se apodera de tu padre no es precisamente una infancia. Al final, supongo que decidí que no iba a dejar que me quitara nada más, que no perdería el control y tomaría mejores decisiones.

Me dirijo al sofá con mi Gatorade y una bolsa nueva de hielo y, ante la expresión perpleja de Jennie, le explico:

—Es para tu tobillo.

—Ah. —Ella coloca vacilante su pie sobre el cojín que he puesto sobre la mesita del café y suspira cuando le cubro el tobillo con el hielo—. Gracias.

Miro a la pantalla: comienza el partido.

—¿Qué fue lo que te pasó de verdad? —La respuesta que me dio en el ascensor dos días atrás era mentira, hasta yo lo sé.

Se mordisquea la uña del pulgar.

—Me lo torcí mientras bailaba.

—¿No te habías tropezado con la bolsa?

Gira la cabeza hacia mí.

—¿Por qué preguntas si ya te di una respuesta?

—¿Por qué me mientes?

—Eres muy molesto. —Mete la mano en el cuenco de palomitas—. Me tropecé con mi pareja de baile. Vale, ya te lo he dicho. ¿Feliz?

—¿Steve?

Ella se ríe.

—Simon. Carter lo llama Steve para molestarlo.

—Carter lo odia. —Se pasa todo el tiempo refunfuñando que Jennie debería bailar sola—. Dice que el tipo quiere meterse en tu cama.

Jennie hace como que no presta atención y luego le grita a la tele:

—¡Fuera de juego! ¡Joder, es fuera de juego! ¡Le han regalado el brazalete naranja en la tómbola si no es capaz de ver una jugada tan clara como esa!

Tardo solo un minuto viéndola gritarle a los árbitros para darme cuenta de que en realidad no quiere hablar conmigo sobre su compañero de baile, y cuatro más para comprobar que podría ser mi persona favorita para ver juntos partidos de hockey.

Cuando llega el tercer período, Jennie está ronca de tanto gritar, y a mí me duele el estómago de tanto reírme. De hecho, ya ni siquiera me preocupa haberme perdido el viaje.

—Si lo único que querías era ver el partido, deberías haber comprado entradas como todo el mundo, árbitro inútil. —Lanza un puñado de palomitas de maíz al televisor, y luego un puñado más grande hacia mí—. Y tú, deja de reírte de mí.

—No puedo… Ver el partido contigo es divertido. Mis hermanas odian el hockey o se creen que tienen demasiado estilo para ver los partidos. Solo van a verme una o dos veces al año y se pasan la mayor parte del tiempo absortas en una pantalla o haciéndoles ojitos a los otros jugadores.

Jennie suelta una risita burlona.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Tres.

—¿De qué edades?

Llevo mi mano a la barbilla mientras intento ordenar las fechas..

—Esto… doce, diez y nueve.

Jennie se gira hacia mí.

—Oh, vaya. Hay una gran diferencia de edad.

—Mis padres estuvieron separados durante un par de años, y cuando volvieron a estar juntos no perdieron el tiempo. Yo tenía trece años. Nueve meses después, apareció Alexa. La verdad es que he oído más de lo que quisiera admitir, y aprendí a salir de casa cuando se empezaban a mirar de esa manera especial.

Jennie se ríe, estirando las piernas y presionando sus dedos de los pies pintados de rosa contra mi muslo.

—Qué bien que hayan resuelto sus problemas. Seguramente eso te alegró mucho.

—Sin duda. —Lo que más me alegró fue ver a mi padre sobrio por primera vez en mi vida—. ¿Qué tipo de baile practicas?

—Contemporáneo, más que nada. Es lo que más me gusta. Crecí haciendo ballet, pero cuando descubrí la danza contemporánea fue amor a primera vista. —Arruga la nariz—. El ballet tiene demasiadas reglas.

—Y a ti no te gusta seguir las reglas.

Ella sonríe y se encoge de hombros.

—Me identifico más con la danza contemporánea. Hay más libertad que en el ballet. Me sentía demasiado limitada y lo único que quería era soltarme.

—Eso es genial. Debe de ser agradable encontrar lo que realmente te gusta.

Jennie pone cara de estar muy emocionada, como mi hermana menor, Gaby, cuando respondo a sus llamadas de FaceTime. Me toma del antebrazo.

—Se acerca el espectáculo de Navidad. Podrías venir a verlo con Carter y Olivia. Emmett y Cara también vendrán.

Vacilo y su sonrisa se disuelve al instante. Me suelta el brazo, desviando la mirada y volviéndose hacia la tele. Observo cómo se apaga y se esconde tras el muro que ha construido para mantener a la gente a raya.

Pero quiero aferrarme a la Jennie que he descubierto esta noche, la mujer que habla abiertamente y se ríe con facilidad.

—Siempre voy a casa un par de días en Navidad, pero si las fechas coinciden, definitivamente iré a ver cómo lo das todo en el escenario.

Ella me mira con cautela por un momento y vuelve a relajarse a mi lado.

—No quiero presumir, pero soy la mejor allí arriba.

Le doy un golpecito en el pie.

—Ahí está esa arrogancia característica de los Beckett. —Ella se ríe, pateando mis dedos para alejarlos. Cuando sus pies aterrizan en mi regazo, mi mano cubre sus tobillos.

—Claro, pero me he esforzado mucho para sentirme segura de mí misma y de mi talento, así que ese título me pertenece.

—Me gusta eso. Debes tener confianza y estar orgullosa de ti misma.

Nuestras miradas se encuentran y nos sonreímos. Observo sus hoyuelos profundos, sus labios en forma de corazón, la manera en que se curvan en las comisuras, como si guardaran un secreto.

Tengo unas ganas tremendas de lanzarme a por todas, lo que debería indicarme que es hora de salir de aquí, especialmente porque durante el tiempo que hemos estado charlando, el partido ha terminado.

En lugar de eso, pregunto:

—¿Quieres terminar de ver la película?

No. Gran error. Porque veinte minutos después, Jennie está medio enterrada en una manta, abrazando un almohadón y temblando violentamente mientras solloza. La canción de Simba y Nala está sonando y yo estoy riendo como un loco.

—¡Cállate la boca! —Me tira el cojín a la cara.

—¡Ni siquiera es una parte triste!

—¡Es un momento emotivo! Se reencuentran después de todo el tiempo que han estado separados, y eran mejores amigos, y es… es… ¡cállate! ¡Deja de reírte de mí!

No me estoy riendo de ella. Consigo esquivar el segundo cojín que me lanza. Dublin se ha quedado tan dormido que parece desmayado junto a la chimenea, completamente imperturbable.

—Te haces la dura, pero te he visto llorar tres veces esta semana, y dos de ellas han sido con una película de Disney.

Ella ya ni siquiera intenta tirarme más cojines, ahora simplemente me tapa la cara con uno, mientras su cuerpo se retuerce contra el mío. Mi risa solo parece incitarla más.

Jennie intenta empujarme para tirarme del sofá, pero yo me doy la vuelta hábilmente y quedo de espaldas sobre la superficie, justo cuando ella cae entre mis piernas.

—¡Cállate… osito Gari-ñoso!

—Tengo tres hermanas pequeñas. No vas a ganar, solecito.

—Crecí con Carter —gruñe, agarrando mis manos con las suyas, tratando de inmovilizarme contra el sofá—. Me hacía enfadar todos los días.

—Seguro. —Le paso un brazo por la cintura y le doy la vuelta, sujetándola debajo de mí, con mis dedos alrededor de sus muñecas —. Pero yo no soy tu hermano.

Y le doy gracias a Dios por eso.

Jennie me mira, con las mejillas sonrojadas y la boca entreabierta. Nuestros pechos suben y bajan al unísono, rápidos y pesados, como el latido en mis oídos. Soy dolorosamente consciente del cálido punto donde estoy instalado entre sus muslos, y mi pecho ruge de hambre.

Hay una voz en el fondo de mi mente que me dice que pare y vuelva a casa antes de cometer un error que ya no pueda enmendar. Como el que está ocurriendo. ¿Ella y yo, enredados juntos? Un error del cual será imposible liberarme.

Pero entonces los brumosos ojos azules de Jennie se posan sobre mis labios y sus caderas se mueven apenas, una invitación que no creo poder rechazar.

—He ganado —susurro y bajo la cara al mismo tiempo que ella levanta el mentón.

Mi boca cubre la suya sin dudarlo, saboreando, conquistando. Joder, mi cuerpo está más que listo para la conquista. Ella es suave y dulce, anhelante y vacilante al mismo tiempo, y mi pulso me martillea al explorar su territorio. Paso mi lengua por sus labios, pidiendo permiso. Quiero entrar y no sé si querré salir.

Ella se abre para mí, enrosca sus piernas alrededor de mi cintura, y me deja acercarme más de lo que alguna vez pensé que podría. Mi lengua se encuentra con la suya con un movimiento lento, y cuando sus caderas se levantan, frotándose contra mí, un gemido entrecortado sale de su boca. Y luego un jadeo.

Jennie se pone rígida debajo de mí, y ahí es cuando me doy cuenta. Estoy acabado. Se me ha ido de las manos.

Me arrastro hacia atrás en el mismo instante en que ella se aparta de mí. Comienza a caminar como un cangrejo, hasta que cae del borde del sofá con un chillido, y su trasero queda en el aire.

—Lo siento. —Me pongo de pie y trato de alcanzarla para ayudarla a levantarse, pero ella sigue apartándose hacia atrás como un cangrejo, hasta el final del pasillo, y me mira con los ojos muy

abiertos—. Lo siento, Jennie. No quería… No sé… No sé qué me ha pasado.

Ella choca contra la pared y se acaricia la parte posterior de la cabeza.

—¡Ay!

—Por el amor de Dios, deja que te ayude a levantarte. —La levanto antes de que pueda apartarme de un manotazo y sube rápido las escaleras, cojeando a causa del tobillo lesionado—. Jennie…

—¡Estoy cansada! ¡Muy cansada! ¡Hora de acostarse! —Me señala la puerta—. Ya conoces… la salida. ¡Cierra la puerta cuando salgas! ¡Buenas noches, Garrett Andersen!

Ella tropieza y cae de rodillas en lo alto de la escalera, murmurando algo sobre que acaba de llamarme por mi nombre completo. Luego desaparece, y tras ella se escucha un fuerte portazo.

Joder. Ahora sí que estoy realmente jodido. ¿En qué demonios estaba pensando? No estaba pensando, ese es el problema. No con la cabeza que tengo sobre los hombros, eso seguro. Miro hacia abajo a mi pene. Estoy completamente decepcionado con él y a punto de decírselo.

—¿No puedes contenerte por una puta noche, teniente Johnson? Vamos, colega. Es la hermana de Carter, por el amor de Dios —murmuro, pasándome una mano por la cara mientras deambulo por el pasillo.

Dublin bosteza y se estira antes de venir trotando a lamerme la mano. Luego, se acurruca en un cojín en la cocina mientras yo limpio el desastre que hemos dejado y finalmente me acompaña hasta la puerta principal. Tengo las bolas tan calientes que tendría que hundirlas en la nieve.

—Mierda —me repito, golpeando suavemente la cabeza contra la puerta—. Joder, joder, joder.

No puedo irme así. Necesito disculparme y hablar sobre qué vamos a hacer a partir de ahora. No creo que debamos contárselo *nunca* a Carter, pero si ella quiere, lo haré. Seguramente él querrá

cortarme alguna parte fundamental del cuerpo, pero lo haré si ella me lo pide.

En silencio, vuelvo a entrar. Me quito los zapatos y empiezo a notar que estoy todo sudoroso. Me ha encantado pasar este rato con ella, pero estoy el 99,999 por ciento seguro de que he arruinado cualquier posibilidad de que volvamos a coincidir en la misma habitación.

—¿Jennie? —digo vacilante mientras subo las escaleras. Me acerco al único dormitorio cerrado y me agarro al marco de la puerta—. Quería disculparme. ¿Podemos hablar?

Una parte de mí espera que ya esté dormida.

—Jennie, yo… —sacudo la cabeza. Soy pésimo haciendo esto—. Mira —intento en voz baja—, ¿puedo entrar?

No hay respuesta. Suspiro y giro hacia las escaleras.

Pero entonces la oigo, diciendo mi nombre suavemente, y agito el puño en un gesto triunfante.

—Sí —murmuro antes de abrir la puerta y entrar—. Mira, yo estaba…

Mis palabras se disuelven antes de salir y me quedo con la boca abierta al posar mis ojos sobre la vista más maravillosa que haya presenciado en mi vida.

Se escucha una suave vibración en el aire, un zumbido que parece provenir del objeto rosa que Jennie sujeta entre sus largas y bronceadas piernas desde su posición en la cama.

¿Y Jennie? Sin pantalones, sin bragas. La cabeza echada hacia atrás.

Mi mano va directa a mi polla cuando escucho mi nombre saliendo de su boca una vez más.

—Joder.

Jennie levanta un poco la cabeza y sus ojos aturdidos flotan por la habitación sin ver, hasta que finalmente aterrizan en mí, de pie en la puerta, con una mano en mi polla, que está, por cierto, jodidamente dura en este momento.

Sus labios se abren y debo ser el idiota más tonto del planeta para pensar que podría decir mi nombre otra vez o, mejor aún, invitarme a entrar.

Lo que en realidad hace es gritar.

¡Joder! ¡Cómo grita! Es un grito espeluznante y ensordecedor, pero al teniente Johnson eso le importa una mierda.

No, él permanece firme en todo su esplendor, rogándome que le permita salir a guiñarle el ojo y preguntarle si tiene ganas de jugar.

Y maldita sea, me muero de ganas de jugar.

9
(NUNCA) DEBERÍAMOS VOLVER A HACER ESO

Jennie

Tengo muchas preguntas.

¿Qué he hecho para merecer esta última semana de caos?

¿Cómo ha podido ocurrir que el mejor amigo de mi hermano me haya visto semidesnuda varias veces ya? ¿Por qué le explotó en las manos mi colección de juguetes? ¿Y por qué Indiana tuvo que darle una bofetada? ¿Por qué lo he besado?

¿Por qué Garrett me acaba de ver jugando con un consolador y además, posiblemente —aún queda por determinar—, mientras gemía su nombre?

—¿Qué haces aquí? —chillo, saltando de la cama—. ¿Quién te ha dicho que podías entrar? ¡Te habías ido! ¡He oído cómo se cerraba la puerta!

—Yo… yo… —Sus ojos rebotan entre la mitad inferior de mi cuerpo y mi mano—. Joder.

Estiro la camiseta hacia mis caderas, ocultando mi estúpida y traicionera vagina. Mi mano ocupada tiembla con violencia, el vibrador está en el nivel más alto, por lo que lo arrojo al otro lado de la habitación.

Error número uno. Ahora vibra de forma exasperante contra el suelo de madera, da saltos, y Garrett no puede dejar de mirarlo.

Corro hacia Garrett, le planto las manos en el pecho y lo empujo. Está inmóvil, salvo por su cabeza, que rebota entre mi juguete y yo.

—¡Fuera! ¡Que te vayas! ¡Y no deberías haberme besado!

—¡Pensaba que era lo que querías! —grita, con el rostro enrojecido—. ¡He leído mal la situación!

—¡Entonces cómprate un puto par de gafas para leer mejor, campeón!

—¡Perdón! —Me agarra las muñecas, atrayéndome hacia él—. ¡Deja de empujarme!

—¡Deja de gritarme!

—¡Tú me has gritado primero!

—¡Has visto mi vagina!

—¡Te vi las tetas hace dos días! —Sus ojos se abren de par en par —. Perdón, no tendría que haber dicho eso. Siento haber visto tus tetas. Y tu vagina. Ya te dije que tienes unas tetas muy bonitas. —Me señala la parte inferior y carraspea—. También tienes una hermosa, esto… vagina.

Con un gemido, me giro para liberarme de sus manos y entierro mi rostro, rojo como un tomate, entre las mías.

—Deja de decir vagina, *por favor*.

Se encoge de hombros.

—Está bien. Tienes un coño precioso.

Le doy un golpe en el hombro.

—¡Garrett!

—¡Vale! Joder, no te pongas violenta.

—¡No es eso lo que quería decir!

Levanta los brazos al aire.

—¡Noticia de última hora, solecito! ¡Casi nunca sé qué quieres decir!

—¡No es tan difícil entender a las mujeres!

—¡No, pero a ti sí! —Cierra los ojos y respira hondo—. Mira, quería disculparme por haberte besado. Me lo estaba pasando genial y me he dejado llevar por el momento.

De acuerdo, puede que a mí me haya pasado lo mismo. Garrett es amable, fácil de tratar a pesar de la incomodidad, y hace que todos mis puntos calientes se enciendan como un haz de luz. De alguna manera, se las ha ingeniado para mojarme solo con un beso.

La culpa es de la falta de intimidad y conexión física que hay en mi vida.

—Disculpas aceptadas —le digo—. Buenas noches, Garrett.

—Está bien. Pero no te avergüences. Todo el mundo se masturba.

—Claro, pero no todo el mundo es sorprendido por un jugador de hockey apuesto y famoso que resulta ser uno de los mejores amigos de su hermano.

Sus ojos se iluminan.

—¿Te parezco…? —Se detiene, y mejor que así sea. Por más que piense que soy violenta, todavía no sabe de lo que soy capaz—. Mejor me voy.

—Genial. —Cuando me da la espalda, tiro aún más de la camiseta, con lo que me rozo los muslos y esparzo toda la humedad. Dios, tiene un culo esculpido por el hockey de lo más increíble, de esos a los que quieres agarrarte con todas tus fuerzas mientras te dan duro contra la pared.

Si es que quisiese eso.

—Espera un segundo —susurra Garrett, deteniéndose. Siento fuertes latidos en el pecho mientras se gira despacio, con un dedo en el aire. Su mirada se posa sobre mí, ardiente, juguetona y demasiado peligrosa mientras da un paso hacia mí, luego otro, y los latidos del corazón me llegan hasta el fondo del estómago.

—Estabas diciendo mi nombre.

—¡No! —*Por supuesto que sí.*

—Claro que sí.

—Claro que no.

Pone los ojos en blanco.

—*Garrett*. —Me imita, alargando su nombre con un gemido, y yo retrocedo a la par que él avanza en mi dirección. Me mira como si yo fuera un postre que está a punto de devorar, y no estoy segura de que yo vaya a oponer resistencia.

Busco una almohada y se la lanzo a su cara sensual y molesta.

—¡Se supone que eres tímido, imbécil!

Desvía la almohada con el antebrazo, y cuando la hace rebotar en mi propia cara, jadeo.

—¡No soy tímido, Jennie! ¡Lo que pasa es que te tengo miedo!

—¡Uy sí, ya lo veo! —Me estoy quedando sin espacio con cada paso que da en mi dirección y, cuando tropiezo con mi bolsa, Garrett me coge de la camiseta, manteniéndome erguida. No tengo ni idea de dónde se ha metido el chico tímido y torpe; en su lugar tengo delante un macho alfa que desborda sexo y confianza, listo para tomar el control.

Lanza una mirada significativa al vibrador rosa intenso que sigue saltando por el suelo, aunque está quedándose sin pilas. Es el único juguete que he traído, así que no me va a quedar otra que usar los dedos, que desde luego no vibran.

—¿No tienes a nadie que haga eso por ti?

Echo los hombros hacia atrás y le golpeo la muñeca con un movimiento de judo para que me suelte. No funciona.

—No necesito que nadie lo haga por mí. Me las arreglo perfectamente bien sola.

—¿No tienes novio?

—Si tuviera novio, ¿te habría besado?

Poco a poco, se le dibuja una sonrisa en el rostro. Dios, qué bien le queda la arrogancia.

—Así que admites que tú también has puesto de tu parte en ese beso.

—Yo… —Miro el techo—. No admito nada.

—Qué lástima. ¿Recuerdas cuando me dijiste que debería empezar a decir lo que pienso? —Aprieta mi camiseta mientras avanza, empujándome hacia atrás—. Pienso que quería besarte, y pienso que tú querías que te besara. Pienso que el beso te ha parecido espectacular, hasta que te has dicho a ti misma que no deberías estar haciendo eso y el pánico se ha apoderado de ti.

Jadeo cuando mi espalda choca contra la pared. Los ojos turquesa de Garrett caen sobre mis labios.

—¿Qué pasa, Jennie? ¿Dónde se ha ido toda esa confianza? ¿No tienes dónde esconderte?

Me muerdo el labio inferior cuando Garrett desliza una mano gigante por el borde de mi mandíbula, inclinando mi cara hacia la suya. Su otra mano se posa en mi muslo; las yemas de los dedos encienden un incendio forestal sobre mi piel mientras suben y suben, jugueteando con el dobladillo de mi camiseta.

—Pienso que has subido aquí a tocarte mientras imaginabas todo lo que podría haber pasado si no hubieras salido corriendo, y pienso que… —Su aliento entrecortado baila sobre mis labios, con una mirada ardiente—. Pienso que me gustaría ayudarte. Pienso que tú *quieres* que te ayude.

—Garrett —gimo, temblando mientras sus labios se acercan a un milímetro de los míos.

—Sí —susurra—. Así. Exactamente así sonabas cuando gemías mi nombre.

Levanto el mentón y me lamo los labios, cerrando los párpados mientras espero.

Y espero.

El calor de su cuerpo es reemplazado por el frío del rechazo cuando me suelta. Su sonrisa ladeada destila orgullo mientras lo veo retroceder, horrorizada.

—Aunque no quisiera malinterpretar la situación. Así que si tengo razón, si quieres mi ayuda… —Se raspa con el pulgar la barba incipiente que recubre su mandíbula cincelada—. Vas a tener que ser explícita.

Un gruñido retumba en mi garganta, y antes de que pueda siquiera comprender mis acciones, me lanzo a su pecho y entierro mis dedos en su pelo. Me agarra el culo, levantándome hacia él. Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura mientras mi espalda choca contra la pared.

La forma en que su boca toma la mía, posesivamente, es un acto de conquista en su forma más pura y hambrienta. Puede adueñarse de mi boca, y de casi cualquier otra parte de mí, y ni siquiera entiendo por qué estoy dispuesta a dárselas. Lo único que sé es que nunca he deseado nada tanto como a Garrett en este momento.

Me empotra contra la pared con sus caderas y me arranca la camiseta, quitándomela por la cabeza de un tirón. Su mirada

abrasadora me recorre, encendiendo cada terminación nerviosa a su paso. Me coge el cabello y entierra la cara en mi cuello. Su boca cálida deja un rastro húmedo mientras se desliza por mi piel.

—¿Vas a dejar que me ocupe de ti esta noche, solecito? Porque es en lo único que puedo pensar.

Dios, *SÍ*. Vuelvo a atraer su boca hacia la mía, y su lengua me recorre, explorando, probando, apoderándose de todo a su paso. Quiero más, y ha pasado tanto tiempo desde que en verdad he querido algo, desde que he sentido que alguien me deseaba tanto.

Me suelta, me da la vuelta y me aprieta contra la pared. Sus dedos bailan sobre mi cadera, mis abdominales, hasta que su roce delicado acaricia el punto donde se concentra mi deseo, y araño la pared mientras asoman lágrimas de desesperación.

No quiero juegos, lo único que quiero es que me folle con los dedos hasta el año que viene. ¿Es demasiado pedir?

Me agarra por la nuca, atrayendo mi mirada hacia la suya por encima del hombro.

—Dime qué quieres, Jennie.

—Tócame —le suplico mientras sus dedos acarician el interior de mis muslos temblorosos—. Por favor, Garrett.

Me acaricia el clítoris despacio, arrancando un suspiro tembloroso de mis labios.

—¿Aquí?

—Joder. *Sí*.

—Por Dios bendito, estás empapada. —Su lengua sube por mi cuello—. Completamente inundada. —Me hunde dos dedos y sonríe contra mi hombro cuando grito—. ¿Vas a dejar que me folle este coño algún día?

—Por Dios santo —grito. Las obscenidades que me dice, junto con el contacto de su piel, están acabando conmigo. Hace mucho tiempo que anhelo esta intimidad, aunque lo haya estado negando—. ¿Quién eres?

Su risa apenas audible me pone la piel de gallina. Soltando mi cuello, presiona mi clítoris con dos dedos.

—Estoy ansioso por verte acabar sobre mis dedos.

—Joder. —Le agarro la mano, entrelazando nuestros dedos y acercándolo más hacia mí. Me mete una rodilla entre los muslos, abriéndolos más, y mete los dedos más adentro, mucho más de donde yo jamás he llegado—. *Garrett*.

Mi cuerpo tiembla cuando me acerca al precipicio, ese al que quiero que me empuje.

Y eso hace. Me lleva hasta la cima, me arrastra hasta el borde, y cuando me mira a los ojos y me exige que *acabe*, me observa dejarme llevar, en caída libre hacia el vacío, mientras mis rodillas ceden y se doblan.

Sin perder un segundo, Garrett me rodea la cintura con un brazo y me lanza sobre la cama. Sus rodillas aplastan el colchón mientras se quita la camiseta por la cabeza, y me guiña el ojo, lo que dispara un latido renovado entre mis piernas.

—¿Quieres que pruebe cómo sabes, Jennie? —Me da golpecitos en las rodillas, que se abren solas—. Porque me muero de ganas de hacerlo.

Mete los brazos por debajo de mis piernas, agarra mis caderas y me acomoda sobre el colchón, acercándome a su cara. Cuando su boca desciende, me olvido hasta de mi propio nombre.

—Joder, joder. —Ahogo el grito con una mano, que él aparta justo a tiempo para que su nombre salga de mi boca. Sus dedos me atraviesan mientras mueve la lengua de un lado a otro y succiona.

Me mira con una sonrisa tan grande, tan atractiva, tan pícara, y luego se lame los labios.

—Mi nombre suena mucho mejor saliendo de esa boca cuando lo gritas por motivos muy distintos a los acostumbrados hasta ahora. —Arrastra sus labios por mi torso y luego su lengua recorre el contorno de uno de mis pezones erectos, y lo hace tan despacio que duele—. Por Dios, tienes unas tetas perfectas. Unas tetas perfectas y un coño perfecto. —Me mordisquea un pezón y lo rodea con la lengua hasta que se pone bien duro, me planta un beso ardiente en la boca y desaparece entre mis piernas una vez más.

La boca de Garrett es tal como imagino el cielo: cálida e increíble, como tener un sol entre los muslos. Cada movimiento de su lengua fluye con precisión y las embestidas de sus dedos son profundas,

decididas. Sus ojos se encuentran con los míos mientras se lleva mi clítoris a la boca.

Mi cabeza cae sobre el colchón cuando su nombre sale de nuevo de mis labios, y juro que exploto cuando acabo en su lengua. Garrett se queda enterrado entre mis muslos, bebiendo cada gota de mí como si su vida dependiera de ello.

Retira los dedos y hace tres pasadas lánguidas y reverentes con la lengua, lamiéndome mientras me desplomo con los brazos sobre la cabeza. La ligera barba de su mandíbula me hace cosquillas en el interior de los muslos cuando se limpia la cara ahí, y me estremezco mientras intento volver a respirar.

—Joder, sabes increíblemente bien —gruñe Garrett con la voz rasposa al dejarse caer junto a mí. Nuestras miradas se cruzan, y de repente me enciendo con una sensación de nervios repentinos bajo la intensidad de su mirada.

Me levanto de la cama de un salto, recojo mi camiseta y la abrazo contra mi pecho. Le lanzo a Garrett la suya. Lo toma como la señal que es, aunque en su expresión veo cómo la confusión y la curiosidad libran una batalla. No sabe qué significa mi gesto, y yo tampoco. Ha estado bien. *Increíble*. Pero no puede volver a pasar.

¿O sí?

Me pongo la camiseta, me subo a la cama y me abrazo las rodillas mientras Garrett se pone de pie y se cubre esos abdominales increíbles.

—Deberías irte —musito. Las palabras no están respaldadas por la convicción. Me gustaría que se quedara y me gustaría cabalgarle la cara hasta desmayarme de tantos orgasmos. ¿Eso existe? Debería. De todos modos, si él cuestionara mi demanda de irse, me rendiría en un instante.

Por desgracia para mí, asiente.

—Debería irme. —Ajusta el bulto gigante en sus pantalones, y puede que no lo pida, pero me encantaría poder devolverle el favor. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que lo hice, y me siento un poco… insegura. Probablemente ya le deben haber hecho la mejor mamada de su vida. Soy competitiva hasta morir, y no me gustaría enterarme de que no estoy a la altura en cuanto al sexo

oral, porque no estoy preparada para ello esta noche—. ¿Pero ha estado…?

—Genial —respondo sin aliento—. Sí, totalmente genial.

—Bien. Genial. Me alegro. ¿Y te sientes…?

Con manos temblorosas, señalo mi cara sudorosa, y luego mis piernas, que aún tiemblan después de los orgasmos.

—Increíble.

Mueve la cabeza mientras se frota el puño con la otra mano.

—Increíble. Bien. —Retrocede hacia la puerta, con dos dedos a modo de pistolas—. Deberíamos repetir algún día.

—Sí, sí, claro.

Su rostro se ilumina.

—Genial.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza.

—No, no deberíamos.

Frunce el ceño.

—No, no deberíamos.

—Carter.

Asiente, solemne.

—Carter.

—Así que… ¿buenas noches?

Saluda con la mano.

—Buenas noches.

Pero Garrett no se va, sino que se queda ahí plantado. Sigo desnuda de cintura para abajo y estoy sentada en el magma de mis propios fluidos. Es una situación incómoda, pero verlo con el pelo hecho un desastre y las mejillas sonrojadas hace que mis partes íntimas hormigueen otra vez.

—Así que, eh… buenas noches. —Sus ojos se abren como si hubiera olvidado algo, y vuelve corriendo.

Mi corazón late mientras su mano cálida se desliza por mi mentón y sus dedos se enredan en mi cabello. Sus labios cubren los míos en un beso lento y apasionado que enciende un fuego profundo en mi vientre, y agarro el cuello de su camiseta, atrayéndolo hacia mí.

—Buenas noches. —Garrett se aparta y vuelve a bajar sus labios sobre los míos—. Que descanses. —Se dirige rápidamente hacia la

puerta, saludándome por encima del hombro—. Adiós. —Abre la puerta y me mira. Me recorre con una mirada tan resplandeciente como su sonrisa—. Que duermas bien, Jennie —susurra, y luego, esta vez de verdad, se va. Sus pasos contundentes retumban al bajar las escaleras, así como el golpe de la puerta principal que se cierra.

Me dejo caer contra la montaña de almohadas y acerco la mano a mi frente sudorosa.

A la mierda. Indiana va a tener que esforzarse más.

10
USAIN BOLT

Garrett

Jennie me ha estado ignorando toda la semana.

Hace cuatro días, la llamé en la entrada del edificio. Cuando me vio, salió corriendo. Literalmente corrió por el pasillo y salió por la puerta, se lanzó al asiento trasero de un taxi que la esperaba fuera, con el tobillo hecho mierda y todo.

Hace dos días llamé a su puerta. Sin abrirla, gritó con un acento exagerado, diciendo que se llamaba Gloria y que Jennie ya no vivía allí. Le respondí que sabía que era ella porque la había visto entrar en el ascensor. Guardó silencio durante treinta segundos completos antes de responder: «Mí no hablar el idioma».

Estoy frustrado de una manera inexplicable. Aparte de los orgasmos, que fueron alucinantes, pensaba que había habido un cambio en nuestra dinámica, como si por fin nos estuviéramos haciendo amigos. Al menos, su sola presencia ya no me aterrorizaba, ni me impedía articular una frase completa. Si eso no es amistad, no sé qué es.

Además, nos despedimos en buenos términos —le di un beso de buenas noches—, así que, ¿por qué me evita? En general, se le da bien hablar y gritar y todo eso; soy yo al que le cuesta encadenar las palabras.

¿Deberíamos repetir la sesión de orgasmos? Probablemente no. ¿Me gustaría? Por supuesto. Pero si no puede mirarme a los ojos, ¿cómo vamos a estar juntos en la misma habitación? Tenemos que hablar antes de que esto nos explote en la cara.

La puerta sobre la que estoy apoyado se abre, y Jennie sale de su apartamento con paso tranquilo, cantando lo que estoy bastante seguro de que es una canción de *Frozen*.

Lleva unas mallas de color ciruela muy ajustadas que resaltan ese culo de otra galaxia, un par de esas botas cómodas y cálidas que a mis hermanas les encantan y una sudadera ancha con capucha. Un gorro de lana cuelga de las puntas de sus dedos y lleva unos auriculares en la muñeca. La ropa casual nunca me ha parecido tan atractiva.

—Buenos días, solecito. Veo que tu tobillo está mejor. —Me pregunto si alguna vez dejará de gritarme, pero sé que hoy no será ese día.

Pega un salto por la sorpresa, dejando caer sus cosas y soltando una sarta de palabrotas.

—Hijo de puta. —Recoge sus cosas mientras me mira con furia—. ¿Hacía falta eso?

—¿Por cómo me has estado ignorando durante la última semana? Por supuesto que sí.

—He estado… —Mira a su alrededor durante el resto de la frase—. Ocupada.

—Pensaba que te habías mudado. ¿Qué ha pasado con Gloria?

Esconde una sonrisa culpable.

—Esto… es… solo una… amiga… Una fiesta de pijamas, noche de chicas. —Agita una mano en el aire—. Peleas de almohadas en bragas y ese tipo de cosas.

—Ya. Escucha. —Doy un paso adelante y ella se pega a la puerta, aterrada. Estoy bastante seguro de que soy la persona menos aterradora del mundo, por lo mucho que me sonrojo y tartamudeo cuando ella está cerca—. Deberíamos hablar de lo que pasó el fin de semana pasado.

—¿Qué pasó? —Su voz sube una octava—. No pasó nada. ¿A ti te ha pasado algo? —Aprieta los ojos con fuerza—. Mierda.

Me gusta ver su lado caótico. Me hace sentir que la provoco tanto como ella a mí. Quizá por eso doy otro paso en su dirección, y luego otro, hasta que me mira con esos ojos muy abiertos, dejando paso a la vulnerabilidad que normalmente oculta bajo la fachada de su bravuconería.

—Vamos, solecito. No pienses que se me ha olvidado. El sonido de mi nombre saliendo de tus labios cuando acabaste, primero sobre mis dedos y después en mi lengua, ha quedado tatuado en mi mente. —Paso un dedo por su cadera antes de deslizar la mano por debajo de la sudadera, rodeando la piel de su cintura—. ¿Quieres que te lo recuerde?

No tengo la más remota idea de lo que estoy haciendo en este instante. Y Jennie es, sin duda, la última persona con quien debería estar haciendo esto. Supongo que he decidido —al parecer en este momento— que ya nada me importa. Sobre todo teniendo en cuenta que bajo los labios hasta quedar a milímetros de su boca mientras la punta de mi nariz roza la suya.

Jennie se aferra a mí, levantando la mandíbula. Sus labios rosados y carnosos buscan los míos. Se separan con una inhalación entrecortada a la vez que un tono rosado comienza a apoderarse de sus mejillas.

Y entonces vuelve a la realidad, niega con la cabeza y prácticamente me empuja al otro lado del pasillo. Regresa hacia la puerta y mete la llave en la cerradura.

Bueno, no la mete, pero sí lo intenta con ahínco. No acierta por más que lo haya intentado unas veinte veces, golpeando ese manojo de llaves contra la puerta una y otra vez.

—Me encantaría quedarme a charlar, ¡pero tengo que irme! Tengo que ducharme. —Fuerza una risa que roza la locura—. Apesto.

Mis ojos se posan en su cabello, amontonado sobre su cabeza y…

—Tu pelo está mojado.

Por no mencionar que estaba *saliendo* del apartamento, no volviendo a casa. Además, huele a frescura, con toques de vainilla, canela y algo dulce, como si hubiera pasado la mañana horneando galletas navideñas.

Y a mí lo que me gustaría comerme es *su galleta*.

No. No, Garrett. Eso ha sido lo que nos ha metido en este jaleo.

Los hoyuelos de Jennie desaparecen cuando se da cuenta de que he vuelto a atraparla en una mentira, y por fin consigue meter la bendita llave en la cerradura. La puerta se abre de golpe y ella la cruza tambaleándose.

—Grasiento Muy grasiento. El pelo. Sí, no me he duchado en… días. —Arruga la nariz con asco ante su mentira—. Sé que parece mojado, pero en realidad es… —Rodea el moño de su cabello húmedo con una mano y suspira, resignada—. Es grasa.

—Jen…

—*¡Bueno-adiós-Garrett!* —Las palabras salen de sus labios con la misma velocidad con la que cierra la puerta de golpe, y el sonido de una risa detrás de mí atrae mi atención.

Emily se apoya en el umbral de su puerta con los brazos cruzados y me sonríe.

—Lo sabía.

Me froto los ojos agotados con una mano.

—¿Qué sabías?

—Que vosotros dos ibais a terminar follando. La tensión sexual se siente en el aire.

—Nosotros no… Uf. —Me paso la mano por la nuca—. ¿Hay tensión?

—Mucha tensión. Esa chica quiere tu polla, y eso la irrita.

Me río y Emily sonríe. Esta situación debería ser incómoda, pero en realidad no lo es. En los años que la conozco, ha habido muchos novios y novias entre nuestros encuentros esporádicos. No me preocupa que Emily haya visto… lo que sea que haya visto. Quizá no es nada.

O quizá sí. Jennie es imposible de leer.

Excepto el fin de semana pasado, cuando le comí el coño como si fuera la Última Cena. Es bastante difícil malinterpretar las señales cuando me tira del pelo, se frota contra mi boca y gime mi nombre al acabar. Dos veces.

—Las cosas con Jennie son un poco…

—¿Complicadas, ya que es la hermana menor de tu mejor amigo y todo eso? ¡Eso es echarle valor, Andersen! —Emily me da un

golpecito en el hombro—. Estoy orgullosa de ti.

Deslizo los dedos por la parte trasera de mi gorra y me rasco el cuero cabelludo para distraerme de la cantidad absurda de culpa que me invade. He dejado que mis testículos hablaran por mí, y ahora voy a pasar el resto de mi vida intentando que uno de mis mejores amigos no se entere.

—Ha sido solo una vez. No va a volver a pasar.

La verdad suele ser más decepcionante de lo que uno razonablemente podría esperar. Porque, pensándolo bien, el hecho de que me ofreciera para ocuparme de las necesidades de Jennie puede haber sido un pequeño error, pero también muy adictivo.

El lado positivo es que su tobillo torcido parece estar curándose. Esta chica corre más rápido que Usain Bolt.

***

Adam ha quedado con una chica para desayunar mañana, así que ahora sí que estoy jodido.

—No estás jodido —dice por tercera vez. Puede que sin querer haya dicho esas palabras en voz alta cuando nos ha contado la noticia hace dos minutos—. Es solo una cita. Puede que no salga bien.

¿Cómo no va a salir bien con un tipo como Adam? Es la mejor persona que conozco, y por eso digo que estoy jodido. Empezará una vida de novio, lo cual quiere decir que voy a estar más solo que la una.

—Voy a ser el único soltero —murmuro distraído.

—Jaxon está soltero —suelta Carter—. Podéis salir a conquistar chicas juntos.

—No quiero… Es un… Joder. —Con la mejilla apoyada en el puño, miro el menú del restaurante y después a Adam.

—¿Dónde la conociste?

—En el supermercado. En el pasillo de los cereales. Me dijo que le gustan los perros. Es una buena señal, ¿no?

—Teniendo en cuenta que tienes un perro, probablemente sea lo mejor.

Adam revuelve su chocolate con la pajita.

—Hace siglos que no salgo con nadie.

Emmett levanta la vista del teléfono móvil.

—Cara pregunta si podemos hacerle una investigación de antecedentes y también si puede vestirte para la cita.

Me desentiendo de la conversación mientras pienso en mi futuro y en cómo quiero que sea. Cada vez tengo más amigos que cambian las noches en el bar por las llamadas en la habitación del hotel con sus mujeres y las resacas matutinas por las mañanas en el Ikea para elegir muebles. Pasan todo el tiempo con ellas, pensando en cómo será su futuro perfecto.

No les guardo rencor: los envidio. Pero las horas que uno puede pasar jugando solo al *Call of Duty* en un sofá mientras sus amigos hacen cosas de pareja tienen un límite. Ellos avanzan, y creo que yo… estoy atascado.

Emmett me da un codazo.

—Hey, ¿y esa chica? Te está mirando. Invítala a salir.

Una morena guapísima se acerca y pongo los ojos en blanco. Con la mirada fija en la nuca de Carter, se recoge el cabello detrás de las orejas y respira hondo antes de tocarle el hombro.

—Perdón. Me llamo Arianna.

Carter no levanta la vista del menú.

—Estoy casado.

Me tapo la cara con mi propio menú para ocultar un bufido.

Arianna abre la boca y Carter la interrumpe antes de que pueda hablar.

—Felizmente casado. —Alza los ojos con una sonrisa y le muestra la cara sonriente de Olivia en la pantalla del móvil—. ¿No es preciosa? —Va pasando las fotos de su galería—. Es esta, el día de nuestra boda. Está guapísima, ¿verdad? Y este es el bebé que lleva dentro. Mi bebé. ¿Qué dices? ¿Niño o niña? No queremos saberlo hasta que nazca. Queremos que sea una sorpresa. Trato de convencerme de que será un chico, porque las chicas dan miedo.

Tal vez Arianna sea incluso más rápida que Jennie. En un abrir y cerrar de ojos, está de vuelta en el otro lado del restaurante.

—Justamente por eso es difícil conocer a alguien —señalo—. Es imposible saber si soy yo el que les interesa y no el jugador de hockey millonario que ven.

—¿Qué pasa con tu vecina? —pregunta Carter—. ¿Seguís follando?

—No, ya no. Vive frente al apartamento de tu hermana. —Ojalá me hubiera guardado ese último detalle para mí mismo. Vuelvo a enterrar la cara en mi menú porque soy pésimo mintiendo, y aún peor ocultando cosas. Si Carter insiste aunque sea solo un poco, hay muchas posibilidades de que sin querer al final acabe gritando que le estuve chupando el coño a su hermana—. Dijiste que a Jennie le incomodaba lo de la vecina, así que pensé que, ya que somos algo así como amigos por extensión, mejor no seguir haciéndolo.

Con cautela, levanto la mirada.

Carter ni siquiera me mira. Está soplando burbujas en su bendito chocolate.

—Jennie a veces da un poco de miedo, pero dijo que le encantó ver el partido contigo.

Se me abre la boca y las cejas se alzan casi sin querer. Me cuesta un gran esfuerzo obligarme a actuar con naturalidad, hasta el punto de que ni siquiera estoy seguro de que echar un trago sea una buena opción.

—¿De verdad?

—Sí, me contó que comisteis bien. Mencionó que el postre que llevaste fue, y cito, «orgásmico». —Pone los ojos en blanco—. Es una exagerada.

—¿De quién lo habrá sacado? —murmura Emmett.

Al menos creo que eso es lo que dice. Estoy demasiado ocupado intentando lidiar con el hecho de que el chocolate con leche se me haya ido por el lado equivocado.

Carter divaga sobre que lo único que los Beckett necesitan para ser felices es una buena comida y, mientras jadeo, toda mi vida pasa ante mis ojos, en especial por la mirada sospechosa con la que me observa Adam.

Si hoy es mi último día en la Tierra, al menos sé que el postre fue orgásmico.

***

Los partidos de los sábados a la hora de la comida son mis preferidos. Entrenamos muy temprano, terminamos de jugar antes de la cena y disfrutamos de la novedad de tener un sábado por la noche libre.

Emmett sigue diciendo que la fiesta del veintiséis cumpleaños de Cara de esta noche será algo *tranquilo*, pero no estoy seguro de que esa palabra tenga cabida en ninguna frase relacionada con Cara. Sin embargo, dudo que haya chicas bailando sobre la encimera de su cocina como el año pasado, así que supongo que eso cuenta como «tranquilo».

—¿Qué tal tu cita de esta mañana, tío? —le pregunto a Adam mientras me arrodillo a su lado, abriendo los muslos y estirando las ingles.

Esta mañana he podido patinar sin dificultad. Volver a la pista ha sido maravilloso. El entrenador me ha prometido que me permitirá jugar un rato esta noche para que vaya pillando ritmo, pero al menos voy a jugar. Estos últimos nueve días he estado muy tenso porque no he practicado hockey, entre otras cosas. El estadio rebosa de energía, el frío del hielo me refresca las mejillas y no voy a mirar a Jennie en todo el partido. Nada debe salir mal.

Adam suspira.

—Definitivamente no le gustan los perros.

—Pero si te dijo que sí.

—Bueno, cuando terminamos de desayunar quería irme. —Se ríe ante mi expresión—. Así que le dije que tenía que ir a casa a sacar a Bear antes del partido. Y ella insistió en venir.

—Tío. Eres demasiado bueno.

—¡No podía decirle que no! Me empezó a hacer pucheros y me miraba con esos ojos enormes… —Suspira mientras nos ponemos de pie—. Bear se levantó de un salto para saludarla antes de que pudiera detenerlo. Le lamió toda la cara. Y ella, eh… se alteró un poco, por decirlo suavemente. Por la baba, el pelo…

—No te puedo creer. —Bear es lo más adorable del mundo, un gigante peludo y sucio—. Descartada entonces, ¿no?

—Y si no lo hubiera estado a esas alturas, después preguntó si a Bear le quedaban muchos años.

—Hablando de citas. —Una lluvia de hielo cae sobre mi cara y me cubre el visor cuando aparece Jaxon Riley, nuestro nuevo defensor, y se detiene frente a mí. Me lanza una mirada distraída—. Andersen.

—Riley.

Lleva años en mi lista negra. Es un arrogante de mierda que nunca sabe cuándo cerrar la boca, lo cual le ha acarreado muchísimos problemas. Así que, tras su segunda suspensión de la temporada, lo transfirieron desde Nashville a nuestro equipo. El entrenador piensa que puede enderezarlo y exprimirle todo el jugo. Ya veremos.

—Hablando de citas —repite—. ¿Quién es ese bombón?

Sigo su mirada hacia las gradas y respondo en piloto automático:

—Cara y Olivia.

—Ya sé quiénes son ellas dos. Hablo de la de los hoyuelos y la delantera brutal.

Sí, esperaba que no fuera ella a quien se estaba refiriendo.

Mis ojos giran hacia Jennie, sentada entre Cara y Olivia. Entre las tres, parece que se han comprado todas las existencias de golosinas del bar.

Hoy Jennie es todo un espectáculo de lo guapa que está, con su cabello castaño cayendo en rizos sobre sus hombros, lo que acentúa su amplia sonrisa y sus hoyuelos profundos cuando se ríe. También lleva una camiseta ajustada que, como mencionó Jaxon, resalta esa delantera espectacular. Me muerdo la lengua para no presumir de haber probado su sabor.

Aparto la mirada, agarro un disco, giro hacia la portería y lo lanzo por detrás de Adam.

—Está prohibida.

—¿Es tuya?

—No.

—Entonces supongo que no está prohibida. —La sonrisa en el rostro de Jaxon es pura seguridad, y no puedo esperar para borrársela.

Le devuelvo una sonrisa aún más grande.

—¡Hey, Carter! —lo llamo mientras pasa a toda velocidad, usando su palo como guitarra—. ¿Cuál es el estado civil de Jennie? Un amigo me lo ha preguntado.

—Nadie toca a mi hermanita. —Lo dice medio gritando y medio cantando, y la expresión de Jaxon se desmorona—. Ah, por cierto—. Carter me sigue hasta el banquillo, haciendo estallar una burbuja rosa en la boca—. Hablando de Jennie. ¿Puedes acompañarla a casa esta noche? No me gusta la idea de que vaya en Uber sola tan tarde.

Lo primero que pienso es que la oscuridad del asiento trasero de un coche es el último lugar donde debería estar con Jennie. Lo segundo es que es una mujer adulta que seguro que enloquecería si se enterara de que Carter ha montado toda una operación logística para que no esté en la calle sin supervisión. Y mi tercer pensamiento es: *mierda*.

—¿Tu hermana viene a la fiesta esta noche?

Carter asiente, y mi pulso se acelera.

—¿Por qué viene Jennie? —pregunto en voz alta sin querer cuando Emmett se nos une.

Señala a las chicas, que se ríen a carcajadas. Mis ojos se cruzan con los de Jennie antes de apartarlos rápidamente.

—¿Porque es una de las mejores amigas de Cara?

—¿Desde cuándo? —*Claro, puedo acompañarla* habría bastado como respuesta.

—Pues... ¿desde que Olivia y Carter empezaron a salir y ahora las tres pasan todo el tiempo juntas?

—Ya, claro. —*Mierda.* Miro a Carter y empiezo a agitar una mano enguantada. Bien podría tener un cartel de neón en la frente que dijese «Le he chupado el coño a tu hermana y me ha encantado»—. Bueno, entonces no beberé… y vendré en coche. —No puedo permitir que el alcohol nuble ninguna de mis decisiones, que ya son problemáticas e impulsivas de por sí, porque intentaré convencerme para no acabar en un lugar donde quiero estar pero al que no debería acercarme, como entre sus muslos mientras encuentro su punto G con la lengua o la polla. Además, Jennie no bebe, y

apoyarla me parece la decisión correcta en esta particular amistad que tenemos.

—Perfecto. Puedes llevarla contigo. —Carter se pone ambas manos enguantadas a los lados de la boca—. ¡Hey, Jennie! ¡Esta noche te vas con Garrett!

¿Que esta noche se viene conmigo? Eso es justamente lo que quiero, y lo que estoy haciendo un esfuerzo enorme por evitar.

Al menos Jennie parece tan aterrorizada como yo.

Me pregunto quién de los dos tiene más autocontrol.

11
JUEGA CONMIGO

Garrett

¿Cómo demonios ha conseguido ponerse esos pantalones?

A juzgar por los planes de ataque que formulo para decidir la mejor manera de quitárselos, parece que los vaqueros de tiro alto de Jennie están pintados sobre su culo redondo y sus caderas anchas. Pero no tengo permitido desnudarla.

Joder, esos malditos vaqueros. La parte desteñida se ensancha desde las rodillas hacia abajo, pero en los muslos, la tela ajustada contornea esas piernas que juro que llevan directo al paraíso. También lleva una camiseta corta que deja ver su ombligo adornado con un *piercing*, y lo único en lo que pienso es en subir ese trozo de tela que simula ser una camiseta y jugar con mi lengua con esa pequeña gema púrpura que decora su abdomen.

Necesito sacármela de la cabeza de una puta vez.

—¿No vas a tomar nada?

—¿Eh? —Aparto la mirada de Jennie, cuando veo que aparece Jaxon Riley.

Señala la lata de agua con gas que tengo en la mano.

—Estás bebiendo agua.

—Voy a conducir esta noche.

—¿Por qué?

¿Para no cometer ningún error del tamaño de *la hermana menor del capitán* que podría acabar prematuramente con mi carrera porque me hayan roto todos los huesos?

—O sea, ¿porque sí? —Es la mejor respuesta que se me ocurre.

La mirada de Jaxon sigue la mía cuando vuelvo a la chica en cuestión. Apoyándose a mi lado, Jaxon murmura:

—El hecho de que ella sea la hermana menor de Carter es que para mí él solo es el capitán del equipo, pero en tu caso es además uno de tus mejores amigos. Es decir, puede que esté prohibida para ti, pero yo tengo vía libre.

Resoplo.

—Si crees que vas a salir vivo de aquí pensando de esa manera, te deseo suerte.

—Mira, te propongo una cosa: apostemos.

—No. —No le pienso seguir el juego a este imbécil—. ¿Sobre qué quieres apostar? —Bueno, un poco sí.

—Que esta noche se viene conmigo.

Aprieto la lata con fuerza.

—Ni lo sueñes.

—¿Porque te gusta?

—Porque te la vas a follar una noche y después no le harás ni caso, así que pronto nos hará falta un defensor porque Carter te va a dejar inconsciente. —Vacío la lata y la aplasto entre mis manos—. Jennie se merece algo mejor.

Jaxon sonríe, saca dos cervezas del fregadero de la cocina inundado de hielo y me guiña un ojo.

—La voy a tratar bien, Andersen. Lo prometo.

Jennie

No estoy para nada contenta con la capacidad de retención de la vejiga de Olivia. Me ha dejado sola, y estoy a punto de tener que ser amable con uno de estos malotes.

El nuevo fichaje del equipo se acerca a mí con una sonrisa arrogante en su rostro engreído.

—Una chica tan guapa como tú no tendría que estar sola. —Extiende la mano—. Soy Jaxon.

Me llevo el agua con gas a la boca.

—Sé quién eres —respondo, tratando de ser amable, en el sentido amplio de la palabra, claro está.

Jaxon Riley, el chico malo de la Liga Nacional de Hockey, reconocido mujeriego y el nuevo defensa de Vancouver, se ríe.

—Está bien. Yo también sé quién eres. —Me ofrece una de las bebidas que lleva en la mano—. Te he traído una cerveza.

—No bebo alcohol.

Oigo una risita en el aire y mi mirada se desliza por encima del hombro de Jaxon. Me encuentro con los ojos de Garrett mirándonos entretenido. No me enorgullece decir que de repente me interesa mucho más el hombre que tengo delante.

Jaxon es agradable a la vista, así que no es una tarea complicada. Lleva el pelo castaño despeinado, sus ojos son de color avellana, tiene los hombros anchos y lleva tatuajes en los brazos. Material de primera calidad para la carpeta de mis fantasías sexuales, de eso no hay duda. Así le daría también un respiro a la imagen mental con la que me he estado masturbando todas las noches desde que Garrett me destruyó.

Me inclino hacia el nuevo defensa, apretando su antebrazo y bajo la voz hasta que se convierte en un ronroneo.

—Pero muchas gracias por pensar en mí. Es increíblemente dulce de tu parte.

Su sonrisa es demasiado orgullosa.

—Por eso me llaman *bombón*.

Pongo los ojos en blanco en mi interior, deslizando la punta del dedo sobre las flores que decoran el puño de la muñeca de Jaxon mientras Garrett aplasta su lata con el puño y coge otra.

—¿De verdad? Oí decir que era por una razón completamente distinta.

Jaxon pica el anzuelo y da un paso hacia mí.

—Digamos que el postre es mi comida preferida.

—Mmm… —Parpadeo mientras Garrett se bebe la lata de agua de un trago—. La mía también.

Veo una bandeja de pastelitos con doble capa de chocolate sobre la encimera, justo al lado del codo de Garrett. Voy hacia allí. Su cara se pone roja cuanto más cerca estoy.

—Disculpa. —Rozo su brazo y cojo un pastelito antes de volver con Jaxon—. He tenido el antojo de algo dulce toda la noche. —Paso el dedo por el glaseado de chocolate, me lo llevo despacio a la boca, y Garrett aplasta otra lata de agua con gas.

La mirada intensa de Jaxon sigue el movimiento de mi dedo hasta mi lengua, que se asoma para asegurarse de no perderme ni un solo gramo de este manjar. Me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Vayamos a mi casa.

Detrás de él, el puño de Garrett aplasta lo que estoy bastante segura que es su tercera lata de agua con gas en los últimos cinco minutos.

Garrett

Bueno, eso no va a suceder. En absoluto. Si no puede ser mía, no será de ningún otro integrante del equipo.

—Hey, Carter —llamo desde la cocina. La mirada gélida de Jennie se ensancha aún más. Se apresura para alejarse de Jaxon, lo que confirma mis sospechas de que está comportándose así solo para molestarme.

Carter se acerca despacio.

—¿Qué pasa?

—Qué bien que Jennie y Jaxon se estén haciendo amigos, ¿no?

Carter gira la cabeza de golpe.

—¿Bien? Y una mierda —gruñe, tirando la lata de cerveza en el fregadero y acercándose a la feliz pareja.

Bueno, Jaxon está feliz; Jennie, no.

Y Jaxon en realidad está a punto de tener una fractura múltiple, por lo que no estará feliz.

Yo estoy feliz.

Jennie

Espero que Garrett haya tenido una buena vida, porque estoy a punto de acabar con ella.

Aparto la mano de Jaxon y miro a mi hermano con una sonrisa, los hoyuelos bien marcados.

—¡Hola! ¿Disfrutando de la fiesta?

Carter está en modo gruñón. Se pone frente a Jaxon, bloqueando nuestro contacto visual y cualquier otro contacto físico.

—Riley, veo que has conocido a mi hermana. Hermanita. Única hermana. Mi hermana menor.

Ay, Dios. Ya estamos. Y Garrett ni siquiera se molesta en ocultar su sonrisa triunfante.

—*Que te den* —le digo vocalizando solo con los labios, haciéndole un gesto obsceno a escondidas de Carter.

—*Te encantaría* —me responde sin emitir sonido.

—Solo me estaba presentando —dice Jaxon—. Ha sido muy amable conmigo. Es preciosa.

—Lo sé —responde Carter con brusquedad—. También tiene veinticuatro años.

Jaxon se asoma por detrás de Carter, sonriendo.

—Y yo veintiséis.

Carter se mueve hacia un lado, volviendo a instalar la barrera humana que no he pedido.

—Eres demasiado mayor para ella.

Frunzo el ceño.

—Tú tienes casi tres años más que Olivia.

Gira la cabeza en cámara lenta. Aprieto los labios ante su expresión, sobre todo para no reírme en su cara. Puede parecer

amenazante, pero soy plenamente consciente de que es un osito de peluche gigante que pasa el tiempo cantando canciones de Disney, llevando a pasear a su perro y pegando la oreja a la barriga de su mujer por si por fin consigue oír al bebé.

—Carter, estaba pensando, con tu permiso…

—Riley. —Cuando Carter baja la cabeza, los hombros le tiemblan al compás de su risa. Le aprieta el hombro a Jaxon—. Mira, me caes bien. Eres un buen jugador de hockey y un tipo bastante simpático. —Se acerca a él, y la sonrisa fácil de Jaxon se derrite—. Pero si terminas esa frase…

—Carter…

Levanta el dedo, deteniendo mis palabras.

—Ya sé lo que probablemente estás pensando. *Pero Carter, ella es una mujer adulta.*

—Sí —murmuro—. Lo soy.

—*Pero Carter, ella puede tomar sus propias decisiones*.

—Exacto.

—*La trataré bien,* bla, bla, bla. —Niega con la cabeza—. La respuesta es no. Si quieres tocar a mi hermana, será por encima de mi cadáver.

Sonrío débilmente a Jaxon. No tiene sentido seguir con esto, y no me importa lo suficiente como para discutir con Carter.

—Ha sido un placer hablar contigo.

Cuando Jaxon sale disparado, Carter se vuelve hacia mí con un suspiro y una sonrisa tonta.

—Lamento que Riley te estuviera molestando. Menos mal que Garrett me ha avisado.

Mis ojos se fijan en el hombre en cuestión, que me observa y me saluda con la mano.

—Sí —musito—. Gracias a Dios.

Garrett

He cambiado de opinión. La quiero, y voy a conseguir que sea mía.

Carter se va. Su hermana se queda mirándome con furia y, cuando me levanta ambos dedos corazón, sé que solo Dios puede ayudarme.

A la mierda, aun así lo voy a intentar.

Jennie

¿Qué hace? ¿Por qué me mira así? ¿Viene hacia aquí? Viene hacia aquí.

Aléjate, demonio.

Pero también acércate un poco más.

No, detente ahí.

No me decido.

Me seco las manos sudorosas en mis muslos, apartando la mirada. Probablemente no viene hacia aquí.

Definitivamente viene hacia aquí.

Se me abre la boca de par en par, él sonríe y hago lo que mejor sé hacer.

Corro.

—Si me habla, voy a cometer un error. Un error tremendo. —Subo las escaleras de dos en dos y avanzo por el pasillo a paso decidido—. No me voy a poder contener. Un gran error, Jennie. Enorme. No, no.

Abro el armario de las sábanas y las toallas y me meto dentro.

Estoy a salvo.

La puerta se abre unos segundos después, y la luz de la luna que se filtra por la ventana del pasillo ilumina un par de ojos penetrantes mientras el intruso irrumpe en el reducido espacio y cierra la puerta detrás de sí.

—Buena idea lo del armario, Jennie. —La voz ronca de Garrett hace que se me erice la piel. Golpea la pared, y el espacio se ilumina con el resplandor cálido de la pequeña lámpara que cuelga sobre

nosotros. Él nunca me había parecido tan siniestro como en este instante—. Creo que los hemos esquivado.

El corazón se me sube a la garganta cuando él se me acerca, imponente. Hecho un demonio, avanza despacio, su mirada fija en la mía mientras me sujeta las caderas contra la pared.

—Ahora cuéntame acerca de ese gran error que quieres cometer.

Garrett

—Déjame adivinar… —responde Jennie mientras sus manos trepan por mis bíceps y recorren mis hombros. Hunde los dedos en mi cabello, enredándolos despacio. El modo en que lleva su confianza al máximo en un abrir y cerrar de ojos me pone nervioso de una forma que no puedo explicar—. Has oído la palabra *enorme* y has pensado que debía estar hablando de ti.

—Razón no me faltaría.

—Ego —susurra, arrastrando mi cuello hacia abajo hasta que mis labios quedan a milímetros de los suyos—. La palabra que buscas es ego. —Su boca pasa de largo de la mía, los labios rozan mi mandíbula, y mi polla empieza a prepararse para un polvo rápido en el armario.

Pero no quiero que haya nada de rápido en la forma en que voy a follarme a Jennie.

—Es impresionante lo bien que ha sanado tu tobillo en la última semana —murmuro mientras ella se echa hacia atrás—. Creo que nadie diría que tienes un esguince a juzgar por lo rápido que has subido las escaleras.

Jennie se mira las uñas.

—Sí, bueno, he tenido que quedarme en casa descansando toda la semana. Ya no me duele. —Su mirada se cruza con la mía—. Lástima que no se pueda decir lo mismo de tu cabeza.

—Hoy he marcado un gol y he dado una asistencia.

—No lo decía por tu destreza para jugar al hockey. Sino porque parece que sigues tomando… decisiones cuestionables.

Bajo la mirada, observando mi dedo recorrer la cintura de sus vaqueros y su piel expuesta se estremece con mi tacto.

—No recuerdo haber tomado ninguna decisión cuestionable. Es más, me acaban de decir que el postre fue… —Meto los dedos en la cintura de su pantalón y tiro hacia mí. Se apoya en mi pecho y se le escapa un suspiro—. Orgásmico.

Se desespera por intentar ocultar su risita.

—Las palomitas estaban deliciosas. —Sus dedos rozan mi clavícula mientras ajusta el botón de mi camisa—. ¿Estás disfrutando con este jueguecito?

—Qué gracioso que lo preguntes. Eso es exactamente lo que quiero hacer. —Atrapo sus manos entre las mías, sujetándolas a cada lado de su cabeza—. Quiero jugar.

El silencio resuena entre nosotros mientras las palabras se asientan. Jennie se ríe en voz baja.

—¿Crees que te voy a dejar entrar en mi Disneylandia solo por diversión? Ay, Garrett, eres adorable. ¿Por qué crees que aceptaría algo así?

Presiono mis labios contra el pulso atronador de su cuello.

—¿Aparte de porque tu cuerpo delata lo atrayente que te resulta la idea? Nuestra química está por las nubes, ¿no te parece? Yo me quedo sin palabras, tú me gritas hasta que te pones nerviosa, y mientras tanto no puedo dejar de pensar en poner tus piernas sobre mis hombros y devorarte hasta quedar saciado con mi postre favorito. —Beso el hueco bajo su oreja, deleitándome con el escalofrío subsiguiente—. Eres tú, solecito. Tú eres mi postre favorito.

Con la mano en su garganta, la atraigo hacia mí. Sin aliento, se aferra a mí mientras susurro:

—Vamos, Jennie. Juega conmigo.

Jennie

Este hijo de puta cree que voy a ceder.

—Qué tierno, pero no eres mi tipo, grandullón. —Espero que la mentira no sea tan evidente como parece, pero mis probabilidades no son muy altas. Mi mirada sube lentamente y se enciende mientras recorre su cuerpo, y mi lengua se desliza, distraída, por mi labio inferior al recordar el sabor de su boca. Cuando un brillo travieso aparece en la mirada de Garrett, me invade la certeza. Estoy tan enganchada como él lo está, como él quiere que lo esté, y él lo sabe.

Me acerca el pulgar al labio inferior y tira con suavidad.

—Esto te divierte, ¿verdad? La indiferencia forzada, las insinuaciones. Es parte de lo que genera toda esta electricidad entre nosotros.

Dicha electricidad zumba por todo mi cuerpo como un cable de alta tensión empapado en agua, pero le sigo el juego.

—Te debe costar horrores asimilarlo. Un jugador de hockey rico, exitoso y apuesto, y aun así no podría estar menos interesada.

—Rico, exitoso y apuesto —murmura—. Parece que estoy ocupando espacio en tu cerebro, solecito.

—¿No va a dejar que unos simples adjetivos se le suban a esa cabezota, verdad, señor Andersen?

Su sonrisa se vuelve maliciosa, y se me escapa un jadeo cuando me sujeta el cabello a la altura de la nuca y me obliga a mantener mi cabeza tensa. Con una expresión embriagadora y voraz, observa mi labio inferior, que se desliza entre mis dientes.

—¿Algo más?

—Eres demasiado tímido y delicado —susurro, pinchándolo mientras jugueteo con el cuello de su camisa—. No sabes cómo tomar lo que quieres.

El latido de mi corazón desciende hasta el punto entre mis muslos cuando me gira sin avisar, empujándome contra la pared, con el pecho pegado a mi espalda. Muevo un poco el culo para ver hasta dónde puedo empujarlo, y reprimo el gemido por el peso de su deseo, que ejerce una profunda presión contra mi cuerpo.

Sus labios se detienen cerca de mi oreja.

—Que sepas que esta confianza repentina se debe toda a ti, Jennie. Saber que me deseas tanto como yo a ti me hace sentir que estoy en la cima del mundo.

—No te deseo —exhalo, incluso cuando mi cabeza cae sobre su hombro y nuestros dedos se entrelazan. Él tira del cuello de mi camiseta y sus dientes rozan mi hombro desnudo.

—¿No?

—N-no.

Los dedos de Garrett juegan con mis abdominales, y cada uno de mis músculos se tensa cuando desabrocha el botón de mis vaqueros. Mi respiración jadeante se convierte en un gemido sin ningún tipo de pudor, y me arqueo para alejarme de su pecho y empujarme hacia su mano, suplicando atención donde más la deseo.

Y luego me suelta.

—Está bien.

Me giro a tiempo para verlo ajustándose el bulto en sus vaqueros.

—¿Está bien? ¿Está bien qué? ¿Qué haces? —Horrorizada, lo observo acercarse a la puerta—. ¿A dónde coño vas? No puedes… No puedes hacerme esto. *¡Garrett!*

Me da un beso suave y lento en la mejilla.

—Que disfrutes de la noche, solecito.

Lo odio. Lo odio a él, odio su cara estúpida y sensual, y también su cuerpo estúpido y sensual con todas mis fuerzas.

Garrett

A la mierda, me desea, y joder cuánto. Se le nota en la cara, el rubor de sus pómulos altos, en la mirada asesina con la que me fulmina cada vez que me ve mirándola así, porque está enfadada debido a que no he acabado lo que empecé.

Cara le da una palmada en el culo a Jennie al pasar por su lado, comentando lo increíbles que le quedan esos vaqueros, y yo estoy listo de arrancárselos de una puta vez.

¿Debería decírselo? Sí, debería hacerlo.

Jennie

—Pareces enfadada.

—Estoy enfadada —le gruño a Cara. Me cruzo de brazos sobre el pecho y los dejo caer rápidamente al notar la aprobación en el rostro de Garrett cuando elevo mis tetas—. *Vete a la mierda* —le digo con los labios.

—El mejor sexo nace del enfado —replica Cara con sinceridad.

—No sabría decirte.

—Podrías averiguarlo. —Me guiña un ojo y se pone un dedo sobre los labios—. Soy fantástica guardando secretos.

A veces lo mejor es evitar el tema, así que busco el objeto más cercano, que resulta ser la puerta del frigorífico. La abro y me quedo mirando a la nada.

Cara me apoya el mentón en el hombro.

—La cercanía forzada hace maravillas cuando hay dos personas atractivas, solteras y cachondas.

—No estoy… *Ufff.*

Otro guiño de la cumpleañera antes de marcharse dando pasos de baile, y me vuelvo hacia la nevera, feliz de recibir la caricia del aire fresco sobre mis mejillas ardientes.

No necesito darme la vuelta para saber que está detrás de mí. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, lo cual es irritante. Me gustaría decirle que se largue de una puta vez, pero mi boca se niega a articular las palabras.

Garrett se inclina sobre mí fingiendo meter la mano en el frigorifico. Sus dedos revolotean sobre las botellas de cerveza, aunque no coge ninguna. Sus caderas presionan contra mi culo mientras susurra:

—¿Tienes alguna preferencia para cuando te los quite después? Puedo intentar ser delicado y sacártelos despacito, pero me inclino

por la segunda opción.

Trago saliva.

—¿Cuál es la segunda opción?

—Destruirlos. De una forma u otra, esta noche estarán en el suelo de mi habitación, y tú estarás debajo de mí, gritando mi nombre. —Acerca la boca mientras roza mi cintura desnuda con sus dedos helados—. Una y otra vez.

Garrett

—¿Nos llevas al McDonald's?

Miro a Carter en el asiento trasero.

—Abróchate el cinturón.

De alguna manera consigue meter su cuerpo gigantesco entre los asientos delanteros, justo entre su hermana y yo.

—Solo si nos llevas al Mac.

—Eres increíble. Había un montón de comida en la fiesta.

—Quiero un McFlurry de Oreo. —Le golpea el hombro a Olivia quinientas veces. Está a punto de quedarse dormida a su lado—. ¿Quieres uno, calabacita? ¿Con Oreos extra? El osito Gari-ñoso nos va a llevar.

Ella levanta un párpado somnoliento y me sonríe en el espejo. Suspirando, cambio de carril. No se le dice que no a una mujer embarazada que quiere helado.

—Blandengue —masculla Jennie entre dientes.

Carter apoya los brazos en el respaldo de ambos asientos.

—Me hace tan feliz que seáis amigos. Me hace tan feliz. —Su frente cae sobre mi hombro—. Estoy tan feliz.

Yo estoy feliz cuando desaparece dentro de su casa junto con Olivia, que masculla una disculpa y luego un «gracias» entre cucharadas de helado.

Jennie me lanza una mirada fulminante, pero tampoco es novedad: casi siempre la veo así.

—No pongas esa cara de tristeza, solecito. Lo vamos a pasar genial de camino a casa solo nosotros dos.

—No soy el solecito de nadie —espeta. Ha estado especialmente irascible desde que paré y la dejé en ascuas en el armario.

Ahogo un resoplido.

—Claramente.

—Así que deja de llamarme así.

—Pero te queda muy bien, porque irradias resplandor por todas partes.

Sus brazos tienen un lugar permanente petrificados sobre su pecho.

—Te odio.

Le guiño un ojo.

—Como tú digas, solecito.

Entrecierra los ojos y se inclina hacia la ventana. El aire entre nosotros chisporrotea como una corriente eléctrica cada vez que la atrapo asomándose por encima del hombro para mirarme.

Una vez en el edificio, subimos en el ascensor en silencio, y ella se pelea con la llave cuando me inclino sobre su hombro en la puerta.

—Tú no… No puedes… —Me señala a mí, luego a su puerta, y mueve la cabeza. Sonrío, porque creo que hemos cambiado los papeles.

Me inclino hacia delante y ella se pega a la puerta, con una respiración que cada vez se hace más pesada. Nuestras miradas se cruzan cuando doy un paso hacia ella. Ella levanta el mentón, se humedece los labios y yo giro la llave en la cerradura.

Jennie cae hacia atrás pero la agarro por el abrigo. La mirada que me clava me hace pensar que mi suspensorio quizá sirva para más que parar los golpes del disco.

—Buenas noches, solecito.

Jennie

—Estúpido… Engreído… Arrogante hijo de puta. —Abro el cajón de la mesita de noche de un tirón y busco entre el arcoíris de goma y silicona—. ¿Cree que puede manipularme así?

Se me escapa una risa amarga mientras elijo a uno de mis mejores amigos: el mujeriego, o, como lo he apodado cariñosamente, «la Vieja Confiable».

—No lo necesito. No lo necesitaba antes y no lo necesito ahora. Ni siquiera está tan bueno.

Me bajo los pantalones con fuerza y me subo a la cama, con los pies sobre la cama y las piernas abiertas mientras apoyo mi confiable juguete sobre el clítoris. Subo la velocidad al máximo y mis párpados se cierran mientras me hundo en las almohadas.

—Ah, sí… —murmuro, sintiendo que el pequeño botón se contrae. Todo en mí está ultrasensible, siento un cosquilleo como cuando devoro caramelos Pop Rocks, y me acomodo, lista para darme placer. Mis dedos se encogen mientras subo, empujando ese pedacito de magia cada vez más cerca, y mis labios se entreabren en un gemido cuando…

—Me cago en la puta. ¿Qué demonios? Vamos, amiga. Te di ese nombre por algo. No me falles ahora.

Aprieto con fuerza el botón, desesperada. Quiero más. Más potencia, más fricción, *más, más, más*. Pero no me da más, y lo que me da, francamente, no es suficiente. Pero siempre había bastado.

Frustrada y desesperada, me acaricio la entrada. Estoy mojada, lo que quiere decir que todo va sobre ruedas. Empapada, a decir verdad. Así que en vez de un dedo, me meto directamente dos.

—Ah, sí… —gimo—. Doble estimulación. Esto es lo que necesito. Muy bien. Perfecto. —Mis caderas se levantan mientras me arqueo hacia mi mano—. Abdominales, abdominales, abdominales —canto —. Tiene unos abdominales espectaculares. Y dedos. Ahhh, y esa lengua. Sabe hacer cosas maravillosas con esa lengua. Sí, sí, sí.

La sensación se apaga con la misma rapidez con la que creció, y le doy más fuerte, más rápido, suplicándole a mi cuerpo que me ayude, que me dé un placer que nunca había perseguido con tanta desesperación. Pronto termino siendo una imagen patética, masturbándome mientras miro la pared con odio. Veo la cara de un

hombre irritantemente atractivo y arrogante sonriéndome en mi cabeza, y recordándome por enésima vez que el pequeño objeto entre mis muslos solo puede llevarme hasta cierto punto. No es lo mismo que esos dedos tan meticulosos que me acariciaron, esa lengua que me devoró con tanta voracidad.

Y por encima de todo: le falta el calor, la determinación, el salvajismo con el que Garrett prometió destrozarme.

Todas las olas de placer mueren, y arrojo a la Vieja Confiable —*tengo que buscarle un nombre nuevo*— al otro lado de la habitación antes de tumbarme en el colchón, derrotada, triste y caliente como un demonio.

Garrett

Me pongo el pantalón de chándal en una posición baja en las caderas, y opto por prescindir de la camiseta. De todos modos, no la tendré puesta durante mucho tiempo.

Camino hacia la cocina, me sirvo un vaso de agua y espero, con la mirada en el reloj de la pared.

Sonrío para mis adentros cuando empiezan los golpes en mi puerta, ruidosos y agresivos. Cuando la dejo sin respuesta un minuto más, pasan a ser palmadas con la mano abierta.

Ocho minutos. Hmmm. Le he concedido quince. Siempre me sorprende.

Abro la puerta de par en par.

Noto que se ha puesto la camiseta de nuevo antes de subir, aunque está al revés. También se ha vuelto a poner los vaqueros, desabrochados, sueltos en las caderas, y una larga chaqueta de punto que apenas consigue ocultar ese conjunto caótico. Sin embargo, lo que le da el toque especial son las pantuflas con orejas de perrito.

El ceño fruncido le da a Jennie un aspecto especialmente feroz, haciendo juego con sus mejillas encendidas, mientras respira con

fuerza. Se quita la chaqueta de punto de un tirón y avanza hacia mí.

—Quiero jugar.

12
¿REGLAS? ¿HACEN FALTA?

Garrett

Mi espalda choca contra la pared con un golpe cuando Jennie me inmoviliza en el sitio y me recorre el torso con sus dedos cálidos y su mirada ardiente, dejando un rastro tan intenso que me chamusca la piel.

—Esculpido por los dioses —murmura, pasándose la lengua despacio por los labios. Sus ojos se posan en los míos, desafiantes —. Sigue sonriendo como un idiota y me doy media vuelta y me marcho.

La agarro y hago que nuestras posiciones se inviertan, presionando sus caderas contra la pared, y mantengo sus muñecas firmes a cada lado de su cabeza. Su boca se alza hacia la mía, buscando, con unas ansias que me matan.

—No vas a ir a ningún sitio, solecito.

—Reglas. —Jennie jadea cuando entierro la cara en su cuello, abrazándome con las piernas cuando la subo hacia mí—. Necesitamos poner reglas.

Mi lengua recorre toda la extensión de su garganta.

—¿Hacen falta?

—Carter nunca daría el visto bueno.

—Y yo no tengo ninguna intención de morir a mis veintiséis años. Será nuestro pequeño secreto. —La rozo con la lengua justo debajo de su oreja—. Y para que lo sepas: de pequeño no tengo nada.

—Nada de dormir juntos.

—Perfecto. Tienes pinta de acaparar la cama.

Le quito la camiseta por la cabeza y me conmuevo al ver ese sujetador de encaje de color café, con los capullos rosados asomando por detrás del escaso material.

Quiero tenerlos entre los dientes mientras me clava las uñas en los hombros y grita *más*.

Jennie me observa con los ojos asombrados, hambrienta, exhibiendo una desesperación que nunca había visto antes, pero que juro atesorar, siempre y cuando yo sea el objetivo de esa mirada.

Entierro los dedos en su pelo y mi lengua en su boca, tragándome sus gemidos mientras froto mi cuerpo contra el suyo. Voy a tener que follármela fuerte y rápido primero, y después empezar de nuevo y tomarme mi tiempo. Tenemos toda la noche.

Pero entonces ella escupe la siguiente regla, unas palabras que crean una gran confusión.

—Nada de penetración.

Me río.

—Qué graciosa.

—Hablo en serio, Garrett. Nada de penetración.

Mi boca se detiene en su mentón, aunque mis manos siguen acariciándola.

La bajo despacio hasta que se apoya sobre sus pies.

—¿Eres virgen?

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces por qué no quieres que te penetre?

—Porque yo… Bueno, yo… Es solo que… —Sus ojos recorren la pared detrás de mí mientras se enreda el pelo entre los dedos hasta anudarlo. Cuando la suelto, se mordisquea la uña del pulgar.

Tomando su mano entre las mías con delicadeza, la aparto de su boca.

—Jennie.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —admite en voz baja—. Unos años… o algo así.

—Vaya.

—Sí. Y la verdad… Todavía no estoy del todo lista para volver a intentarlo.

—Ya.

El calor le inunda las mejillas cuanto más espera a que yo diga algo, y lo intento, lo juro por Dios.

La luz de sus ojos se atenúa, y ella se aparta y recoge su camiseta. Nunca la había visto tan vulnerable, y algo me destroza por dentro al ver esa imagen.

—Olvídalo —susurra—. Esto ha sido una tontería. Sabía que no lo aceptarías. ¿Por qué lo harías?

Le agarro la muñeca.

—Espera. —*¿Qué estoy haciendo?*—. Está bien. —*¿Cómo que bien?*. El teniente Johnson me grita desde el reducto demasiado estrecho de mis calzoncillos—. Nada de penetración. Puedo lidiar con eso. —*¿Te has vuelto loco?*, protesta.

No todas las veces que uno tiene sexo son especiales, pero algunas deberían serlo, ¿no?, y no estoy seguro de que esa haya sido la experiencia de Jennie. Porque aquí pasa algo, algo que le ha arruinado esta vivencia. Quizá tenga que ver con que no tiene demasiados amigos o con que le cuesta confiar en los demás, pero si puedo darle todas esas cosas —amistad, confianza, respeto—, lo haré encantado. Quiero cualquier parte de ella que esté dispuesta a darme. Jennie me observa con recelo.

—¿Lo aceptas?

—Tomar las riendas de tu sexualidad y marcar límites está bien, y lo respeto. —Señalo la camiseta que ella se aprieta contra el pecho —. Ahora deshazte de esa bendita camiseta, solecito. Esta noche voy a adorar cada centímetro de tu piel.

Hasta que no empiezo a acercarme hacia ella, con una sonrisa siniestra en la cara, no comprende completamente lo que está pasando, y entonces se apresura a tirar de la camiseta. Suelta un grito cuando la levanto y la cargo sobre un hombro. La vuelvo a

poner de pie en mi dormitorio y la doblo sobre la cama con la mano entre sus omóplatos.

Esos vaqueros son una locura: le abrazan las espectaculares caderas, y el espacio en la parte trasera de la cintura tiene el tamaño perfecto para permitirme deslizar dos dedos y visitar ese culo en forma de corazón que se esconde debajo. Son de esos vaqueros que tienen roturas colocadas en lugares estratégicos, como en el muslo y por encima de la rodilla. Pero mi favorito…

Deslizo un pulgar por debajo de la rotura estrecha y deshilachada que corta la parte trasera del muslo izquierdo de Jennie, a apenas tres o cuatro centímetros por debajo de una nalga. A quien haya diseñado estos pantalones, *gracias.*

Deslizo el pulgar sobre la piel caliente de Jennie.

—¿Son nuevos?

—Los compré la semana pasada.

—¿Parte de la colección actual? Excelente.

Cuando meto cuatro dedos bajo la rotura y sonrío, sus labios se entreabren horrorizados.

—Garrett —advierte.

Pero ya es demasiado tarde. Ya estoy tirando, y ya se están rasgando para acabar hechos un desastre maravilloso.

Jennie jadea e intenta darse la vuelta. Presiono contra la parte trasera de sus muslos, agarrándola del cabello para mantenerla en su sitio mientras la admiro.

—Por todos los cielos. —Mi cerebro acaba de entrar en *shock*. Le paso el dedo por el borde de las bragas y se le estremece la piel—. Este culo es de otro planeta. —Le palmeo la nalga, sonriendo ante su mirada asesina—. Envíame el enlace. Te voy a comprar unos nuevos.

—Te odio —gruñe.

—Nada más lejos de la verdad, preciosa. —Me bajo los pantalones hasta que están en el suelo, la giro de espaldas, me arrodillo delante de ella y empiezo a quitarle los vaqueros—. ¿Alguna otra regla antes de empezar? Me muero de hambre.

Separo sus piernas, presiono mis labios contra el interior de su rodilla y voy mordiendo mientras subo por el muslo. Ella aprieta las

sábanas y echa la cabeza hacia atrás mientras gime mi nombre. Pero quiero oír cómo lo grita.

—Reglas, Jennie.

—No quiero ser una más —jadea mientras le rozo el clítoris con los labios a través del encaje húmedo—. Sé que esto no es algo serio, pero al menos quisiera sentirme…

—¿Especial? —Cuando asiente, me río—. Ya eres especial, solecito. —Acerco sus labios a los míos—. ¿Amigos con derechos y con exclusividad?

Ella se muerde el labio inferior mientras mira mi boca con los ojos muy abiertos, y asiente.

—Trato hecho. No estaré con nadie más.

—¿Así, sin más? ¿Aunque no tengamos sexo con penetración?

—Así, sin más. No necesito usar la polla para follarte. Mis dedos y mi lengua son más que suficientes.

Jennie se enciende con una sonrisa eléctrica y me abraza el cuello.

—Es verdad. —Echa mi cabeza hacia atrás y su boca reclama la mía—. Por si te lo preguntabas, el sexo oral sigue sobre la mesa.

Mi cuerpo se tensa y mi polla se pone firme.

—¿En serio? Estoy limpio, lo prometo. ¿Estás segura? Está bien si…

—Que no haya penetración no significa que no vaya a poner de mi parte. Por supuesto que voy a chuparte la polla.

Si el miembro en cuestión tuviera brazos, estaría alzando uno en señal de triunfo. Como él no puede, lo hago yo.

—¡Así me gusta! —La levanto y me siento al borde de la cama—. De rodillas, solecito.

Su boca se abre de par en par.

—Pero yo…

—De rodillas —repito en un susurro, apretándole la nuca. Jennie cae de rodillas y yo entrelazo los dedos en su cabello—. Te ves tan sensual de rodillas y, por primera vez en tu vida, sin decir palabra—. Le paso el pulgar por los labios entreabiertos e hinchados—. ¿Te gusta un poco de brusquedad?

Sus ojos van mirando alternativamente los míos. Su inocencia me descoloca y estimula aún más.

—¿Brusquedad?

—Hmmm… —Le tiro del cabello con un poco más de fuerza y su respiración se entrecorta, el calor le sube por el pecho y me agarra de los muslos—. Hay algo en tu actitud que me pide a gritos que sea autoritario contigo en la cama.

Engancho sus dedos en la cintura de mis bóxeres y Jennie los baja con cautela. Sus ojos se abren de par en par y se echa hacia atrás como si estuviera asustada. El teniente Johnson se mueve de un lado a otro, feliz y orgulloso al saludarla, haciéndole saber que no tiene nada que temer. Será muy delicado con ella.

—Yo… yo… —tartamudea Jennie, lo cual es totalmente nuevo para mí y maravillosamente sensual.

—¿Qué pasa? ¿Dónde se ha quedado esa arrogancia tuya? —La arrastro hacia delante y acerco mis labios a su oído—. Aquí mando yo, ¿vale?

Me clava las uñas en los muslos cuando meto la mano y paso dos dedos por la costura de sus bragas empapadas.

—*Garrett*.

—Dilo —le exijo.

—Aquí mandas tú.

—Así me gusta. Abre la boca, Jennie.

Ella me hace caso sin dudarlo y me rodea con los dedos. Una gota de semen se acumula en la punta y la mirada de Jennie se posa en la mía. Parece nerviosa, puede que por inseguridad. Estoy a punto de decirle que no tiene que hacer nada que la haga sentir incómoda, pero las palabras se me quedan en la boca en el momento en el que comienza a saborearme.

—Por Diossss. —Me ruge el pecho cuando su boca me envuelve la cabeza de la polla. Sujeto su rostro entre mis manos. Nuestras miradas se cruzan mientras sus labios rosados se deslizan por toda la extensión de mi polla, y se la mete bien hasta el fondo de la garganta. Cuando gimo, esos ojos pálidos se iluminan de emoción y sonríe sin soltarme. Y entonces me doy cuenta de lo que necesita.

Estímulo. Validación. Elogios. Necesita saber que me hace sentir tan bien como yo la hago sentir a ella. La arrogancia característica

de los Beckett no está presente en este aspecto de su vida, pero si depende de mí, eso va a cambiar.

No será difícil, porque me está chupando la polla como si hubiera nacido para ello. Se lo repetiré hasta que se lo crea.

—Sí, joder —suspiro—. Así, Jennie. —Con su pelo alrededor de mi puño, la obligo a posar sus ojos en los míos—. A mí, solecito. Mírame a mí.

Jennie gime, frotándose los muslos. Está desesperada por que le dé cariño, atención y un poco de contacto, y se los voy a dar apenas acabe.

Le guío la cabeza, viéndola recibir todo lo que puede, con las mejillas hundiéndose cuando se echa hacia atrás. Se detiene en la punta, hace círculos con la lengua y masajea la base con la mano antes de tragársela de nuevo.

—Joder. No pares. Joder, Jennie, ni se te ocurra parar.

Va más rápido, gime mientras chupa cada centímetro, y cuando me quedo sin palabras, sonríe. Sus ojos resplandecen con orgullo al ver que mis huevos se ponen rígidos, y cuando le digo que estoy a punto de acabar, atragantándome con las palabras, mantiene su mirada en la mía mientras me vacío en su garganta.

—Por Dios.

Se lame la comisura de los labios.

—¿Cómo ha estado?

Me río, la agarro por la cintura y la echo sobre las almohadas.

—¿Quieres saber cómo ha estado? —Me pongo de rodillas sobre la cama y me arrastro hacia ella—. ¿Qué tal si te lo demuestro?

Atrapo su boca con la mía. Me vuelve loco sentir mi sabor en sus labios. Jennie se arquea hacia fuera de la cama, frotando su coño empapado contra mi polla, y me preocupa intentar convencerla de que me deje tomar algo que no me pertenece.

—Jennie —advierto.

—Por favor. —Se frota contra toda mi extensión, sube y baja, envolviéndome. Su olor, su humedad, su calor—. La siento tan bien. —*Por Dios*, no puedo decirle que no.

Hundo los dedos en su culo carnoso, la aprieto contra mí con una mano y con la otra recorro el borde de su rostro, inclinando su boca

hambrienta hacia la mía. Las lenguas se encuentran y nuestros dientes chocan, a la par que Jennie levanta las caderas y yo froto la polla contra su coño una y otra vez.

Me llevo un pezón rosado a la boca, haciendo círculos con la lengua sobre la punta tensa antes de ponérmela entre los dientes. Un escalofrío de placer me recorre la columna cuando Jennie me clava las uñas en la espalda y mi nombre se escapa de sus labios con un gemido.

—¿Vas a acabar, solecito?

Los ojos de Jennie descienden sobre mí desde el cielo, y ella esboza la sonrisa burlona de los Beckett.

—¿Me vas a obligar, osito?

Mi sonrisa se encuentra con la suya, y el calor se extiende por mí como un incendio forestal. En el siguiente movimiento de caderas, le meto dos dedos, usando el pulgar en vez de la polla para frotar su clítoris sin piedad. Jennie explota encima de mí, con la boca abierta y gritando, las mejillas y las tetas húmedas por el sudor, rosadas. Mi polla late al ver ese coño hinchado y reluciente.

—Por Dios. —Me caigo de la cama mientras mi polla expulsa su leche por toda la mano, entre mis dedos y llega hasta el suelo, aunque definitivamente no era lo que había planeado. *¡Vaya desastre, por Dios!—.* Nunca lo había hecho antes.

Sin aliento, Jennie se tumba sobre el colchón.

—¿Acabar sobre la mano? ¿O frotarse en seco?

—Eso no ha sido para nada seco. Ahí abajo se han abierto las putas cataratas del Niágara.

Se pone boca abajo y me lanza una sonrisita coqueta por encima del hombro, parpadeando.

—Estaba pensando en Chris Hemsworth.

—Eso no se lo cree ni Dios. —Le doy una palmada en el culo—. Baño y a la ducha. Ahora.

—Sabes, estás resultando un poco demasiado mandón.

—Y tú eres una mandona nivel mil. —Agarrándole la nuca, la llevo al baño y abro la ducha al máximo—. Ahora entra. Me quiero asegurar de que quedes bien limpia.

Entra, y yo entro detrás. Y la limpio a conciencia, porque hay que ser minucioso, y definitivamente yo soy muy detallista.

Son casi las cuatro de la mañana cuando bajamos en ascensor hasta el apartamento de Jennie, con el cabello húmedo y la piel reluciente.

Se detiene en el umbral, reprimiendo esa sonrisa.

—Gracias por todo, Andersen. Definitivamente, un seis sobre diez.

—Seis sobre diez, ni de coña. He hecho temblar tu mundo, solecito.

Ella acaricia un mechón mojado que me cae por la frente.

—Esta noche solo voy a tener que recurrir a Indiana una vez.

Mi pecho retumba, y ella me agarra de la camiseta y me acerca hasta donde está. Su lengua baila dentro de mi boca y mis manos suben por su camiseta y rodean su cálida cintura. Doy unos pasos para obligarla a retroceder, porque ahora mismo pienso que otra ronda no estaría nada mal, pero Jennie da un paso atrás y me aparta las manos de un manotazo.

—Buenas noches, osito —suelta, y me cierra la puerta en la cara.

Con las manos en las caderas, bajo la mirada hacia el teniente Johnson, acurrucado y feliz dentro de mi pantalón de chándal.

—Lo logramos, colega. Lo hemos hecho.

13
UNOS CAMPEONES

Jennie

Como buena Beckett, soy excelente para la mayoría de las cosas. La lista es demasiado larga para transcribirla toda, claro, pero ¿cuál es uno de mis mejores dones? Disociar cuando me hablan. Mi madre lleva cuarenta minutos repasando cada detalle de los planes para el *baby shower* de Olivia. Lo tiene todo meticulosamente pensado, así que he optado por mirar por el escaparate de la cafetería.

Los copos de nieve espesa caen despacio y convierten el centro de Vancouver en un paraíso invernal. Es bonito de ver, aunque estoy contando los días para que llegue la primavera. La nieve y el hielo traen aparejados peligros a la hora de conducir, y las escasas horas de luz son deprimentes.

—¿Jennie? ¿Me escuchas? No quiero que Olivia acabe decepcionada.

Paso la mirada de la nieve a los ojos bien abiertos de mi madre, entre molestos y preocupados.

—Por favor, mamá. Olivia ha desarrollado una alta tolerancia a la decepción. Se casó con tu hijo.

—*Jennifer*. Las burlas entre tú y tu hermano son absurdas.

A mi lado, Hank toma un sorbo de café.

—Los hermanos se demuestran amor burlándose el uno del otro, Holly.

Es cierto, pero a veces el amor de Carter puede llegar a ser un poco asfixiante. Como en este instante, cuando miro el móvil.

El mejor hermano del mundo: terminas de ensayar a las 5? te paso a buscar.
El mejor hermano del mundo: ven a cenar conmigo y ollie.

¿A que no adiviná is quién le puso el nombre a su contacto en mi teléfono?

Yo: vuelvo a casa en autobús.

El mejor hermano del mundo: ni loco, ya será de noche.
El mejor hermano del mundo: o puedes usar uno de mis coches. tengo 5

Yo: gracias, pero no.

El mejor hermano del mundo: gracias, pero sí. pizza? comida india?

Suspiro, porque mi hermano rara vez acepta un «no» por respuesta, y cuando mi teléfono suena otra vez, estoy a punto de decirle dónde puede meterse sus cinco coches. En cambio, se me sonrojan las mejillas al ver el emoji de oso cuando se ilumina la pantalla.

Oso: jugamos esta noche? tenemos un vuelo por la mañana y nos vamos x unos días.

Decirle que no puedo me pone más triste de lo que pensaba. Durante años estuve feliz con mi colección de juguetes, pero en unos pocos días, Garrett ha conseguido acabar con todo.

Añado algo sobre que Carter está bastante intenso y se propone secuestrarme para cenar.

Oso: te paso a buscar. dile que te lleva un amigo.

Estoy a punto de responder que no tengo amigos y que Carter lo sabe, pero llega otro mensaje antes de que pueda terminar el mío.

Oso: empieza con tu mal carácter y me encargaré de domarlo, tú decides.

Yo: no me amenaces con algo que me va a gustar.

Oso: te espero en la puerta a las 5, solecito.

Ufff, me encanta este interruptor que ha encendido.

—Sabéis, de verdad espero que este bebé no se parezca a Carter en cuanto a tamaño —dice mi madre mientras anota algo en su agenda cuando doy un sorbo a mi café y vuelvo a la conversación—. La pobre Ollie se va a partir por la mitad.

El sorbo de capuchino me entra por el lado equivocado y me quema la tráquea. Me tapo la boca con una mano para atrapar el líquido que escupo.

—Creo que eso es exactamente lo que Carter espera —añade Hank—. Nada lo haría sentir más orgulloso que hacer un bebé del tamaño de un monstruo que combine con el tamaño monstruoso de su… —Se interrumpe, arrugando los ojos mientras se ríe por lo bajo —. Perdón, perdón. Ese chico me ha contagiado. Mi Ireland me lavaría la boca con jabón por hablar así.

Me río, y corto un trozo de mi pastelito de manzana.

—Vaya, Jennie, ¿estás almorzando con tus abuelos?

Se me eriza la piel al oír esa voz que tan bien he llegado a conocer en los últimos cuatro años. Krissy me mira con la misma sonrisa falsa de siempre, flanqueada por sus dos secuaces rubias, las Ashley. Sí, ambas se llaman Ashley. Bueno, técnicamente, una es Ashlee con dos «e».

—Qué ternura —continúa—. Mis abuelos también eran mis mejores amigos cuando era niña, pero ahora ya soy adulta.

Cruzo una pierna sobre la otra.

—Vaya, ¿así que ahora que te conocen bien se han dado cuenta de que no ya les caes tan bien?

Krissy me sonríe, igual de tensa que esos moños ridículos que tiene a ambos lados de la cabeza.

—Eres muy graciosa, Jennie. Deberíamos salir algún día.

Odio que se me ilumine la cara con intriga. No entiendo mi reacción: no tengo ni el más mínimo deseo de formar parte de ese

grupito. Cada cumplido viene siempre acompañado con un doble sentido, en cada conversación hay un secreto del que no estoy al tanto. Y, sin embargo, todos estos años he tenido que lidiar con la envidia que me produce el vínculo que comparten. Porque ellas se tienen las unas a las otras, y yo no tengo a nadie.

Krissy y las A al cuadrado se alejan a paso decidido. Mamá las sigue con la mirada y parpadea. Se gira de golpe y la confusión se convierte en indignación.

—¿Me acaba de llamar abuela?

—Estás a punto de ser abuela —señalo.

—De un *bebé*, Jennie, ¡no de una mujer de veinticuatro años!

Se da la vuelta en el asiento y yo escondo la cara tras la taza del capuchino. Está a punto de demostrar que puede darme tanta vergüenza como Carter.

—*¡Eh!* ¡Sí, tú, la del peinado de la Princesa Leia! Soy joven, ¿me oyes? ¡Todavía me viene la regla! —Se pone de pie y se pasa ambas manos por el cuerpo—. ¡Ya quisieras estar así de bien a mi edad! —Se deja caer en la silla de nuevo con el ceño fruncido—. Pufff. *Abuela*.

—¿Se pensaban que Holly y yo estábamos casados? —Hank sonríe de oreja a oreja mientras hace que se quita el polvo de los hombros —. Siempre supe que era un bombón.

La verdad es que prefiero mil mamás y Hanks que una Krissy y dos Ashleys.

***

—Te eché de menos la semana pasada, Jennie. Me alegra que estés de vuelta.

Mis dedos bajan por el brazo de Simon hasta su mano; él toma la mía y me alejo girando antes de que me vuelva a atraer hacia él.

—Vamos. —Me agarra por la cintura, levantándome en el aire. Cuando me baja, el paso sale horrible, pero sigo bailando. Estoy deseando que esto termine para irme a casa y disfrutar junto a Garrett. También espero que haya algo para comer—. ¿En serio no me vas a dirigir la palabra?

Pues sí, no pienso dirigirle la palabra.

—No, no, no, no. Parad. Parad la música. —Mikhail, nuestro profesor de danza, se cubre el rostro con los papeles que lleva en la mano y el silencio llena el estudio. Con los ojos cerrados, levanta una mano, esperando, y yo me quedo de pie con las manos en las caderas, tratando de recuperar el aliento. Con un suspiro pesado, abre los brazos y lanza los papeles por el aire—. ¿Qué está pasando? ¿Qué pasa? Os llamo mis diamantes deslumbrantes por algo. Habéis nacido para bailar juntos, y cuando lo hacéis bien, los —*aplauso*— dos —*aplauso*— brilláis —*aplauso*—. No sé qué ha sido eso, pero no es eso lo que quiero.

Sí, así es Mikhail. Nacido en Rusia hace unos cincuenta y pico años, el tipo se pasó cuarenta y dos de esos años bailando en el escenario a nivel profesional. Es mágico y aterrador a la vez, como una criatura mitológica, y cuando camina por el pasillo, todas las voces enmudecen a su paso. La mayoría de la gente evita entrar en su lista negra cerrando la boca y haciendo lo que él les dice. Soy de las pocas que de vez en cuando logra seducirlo con mis encantos, pero es una lotería saber si va a funcionar o no. Nunca sé la respuesta hasta que lo intento con todas mis fuerzas.

—Jennie, tu tobillo parece estar bien, pero estás demasiado rígida. Eres como una… —Levanta los brazos, agitándolos de un modo extraño—. Como una maldita marioneta. Es desastroso, absolutamente desastroso. Es como si no te sintieras cómoda con Simon.

Correcto.

—¿Tendremos que sumar más horas de ensayo esta semana? Quizá podéis reservar el estudio y seguir practicando fuera del horario.

—Gran idea, Mik —dice Simon con entusiasmo.

—Este, no. —*Ups, tenía que pensarlo, no decirlo*—. No me siento muy bien hoy—. Con la mano en el estómago, pongo cara de enferma—. Anoche fui a comer sushi a un restaurante medio dudoso y…

Mikhail alza la mano.

—¿Sushi Paradise? ¿En la ciudad? Por Dios, ese antro es lo peor. —Aplaude dos veces—. No se diga más. Terminemos antes hoy. Jennie, vete a casa, hidrátate y acuéstate temprano. No hagas ningún esfuerzo, ¿me oyes? Deja que alguien se ocupe de todo el trabajo esta noche.

—¿Me lo pones por escrito? —bromeo, y paro de reír ante su expresión. Hoy no es un buen día. Pero Garrett se habría reído. Estoy segura de que de todas formas no me costará convencerlo de que haga todo el trabajo. Le gusta tener una lista de tareas bien larga. Recojo mis cosas antes de que Simon tenga oportunidad de decir cualquier cosa que me obligue a darle un rodillazo en los huevos, y saludo por encima del hombro.

—¡Buenas noches!

Terminamos media hora antes, así que le mando un mensaje a Garrett para avisarle que regreso en autobús. Me responde con una foto de la entrada principal tomada a través de un parabrisas mojado y las palabras «Ya he llegado», así que voy directo hasta donde está, ignorando las protestas de Simon.

La nieve cae tupida y húmeda. Es del tipo que se derrite y se convierte en aguanieve apenas toca el suelo. Avanzo como puedo hasta el coche de Garrett y hago un gesto de desesperación cuando Simon sale corriendo detrás de mí.

—¡Jennie! ¡Vamos! ¡No puedes seguir ignorándome!

—Sabes, cuando me dicen que hay algo que no puedo hacer, me dan muchísimas más ganas de hacerlo. —Me doy la vuelta y le clavo un dedo en el pecho—. Te voy a ignorar todo lo que se me dé la puta gana, imbécil.

—¡Venga ya! Tu tobillo ya está completamente curado. No tienes lesiones permanentes.

—Sí, menos mal que no me lesioné el tobillo de forma permanente cuando huía de ti. No solo logré evitar lesiones permanentes que podrían poner en riesgo todo por lo que tanto he trabajado, ¡también me salvé de contraer una enfermedad venérea!

—No seas tan dramática. Estoy limpio, y no tenías por qué huir.

—¿En serio? No parecías entender cuando te dije que no. ¿O esa palabra no está en tu vocabulario? —Le doy la espalda y continúo mi

caminata por la nieve. El suelo está resbaladizo y mojado, y apenas puedo ver.

—Mira, Jennie, lo siento. Pensé que te gustaba. Te pasas el tiempo coqueteando conmigo. Tal vez deberías dejar de enviarme señales contradictorias.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo y me detengo en el sitio.

—¿Perdón? —pregunto en voz baja, dando un paso hacia él, y luego otro, y otro más, y entonces él retrocede, y al dar el cuarto paso en su dirección, mi bota se desliza por la nieve grisácea y se me abren las piernas.

Empiezo a caer hacia atrás después de un pésimo intento de recuperar el equilibrio agarrándome del aire. Me molesta menos saber que me voy a empapar con la nieve que no poder ver el miedo dibujado en los ojos de Simon.

Un fuerte brazo me rodea la cintura y detiene mi caída, y los ojos azul-verdosos de Garrett me miran desde arriba. Nunca antes le había visto esta mezcla de confusión y rabia en la frente. Es una expresión que me deja sin aliento. Con una mano en la parte baja de mi espalda, me guía hasta su coche, casi empujándome al asiento del copiloto.

—¿De qué mierdas está hablando? —exige Garrett, recorriéndome con la mirada—. ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien —gruño.

—¿Te ha hecho daño? —repite despacio.

Su tono áspero y gutural me hace abrir la boca, y las mariposas me estallan en el estómago. Esta actitud protectora le sienta espectacularmente bien.

Muevo los brazos hacia el tobillo que me había lesionado, y su mirada se endurece antes de alejarse con paso firme.

Garrett no es de meterse en peleas. Es un tipo despreocupado y relajado, y muy pocas cosas hacen que pierda la paciencia. Parece que esta es una de ellas, al menos a juzgar por cómo se cierne sobre Simon, obligándolo a retroceder.

Simon asiente sin parar ante lo que Garrett dice, alzando las manos entre ellos como un escudo antes de volver a entrar en el

edificio. Cuando el chico generalmente tímido y torpe se sienta al volante sin decir palabra, estoy excitada y molesta a partes iguales.

—¿Qué has hecho, Garrett?

—Nada.

—No mientas. ¿Por qué te has tenido que meter en esto? Puedo lidiar con Simon yo sola.

Garrett mira por encima del hombro antes de incorporarse al carril.

—Carter me mataría si se enterara de que te lesionaste el tobillo después de que ese imbécil intentara besarte y yo no hubiera hecho nada al respecto.

—Claro, Carter. —Porque todo siempre vuelve a él, todas las malditas veces.

El silencio llena el aire entre nosotros como una niebla espesa. Se me pone la piel de gallina.

—No necesito un novio —le suelto, clavándole un dedo en el hombro—. Y mucho menos necesito un vigilante que piensa que no puedo cuidarme sola y me vigila solo porque siente una obligación ridícula hacia mi hermano.

Garrett me agarra el dedo, y me aprieta la mano con fuerza en un intento de controlar mi ira. En general, intento no dejarme controlar por ningún hombre. Pero me gusta cuando él me controla, y más cuando estamos solos y desnudos.

—No te he pedido ser tu novio. Te he pedido, *con mucho respeto*, permiso para destrozar tu cuerpo de una forma que a ambos nos gusta *un montón*, teniendo en cuenta que yo no logro mantener la lengua fuera de ahí y tú no dejas de intentar arrancarme el cuero cabelludo. Pero eso no implica que vaya a quedarme de brazos cruzados y dejar que alguien te falte el respeto a ti o a tus límites solo porque no estemos saliendo. Te voy a cuidar igual.

Bueno, no es exactamente la respuesta que esperaba. Aun así, cruzo los brazos sobre el pecho, y gruño:

—No necesito que me cuiden.

—Lo tendré en cuenta para el futuro. Pero si en los días venideros le doy un puñetazo a Simon Sífilis en la boca sin querer, no lo veas como que te estoy cuidando. Piensa que es el karma.

Me tiembla la comisura de la boca.

—Solo *yo* le llamo Simon Sífilis.

Garrett me regala una sonrisa irónica.

—Y para que conste, eso no ha sido solo por tu hermano. Perdón que te haya dado esa impresión. Esta cosa entre nosotros no tiene nada que ver con él. Y ya sé que puedes cuidarte sola, Jennie, créeme. He estado al otro lado de tu ira muchas veces. Pero por lo que entiendo, ya que no me lo vas a decir abiertamente, le dijiste que no. Y a ti nadie te toca, excepto yo —añade guiñando un ojo—. Con tu permiso, claro, porque no tengo deseos de morir.

Me río en voz baja mientras se me pasa el enfado.

Garrett carraspea y señala el vaso de Starbucks en el apoyavasos entre los asientos.

—Esto… te he traído algo. Supuse que querrías tomar algo caliente porque hace frío y nieva, además de que debes de estar cansada.

—Vaya, gracias. —Me llevo la bebida caliente a la nariz. Huele delicioso, como a Navidad, con toques de canela y nuez moscada.

—No… Esto… —Se mete los dedos debajo de la gorra y se rasca la cabeza—. No sabía qué te gustaba, pero siempre tienes aroma a canela y café, así que… Pues eso.

Sonrío contra la tapa de plástico.

—Está perfecto, Garrett. Gracias.

Paramos en un semáforo en rojo. Los ojos de Garrett alternan entre la calle y yo mientras tamborilea con los dedos en el volante. Me vuelvo hacia él, lista para decirle que escupa lo que sea que está pensando de una vez. Pero se inclina hacia mí y me planta un beso rápido en los labios.

—Y hola —dice, como si no hubiéramos pasado los últimos minutos juntos.

—Hola. —Me río—. No tienes que besarme cuando nos saludemos. No estamos saliendo.

—Supongo, pero me gusta besarte, así que tampoco es para tanto, siempre que tú quieras. A menos que no quieras. Si te resulta incómodo, entonces… no. —Mira fijo hacia delante, con los ojos muy abiertos, como si no tuviera ni idea de lo que está haciendo.

Yo tampoco, para ser honesta. No he tenido una relación desde el último año del instituto, y no fue la más sana del mundo. ¿Amigos con derechos? No solo no tengo ni idea de dónde se trazan los límites, sino que tampoco tengo ni idea de cómo actúan en general las personas normales en relaciones con consentimiento. Supongo que puedo pensar que esto que tenemos es mi prueba piloto.

—No me molesta —digo por fin cuando Garrett aparca—. Pero no quiero que sientas que tienes que hacer cosas de novios solo porque nos vamos a desnudar juntos.

—No me importa hacer cosas de novios, como pasarte a buscar y traerte café. Si te hace sentir mejor, podemos decir que son cosas de amigos con exclusividad. —Garrett coge mi bolsa y mi mano, y me ayuda a salir del coche—. Además, si fueras mi novia, te diría que llevaras tus propias cosas.

—Sí, claro. Si es que eres un blandengue.

—No. —Toca el botón de la planta del ático en el ascensor mientras sus ojos se deslizan sobre mí, ardientes—. Tú me gritarías por obligarte a llevar tus cosas, y yo te diría que dejases de montar un drama y de comportarte como una princesa. —Se acerca hacia mí y los labios recorren mi mandíbula hasta detenerse en mi oreja, mientras me desliza una mano por debajo de la camiseta—. Solo para provocarte un poco más, para encenderte. —Me agarra de la mano y me guía hacia fuera del ascensor, por el pasillo hasta dentro de su apartamento.

—¿Sofá o habitación?

—Sofá —respondo sin aliento mientras se quita la camiseta.

Me baja las mallas y me las quito con torpeza, agarrándole los antebrazos mientras me lleva hacia atrás, con esa sonrisa de suficiencia que adoro y odio al mismo tiempo.

Garrett me gira y me empuja sobre el brazo del sofá, apoyando su pecho contra mi espalda desnuda cuando me quita la camiseta.

—Y cuando estuvieras bien enfadada, te doblaría sobre el sofá, así. —Aparta mis bragas y pasa dos dedos por mi coño. Han bastado apenas unas palabras para que todo haya quedado empapado. Dios, cómo lo deseo—. Y te follaría justo… aquí.

Jadeo, arañando el cuero cuando introduce los dedos dentro de mí. Garrett pasa la siguiente hora mostrándome exactamente lo que me estoy perdiendo con mi regla de nada de penetración, y lo afortunada que será su futura novia cuando reciba todo su cuerpo, toda su atención.

Garrett sale del baño, secando su pelo con una toalla mientras yo me pongo las bragas.

—¿Tienes hambre?

—Debería irme, ¿no? —Me muero de hambre, pero pediré algo para comer cuando llegue a casa. No quiero quedarme más tiempo del que soy bienvenida ahora que ya hemos terminado de jugar desnudos.

—No. ¿Por qué? Acaba de empezar un partido. —Me lanza una sudadera con capucha y un pantalón de chándal—. Pidamos pizza y veámoslo juntos. —Sale de la habitación, donde terminamos en algún momento entre el tercer megaorgasmo y la ducha, y va directo al salón, dando por zanjado el tema para que no le dé demasiadas vueltas a una simple invitación.

Así que le daré más vueltas a otra cosa, como la ropa que tengo en mis manos. Debería ponerme la mía, pero él me la ha ofrecido, ¿no? Así que no es raro, ¿verdad?

Sus pantalones me engullen por completo, envolviéndome en calor. Tienen su perfume, ese aroma nostálgico y reconfortante, a ropa limpia y cedro. Me gusta, y avanzo por el pasillo, tirando de los cordones de la cintura con fuerza.

Garrett sigue sin camiseta, con el pantalón de chándal de tela ligera bajado hasta las caderas, mostrando esas hendiduras justo encima de su trasero perfecto moldeado por el hockey mientras rebusca en la despensa.

—La pizza llegará en cuarenta minutos —murmura con la boca llena de comida—. Pero no podía esperar. —Levanta una caja azul y traga saliva—. ¿Quieres?

—¿Qué es eso?

Su rostro se retuerce entre la confusión y el desagrado.

—Pop-Tarts.

—No, ya sé que son Pop-Tarts, pero… —Le quito la caja—. ¿Pretzel de canela y azúcar? Nunca había visto este tipo antes. —Le arranco otro paquete de la otra mano—. ¿Y Dunkaroos? ¡Hace años que no veía un paquete de estos! Pensé que ya no los vendían en Canadá.

—Y no los venden. Me los manda Bev.

—¿Bev?

—Sí, Beverly, la madre de Adam. Vive en Denver. Es mi proveedora de cosas ricas.

—¿Le has pedido a la madre de tu amigo que te mande comida desde Estados Unidos?

—Por supuesto que lo he hecho. Todo es mucho mejor. —Señala su despensa—. Mira mi botín.

Revuelvo los cereales importados, las galletas de edición especial, los caramelos que nunca había oído mencionar, hasta llegar a una bolsa amarilla.

—Funyuns extrapicantes… —Se me arruga la nariz—. Suena asqueroso.

Garrett echa la cabeza hacia atrás y gime.

—Son lo mejor de lo mejor. —Cuando hago el amago de vomitar, sonríe—. No los puedes criticar hasta haberlos probado.

Tomo un paquete de Pop-Tarts y otro de Dunkaroos y Garrett me sigue hasta el sofá.

—Nueva regla: nada de Funyuns antes de besarnos.

—Está bien, pero después de hacer temblar tu mundo, tengo carta blanca, solecito.

Se estira en el sofá y me hace sentar entre sus piernas mientras pone el partido de hockey. Retiro el envoltorio de los Dunkaroos; Garrett me roba una de las galletas y la sumerge en el glaseado.

—¿Me harías cosquillas en la espalda? —pregunto.

—¿Cosquillas en la espalda?

—Por favor. —Le pongo la comida en las manos, coloco una almohada sobre su pecho y me tumbo boca abajo. Levantándome la sudadera para descubrir mi espalda, guío su mano libre hacia allí—. Es agradable y me ayuda a relajarme antes de dormir. Mi madre solía hacerlo cuando yo era pequeña.

Garrett se pone un Pop-Tart entre los dientes, empuja una pequeña galleta cubierta de glaseado entre mis labios y enreda sus piernas alrededor de las mías antes de subir y bajar las yemas de sus dedos por mi columna y alrededor de mis omóplatos.

—¿Así?

—Así. —Suspiro, acurrucando la mejilla en la almohada mientras lo abrazo.

—Míranos —presume—. Somos unos campeones en esto de ser amigos con derechos. Sabía que sería así.

Levanto el puño y él choca el suyo contra el mío.

—¡Somos lo máximo!

14
HOLA, MAMÁ, HE ESTROPEADO LA ALFOMBRA

Garrett

Garrett Andersen: rubio, apuesto, jugador profesional de hockey, y ahora también *genio.*

O sea, ¿amigos con derechos con la chica más sensual que conozco, sin compromisos? Estoy disfrutando de todas las ventajas de una relación nueva y emocionante sin tener que comerme la parte aburrida.

Además, las cosas más mundanas también son bastante divertidas con Jennie. Como ver la tele, comer pizza y hacerle cosquillas en la espalda. Ni siquiera me molestó cuando se quedó dormida en mi regazo. Y cuando se despertó una hora después, me chupó la polla como una campeona. Y después, cuando me dijo que se iba, tampoco me molestó. La acompañé hasta la puerta, le di un beso y me despatarré solo en mi cama.

¿Sabes qué no puedes hacer cuando estás en una relación? Dormir en diagonal.

Es verdad que la regla de nada de penetración al principio me resultaba un poco desconcertante, pero explorar las formas más creativas de llevarnos al límite es genial.

¿Y lo mejor de todo? Ya no me siento tan solo cuando mis amigos sacan el móvil para mandar mensajes a sus esposas apenas termina el partido. Incluso Adam recibió un mensaje de Olivia, que se quedó cuidando de Bear mientras estábamos de viaje. Nos muestra orgulloso la foto de Bear y Dublin tumbados juntos frente a la chimenea.

Ocultando mi sonrisa, abro el mensaje que me espera.

Solecito: qué derrota, grandullón. Te quedas sin mamada de la victoria.

Yo: y como premio de consolación? el teniente Johnson está triste y solo tú puedes animarlo 😬

Solecito: no sé si eso es lo que te depara el futuro.

Yo: lo acabo de comprobar, y sí. esta semana cuando llegue a casa te voy a follar la boca y después me voy a comer el postre.

Los tres puntitos aparecen y desaparecen varias veces. Me encanta ver crecer este lado de Jennie. Se mueve con una seguridad por la vida que da miedo, pero en la cama es un poco vacilante. Cuanto más tiempo pasamos juntos, más confiada se siente. Está dispuesta a todo, tiene muchas ganas de aprender. Y lo mejor de todo es que resulta genial ver cómo sus muros se van derrumbando poco a poco.

Aunque todavía le cuesta escribir mensajes picantes. Cuando ve las palabras escritas, se queda un poco anonadada, sin poder decir nada.

Cuando estoy a punto de guardar el móvil, vibra, y me derrito de ternura al ver la foto de Jennie: un polo rojo envuelto por sus labios rosados.

No tengo tiempo para apreciarla. Carter maldice en voz alta, y yo pego un salto, golpeando el móvil contra mi pecho. *Ya está. Me ha llegado la hora.*

Carter frunce el ceño mientras mira su teléfono.

—Ollie ha estado sintiendo al niño moverse muchísimo, pero yo no puedo sentirlo. Al parecer, lleva moviéndose toda la noche.

Mi corazón vuelve a latir y me obligo a concentrarme en atar los cordones de los patines, formular una respuesta y respirar.

—¿Cuánto lleva de embarazo? ¿Cinco meses? Yo no sentí bien a mis hermanas hasta que mi madre estuvo en el tercer trimestre. Pronto vas a ver cómo se mueve el bebé, que es genial pero también perturbador.

—Y sigues diciendo *el niño* —señala Adam—. También podría ser una niña.

Carter gruñe, y hace una pelota con sus calcetines de hockey.

—No. Yo vi un pene.

Emmett suspira.

—Ya te lo he dicho mil veces: eso era un brazo. Tu bebé no tiene un pene gigantesco.

—Su padre sí —responde Carter con suficiencia.

Despacio, me aparto del pecho el móvil que no deja de vibrar, pero no es más que un correo de Levi's. Por lo visto, he comprado tres vaqueros de mujer que llegarán en cinco o siete días hábiles.

Escribo un mensaje rápido a la culpable.

Yo: q curioso, cuando te di los datos de mi tarjeta de crédito pensé que solo ibas a reemplazar los vaqueros q t rompí.

Solecito: q curioso, pensé q respetarías mi ropa en lugar de arrancármela.

Yo: ahora solo x eso le voy a faltar el respeto a todo tu cuerpo.

Solecito: J-1, G-0

Dios. Joder. Es una genia.

Me pregunto cuánto durará esto. Jennie es inteligente, fuerte, descarada y sexi: todos mis adjetivos favoritos. Es solo cuestión de tiempo que alguien más se dé cuenta, y me veré obligado a dejarla ir. Tampoco estoy seguro de hasta dónde podemos arriesgarnos con el tipo que tengo delante y que no tiene idea de nada, que en este momento apoya su teléfono en la estantería.

—Garrett, ven a bailar conmigo.

Me quito los patines de un tirón.

—No voy a hacer otro de tus TokToks de mierda, Carter.

—TikToks. Vamos. El último vídeo en el que saliste tuvo un montón de «me gustas». Todas las chicas piensan que eres guapo cuando bailas. ¡Riley! —Ve a Jaxon de camino a las duchas—. Te enseñaré el baile rápido.

Jaxon se da unas palmadas en la polla.

—¡Estoy desnudo!

—A la audiencia le va a encantar —murmura Carter—. Apoya los puños en las caderas y empieza a gritar órdenes. Cuando todo el equipo está en formación, dirige su mirada hacia mí, levantando las cejas—. Garrett.

—No, no. A la mierda con eso. No voy a hacer ese bailecito patético.

Esas fueron mis famosas últimas palabras. Una hora después, estoy sentado en el bar del hotel, viendo un vídeo del equipo entero de jugadores de la Liga Nacional de Hockey que se menea hasta el suelo antes de girar y agitar el culo para la cámara. La mayoría estamos a medio vestir. Jaxon tiene menos suerte y se cubre la polla con una toalla de mano. El vídeo ya tiene más de cien mil visualizaciones. La única vez que he visto a Carter más orgulloso que en este momento fue cuando Olivia dijo «Sí, quiero».

Esta noche el lugar está lleno de chicas. Jaxon ya ha besado a una, Adam sigue apartando los dedos que intentan enredarse en sus rizos, y cuando una morena de piernas largas desliza su mano por mis hombros, empiezo a entrar en pánico, y me hago a un lado enseguida.

—Eh, no, no, gracias. No, gracias, gracias.

Emmett arquea una ceja cuando la chica se aleja.

—¿No, gracias? Hace un mes te quejabas de que no estabas follando por nuestra culpa. ¿Y ahora quién te detiene?

Postergo mi respuesta metiéndome un puñado de nachos.

Emmett espera a que trague.

—¿Y?

—Eh… —Me rasco la mandíbula mientras mi mirada recorre la mesa. Miro a Adam, que rechaza a otra chica con mucha educación, explicando que no quieren lo mismo—. Una peli en el sofá —suelto de repente—. Me estoy hartando de escenas como esta. Prefiero

estar en casa con alguien que me haga reír. —*No estoy mintiendo*—. Una peli en el sofá —repito—. O lo que sea.

Adam sonríe.

—Así que quieres salir con alguien.

—Gaaaaarrett quiere noooovia —entona Carter, que chupa una alita de pollo hasta dejar los huesos limpitos—. Seguro que encontrarás a alguien.

—No puede ser tan difícil si tú lo has logrado.

El hueso hace ruido al golpear el plato y la mirada endurecida sube poco a poco.

—Soy un buen partido, imbécil.

—Sí, Ollie tuvo suerte de no pillar ninguna enfermedad.

—Serás cabrón. —Carter extiende la mano por encima de la mesa, y enseguida comenzamos a jugar a las bofetadas: nuestras manos vuelan por todos lados hasta que papá se entromete.

Papá es Adam. Emmett, que nos alienta desde un rincón de la mesa, es el tío que resulta una mala influencia. Y Jaxon es la tía borracha que se besa con un desconocido.

—Deberíamos entregaros a la selección natural —dice Emmett cuando nos separamos—. Supervivencia del más fuerte.

Carter flexiona un bíceps y le da un beso.

—O sea, yo.

—Ya quisieras. —Estiro los brazos y cierro los puños para sacar a relucir mis venas—. Mira lo fuerte que soy yo.

—Sí, claro. Mi hermana podría ponerte de rodillas.

Es verdad, ya lo ha hecho, y con gusto me arrodillaré mil veces más para saborear ese dulce bulto entre sus muslos mientras me tira del pelo, grita mi nombre y pide más.

Intento redirigir mis pensamientos y enfocarme en la conversación actual, que va sobre que Adam ha estado pasando cada vez más tiempo en el albergue de menores.

—Encontré a mi familia en un lugar como ese, pero sé que no todos tienen tanta suerte. Pensar que algunos de esos niños llevan años allí, esperando a que alguien les dé una oportunidad… —Sacude la cabeza, frunciendo el ceño—. Me rompe el corazón.

—Me parece genial que ayudes a esos niños a partir de tu propia experiencia con el sistema de acogida —le digo.

—¿Eres adoptado? —pregunta Jaxon.

Adam asiente, y Carter añade:

—Su padre es Deacon Lockwood.

Jaxon levanta las cejas.

—¿Deacon Lockwood, el antiguo *quarterback* de los Broncos de Denver y cinco veces campeón de la Super Bowl? ¿Ese Deacon Lockwood?

Adam se ríe.

—Se decepcionó mucho cuando elegí el hockey en vez del fútbol americano. La verdad, no podría haber pedido una familia mejor. A veces uno no nace en su familia, sino que la encuentra.

Jaxon le pone una mano en el hombro y lucho por reprimir un gesto de exasperación. Todavía no le he tomado cariño.

—Me alegra que hayas encontrado a tu tribu, colega.

—He estado pensando en adoptar, pero es imposible con mis horarios. Esos niños han vivido cosas muy difíciles y necesitan constancia, alguien que pueda estar presente todos los días. —Se encoge de hombros—. Quizá en el futuro, si alguna vez me caso.

Emmett se ríe despacio.

—Vas a conocer a alguien espectacular y formar una familia increíble juntos, del modo que decidáis.

—Lo que pasó con Courtney fue una mierda —intervengo—. Ojalá no hubieras tenido que pasar por eso. Pero te mereces mucho más de lo que ella te ofrecía. Y no estoy seguro de si lo habrías dejado si ella no te hubiera dado un motivo.

La relación de Adam con su ex estuvo en terreno inestable durante un tiempo, y llegó a un punto en el que se desesperaba por hacerla feliz pero dejando de lado su propia felicidad. Si no la hubiera encontrado con otro hombre, no estoy seguro de si habría hecho lo mejor para él.

Adam se concentra en la bebida que tiene en la mano antes de levantar la vista, sonriente.

—Joder, sí, que se vaya a la mierda.

—¡Vamos, joder! —Emmett lanza un puño al aire—. ¡Esa es la actitud, Woody! ¡Ronda de chupitos para la mesa!

Ojalá pudiera disfrutar del mío con mis compañeros.

Lo que ocurre es que permanece en mi mano, a medio camino de mi boca abierta de par en par mientras miro fijamente la foto que asoma en el móvil.

Uno pequeño, morado y brillante; el otro gigantesco, negro y venoso: dos consoladores me increpan desde la pantalla. La foto viene acompañada de una pregunta sencilla.

Solecito: hola, grandullón, si estuviera pensando en acostarme contigo en algún momento y quisiera darme tiempo para adaptarme a tu tamaño, cuál de estos debería meterme?

Jennie se está esmerando con los mensajes picantes. Aprende rápido. Muy rápido.

Yo, en cambio, no estoy tan ágil. Es posible que el cerebro se haya quedado sin riego sanguíneo, que ha ido a parar todo a mi polla, dura como el acero.

Aparece una segunda foto: los dedos de Jennie alrededor del pequeño consolador morado.

Solecito: el Sr. Chiquitín, entonces.

—¿Por qué pones esa cara? ¿A quién le estás escribiendo?

Aprieto el móvil contra mi pecho ante las preguntas de Carter, agradecido de que la visión de rayos X sea algo de ciencia ficción… *hasta donde sé*. Cuando me pongo de pie de un salto, mi silla cae al suelo.

—Es mi madre. —*Mierda, tengo la voz muy aguda*—. Eh… eh… eh… —*Joder—.* ¡Me tengo que ir! —Levanto el móvil bien alto y lo agito, aún no sé por qué—. Me necesita. Mi madre me necesita. Tengo que… *¡Adiós!*

Cruzo el bar corriendo y me dirijo al vestíbulo mientras mis dedos vuelan sobre la pantalla.

Yo: Sr. Chiquitín??? nada más lejos de la verdad.

Solecito: me voy a la cama para ocuparme de mis cosas. hablamos mañana.

Yo: ni se te ocurra.

Pulso el botón del ascensor novecientas mil veces y entro apenas se abre.

Yo: Jennie???

Yo: te juro x Dios q si te vas a acostar me subo ya mismo en un vuelo a casa y cuando te despiertes vas a tener mi polla metida hasta la mitad de la garganta.

Solecito : q descanses, osito.

—No. No, no, no, no.

La agitación me recorre las venas mientras sube el ascensor. No paro de dar golpes con el pie. Estoy bastante seguro de que me está temblando el ojo.

Araño las puertas cuando el ascensor se detiene, y tengo que pasar la tarjeta hasta siete veces por la ranura de la puerta. Mi camiseta se me queda pegada a la cara mientras entro en la habitación con pasos torpes, y Jennie responde a mi solicitud de videollamada en el tercer intento, porque es una hija de puta a la que le gusta provocarme.

—Señor Andersen —ronronea—. ¿A qué debo el placer de esta llamada telefónica nocturna?

Tropiezo con mis propios pies al quitarme los pantalones, caigo hacia delante y me golpeo contra el borde de la cama.

La carcajada de Jennie llena el aire de electricidad.

—¿Qué estás haciendo?

—Desnudándome.

Jennie se queda mirándome la polla, que se libera de los calzoncillos y se balancea.

—Vaya, vaya. El teniente Johnson parece muy contento de verme.

—Claro que está contento, y vas a tener que ir dejando de lado al Sr. Chiquitín. Yo te puedo follar mejor con los dedos. —Me sujeto la

base del miembro y muevo la cabeza—. Ahora quítate la ropa, solecito.

Aparta las mantas y me muestra sus espectaculares curvas, centímetro a centímetro, dolorosamente, y vaya si duele.

—¿Qué ropa?

Miro el techo y gimo.

—Dios, qué ganas de follarte.

Me sorprende la timidez de su sonrisa. ¿Acaso no sabe lo impresionantemente sexi que es? Daría mi testículo izquierdo por un pase VIP a su Disneylandia. Aunque este avance es más que perfecto, por ahora.

Me giro en la cama, apoyo el teléfono en la mesita de noche y espero a que Jennie haga lo mismo.

Se recoge el pelo detrás de las orejas, un movimiento de lo más inocente que hace palpitar mi polla. Lo lleva suelto, largo y despeinado, y me dan ganas de recorrerlo con los dedos antes de agarrarlo bien para que me mire a los ojos cuando acabe.

—Entonces, eh, ¿cómo sería esto?

—Le voy a dar duro a mi polla mientras veo cómo te masturbas con ganas tu coño, y voy a intentar no hacer un desastre cuando acabe. Pero tú, solecito, haz todo el desastre que te pida el cuerpo.

Un escalofrío le estremece el cuerpo. Niega con la cabeza.

—Hace dos semanas no podías ni articular una mísera frase.

—Sí, porque estás buenísima y hacías que me cagara de miedo.

—¿Y ya no?

—No, no tanto. No ahora que sé que puedo mandarte como tú también me mandas, solo que en otro sentido. —Veo cómo su cuerpo se sonroja, la piel resplandeciente ruborizada por los nervios, las pestañas que aletean cuando aparta los ojos y luego vuelve a mirar—. Te excita. Te gusta cómo te hablo.

—Ya sabes que sí.

—¿Qué es lo que te gusta?

Ella levanta un hombro.

—No sé.

Por supuesto que lo sabe. Se hace la tímida, le da vergüenza decirlo en voz alta, así que la voy a ayudar. No puede esconderse de

mí. Ya no.

—Me gusta hacerte sentir tímida. Agarrar a la chica más lanzada y segura que conozco y dejarla sin palabras, aunque sea por un segundo. Y entonces sonríes de oreja a oreja y cobras vida, como si mis palabras te animaran. Eres una mezcla perfecta de timidez y confianza cuando estás desnuda, y me encanta verte llegar a ese punto.

Los dientes presionan su suave labio inferior. Se pasa el dedo por el muslo.

—Me gusta… Me gusta cuando me dices lo que quieres hacerme. Me hace sentir… —Sus mejillas se sonrojan cuando aparta la mirada.

—¿Qué te hace sentir?

—Deseada —admite en un murmullo—. Hace mucho que no me sentía así.

La verdad es que no estoy seguro de haber deseado a alguien tanto como a ella, así que lo digo, y hago caso omiso de su gesto de incredulidad, como si le estuviera diciendo una frase por defecto.

—Además de tu cuerpo impresionante, de tus ojos bonitos y de tu sonrisa perfecta, Jennie, eres una mujer segura que sabe defenderse. Dices lo que piensas sin inmutarte, y siempre buscas superarte. También eres divertidísima, por ejemplo, cuando les gritas a los árbitros que toman decisiones equivocadas. Siempre quise conocerte mejor. Me alegra poder hacerlo ahora.

Jennie arruga esa nariz preciosa y, para mi sorpresa, se le escapa una risita de los labios.

—Sí, lo que tú digas, malote.

—Ponme el apodo que quieras, pero los dos sabemos que cuando estás sola en tu casa metiéndote esas pollas de goma, es en mí en quien piensas.

—Y tú piensas en mi coño cuando te encierras en el baño del hotel, te pajeas con la mano y acabas en un calcetín. —Con los pies sobre la cama, abre las piernas y me enseña ese coño rosado e impecable. Pasa un dedo por su entrada resbaladiza—. Lástima que no puedas tocarla. Es muchísimo más suave y cálida que tu mano.

Mi mirada sigue los dedos, que poco a poco rodean su clítoris, hipnotizada mientras mis palabras salen atropelladas:

—Ese coño es mío…

—No... este coño es mío y de nadie más. —Con una lentitud agonizante, hunde dos dedos, arqueando la espalda sobre las almohadas y entreabriendo los labios para dejar salir un débil jadeo —. A veces te dejo usarlo, solo eso.

—Dios. Joder. —Me paso la palma de la mano por la lengua antes de sujetarme la polla y acariciarla—. Muéstrame lo mojada que estás.

—Pídelo por favor.

—Por favor, Jennie. Quiero ver lo mojada que estás.

Jennie saca los dedos, que resplandecen y gotean.

—Empapada.

Gimo, apretando mi polla.

—Prueba ese jugo, Jennie.

El deseo brilla en sus ojos, pero también la incertidumbre.

—No te hagas la tímida ahora, solecito. Los dos sabemos que tú no eres así. Eres mi sabor favorito, así que adelante, pruébalo.

Se pasa un dedo sobre el labio inferior, haciéndolo brillar, y dejo de respirar cuando lo recorre con la lengua. Con los ojos fijos en los míos, se lleva los dedos a la boca y un gemido ronco llena el aire mientras se limpia.

—Usa los dedos —ordeno con voz áspera.

—Tú no me mandas.

—Claro que te voy a mandar. Frótate con los dedos, guapa, y piensa que es mi polla.

Esboza una sonrisa traviesa antes de pasarse los dedos por su entrada empapada, lo que hace que tiemble y se sonroje. Jennie gime en voz baja mientras se mete dos dedos, con la mirada ardiente fija en la mano que tengo sobre la polla. No voy a aguantar mucho más, y es por su culpa. Verla cómo goza con su cuerpo es lo que más me excita.

—Uno más —exijo—. ¿Puedes meterte uno más?

Jennie no vacila: hunde otro dedo, arqueándose sobre la mano para acomodarse. Se pellizca un pezón, masajeándose la teta redonda y perfecta mientras respira agitada y baja la mano por su cuerpo hasta encontrar el clítoris.

—Por Dios, Jennie. Eres tan sensual.

—Garrett —gime, con los ojos bien abiertos—. Estoy a punto.

Y yo también. Se me tensan los huevos, siento un hormigueo en la columna, y en el mismísimo instante en el que Jennie grita cerrando los muslos y echando la cabeza hacia atrás, no puedo contenerme.

—Joder. —Me caigo de la cama, me pongo de pie de un salto y sin querer lo echo todo sobre la alfombra—. Mierda.

La risita de Jennie no tarda en descontrolarse.

—¿Acabas de eyacular en el suelo?

—¡Ha sido un accidente! ¡No estaba preparado! —Agarro una almohada.

—¡La almohada no! ¡Bestia! ¡Alguien va a apoyar su cara ahí!

—¡No sé qué hacer! —grito, y corro al baño. Agarro un rollo de papel higiénico, lo que resulta ser una pésima idea. Empieza a desintegrarse, dejando pedazos blancos por toda la alfombra mientras intento limpiar el desastre.

—Esto me va a costar caro.

—Nunca has invertido tan bien tu dinero.

Gimiendo, me desplomo en la cama justo a tiempo para ver a Jennie arropándose entre las sábanas.

—Así que…

—Así que… ¿buenas noches?

—¿Buenas noches? ¿Eso es todo? ¿No quieres, no sé… hablar?

Juguetea con la manta.

—¿Tú quieres?

—Bueno, Adam aún no ha vuelto.

—¿Así que quieres hablar?

—Si quieres hablar, podemos hablar.

—Parece que quieres hablar, Garrett.

Carraspeo, frotándome la nuca.

—Supongo que podríamos hablar.

Jennie sonríe.

—Espera a que me limpie y vaya a buscar algo para comer.

Yo hago lo mismo, y cuando Jennie vuelve, trae un bol de cereales y lleva puesta la sudadera que le di la última vez que nos vimos.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta.

Levanto el tarro en el que acabo de sumergir la galleta.

—Crema de galletas. —Me lo meto todo en la boca—. De losh Eshtadosh Unidosh. Lo tienesh que prodbajh. Te voym a guajdad un pogho.

Jennie se ríe.

—Vale, cuéntame cómo ha ido tu noche antes de estropear la alfombra.

—Estábamos en el bar con todo el equipo. A Adam se le estaban lanzando todas las chicas.

—Tiene sentido. ¿Y a ti?

Asiento mientras unto otra galleta con la crema.

—Así que les he dicho a los del equipo que quería salir con alguien, no simplemente follar y ya está.

—Adam es el único lo bastante inocente para tragarse eso.

Estoy de acuerdo, así que le cuento a Jennie sobre su sueño de adoptar a un niño, y ella sonríe durante todo el relato antes de contarme cómo ha ido su día.

—Ollie y yo sacamos a pasear a los perros y después me ha hecho hornearle un bizcocho de chocolate antes del partido. Cara y yo les hemos estado gritando a los árbitros durante casi todo el partido, y Ollie se ha quedado dormida en mi regazo durante el tercer periodo.

Sonrío, mirando cómo se toma su tiempo para limpiarse la leche que le cae por el mentón y lamerse la comisura de la boca. Ella me sostiene la mirada, sonriéndome también, y busco algo más que decir. Supongo que no estoy listo para decir buenas noches. Hablar de tonterías con ella me gusta.

—Esto… le he dicho a Carter que eras mi madre. Cuando me has enviado la foto —aclaro—. No se me ocurrió nada más, y aunque no vio nada, me preguntó con quién me estaba escribiendo y…

Le brillan los ojos y se le dibuja esa sonrisa enorme y arrogante, propiedad exclusiva de los Beckett.

—Le has dicho que era tu madre.

—Me he quedado en blanco. Casi siempre me pasa eso cuando estás implicada en el asunto.

Giro la cabeza cuando la puerta da un pitido y se abre a medias porque la traba impide que se abra del todo.

—¿Pero qué coño? —Adam tira del picaporte y golpea la traba—. Serás cabrón, has cerrado la puerta.

—¡Ha sido sin querer! —Me levanto de la cama de un salto y me subo los pantalones con una mano. Tropiezo por segunda vez esta noche y casi me caigo de bruces sobre el desastre que he dejado—. ¡Dame un segundo!

Jennie se estremece de risa, tapándose la boca con la mano. La miro.

—Buenas noches, solecito —susurro.

Ella me guiña un ojo.

—Buenas noches, osito Gari-ñoso.

Guardo el teléfono en el bolsillo, me paso la mano por el pecho sin motivo alguno y después abro la puerta. Adam está de pie con las cejas levantadas, y yo ya estoy preparando excusas.

Entonces da un paso adelante, se tropieza conmigo y me doy cuenta de que está borracho como una cuba.

Se quita la ropa mientras camina.

—¿Me das unas galletitas? —Toma el paquete y el tarro de mi mesita de noche sin esperar respuesta.

Entonces se detiene en seco y sus ojos se detienen en la alfombra destrozada. Me arden las puntas de las orejas.

Me rasco el cuello mientras Adam me mira.

—Eh, eso es… Era… bueno, verás, yo estaba…

—Prefiero no saber nada. —Se me acerca tambaleándose y me sacude el tarro de crema de galletas en la cara.

—Esto ahora es mío, porque no voy a contarle nada a nadie. ¿Estamos de acuerdo?

Por supuesto. Más vale que estemos de acuerdo.

15
POR MI PARTE, ES UN NO

Jennie

—Creo que es una idea fantástica.

—Yo no. —En mi cabeza, mi respuesta se parece más a «Otra vez estás delirando, comemierda».

Mikhail frunce el ceño.

—¿Y por qué no? Simon acaba de decir que está de acuerdo.

Simon siempre está de acuerdo, eso es parte del problema.

¿Que hagamos como que estamos enamorados para vender bien la coreografía? Prefiero bucear con tiburones.

—No me siento cómoda con la idea —explico con sinceridad a mi profesor de danza—. No me gusta mentir.

—Se llama actuar, Jennifer.

Me pasa un brazo por los hombros, el otro por los de Simon, y empieza a caminar. No tengo ni idea de hacia dónde vamos y creo que Mikhail tampoco. Le encanta darle un toque dramático a las conversaciones, y eso implica deambular sin rumbo, mirar a la nada pero hacer como que visualizas lo que se imagina y aplaudir al compás de las sílabas.

—Se nos acaba el tiempo para el espectáculo de Navidad. Jennie, necesitas pulir tu técnica de actuación. Necesito sentir todo el amor que sientes por Simon. ¿Y la presentación de San Valentín? Es la

más importante. —Se da la vuelta y dibuja un arco en el aire con la mano—. Imaginad esto: vosotros dos, brillando sobre el escenario en el día destinado al amor. Ofrecéis la actuación más magnífica de la historia de esta universidad y la coronáis con un beso. Pero no un beso cualquiera. De esos en los que tú, Simon, la levantas en brazos, y tú, Jennie, vuelas por los aires, como en las películas. Y el público se vuelve loco. —Gira de nuevo—. Hasta los más escépticos se lo creen. Todo el mundo se enamora de mis diamantes deslumbrantes y todos mueren por vivir su propia historia de amor. ¿Y lo mejor? Se disparan las ventas de entradas para el espectáculo de fin de curso en abril porque todo el mundo quiere ver a la feliz pareja brillar en el escenario.

Simon sonríe.

—La verdad, Mik, me encanta. Es la mejor idea que has tenido hasta ahora.

Es la peor idea que he oído en toda mi vida. ¿Este tipo tiene título de profesor? Deberían quitárselo.

—No creo que…

—Además, Jennie y yo tenemos muy buena química. Nos va a salir genial.

Simon me pasa el brazo por el hombro y sonríe mostrando los dientes. No soy dentista, pero me encantaría arrancarle uno o dos. Quizá algún día sirvan para identificar su cuerpo, si llegara a ser necesario.

Mikhail se va bailando, divagando sobre magia, amor y química, y me doy cuenta de que está delirando tanto como Simon.

Aparto la mano de Simon de mi cuerpo.

—No he aceptado nada, y quiero que sepas que no voy a besarte.

—Falta bastante. —Simon me sigue—. Tienes tiempo para pensarlo.

—Ya lo he pensado. Por mi parte, es un no.

Suspira y se deja caer en un banco mientras me pongo un pantalón de chándal por encima de los pantalones cortos.

—Jennie, deja de estar enfadada conmigo, por favor. Ya no lo aguanto más. Eres mi amiga.

—No me lo pareció cuando intentaste meterme la lengua en la garganta.

—Cometí un error. Siempre me ha intrigado saber cómo sería si hubiera algo más entre nosotros, y no quise dejar pasar la oportunidad. Estábamos solos, bailando, y no sé… Me pareció un momento romántico. Pero lo entiendo: tú no te sientes así. Ya me ha quedado claro. No volverá a pasar. —Entrelaza las manos bajo la barbilla y hace pucheros—. Por favor, perdóname. No me gustaría perder tu amistad, y no soporto la idea de dejar de bailar juntos.

Hago un gesto de exasperación y me dirijo hacia la puerta.

—Obviamente. Porque soy una bailarina espectacular.

Simon corre detrás de mí.

—Entonces… ¿Me das una segunda oportunidad? ¿Por favor?

Suspiro y me detengo, cruzo los brazos bajo el pecho. No es el chico más sincero del mundo, pero la triste realidad es que ha sido el único amigo que he hecho aquí, la única persona, aparte de mis profesores, que suele sentarse a tomar un café conmigo y me pregunta algo más que si pienso si este año mi hermano va a volver a llevar a su equipo a la final de la Copa Stanley.

Dios, espero no arrepentirme.

—No doy terceras oportunidades, Simon.

—¡Sí! —Alza el puño al aire antes de envolverme en un abrazo—. ¡No te defraudaré, lo prometo! —Me guía por el pasillo—. ¿Vamos a tomar un café?

—El mío tendrá que ser para llevar. Carter va a pasar a buscarme de camino a casa desde el aeropuerto.

—No puedo creer que no le moleste que salgas con uno de sus compañeros.

Casi tropiezo.

—¿Qué?

—¿Garrett Andersen?

—No estoy… —Muevo la cabeza de un lado a otro a toda velocidad —. No, no estoy saliendo con Garrett.

—¿En serio? Porque me dijo que si te volvía a lesionar iba a meter mis huevos en una licuadora.

Ahogo mi risa. Está bien, puede que haya regañado a Garrett por acercarse a Simon —soy una mujer fuerte, independiente y todo eso —, pero tengo que reconocerle que eso ha estado bien. Hasta se merece que se la chupe a modo de premio. No es que me hagan falta excusas para chuparle la polla. Pero me resulta divertido pensar que necesita ganárselo.

—Vivimos en el mismo edificio —explico—. Como le quedaba de camino, pasó a buscarme. Somos amigos, nada más, y él es un poco sobreprotector a causa de Carter.

La expresión de Simon delata que no termina de creerme, pero en vez de intentar convencerlo, cambio de tema y él se despide con otro abrazo al ver la larga fila en la tienda de café.

Mientras espero mi capuchino, le envío un mensaje a Garrett.

Yo: huevos en la licuadora? en serio?

Oso: aunque no lo creas, no hay nada que no se pueda licuar con una Vitamix.

Yo: q ridículo.

Oso: si hace falta, tengo todo listo para hacer la prueba.
Oso: ya casi llego a casa. nos corremos?
Oso: perdón, **nos vemos?

Suelto una risa, sonriendo al teléfono. *Hombres*.

Yo: no puedo, voy a cenar a casa de Carter.

Oso: ☹ pero quiero besarte.

Bueno, eso ha sido muy tierno.

Oso: ups, se ha enviado antes de tiempo. **besarte el coño.

Ahí está.

—¿Jennie? —llama el barista, levantando mi bebida.

Sus ojos grises me recorren el cuerpo; nuestros dedos se rozan cuando me pasa el capuchino y me pongo roja. Es alto y delgado,

con rizos oscuros como el carbón y tatuajes que le adornan los brazos.

—¿Sabes qué? —Gira la cabeza hacia el estante de bollería—. Hace mucho frío. ¿Te apetece una galleta caliente de jengibre y melaza para el camino? —Me guiña un ojo—. Yo invito.

Parpadeo.

—¿Estás intentando comprarme con galletas?

Sus codos golpean la encimera cuando se inclina hacia mí.

—No pareces el tipo de chica que se pueda comprar. —Guarda la galleta en una bolsa de papel y me la ofrece. Pero cuando arrimo la mano, la acerca hacia él—. Pensándolo bien, ¿qué te parece si a cambio de la galleta me dejas invitarte a cenar?

Se me llena el estómago de mariposas. Nunca he tenido una cita de verdad. La idea es tan emocionante como aterradora. Me gusta cómo van las cosas con Garrett, pero ¿y si pudiera tenerlo todo? ¿Y si pudiera tener el placer, la diversión, la amistad y el amor, todo en una misma persona?

—¿Así que quieres invitarme a galletas y a una cena? —Le quito la bolsa de la mano—. Creo que puedo hacerte algún hueco en mi agenda.

Estrecha los ojos y acentúa la sonrisa, y se le dibuja un hoyuelo en el mentón.

—Me encantan los huecos. ¿Mañana?

Mi estómago da vueltas. Me coloco un rizo suelto detrás de la oreja.

—Sí, me va bien.

—Genial. ¿Te paso a buscar por la casa de tu hermano?

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Eres la hermana de Carter Beckett, ¿no? ¿Vives con él? Me encantaría conocerlo. Puedo pasarte a buscar por su casa. No hace falta ni que vayamos a cenar. Tengo unos amigos que van a hacer una fiesta mañana por la noche. —Me toma la punta de la trenza y la enrolla alrededor de su dedo—. Les encanta lo que haces.

El pánico me acelera el pulso.

—¿La danza?

El barista —el cartelito con su nombre dice Nate— me guiña un ojo.

—Claro. Llamémoslo así.

Me retumba la sangre en los oídos y se me tensa el pecho. El murmullo en la cafetería se amortigua, como si estuviera bajo el agua. Sin pensarlo dos veces, trago la bilis que me sube por la garganta y le lanzo la galleta a Nate en el pecho, tiro mi bebida a la basura y me apresuro a salir del local.

Como no podría ser de otra manera, Krissy y las A al cuadrado lo han visto todo.

—Uf. —Krissy hace una mueca—. Ha sido duro de ver. Debe ser difícil ser la Beckett menos famosa. —Me frota el hombro, mostrando una sonrisa tan falsa como siempre—. No debe ser fácil lidiar con el rechazo.

Me presiono la frente con los dedos y cierro los ojos ante el dolor de cabeza inminente. No tengo ganas de seguirle el juego a Krissy. Estoy al límite, y no sé si quiero llorar, gritar o vomitar. La verdad es que la única idea que me resulta atractiva es hacer que Garrett me recuerde por qué esto que tenemos —sin ataduras, sin sentimientos, solo placer— es la mejor opción.

—Te echamos de menos el fin de semana pasado —continúa Krissy—. Compras, cena, bebidas, música… Una lástima que estuviéramos todas menos tú.

—No me invitaste.

—Mierda. ¿Me olvidé de decírtelo? —Ladea la cabeza—. Ups.

Me doy la vuelta en dirección a la puerta, intentando no prestar atención al dolor punzante que me invade. Puede que no tenga sentido, pero no por eso es fácil hacer como que no me doy cuenta de que siempre ha estado ahí.

A medida que pasan los años, mi estatus de solitaria va adquiriendo cada vez más solidez. Pero la cuestión es que no quiero estar sola. Quizá por eso me resulta más difícil equilibrar el «las odio y ni loca perdería el tiempo con gente así» con el «ojalá me hubieran invitado».

—La próxima vez será —dice Krissy.

Odio mi débil sonrisa. Odio todo esto, la necesidad de encajar cuando en realidad no lo deseo. Quiero ser yo misma sin tener que pedir perdón por ser quien soy, y daría lo que fuera para que a la gente le gustaran esas partes de mí. Más aún, quiero creer que les gustan.

Estoy cansada de la duda, de no mostrarme como soy con la esperanza de que alguien me acepte. Por más que intente no alimentarlo, el miedo crece como las malas hierbas. Soy una maraña de incertidumbre e inseguridad, y no me reconozco.

Pero cuando el coche de Carter se detiene frente al local, dejo de sentir tensión en los hombros.

Krissy parece estar ronroneando mientras me sigue, como si planeara subirse ella también.

—¿Es tu hermano?

—No —respondo sin rodeos, lanzándome al asiento delantero—. Es mi abuela. —Cierro la puerta de golpe y me reclino en el asiento —. Por supuesto que es mi hermano, idiota.

Carter sonríe.

—Ah, mi dulce y encantadora hermanita. Cómo te he echado de menos.

***

—¡Carter! ¿Por qué mis galletas están encima de la nevera?

Apoyo los codos en la encimera mientras miro a mi cuñada embarazada convertirse en la mujer araña e intentar trepar por la nevera de acero inoxidable.

—Hijo… de… puta —gruñe mientras busca a tientas con la mano en la parte de arriba del frigorífico, ya que es lo más alto a lo que llega.

Carter se apresura a entrar en la cocina.

—Me pediste que las pusiera en un lugar al que no llegaras. Dijiste que estabas comiendo demasiado.

—Estoy embarazada —gruñe Olivia—. ¡Y por tu culpa! ¡Y una cosa más! —Le clava un dedo furioso en el pecho—. ¡Puedo comer todas las galletas que quiera!

Carter se inclina hacia mí, cubriéndose la boca con la mano.

—Estos días ha estado especialmente agresiva y emocional.

Miro el techo.

—Voy a ayu…

Alza su brazo a modo de barrera para detenerme.

—Que lo siga intentando unos minutos más. Eso la cansa un poco. Es como un gatito sobreestimulado.

Dios, espero estar presente el día que Olivia estalle y lo mate.

Aquí es donde tengo que estar, viendo a mi madre reñir a Carter por esconder las galletas de su esposa y después a mi hermano pelearse con mi cuñada por esas mismas galletas, mientras Hank roba unas cuantas a escondidas. Cualquier sombra de enfado se desvanece: en su lugar siento una sensación suave y cálida en el pecho que solo me proporciona mi familia.

El calorcito sigue ahí media hora después, cuando Carter, Hank y Olivia se sientan a la mesa, sonriendo de felicidad con Oreos apiladas junto a los respectivos platos de lasaña.

Hank separa una galleta.

—¿Qué tal la universidad, Jennie?

—Bien. Genial. —Suspiro cuando todos levantan la vista de la comida—. No puedo esperar a que termine —admito.

Carter me apunta con el tenedor.

—Steve es un lastre. Deberías dejar de bailar con él.

Me humedezco los labios y le doy vueltas a la lasaña en el plato.

—Esto… Hay una vacante para el Ballet Nacional de Toronto después de la graduación. Y, eh… —Doblo la servilleta, la abro y la vuelvo a doblar—. Leah me ha recomendado para el puesto.

—Jennie —jadea Olivia—. Qué increíble.

Hank encuentra mi mano y la aprieta.

—Te felicito, querida.

Carter se levanta de un salto y me envuelve en un abrazo que casi me asfixia. Me suelta en cuanto alguien rompe en llanto y comienza a ahogarse en sus sollozos.

Se trata de mi madre.

—Ay, mamá. —Me acerco y la abrazo por detrás—. ¿Qué pasa?

—Estoy bien —llora—. ¡Más que bien! ¡Me hace tan feliz! —Otro sollozo—. ¡Y me pone tan triste! —Entierra el rostro en mi cuello—. No quiero quedarme sin mi mejor amiga, pero quiero que tengas todo lo que deseas y mereces, y no sé cómo expresarlo, ¡así que me sale en forma de lágrimas!

Algo pesado me oprime el pecho.

—Nunca te vas a quedar sin mí, mamá. No creo que vaya.

—Tienes que ir —interviene Carter, con los brazos en alto—. ¡Es tu sueño!

¿Sí? ¿Cómo puedo ir tras algo sin estar absolutamente segura de que es el futuro que quiero?

Otro sollozo atraviesa el aire, y las lágrimas empiezan a correr por las mejillas de Olivia.

—No. —Me froto la cara—. ¡Tú también!

—Estoy muy feliz por ti, pero también quiero que te quedes porque vas a ser la mejor tía del mundo y eres una de mis mejores amigas, y tu madre está triste y eso me pone triste, y mi madre está al otro lado del país y la echo mucho de menos y no quiero echarte de menos a ti también, pero deberías perseguir tus sueños, y además… —Jadea y agita las manos cerca de su cara—. ¡Estoy con las emociones a flor de piel!

Carter me mira a los ojos mientras mi madre y Olivia se desploman la una en la otra, llorando.

—*Ayuda* —vocaliza con los labios.

—Eh, sí. Os quiero a las dos —les digo a mi madre y a Olivia, y les doy un beso en la cabeza. Carter se levanta de un salto—. Os prometo que siempre voy a formar parte de vuestra vida. Ahora Carter me va a llevar a casa, ¿vale?

—¿Me vais a dejar aquí solo con este dúo? —protesta Hank, incrédulo.

—Has nacido para esto —grita Carter por encima del hombro mientras me guía por el pasillo—. Bien pensado —murmura cuando me pasa el abrigo—. Creo que mamá podría estar entrando en *esa fase*.

—¡Carter! —Le doy un puñetazo en el hombro.

—¿Qué? —pregunta, arrastrándome al garaje—. ¿Estás con la regla?

Niego con la cabeza sin poder creer lo que oigo.

—No entiendo cómo Olivia todavía no te ha asesinado.

Para mi sorpresa, sonríe con orgullo mientras se pasa la mano por el torso.

—Lo intenta una vez cada semana.

Suspiro y me dirijo hacia los coches. El viejo Corolla de Olivia está en un extremo: hace meses que no lo usa. La he encontrado acariciándolo, como si la idea de desprenderse de él le resultara insoportable.

—¿Qué coche usamos?

—El que más te guste. —Carter golpea el capó de su BMW—. Podrías llevarte este. —Coge un juego de llaves y las hace girar alrededor de su dedo índice—. O podrías quedarte con el Mercedes.

Me pellizco el puente de la nariz. Estoy muy cansada para bromas. Todas las emociones vuelven a aflorar de forma intensa, y tengo a un jugador de hockey imponente esperándome en casa ansioso por meter su cara entre mis muslos.

—¿Qué dices?

Acaricia el capó de su Mercedes Benz color grafito.

—Creo que te gusta esta belleza.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Carter.

—No necesitamos todos estos coches, Jennie.

—¿Entonces por qué los compras?

—Porque soy ostentoso —murmura, guiándome hasta el asiento del conductor.

—¡Carter! ¡Esto es ridículo! —Me agarro del marco de la puerta cuando intenta empujarme hacia dentro—. ¡No me vas a regalar un coche!

—Pero no tienes ninguno. Vamos, Jennie. Al menos durante el invierno.

—¡No me gusta conducir en invierno! ¡Las calles están resbaladizas y… y… y hay muchos accidentes! —Me duele el pecho y ni siquiera sé por qué.

Los ojos de Carter se suavizan.

—Tiene tracción en las cuatro ruedas y neumáticos de nieve. Déjame hacerte la vida un poco más fácil. Siempre conduces con cuidado.

—Ah, genial. Ahora me darás mala suerte.

Me rodea la cintura con un brazo, me levanta del suelo y me mete en el asiento. Me abrocha el cinturón y me pone las llaves en la mano.

—Prueba una semana, ¿vale? Si no te gusta, me lo devuelves.

A regañadientes, deslizo las manos sobre el volante de cuero.

—Me vería genial llegando al supermercado con esto, ¿no?

—Totalmente.

Suspiro.

—Vale. Le voy a dar una oportunidad.

Carter me enseña todas las funciones y no abre el garaje hasta que le prometo enviarle un mensaje para avisarle de que he llegado bien a casa.

—Ah, otra cosa. —Bajo la ventanilla—. Se me olvidó decírtelo hace unas semanas, pero tu mujer quiere que te la folles de verdad.

Carter me mira atónito.

—¿Qué?

—No le vas a pinchar el ojo al bebé, Carter.

Se mira la entrepierna.

—¿Segura? Estoy muy bien do…

—Cállate. —Levanto una mano—. Por el amor de Dios, no hables más. Gracias por el coche. Lo voy a cuidar bien. Tú cuida bien a tu mujer. Adiós. Me voy.

***

Vale, lo admito: el coche es increíble. Tiene un aparato estéreo espectacular, y puedo dictar mensajes y no sé cómo, pero el coche los envía. Así es como termino gritándole a Garrett por encima de *Dear John*.

—«¿Puedes venir al aparcamiento? ¡Es importante!»

—Oso dice: «¿Me has pinchado los neumáticos? Porque, en ese caso, te voy a dar en el culo». ¿Quieres responder?

—Sí —le digo a Verónica, que es el nombre que le he puesto a mi nuevo coche—: «Nota mental: buscar algo con lo que pinchar neumáticos».

Básicamente, así es cómo veinte minutos después Garrett baja al aparcamiento y me ve apoyada contra el capó de Verónica.

—¿Y esto? —pregunta con una risita, caminando hacia mí en todo su esplendor: cabello despeinado y chándal. Sus ojos recorren mi cuerpo, luego el aparcamiento, y luego desliza la mano bajo mi abrigo y me rodea la cintura—. Hola. —Sus labios suaves se posan sobre los míos—. ¿Tu hermano ha dejado que te llevaras el Mercedes? No me lo puedo creer.

Sonrío.

—Sí.

—A la mierda, te quiere mucho más de lo que pensaba. Esto no ha sido una buena idea. Tenemos que ponerle fin. Ya no podemos ser amigos con derechos.

—*Por favor*. No podrías echarme de tu cama ni que lo intentaras. —Me enderezo, le guiño un ojo y lo atraigo hacia mí por la cintura de los pantalones de chándal—. Te chupo la polla demasiado bien.

Sus ojos brillantes se encienden cuando me inmoviliza contra el coche con su cuerpo. Lo único delicado es el roce de sus labios, que me acarician desde la mandíbula hasta la oreja.

—Sigue hablando, solecito. Te voy a meter en el asiento trasero y voy a obligarte a chuparme la polla hasta que me dejes seco.

—Perfecto. —Deslizo la mano por debajo del chándal y acaricio su grueso miembro—. Terminaré en dos minutos.

Treinta segundos después, estamos rebotando de un lado al otro del ascensor, tocándonos y besándonos por todas partes.

—¡Ay! —Garrett me sujeta las muñecas a cada lado de la cabeza —. Me has arrancado un mechón.

—Y tú me has mordido.

—Te gusta —gruñe, abriendo la boca sobre mi cuello.

Mis dedos se hunden en su pelo.

—Y a ti también.

—Pero qué divertido que es esto —murmura una voz, y se me hiela la sangre—. Estáis tan absortos en lo vuestro que ni siquiera os habéis dado cuenta de que el ascensor se ha detenido y de que yo estoy justo aquí.

16
DAMAS Y CABALLEROS, ESTE ES EL ORGASMO #5

Jennie

Los ojos de Garrett me miran fijamente, llenos de miedo. Le agarro la camiseta, demasiado aterrorizada para moverme. Si nos quedamos muy quietos, quizá nos fundiremos con las paredes.

Por fin, asomo la cabeza por encima de su hombro.

Emily está en el umbral del ascensor, con los brazos cruzados, y una mirada de mucha satisfacción.

—Mierda —jadeo, y la palabra sale distorsionada. Le doy un manotazo a Emily en el brazo—. ¡Casi nos matas del susto!

—Vosotros sí que estáis jugando con fuego, ¿no? —Se pasa la punta de una uña por el labio inferior, arquea una ceja y se encoge de hombros—. No sé mucho acerca de tu hermano, Jennie, pero parece el tipo de chico al que no le haría mucha gracia que la polla de su amigo saludara al ombligo de su hermanita en el ascensor. —Señala a Garrett, y yo me tapo los ojos con la mano: se me escapa un gemido al ver lo que ella ve.

Garrett sonríe con timidez, con sus adorables mejillas del color de la lava ardiente. Le da unas palmadas a su pene monstruoso, duro como una piedra.

—¿Me vas a regañar por estar un poco excitado?

—Oh, amigo. —Emily se ríe—. No creo que «poco» sea la palabra adecuada en este momento.

Puede que me haya salido un ronquido al tratar de reprimir una carcajada.

—Bueno, no paréis por mi culpa. —Se aparta, haciendo un gesto para que pasemos—. Entrad y haced lo que habéis venido a hacer. Ah, y no os olvidéis de la protección antes de entrar en acción.

—Dios, creo que esta chica me está empezando a caer bien. ¿Cómo demonios ha pasado eso? —Me hago un lío con las llaves y acabo dándole un manotazo en la cara a Garrett, que estaba enterrada en mi cuello, mientras intento abrir la puerta—. *¡Garrett!*

—Date prisa.

—Lo intento, pero hay algo duro que me está pinchando en el culo.

—Solo quería que supieras cuánto te hemos echado de menos. Hemos olvidado cómo te ves, cómo es tu piel y cómo sabes, así que tenemos que pasar las próximas horas volviendo a conocernos.

Nos metemos en mi apartamento cuando por fin logro abrir la puerta, y me río al ver cómo Garrett empieza a desnudarse, saltando sobre un pie mientras se quita los pantalones de chándal. Se deja caer hacia delante, atrapándome entre él y la pared, y se queda allí, mientras se quita el resto de la ropa. Luego me levanta del suelo, me echa sobre su hombro y me lleva por el pasillo.

—¿Qué tal tu día? —Garrett me deja caer en la cama y me baja las mallas—. ¿Qué tal la universidad?

—Bien —digo en modo respuesta automática, y luego niego con la cabeza. Levanto los brazos hacia el techo mientras él me quita la camiseta—. Ha estado bien.

Se detiene y me mira.

—No suena a que haya estado demasiado bien.

Me encojo de hombros y trago saliva mientras se quita los calzoncillos. ¿Se supone que los penes son así de atractivos? Porque, por Dios, Garrett tiene el Chris Evans/Capitán América de los penes, en el sentido de que podría ser el ejemplar más perfecto, calibrado para vibrar con una eficiencia máxima.

Garrett me empuja hacia las almohadas y me baja las bragas.

—¿Quieres hablar de eso?

—¿Ahora?

—Claro.

Se me encienden las orejas.

—No es para tanto.

—Pues da la impresión de que sí lo es, así que vamos a hablar de ello.

Su cuerpo ancho se acomoda entre mis muslos, los músculos tensos de su espalda se desplazan como olas mientras se mueve ágilmente. Me estiro para tocarlo y le paso el dedo por el pelo, como queriendo saborearlo una vez más. Su sonrisa apenas ladeada tiene el equilibrio perfecto: una mezcla preciosa de dulzura y arrogancia, de esas que tienen el poder de hacer que incluso las chicas más sensatas se vuelvan imprudentes.

Me levanta hacia él, me acaricia la mejilla y me inclina el mentón.

—Hola —susurra, y luego me tapa la boca con la suya—. Siento que no hayas tenido un buen día, pero el mío mejoró exponencialmente cuando te he visto apoyada contra el capó del coche. Cuéntamelo todo sobre tu día y por qué ha sido horrible. Pero primero… —Los labios suaves y carnosos recorren mis pechos, bajan por mi torso, una mano sube por mi pierna, el pulgar roza el interior de mi muslo y me hace temblar—. Abre las piernas. Cuando acabemos los dos, no recordarás por qué ha sido tan malo.

—Garrett —gimo.

—Sí. Si hago bien mi trabajo, esa será la única palabra que podrás decir.

—Yo… *Oooh*. —Mi cabeza cae sobre las almohadas mientras él recorre, con una lenta caricia de su lengua, el centro de mi cuerpo encendido.

—Tu día, solecito. Cuéntame cómo ha sido tu día.

—Yo… —Mis dedos se clavan en su pelo sedoso y tiro de él—. Dios… Ha sido… mi… mi profesor… que… quiere… *Ay, Garrett*.

Con los ojos fijos en los míos, introduce un solo dedo lenta y delicadamente.

—Concéntrate, Jennie.

—Quiere que hagamos como que estamos enamorados. —Por fin logro articular una frase… *apenas*.

Garrett frunce el ceño.

—¿Tú y Steve?

—Simon. —Jadeo cuando él acelera el movimiento del dedo.

—Mmm, no. —Me chupa el clítoris, rodeándolo suavemente con sus labios—. No me gusta esa idea. Yo lo he lamido. Es mío.

Una risita burbujea en mi pecho.

—Es solo parte del espectáculo.

—No me importa. No me interesa compartir, ni siquiera si es parte del espectáculo. —Se aparta de mí y un jadeo mortificado se escapa de mis labios mientras él se pone de pie. Me sonríe—. No te preocupes. Ahora vuelvo. —Abre despacio el cajón de la mesita de noche, con la mirada fija en la mía, y mi corazón late con fuerza cuando mete una mano dentro—. ¿Estás incómoda?

¿Lo estoy? Estoy destinada a vivir bajo los focos por culpa de mi hermano. Basta una simple búsqueda en Google para averiguarlo todo sobre mí, salvo algunas cuestiones puntuales que el equipo de relaciones públicas de Carter se esfuerza por mantener fuera de internet. Este lado mío, el hecho de que debo satisfacer mis necesidades sexuales yo misma porque no he podido confiar en nadie más durante tanto tiempo, es la parte más íntima de quien soy. Fue divertido y emocionante bromear con él cuando estaba a cientos de kilómetros de distancia, pero ahora está aquí. Estoy nerviosa, sí, pero ¿me incomoda compartir esto con Garrett?

Elevo las rodillas hasta el pecho.

—Nunca he compartido esto con nadie más.

—Sería un honor que lo compartieras conmigo, pero si no quieres, lo entiendo. —Garrett toma mi mano entre las suyas, y acaricia cada dedo—. Nunca te presionaré para que hagas algo con lo que no te sientas cómoda. Te lo prometo, Jennie.

Creo que lo sabía desde que todo esto empezó, pero resulta agradable oírlo. Quizá por eso asiento.

—Está bien.

Garrett sonríe, y me deja confundida cuando cierra el cajón y vuelve a acurrucarse en la cama con las manos vacías.

—¿Qué haces, Andersen?

Me rodea con los brazos, rozando mi cuello y dejando un caminito de besos a lo largo de mi hombro.

—Mimos. Puedo volverte loca más tarde si aún tienes ganas.

—Eso es genial. Pero pensé que ibas a hacerme vibrar ahora, ya sabes… con algo hecho de goma.

—¿Qué?

—Te he dicho que estaba bien.

Se incorpora de golpe, casi dándome un puñetazo en la cara por levantarse apresuradamente.

—Pero pensé que querías decir… Pensaba que solo estabas, digamos… diciéndome que me creías. —Se echa para atrás ante mi expresión, luego se agazapa en el colchón, como un animal a punto de abalanzarse—. ¿De verdad quieres que lo haga?

—De verdad quiero que lo hagas.

Emite un sonido gutural. Empieza como un agudo, entusiasta, pero termina con un gruñido profundo y vibrante —igual de entusiasta— mientras me agarra de las muñecas, se monta a horcajadas sobre mis caderas y se coloca encima de mí. .

—Dilo. Dime que quieres que te folle.

Levantando las caderas, me froto contra su cuerpo, observando con placer cómo se le contrae el rostro, obligado a resistir el impulso de penetrarme.

¿Estoy jugando al límite? Absolutamente. ¿Es divertido? *Maravillosamente.*

—Con un pene falso.

—No me importa nada, Jennie. Solo dilo, por Dios.

Enroscando mis piernas alrededor de él, aprieto su cuerpo contra el mío. Nunca me he sentido tan excitada como cuando estoy con Garrett. Sé que esta relación es física, pero la forma en que me trata y me dice que soy su amiga ante todo, y que preferiría mantener la amistad antes que todo lo demás si tuviera que hacerlo… Sabe cuándo ser brusco, autoritario, posesivo, y también sabe cuándo mostrarme su lado paciente, amable y un poco torpe. Pero, sobre todo, siempre es sincero conmigo, y es reconfortante no tener que adivinar lo que pasa por su mente cuando me mira.

Con las muñecas aún entre sus manos, levanto la mandíbula. Garrett acerca su boca a la mía, pero giro en el último momento, y mis labios rozan su oreja mientras muevo las caderas.

—Quiero que me folles.

Un sonido gutural retumba en su pecho y aprieta su boca contra la mía, soltando mis muñecas para hundir sus dedos en mi cintura mientras nos movemos juntos. Todo es caliente y húmedo, y una necesidad profunda y salvaje me quema la sangre.

Garrett mete una mano entre nosotros, y me hace retroceder antes de rodar fuera de la cama. Su mano desaparece en el cajón, pero de repente se distrae. Saca un pequeño tapón de cristal rosa con una gema en la punta, y frunce el ceño mientras lo estudia. Abre la boca y un destello baila en sus ojos mientras su mirada va de mí al juguete rosa que sostiene en la mano, y luego a su miembro XL.

—Ni se te ocurra, Andersen. Estoy dispuesta a probar casi cualquier cosa al menos una vez, pero no estoy ni cerca de estar preparada para *eso*.

—No te preocupes —asiente, moviendo la cabeza—. Sí. Demasiado grande.

Guarda el tapón y saca una varita de silicona morada. El cuerpo delgado gana grosor hacia la cabeza y se curva de la forma más deliciosa para asegurarse de no pasar por alto el punto G.

Garrett apoya mis pies sobre el colchón, abriéndome bien las piernas, y se mete allí.

—Tu día —murmura—. ¿Qué decías?

—¿En serio esperas que termine de contarte cómo me ha ido el día cuando tú… *oooh*? —Encojo los dedos de los pies, estiro la cabeza hacia atrás y las manos se aferran a las sábanas mientras Garrett apoya la cabeza del vibrador contra mi clítoris, haciéndome temblar las piernas y la columna vertebral.

—Tu profesor quiere que tú y Simon Sífilis finjáis que estáis enamorados.

—Y tú dijiste que no te gustaba esa idea… —Mis palabras salen como un gemido entrecortado mientras me provoca, deslizando el juguete por mi coño, rozando la entrada pero sin llegar a penetrar,

rodeando mi punto más sensible hasta dejarme al borde del llanto—: *Garrett*.

—Me causa dolor físico pensar que te pone las manos encima. No hace falta darle más de lo que merece.

Mi exhalación es un jadeo entrecortado cuando él mete la punta del juguete en el interior de mi coño, y luego la saca sonriendo con picardía. Siento que estoy a punto de explotar.

—Te juro por Dios, Garrett, si nooo… Dios mío… *Oooh*… —La varita se desliza hacia dentro, y yo arqueo la espalda y me estiro hasta que encuentra ese punto que me hace estremecer.

—Mira qué bien, solecito. Recibiendo toda esta polla como una buena chica. —Me da besos cálidos y húmedos en la parte interior del muslo mientras saca el juguete y lo vuelve a hundir, despacio, girando mientras avanza.

—¿Y qué más? Cuéntame más.

Un pulgar ancho encuentra mi clítoris y lo frota con suavidad, trazando círculos deliberadamente lentos. Lo único en lo que puedo pensar mientras jadeo bajo su control es en cuánto desearía que fuera él quien estuviera dentro de mí.

—*Jennie*. Cuéntame más o me detengo.

—Krissy ha sido muy grosera conmigo simplemente porque le gusta ejercer su superioridad sobre mí para herir mis sentimientos —suelto de golpe, echando la cabeza hacia atrás con un gemido mientras la varita mágica ejerce presión contra mi punto favorito, esta vez más fuerte.

—¿Quién es Krissy?

Arranco la sábana mientras los movimientos de Garrett se aceleran.

—Otra bailarina. Todas las chicas quedaron el fin de semana pasado y ella me ha dicho… que se le olvidó… invitarme-oh-por-Dios-santísimo, así, dale, dale más. —Su pulgar sigue el ritmo del consolador que me penetra, haciéndome gemir—. No sé por qué no les caigo bien.

—Que se jodan. No las necesitas. Me tienes a mí. Y a mí sí me caes bien.

La boca de Garrett recorre mis muslos, alternando entre mordiscos suaves y el azote travieso de su lengua, todo sin dejar de penetrarme con el consolador, follándome de esa forma deliciosa que hace que quiera gritar más. Una parte de mí tiene ganas de entregarse por completo, y no hablo solo de mi cuerpo.

Pero no puedo, así que, como siempre, me guardo algo. Estoy tan acostumbrada a entregar solo partes de mí que ya ni sé cómo estar plenamente con alguien.

—¿Algo más? —pregunta Garrett, con la lengua girando alrededor de mi ombligo. Toma la gema morada delicadamente entre los dientes, dándole un pequeño tirón, y el simple gesto me arrastra más cerca de ese acantilado. Estoy a punto de saltar, viendo cómo baja su cara.

—Vamos, solecito. —Pasa la lengua por ese estrecho botón nervioso, provocándome—. Responde a la pregunta.

—Yo… yo… yo… —Sacudo la cabeza y me tapo la cara con las manos. ¿Qué me ha pasado? ¿Qué me ha hecho en tan solo unas semanas? Estoy perdiendo la cabeza. Lo agarro del pelo y lo sujeto mientras me lame y me acaricia con su lengua, y yo me desahogo, contándoselo todo sobre la oferta de trabajo y la posible nueva vida que me espera en Toronto.

Garrett se detiene, retirando el juguete despacio. Apoya la mejilla en el interior de mi muslo, haciendo un puchero.

—¿Por qué me miras así? Y más importante —señalo mi entrepierna—, ¿por qué no terminas el postre? No me molestaría sentarme sobre tu cara.

—Puedes sentarte en mi cara cuando quieras, solecito. —Poco a poco, vuelve a hundir la varita, sonriendo ante mi gruñido ronco—. Te miro así porque acabas de poner un límite de tiempo a la mejor diversión que he tenido en toda mi vida.

Me acerco hacia su mano, pidiendo más en silencio, pero no cede —. ¿La mejor diversión? Ni siquiera te permito penetrarme.

—Eso no me importa en absoluto.

—No sé si quiero ir —admito.

—¿Por qué no?

—No estoy segura de que sea, *oooh*, el futuro que quiero para míííí. —Echo la cabeza hacia atrás mientras me sale un sonido extraño de la garganta, una mezcla de irritación y placer—. Garrett, *por favor*.

—Hablaremos de esto más tarde. —Lame tranquilamente mi hendidura—. Ahora voy a terminar de follarte. —Enseguida me atraviesa con el consolador, con una sonrisa cómplice y satisfecha cuando grito su nombre.

La boca de Garrett succiona mi clítoris mientras embiste, cada vez más rápido y más fuerte, entrando y saliendo, golpeando el punto exacto hasta que me convierto en un remolino de gemidos y temblores, a punto de acabar. Me agarra la garganta, deslizándose por mi cuerpo, y me recorre con su mirada posesiva y salvaje. Mi excitación se incrementa más que nunca, y un placer intenso se despliega en mi vientre.

—Me encanta verte acabar, y me encanta ser yo quien te lleva hasta ahí. —Su boca posee la mía en un beso ardiente y profundo que me deja sin aliento. Apoya su frente contra la mía, y observa con detalle cómo exploto.

—Córrete para mí, solecito —exige, y yo obedezco, hundiendo las uñas en sus hombros mientras me aferro a él, y él se traga su nombre, que sale de mi boca, una y otra vez.

Las yemas de sus dedos se hunden más en mi garganta mientras me obliga a sostenerle la mirada.

—¿Has visto que sí podías hablar mientras lo hacíamos? Eso no va a pasar cuando lo que esté dentro de ti sea mi polla.

***

—¿Me vas a decir por qué no quieres aceptar el trabajo de tus sueños en Toronto? —La mano de Garrett se cierra alrededor de la mía y arrima mi cuchara a su boca. Yo frunzo el ceño cuando se traga mis Corn Pops. Ya se ha tomado dos cuencos.

—¿Por qué todo el mundo dice que es el trabajo de mis sueños?

—¿No es así?

—Sí. No. No lo sé. —Me da risa ver la cara que pone. Cuando intenta tomar mi cuchara de nuevo, me la meto en la boca—. Quería bailar, y quería enseñar danza. Es solo que… cambio de idea constantemente. Me pasé la infancia soñando con ser bailarina y poder hacer *El Cascanueces* en Nueva York. Pero luego crecí, y dejé atrás todos esos sueños relacionados con el ballet.

—¿Así que ya no quieres enseñar?

—No lo sé. Me encantaba el ballet, y cumplió su propósito en mi vida. Alimentó mi amor por la danza. Pero esa ya no soy yo. ¿Cómo podría enseñar algo que ya no me apasiona? Mi pasión pasa por otro lado ahora.

—¿La danza contemporánea? —pregunta Garrett, y se bebe la leche de mi cuenco cuando ve que he acabado con el resto de los cereales.

Pongo los codos en la encimera, apoyo el mentón en una mano y me enrollo el pelo con la otra.

—¿Puedo contarte algo que nunca le he contado a nadie antes?

—Por supuesto.

—Quiero… abrir mi propio estudio. Para niños. Quiero enseñar a los niños a expresarse, a divertirse. No quiero ser ese tipo de profesora de baile estricta que te hace dudar de cada comida que te llevas a la boca, y que te dice que tu vida no existe fuera de la danza. Tiene que haber un equilibrio saludable entre amar algo con pasión y dejar que forme parte de tu vida, pero que no sea toda tu vida. Y para ser franca, ya echo de menos a mi padre, no quiero ponerme en una situación en la que tenga que echar de menos al resto de mi familia.

Garrett me mira durante un largo momento que me eriza la piel de pura aprensión, atrayéndome de vuelta hacia esa cueva de la que nunca debería haber salido. Pero luego sonríe y toma mi cara entre sus manos para darme un beso fuerte y torpe en la boca, y yo vuelvo a relajarme.

Y me alejo un poco más de las sombras a las que tanto he acudido para esconderme.

—Me parece genial que seas capaz de ser honesta contigo misma. Que reconozcas lo que quieres y lo que ya no te sirve, o que te des

tiempo si no estás del todo segura de cuál es tu siguiente paso. También me parece genial que puedas mirar atrás, ver tu carrera en el baile y reconocer lo que no funcionó y lo que no quieres repetir el día en que seas profesora. Estoy muy orgulloso de ser tu amigo, Jennie.

Frunzo la nariz al bajar la mirada hacia mis pies, que se balancean junto al taburete.

—Gracias, Garrett.

Me toma la mano, tirando de mí hacia abajo.

—Vamos a ver la tele en la cama. Te haré cosquillas en la espalda.

—¿Estás seguro? Tienes que ir a patinar dentro de siete horas.

Me hace girar hacia él, y me besa suavemente.

—No me importa. —Me da una palmada suave en el culo—. Entra ahí.

Esta noche ha sido justo lo que necesitaba para olvidar un día de mierda. Tengo a Garrett, y me hace sonreír. Me siento ligera otra vez, y la cama toda revuelta me hace feliz. Uno de nosotros —Garrett dice que fui yo— arrancó la sábana de la cama durante el orgasmo número… ¿cuatro?

¿Cinco? Cinco.

Vale, he sido yo. Pero tampoco es para que me regañen.

Encuentro mi consolador entre las mantas arrugadas y me lo llevo al baño para limpiarlo bien. Esta noche se ha portado genial.

—Gracias por esta noche, amigo. Has estado increíble.

Lo abrazo contra mi pecho y lo arropo de camino al cajón. Giro hacia la cama, que ahora ya está hecha. Garrett está recostado con las manos detrás de la cabeza, los tobillos cruzados y las cejas arqueadas en expresión de asombro.

—¿Qué?

—¿Tengo que señalar lo obvio?

Me subo encima de él, montándome sobre sus caderas.

—¿Y qué sería «lo obvio»?

Con los dedos enredándose en mi nuca, Garrett me roza los labios con un beso.

—Que hubiera sido mucho mejor si yo hubiera estado dentro de ti.

—Hmmm. Creo que el que está olvidando «lo obvio» eres tú. —Me muevo contra su miembro, haciéndolo gemir. Lo único que me puse fue su camiseta. Estoy empapada, otra vez, y ahora sus calzoncillos también—. No he tenido un pene que no fuera de goma dentro de mí desde hace años—. Mi boca sube por su cuello, quedando suspendida al lado de su oreja—. Ni siquiera sé lo que se siente al estar con un hombre de verdad, y tú te mueres por mostrármelo, ¿no? —Con una mano, recojo la humedad de entre mis piernas, y le muestro a Garrett mis dedos brillantes antes de chuparlos despacio para limpiármelos—. Así que el único que piensa en lo bueno que sería estar dentro de mí… eres tú, grandullón.

Garrett me gira de espaldas y me sujeta las muñecas bien fuerte a ambos lados de mi cabeza.

—Créeme, solecito. No lo he olvidado. —Me muerde el mentón—. Apenas puedo esperar a que me dejes entrar algún día.

—¿Crees que voy a dejarte entrar en mi Disneylandia así como así?

—No vas a dejarme entrar así como así. Me vas a invitar a entrar. —Pasa el pulgar por mi labio inferior—. Tal vez hasta cierres la puerta y me impidas salir. —Doblando el cuello, recorre el contorno de mi rostro con la punta de su nariz—. Te voy a tratar mucho mejor que tu ex.

Se me hiela la sangre ante esas palabras que parecen inofensivas, pero que para mí no son inocuas. La mirada ardiente de Garrett se llena de confusión y luego pone cara de preocupación al ver que me encierro en mí misma. Hace que «no» con la cabeza, pero ya es demasiado tarde, porque lo estoy apartando.

—Jennie. No sabía… No… Mierda, a veces soy un bocazas. —Se pasa una mano molesta por el pelo—. Lo siento. Olvida que he dicho algo, ¿sí?

Pero no sé si podré. Hoy ha sido un recordatorio tras otro de que hay personas que nunca quisieron estar en mi vida por las razones correctas, incluido el mismísimo ex al que se refiere Garrett. Kevin tomó con avidez todo lo que yo estaba dispuesta a dar y me dejó sin nada. El hecho de que prefiera ser autosuficiente empieza con él y continúa con personas como Krissy y Nate.

Y el recordatorio me resulta asfixiante.

Pero mientras corro a encerrarme en el baño, me digo a mí misma que Garrett no es Kevin. Tampoco Krissy, ni Nate. No tiene ningún motivo para quererme por nada que no sea yo misma. Garrett es amable y genuino. *No es como ellos.*

Pongo la mano sobre mi corazón acelerado y me concentro en respirar. Los latidos van bajando hasta un ritmo suave. Ahora oigo el silencio que se extiende más allá de la puerta. ¿Lo he asustado? ¿Se ha ido antes de que las cosas se pusieran más incómodas?

Me asomo para echar un vistazo al dormitorio y, cuando lo encuentro arropado bajo las mantas, mirando el menú de Netflix, el galope de mi corazón vuelve a empezar.

Da unas palmaditas en el sitio a su lado. Cuando me acomodo, me atrae hacia sí y traza la línea de mi columna con la yema de los dedos. Me da un beso en el pelo y me dice que le gusta estar acostado conmigo. Y justo en ese momento abro la boca y suelto la única parte mala de mi día que había omitido antes.

—Hoy cuando he ido a la universidad alguien me ha invitado a salir.

—Maldita sea —gime—. Pensé que tenía más tiempo.

Me río suavemente.

—No va a pasar.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¿No es guapo?

—Es muy guapo. Pero es que… —Veo cómo mi dedo traza un dibujo aleatorio en las sábanas—. No está interesado en mí. Está interesado en Carter.

Y quizá en algo más. Mi mente vuelve a esas palabras que pronunció después de mencionar a Carter. *A mis amigos les encanta lo que haces*. Cierro los ojos ante esa sensación, me trago el miedo y me digo a mí misma que las partes que quiero mantener a salvo están a salvo. Solo espero que no sea mentira.

—Gran error. Se está perdiendo la oportunidad de conocer a una mujer increíble. —Garrett me obliga a mirarlo—. No hagas de esto un problema, Jennie. Tiene más que ver con él que contigo.

¿Pero y si nunca tengo la oportunidad de mostrarle a alguien quién soy más allá de mi apellido? ¿Y si nadie se molesta en

prestarme atención? Eso es lo que más me duele.

Apoyo mi mejilla en el pecho cálido de Garrett y asiento.

Elegimos *Brooklyn Nine-Nine* y nos reímos juntos mientras me hace cosquillas en la espalda y cualquier tensión remanente se desvanece.

—Oye, eh, escucha. —Su dedo se desliza alrededor de mi omóplato, luego desciende por mi espalda, y estoy casi segura de que está escribiendo su nombre. Carraspea—. No puedo ir a tu espectáculo de baile la semana que viene.

—Ya. —Sin pensar, empiezo a rodar hacia el borde de la cama, poniendo distancia entre nosotros. Garrett me atrae de vuelta hacia él de inmediato.

—Eh, detente. No vas a ir a ninguna parte. —Baja los labios hasta quedar debajo de mi oreja—. Es que vuelo a casa el veintitrés por Navidad, pero miré el programa en internet y va a haber una retransmisión en directo.

—¿Lo vas a mirar?

—Pues claro. No quiero perderme tu espectacular actuación en el escenario.

Se me calienta la cara y se me arruga la nariz. Le sonrío.

—Voy a ser la mejor.

—Lo sé. —Sus dedos se acercan a mis costillas, y me hace cosquillas. Casi le doy un rodillazo en la entrepierna mientras me revuelvo como un animal salvaje intentando escapar. Me empuja para que quede tumbada de espaldas y se pone encima de mí—. Tu gran final debería ser que le claves las uñas en los huevos a Simon Sífilis. La ovación de pie nunca terminaría. Me oirías desde Nueva Escocia. ¡Yuju! —susurra como si estuviera aplaudiendo desde el público—. ¡Vamos, Jennie!

Me río, luchando contra él.

Él pasa la punta de su nariz por la mía y me besa los labios.

—Pero no me va a gustar no poder verte durante unos cuantos días.

Ahí está ese maldito galope otra vez, sin lógica ni razón.

—Soy irresistible. Es inevitable echarme de menos cuando no estoy.

Garrett me gira de nuevo para poder volver a deslizar las yemas de los dedos por mi espalda, y mis párpados se cierran lentamente.

—Es verdad —dice mientras el movimiento de su mano en mi espalda me arrulla—. Eres muy «extrañable».

Cuando me despierto por la mañana, veo un paquete de Pop-Tarts de plátano sobre la almohada y tres mensajes de texto de Garrett.

Oso: roncas como un camionero. tuve q largarme antes de tener q asfixiarte con una almohada.
Oso: es broma. estabas muy adorable. no quería despertarte.
Oso: q tengas un buen día en la uni, solecito. 

No recuerdo la última vez que sonreí así.

17
¿DE VERDAD LAS CHICAS SE PONEN DE TAN MAL HUMOR CON LA REGLA?

Garrett

Jennie me está haciendo enfadar.

Han transcurrido tres días desde la última vez que nos vimos, y ha rechazado todos mis intentos por volver a vernos. Ignora mis llamadas por FaceTime y no ha venido a ver el último partido que jugamos ayer en casa, pero, por otra parte, me ha enviado varios mensajes muy calientes mientras estaba en clase. Estoy totalmente confundido. Y odio estar así.

Además, mañana me voy tres noches de viaje y luego vuelo a casa, a la costa este, para pasar las fiestas. No estaría mal verla antes de todo eso.

Mando un mensaje rápido y llamo a la puerta de Adam.

Yo: has acabado con esa actitud de malcriada?

Solecito: nunca. literal.

Yo: esta noche nos corremos?
Yo: ups, el autocorrector otra vez. **vemos

Solecito: no, gracias.

La puerta se abre y Bear salta sobre mi pecho y empieza a darme lengüetazos en la boca.

—Lo siento. —Curiosamente, por la forma de decirlo, ya veo que Adam no lo siente en absoluto—. Sabes que le gustan los besos.

—Prefiero la lengua de una chica, Bear, pero gracias por esos besos. —Me deja la cara toda mojada. Lo llevo dentro de la casa y se tiende en el suelo. Adam parece cansado, así que apuesto a que ya sé la respuesta a la pregunta que voy a hacer—. ¿Qué tal tu cita de anoche? ¿Qué era, la número seis?

—Ocho. —Suspira, tirándose de los pelos, lo que me hace pensar que fue tan decepcionante como las siete anteriores.

—¿Qué pasó esta vez? —Lo sigo hasta la cocina, donde me entrega un plato lleno de bocadillos de pan de centeno tostado con salami, jamón y un montón de cosas más. Precisamente por esto no le están funcionando las citas. Es demasiado bueno para este mundo. Nadie merece los bocadillos de Adam. Excepto yo, claro está.

—Quería saber si tenía alguna casa de verano.

No sé si reír o llorar, y a Adam le pasa igual. Hay muchas chicas a las que no les importa en absoluto el dinero y la fama —ya tenemos tres—, así que ¿por qué es tan difícil que un chico como Adam conozca una de esas?

—Necesito conocer a alguien que nunca haya visto un partido de hockey —refunfuña—. Que no sepa nada del deporte y no tenga ni idea de quién soy. Quizá así sabré si realmente le gusto por quién soy.

Esta versión de Adam, listo para tirar la toalla, es triste. No es el Adam que conozco. Quiero que encuentre lo que busca. Sé que por ahí hay alguien destinado a él.

—Lo siento, amigo. Date un poco más de tiempo. Seguro que llegará cuando menos te lo esperes.

—Ojalá. —Mira su reloj Apple—. Jaxon debería llegar en cualquier momento, y después podemos irnos.

—¿Jaxon? ¿Qué? No. ¿Viene? Vamos. ¿Ese tío?

Llaman a la puerta, y el dueño de la casa se ríe.

—Es buen tío.

—Es un pesado —respondo, siguiéndolo por el pasillo mientras me meto el resto del bocadillo en la boca. No lo voy a compartir.

—Carter también es un pesado, y tú eres su amigo. —Me mira como diciendo que me porte bien—. Creo que Jaxon te va a caer bien si le das una oportunidad. Vamos. Ha dejado toda su vida atrás y se ha mudado a un país nuevo. No tiene a nadie aquí.

—Vale, pero va en el asiento de atrás.

Adam abre la puerta y Jaxon nos sonríe desde la entrada.

—¡Voy de copiloto! —grita, y luego corre hacia la camioneta de Adam. Lo odio con todas mis fuerzas.

***

—¿Tenías que elegir el más grande de todos? —Adam gruñe mientras metemos el árbol de Navidad que acabo de comprar en la parte trasera de la camioneta.

—El más grande de todos lo tengo yo —protesta Jaxon.

Lo empujo por entre las ramas de pino.

—Ni de cerca.

—El árbol más grande para que haga juego con la polla más grande.

—Eres el imbécil más grande de todos, eso seguro.

Adam suspira.

—Debería haber ido con las parejas. Así ahora no me sentiría como un padre soltero y ya tendría un árbol de Navidad hace dos semanas.

—Sí, y te perderías toda esta diversión —digo, y le choco los cinco a Jaxon.

Vale, hoy no ha sido el peor de los tipos, pero tampoco el mejor. Tolerable. Un par de chistes graciosos aquí y allá. Está bien. Además, sé lo que es mudarse solo aquí y esperar a que alguien te integre en su grupo.

Aun así, cuando terminamos de comer, Jaxon no parece tan solo. Ha conseguido los números de teléfono tanto de la recepcionista

como de la camarera, sin que la otra se enterara. Esta noche llevará a una a cenar. Por su parte, Adam irá a la fundación perruna Second Chance para hacer de voluntario, y yo estoy discutiendo ahora mismo con Jennie mediante mensajes de texto.

—Probablemente podría invitar a salir a las dos chicas esta noche si tú vienes con nosotros, Andersen —dice Jaxon cuando subimos a la camioneta de Adam—. Digo, por si necesitas ayuda para conseguir una cita.

—No necesito ayuda para conseguir una cita, papanatas —gruño mientras envío un mensaje.

Yo: al menos puedes venir a ser una malcriada en mi casa?

Solecito: DIOS MÍO! es como si estuvieras obsesionado conmigo o algo así.

Yo: precisamente. x favor? me voy mañana y no volveré hasta después de Navidad.

Solecito: no puedo, ok? tengo la regla.

Yo: ok, y??

—¿Me acabas de decir *papanatas*? ¿Pero quién demonios usa esas palabrejas?

Sinceramente, no lo sé. He estado pasando mucho tiempo con Jennie. Sus insultos son coloridos, por decirlo de alguna manera, y se me están pegando. Probablemente me vendrá bien pasar unos días lejos de ella en Navidad.

Pero aún falta para Navidad, así que envío otro mensaje con diez signos de interrogación.

Solecito: QUE TENGO LA REGLA.

Me asomo entre los asientos delanteros.

—Hey, ¿por qué una chica no querría estar con un chico cuando tiene la regla? ¿De verdad se ponen de tan mal humor?

—¿Cuál es la naturaleza de la relación? —pregunta Jaxon.

Se me arruga la nariz.

—¿Eh?

—¿Física o emocional?

—Esto, física. —*¿No? ¿Quizá también emocional? Joder, yo qué sé.* Me gusta practicarle sexo oral, hacerle cosquillas en la espalda mientras vemos la tele, y me siento bien cuando me cuenta cosas que nadie más sabe—. No lo sé —admito con un gruñido, hundiéndome en mi asiento.

La mirada sospechosa y aterradora de Adam se cruza con la mía en el espejo retrovisor.

—Física —aclaro rápidamente—. Es solo una chica con la que… me estoy acostando de vez en cuando. —Frunzo el ceño. Eso no ha sonado bien. Jennie es mucho más que eso.

—Pues por eso —responde Jaxon—. Si tiene la regla, la cosa queda muy limitada.

—Ya. —Tamborileo con los dedos sobre las rodillas, luego me inclino hacia delante, agarrándole los hombros—. ¿Eso significa que no quiere verme si no hay sexo de por medio?

Jaxon sonríe despacio.

—Significa que te está dando una salida, colega. Te lo dice desde ahora para que no vayas esperando otra cosa. Deberías estar agradecido.

Supongo, pero cuanto más le doy vueltas a sus palabras, menos me convencen.

Así que horas después, cuando el árbol ya está montado y la cena viene de camino, bajo al piso veintiuno.

—¡Vete! —grita Jennie cuando llamo a la puerta.

Vuelvo a llamar, más fuerte.

—¡Ya te lo he dicho, Emily! ¡No tengo ni un puto vino! ¡Que yo no bebo! A menos que me traigas medio kilo de helado de Ben & Jerry's, ¡déjame morir en paz!

Vaya. Nunca he estado tan agradecido de que haya seis provincias de distancia entre mis hermanitas y yo.

Pruebo con el picaporte, feliz cuando la puerta se abre. Pero en cuanto entro, pienso en dar la vuelta y salir corriendo.

Los sollozos de Jennie son feroces, y el pelo, totalmente despeinado, le tapa la cara. Hay un montón de pañuelitos dispersos

por el suelo, y un tubo abierto de masa cruda de galletitas reposa sobre la mesa de centro.

Lanza un par de palomitas a la tele.

—Te odio, maldito… ¡caracol! No deberías haberlo acogido si no podías cuidarlo. —Extiende el brazo, señalando al zorro animado que aparece en la pantalla—. ¡Mira qué cara tan dulce! ¿Cómo has podido hacerle eso? ¡Es de tu familia!

—Mierda. Vas montada en el tren del caos, ¿no?

Jennie grita, rueda desde el sofá hasta el suelo y se estrella contra la mesa de centro. Se incorpora: un moño completamente desaliñado culmina el desastre de su pelo. Cuando se quita un mechón de la cara, se le encienden las mejillas surcadas de lágrimas y los ojos enrojecidos.

—*¡Garrett!* ¡Vete! ¿Quién te ha dejado entrar? ¿Qué haces?

—Al parecer, ver cómo lloras. Otra vez.

Ella señala la televisión.

—¡La anciana lo está dejando solo en el bosque! Está oscuro y llueve, ¡y él no entiende! ¡Se supone que tiene que quererlo! ¡No se abandona así a alguien a quien quieres! —Se seca las lágrimas que le corren por la cara, y yo la levanto, la abrazo y le froto la espalda mientras nos mecemos.

—Shhh. Todo está bien. Sí, lo sé, lo sé.

—Es muy mala. —Jennie llora despacio, secándose la cara en mi hombro. Solloza con hipo y se aparta, frotándose los ojos con los puños—. Tod no se merece eso.

—No, para nada, tienes razón. —Le beso la frente y le doy palmaditas en el culo—. Ve a ponerte pantalones. No puedes subir en el ascensor en ropa interior, y no vas a pasar toda la noche aquí llorando con películas de Disney.

La nariz de Jennie está enrojecida y tiene los labios hinchados, pero cuando por fin sopesa mis palabras parece que va a arrancarme los huevos.

—Tengo la regla.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Y qué?

—¡No querrás estar conmigo en este estado! Tengo hambre, me pongo gruñona como una osa y lloro como una niña de parvulario

que no quiere dormir la siesta. Y además, ¡no tengo ganas de sexo!

—Odio decírtelo, solecito, pero siempre tienes hambre y estás gruñona y lloras. Pero, bueno. —Tomo su cara húmeda entre mis manos—. Eres mi osita hambrienta, gruñona y sensible. —Le beso los labios—. Vamos. Necesito ayuda con algo. Y prometo alimentarte.

Desaparece lentamente, caminando hacia atrás y observándome con ojos escépticos mientras yo evalúo el desastre. Más allá de los pañuelos esparcidos por doquier y la masa cruda de galletitas, una foto enmarcada yace boca abajo sobre la mesa de centro. La giro y descubro una morena de ojos azules que sonríe de oreja a oreja desde los hombros de su padre, abrazando un conejito rosa: *la famosa Princesa Chicle.* Un medallón plateado cuelga de su cuello, apenas visible en la foto, y me duele el corazón por ella.

Cuando Jennie reaparece, está vestida con mi sudadera y mis pantalones de chándal, y me alegra saber que nunca los recuperaré.

La sigo hasta dentro del ascensor, y ella suspira.

—De verdad espero que tengas helado, Garrett.

—Lo primero que pongo en mi carrito para ti. —La guío hacia mi apartamento—. Te haré un *sundae*, pero primero tienes que ayudarme —señalo el árbol y las cajas que contienen las decoraciones en el suelo— con eso.

Jennie chilla de gusto y aplaude.

—¿Vamos a decorar el árbol? —Corre hacia el lugar. Sus manos revolotean sobre el pino y los ojos le brillan de asombro, maravillados—. No hemos decorado el árbol desde que murió mi padre. Mi madre se pone demasiado triste. Pensé que a mí también me entristecía, pero ahora… creo que es algo que nos hace falta. —Me regala una sonrisa agradecida y deslumbrante antes de abrazarme con fuerza—. Gracias por incluirme. —Se le iluminan los ojos—. ¿Tienes chocolate caliente? Necesitamos chocolate caliente si vamos a decorar el árbol. Y música navideña. ¿Puedo poner la estrella arriba? Mi padre siempre me subía sobre sus hombros para llegar hasta arriba. Era mi parte favorita. Me da otro apretón y luego abre una caja de adornos.

—¿Quieres malvaviscos en tu chocolate caliente? —pregunto mientras ella corre por el salón. A este ritmo, habrá terminado antes de que haya calentado la leche.

—¡Sí, por favor! ¡Trae la bolsa entera!

Es una petición extraña, pero hago lo que me pide, mientras ella conecta su móvil a mis altavoces y empieza a poner las clásicas canciones navideñas.

Jennie es probablemente la cosa más adorable del mundo mientras canta para sí misma, moviendo las caderas de un lado a otro. Pregunta por la historia detrás de cada adorno casero de mi infancia y hace pausas para saborear el chocolate caliente cada dos minutos. Pesca los malvaviscos de la taza con una cuchara y luego echa otro puñado en la taza.

—Garrett —me llama con voz suave—. Dios mío. ¿Esta es tu manita?

Le rodeo la cintura con el brazo y dejo caer la barbilla sobre su hombro, examinando el adorno de cristal que sostiene delicadamente entre sus manos. Hay una pequeña huella de una manita blanca, y cada dedo está decorado como un muñeco de nieve. La giro para mostrarle una letra «G», que está al revés y escrita con un trazo inseguro, y el «5», que indica cuántos años tenía.

Ella resplandece.

—¿Tienes pintura?

—¿Pintura? —Sigo su mirada hasta la caja de seis bolas de cristal —. ¿Quieres hacer muñecos de nieve con la huella de la mano? —Sonríe, asintiendo con la cabeza.

¿Qué os he dicho? ¿No es la cosa más adorable del mundo?

Cuarenta y cinco minutos después, nuestras manos están cubiertas de pintura látex azul que no se quita del todo, hay pintura en la punta de la nariz de Jennie y encima de mi ceja izquierda. Nuestras huellas de muñeco de nieve algo descoloridas cuelgan una al lado de la otra en mi árbol. Nunca había visto a Jennie tan feliz como en ese momento.

Está acurrucada en el sofá mientras yo doy los últimos toques a nuestras copas de helado. Justo entonces, mi teléfono empieza a

vibrar por la habitación.

—Eh, tienes una llamada de FaceTime —me dice Jennie, con un tono inusualmente cohibido—. Alguien llamada Gaby.

—Oh, perfecto. —Dejo los cuencos de helado en la mesa de centro y me dejo caer junto a Jennie en el sofá. Contesto la llamada y espero a que aparezca la cara de mi hermana más pequeña.

—Hola, Gaby.

Veo que Jennie se relaja y se anima a acercarse un poco más.

—¡Garrett!

—¿Qué pasa, pequeña?

Gaby suelta un suspiro exagerado.

—Te echo mucho de menos. Alexa me está molestando. Quizá se porte mejor cuando llegues a casa.

—¡Cállate ya, Gaby! —grita Alexa desde el abismo. Es tres años mayor que Gaby y muchísimo más pícara. Alexa y Jennie se llevarían bien.

—¿Ves a lo que me refiero? —Gaby hace un gesto de fastidio poniendo los ojos en blanco y, al notar que hay alguien más conmigo, su rostro se ilumina—. ¿Quién es ella?

—Esta es mi amiga Jennie. —Desplazo el móvil y Gaby la saluda efusivamente con la mano—. Estamos a punto de comer helado.

—¿Amiga? ¿O sea, novia?

—No —decimos Jennie y yo al mismo tiempo, y nuestra carcajada retumba por las paredes.

Los ojos de Gaby brillan con picardía, y sonríe, mostrando el espacio entre sus dientes delanteros.

—Claro. Eso es lo que dicen todos. —Se da la vuelta, quedando de espaldas a la pantalla—. ¡Mamá! ¡Garrett tiene novia!

—¿Viene a pasar la Navidad con nosotros? —responde mi madre, gritando también, y Jennie esconde la cara debajo de mi brazo.

—No, no puede venir —les digo, sonriendo a Jennie—. Está a punto de morirse de vergüenza porque la idea de que tengamos una relación le da náuseas.

—¡Ja, ja! —ríe mi madre desde lejos—. Ya me cae bien esa chica.

Gaby se ríe.

—Bueno, supongo que si vais a comer helado, debería cortar la llamada antes de que se derrita. Ya quiero verte, Garrett.

—Yo también, Gaby. Te quiero.

—Es tu gemela —murmura Jennie cuando dejo el móvil—. Casi podría ser tu hija.

Me río y le paso el helado antes de lanzarme a por el mío.

—Sí, Gaby y yo nos parecemos mucho a nuestra madre. Alexa y Stephie se parecen a papá.

—Me imagino que estás contento de ir a verlas. Siempre quise tener una hermana. —Roba un trozo de plátano de mi *sundae*—. ¿Verás a alguien más cuando estés en casa?

—Mis compañeros del instituto organizan una reunión cada vez que voy. Solo éramos sesenta en nuestra promoción, así que la mayoría éramos bastante cercanos. Casi todo el mundo sigue viviendo allí.

Es difícil saber qué se esconde tras la sonrisa de Jennie. Parece en parte melancólica y hasta un poco triste.

—¿Y tú? —Aparto su cuchara, rebuscando en su cuenco después de vaciar el mío—. ¿Sigues teniendo relación con tus amigos del instituto?

Jennie se toma su tiempo para chupar la cuchara.

—No. —La respuesta es sencilla y suave, pero firme, definitiva, y la forma en que empieza a poner distancia entre nosotros, por pequeña que sea, me dice que no insista.

—¿Qué quieres ver?

—Me da igual.

Lo dudo mucho. Hemos visto varias películas y series juntos, y solo me ha dejado elegir si la película o la serie estaba incluida en su lista.

Paso las opciones de Netflix sin pensar, centrándome en Jennie de reojo. Se enreda el pelo entre los dedos, jugueteando con el borde de la manta en su regazo, y mira a cualquier lado menos a mí.

No me gusta su aprensión, ni el tono sonrojado de sus mejillas mientras hace un esfuerzo por bloquear sus emociones.

Agarro su teléfono. Sigue conectado a mis altavoces, así que salgo de su lista de reproducción navideña y hago clic en la que se titula

Los favoritos de J, mientras ella me observa con curiosidad.

—No sé bailar como tú, pero puedo dar una vuelta lenta por el salón. Deberías saber que he conquistado a un montón de chicas en el baile de primavera de la escuela. Soy responsable por haber empezado varias peleas entre amigos. —Le tiendo la mano y, cuando ella entrelaza la suya con vacilación, la ayudo a ponerse de pie—. Vamos, Jennie. Baila conmigo.

Su sonrisa es una explosión en cámara lenta, que va iluminando todo su rostro al tiempo que su aprensión se desvanece.

—¿Haces esto por mí?

—Haría cualquier cosa por ti. —La giro hacia mí y le rodeo la cintura con un brazo. Cuando nuestros dedos se entrelazan, ella apoya la cabeza en mi pecho—. Aunque en el fondo me mortifica estar bailando una canción de Justin Bieber.

Nos mecemos juntos, en un silencio cómodo que nos envuelve. Las luces centelleantes del árbol de Navidad la hacen brillar en mis brazos, pero creo que ella siempre brilla.

Empieza una nueva canción, y Jennie emite un sonido suave y feliz, al tiempo que su cuerpo se amolda al mío. Escucho que tararea la música, y, mientras las palabras bailan en mi sala de estar, reconozco una melodía familiar.

—Esa es tu canción favorita —murmuro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Cuando me llevaste a casa después del golpe, sonaba en la radio. Subiste el volumen y te pusiste a cantarla. —Más tarde esa noche la busqué, para saber qué canción era: *Falling Like The Stars*. Recuerdo que cantó la letra bien bajito, y que eso cambió la atmósfera del coche, se volvió más intensa. Entonces supe que quería conocerla mejor, así que ideé mi plan genial de ir a nadar. No me iba a dejar ir solo.

—Pensé que estabas dormido.

—No. Simplemente no podía mirarte.

—Garrett —se ríe en voz alta, dándome un golpe rápido en el hombro.

Me río, tomo su mano y vuelvo a entrelazar sus dedos con los míos.

—No, no es eso. Estábamos solos en mi coche, y me pareciste tan atractiva sentada en el asiento del conductor. Tenía miedo de no poder contenerme y llevarte al asiento trasero, y que eso impidiese que empezara nuestra relación.

Ella se ríe en voz baja, y yo disfruto de la sensación de tenerla en mis brazos, como si hubiera sido hecha para formar parte de mi vida de alguna manera.

—¿Jennie?

—¿Sí?

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Por qué el qué? —Su cuerpo ni siquiera se tensa, su mano suave y cálida sigue en la mía, la cabeza apoyada en mi hombro mientras tararea. Porque ella no tiene ni idea de hacia dónde voy a dirigir la conversación. Cree que está rodeada de rascacielos, pero en realidad solo son muros. Muros que cada día son más pequeños, dejando que me asome en su vida, aunque no tenga ni idea de que la estoy mirando.

¿Cómo podría expresarme sin asustarla? ¿Por qué han pasado tantos años desde la última vez que tuvo sexo? ¿Qué pasó? ¿Cómo puedo ayudarla?

—¿Qué te hizo? —le pregunto suavemente y, cuando se pone tensa entre mis brazos, se me encoge el corazón.

—Creo que me voy a ir —responde en voz baja, sus manos se deslizan para soltar las mías.

—¿Qué? No. No, yo… —La veo acercarse a la puerta, buscando sus zapatillas, y cuando las encuentra, las cojo—. No te vayas.

—No pasa nada —miente—. Solo estoy cansada.

—No. —La atraigo hacia mí, sujetándola contra mi cuerpo mientras ella lucha a medias—. Por favor, Jennie —murmuro, protestando un poco—. No te vayas.

Ella suspira, rindiéndose y dejándome abrazarla.

—No quiero hablar de él.

Y por eso no lo hacemos. Nos acomodamos juntos en el sofá, bajo un montón de mantas. Jennie está enredada entre mis piernas, agarrando mi camiseta con su pequeña mano, mientras Villa Quién se prepara para la Navidad.

Deslizo las yemas de los dedos por la piel tersa de su espalda, por debajo de mi sudadera.

—¿Jennie?

—¿Sí?

—Siento haberte molestado.

Lanza un suspiro cansado, y se acurruca aún más sobre mi pecho.

—¿Garrett?

—¿Sí?

—Gracias por hacerme sentir mejor hoy. Tengo suerte de tenerte.

Pero creo que el afortunado soy yo, y cuando se duerme a los diez minutos de película, no la despierto. No la despierto hasta pasada la medianoche, y, aun así, estoy pensando en dejarla dormir aquí.

Sin embargo, la levanto despacio, enlazo sus brazos alrededor de mi cuello, sus piernas alrededor de mi cintura, y la llevo de vuelta a su apartamento, le doy un beso de despedida en los labios cuando se mueve. Ella me responde con una mirada y una sonrisa deslumbrante y adormecida.

18
ESA BENDITA PALABRA CON «A»

Garrett

Los inviernos de la costa este son un fastidio.

No suelo echarlos de menos, salvo que en Vancouver el invierno sea especialmente leve y el hockey en lagos o estanques congelados quede descartado. Llevo dos días aquí y he pasado horas dando vueltas por el estanque helado con amigos o patinando con mis hermanas.

Pero ahora mismo tengo el culo enterrado en la nieve, en el jardín delantero de la casa de mi infancia, y me están ametrallando con bolas de nieve.

Una especialmente dura y helada me golpea directamente en los huevos, y caigo de espaldas, gimiendo.

—Ups —dice Alexa, y por eso sé que lo ha hecho a propósito.

—¡Garrett! ¿Estás bien? —Gaby frunce la nariz, aprieta los dientes y, con un grito de guerra que resuena en el aire gélido, carga contra Alexa. Ambas chocan, caen al suelo, chillando mientras la nieve se arremolina a su alrededor.

La cara de Stephie aparece encima de mí, bloqueando el sol.

—Tú y yo somos los únicos normales —dice con naturalidad, y luego intenta levantarme. Tiene diez años, es muy delgada y con las

extremidades larguiruchas. Hace el esfuerzo por ayudarme, pero no funciona.

Me quedo tumbado como sin vida, y al final se rinde, se deja caer encima de mí, y me deja sin aliento.

Se da la vuelta, tumbada a mi lado en la nieve, y sonríe.

—Te echo mucho de menos cuando no estás aquí. Ojalá pudieras venir a casa más a menudo.

—Creo que deberíamos convencer a mamá y a papá para que se muden a Vancouver. Así nunca tendríamos que extrañarnos.

—Ni de broma. Papá dice que ahí no hay buenas langostas.

Realmente no existe nada como la langosta de la costa este. Por eso anoche acabé poniéndome uno de esos baberos de plástico en el Harbour Lobster Pound. Comí tanto que me fui a dormir temprano y ni siquiera atendí la llamada de Jennie.

De hecho, con nuestros horarios incompatibles, no hemos hablado mucho desde la última vez que la vi. Al menos la podré ver durante el espectáculo de baile esta noche, aunque solo sea por la tele.

Cuando el sol empieza a ponerse, el ambiente se vuelve más frío, con más humedad, así que terminamos refugiándonos en el calor del hogar. Aprovecho para mandarle un mensaje a Jennie.

Yo: no puedo esperar a ver cómo te luces. espero q puedas oír mi ovación desde aquí, solecito.

—¡Garrett le está escribiendo a su novia! —grita Gaby mientras salta por encima del respaldo del sofá y se me sube a la espalda, intentando derribarme—. ¡La ha llamado solecito!

—No es mi novia, pequeña monstruo. —Le rodeo la cabeza con el brazo y le hago cosquillas, riendo mientras intenta defenderse—. Jennie es solo mi amiga.

Gira para liberarse de mi abrazo y se pone de pie de un salto. Sin aliento, se aparta mechones de pelo castaño claro que le han quedado pegados a las mejillas.

—Sí, una amiga con la que ves películas de Navidad y a la que le haces *sundaes*. —Me saca la lengua y sale corriendo con un chillido cuando me lanzo para atraparla.

—Jennie —murmura mamá desde la cocina. Me lanza una mirada por encima del hombro—. ¿No será Jennie Beckett?

Cuando no respondo, se queda con la boca abierta.

—Garrett Andersen, por favor, dime que no estás saliendo con la hermana menor del capitán del equipo.

—Vale. No estoy saliendo con la hermana menor del capitán del equipo.

Ella se pone un puño en la cadera, con expresión poco divertida.

—¿Qué? No estamos saliendo. Solo somos amigos. —*Técnicamente no es mentira.*

—¿Carter sabe que sois amigos?

—Por supuesto que sí. Vivimos en el mismo edificio. Él lo sabe. —*Sigue sin ser mentira.*

—Entonces, deja que reformule la pregunta. ¿Carter sabe que estás viendo películas con su hermana e invitándola a helado por la noche?

Cruzo los brazos y miro hacia otro lado, gruñendo:

—Basta ya, mamá.

Gaby me mira a los ojos desde donde está parcialmente escondida detrás de una pared. La señalo con el dedo.

—Ahora sí tienes problemas.

Se le escapa una risita malévola.

—¡Alexa también tiene novio! ¡Jacob Daniels!

—¡Gaby! —grita Alexa.

—¡Los he visto yendo de la mano en el recreo! —grita Gaby, y sale corriendo por el pasillo. Luego se escucha un portazo en el dormitorio, segundos antes de que Alexa choque contra la puerta.

Stephie sostiene mi mirada.

—¿Te lo he dicho o no? Los únicos normales.

—¿Y tú? —La molesto con el dedo—. ¿Algún novio? —Sus mejillas se enrojecen y se mira fijamente las manos sobre el regazo—. Lo tomaré como un sí.

Levanta la mirada y me busca.

—¿Y si quiero una novia en vez de un novio?

La atraigo hacia mi lado, besándole el pelo.

—Entonces búscate una novia, así de simple.

Stephie se hunde contra mí, y suena el teléfono de la casa. Contesta mi madre. Mis padres son las únicas personas que conozco que aún tienen teléfono fijo.

Mi madre se da la vuelta, y habla en voz baja.

—Bueno, ¿a qué hora te esperamos? Tu hijo solo está en casa un par de días… No he dicho eso… Sé que estás teniendo cuidado. Estaría bien que pudieras pasar un poco más de tiempo… Vale, está bien. Nos vemos cuando llegues a casa.

Cuelga, y me dedica una sonrisa tensa.

—¿Todo bien?

—Tu padre va a cenar con sus compañeros de trabajo.

No me sorprende. Desde que llegué ayer por la mañana, prácticamente no le he visto el pelo. Me pasó a buscar por el aeropuerto y el viaje a casa fue bastante incómodo, con una conversación forzada que no fluía.

Quiero a mi padre, y sé que él me quiere a mí, pero también sé que siente una culpa abrumadora por su ausencia durante mi infancia y el dolor que eso me causó. Fue a muchas sesiones de terapia, se esforzó por reparar nuestra relación cuando volvió a nuestras vidas, pero creo que han sido más fáciles para él todos estos años que he estado lejos. A veces siento que no soy más que un recordatorio de sus dificultades.

Me alegro de que mis hermanas hayan disfrutado de una versión diferente de él, pero eso no me impide desear que nuestra relación fuera distinta ahora, en especial cuando por fin cruza la puerta y mis hermanas se lanzan sobre él para abrazarlo.

—Hola, Garrett. —Me pone la mano sobre el hombro—. Perdona que me haya perdido la cena. ¿En qué andáis ahora?

Tiene los ojos cansados y enrojecidos, y su mirada no se detiene mucho en la mía. Mi cerebro me dice que busque en el aire cualquier indicio de especias de vainilla o el aroma ahumado de la que solía ser su bebida preferida. Mi corazón le recuerda a mi cerebro que confiamos en él.

—Vamos a ver el espectáculo de baile de la novia de Garrett —le dice Gaby mientras sintonizo la transmisión en directo.

—No es su novia —murmura Alexa.

Le toco la rodilla.

—Gracias, Lex.

Me hundo en el sofá mientras un grupo de bailarinas sube al escenario. Gaby se acurruca a mi lado y Stephie entre mis piernas en el suelo. Alexa me mira a mí y a Gaby y, poco a poco, muy despacio, empieza a acercarse.

Sonriendo, la agarro y la acerco a mi lado.

—Ven aquí.

Ella se ríe, apoyándose contra mí, y mi padre nos sonríe, mirándonos desde arriba.

Él se frota el puño contra la mano, y mi madre busca un sitio en el sillón.

—Esto, ¿os molesta si… os acompaño?

—Por supuesto que no, ven —le respondo. La forma en que sonríe, pasando de incómodo a eufórico en un instante, me recuerda mucho a mí mismo en esos primeros encuentros con Jennie.

Papá prepara tazas de chocolate caliente para todos, con malvaviscos extra y apaga las luces.

—¿Cuál es tu novia?

—No es mi… —Suspiro, pasándome una mano por la cara, pero cuando el foco ilumina a los bailarines y comienza a sonar la música, el cuerpo de Jennie cobra vida, y me inclino hacia delante—. Ahí está.

Creo que nunca he visto algo tan impresionante. Lleva un vestido color verde esmeralda, y eclipsa a todos mientras flota por el escenario. Cada salto, cada giro, todo lo que hace parece natural y sin esfuerzo, como si hubiera nacido para ello.

Jennie y Simon son una extensión del otro, siempre conectados de alguna manera. Él parece saber dónde está incluso cuando no puede verla, y me invade una sensación extraña, como si quisiera tomarle la mano y atraerla hacia mí, tenerla solo para mí.

Aparto ese pensamiento de mi cabeza, y me concentro en mi persona favorita, que participa en varias escenas durante los noventa minutos de la función, mientras mi familia comenta lo bien que baila. Cuando llega el final, Jennie es la última en subir al

escenario, mi pecho se hincha de orgullo y me quedo despierto hasta tarde para poder decírselo cuando me llame.

Cuando Jennie llena mi pantalla con su luz, me doy cuenta por qué *solecito* es el apodo perfecto para ella: porque está radiante de alegría, y cuando muestra esa sonrisa enorme, con sus hoyuelos bien marcados y sus tormentosos ojos azules iluminados de emoción, aún brilla más.

—Has estado increíble, Jennie.

Sus ojos resplandecen de emoción.

—¿De verdad lo crees?

—Estoy muy orgulloso de ti. Ha sido impresionante.

Juega con el lazo color champán que remata su trenza.

—Estaba pensando en ti mientras bailaba. Pero no estaba segura de si aún seguía en pie tu plan de ver el espectáculo. No contestaste mi llamada anoche, así que pensé que quizá… —Levanta un hombro y lo deja caer—. No sé. Olvídalo. Es una tontería.

—Dime.

—No sé. Supongo que pensé que te habías ido a casa y quizá te habías olvidado de mí. —Su rostro se ensombrece y agita la mano en el aire—. Una tontería.

Todavía no lo entiendo del todo, pero Jennie me provoca un dolor en el pecho que antes no estaba ahí. Es un enigma, esa mujer audaz y segura de sí misma que se niega a conformarse, pero que siempre parece estar esperando que pase lo peor. Es como si esperara que me marchara en cualquier momento, como si yo no valorase tanto esta relación como ella.

—¿No había quedado claro ya que eres muy extrañable?

Jennie se pasa la trenza por encima del hombro.

—Cierto, cierto. Nunca sobrevivirías sin mí.

Me río, estirándome en la pequeña cama, y cruzo un brazo detrás de la cabeza.

—Siento no haber respondido a tu llamada anoche. Comí tanta langosta que me desmayé a las nueve y dormí catorce horas seguidas. ¿Pensaste que te estaba ignorando?

Se encoge, acercando las rodillas a su pecho, y sonríe con culpa. Sus dientes descienden sobre su labio inferior, y lo muerde hasta

que por fin se arma de valor para decir lo que quiere.

—¿Me harías un favor? Cuando quieras que paremos, por ejemplo, si conoces a alguien y quieres empezar algo o lo que sea, ¿podrías terminar esto antes de que hagas nada con esa otra persona? No quiero sentirme como una tonta ni nada parecido.

Su pregunta me toma desprevenido. Cada vez que me muestra fragmentos de su vulnerabilidad, me sorprende. Antes decía que le gustaría poder ver qué ocurre dentro de mi cabeza, pero últimamente me doy cuenta de que a mí me gustaría hacer lo mismo con la suya.

—Establecimos que tendríamos exclusividad, ¿recuerdas? No habrá nadie más.

Jennie pone los ojos en blanco.

—Garrett, eres jugador profesional de hockey. Y estás buenísimo. Conoces chicas todos los días.

—Claro, y cuando eso es lo único que ven, no me interesan.

La vergüenza se refleja en sus delicados rasgos.

—No he querido decir… Sé que no eres solo eso, Garrett.

—No quiero que te sientas insegura por ese motivo. Sí, conozco a muchas chicas, pero no hay nadie más con quien prefiera hacer esto. Me gustas, Jennie. Eres divertida y me haces reír. Me gusta mandarte en la cama y que tú me mandes el resto del tiempo. Somos compatibles y tenemos una química explosiva, por eso creo que funcionamos tan bien. Además, estás escalando rápidamente hasta lo más alto de mi lista de mejores amigos.

Su nariz se arruga de esa forma tan tierna.

—Solo lo dices por decir.

No lo estoy diciendo por decir. No sé cuándo se convirtió en mi persona favorita con quien pasar el rato, pero así es. Me sorprendo pensando en ella cuando salgo con mis compañeros de equipo después de un partido o cuando estoy calentando sobre la pista. Le mando mensajes sin motivo alguno, simplemente porque me gusta hablar con ella.

Me lo estoy pasando bien aquí, viendo a mis viejos amigos y celebrando la Navidad con la familia, pero no veo la hora de volver a casa y pasar una noche entera recordándole a Jennie cuánto disfruto

de su compañía. Porque, por alguna maldita razón, creo que se ve a sí misma como prescindible.

—Además, los muñecos de nieve que hicimos con las huellas de nuestras manos quedaron geniales uno al lado del otro en mi árbol.

Jennie se ríe, y cualquier rastro de tensión se disipa, sus hombros se relajan mientras charla animadamente sobre el espectáculo y el restaurante al que Carter los llevó a todos después.

Son las dos de la madrugada aquí y las diez de la noche allí cuando le pregunto a Jennie:

—Si pudieras despertarte mañana y tener lo que más deseas para Navidad, ¿qué sería?

Me arrepiento de esas palabras en cuanto salen de mi boca, y aún más cuando la mirada de Jennie vacila y se apaga el brillo de sus ojos.

Sé la respuesta. Es la misma que diría cualquier persona que haya perdido a alguien especial.

Más tiempo. Un abrazo más. La despedida que nunca tuvieron.

Jennie busca ese medallón invisible, el que se supone que debería colgar de su cuello.

—Mi Princesa Chicle. Es una tontería, lo sé. Es solo un peluche, solo un medallón. No puedo recuperar a mi padre, pero… al menos podía llevarlo conmigo.

Entonces me sorprende con una sonrisa, amplia y brillante. Incluso aunque un atisbo de tristeza se refleja en su cara, estoy seguro de que la suya es la sonrisa más impresionante que he visto en mi vida.

—¿Alguna vez has visto *Tú a Londres y yo a California*? Era mi película favorita cuando era niña. Annie y su mayordomo tenían un saludo de manos secreto. Era largo y complicado, muy extravagante. Mi padre y yo pasamos horas aprendiéndolo. Lo hacíamos todos los días. Absolutamente todos los días. Antes de irse a trabajar, antes de arroparme cuando me iba a dormir. —Sonríe con nostalgia al recordarlo—. Creo que si pudiera pedir cualquier cosa, algo que realmente fuera posible… sería genial volver a hacer ese saludo especial. —Agita la mano en el aire—. ¿Y tú? ¿Qué pedirías?

Mis pensamientos van hacia la imagen de hace unas horas de toda mi familia acomodándose en el sofá, riendo por el simple hecho de estar juntos… felices y despreocupados. Así que es exactamente eso lo que le cuento a Jennie.

Cuando termino, me dice:

—La relación entre tu padre y tú no es de las mejores, ¿no?

—Es tensa, solo eso. Él carga con mucha culpa, y el tiempo que pasamos alejados hace que la relación se vuelva más distante.

—¿Por qué se siente culpable? No tienes que contármelo si no quieres.

—No pasa nada. No me importa. —Me paso una mano por el pelo y dejo escapar un suspiro cansado—. Mis padres fueron novios en el instituto, y mi madre me tuvo cuando tenía diecisiete. Se casaron cuando yo tenía seis años. Mi padre… supongo que sentía que se había perdido muchas cosas al ser padre tan joven. Empezó a beber mucho y se descontroló bastante rápido. Mi madre decidió cortar por lo sano cuando se olvidó de pasar a recogerme por el entrenamiento de hockey cuando tenía nueve años porque se había emborrachado en un bar.

La expresión de Jennie es cautelosa mientras le cuento sobre el breve matrimonio de mis padres, la lucha de mi padre con el alcohol, incluso después de que mi madre lo dejara. Sus ojos dejan entrever el dolor que siente cuando le cuento la traición que supuso, muchos años atrás, que la persona en la que más debía poder confiar no estuvo a la altura porque no lograba mantenerse sobrio.

—Una vez, cuando yo tenía once años, mi padre me llevó a cenar. Fuimos a un bar bastante turbio. Un tugurio oscuro que olía a cerveza rancia. Me comí la pizza en silencio mientras él bebía. Pasó una hora, luego dos, y de repente ya eran más de las diez de la noche de un día entre semana. —Mi mano se desliza por la mandíbula al evocar ese recuerdo que hace que sienta un nudo en la garganta—. Tuve que conducir yo hasta casa porque él no pudo.

—Garrett. —Jennie respira hondo, sorprendida—. Solo tenías once años.

—Nuestro vecino me vio intentando arrastrarlo para entrar en casa. Mi padre perdió el permiso de conducir y todos los derechos de

visita.

—Lo siento, Garrett. No me imagino lo difícil que fue. Ojalá pudiera abrazarte.

—Es lo que hay. Al final, fue lo mejor. Era el empujón que necesitaba para buscar ayuda, y lo hizo. Se esforzó, y no ha vuelto a probar ni una gota de alcohol desde entonces. Estoy orgulloso de él.

—Eres un buen hijo.

—Cuando me dijiste que no bebías, tuve que procesar esa información. Quizá tomé la decisión equivocada al beber después de todo lo que le pasó a mi padre, después de lo que nos hizo pasar a mi madre y a mí. ¿Debería haber evitado el alcohol? —Me encojo de hombros—. Quizá. Probablemente. Pero supongo que no quería dejar que los errores de su pasado controlaran mi vida.

Veo cómo Jennie empieza a hilar pensamientos mientras reflexiona sobre mis palabras.

—¿Tú crees que dejé que la forma en que murió mi padre controlara mi vida al elegir no beber?

—No lo creo en absoluto, Jennie. Creo que viste los efectos devastadores que el alcohol puede tener en una familia y decidiste que no querías saber nada de eso. Lo gestionamos de forma diferente, pero ninguno de los dos está equivocado.

—Me alegra que no dejes que el pasado de tu padre te afecte.

—A veces creo que sí me afecta. No mucho, pero un poco sí. Cuando mi padre bebía, decía muchas cosas que no quería decir, o quizá sí quería decirlas. Muchas cosas hirientes, y al final aprendí que era más seguro mantener la boca cerrada. Así, al menos, era más probable estar fuera de su radar y evitar que sus palabras recayeran sobre mí. A veces todavía me cuesta expresar lo que pienso, como si me preocupara que a alguien no le guste lo que quiero decir.

Se le escapa una mueca que delata culpa.

—Siento haberte hecho sentir que no podías hablar conmigo con libertad antes.

Niego con la cabeza, riendo suavemente.

—Agradezco la disculpa, pero no es necesaria. Es verdad que me intimidabas un poco y eso me dificultaba hablar contigo. Pero era

porque eres muy sexi, dices lo que piensas, y yo te deseaba, pero sabía que nunca podría tenerte. Había muchas posibilidades de que cualquier cosa que dijera terminara en una castración, ya sea a manos tuyas o de tu hermano.

Ella muestra una sonrisa especialmente encantadora.

—Nunca te castraría. Me encanta tu polla.

—Te encantaría aún más si la dejaras entrar en Disneylandia.

Jennie se ríe, pero hay una tensión detrás, una señal de que retrocede un poco. Baja la mirada y un silencio queda latiendo entre nosotros. No sé cuándo coño voy a aprender a cerrar la boca, a pensar un poco más antes de hablar. Resulta irónico, teniendo en cuenta la conversación que acabamos de tener. Pero ahora que Jennie me conoce un poco mejor, me siento tranquilo con mis pensamientos. No siento que tenga que contenerme tanto, porque sé que aprecia mi honestidad.

Así que, aunque la intención detrás de mis palabras pudiera ser inocente para mí, me doy cuenta de que a Jennie le han sonado diferente.

—Oye, lo siento. No intento presionarte por el tema de follar conmigo, y sé que tal vez te ha sonado así. Respeto tu decisión y no volveré a sacar el tema.

Jennie asiente, dibujando algo con el dedo sobre la sábana.

—Pero siempre puedes hablar conmigo. Quiero que lo sepas.

Sus ojos azules se elevan cautelosos hacia los míos.

—¿Hablar contigo de qué?

—Sobre lo que pasó.

Se le nubla la mirada.

—¿Te lo ha dicho Carter?

—Carter no me ha dicho nada.

Ojalá estuviera allí para tener esta conversación con ella en persona. Su primer instinto siempre es correr, y el mío, abrazarla. Lo único que quiero es tenerla entre mis brazos y prometerle que hay otra cara de lo que sea que haya pasado, que tiene la posibilidad de superarlo y dejar de permitir que afecte a su vida de esa manera.

—Te bloqueas cada vez que encaramos cualquier conversación que lleve al instituto, a los ex y al sexo. Así es como lo sé. Y quiero que

sepas que, si alguna vez quieres compartir eso que te angustia, estás a salvo conmigo. —*Siempre puedes sentirte a salvo conmigo.*

Juguetea con la manta y se humedece los labios.

—¿Crees que seríamos amigos de no ser por Carter? ¿Si te sentaras a mi lado en una cafetería, por ejemplo?

—Creo que compartimos una conexión que va más allá de tu hermano. Con o sin él, no dudaría en hacerte un lugar en mi vida para que te quedes ahí.

Hay algo desgarrador en la chispa de vida que esas simples palabras han llevado a sus ojos y en la forma en que reprime esa sonrisa temblorosa que quiere liberarse, como si nunca se hubiera sentido tan deseada y no supiera qué hacer con ese sentimiento. Me dan ganas de dedicar el resto de mi vida a asegurarme de que siempre se sienta así.

—Me gustaría contártelo algún día, pero no estoy preparada. —Sus ojos buscan los míos, suplicando paciencia—. ¿Está bien?

—Cuando quieras, Jennie. Aquí estoy.

La gratitud que brilla en su sonrisa me deja descolocado. Es como si todo este tiempo solo hubiera necesitado que alguien le diera la oportunidad de entablar una nueva amistad, una relación significativa, alguien que le dé tiempo para sentirse cómoda y abrirse, ser ella misma. Me siento feliz y honrado de ser esa persona, pero me da pena que haya pasado años sin encontrar a alguien que haya ocupado ese lugar. Quiero que se sienta segura y que pueda ser ella misma conmigo.

Pero tengo una pregunta más, una que ha estado flotando en el aire, como una nube pesada sobre mí.

—¿Jennie? Solo necesito saber una cosa.

Cuando asiente, le pregunto:

—¿Te hizo daño?

Su mano va a la trenza y baja su mirada.

—No, físicamente no.

—Por favor, no le restes importancia a lo que pasó solo porque no te dejó marcas en el cuerpo. Los moretones que no se ven pueden doler tanto o más como los que sí se ven.

Sus ojos se alzan con cautela hacia los míos, y muestran lágrimas contenidas.

—Duele un poco menos cuando estoy contigo —susurra—. Gracias por ser mi amigo, Garrett. Creo que realmente te necesitaba.

El peso de la conversación disminuye cuando Jennie me pregunta por mis hermanas y sobre lo que hemos estado haciendo. Ella se ríe, y yo disfruto de cada una de las sonrisas que me regala mientras estoy aquí sentado pensando en esa bendita palabra con «A», esa etiqueta que tan ansioso estaba por imponernos. *Amigos.*

¿En qué demonios estaba pensando?

19
ASÍ QUE ESTO ES LA NAVIDAD…

Jennie

Sigo esperando a que resulte más fácil pasar las Navidades sin él, pero empiezo a entender que el duelo no funciona así.

Ni siquiera sé si el duelo tiene reglas establecidas, solo sé que casi siempre tiene un efecto contrario al que uno espera. Crees que sabes qué pasará porque el año pasado sucedió así, y el anterior, y el anterior a ese. Y que esta vez estarás preparada. ¿Verdad?

Pero el duelo no es tan sencillo.

Es un puto lío mental.

Mi corazón está como astillado, hecho pedazos, me siento presa de un dolor profundo y sordo que no desaparece, ni siquiera cuando me acurruco bajo las mantas, abrazando un poco más fuerte el portarretratos con la foto en la que estoy con papá, deseando tener aunque sea una Navidad más con el corazón entero.

Vibra el móvil y lo meto bajo la almohada, porque no estoy lista para mostrar una sonrisa, que hoy siento especialmente vacía.

Pero sigue zumbando, una y otra vez, hasta que lo saco y acepto la llamada sin darme cuenta de que es un FaceTime, así que gruño un «¿Qué?» que me sale bastante agresivo.

Los ojos brillantes de Garrett parpadean desde la pantalla. Sonríe.

—Feliz Navidad para ti también, solecito. Por Dios, ¿quién se ha cagado en tus Corn Pops esta mañana?

No sé cómo lo logra, pero esbozo una sonrisa.

Una muy pequeña. Pero cuanto más se ensancha la sonrisa de Garrett, más grande se hace la mía, hasta que me doy por vencida y me río.

—Perdona. No he mirado quién era antes de contestar.

—Te quedaste dormida cuando hablábamos anoche, así que quería…

—¿Estás al teléfono con tu *noviaaaa?* —bromea una voz.

—¡Lárgate de aquí, Gaby! —Garrett le lanza una almohada, y tras el portazo, puedo oír las risitas de Gaby. Garrett suspira, pasándose los dedos por el pelo despeinado—. Hace tres días que dice que eres mi novia.

—Será mejor que la pongas en su sitio, entonces. Dile que no tuve ninguna posibilidad de elegir si quería tener un hermano jugador de hockey o no, pero que no tengo intención de salir con uno voluntariamente. Algún día lo entenderá.

Él se gira y se frota la nuca.

—Bueno, es que Gaby es incontrolable. Dice y hace lo que quiere, un poco como tú.

—Ah, así que estás rodeado de mujeres fuertes y poderosas.

—Algo así —dice con un largo suspiro—. Solo falta que añadas la palabra *salvaje* a esa lista.

Entrecierro los ojos.

—Te voy a pellizcar por eso cuando te vea la próxima vez.

—No podrás, porque te ataré las manos a la espalda para que tus dedos pellizcadores no se me acerquen. Además —levanta un brazo, flexiona el bíceps y gruñe juguetón—, este cuerpo está esculpido por los dioses. No tengo ni una pizca de grasa corporal que pellizcar.

—Los jugadores de hockey sois todos iguales: arrogantes. —De ninguna manera voy a admitir que de solo imaginarlo atándome las manos me sacude un cosquilleo imposible de ignorar que me recorre todo el cuerpo. Pero… quizá lo mencione en el futuro.

—No puedes meterme en el mismo saco que a todos los demás. Yo juego en una liga propia.

No puedo decir que no esté de acuerdo. Garrett no se parece en nada a los jugadores que ves en las noticias. Es como un bollito de canela, dulce, suave y pegajoso. Muchas mujeres darían lo que fuera por tener una oportunidad con un hombre como él.

Me guardo esos pensamientos, porque prefiero no imaginar el adiós inevitable que tarde o temprano llegará para la única relación que de verdad ha significado algo para mí, la conexión más profunda y genuina que he tenido con otra persona. Las despedidas son horribles, y ninguna parte de mí está preparada para despedirse de Garrett cuando llegue ese momento que acecha en un futuro.

—¿Qué haces todavía en la cama? —pregunta Garrett.

—Tú también sigues en la cama —señalo.

—Yo he vuelto a meterme en la cama. Ya hemos desayunado y abierto los regalos.

—Pero no llevas camisa.

—Quería que tuvieras algo para mirar.

Me río, con una risa franca que me hace sentir estupendamente.

—Muy bien, campeón.

—Tú también podrías quitarte la tuya, si quieres, claro.

—No vamos a tener sexo telefónico la mañana de Navidad cuando toda tu familia está a dos puertas de tu cuarto.

Se pasa la mano por el pecho y suspira.

—Al menos lo he intentado. Hablando en serio, ¿me harías un favor? Necesito que subas a mi apartamento un momento.

—¡Estoy en la cama! —Retiro las mantas y apunto el teléfono a mi pijama polar con perritos disfrazados de Papá Noel—. ¡En pijama!

Su mirada me recorre, con una ceja arqueada en señal de diversión.

—La verdad es que le has dejado mucho trabajo a la imaginación, ¿no?

—Cállate, burro. —Me levanto de la cama y me estiro, bostezando —. De acuerdo, voy. Pero voy así, y no me voy a poner sujetador.

—La Jennie sin sujetador es mi favorita.

Subo en ascensor hasta el ático de Garrett e ingreso el código de seguridad que él me va dictando. El salón está calentito y luminoso, ya que el sol de la mañana inunda el espacio con su calidez dorada.

Las luces del árbol de Navidad me llaman con su resplandor multicolor. Hace tanto que no sacaba las decoraciones navideñas que ni siquiera se me había ocurrido montar un árbol en mi apartamento.

—Hay una caja bajo el árbol —observo, mirando el regalo envuelto en papel marrón con renos rojos estampados por todas partes, coronado con un extravagante lazo dorado. Giro nuestros adornos de muñecos de nieve y sonrío al ver nuestras iniciales en la parte inferior, justo al lado de nuestras edades—. No te habrás olvidado de uno de los regalos de tus hermanas, ¿verdad?

—No. Pero quería estar contigo para ver cómo abres tu regalo.

Miro a la pantalla del móvil, y me topo con la sonrisa de Garrett.

—¿Qué?

—Ese regalo es para ti, Jennie.

Me arrodillo ante la caja, muy bien envuelta. Efectivamente, la etiqueta dice «Solecito». Se me forma un nudo en la garganta, tan apretado que no me deja tragar saliva.

—¿Me has comprado un regalo? Pero… Yo no te he comprado nada y…

—Para, para. Estoy seguro de que esto supone cruzar algún tipo de límite imaginario de los amigos con derechos, pero quería regalarte algo. Así que adelante, ábrelo.

Cruzo las piernas y apoyo el móvil para que Garrett me vea. Tengo un leve temblor en las manos, por la emoción y los nervios por ver qué hay dentro. Paso el dedo por el borde de la cinta antes de tirar y veo cómo el lazo se deshace y después rompo el papel de regalo.

Cuando abro la caja, una risita burbujea en mi garganta y saco el primer artículo.

—Para que hagamos competiciones de baile —dice Garrett, observando cómo le doy vueltas al videojuego *Just Dance* en la mano.

—Te destruiré. ¿Estará preparado tu ego para soportarlo?

—Quizá he estado practicando.

—Practica todo lo que quieras, Garrett, de todas formas, te voy a dar una paliza. —Dejo el juego a un lado, saco una sudadera, y río de nuevo al leer las palabras estampadas sobre la pechera en letras plateadas—. ¿«Personalidad chispeante»? ¿En serio?

Él no se esfuerza en lo más mínimo por ocultar lo gracioso que le parece todo esto, y suelta risitas y resoplidos desde el otro lado de la pantalla.

—¿Lo has entendido? Es porque eres muy agradable y dulce.

—Ajá.

El siguiente regalo también es ropa. Un mono azul pálido y morado hecho de tela polar muy suave, con cremallera delantera. Cuando veo la palabra en el trasero, la risa de Garrett se vuelve histérica.

—Pone «ángel» en el culo —anuncia, ahogado de la risa—. *Ángel*.

—Increíble. Te lo estás pasando en grande, ¿no?

—Lo siento. —Se seca una lágrima—. No pude evitarlo. Además, son muy cortitos, así que creo que tu trasero va a sobresalir por todos lados. —Se vuelve a secar ambos ojos y exhala con fuerza, intentando controlarse. Sus acciones me molestan, pero por más que lo intento no puedo dejar de sonreír—. Hay uno más.

Saco una varita fina de color plateado de la caja, con las garras unidas en una punta que la hacen parecer una especie de tenedor extralargo.

—Es para rascarse la espalda —explica Garrett—. Pensé que, si lo usas con suavidad, podrías hacerte cosquillas en la espalda cuando yo no esté.

Extiendo la varita y la deslizo por la parte de arriba de mi pijama para rascarme la espalda. Cierro los ojos mientras gimo.

—Oooh, Garrett. Puede que te hayas reemplazado sin querer, grandullón.

—Ni de coña. Nada puede reemplazar estos dedos.

—Son mis dedos favoritos. —Miro el montón de regalos—. Muchas gracias, Garrett. Me encanta todo.

—No es la Princesa Chicle, pero espero que te haya traído un poco de felicidad de todos modos.

—Sí. Gracias por pensar en mí.

Me miro las pantuflas en cuanto caigo en lo que acabo de decir. Porque en la época más ajetreada del año, entre compaginar su apretada agenda de hockey, las fiestas y viajar a casa para ver a su

familia, este tipo se ha preocupado por pensar en *mí*, y sinceramente no recuerdo la última vez que alguien hizo algo así.

—No recuerdo la última vez que recibí regalos de alguien que no fuera de mi familia.

El silencio cae sobre nosotros como un ancla, y ambos bajamos la mirada. Me preocupa haber llevado la conversación a un territorio desconocido, un lugar que Garrett no tenía intención de visitar con un simple regalo.

—Pero creo que eres parte de mi familia —responde finalmente en un tono suave, atrayendo mi mirada hacia la suya, paciente, amable y llena de compasión—. Los chicos, Cara, Ollie… son la familia que encontré, la que elegí, y creo que tú también formas parte de ella ahora. Quiero que así sea, al menos. Siento que perteneces a ella.

Giro justo a tiempo para atrapar una lágrima que se me escapa e intenta rodar por mi mejilla. Estúpidas fiestas y estúpidos jugadores de hockey, grandotes y arrogantes, pero que en el fondo son ositos de peluche.

—No estoy llorando —le digo, sollozando—. Tengo como una fuga en el conducto lagrimal. Es un tema médico.

Su risa es mi sonido favorito y su sonrisa mi imagen preferida.

—Feliz Navidad, Jennie.

—Feliz Navidad, Garrett.

***

—¿Pero qué demonios llevas puesto?

—¿Qué? ¿Esto? —Carter mira su camiseta y la estira para que la palabra quede bien visible, como si no fuera ya lo suficientemente grande y notoria. «PQMGF»—. Me la ha regalado Olivia.

—Es una broma —murmura Olivia—, pero es su regalo favorito. No se la quita por nada del mundo.

—¿Y queréis ver la mejor parte? —Carter atrae a Olivia para que se siente a su lado, sonriendo orgulloso—. Enséñales la tuya, bomboncito.

Su rostro se sonroja.

—No, mejor no.

—Vamos. —Tira de su brazo—. Sin miedo. Con la frente bien alta, orgullosa, Ollie.

Lo hace, pero a desgana, quitándose el jersey despacio, y no sé si reírme o llorar. Porque la camiseta que lleva debajo muestra una sola frase en letras gigantes: «YO AMO A LOS PQMGF».

—Por Dios —le susurro a Olivia, mientras la risa hace que se me muevan los hombros. Intento aguantarme, lo juro—. ¿Qué has hecho?

Sus hombros se encorvan y baja la mirada.

—He metido la pata.

—¿Qué es un *PQMGF*? —pregunta mi madre, lo que me hace reír aún más y, cuando Carter se me une, Olivia se va enfadada por el pasillo—. ¡Era solo una pregunta!

A mi lado, Hank sonríe.

—Me dan lástima todas las personas que nunca podrán vivir una Navidad con la familia Beckett.

Y a mí me da lástima Olivia, porque ahora está condenada a vivir esto todos los años, pero me alegra que esté en nuestras vidas, porque desde que murió mi padre no había visto a Carter disfrutar de la Navidad así. Su sonrisa no se desvanece cuando la abraza y le besa el hombro o la frente cada vez que pasa.

Creo que Olivia le ha devuelto la vida. Ahora vuelve a ser el hermano con el que crecí: medio payaso, exagerado y con un corazón enorme, cuando hay cámaras cerca y cuando no las hay.

Así que cuando nos dice que ha montado una actividad navideña emocionante para que hagamos en familia, no me sorprende.

Sigo sin sorprenderme cuando levanta la sábana que cubre la mesa de la cocina para revelar varias cajas de casitas de jengibre, de esas que uno mismo construye y decora.

Lo que sí me sorprende un poco es que sean de Oreos.

—¿Qué tal? —proclama Carter mientras embadurna una galletita con glaseado y la pega en el techo de su casita—. Quien haya pensado en esto es un genio. ¿Un pueblo entero hecho de Oreos? —Emite un sonido como si tuviera una revelación y, con los ojos muy abiertos, se gira hacia Olivia—. ¿Y si llamamos al bebé…?

—No.

—Pero…

—Eso no va a pasar.

Carter frunce el ceño, refunfuñando algo sobre que el Grinch es una mujer embarazada de un metro sesenta, y Olivia le roba una diminuta galleta de la mano para arrojarla al aire y atraparla con la boca. La escena se convierte en una pelea por las galletas y los adornos comestibles. Finalmente, Carter lo sujeta todo sobre su cabeza y se ríe mientras Olivia intenta trepar por su cuerpo para alcanzar los preciados objetos, y Hank come lo que puede sentado a mi lado.

—Hank —me río por lo bajo—, se supone que tienes que ponerlas en tu casita, no en tu boca.

—Ups. —Se mete otra galleta entre los labios—. ¿No las estoy poniendo en mi casa? No me doy cuenta. Al fin y al cabo, soy ciego.

—No estarás usando eso como excusa para comerte tus galletas, ¿verdad?

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dice. Es un milagro que él y Carter no sean parientes de sangre, porque cuando la aldea de las galletas queda terminada, ese parece ser también el lema de Carter.

—¡Listo! —exclama, dando el toque final a la última de sus tres casas—. ¡Ya está! —Sus ojos brillan de orgullo al contemplar la pequeña aldea que se extiende sobre la mesa de la cocina. Luego se agacha, agarra una chimenea, la arranca y se la mete en la boca.

—¡Carter!

Se detiene y mira con ojos de miedo, como si su esposa lo hubiera pillado con las manos en la masa haciendo algo que no debería. Como comerse la aldea de galletitas.

—¿Qué?

—¡No tenías que comértela todavía! ¡Se supone que hay que dejarla expuesta unos días! ¡Uno, al menos!

—¿Qué? ¿Quieres que me quede mirando casas de galletas todo el día sin comérmelas?

Olivia señala una de las cajas, que tiene una foto con un pueblo de galletitas detrás de una familia feliz, que ahora mismo no se parece en nada a la nuestra.

—¡Esas son las reglas!

Carter alza los brazos por encima de su cabeza.

—¡Sabes que nunca sigo las reglas, en especial cuando hay Oreos de por medio! —Rompe una pared de una de las casas y mira a Olivia a los ojos mientras se la mete entera en la boca—. ¿Y ahoda qué, puincesha? —murmura, y sale corriendo con un chillido cuando ella se lanza tras él.

Hank silba al ritmo de la música que sale de los altavoces, y sí, esto es la Navidad y esta es mi gente, qué le vamos a hacer.

Los abrazos navideños son los mejores, sobre todo cuando tu madre te abraza llevando un pijama a juego.

Me abraza fuerte, suspirando en mi cabello.

—Echaba de menos nuestras fiestas de pijamas.

—Yo te he echado de menos a ti. —Mi mirada va hacia la puerta abierta y el pasillo, donde veo las luces que titilan—. No puedo creer que hayas decorado la casa este año.

—Con el bebé en camino, pensé que quizá era hora de empezar de nuevo. Merecen vivir una experiencia navideña mágica, vayan a la casa que vayan.

Me giro para mirar a mi preciosa madre.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué?

—¿No te lo mereces tú también? —Entrelazo mis dedos con los suyos y llevo nuestras manos a mi pecho—. ¿No quieres a alguien con quien pasar las fiestas? ¿O con quien compartir tu vida?

—Tengo a mi familia. No necesito a nadie más.

—Solo quiero que seas feliz, mamá. —Las palabras son más una súplica que otra cosa. No sé si encontrar a alguien con quien compartir su tiempo le traerá felicidad, pero si ella cree que sí, ojalá lo intentara.

Esta casa solía estar llena de risas y, aunque sigue estándolo, también alberga una soledad silenciosa y desgarradora. Se ve reflejada en mi madre acurrucándose sola un viernes por la noche para ver sus películas favoritas: las comedias románticas cursis que mi padre aguantaba encantado por ella. En su mirada perdida mientras cocina le vienen a la mente los recuerdos de mi padre acercándose para suplicar que le dejara probar lo que sea que

estuviera preparando, haciéndola dar vueltas por la cocina mientras él le cantaba, ruidoso y molesto, hasta que la risa ahogaba su voz, y sellaba la escena con un beso.

A veces el silencio es más fuerte que la risa, un rugido ensordecedor que te hace suplicar que termine.

—No necesito un hombre para ser feliz, Jennie. —No hay duda en sus ojos. Está segura de su decisión, y supongo que eso le da paz—. Estoy contenta con la vida que tu padre y yo construimos aquí mientras tuvimos la oportunidad. Estoy agradecida por todos los recuerdos juntos, y siempre desearé más, pero él también está con nosotros en cada nuevo recuerdo que creamos. Puedo sentirlo, y simplemente… no quiero que otra persona ocupe su lugar.

Una lágrima rueda por mi nariz y cae sobre la funda de la almohada.

—¿Y si algún día tienes espacio para otra persona?

—Si algún día tengo espacio, dejaré entrar a alguien. —Me aparta el pelo y me lo pone detrás de la oreja—. ¿Y tú qué? ¿Cuándo dejarás entrar a alguien?

—No necesito un hombre para ser feliz —repito, haciéndola reír.

—No, no lo necesitas. Lo que necesitas es un compañero, un amigo de verdad. Alguien que sea paciente contigo, que espere a que te abras cuando estés lista y que quiera acompañarte en todas tus batallas. Alguien que te haga reír, que complemente tus increíbles cualidades. Tienes un corazón muy grande, Jennie. Ojalá abrieras un hueco en él para alguien. Sé que tienes miedo. Pero la vida es demasiado corta para tener miedo.

Sus palabras se meten en mi cabeza, se instalan en un rincón, sacudiendo las telarañas. Vuelvo a ellas una y otra vez, incluso dos días después, despierta en la cama al amanecer, cuando un trastornado decide llamar a mi puerta. ¿En serio? ¿Qué demonios? Mis pies descalzos avanzan por el pasillo, sin preocuparme por el nido de ratas que llevo instalado en la cabeza.

—¿En qué mundo es socialmente aceptable llamar a la puerta de alguien a estas…? *Garrett*.

Me sonríe desde el umbral de mi puerta, con sus rizos dorados bajo el gorro verde bosque que lleva, cubierto de copos de nieve,

igual que los hombros de su abrigo y la bolsa que le cuelga a un lado.

—Tengo un regalo de Navidad más para ti.

Está en el umbral y su presencia abrumadora hace que mis sentidos se descontrolen. Cuando extiende la mano, el corazón me da un vuelco.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

—Vamos, Jennie. Toma mi mano.

Lo hago con cautela. Hace frío, pero el contacto de su mano consigue hacer que mi piel se estremezca de calor y de deseo.

Nos miramos, estrechándonos las manos lentamente, y yo estoy más confundida que nunca.

Garrett me suelta y coloca la mano con la palma hacia abajo en el espacio entre nosotros.

Mi memoria se inunda con los recuerdos de cientos de mañanas felices, la sonrisa pícara de mi padre al pasar de un apretón de manos normal a uno de nuestros pasatiempos favoritos, algo especial solo para nosotros dos.

—Vamos —susurra Garrett de nuevo, y mi pecho se agita al verlo sonreír, mientras espera pacientemente a que haga el siguiente movimiento.

Cuando por fin coloco mi mano sobre la suya, su rostro se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja, y las lágrimas se me agolpan en los ojos mientras una carcajada brota de mi garganta. Estamos los dos en mi puerta, dándonos palmadas, chocando caderas, cambiando de sitio y terminando justo donde empezamos: con un simple apretón de manos.

Él abre los brazos y yo me lanzo, enterrando la cara en su pecho para inhalar su aroma. Es igual que siempre: una mezcla de caoba, olor a limpio y a cítricos, pero la humedad de la nieve de la que acaba de escapar hace que sea un poco diferente. Terroso y fresco, como la lluvia y las agujas de pino.

Lo absorbo todo, porque la verdad es que me siento un poco más yo misma cuando estoy con él. Ve más allá de toda la bravuconería de mi fachada; ve la audacia que muestro y la timidez que escondo,

la ternura que hierve debajo de la crudeza, y en vez de apartarse, me toma de la mano y camina conmigo.

Cuando dejamos que las mismas palabras susurradas rocen nuestros cuerpos, algo se enciende dentro de mí.

—Te he echado de menos.

20
CREO QUE HEMOS ROTO A ADAM

Garrett

—He vuelto a ganar. —Jennie recoge sus rizos castaños, los acomoda sobre su cabeza y los sujeta con una goma de terciopelo color champán—. ¿Cómo te sientes? ¿Cansado? ¿Enfadado? ¿Humillado? —Mueve las cejas con una sonrisa pícara en el rostro—. ¿Quieres que te abrace y te haga cosquillas en la espalda mientras lloras, grandullón?

—Cállate. —La empujo al sofá y apago el estúpido videojuego de baile—. Has hecho trampa.

—Vale, si pensar eso te ayuda a dormir por la noche…

¿Sabes lo que *no* me va a ayudar a dormir? La imagen de Jennie bailando en mi salón vestida con nada más que unas bragas rojas de encaje y mi camiseta. Esa imagen definitivamente me va a quitar el sueño esta noche.

Vamos a ir juntos en el coche a la fiesta de Nochevieja —idea de Carter, estoy deseando que se arrepienta— y Jennie vino temprano para pasar el rato. Apareció en mi puerta con un vestido azul medianoche de tela brillante que parecía esculpido sobre su cuerpo, que luego se quitó rápidamente para que pudiéramos hacer batallas de baile. Las batallas de baile se retrasaron por otros tipos de batallas: sin querer la sujeté contra la pared por el cuello mientras la

hacía llegar al clímax con mis dedos. Lo del cuello era porque no quería estropear su maquillaje, pero en realidad, sí quiero estropear cada centímetro de su piel.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Jennie mientras abro una bolsa de Funyuns extrapicantes.

—Me trago mis emociones —murmuro, metiéndome un puñado de Funyuns en la boca. Son crujientes y están llenos de sabor, un poco como Jennie. Todo lo que deseo en un tentempié.

—Puaj. Diviértete en una sesión de besos contigo mismo esta noche.

—No. —Otro puñado—. Voy a adlastladte al admadio y metedtle la lenwua en la bodca.

—No vas ni a acercarte a mí esta noche, en absoluto.

Trago saliva, moviendo mis dedos rojos y acercándome a ella.

—Eso es lo que tú crees.

La cara de Jennie se retuerce de asco y hace arcadas cuando me lamo los dedos.

—Eso es absolutamente asqueroso. Desde aquí huelo tu aliento.

Guardo la bolsa y me lavo las manos.

—¿Quieres olerlo de cerca, en primer plano?

Cruza los brazos sobre el pecho y apoya los tobillos sobre mi mesa de centro, ignorándome mientras me acerco sigilosamente.

—No te me acerques con ese aliento, Andersen, o si no…

—¿O si no qué?

—Si no, te parto la cara.

—Muy creativa. —Mis dedos rodean sus tobillos, la hago girar en el sofá y le abro las piernas para poder arrastrarme entre ellas.

—Te voy a dar una paliza de karate tan fuerte que vas a terminar jugando al hockey con tus huevos como amígdalas.

Contengo la risa, montándome sobre sus caderas y sujetándole las muñecas a ambos lados de la cabeza.

—Nunca en mi vida he conocido a una chica tan violenta como tú. Por suerte para mí, he aprendido que mi tamaño me permite sujetarte, y que te gusta mucho que lo haga.

Mueve las caderas, levantándolas del sofá, golpeando su pelvis contra la mía mientras intenta darme una patada. Aprieto más sus

muñecas y cubro su cuerpo con el mío.

—Garrett —advierte en voz baja. Tiene los ojos desorbitados. Me encanta cuando me mira con esos ojos salvajes.

—Vamos, Jennie. —Frunzo los labios, haciendo sonidos de besos —. Dame un besito.

—¡Garrett! —El aire se llena de gritos y risitas, y ella gira debajo de mí, intentando liberarse. Cuando mis dedos descienden sobre sus costillas, haciéndole cosquillas, empieza a jadear y gritar mientras ríe, suplicándome que pare.

Cuando creo que está a punto de desmayarse o de darme un golpe en los huevos, dejo de hacerle cosquillas. Rodeo sus muñecas, las sujeto junto a su cabeza y me río, rozando la punta de su nariz con la mía. Cuando puede respirar de nuevo, me aparto de ella y me dirijo a mi dormitorio.

—¿A dónde vas? —Jennie se quita el pelo de la cara. Va a tener que arreglarse un poco antes de que vayamos a casa de su hermano.

—A lavarme los dientes. Quiero pasar la noche besándote. —Le guiño un ojo—. Besos secretos, claro. —Me agarro el paquete—. Me gusta que me la chupen. Y eso no sería posible si esta noche me cortan el miembro.

Jennie me lanza un almohadón a la cara.

—Ve a lavarte los dientes, repollito.

Una hora y media después, llegamos a casa de Carter y Olivia, y he pasado los veinte minutos del viaje intentando meterle la mano bajo el vestido a Jennie.

—¿Seguro que no quieres beber esta noche? —Me da una palmada en la mano, la agarra y la pone sobre la consola central—. Podemos volver en Uber.

—No, estoy bien.

—Bueno, si cambias de…

—No lo haré. Más tarde me vas a chupar la polla, y que yo esté borracho mientras tú estás sobria no me gusta.

—Borracho o sobrio, me sentaré en tu cara y tendré un orgasmo sobre tu lengua. —Me mira con una sonrisa deslumbrante mientras

dejo el coche parado en la calle, boquiabierto. Ella me aprieta el muslo, justo al lado de mi polla—. ¿Listo, grandullón?

***

No estaba listo.

Tuve que quedarme atrás y acomodar mi pene en los calzoncillos mientras Jennie se me adelantaba para entrar. Sin querer se me formó un gran bulto en los pantalones.

Ahora han pasado dos horas y ella ha estado coqueteando con Jaxon toda la noche: haciéndole ojitos, pasándose la lengua por los labios y sonriéndome por encima del hombro. Antes había mencionado algo sobre que más tarde yo le iba a decorar el culo con la huella de mi mano. Supongo que esta es su forma de asegurarse de que la huella sea permanente.

—Verte caer es adorablemente divertido.

Tropiezo con la nada, y tengo que agarrarme de la pared. Mi refresco de cereza se agita y burbujea, y me moja la mano.

—Por Dios, Cara. ¿Por qué siempre me tomas por sorpresa?

Cara sonríe.

—Porque soy muy sigilosa.

—Y molesta —gruño, y enseguida me cubro el hombro ante el puñetazo que me da—. ¡Hey! ¿Por qué ese puñetazo?

Ella mira de reojo hacia donde están Jennie y Jaxon. *J&J. JJ. J²*. Todas las combinaciones me suenan absurdas. *Jotas* de mierda. Si a alguien se le ocurriera juntar letras del alfabeto al azar, está claro que *G&J* queda muchísimo mejor.

—Pobrecito. ¿Te ha atrapado el monstruo de ojos verdes?

Frunzo el ceño.

—¿Qué coño quieres decir? Deja de hablar en clave.

—Vale, Garrett. Dejo de hablar en clave. —Cara me acorrala contra la pared, y me mira con unos ojos que echan fuego y me hacen sudar. Es alta, feroz y da miedo—. Has estado mirando a Jennie toda la noche, y cada vez que Jaxon la toca, parece que esta vena de aquí —me pincha el cuello— está a punto de estallar.

—A Carter no le gusta que Jaxon hable con ella. —*Eso mismo, bien dicho. Has estado ágil, Garrett.*

—Carter no es el único.

Jaxon elige ese momento para acercarse con paso tranquilo, llevándose la cerveza a los labios.

—¿De qué estamos hablando?

—Ah, hola, Jax. —Cara le aprieta el hombro—. Aquí el osito Gariñoso me estaba diciendo que no le gusta que hables con Jennie porque está enamorado de ella.

—*Cara*. —Abro los brazos en gesto de incredulidad. Vuelvo a derramar mi bebida, empapándome el calcetín izquierdo. Vuelvo a mirar a Jaxon—. No he dicho nada de eso. Ella está siendo muy… Cara. —*Qué elocuente*—. Está borracha.

Adam aparece de la nada y me pasa un brazo por los hombros.

—Yo estoy borracho. —Su tono denota el mismo orgullo que su amplia sonrisa—. Hay una chica muy guapa por allí. Se llama Stacey. ¿O era Samantha? —Frunce el ceño—. Quizá sea Sarah. Le gusta el hockey, y cuando le enseñé una foto de Bear, dijo que era un perro muy bonito. ¿Debería invitarla a salir?

—Ay, cariño. —Cara le da una palmada en el pecho—. No. No deberías.

Frunce el ceño.

—Sí, eso mismo pensé. Año nuevo, el mismo yo soltero de siempre.

—Por Dios, hasta yo espero que este tipo encuentre a alguien —murmura Jaxon mientras nos escabullimos, dirigiéndonos al comedor donde acaba de terminar una partida de *beer pong*.

—¡Garrett! —Carter hace rebotar una pelota de ping-pong contra la mesa de madera de nogal.

—Necesito un compañero.

—No estoy bebiendo.

—Ellas tampoco. —Señala a Jennie y Olivia, que están al otro lado de la mesa, preparando sus vasos—. Vamos a arrasar, con o sin alcohol.

Los ojos de Jennie se encuentran con los míos y levanta las cejas en señal de desafío.

—Andersen no está a la altura.

—Ollie y yo ganamos el torneo el año pasado —respondo, chocando los cinco con Olivia.

—Hicisteis trampa —gruñe Carter.

Olivia sonríe dulcemente.

—Ya sabes lo que dicen. Tienes que aprender a ser buen perdedor para poder apreciar la victoria.

Los ojos de su esposo se oscurecen.

—¡Garrett! ¡Ven aquí!

Lo que pasa con esa pareja es que a ambos les horroriza perder. Carter puede parecer el tipo de persona que deja que su esposa gane para no herir sus sentimientos, pero nunca pierde voluntariamente. Así que siempre es muy entretenido ver a su pequeña esposa ganarle en casi todo.

Incluyendo la primera partida de *beer pong*, en la que Olivia y Jennie encestan en los seis malditos vasos seguidos… Carter exige una revancha.

—¿Cómo es posible? —murmuro.

—No tengo ni puta idea —murmura Carter—. Son unas suertudas de mierda.

—No tiene nada que ver con la suerte, amigo —interviene Emmett, pero quizá esta vez la suerte esté de nuestro lado. Porque Olivia falla un tiro y Jennie dos. Carter está totalmente concentrado: se niega a mirar a Olivia cuando le toca su turno, pero se burla y molesta sin parar cuando le toca a ella. Yo soy tan bueno como siempre.

Con dos aciertos por equipo, la tensión es alta. A las chicas les toca primero, y Cara entra corriendo para darles una palmada en el culo a cada una.

—Hacedlos llorar, señoritas.

Jennie hace que su pelota rebote tres veces, pero luego se desvía y queda en el borde de la mesa.

—Hey, Jen… ¡ay! —Carter se agacha y se agarra los dedos de los pies que he pisado sin querer.

—Ups —digo—. Perdona, colega.

Con su hermano distraído, Jennie suelta la pelota, hundiéndola con facilidad en uno de los vasos. Creo que el pobre Carter va a terminar tan borracho…

Ahora parece haber decidido probar otra táctica de distracción para la última ronda. Cuando Olivia se acerca a la mesa, él se sube la camisa en cámara lenta y se lleva un dedo a los labios mientras le lanza una mirada seductora.

—¿Te gusta lo que ves, princesa? ¿Quieres que te lleve arriba y…? *Ah, ¡no podemos, joder!*

Y así, amigos míos, se oye el sonido de Olivia acertando su último tiro, mientras mira a su marido directamente a los ojos.

—Vamos. —Le doy una palmada en la espalda a Carter, que gime —. Todavía tenemos una oportunidad. Tenemos la misma cantidad de aciertos que ellas. Podemos ganar.

Se agarra al borde de la mesa, tragando saliva.

—Tú primero.

—*Vas a caer* —me dice Jennie, articulando las palabras sin sonido.

De una forma u otra, definitivamente voy a caer. En este juego, o sobre su cuerpo. De todos modos, cuando acierto mi tiro sin esfuerzo, sé que no soy responsable por lo que pase después.

Con un suspiro tembloroso, Carter da un paso adelante. Se encoge de hombros, doblando el cuello a la izquierda y luego a la derecha.

—Cualquier vaso, Carter —le digo, frotándole los hombros—. Cualquiera de ellos.

En ese momento, cuando él está listo para lanzar, Olivia cruza una mirada con Emmett, y él inclina ligeramente la barbilla, como dando una instrucción.

—No la mires —le gruño a Carter—. No la mires, joder.

¿Pero acaso me oye? No, claro que no. Carter nunca escucha.

Olivia gira hacia atrás, lenta como el demonio, y se inclina. Carter suelta una risotada.

—Ni lo intentes, Ollie. No voy a caer…

Veo que todo sucede como en cámara lenta: el agua que salpica entre sus piernas y cubre el suelo mientras ella jadea, el color que desaparece del rostro de Carter cuando Olivia grita que acaba de romper aguas. Él abre los ojos de par en par y, por el miedo, la

pelota se le escapa de entre los dedos y rebota una, dos, tres veces sobre la mesa de madera antes de caer al suelo haciendo un ruido. A pesar de todo, llego a ver a Jennie riéndose en el rincón.

—Ollie…

—¡Ja, ja, ja! —Olivia se vuelve hacia nosotros, con la cara radiante de arrogancia, y aplasta la botella de agua vacía entre sus manos—. ¡Te lo has creído, tontito! Has fallado —Choca los cinco con Jennie y luego abraza a Emmett.

—¡Te he dicho que caería en la trampa! —grita él.

Tiro una pelota de ping-pong de la mesa.

—Sabía que debería haber formado equipo con Ollie otra vez este año. Carter es malísimo.

—¡Pensaba que mi mujer había roto aguas! ¡No es justo! ¡Han hecho trampas! ¡Pido la revancha!

—Esa era la revancha —le recuerda Jennie—. Y sigues perdiendo.

—¡No, no he perdido! ¡No he perdido! Yo… yo…

—Has perdido —interrumpe Cara—. Dos veces. Y perdiste tres veces el año pasado. Tu esposa te sigue ganando en este juego, y aun así sigues teniendo la esperanza de que la próxima vez se dé el resultado a tu favor. Es inspirador, Carter, pero también triste. —Le da una palmada en el pecho—. En cinco minutos darán las doce. No tenemos tiempo de que encuentres tus huevos.

Se desata el caos. Todos se amontonan en el salón y la cocina, y la temperatura en la casa se dispara al instante. Demasiados cuerpos apiñados en la planta baja, demasiada gente que empieza a buscar a sus respectivas parejas. Adam y Jaxon están reunidos en la isla, preparando bebidas para todos los solteros. Hay tanta gente en este espacio que es difícil ver a alguien que no sea la persona que está a tu lado.

Para mí es difícil ver a alguien más que a Jennie, de pie en una esquina del salón como si intentara desaparecer, con la mirada nerviosa como buscando algo por el espacio. Su personalidad radiante ha sido reemplazada por esta sombra, que prefiere esconderse antes que formar parte de la emoción que flota en el aire.

Voy desde la cocina al comedor, antes de volver a dar la vuelta por el pasillo oscuro y vacío, para pararme justo detrás de Jennie.

Mis dedos bailan alrededor de su cintura hasta que abro la palma de la mano sobre su vientre, y ella suelta un suspiro por el sobresalto.

Mis labios tocan su oreja mientras la cuenta regresiva baja hasta el último minuto.

—Ven conmigo.

—¿Qué haces? —susurra mientras la guío escaleras arriba—. ¿Y si Carter nos ve?

—Lo único que existe en el mundo de tu hermano en este momento es su esposa. —Me asomo y echo un vistazo a un dormitorio, el mismo en el que probé a Jennie por primera vez—. No notará que no estamos.

—Si te equivocas, voy a fingir amnesia.

La arrastro a la habitación oscura, y la arrincono contra la pared.

—Y yo me tiraré por la ventana y nunca volverás a verme.

Abajo, la gente empieza a contar hacia atrás desde veinte.

Mi mano se curva alrededor del cuello de Jennie, y mi pulgar se posa sobre el punto del pulso que late bajo su piel caliente. Late con violencia, y me encanta ser la razón por la que ella vuelve a la vida en este instante.

Quince.

—¿Vas a dejar que te dé tu beso de medianoche?

Diez.

Sus ojos salvajes se clavan en los míos.

—Quizá.

Cinco.

—No es la respuesta que buscaba.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno.

—Entonces, quizá solo deberías hacer lo que quieres.

Nuestras bocas chocan frenéticamente, los dedos recorren el pelo, las caderas se mueven, las lenguas se buscan, mientras en el piso

de abajo la casa estalla en un alboroto de brindis y gritos.

Mi mano se desliza por la parte trasera del vestido de Jennie y le doy una ligera palmada en el culo.

—Muérdeme una vez más y te haré gritar.

Me enrosca los dedos en el pelo mientras me besa profundamente, y desliza los dientes por mi labio inferior antes de tirar.

—Me gustaría verte intentarlo.

Cierro la puerta del dormitorio de golpe y la empujo al baño, encendiendo la luz mientras cierro la puerta desde dentro. Tiene las mejillas sonrojadas, los labios rosados y levemente hinchados, su pecho sube y baja cuando me acerco a ella.

—Quítate las bragas.

—Gar…

—Ahora.

Estoy jugando con fuego, pero no encuentro la voluntad para detenerme. He tenido que mirarla desde lejos toda la noche, y lo único que quiero es saborearla.

Jennie no se mueve lo suficientemente rápido, así que la giro, la empujo contra la pared y, con un tirón rápido, sus bragas son una bola entre mis dedos.

Una mano rodea la base de su garganta, la otra se cuela entre sus piernas.

—¿Adivina qué pasa cuando gritas?

—La gente lo oye —responde con un gemido.

—Exacto, que la gente lo oye. ¿Quieres que la gente nos oiga?

Jadea mientras deslizo mis dedos por su calor empapado.

—No.

—Entonces tendrás que portarte bien y quedarte calladita.

La levanto en mis brazos para apoyar su culo en la encimera, subiendo su vestido alrededor de sus caderas mientras le abro las piernas. En el espejo, su coño brilla por el deseo, y a mí se me hace agua la boca.

—Vas a verte acabar, y vas a intentar no hacer ruido cuando lo hagas.

Sus ojos, muy abiertos, me miran con asombro mientras mis manos recorren sus muslos. Cuando abro la boca sobre su cuello, sus labios se abren con una inhalación que pronto se convierte en gemido cuando empiezo a acariciarle el clítoris.

Chasqueo la lengua y muevo un poco la cabeza.

—No has empezado bien, solecito.

Sus caderas se arquean, los ojos se vuelven suplicantes cuando mi mano la roza, casi dándole lo que quiere, pero arrebatándoselo justo en el último segundo.

Mi boca recorre su garganta, desde la mandíbula hasta la oreja, donde me detengo.

—¿Quieres que te folle con los dedos?

Jennie es un espectáculo: desnuda y abierta para mí, mirándome vulnerable, con la cabeza echada hacia atrás sobre mi hombro. Cuando asiente, me doy cuenta de que la he dejado sin palabras por primera vez desde que la conozco.

Quizá por eso la llevo hasta el final, nuestras miradas fijas en los ojos del otro mientras le meto un dedo dentro. Cuando su boca se abre con un gemido, la cubro con la mano libre, ahogando mi nombre, que sale de sus labios.

Le meto un segundo dedo.

—¿Qué has dicho?

Sus manos se alzan hacia atrás, frenéticas, buscando algo a lo que aferrarse. Una atrapa mi camisa y la otra se agarra de la encimera, y cuando le doy más fuerte y más rápido, sus ojos quedan en blanco mirando al techo mientras gime sobre la mano con la que le tapo la boca. Mi pulgar encuentra el clítoris: lo presiono y lo rodeo, volviéndola loca.

—Quiero que te pongas de rodillas cuando lleguemos a casa —le susurro al oído. Sus paredes empiezan a apretarse alrededor de mis dedos mientras se agita en mis brazos, y los dedos de los pies se le encogen contra el espejo—. Y quiero comprobar hasta dónde puede entrar mi polla.

Jennie gime fuerte debajo de mi mano, apretándome más, y empieza a sacudirse sin control. Intenta apartar mi mano de entre sus piernas, mientras su orgasmo se acerca.

Abandona la lucha, y su cuerpo tiembla y se estremece, la cabeza cae hacia atrás y grita mi nombre contra mi mano, hasta que finalmente se detiene, bajando de su subidón, con los ojos azules brillantes y aturdidos.

Le tapo la boca con la mía, animándola a abrirla con la lengua, y ella suspira mientras se hunde en mi abrazo.

Dos minutos después, intento pensar en cómo decirle a Carter que tiene que desinfectar el baño de su habitación de invitados mientras Jennie se viste.

—Ve a asegurarte de que el camino está despejado —susurra, sacando un recipiente con toallitas del armario—. Yo limpio.

Me meto sigilosamente en el dormitorio oscuro y abro la puerta. La luz y el ruido de abajo se filtran, pero el pasillo está vacío.

Vuelvo de puntillas al baño, donde Jennie me rodea el cuello con los brazos, atrayéndome para darme un beso.

—Primer orgasmo del nuevo año. Un sólido seis de diez, Andersen.

—Qué dices, solecito. Hago temblar tu mundo noche tras noche. —Entrelazando mi meñique con el suyo, la arrastro hasta el dormitorio—. Ya lo he comprobado. No hay moros en…

—… ¿la costa? —termina Cara por mí, plantada en el umbral del dormitorio—. Así es como termina la frase, ¿no, Garrett?

Detrás de mí, Jennie se encoge, pegándose a mi espalda, y asoma el rostro bajo mi brazo. Junto a Cara, Adam está con la boca abierta.

—Lo que pasa, este… Es que… —*Me cago en la puta*—. Quiero decir, eh… —*Piensa, Garrett, piensa*—. Ya hemos desinfectado.

Adam se tapa los ojos con ambas manos.

—No, no, no, *NO*. ¡No quiero saber nada de esto!

Se gira y sale corriendo por el pasillo. No llega muy lejos, teniendo en cuenta el estruendo que oímos, y luego su voz rota que llama:

—Caraaa.

—Sí, mi dulce ángel —responde ella, con la mirada fija en nosotros —. ¡Voy!

Su sonrisa no se desvanece cuando sus ojos se cruzan con los nuestros, y una uña roja golpea rítmicamente el marco de la puerta. Toda mi vida pasa ante mis ojos mientras contemplo las innumerables formas en que Carter va a hacerme daño, a torturarme

lentamente sin matarme, solo para poder volver a infligirme más sufrimiento.

—*Y por supuesto* que vamos a hablar de esto —dice al fin, así sin más, como si esta no fuera la última vez que tendré todas mis extremidades intactas. Luego se da la vuelta y se va.

***

—Así que se acabó.

Jennie toma mi mano y me arrastra hasta el ascensor.

—Pero Cara ha dicho que no se lo contaría a nadie.

Asiento, presionando el botón del piso veintiuno.

—Sí, eso ha dicho.

—Porque ella piensa que solo ha pasado una vez.

—Sí, eso piensa.

Jennie golpea el pie contra el suelo.

—Así que no deberíamos tentar a la suerte.

Sigo a Jennie hasta su puerta.

—Definitivamente no.

Su mano tiembla al meter la llave en la cerradura, y cuando por fin abre la puerta, me mira fijamente.

—Así que, ¿estamos de acuerdo? ¿Hemos acabado?

—Sí, fin —susurro, inclinándome hacia ella.

—Totalmente terminado —murmura, levantando mi mandíbula.

Doblo el cuello.

—Listo, se acabó todo.

Su aliento cálido y dulce roza mis labios.

—Sí, basta. Terminado.

La espalda de Jennie hace un ruido sordo cuando chocamos contra la pared, y la puerta se cierra de golpe detrás de mí. Me quito los zapatos, me deshago del abrigo y no espero a que Jennie se quite los tacones para sacarle el vestido y atraerla hacia mí, enredando sus piernas alrededor de mi cintura.

—No hemos terminado —gruño contra su cuello mientras vamos rebotando como una bola de *pinball* por el pasillo—. No he terminado, joder.

***

—Creo que hemos roto a Adam.

—*Definitivamente* lo hemos roto.

Jennie me pasa un plato de pizza fría.

—¿Estará bien?

Devoro una porción entera antes de responder, sobre todo porque necesito tiempo para pensar.

—La verdad, no estoy seguro. Intenté hablar con él, pero seguía tapándose los oídos y canturreando *No escucho, no escucho*. Estaba bastante borracho. Quizá podría fingir que todo ha sido producto de su imaginación.

Cuando termino, dejo mi plato en la mesita y bostezo.

—¿Te vas? —Jennie toma mi mano entre las suyas y me acaricia los dedos de arriba abajo—. ¿Podrías quedarte un rato más? Podríamos hacernos mimitos.

Una sonrisa lenta se dibuja en mi rostro.

—¿Quieres mimitos?

Ella levanta un hombro.

—Si quieres.

—¿Si *yo* quiero, o si *tú* quieres?

—Tú. —Se ríe, apartando mi mano de un manotazo cuando le agarro la cintura.

Me arrastro hacia ella.

—Sabes, estás resultando ser una verdadera osita cariñosa a la que le gustan los mimitos. ¿Quién lo hubiera dicho?

—No lo soy.

—Admítelo, Jennie. —La tumbo de espaldas y me monto encima de sus caderas—. Eres mimosa. Te gusta acurrucarte conmigo.

—No.

—Vamos, Jennie. —Le rozo el borde de su rostro con la nariz—. Vamos, admítelo.

—Nunca.

Por segunda vez hoy, mis dedos descienden por sus costillas y observo con placer cómo Jennie se retuerce debajo de mí, chillando y riendo hasta quedarse sin aliento.

Entre risas, la abrazo fuerte.

—No puedo creer que antes me asustaras tanto.

—Sí, claramente necesito recuperar mi factor «miedo». —Jennie se acurruca a mi lado mientras las yemas de mis dedos rodean sus omóplatos y bailan a lo largo de su columna hasta el hueco en la parte trasera de su cintura—. ¿Puedo contarte algo, Garrett?

—Por supuesto.

—No me resulta tan fácil hacer amigos. Me cuesta confiar en la gente. He aprendido a no molestarme por tener un círculo reducido de amistades, pero tú… has llegado y has hecho que todo sea mucho mejor. —Sus ojos azules somnolientos me miran, y detecto un brillo de vulnerabilidad—. Creo que eres mi mejor amigo. —Baja la mirada hacia mi pecho, con las mejillas rojas como tomates—. Me dolería mucho perderte.

Apoyo un dedo bajo su mentón y la obligo a mirarme a los ojos. No sé qué le ha pasado para que las amistades sean tan difíciles e inalcanzables para ella, para que su confianza sea como un tesoro que hay que resguardar, pero el miedo es muy real: el miedo a que me vaya sin más, miedo a perderlo todo.

¿Por eso se niega a ver lo que tiene delante, lo que podríamos tener? ¿Porque las opciones son tenerme como amigo o nada?

No puedo prometerle un «para siempre», en especial cuando no sé qué nos deparará el mañana, y ella no está lista para recorrer el camino que nos llevará de ser amigos con derechos a algo más. Pero puedo prometerle una cosa.

—Los mejores amigos no se pierden, Jennie. Estaré aquí siempre. Te lo prometo.

21
ME LLAMO GARRETT ANDERSEN Y TENGO UN TRASERO DE HOCKEY

Garrett

—Por Dios, qué bien me veo. —Carter gira la cabeza, mirándose en el espejo. Se tira de las solapas de la chaqueta de su traje a medida —. La verdad, estoy muy follable.

Le pasa el móvil a Emmett, apoya la mano en el espejo de cuerpo entero, saca el culo para que resalte y nos mira por encima del hombro.

—Hazme una foto. Se la voy a enviar a Ollie para hacerle saber lo que le espera esta noche.

Emmett empuja un taburete hacia Carter.

—Sube la pierna. —Asiente con la cabeza mientras hace las fotos —. Sí, así, eso está bien. A Ollie le gustará.

Adam cruza los brazos, viendo la sesión de fotos improvisada.

—Joder, estos pantalones son muy buenos. —Señala el trasero de Carter con su traje color borgoña—. Ni siquiera parece que estuvieras a punto de reventarlos, Carter. Estoy impresionado.

Carter se agacha en cuclillas y rebota arriba y abajo.

—La tela se estira. Son fantásticos. Haced la prueba.

Todos le hacemos caso. Sí, todos. Para que quede claro, hablo de todo el equipo. Veinticinco tipos vestidos con trajes de diseñador hechos a medida para atletas con la parte inferior musculosa, y nos ponemos en cuclillas para estirar la tela. Nos llaman para un montón de sesiones de fotos para la publicidad, pero creo que esta podría ser mi favorita. Estoy hecho una bomba sensual.

—Joooder. —Coloco una mano en mi muslo y la otra en la nalga izquierda mientras me inclino hacia delante—. Son increíbles. Increíblemente cómodos. —Me estiro bien, sintiendo el ardor en la ingle, y gimo. Como es bailarina, Jennie es muy flexible, pero yo no. De tanto en tanto se le ocurren ciertas ideas, y yo trato de estar a la altura, pero para ser sincero, a veces es difícil seguirle el ritmo.

La fotógrafa se ríe y me toma una foto.

—Esto es genial. —Tiene el cabello negro azabache recogido en una coleta de caballo que le cae hasta media espalda—. Basta de fotos rígidas. Deberíamos haberlos dejado hacer lo que les viniera en gana desde el principio. Son todos modelos natos.

Cuando yo sonrío, ella me sonríe. Se llama Susie y estoy casi totalmente seguro de que lleva una hora coqueteando conmigo, sobre todo porque parece que mi traje es el único que necesita ser ajustado constantemente.

—¿Te ha dado un tirón en la ingle? —pregunta Carter mientras me froto el punto palpitante de dolor—. ¿Cómo te has hecho eso?

Me arden las puntas de las orejas y tengo la nuca sudada, sobre todo cuando los ojos de Adam se encuentran con los míos. No me ha dicho ni una palabra sobre la velada de la víspera de Año Nuevo. ¿Es posible que se haya olvidado, o será que yo soy lo bastante tonto como para esperar que así sea?

Cara prometió no contárselo a nadie, siempre y cuando fuera algo esporádico. Ella estaba totalmente a favor de que la cosa avanzara, pero dijo que en ese caso no podría callarse la boca. Me sorprende que cumpliera su promesa. Durante la última semana, Emmett ha estado dando vueltas a mi alrededor sin la más mínima idea de que he tenido alguna parte de mi cuerpo dentro de Jennie.

—Resbalé en el hielo —explico al fin, o miento, según cómo lo veas—. Sí, resbalé, y se me fue la pierna… —Hago unas piernas con

el índice y el dedo del medio, y los separo, por si el concepto de resbalar precisara apoyo visual—. Así. De modo que… sí, duele.

—Jennie tiene un aparato para masajes que es increíble —dice Carter—. Lo llamo «la maza» por cómo le da leña a los músculos doloridos. Deberías pedírselo prestado.

—Definitivamente, sí. Voy a pedírselo prestado. —Ojalá pudiera evitar que mi cabeza asintiera todo el tiempo.

—Pídele que te enseñe a usarlo. Vas a estar aullando sin parar.

Ajá. Definitivamente.

Sigo buscando una respuesta cuando Adam pregunta:

—¿Cómo era la frase? —Se ajusta los puños de la camisa, y sus ojos recorren su cuerpo en el espejo. Va vestido completamente de negro y está impecable como un demonio.

—Me llamo Jaxon Riley y tengo un trasero de hockey —responde Jaxon.

Adam carraspea.

—Me llamo Adam Lockwood y tengo un trasero de hockey.

Resoplo.

—Al menos que sea con un poco de estilo.

—Sí, sí, es así. —Carter apoya la mano en el espejo de nuevo y mira por encima del hombro—. Me llamo Carter Beckett y tengo un trasero de hockey.

—Es más bien así. —Carraspeo y muevo los hombros, colocándome en posición, una mano en el nudo de mi corbata y la otra en la cadera—. Me llamo Garrett Andersen —me asomo por encima del hombro— y tengo un trasero de hockey.

Carter me aparta con la cadera.

—Me llamo Carter Beckett —murmura, con la voz ronca y grave. Balancea la cabeza por encima del hombro y entrecierra los ojos al tiempo que hace sobresalir la cadera y desliza una mano por su nalga derecha—. Y tengo un trasero de hockey.

Levanto el faldón trasero de mi chaqueta y me agacho, lanzando una mirada intensa y ardiente por encima del hombro. Es el tipo de expresión que reservo para llevar a Jennie al dormitorio.

—Me llamo Garrett Andersen. —Me pongo en cuclillas, muevo la mano en círculo sobre mi nalga y levanto las cejas—. Y tengo un

trasero de hockey.

—Joder —murmura Carter, asintiendo con la cabeza lentamente—. Sí. Sí, eso es.

—Genial —dice Susie, haciendo foto tras foto de un equipo entero de jugadores de hockey que se ponen en cuclillas, acentúan las caderas y se dan palmadas en el trasero—. Sois tan divertidos y naturales. Deberíamos hacer un par de fotos grupales y luego el videógrafo os irá llamando uno a uno.

Se acerca a mí, tratando de agarrarme la corbata.

—¿Otra vez se me ha aflojado el nudo? —Me meto las manos en los bolsillos del pantalón mientras ella empieza a manipular la corbata.

Se ríe.

—No sé cómo sigue pasando. —Yo tampoco, porque la única persona que no para de tocarla es ella—. Este traje te queda fenomenal.

—Gracias. Me gusta. Es muy cómodo. —Es por la tela elástica de licra de alto rendimiento. Cinturas y piernas muy ajustadas, pero que, gracias a su elasticidad, se amoldan perfectamente a nuestros gruesos músculos de los muslos y (sí, lo has adivinado) de nuestros traseros de hockey.

—Eres muy alto. ¿Cuánto mides?

—Un metro noventa —respondo, ignorando las risitas de Carter y Jaxon.

—Vaya —murmura Susie maravillada.

Señalo a Adam, intentando desviar su atención. Es dulce, pero no quisiera que tuviera una impresión equivocada. Hay una morena atrevida que ocupa la mayor parte del espacio en mi mente.

—Él mide uno noventa y cinco.

Apenas le dirige una mirada.

—Sí, es altísimo. ¿Y tu novia también es alta?

—Eh, yo… —Me rasco la nariz—. No tengo novia—. No es mentira, pero lo siento como si lo fuera.

Su rostro se ilumina.

—Vaya.

—¿Tienes novio? —pregunta Carter, acercándose con paso despreocupado, con una sonrisa molesta en la cara.

Susie niega con la cabeza, sonriéndome expectante, y Carter me pasa un brazo por los hombros y me atrae hacia sí.

—Vaya, qué divertido. Los dos estáis solteros y Garrett quiere adentrarse en el mundo de las citas. ¿Verdad, colega?

De puta madre. Esto no pinta nada bien.

***

Las mujeres embarazadas dan miedo.

Jennie mide como quince centímetros más que Olivia y, sin embargo, sigue tratando de desaparecer en el sofá, intentando esconderse de la mirada de su cuñada.

—¿Podrías dejar de mirarme así? —le grita Jennie por fin—. ¡Ya lo he entendido, no te gusta el regalo de Navidad que le hice a Carter! Pero no quiero morir hoy.

Olivia señala furiosa hacia el centro del salón, donde Carter, con un micrófono, canta las palabras que van apareciendo en la pantalla.

—¡Dos semanas, Jennie! ¡Lleva dos semanas cantando todos los días!

—Bueno, han estado de viaje durante cinco… —Jennie cierra la boca ante la expresión asesina en el rostro de Olivia—. Sí, vale, lo pillo. Dos semanas. El juego de karaoke ha sido una idea espantosa.

Jennie y Cara se miran con los ojos muy abiertos, intentando no reírse, pero cuando Carter se da la vuelta, coge a Olivia de la mano y tira de ella para ponerla de pie mientras canta «Bésala» de *La sirenita*, estallan en carcajadas.

—Vale, Jennie —jadea Carter cuando termina la canción, secándose el sudor de la frente—. Tú y yo. ¿*Frozen*?

—Sí, sí, sí. —Salta del sofá, toma un segundo micrófono, y no sé cómo coño mi vida ha dado este giro y me he convertido en un tipo de veintiséis años que elige pasar uno de sus escasos viernes por la noche libres viendo a sus amigos cantar canciones de Disney en un karaoke.

Y, aun así, no cambiaría mi vida por nada. Es fácil ver que Jennie parece completamente libre y a gusto aquí, da la sensación de que con estas personas se siente en su hábitat natural, libre para ser ella misma.

—A veces —suspira Olivia— es como si hubiera dos Carter.

Le doy una palmadita en la mano.

—Y estás a punto de traer uno más al mundo. Qué valiente eres, Liv.

—Necesito ayuda. Mucha ayuda.

Me río.

—¿Te traigo algo, mi pequeña mami?

Está acurrucada en el sofá, y no sé cómo, pero parece incómoda y cómoda al mismo tiempo. Su barriga de embarazada es adorable, pero como ella es tan pequeña, se ve muy grande, y estoy seguro de que algo le duele.

—Me encantaría un té y unas Oreos. Carter ha puesto las galletas encima de la nevera para que no pueda alcanzarlas, y las bolsitas de té están en la despensa.

Adam se acerca a mí en la cocina mientras preparo la tetera, con cara de incomodidad, y también un poco asustado.

—Mira, amigo —empieza con cautela—. Yo te quiero.

—Yo también te quiero, colega.

—Y quiero que seas feliz —prosigue.

—Gracias, amigo. Te lo agradezco. —Echo el agua humeante sobre la bolsita de té, y observo cómo cambia de color—. Yo también quiero que tú seas feliz.

—Esto, claro. Pero para ser feliz, tienes que, bueno… —Se pasa una mano nerviosa por el pelo y recorre la habitación con los ojos antes de acercarse y susurrar—: seguir vivo.

Resisto la tentación de reírme, solo porque su preocupación es genuina, y también porque no morir es la opción preferible. La verdad es que me sorprende que haya tardado tanto en sacar el tema. Apuesto a que ha estado dándole vueltas al asunto toda la semana.

Echo un vistazo rápido al salón. Todos están ocupados y, lo más importante, Carter sigue cantando.

—Mira, solo ha sido una vez. No volverá a pasar. —Mentirle a Adam me causa una sensación extraña. No me gusta.

—Nunca debería haber pasado —susurra gritando—. ¡Ha sido un gran error!

Hago un gesto de impotencia con los brazos.

—¡Cometo errores todo el tiempo, joder! —Me llevo una mano al pecho para calmar mi respiración errática antes de que esto se ponga aún más intenso. Además, Cara nos está mirando desde la sala de estar. No necesito que vuelva a meter la nariz aquí. Ya de por sí es un milagro que haya logrado que la sacara.

—Mira, lo único que hicimos fue besarnos.

—¡Dijiste que habías desinfectado el baño!

—Pero bueno, ¿tú no estabas borracho? ¿Cómo recuerdas eso?

—¿Por qué tenías que desinfectar si solo os besasteis?

—Eh, porque Je… *ella* es muy torpe… cuando da besos. Es muy descuidada. —Si esto llega a sus oídos, me va a cortar los huevos—. Pero besa muy bien, eh.

Adam pone los ojos en blanco.

—Genial, porque definitivamente siempre me he preguntado dónde deberíamos colocarla en el ranking de besos con lengua. —Se inclina más, con una acusación feroz en los ojos—. ¿Qué hacías solo con ella en el baño de arriba?

—Todos los baños estaban ocupados.

—¿Todos los baños estaban ocupados exactamente a medianoche mientras todos celebraban la llegada del Año Nuevo?

Me muerdo los labios.

—Pues sí.

Adam sacude la cabeza.

—Bueno, ya que estamos, ¿qué estabais haciendo tú y Cara yendo juntos al baño de arriba? —Estoy desviando la conversación, sin acusarlo, pero aun así él me golpea el hombro con el puño ante la insinuación.

—Porque todos los baños estaban ocupados después de la medianoche, y los dos teníamos que ir, y Cara dijo que ya no aguantaba más, idiota.

Ahogo una risa porque me gusta ver a Adam alterado, insultando y todo eso.

Suspira y se pasa los dedos por el pelo oscuro, con los ojos azules exhaustos.

—¿Me prometes que solo ha sido una vez? ¿Qué ya ha terminado?

Me rasco la comisura de la boca.

—Lo prometo —murmuro, tapándome la boca con la mano, y espero que Adam me perdone algún día.

—¿Así que vas a llamar a esa chica?

—¿Chica? ¿Qué chica?

—¡La chica de hoy! ¡La fotógrafa!

—Claro, claro. Ella. Sí, la voy a llamar. —*Ya he borrado su número*.

Susie estaba bien. Era guapa, dulce y muy simpática. Si estuviera disponible, quizá la invitaría a salir. Pero no estoy disponible. O al menos creo que no lo estoy. ¿No?

Bueno, en fin, ella no es Jennie, y eso es lo único que importa. Jennie es la única mujer de la que no puedo apartar la vista.

Cuando Adam por fin queda lo suficientemente satisfecho, ella se dirige a la cocina.

Toma una taza, la llena de agua caliente y sumerge una bolsita de té.

—¿De qué estabais hablando?

—Solo quería asegurarse de que no pasaba nada.

Jennie se apoya en la encimera, ocultando su sonrisa tras la taza.

—Pobre Adam. Me siento mal por mentirle a un tipo tan dulce.

—Yo también, sobre todo porque su principal preocupación es que yo siga vivo.

Jennie tararea, asintiendo.

—Bien visto.

Me inclino a su lado y, cuando nuestras manos se rozan, entrelazo mi meñique con el suyo.

—¿El juego de karaoke ha sido un regalo para ti o para Carter?

—¿Y qué si a mí también me gusta cantar?

—Creo que has nacido para estar sobre el escenario.

—He nacido para brillar, cariño. —La canción se va apagando, y Jennie levanta ambas cejas mientras retira la mano y empieza a

caminar hacia la sala de estar con su té—. ¡Garrett es el siguiente! Quiere cantar la de Vaiana.

Preferiría no hacerlo, pero Cara se levanta de un salto, grita que va a cantarla conmigo, y antes de darme cuenta, ya he cantado la mitad de la banda sonora y Jennie no ha dejado de reírse todo el tiempo. Me encanta ser la razón de su risa.

Cuando por fin me vuelvo a sentar, sin aliento y con hambre, Carter rompe mi burbuja de felicidad.

—Garrett tiene una cita.

Me quedo boquiabierto y mi mirada se dispara hacia Jennie.

—¿Qué? ¿Pero qué dices?

—Bueno, todavía no. Pero consiguió el número de teléfono de la fotógrafa de la sesión de hoy.

—Ella… esto, ella… ¡Ella me lo dio!

—Han estado coqueteando todo el rato. Estaban muy interesados el uno en el otro.

—No, yo… yo… Ella sí, pero yo estaba… —*Joder*. En cuanto mis ojos se encuentran con los de Jennie, ella aparta la mirada, con las mejillas encendidas de un color rojo furioso. La mirada de Cara alterna entre los dos, y una sonrisa pícara se dibuja en su rostro. Adam parece agotadísimo, o decepcionado, quizá ambas cosas.

—No he estado coqueteando —murmuro, pero las palabras se pierden cuando Carter y Emmett estallan en un dúo de «Hazme un muñeco de nieve» de *Frozen*, y durante la siguiente hora, lo único que hago es lanzar miradas furtivas a Jennie.

Cuando volvemos al edificio, no entiendo nada. Jennie no me mira y apenas ha pronunciado una palabra en toda la noche. Cada vez que alguien se dirigía a ella, le pedía que repitiera lo que le habían dicho. Intenté enlazar mi meñique con el suyo bajo la isla de la cocina cuando estábamos todos en fila para servirnos los platos, pero ella me dio la espalda y actuó como si yo no estuviera allí. La mayor interacción que he conseguido de ella esta noche ha sido cuando me ha entregado las llaves del coche de Carter y me ha pedido que condujera a casa porque la nieve la ponía nerviosa.

—Es bonito ver lo unidos que estáis Carter y tú. Se nota con solo veros.

Sigue mirando fijamente por la ventana.

—Sí, es mi mejor amigo.

—Y yo también, ¿verdad? —Le pincho el muslo con un dedo y me río con entusiasmo. No sé por qué estoy haciendo eso. Todo es incómodo y lo único que quiero es poner mi mano en su rodilla y entrelazar mis dedos con los suyos—. ¿Jennie? —insisto, pinchando una vez más.

Me mira de reojo y me dedica una sonrisa débil. No creo que eso sea una respuesta. Y si lo es, no me gusta.

—Bueno, tú eres mi mejor amiga. —Por qué no puedo dejar de hablar—. Así que qué se le va a hacer. *—¿Qué se le va a hacer? Por el amor de Dios, basta, me tengo que callar.*

Conduzco otros tres minutos en un silencio horrible, y cuando paramos en un semáforo en rojo, ya no puedo aguantar tener las manos lejos de ella. Pongo la mano boca arriba, abro los dedos, y espero.

Jennie me observa, pero no pica el anzuelo, así que muevo la mano.

—Vamos, Jennie. Dame la puta mano, por favor. No he podido tocarte en todo el día, que es, vaya coincidencia, lo único en lo que estaba pensando.

La comisura de su boca se curva, y aunque no es suficiente, lo acepto. Desliza la mano sobre la mía, y cuando nuestros dedos se entrelazan y ella me agarra la mano, mis terminaciones nerviosas chisporrotean. Me pregunto si le hago sentir el mismo calor que ella me transmite a mí, como una taza de chocolate caliente cuando vienes del frío de la calle, o salir en primavera y sentir el sol en la cara tras un largo invierno.

De vuelta en nuestro edificio, subimos al ascensor en silencio, pero ella mantiene su mano suavemente entrelazada con la mía. Cuando llegamos a su puerta, ella entra y la forma en que empieza a cerrarla antes de que pueda seguirla hace que mi corazón lata demasiado rápido. Está enfadada, y no quiero que lo esté.

Me sonríe, pero odio el gesto tibio. Es una sonrisa pequeña, triste y algo tímida, medio oculta tras la puerta. Sus hoyuelos apenas se asoman.

—Oye, voy a entrar sola. Estoy bastante cansada.

—Vaya. Vale. ¿Estás segura? Podríamos ver una película o algo. Puedo hacerte cosquillas en la espalda en la cama.

—Sí, lo sé, pero hoy mejor no, está bien así. Me voy a dormir.

—Está bien. —Me froto la nuca—. Bueno… Buenas noches, supongo. —Me inclino hacia delante, y ella gira la cara tan ligeramente que ni me daría cuenta, salvo que cuando la beso toco la comisura de la boca en vez de sus labios.

Y eso es una mierda.

El silencio flota entre nosotros, provocándome una sensación incómoda de escozor en la piel. No sé qué está pasando. Sé que no siento lo mismo que cuando empezó todo esto, cuando no quería más que una probadita inocente. Quizá sea culpa mía, por saltarme las reglas, por darle más de lo que pidió, las películas, los abrazos, los malditos pantalones de chándal.

Pero no sé leerla, y ahora mismo, cuando mis propios sentimientos son nuevos y confusos, y no sé hasta qué punto son profundos, no sé cómo proceder, salvo que debo andar con cuidado. La paciencia siempre ha funcionado con Jennie, al menos hasta cierto punto. ¿Es descabellado esperar que un poco más me lleve a donde quiero? Lo único que sé es que se asusta con facilidad, y asustarla es lo último que quiero hacer.

Jennie juega con la punta de su trenza.

—Ah, y si vas a llamar a esa chica…

Lo sabía. Está celosa. ¿Eso quiere decir que le gusto? Creo que sí, quiere decir que le gusto.

—No voy a llamar a esa chica.

—Bueno, pero si cambias de opinión…

—Ya he borrado su número.

—Ah.

—Sí.

—Bueno. —Enreda su trenza alrededor de los dedos y sus mejillas se sonrojan mientras intenta desenredarlos. Le quito la mano del pelo y ella empieza a quitar pelusas imaginarias de su sudadera—. Pero recuerda que deberíamos terminar esto antes de que empieces

a salir con otra persona, porque no quiero sentirme una tonta ni avergonzarme ni nada de eso.

—No voy a salir con nadie más, Jennie, y no vamos a acabar con esto. ¿Eso es todo?

—¿A qué te refieres con todo?

—¿A que no quieres sentirte como una tonta?

Arruga la nariz mientras se muerde el labio inferior y vuelve a bajar la mirada. No sé si alguna vez voy a acostumbrarme a esas partes tímidas de ella que asoman de vez en cuando, pero estoy aprendiendo que me gustan tanto como sus partes más expresivas y seguras. Tanto si ruge como si susurra, siempre es hermosa, fuerte y, para mí, singularmente perfecta.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Mis ojos se ponen en blanco cuando miro al techo con un suspiro. Le gusta hacer esto de vez en cuando, responder a mi pregunta con una de las suyas. Es su forma de evitar cualquier conversación seria que pueda obligarnos a abordar hacia dónde van las cosas, o al menos hacia dónde quiero que vayan.

Así que, con una sonrisa tonta, tiro de la sudadera y la acerco a mí. Ella se precipita sobre mí, se agarra de mis bíceps para sujetarse, y yo inclino su cara hacia la mía.

—A veces eres tremendamente desesperante, solecito. Lo sabes, ¿verdad?

Ahí está, un atisbo de sonrisa. Sus hoyuelos empiezan a asomarse, y cuando su sonrisa se extiende por su rostro, quiero besarlos hasta quitárselos de las mejillas.

—No soy el solecito de nadie.

—Por Dios, me encanta ver cómo te equivocas. —Mi boca cubre la suya, animándola a abrirse, y su lengua se encuentra con la mía para un beso lento y amplio—. Porque eres *mi solecito*.

22
MIERDA

Jennie

—La reserva es para las siete, y vienen todos. Va a ser increíble. Y estamos en la lista para entrar en Sapphire después.

—¿Sapphire? ¿Cómo lo has logrado?

La punta de mi bolígrafo golpea sin parar el escritorio, y mi ojo no deja de contraerse involuntariamente mientras fantaseo con atravesar el globo ocular de Krissy con el bolígrafo azul turquesa.

¿Un poco extremo? Puede. ¿Necesario? Puede que también.

Simon me quita el arma de la mano y la reemplaza por un caramelo Starburst. No puedo meter un Starburst en el ojo de Krissy. Además, es rosa. No voy a desperdiciarlo.

—Ten, un caramelo. Parece que estés tramando un asesinato. —Abre el portátil y busca en YouTube hasta que encuentra uno de esos vídeos graciosos de perros que sabe que me gustan. Comprueba que esté silenciado y gira la pantalla hacia mí antes de volver a centrar su atención en Leah, que está en la parte delantera del aula.

Estoy bastante tensa en este momento. Krissy, sentada justo delante de mí, habla en voz alta sobre sus planes para el viernes, poniendo énfasis en que van todos.

Pero yo no formo parte de ese «todos», y desde luego no me importa. No me importa que vayan a la mejor disco, la más exclusiva de Vancouver, ni tampoco el hecho de que me lo pasaría en grande porque me encanta bailar. No me importa que todos los estudiantes de danza de mi promoción vayan, ni tampoco que haya estado al margen de cualquier actividad todos estos años.

He sido distinta desde el principio: la chica rica que no tuvo que esforzarse para ser aceptada en una de las academias de baile más elitistas del país, y a la que le dieron una beca, además.

Excepto que no soy una chica rica, y nunca lo he sido. Y antes de que me dieran la beca, tuve que romperme el lomo durante diecisiete años, durante los cuales comer, dormir, soñar, estaba enfocado hacia un solo objetivo: la danza, bailar.

Mi destino quedó sellado en el momento en que entré siendo la hermana pequeña de Carter Beckett, y como ya había tenido que aprender antes de eso, acepté mi rol y elegí hundirme en las sombras y ser mi propia amiga. Estoy cansada, pero ahora el miedo al rechazo es demasiado real para siquiera intentar algo distinto.

Mi amistad con Garrett me ha mostrado el tipo de conexiones que me he estado perdiendo todos estos años y ha despertado un profundo deseo de conseguir más. Venir a este lugar donde me veo obligada a esconderme dentro de mí misma es agotador. Quiero la libertad que siento con Garrett, la que me permite ser yo misma sin pedir disculpas, y quiero tenerla siempre, dondequiera que vaya.

¿Acaso la conexión que compartimos es algo que se encuentra con frecuencia? ¿Es el tipo de conexión que la gente forja con todos sus amigos? ¿O es algo que solo pasa con él, con nosotros? ¿Es fugaz y poco común, de esas relaciones sólidas que dan paso a un vínculo profundo y significativo? ¿De esas a las que te agarras y te dices a ti misma: «Pase lo que pase, no te atrevas a romperla»?

Cuando mi mente ve a Garrett, de inmediato abrazo su rostro.

Las cosas han estado más tranquilas con él, más suaves. Como si ambos camináramos con cautela, de puntillas por esa línea invisible, con cuidado de no cruzarla, incluso con miedo.

Es confuso, abrumador y quizá hasta un poco frustrante. ¿Pero acaso existe esa línea? No sé dónde está, pero sí sé qué hay al otro

lado, y eso hace que todo sea aún más aterrador. Porque donde hay algo bello que encontrar, también hay algo bello que se puede perder.

Cuando pensé que Garrett tenía una cita, me invadió un tsunami de sentimientos que me negaba a reconocer. Sentimientos que llevaban semanas acumulándose en segundo plano, creciendo con cada mensajito de buenos días, cada beso al saludarnos, todas las noches en el sofá, viendo películas con una taza de chocolate caliente, cada conversación tranquila y mundana en la cama, donde sus dedos suben y bajan una y otra vez por mi columna antes de que nos demos las buenas noches.

La parte lógica de mi cerebro analiza cada una de las acciones de Garrett, cada palabra, cada sonrisa que me regala, la forma en que su mirada recorre mi rostro antes de rozar sus labios con los míos. Esa parte me convence de que hay algo que vibra entre nosotros, algo fuerte y tangible. Tan tangible que puedo sentirlo incluso cuando no está a mi lado.

Pero luego está esa parte débil de mi cerebro, o más bien de mi corazón. Las piezas que se han roto y han quedado magulladas. Esos bordes rotos e irregulares me recuerdan que a veces no todo es lo que parece. Que hay gente que es muy buena convenciéndote de que les importas, o peor aún, de que te quieren.

Me puedo equivocar, pero cada parte de mí sabe que Garrett no es ese tipo de persona.

De todos modos, eso no significa que él sienta lo mismo que yo. Ya me he equivocado antes, y no quiero equivocarme con Garrett. Perderlo sería algo a lo que no estoy dispuesta a arriesgarme.

—Eso es todo por hoy. Disfrutad del fin de semana.

Leah pone fin al torbellino de mis pensamientos y las sillas resbalan por el suelo de linóleo cuando todos salen corriendo del aula.

Simon recoge el portátil mientras yo espero a que Krissy y las A al cuadrado se vayan. Ashlee, la Ashley número dos, me sonríe y me saluda con la mano. Siempre ha sido amable, callada, y no entiendo por qué sigue con ese grupito. Quizá ella está tan desesperada como yo por encajar en algún sitio, en cualquier sitio.

Simon me ofrece la mano y me ayuda a levantarme.

—¿Quieres venir conmigo a Sapphire mañana por la noche?

—Gracias, pero no.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sabes perfectamente bien por qué.

Simon suspira.

—Vamos, Jennie. Ven conmigo. Lo pasaremos genial.

—No creo que sea buena idea. No me han invitado. —Nunca lo hacen—. De todos modos, Sapphire no es de mi gusto. —Es una disco increíble, y es imposible entrar a menos que tengas un contacto con dinero, como, por ejemplo, un hermano jugador profesional de hockey.

Por cierto, salir a bailar con tu hermano mayor sobreprotector no es nada divertido. Carter persuadió a sus amigos para que formaran una barricada alrededor de nosotras, las chicas, que hacía que la Gran Muralla China pareciera una valla blanca de jardín. Salí de la pista de baile dos minutos después, y Carter me compensó con un batido de chocolate y plátano cubierto con Oreos desmenuzadas de camino a casa.

—¡Krissy! —grita Simon, haciendo altavoz con las manos—. Jennie puede venir mañana, ¿no?

Krissy curva la boca mientras me examina.

—No sabía que te gustara bailar, Jennie. —Me muerdo la lengua para no llamarla estúpida: ¿acaso no estudio danza, igual que ella? —. Ya sabes, por diversión —añade—. Por supuesto que puedes venir.

Simon es tan ajeno a la actitud de ella como siempre, o quizá simplemente le da igual. Apenas le presta atención, y a veces creo que eso es lo que más le molesta a Krissy de mí. Recibo la atención que ella desearía tener.

Simon me da un beso fuerte en la mejilla.

—¿Ves? Te dije que podías venir. —Empieza a alejarse, trotando—. Te mando un mensaje mañana antes de pasar a buscarte.

La tensa cara sonriente de Krissy sigue fija en mí.

—Justo les estaba diciendo a las chicas que no sé por qué nunca sales a tomar algo con nosotras.

Estoy a punto de recordarle que nunca me han invitado, pero la Ashley número uno se adelanta y apunta una respuesta.

—Jennie no bebe.

—¿Qué? ¿En serio?

Asiento con la cabeza.

La nariz de Krissy se arruga.

—Vaya. ¿Por qué?

Adelanto la mandíbula porque su tono está empezando a cabrearme de verdad.

—No necesito alcohol para divertirme. —Aunque eso sea cierto, no es la verdadera razón. Pero no tengo por qué darle explicaciones a nadie.

Se encoge de hombros.

—Supongo que nos veremos el lunes, entonces —me suelta por encima del hombro y las tres se alejan, dejándome allí de pie, preguntándome por qué ser abstemia implica que de repente ya no estoy invitada.

Krissy se detiene, y odio cómo mi cuerpo vibra, ansioso, con la esperanza de ser incluida, cuando ella me llama.

—¿Sí? —Aprieto con fuerza la correa de mi bolsa, esperando.

—Nos hemos enterado de que te han recomendado para el puesto en Toronto. No me sorprendería en absoluto que lo consiguieras.

Mi rostro se ilumina de orgullo, la tensión en mi pecho se alivia, mis hombros se relajan.

—Gracias. Estoy muy ilusionada con la oportunidad.

—Por lo visto, el talento no es su prioridad en esta ocasión. Por eso no me voy a molestar en presentarme. Me llegó el dato de que buscan a alguien dispuesto a obedecer ciegamente como una ovejita. Tiene sentido que Leah pensara en su alumna favorita. Saben que no vas a armar mucho alboroto allí. Eres tan… —Su mirada baja y luego vuelve a subir—. Poco interesante, como de sabor a vainilla.

Abro la boca para decirle que se vaya a la mierda, pero en vez de eso, me tiembla el mentón. Me muerdo el labio, intentando calmar el temblor para que ella no sienta placer al verlo y saber que ha conseguido hacerme daño.

No sé qué he hecho para que me odie tanto todos estos años, cuando mi única intención ha sido siempre pasar desapercibida, no llamar la atención. Pero no llamar la atención no me convierte en una persona plana, básica. Seguir las reglas porque no veo necesidad de romperlas no me hace aburrida.

¿O sí?

—Soy buena bailarina y me he partido el alma trabajando en esto. Siempre me parto el alma trabajando para mejorar.

—Ya, claro.

—Merezco ser tomada en consideración.

Krissy me da una palmadita condescendiente en el hombro.

—No he querido sugerir nada negativo con mis palabras. No hay nada de malo en ser predecible.

—Se llama ser confiable.

—Y desde luego que tu hermano sea Carter Beckett ayuda un poco. Piensa en la publicidad extra, las donaciones… Tienen mucho que ganar dejando que su hermanita enseñe allí.

Aprieto los puños hasta que se me clavan las uñas en las palmas de las manos.

—Mi hermano no tiene nada que ver en esto.

Krissy hace un gesto para que sus amigas la sigan.

—En fin, Jennie. Nos vemos el lunes.

Ashlee se queda un poco atrás y me saluda con un pequeño gesto acompañado de una sonrisa comprensiva.

—Que tengas un buen fin de semana, Jennie.

Exijo a mi cerebro que lo deje pasar, que no permita que me afecte. Pero entonces el sonido de los tacones en el pasillo, sincronizados con los latidos de mi pulso, resuena en mis oídos, y se me hace un nudo en la garganta cuando intento tragar.

—¡Jennie! Ahí estás. ¿Cómo está mi alumna favorita? Quería preguntarte qué te parece lo del puesto ahora que se acerca la graduación.

Mis ojos apenas atinan a mirar a Leah. Las arrugas de su rostro se suavizan y sus ojos marrones se llenan de compasión cuando se acerca a mí y me toma del codo.

—Hey, ¿estás bien? ¿Quieres ir a comer algo?

¿Es esto de lo que hablaba Krissy? Aparte de Simon, mi profesora es la única amiga que tengo en la universidad, la única persona que me invita a sentarme con ella en la cafetería, y que… dedica tiempo a interesarse por mí.

No, me digo a mí misma, apretando los ojos y negando con la cabeza. No dejes que te haga dudar de ti misma. No la dejes ni por un segundo.

—Jennie —insiste Leah con dulzura—. ¿Qué está pasando? Vamos a tomar un café.

—Yo… —Me siento avergonzada. Me siento sola. Me siento tan… vainilla. No encajo con el resto, y aunque siempre lo he sabido, la sensación hoy es más profunda y oscura que nunca. ¿Hay algo especial en mí?—. Tengo que irme —murmuro finalmente, apartando la mano de Leah.

Ella me llama, pero yo ya estoy en la calle, adentrándome en la ventosa tarde. El viento frío y húmedo me golpea las mejillas y hace que la piel me arda. Esta mañana el clima era templado y lluvioso, pero las temperaturas han bajado bruscamente y la lluvia se ha convertido en nieve, ese tipo de aguanieve densa que cubre el suelo, la que convierte cada paso en un peligro por el hielo.

Resbalo dos veces de camino al coche y apenas logro enderezarme antes de darme un golpe de lleno contra el suelo. Abro la puerta de golpe y meto mi abrigo y mi bolsa en el asiento trasero antes de subir. La nieve cae con más intensidad, y yo me aferro al volante, repitiéndome que esta gente no merece mis lágrimas, pero eso no evita que me escuezan los ojos. Cuando a duras penas logro salir del aparcamiento, la nieve sopla y tengo los ojos inundados en lágrimas, lo que dificulta mucho mi visión.

Me late el corazón con furia y mi pulso retumba en mis oídos mientras me acerco a una señal de stop en una intersección de cuatro vías, y cuando piso el freno, el coche derrapa hacia delante.

Y sigue hacia delante.

Un coche que cruza hace sonar la bocina.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa y los nudillos se me ponen blancos al apretar el freno con todas mis fuerzas y girar el volante.

Con el crujir del metal, suelto por fin las lágrimas.

23
INDIANA AL RESCATE

Garrett

—¿Ya has llamado a esa chica?

Mis pulgares se detienen en el controlador de juego y mi corazón da un vuelco.

—¿Eh?

Emmett me mira.

—La fotógrafa con la que te lio Carter.

—De nada —murmura Carter, mordisqueando un palito de zanahoria. Aparentemente Olivia ha empezado una nueva campaña para comer sano, porque los cambios de su cuerpo a medida que avanza el embarazo la están deprimiendo. Ha prohibido las galletas en su casa y, para apoyarla, Carter está tratando de evitarlas también. Estamos en casa de Emmett y Olivia no está, así que me impresiona que siga firme en su propósito.

—Eh, no —respondo por fin, esperando que lo dejen ahí.

—¿Por qué no? —pregunta Carter—. Parecía agradable.

—Sí, Garrett —interviene Cara desde la cocina—. ¿Por qué no?

—Pues no sé. —Me froto la nuca. Estoy cansado de hacer esto, de esquivar preguntas sobre mi estado civil o sobre por qué sigo volviendo temprano y solo a mi habitación del hotel—. No me parece que podamos hacer buena pareja.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Emmett—. Si le dieras una oportunidad, tal vez os llevaríais estupendamente.

—No sentí esa conexión. —Mantengo mis ojos en la pantalla del televisor mientras mi jugador agarra el disco y corre por el hielo.

—Últimamente no sientes ninguna conexión con nadie —señala Emmett—. No creo haberte visto salir con nadie en los últimos dos meses.

—Sí, ¿pasa algo? —se suma Carter.

—¿Por qué nadie le hace esas preguntas a Adam? —me quejo.

—Adam no está aquí —me recuerda Emmett—. Y todavía está poniendo su vida en orden. Y ni se te ocurra mencionar a Jaxon. Ese tipo tiene tres chicas en su regazo cada noche.

—Bueno, quizá yo también estoy solucionando algunos temas.

—¿Qué temas?

Suspirando, arrojo el mando a la mesita de centro. Las palabras salen de mi boca antes de que pueda contenerlas:

—Vale, estoy saliendo con alguien. —La sonrisa exasperante y satisfecha de Cara aparece ante mi vista, y bajo la mirada como si estuviera en llamas—. Bueno, más o menos. Es complicado.

Carter sumerge un palito de zanahoria en un tazón de salsa de queso azul.

—¿Complicado en qué sentido?

—No creo que ella esté lista para una relación. Tiene algunos problemas de confianza. —Lo cual no es mentira.

Carter murmura, masticando:

—¿Nesheshitas un conshejo?

—¿Consejos amorosos? ¿De ti? No, ni en sueños.

—¿Por qué no? Soy muy bueno en las relaciones.

Me río a carcajadas.

—Has tenido solo una.

—Sí, y estoy casado con ella, porque lo hice perfecto a la primera.

Pongo los ojos en blanco, meto la mano en el bolsillo y saco el móvil, que está vibrando. Un rayo de sol ilumina mi pantalla y rechazo la llamada al tiempo que me levanto y me estiro.

—Bueno, pues me voy.

—Si cambias de opinión, ya sabes cómo contactarme.

Mientras camino hacia la cocina, le voy escribiendo un mensaje de texto a Jennie, pero ella llama una vez más.

—Solecito —murmura Cara por encima de mi hombro, haciéndome saltar—. ¿Quién es Solecito y por qué te llama?

—Por Dios, Cara. Un poco de privacidad, ¿no?

—Nunca se me ha dado bien eso de la privacidad —reflexiona mientras me mira, y yo pongo mi vaso en el lavavajillas—. Conque estás saliendo con alguien, ¿eh?

—No es lo que piensas.

Su sonrisa es lenta y aterradora. Ella casi siempre es aterradora.

—¿Y qué pienso, Garrett?

—Esto… —*¿Es una trampa?*—. ¿Nada?

Ella da un paso para acercarse, luego otro, hasta que quedo aprisionado contra la encimera, con la palabra *¡ayuda!* en la punta de la lengua.

—Pienso que tú y *Solecito* me mentisteis cuando me dijisteis que solo había sido una vez. Pienso que estáis liados desde hace un tiempo, tal vez desde que ella se mudó a tu edificio. Muy atrevido por tu parte, Andersen. No pensé que tuvieras lo que hay que tener para liarte con la hermanita de Carter.

—Cállate —digo furioso, con la mirada puesta en el salón, donde Carter sigue absorto en su videojuego.

—¿Sabes qué más pienso? —Enrolla los cordones de mi capucha alrededor de sus puños y me obliga a acercarme más—. Pienso que ahora sientes cosas por ella, y apuesto a que no es algo que planeaste.

Mi teléfono vibra contra mi pecho, y cuando miro la pantalla, ahí está ese bendito rayo de sol otra vez.

—Será mejor que te des prisa. Solecito te llama.

Nunca me había apresurado tanto para salir al frío y la nieve como ahora, alejándome de Cara.

Empiezo a dar marcha atrás para salir del camino de entrada y conecto mi teléfono al altavoz del coche para llamar a Jennie.

—Garrett —llora con voz desesperada en cuanto coge el teléfono —. Te necesito.

***

—Mierda.

—Me va a matar.

—A ver… —Me paso la mano por la gorra y me rasco la cabeza—. No es para tanto. Lo más importante es que estás bien.

Miro a Jennie de pies a cabeza por al menos décima vez en los últimos tres minutos. Mis manos recorren cada centímetro de ella, buscando algún daño. No encontraron nada, salvo un pequeño malestar en el cuello y algunos arañazos en la mano. Pero es la mirada rota en sus ojos lo que me dice que hay un daño que no se ve, un daño que no se puede arreglar con vendas.

—Garrett —llora Jennie, señalando el parachoques delantero del Mercedes de Carter—. ¡Esto es terrible! ¡Mira esa abolladura!

—Cuéntame otra vez cómo ha pasado.

—Estaba nevando y yo… yo… yo no veía bien. —Se seca las lágrimas con los puños del jersey; alrededor de los ojos tiene la piel enrojecida e hinchada—. Llegué a una señal de stop e intenté frenar, pero las ruedas siguieron girando, y alguien pasaba por la intersección y pensé que iba a chocar, y después, de alguna manera, en el último segundo, las ruedas giraron, y me subí a la acera y choqué con la señal.

Niego con la cabeza y suspiro.

—Ojalá me hubieras llamado para que fuera a buscarte. Podrías haberte hecho mucho daño, Jennie, o algo peor. No vale la pena conducir cuando uno está cabreado y hace mal tiempo.

Su labio inferior tiembla y sus manos se retuercen. Con mi mano en la parte posterior de su cabeza, la acerco hacia mí y le beso la frente.

—Lo siento. Estaba muy preocupado. Y me alegra que estés a salvo.

Las palabras *estaba muy preocupado* no describen realmente cómo me sentí hace veinte minutos. Volé a casa, saltándome dos señales de stop en intersecciones vacías, y cuando la encontré llorando en la acera del aparcamiento casi la asfixio entre mis

brazos. Sus pies se levantaron del suelo y no la bajé hasta que empezó a golpearme los hombros con los puños.

Ella aparta la mirada.

—Ya no quiero conducir más si hay nieve.

—Y no tienes por qué hacerlo. Te recogeré cuando esté en la ciudad.

Su mirada vuelve a flotar hacia arriba, con los ojos abiertos, agradecidos pero precavidos.

—¿Harías eso?

—Por supuesto. Ahora la verdadera pregunta es… —Me agacho e inspecciono la abolladura en el parachoques—. ¿Qué vamos a hacer con esto? —Me froto la yema del pulgar sobre el labio inferior y, cuando una idea me viene a la cabeza, no sé si soy un genio o un loco—. Ve a buscar a Indiana.

—¿Qué?

—A Indiana Erección —repito, presionando la abolladura. La chapa está flexible y vuelve a su lugar ante la presión; tengo la esperanza de que esto funcione—. Ve a buscarlo.

—Garrett. No puedes hablar en serio.

—Muy en serio.

—¡Garrett!

—*Jennie*. Ve a buscarlo. Ya.

Con una mirada fulminante y los puños apretados a ambos lados, se aleja pisando fuerte hacia el ascensor.

Regresa unos minutos después, abrazando su mochila contra el pecho y con los ojos mirando con desesperación por todas partes en el garaje.

—Lo tengo —susurra—. ¿Vamos a… eh…? —Señala mi coche con el pulgar—. ¿Ahí dentro?

Mi sonrisa se amplía lentamente, y cuando alcanza niveles extremos, no logro contener la risa. Jennie frunce el ceño y yo le arranco la mochila, meto la mano dentro y doy con el condenado y descaradamente grueso juguete.

Por Dios, esta cosa es más grande que la hostia. Carnoso. Venoso. Firme, pero con la cantidad justa de flexibilidad. Podría causar daño. Lo sacudo aquí mismo en el aparcamiento, y Jennie jadea, se lanza

hacia delante, aplastándolo entre nosotros. Luego me rodea con sus brazos y golpea su pecho contra el mío.

—Deja de reír —gruñe ante mi cara.

—Acabo de darme cuenta de lo afortunado que soy de seguir teniendo ambos ojos.

—Por Dios. Te odio. —Indiana comienza a zumbar, a vibrar entre nosotros, y los párpados de Jennie se cierran mientras respira profundamente por la nariz.

—¿Estabas a punto de dejarme hacértelo con esto en el asiento trasero de mi coche?

—¿Qué? —Ella se aleja de mí, agarra su consolador monstruoso, apaga el dispositivo y me golpea el hombro con él—. Por supuesto que no.

—Ajá.

Enrolla su trenza alrededor del puño.

—Entonces, ¿para qué…? —Su boca se abre de golpe cuando me agacho hasta el suelo y adhiero la base de la ventosa contra la chapa abollada—. ¡Garrett! —jadea.

Me río al ver al falo de goma allí colgando, y muevo la cabeza, siguiendo el rebote. Cuesta creer lo potente que es la capacidad de succión de esta cosa, aunque tiene sentido dado su tamaño y peso. Lo envuelvo con mis dedos, coloco mi pie contra el parachoques y mi mirada se cruza con la de Jennie. Con una sonrisa, le doy un rápido tirón a Indiana.

Tiro hacia atrás y el juguete de silicona sale disparado hacia mí, golpeándome en la barbilla. Los chillidos de Jennie resuenan en las paredes y un momento después está encima de mí.

—Lo has logrado —exclama saltando de júbilo y dos segundos después me cubre la cara de besos—. ¡Gracias, gracias, gracias! ¡Te quiero, Garrett!

Se aleja de mí. Pasa los dedos por el parachoques, revoloteando, antes de arrojarse hacia el coche, abrazando el capó.

Yo me quedo un poco aturdido con esas dos palabras que acaba de decir, junto con mi nombre, pero en lugar de volver sobre ellas, me levanto y guardo el consolador en su mochila.

—La pintura tiene un par de arañazos, pero conozco un chico que puede arreglarlo. Mañana lo llamo.

Jennie se sienta en silencio, mirando el coche de su hermano. Finalmente, sus ojos se elevan hacia los míos, y al verlos, mi corazón da un vuelco. Son piscinas azules y brumosas, rebosantes de lágrimas que, cuando ella parpadea, se deslizan por sus mejillas sonrosadas.

—Gracias por ayudarme, Garrett.

Tomando sus manos entre las mías, la pongo de pie y luego la abrazo. Ella entierra su cara en mi pecho y mis dedos se hunden en su cabello, enredándose en su trenza.

—¿Qué ha pasado, Jennie?

—Ya te lo he dicho. El coche…

—No lo del coche. —Me aparto un poco y le levanto la cara poniendo el dedo debajo del mentón—. ¿Qué ha pasado hoy en la universidad? ¿Qué te ha hecho enfadar tanto?

Sus ojos se nublan, plagados de confusión y angustia. Lo único que quiero es que me diga cómo puedo solucionarlo.

—¿Crees que soy lo suficientemente buena para enseñar en el Ballet Nacional? ¿O crees que me ofrecieron el trabajo por Carter, porque mi hermano es famoso? ¿Crees que soy aburrida? ¿Soy demasiado «vainilla»? Yo…

—Hey, frena. —Tomo su rostro entre mis manos, y la miro fijamente a los ojos—. Deja este bucle de pensamientos. Carter no tiene nada que ver con tu oferta de trabajo. No sé nada sobre baile, pero sé que brillaste en el escenario en el espectáculo de Nochebuena. Mi padre te ovacionó de pie en nuestro salón, y ahora mis tres hermanitas quieren ser bailarinas. ¿Y de dónde sale eso de ser aburrida como la vainilla, Jennie? Por Dios, eres deliciosa como un pastel *red velvet*.

Su labio inferior tiembla y sus siguientes palabras me rompen el corazón:

—Entonces, ¿por qué nadie quiere ser mi amigo? A nadie le interesa conocerme. Ni siquiera he tenido una cita de verdad, nunca, en toda mi vida. No recuerdo la última vez que fui al cine con alguien que no fuera mi madre.

No he llegado ni a procesar la idea cuando mis dedos se mueven y pongo el teléfono en mi oreja. Las cejas de Jennie se juntan.

—Vaya, vaya, vaya —tararea Carter cuando responde a mi llamada —. Mirad quién regresa arrastrándose en busca de consejos amorosos.

—Lo último que necesito son tus consejos amorosos, Carter. —Los ojos de Jennie se abren de par en par y la mantengo a raya con la palma de mi mano sobre su pecho cuando intenta arrancarme el teléfono—. Escucha. Me he encontrado con tu hermana en el aparcamiento. Ha tenido un día de mierda y creo que le vendría bien una distracción. ¿Te importa si la saco a pasear?

Me encuentro con el silencio y, un momento después, la llamada se corta. Creo que acabo de meter la pata, pero entonces Jennie saca su teléfono, que le suena en el bolsillo, y se pone pálida.

—Hola, Carter. —Se pone una mano sobre la frente y se aleja un poco, hablando en voz baja—. Estoy bien. Solo los típicos comentarios hirientes de las idiotas de mis compañeras. —Patea la acera—. No, no necesito que vengas a buscarme… Carter, no necesito que me vengas a cuidar cada vez que algo me… No, ya lo sé. —Suspira—. Yo también te quiero.

Guarda su teléfono y segundos después el mío vibra.

Carter: gracias x cuidarla

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunta con los brazos abiertos.

—Vamos, solecito. Que tienes una cita.

24
VAMOS A NECESITAR SUPERPEGAMENTO PARA ESTO

Garrett

Nunca imaginé que conseguir una cita con Jennie Beckett, con el permiso de su hermano, fuera tan fácil.

Bueno, quizá sea una exageración. No creo que Carter realmente sepa a qué ha accedido. Aun así, estoy en público con Jennie, a solas y con autorización expresa.

Estoy vivo y Carter no planea asesinarme.

Me habría gustado contar con más tiempo para planificarla, para pensar una primera cita espectacular y convencerla de que deberíamos seguir saliendo. A juzgar por el brillo de asombro en el rostro de Jennie al contemplar la atmósfera del Udupi Palace, mi restaurante indio favorito, supongo que de todas formas se está divirtiendo.

No puedo apartar la mirada de ella: observo que sus hombros se relajan con cada momento que pasa, que su pequeña sonrisa se transforma en una risa franca y feliz que le hace arrugar la nariz, y que sus ojos brillan mientras tararea con cada bocado de comida. Es como una niña en una tienda de golosinas, y cuando cruzamos la

puerta para irnos, es como si todo lo que hizo que su día fuese tan abrumador nunca hubiera existido.

—¡Adiós, Rudra! —saluda a nuestro camarero, y coloca una mano sobre su vientre—. ¡Ha sido espectacular!

—¡Hasta pronto, señorita Jennie!

—¿Has oído eso? ¿Hasta pronto? —Me da un codazo mientras nos dirigimos al coche—. Tienes que traerme de nuevo. Rudra lo ha dicho.

Le abro la puerta.

—¿Eso ha dicho?

—Así es. —Ella sonríe, de puntillas, y yo doblo el cuello—. Ups… —susurra, haciendo una pausa a mitad de camino—. Me olvidé. No besarse en público. —Se acomoda en el asiento delantero y sus ojos brillantes me dicen que ver lo difícil que es esto para mí le provoca un placer inmenso—. Vamos, osito Gari-ñoso. Tenemos cosas que hacer.

Las reglas son una mierda. No besarla es difícil, pero lo más difícil es no ir de la mano.

La cosa se pone aún más complicada a medida que recorremos Stanley Park en el tren al aire libre, por el sendero iluminado con luces resplandecientes. Me muero de ganas de atraerla hacia mí y sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

—Menos mal que me has avisado de traer mi abrigo más caliente, osito.

—Sí, ese abrigo tan chulo no te iba a servir.

—¿Estás diciendo que este no es chulo?

—Eh… ¿Qué? —Le doy un empujoncito de lado—. No voy a caer en tu trampa, Beckett.

Jennie se ríe despacio, acercándose más y apoyando su brazo contra el mío.

—Me encantaría tomar una taza de tu chocolate caliente. El que tú preparas es el mejor.

—¿Media bolsa de malvaviscos diminutos y un par de sorbos de bebida caliente?

—Sí… —Su suspiro adquiere un aire de melancolía cuando mira los árboles, las luces, las estrellas que bailan sobre nosotros—. Gracias,

Garrett. Esta es la mejor cita que he tenido.

Me río a carcajadas.

—Es la única que has tenido.

—Es verdad. No hay con qué comparar. —Ella se quita el guante y con cuidado engancha su meñique alrededor del mío antes de volver su mirada hacia el brillo especial que tiene esta noche Vancouver. Luego murmura—: Aun así, creo que sería la mejor.

***

—¿Podemos comprar palomitas de maíz, Garrett?

—Por supuesto que podemos, Jennie.

—¿Podemos ponerles mantequilla extra a las palomitas de maíz?

—Sí, les pondremos mantequilla extra.

Jennie se da vuelta y me mira con los ojos brillantes.

—¿Y Skittles? Me gustan los de sabor a frutas tropicales. ¿Quieres compartir una bebida? ¿Tal vez una zarzaparrilla? Hace años que no tomo una.

Me río entre dientes y tomo nota mental de planificar más citas que incluyan salidas al cine en el futuro. Su felicidad es contagiosa y lo único que quiero es alimentarla.

Me vibra el móvil, así que lo saco de mi bolsillo.

—¿Es mi hermano de nuevo?

—Sí.

Es la cuarta vez que me envía un mensaje de texto esta noche y la pregunta es siempre la misma.

Carter: q estáis haciendo ahora?

Si no respondo en el primer minuto, me envía exactamente siete signos de interrogación, así que he aprendido a ser rápido. Ayuda, porque si estoy respondiendo a sus mensajes, significa que mis manos no están en ningún otro lugar donde no deberían estar.

Cargados de cosas para picar, subimos las escaleras hasta la sala del cine y encontramos dos asientos medio escondidos, justo al lado del pasillo.

Antes de que acaben los tráileres, ya hemos acabado casi la mitad de las palomitas de maíz. Convenientemente, Jennie hace como que no acierta a la hora de coger un puñado más del cubo de palomitas y acaba rozando mi pene.

—Ups… —Se ríe con disimulo—. Ha sido sin querer, grandullón.

—Sigue así y no llegaremos a salir del aparcamiento antes de que Indiana ataque tu templo, solecito —murmuro, metiéndome un puñado de palomitas de maíz en la boca—. Vas a quedar despatarrada sobre el asiento de cuero gritando mi nombre.

Jennie se pone rígida y estoy a punto de disculparme si he ido demasiado lejos, pero sus ojos están fijos en un grupo de chicos que suben las escaleras. Retira su mano de mi muslo, se agarra del apoyabrazos que está entre nosotros, y su respiración se agita.

Le doy un empujoncito en el hombro con el mío.

—¿Estás bien?

Ella traga mientras el grupito se acerca hacia donde estamos.

—Quiero ir a casa.

—¿Qué?

Uno de los tipos nos mira. Una lenta sonrisa se extiende en su rostro mientras se ajusta la gorra, que traía hacia atrás, en la dirección correcta.

Jennie se da la vuelta enseguida y tira las palomitas de mi regazo.

—Mierda. Mierda.

—Hey, ¿qué pa…?

—Garrett, por favor. —Sus ojos se encuentran con los míos, frenéticos, suplicantes—. Quiero ir a casa.

—Jennie Beckett. Increíble. —El imbécil que lleva una gorra con la hoja de arce de Toronto se detiene a nuestro lado y le sonríe a Jennie—. Mierda, han pasado, ¿qué? ¿Seis años, más o menos? —Ella no responde, sino que se limita a mirarlo fijamente con los puños apretados—. Te ves bien. Deberíamos vernos algún día de estos. Te he echado de menos. —Se ríe despacio, mirando hacia la pantalla donde todavía están pasando los avances—. Sabes, siempre pensé que tú serías la que estaría ahí, en la pantalla grande.

Las uñas de Jennie se clavan en el apoyabrazos.

No sé quién es este tipo, pero cuando su mirada arrogante y divertida se dirige hacia mí, estoy *a punto* de pegarle un puñetazo, aunque nunca antes lo haya visto en mi vida. De hecho, ya lo odio más que a Simon.

—¿Todo bien, amigo? —Extiende la mano—. Kevin.

—La verdad es que me importa tres cojones cómo te llames.

Su sonrisa titubea.

—¿Qué?

—Lo que has oído. —Hago un gesto hacia Jennie—. Claramente la estás haciendo sentir incómoda, así que te pido que desaparezcas.

Él suelta una risa incrédula.

—Qué ridiculez. No te estoy haciendo sentir incómoda, ¿verdad, Jen? —Cuando se acerca y le acaricia el mentón con el pulgar, la ira me ciega—. Siempre me gustó esa boquita.

Me levanto del asiento sin pensar y me pongo delante de Jennie, empujando a Kevin hacia atrás.

—No la toques, imbécil —gruño mientras la mano de Jennie se desliza por la parte de atrás de mi jersey, agarrando mi camisa y acercándome más hacia ella—. No le hables. Ni siquiera la *mires,* imbécil.

—Tranquilo. —Kevin levanta las manos en señal de rendición—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Entonces seguro que hay una buena razón para que ya no formes parte de su vida. —Recojo nuestros abrigos, tomo la mano de Jennie y la levanto de su asiento—. Acércate a ella otra vez y vas a necesitar una reconstrucción facial.

Siento la mano de Jennie temblar en la mía mientras caminamos hacia el aparcamiento. En mi cabeza me repito como un mantra que necesito calmarme de una vez por todas. No quiero que Jennie reciba esta energía en este momento, cuando necesita sentirse segura.

Prácticamente la meto en el asiento del copiloto; luego, me tomo un momento para respirar el aire gélido de la noche y reprimir el impulso de volver y romperle los dientes a Kevin por lo que sea que haya hecho para que esta chica, espontánea y salvaje, se cuestione

lo mejor que tiene, y por pisotear su confianza hasta el punto de que aún le cueste recobrarla.

Dentro del coche, Jennie se estremece. Sus pequeñas manos tiemblan sobre sus muslos. Cubro una con la mía y, sin más, su cuerpo se tranquiliza cuando mira nuestras manos entrelazadas.

—¿Quieres que hablemos de lo que acaba de pasar? —pregunto. Ella niega con la cabeza y yo llevo sus nudillos a mis labios—. Vamos a casa.

No sé qué necesita de mí, pero sé que quiero dárselo. ¿Acurrucarse en el sofá? Seguro. ¿Cosquillas en la espalda en la cama? Por supuesto. Incluso le daré espacio si me lo pide dos veces.

Lo que no esperaba es que desviase mi mano cuando me disponía a marcar el número de su planta en el ascensor y en lugar de eso marcase el número del ático.

Tampoco esperaba que se quitase los zapatos al entrar en mi apartamento y me mirase a los ojos mientras se desabrochaba los vaqueros. No esperaba que deslizara sus pantalones por sus caderas y los dejara caer al suelo antes de tomar mi rostro entre sus manos frías y temblorosas para encontrar mi boca con la suya.

Mis manos se deslizan por debajo de su camisa y recorren su espalda, atrayéndola hacia mí. Ella suspira, inclinando la cabeza hacia atrás cuando mi boca dibuja un sendero por su mentón y su cuello. La levanto hacia mí, con sus piernas alrededor de mi cintura, y la llevo a mi dormitorio.

Ella se quita la camisa cuando la dejo en la cama y abre los labios mientras me observa desvestirme. Cuando mis rodillas tocan el colchón y tiro de ella debajo de mí, un rubor rojo cereza sube por su pecho, cubriendo su piel blanca y sedosa. Mis labios siguen ese camino, sintiendo el calor que aviva el fuego entre nosotros.

—Garrett —susurra mientras le desabrocho el sujetador y le bajo los tirantes por los hombros. Unas pecas diminutas salpican su piel, apenas perceptibles, pero yo veo todos esos detalles en su piel. La beso allí, antes de acercarme al hueco en la base de su garganta, y la hago estremecer—. Quiero… Quiero follar contigo.

Mi cuerpo se inmoviliza. Mis labios flotan sobre su cuello y mi polla me traiciona palpitando justo contra su sexo, donde ella dice que me

desea. Pero en realidad no es así.

—Jennie…

Pasa sus dedos por mi cabello y se mueve, como si estuviera tratando de esconderse, como si no supiera cuánto la deseo.

Con mi mano en su mentón, atraigo su mirada hacia la mía.

—Espera. Por si no resulta obvio, no hay ningún otro lugar en el que preferiría estar que dentro de ti. —Noto la incertidumbre, las inseguridades, el miedo en su mirada—. Pero esta noche no es la adecuada. Has tenido un día abrumador. Te sientes vulnerable, y está bien. Quiero que desees follar conmigo porque realmente lo deseas, porque estás segura. No voy a recibir nada de ti a menos que estés dispuesta a dármelo. Y ahora mismo no estás lista, Jennie.

Ella atrapa su labio inferior entre sus dientes.

—Pero ¿y si te aburres de mí?

—Jennie… —Entierro mi cara en su cuello, me río con suavidad y luego tiro de su labio para liberarlo—. Hoy he usado uno de tus consoladores para arreglar una abolladura que le hiciste al coche de tu hermano; luego te he visto suspirar de placer con cada bocado durante la cena y lamerte los dedos hasta dejarlos impolutos. Estar contigo es como ver mi programa de televisión favorito. Estoy siempre en vilo, esperando a ver qué viene después.

Ella sonríe radiante.

—¿Soy tu programa favorito?

—Ni lo dudes.

—¿Me lo demuestras?

Lo hago cinco veces, mostrándole todos mis lugares favoritos de su cuerpo, susurrando contra su piel todo lo que hace que mi vida sea mucho mejor. Más tarde, cuando su cuerpo se acurruca contra el mío y mis dedos bailan por su columna, por fin me cuenta qué fue lo que le sucedió esta mañana.

—Todo eso es mentira y lo sabes, Jennie —digo cuando termina—. La oferta de trabajo la recibiste porque tu profesora cree que la mereces, no por quién es tu hermano, ni porque sigues las reglas.

Ella traza su nombre en mi torso con la punta de un dedo.

—Es difícil no pensar en ello cuando alguien te mete esa idea en la cabeza. Odio dudar de mí misma.

—Y al hacerlo, le concediste a Krissy justo lo que quería. Ella quiere que dudes de tu talento y que seas tan insegura como ella. Porque al final, todo se reduce a eso. Ella es insegura y está celosa.

—¿Crees que no le caigo bien por eso?

Levanto un hombro.

—Apuesto a que Krissy ni siquiera sabe por qué no le caes bien. No tiene nada que ver contigo, solo con ella. Ella tiene sus propios temas que resolver.

—Tiene sentido. Es solo que… a veces siento que no encajo en ningún grupo.

—No has nacido para encajar, Jennie. Destacas demasiado como para esconderte entre las sombras.

Ella apoya su cálida mejilla sobre mi hombro.

—Gracias, Garrett.

Le hago cosquillas en el cuello con la punta de su trenza.

—¿Por qué?

—Por hablar conmigo. Por escucharme. Pero, sobre todo, por atraparme en un armario y obligarme a jugar contigo.

—No estoy seguro de que eso haya sucedido exactamente así.

—Los orgasmos han sido maravillosos.

—¿Lo suficientemente maravillosos como para deshacernos de los juguetes?

—Ay, Garrett. —Lanza una risa condescendiente y me da una palmadita en el pecho—. No nos precipitemos. Los hombres no vibran.

—Tal vez no. —Mi lengua recorre ese punto debajo de su oreja—. Pero los hombres de verdad te hacen vibrar.

Jennie se acurruca contra mí y en cuestión de minutos se queda profundamente dormida entre mis brazos.

Enciendo la tele y pongo Netflix, diciéndome que la despertaré pronto y la acompañaré a su apartamento. Pero cuanto más tiempo permanezco así, más fuerte me aferro a ella.

Jennie es deslumbrante, una obra de arte con esos rizos de color castaño esparcidos sobre el cuello y unas pestañas oscuras que resaltan sus pómulos rosados. No sé con qué estará soñando, pero cuando suspira feliz y sonríe, le ruego al cielo que sea conmigo.

No puedo evitar coger mi teléfono y presionar el botón de grabar. Quiero poder ver esta cara tal como está ahora cuando lo necesite. Al cabo de una hora, decido mandar las reglas a la mierda, apago el televisor y me acomodo en la oscuridad, acercando a Jennie hacia mí.

—¿Garrett? —murmura, sus dedos rozando mi mejilla y hundiéndose en mi cabello—. ¿Quieres que me vaya?

—Quiero que te quedes.

Espero que ella discuta como de costumbre, que diga que no es una buena idea, pero en lugar de eso, mete una pierna entre las mías.

—Pero dijiste que roncaba.

—No, estabas muy guapa mientras dormías hace nada. He grabado un vídeo para recordar este momento la próxima vez que te comportes como una mocosa maleducada.

Ella se ríe y luego se queda quieta.

—¿Un qué?

—Un vídeo. No te preocupes, lo he ocultado.

Ella se levanta de golpe, casi chocando con mi cara cuando se arroja sobre mí, y enciende la lámpara, que inunda la habitación de luz, lo que me obliga a entrecerrar los ojos.

—Bórralo.

Me froto los ojos con los puños.

—¿Qué?

—Que lo borres. Ahora mismo.

—No se ve nada. Solo tu cara. Estás haciendo esa cosa tan bonita con la nariz toda arrugada, como un conejito, y sonríes. Por Dios, Jennie, cuidado. —Su rodilla casi me da en los testículos cuando se arrastra sobre mí. Arranca el móvil del cargador y pasa frenéticamente las fotos en busca del vídeo.

—¿Dónde está? —Me estampa el teléfono contra el pecho—. Bórralo. Ahora mismo.

—Está bien, Jennie. Lo voy a borrar. Cálmate.

—No me digas que me calme. —Da vueltas por la habitación hecha una furia, tropezando al tratar de volver a ponerse la ropa

interior—. ¡No puedes grabar a nadie sin pedirle permiso, Garrett! ¿En qué coño estabas pensando?

¿En qué estaba pensando? Estaba pensando que quería sentir que ella estaba a mi lado la próxima vez que estuviéramos a cientos de kilómetros de distancia.

—Creo que no estaba pensando. —Esa es la excusa poco convincente que ofrezco mientras me levanto de la cama. Le muestro mi teléfono para que vea que borro el vídeo—. Ahí está. Borrado.

Ella se pone la camiseta y yo la sigo hasta el pasillo mientras intento ponerme un pantalón de chándal mientras avanzo.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy.

Me froto la sien, justo en el lugar donde se está formando un dolor de cabeza mayúsculo.

—Pensé que íbamos a… ¿No te ibas a… quedar?

—Nosotros no hacemos fiestas de pijamas, Garrett. Tenemos reglas.

Me retumba el latido en los oídos mientras se abrocha los vaqueros y se pone el calzado.

—No tenemos por qué tener reglas… Podemos…

Joder. Me tiro del pelo. Otra vez lo mismo. No es tan difícil tener una conversación seria. Solo quiero que se quede. Solo quiero estar con ella.

—Jennie…

—Esto ha sido un error —murmura para sí misma, pero yo oigo esas palabras, y me duelen.

—¿Por el vídeo? No entiendo nada. —Cuando ella abre la puerta, la tomo suavemente del brazo—. Espera, Jennie…

—¡No me toques! —Su rostro está ardiendo y tiene el pecho agitado. Mil emociones pasan por su mirada penetrante cuando se gira hacia mí. En primer plano está la desilusión y la traición profunda que amenaza con abrirme el pecho de par en par—. No debería haberte dejado entrar. Estoy mejor sola.

La furia se apodera de mí y corre por mis venas. Aprieto los puños a ambos lados a medida que las palabras me atraviesan. Se

arrepiente de esto. Se arrepiente de dejarme entrar en su vida. Las heridas de su pasado la dominan, y estoy cansado de permanecer impasible y permitirlo.

—Eso es mentira y lo sabes, Jennie. Nadie está mejor solo.

Lo veo todo como a cámara lenta: la forma en que sus ojos se apagan y ese fuego es reemplazado por un vacío que no había visto antes, una distancia que la vuelve inalcanzable, como si estuviera a años luz de distancia, mientras se cierra ante mí como nunca antes.

—Yo sí —me escupe por toda respuesta, justo antes de cerrar la puerta de golpe tras ella.

—Mierda. —Recojo mi ropa del suelo—. ¡Mierda! —Me dirijo a la cocina y lleno un vaso con agua, me lo tomo de un sorbo y luego lo vuelvo a llenar. Acabo de pasar de estar en la gloria a quedar completamente descolocado en cuestión de dos minutos.

Pero esto no va a terminar así, por supuesto que no. A Jennie le gusta tener el control, actuar como si ella fuera quien toma todas las decisiones, pero me niego a dejar que decida esto por sí sola. Sigue convencida de que soy otra persona y de que no puede confiar en mí, de la misma forma que no debería haber confiado en los que le rompieron el corazón.

Pero yo no soy ellos.

No quiero romperle el corazón, quiero mostrarle que es una mujer hecha y derecha. Quiero ser su mejor amigo, la persona a la que acuda cuando necesite ayuda, como esta noche. Quiero ser la persona con la que pueda abrirse sin reservas. Quiero que me muestre todo y prometerle que voy a cuidar lo que comparta conmigo.

Sé que, después de todos estos años, ella está acostumbrada a otra cosa, condicionada a creer que nadie podrá llegar a quererla, a aceptarla en su totalidad. Cree que está más segura en su burbuja, manteniendo alejadas a las personas que tienen el poder de hacerle daño, pero al final, solo sale más herida.

Está decidida a mantener partes de sí misma ocultas, empeñada en dejarme fuera. Es irónico, la verdad, porque ella odia ser excluida y quedarse sola, pero en este momento es ella misma la que se pone en esta situación.

Tal vez por eso me quedo atónito cuando llaman a mi puerta al amanecer. Estoy viendo salir el sol con una taza de café en la mano, en un intento desesperado por aliviar el dolor de cabeza provocado por el lío y la confusión, que se instalaron en mi cerebro y me han mantenido despierto toda la noche.

Cuando abro la puerta, Jennie está allí de pie, con un pantalón de pijama a cuadros y mi sudadera con capucha.

Sus fríos ojos azules están enrojecidos, exhaustos, destrozados, y su mentón tiembla cuando me mira.

—Lo siento, Garrett.

Las palabras, roncas, salen de un interior fracturado. Cuando abro los brazos, ella se zambulle en mi abrazo, enterrando su rostro en mi hombro, mientras tiembla contra mi pecho, y entonces lo sé: mi corazón nunca ha latido tan fuerte por otra persona.

25
UN LUGAR SEGURO DONDE ATERRIZAR

Jennie

La puerta ni siquiera se había cerrado detrás de mí y ya sabía que iba a regresar.

No había ni una pizca de duda en mi cabeza cuando pasé por alto el ascensor y corrí por las escaleras mientras soltaba la ira irracional y daba paso al dolor, a la pena: las lágrimas inundaban mis mejillas y nublaban mi visión por enésima vez.

Digo que sentía una ira irracional porque Garrett no es la persona con la que estoy cabreada y no merece recibir todo esto.

Dolor simplemente porque estoy renunciando a esta maldita lucha. Me he perdido tanto, *demasiado*. Me he perdido entablar relaciones profundas, he evitado conexiones íntimas, he escondido tantas partes de mí durante tanto tiempo que he comenzado a olvidar dónde las había guardado.

Estoy cansada de ser víctima de mis circunstancias. Necesito seguir adelante, pero no sé cómo. Con Garrett avanzo cada día, pero hay pequeños tramos, los últimos cerca de la cima de la montaña, que sencillamente no sé cómo encarar. Cada vez que lo intento, mis

pasos son demasiado tímidos, tambaleantes. Me digo a mí misma «Cierra los ojos y hazlo», pero nada hecho a ciegas es fácil.

Lo único que sé es que aquí mismo, con mi cara enterrada en su pecho, sus brazos a mi alrededor y su voz tranquilizadora en mi oído, diciéndome que todo va a ir bien, siento que estoy en el lugar correcto.

Garrett es sólido y estable. Él es la constante en mi vida, la sonrisa que siempre me espera, la amistad que nunca se desvanece, la conexión que se fortalece cada día. Es ese abrazo cálido, esos dedos que recorren mi espalda, la voz tranquila que alivia mis preocupaciones al final del día y promete ser mi lugar seguro donde aterrizar.

Y por eso sabía que volvería. Por eso pasé la noche entre sueños interrumpidos, caminando de un lado a otro en mi sala de estar, acurrucada en el sofá, esperando el amanecer para regresar y pedirle que me escuchara.

La hinchazón bajo sus ojos pesados y legañosos me dice que ha dormido tan poco como yo, que podría haber regresado en cualquier momento y él habría estado ahí, esperando, listo.

Él siempre está ahí, soy yo la que se pasa todo el tiempo dando pasos hacia atrás en lugar de seguir adelante.

Las grandes manos de Garrett sostienen mi rostro y me apartan el cabello de las mejillas. Sus ojos azul verdoso están llenos de compasión y paciencia, más de la que jamás pensé que encontraría. Cuando la yema de su pulgar me roza el labio inferior, me hundo en el calor del contacto con su piel.

—Gracias por volver.

—Perdón por gritarte.

—Tienes derecho a tener sentimientos, Jennie, y está bien si ese sentimiento es de ira.

—Pero no es contigo con quien estoy enfadada.

Él me pasa la trenza sobre el hombro y me besa la frente.

—¿Vas a contarme con quién estás enfadada?

Siento una tirantez entre los omóplatos que está ahí desde ayer. Comenzó con Krissy y disminuyó con Garrett, pero en el momento en que vi a Kevin subiendo las escaleras del cine, regresó con

fuerza. Krissy y Kevin son el mismo tipo de persona, de esas que disfrutan haciendo que los demás se sientan insignificantes. Me gusta vivir mi vida sin tapujos y con orgullo, pero cuando están cerca, lo único que hago es encerrarme en mí misma, tratando de desaparecer.

Garrett toma mi mano y la aprieta suavemente, como un recordatorio de la respuesta que está esperando. Cuando asiento, me lleva al sofá y me cubre con una manta antes de prometerme que volverá enseguida. Cuando regresa, trae la taza de chocolate caliente más maravillosa que jamás haya visto, cubierta con crema batida, bastoncitos de caramelo triturados y malvaviscos azules con forma de copos de nieve.

Tomo la taza humeante entre mis manos.

—El chocolate caliente te sale cada vez mejor.

—Tienes ese efecto sobre mí —murmura—. Me haces querer ser mejor.

—No hace falta que seas mejor. Ya eres la mejor persona que conozco.

—Siento lo mismo por ti, pero tengo la sensación de que no es así como te sientes contigo misma. Al menos en algunas ocasiones. —Extiende su brazo por el respaldo del sofá, inclinándose hacia mí—. No necesitas cambiar nada de ti para lograr que alguien como Krissy te quiera, Jennie. Eres mucho mejor que ese tipo de gente.

Hay algo en mí que no tiene sentido, sobre todo para gente como Garrett, que me conoce, y para mí misma. No estoy hecha para seguir a otros. No tengo ningún problema en trazar mi propio camino y no quiero renunciar a mi personalidad para encajar con nadie. Entonces, ¿por qué anhelo tanto ser aceptada?

—Creo que solo quiero sentir que tengo un lugar en este mundo, gente que me quiera por lo que soy.

—Pero eso ya lo tienes —apunta Garrett.

—No precisamente. Todas las personas que son importantes en mi vida llegaron a través de Carter.

—¿Y? Vale, lo entiendo, pero que los hayas encontrado porque conocieron a Carter primero no quiere decir que no te quieran por lo

que eres. Sé a ciencia cierta que Olivia y Cara se sienten muy afortunadas de tenerte en su círculo. ¿Acaso dudas de eso?

Recuerdo que Olivia lloró por mi oferta de trabajo, pensando en que me mudaría al otro lado del país. Al igual que mi madre, ella quiere que yo persiga mis sueños, pero desearía que pudiera hacerlo aquí mismo, junto a ella y a nuestra familia. Pienso en Cara, a quien fue tan fácil persuadir de guardar nuestro secreto, no solo a Carter, sino también a su propio marido. Ella me apretó la mano y me susurró al oído «Mientras seas feliz», antes de volver a la fiesta y seguir bailando.

—Consiguieron dos Beckett por el precio de uno, Jennie, y yo también. Todos te queremos por la persona que eres, no por quién es tu hermano. Lamento que alguien te haya hecho sentir que lo único que aportas es ser la hermana de Carter. Eso, lisa y llanamente, no es verdad.

Tomo un sorbo de mi chocolate caliente para dejar que sus palabras se asienten, para saborear el amor que dice que hay ahí, para permitirme creerlo. Cuando aparto la taza, Garrett se ríe.

—¿Qué? —Me paso la mano por la comisura de la boca—. ¿Crema batida?

Su mano se curva para acariciarme el cuello, acercándome más, y sus labios tocan la punta de mi nariz. Cuando se retira, saca la lengua y lame la crema batida de sus labios. Él permanece sentado, paciente, esperando, sonriendo.

Respiro hondo y comienzo mi relato.

—Kevin era mi novio en la escuela secundaria. Ni siquiera sé por qué me gustaba. Era guapo y popular, el capitán del equipo de fútbol. Todo el mundo lo amaba. Cuando empezó a querer conquistarme, me sentí muy especial. Fue poco después de que muriera mi padre, y creo… que tal vez echaba de menos algo del amor que había perdido. Todo era difícil en ese momento. Mi madre apenas podía tirar adelante y Carter casi nunca estaba en el país. Sabía que no estaba sola, pero me sentía sola la mayor parte del tiempo. Kevin me hizo sentir que alguien me veía y se preocupaba por mí. —Me trago el nudo que se ha formado en mi garganta—. O al menos eso parecía.

Garrett aprieta la mandíbula y los puños. Está pensando lo mismo que Carter: que Kevin se estaba aprovechando de mí, de la forma en que mi dolor me había sacudido hasta lo más profundo de mi ser. Ahora lo veo clarísimo, pero entonces no. Carter y yo nos peleamos tantas veces por ese tema que es imposible llevar la cuenta.

—Kevin quería tener sexo, pero yo quería esperar. No creía estar preparada, y me sentía intimidada. Él tenía experiencia e incluso había estado con algunas chicas de años superiores. Me dijo que no le importaba ir despacio, pero eso no le impidió insistir cada vez que estábamos solos. Cuando llegó el último año de secundaria, me sentía muy presionada, para faltar a clase, para beber con mis amigos, para tener sexo como todo el mundo, para… encajar.

El dolor de los recuerdos que tanto me ha costado dejar atrás tiene raíces profundas en mi pecho y hace que mi respiración se estremezca. Las yemas de los dedos de Garrett rozan la parte posterior de mi cuello, y eso basta para aliviar un poco la tensión y dejarme respirar.

—Kevin empezó a darme a entender que se estaba aburriendo y que podía acudir a otro lado a conseguir lo que quería. Mi yo de ahora le habría dicho que se fuera a la mierda, pero mi yo de entonces tenía demasiado miedo de quedarse sola. Una noche, cuando sus padres estaban fuera de la ciudad, organizó una gran fiesta y todo el mundo me presionó para que bebiera.

Los ojos de Garrett brillan con más furia que nunca, y no lo culpo. Tenía y sigo teniendo derecho a rechazar el alcohol. Nadie necesita una excusa para rechazarlo, pero que el alcohol me haya robado a mi padre es una razón más que suficiente. Que mis amigos no respetaran eso debería haber sido suficiente señal de alerta.

¿Pero qué fue lo peor de todo?

—Fue un par de días después del aniversario de la muerte de mi padre. Carter estaba de viaje por diez días, y yo estaba… pasándolo mal. Estaba cansada. Quería olvidarme de todo. —Garrett pasa un brazo alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia su lado, y apoyo mi cabeza en su hombro—. No sé qué bebí. Olía a gasolina y ardía como el fuego. Subí las escaleras con Kevin y empezamos a jugar en su cama. Le dije que quería follar.

—Pero no querías —interviene Garrett por primera vez. Me mira con paciencia y comprensión, recorriendo mi rostro—. No querías follar. Solo querías sentir algo. Y se aprovechó de que te sintieras así.

Varios años separan a Garrett de Kevin, pero el hombre que está a mi lado es justamente eso: un hombre. Un hombre *de verdad*. Lo que viví anoche es lo mismo que pasó años atrás. Quería sentir algo más que la ira, el dolor, la traición, así que le ofrecí a Garrett el último pedacito de mi cuerpo con la esperanza de que alejara esos sentimientos y me ayudara a sentir otra cosa.

Y él dijo que no.

Vio mi sufrimiento y, en lugar de tomar lo que quería, me dio lo que necesitaba. Paciencia, empatía, conexión. Con una simple acción, reforzó lo que yo ya sabía: que podía confiar en él.

—Me pareció que duraba una eternidad. Dijo que quería que me sintiera bien. En ese momento pensé que era dulce, que solo quería asegurarse de que mi primera vez fuera placentera.

Siento de nuevo un nudo en la garganta y me escuecen los ojos llenos de lágrimas, que empujan para rodar por mi cara. Pero yo no quiero que salgan. Ya le he dado demasiado a Kevin.

—Empezó a gustarme. Comencé a… —El calor inunda mi rostro, abriéndose paso hasta las puntas de mis orejas—. Decir cosas. A hacer ruidos. —Mi visión se vuelve borrosa y Garrett me besa la coronilla—. De repente me dio la vuelta y justo antes de volver a penetrarme, me dijo… me dijo que gritara para ellos.

—¿Ellos?

Las lágrimas se deslizan por el borde de mis párpados y caen a raudales por mis mejillas, mientras me inundan los recuerdos: le cuento a Garrett que la puerta de la habitación de Kevin se abrió justo cuando grité su nombre y la mitad del equipo de fútbol estaba al otro lado, con sus teléfonos apuntándonos mientras se reían y animaban a Kevin a que acabara. Le cuento que Kevin me dio una palmada en el trasero cuando terminó, me dijo que no era gran cosa, me dejó allí para que me limpiara y luego vio desde la cocina, mientras tomaba cerveza y reía con sus amigos, cómo me iba.

Me doy palmadas en las mejillas, intentando secarme las lágrimas, pero es inútil. Siguen cayendo mientras le cuento que Kevin no me devolvió las llamadas al día siguiente, que cuando el lunes caminé por los pasillos de la escuela escuché mis propios gemidos reproduciéndose en todos los teléfonos, que encontré a mi novio frente a su taquilla con el brazo alrededor de mi mejor amiga, con todas las personas que había considerado mis amigos rodeándolos y riéndose de mí.

—Perdí mi virginidad, a mi novio, a mis amigos y todo lo que me importaba en una sola noche. Él me lo quitó todo, Garrett. —Las palabras se estrangulan en mi garganta mientras me froto los ojos y Garrett me atrae hacia él—. El lunes por la noche, había vídeos por todo internet. No se veía mi cuerpo, pero se oía… *todo*. «El vídeo sexual de la hermana de Carter Beckett» —murmuro, recordando los titulares de los artículos de la prensa amarilla, aquellos que el equipo de relaciones públicas de Carter todavía se esfuerza por eliminar cuando reaparecen de tanto en tanto.

—Te dije que hacía años que no follaba. Lo que no te dije es que solo pasó una vez. Quise volver a intentarlo... —Solo Dios sabe cuánto lo he intentado. Anhelaba tanto una conexión íntima—. Pero me daba mucho miedo. Estaba demasiado asustada para volver a confiar en alguien. Dejé que me robara eso también.

Garrett maldice en voz baja.

—Joder, debí haberlo dejado tirado en el suelo sangrando.

—Carter se encargó de él. Voló de regreso la mañana siguiente, atravesó furioso el aparcamiento de la escuela, fue a buscar a Kevin, que estaba plantado al lado de su coche, y no se detuvo hasta que le rogué que lo hiciera.

Carter es muchas cosas, pero es el mejor hermano que una podría pedir. Tan pronto como sus ojos se encontraron con los míos, cuando me vio sollozando, necesitándolo, todo su rostro cambió. Se levantó, rompió el teléfono de la persona que estaba más cerca, que estaba grabando, le hizo una última advertencia a Kevin, luego me envolvió entre sus brazos y me llevó a casa.

—Terminé el semestre, hice los exámenes y nunca volví. Carter nos regaló a mí y a mi madre un largo viaje, y el otoño siguiente

terminé los últimos cursos que necesitaba para graduarme a distancia. Por eso llevo un año de retraso. Debería haber terminado la universidad el año pasado, pero necesitaba tiempo. Tiempo que probablemente debería haberme tomado cuando mi padre falleció, en vez de lanzarme a una relación que me dejó totalmente vacía, como una cáscara de la persona que alguna vez estuve tan orgullosa de ser.

—¿Estás orgullosa de quién eres ahora?

—Quisiera estarlo, pero a veces ni siquiera estoy segura de quién soy.

—Yo sí sé quién eres, Jennie. Eres una buena amiga, una buena hermana y una bailarina dedicada. Eres trabajadora, competitiva y siempre te esfuerzas por ser mejor que el día anterior. Eres comprometida y leal con las personas que te importan, aunque no todos hayan sido leales contigo. Eres descarada y sarcástica, y no dudas en responder la mayor parte del tiempo, callar a todo el mundo y ponernos a todos en nuestro lugar.

Garrett recoge un mechón rebelde de cabello, y lo deja deslizarse entre sus dedos para colocarlo detrás de mi oreja, rozándome el pómulo con los nudillos.

—Pero también tienes un lado tranquilo. Un lado que necesita desconectar, que disfruta acurrucándose en la cama mientras susurras lo mejor y lo peor que te ha sucedido durante el día. Sobreanalizas todo porque piensas en cada resultado posible. Lo odias, pero te importa demasiado lo que los demás piensen de ti, incluso personas que ni siquiera importan. Tienes un corazón enorme y lloras con todas las películas de Disney, también con las partes que ni siquiera son tristes, porque todo ese amor te llega muy adentro. Eres tierna en secreto, aunque te guste que todos crean que das un poco de miedo, que nada te afecta.

»La cuestión es esta, Jennie. No tienes que ser fuerte y rezumar confianza en ti misma todo el tiempo. Está bien que tengas inseguridades, que tengas miedo, que te sientas sola. Esas cosas no te hacen débil. Te hacen humana. —Su pulgar atrapa una lágrima que resbala por mi mejilla—. Espero que estés orgullosa de ti misma, pero si no lo estás, debes saber que yo sí lo estoy. Te he

visto avanzar paso a paso, aprendiendo a confiar en mí, a abrirte, aunque probablemente todo tu ser te pida que no lo hagas. —Sus ojos me recorren como si catalogaran cada emoción que me atraviesa—. Lamento que alguien haya destrozado tanto tu corazón. Gracias por confiarme ese trauma.

Juego con un hilo suelto en el dobladillo de su camisa.

—A veces mi cerebro me dice que no confíe en ti, pero estoy aprendiendo a no escucharlo.

Me toma del mentón, obligándome a volver la mirada hacia él.

—Yo no soy como ellos. Me preocupo por ti, y cuando sufres, yo también lo hago. Así que haré todo lo que sea necesario para demostrarte que puedes confiar en mí. Quiero que te sientas segura conmigo, Jennie.

Miro la forma en que nuestros dedos se entrelazan y tengo la certeza, sin lugar a dudas, de que nunca me he sentido más segura que con él.

—Me siento segura contigo. Por eso he vuelto. Quería compartir esto contigo. Pero eso no significa que depositar mi confianza en alguien de nuevo sea fácil. Me da miedo no saber cómo va a terminar esto y pensar que podría volver a acabar herida.

Él aprieta mi mano, sonriendo con ternura.

—¿Un salto de fe a ciegas? Prometo que no te voy a dejar caer.

—Para ser franca, no siento que esté yendo a ciegas.

Me acaricia el labio inferior con la yema de su pulgar.

—Sé que tus muros están ahí por alguna razón. Lo único que pido es que de vez en cuando me dejes entrar y me muestres lo que hay detrás. Sujetaré tu mano y te prometo que no te soltaré.

En lugar de palabras que no puedo encontrar, me subo a su regazo y rodeo su cuello con mis brazos, acurrucándome contra él mientras su mano recorre mi espalda de arriba a abajo.

Todo este tiempo he estado pensando que esto no es para mí, que es temporal. Pero la empatía de Garrett y su infinita paciencia conmigo son cosas que no estoy acostumbrada a encontrar. Puede que tenga miedo de dejar entrar a los demás, pero él es la única persona que se ha esforzado realmente para entrar y se ha quedado el tiempo suficiente.

No sé cómo ni por qué, pero algo dentro de mí se calma cuando estoy con él. Recuerdo quién soy, no quién me digo que necesito ser. ¿Sería entonces una tontería por mi parte querer intentarlo? ¿Ver si esto entre nosotros podría funcionar? ¿Lo quiere él también? ¿Está dispuesto a intentarlo?

La pregunta está en la punta de mi lengua, pero las inseguridades y los miedos, que no desaparecen de la noche a la mañana, más el cansancio que drena cada gramo de mi energía, me impiden articular las palabras. Lo último que recuerdo antes de que mis ojos se cierren son los labios de Garrett en mi oreja, prometiéndome que estoy a salvo con él.

No estoy segura de cuánto tiempo he dormido cuando me despierto y siento sus dedos revoloteando sobre mi mejilla para que abra mis pesados párpados. Encuentro a Garrett agachado frente a mí y su suave sonrisa esperándome.

—Lamento despertarte. —Frunce el ceño, como si no estuviera seguro de sus próximas palabras—. Está viniendo tu hermano.

Cierro los ojos otra vez con un quejido. La cabeza me late de dolor, desesperada por descansar. Hoy no puedo lidiar con las preocupaciones de Carter.

Garrett acaricia suavemente la piel sensible debajo de mis ojos con su pulgar.

—Está bien. Se han publicado un par de fotos de lo que sucedió ayer en el cine. Carter me ha llamado porque no respondías.

—No he traído mi teléfono. ¿Qué le has dicho?

—He sido honesto. —Se encoge de hombros—. Lo más honesto que he podido sin poner en riesgo mis pelotas, al menos. Le he contado lo que pasó, que nos fuimos del cine y tú te fuiste a casa, molesta. Le he dicho que has regresado esta mañana porque necesitabas hablar con alguien y después te has quedado dormida. Lo único que le importa eres tú, Jennie. Quería asegurarse de que estuvieras bien. Le he dicho que todavía estabas aquí y él me ha comunicado que está de camino.

—Si sabe que estaba durmiendo, entonces puedo volver a dormirme, ¿no?

—Claro que sí, solecito. —Su mirada cae sobre su mano, que juega con los cordones de su sudadera, que todavía llevo puesta—. Puedes dejártela puesta si quieres.

Quiero, pero no puedo, así que dejo que Garrett me la quite, y me quedo con mi camiseta antes de volver a colocar la manta sobre mis hombros.

Lo agarro de la camisa y lo atraigo hacia mí.

—Bésame, por favor.

Me da un beso largo y profundo, con sus cálidas manos sobre mi cara, antes de susurrar un *dulces sueños* sobre mis labios y alejarse.

No pasa mucho tiempo hasta que tocan a la puerta y me despiertan. Tocar no es la palabra correcta. Comienza así, pero rápidamente los golpes se convierten en manotazos e intentos desesperados por girar la manilla, y la voz irritante de Carter llama:

—Gare. Garrett. ¡Garrett!

Trato de seguir durmiendo a pesar de todo ese ruido, ignorando la avalancha de preguntas. Pero incluso sin verlo, la presencia de mi hermano es abrumadora.

—¿Dónde está? ¿Está bien?

—Está bien —susurra Garrett—. Sigue durmiendo.

—¿Qué dijo? —me interroga Carter—. ¿Ese hijo de puta la tocó?

Me desconecto de la conversación, pero mis ojos se abren de golpe cuando un par de manos suaves aterrizan en mi rostro y la sonrisa dulce de Olivia aparece ante mi vista.

—Hola. Te he traído un capuchino y un bollo de canela.

Consigo incorporarme, frotándome los ojos con los puños.

—¿Has venido con Carter? ¿Por qué?

Un destello de dolor baila en sus ojos oscuros.

—Porque eres mi hermana, una de mis mejores amigas y te quiero. Si estás sufriendo, no quiero que estés sola. —Sus brazos me rodean en un abrazo sofocante y maravilloso—. Somos más fuertes juntas, Jennie.

Mi corazón late con fuerza ante la promesa y el amor. Doy un salto cuando siento una patadita de su barriga contra la mía. Me aparto y miro su vientre redondo.

—Santo cielo. ¿Qué coño ha sido eso?

Olivia sonríe.

—Tu sobrino o sobrina saludando a la tía.

—¿Estás bromeando? —Carter se queja mientras camina por la sala de estar—. ¿Jennie lo ha sentido moverse?

—O la ha sentido —murmura Olivia—. Bebé Beckett adora a la tía Jennie.

Le aprieto las manos.

—Gracias por venir.

Carter me levanta del sofá, me aplasta contra su pecho y mis pies quedan colgando sobre el suelo.

—Siento no haber estado ahí para acompañarte.

—Estoy bien —le recuerdo, con las palabras amortiguadas contra su hombro—. Garrett estaba allí.

—Debería haber estado yo.

Carter es protector de una manera innata. Es parte de lo que lo hace un buen líder y un capitán increíble. Su equipo es su familia y nunca dejará que nadie los toque. Eso también lo vuelve un hermano espectacular, aunque a veces sea un poco (o muy) dominante. Pero cuando nuestro padre falleció y Carter priorizó cuidarnos a mamá y a mí por encima de sí mismo, y cuando mi novio y mis amigos me rompieron el corazón, eso lo llevó a otro nivel. Todavía lucha con la culpa, cree que fracasó al no poder protegerme, y ahora está empeñado en mantenerme a salvo del dolor.

Lo entiendo, de veras que lo entiendo. Pero no pudo protegerme entonces y no puede hacerlo ahora. Los corazones se rompen y las personas salen heridas. Es inevitable. No es realista que piense que podrá mantenerme a salvo para siempre.

Pero ahora, cuando mi mirada se encuentra con la de Garrett por encima del hombro de Carter, soy dolorosamente consciente de que hay un desamor que nunca quiero sentir, una persona que nunca quiero perder, y ahora mismo, él tiene una sonrisa amable y paciente en su cara, y es toda para mí.

Entonces, ¿sigo permitiendo que el miedo me domine y controle mi vida?

¿O tomo la mano de Garrett y le pido que salte conmigo?

26
EL MONSTRUO DE OJOS VERDES

Jennie

—Voy a vomitar.

—No es así. Deja de ser tan dramática.

—No soy dramática. Voy a vomitar. —No estoy mintiendo.

—Si ella no vomita, yo sí voy a hacerlo. —Olivia se coloca una mano en el estómago y la otra sobre la boca. Se le ha puesto pálido el rostro. Cara pone los ojos en blanco, y abraza el plato de dulces.

Para ser justos, puede que Olivia vomite de verdad. Últimamente, ha estado con esa campaña de comida saludable durante el embarazo, pero hoy, cuando hemos ido a almorzar, ha dicho *a la mierda* y lo ha tirado todo por la borda. Ha pedido una bandeja de tacos y una ración de patatas fritas con queso y chile. Ahora lleva horas quejándose y gimiendo.

—Mi merienda no tiene nada de malo. —Cara toma un puñado enorme de Skittles y M&M's, y se los mete, todos de golpe, en la boca—. Es de-li-shio-sha.

Olivia se atraganta y se tambalea hacia delante. Yo le recojo el pelo en la nuca y le froto la espalda. Desde que pasó a ser una Beckett, se ha vuelto una excelente actriz. Estoy muy orgullosa de mi cuñadita.

Cara hace otra mueca exagerada de incredulidad y se lleva los dulces a la cocina.

—Joder, qué dramáticas. Si los probarais, os encantarían…

—Ni loca. —Le suelto el cabello a Olivia y me tiro hacia atrás, tomando mi plato de Pop-Tarts. Garrett me dejó un surtido de las que más me gustan antes de irse: las rellenas de vainilla y chocolate con glaseado extradulce.

Cara levanta una ceja y me mira mientras sigue comiendo sus golosinas en la isla de la cocina.

—Ese sabor no existe en Canadá, Jennie. Es exclusivo de Estados Unidos.

Tarareo mientras doy un mordisco.

—¿Sabes quién siempre tiene sabores divertidos de Pop-Tarts? —El puñado que está a punto de meterse en la boca no es lo suficientemente grande para ocultar su sonrisa burlona—. Garrett. Sí, la madre de Adam se lo envía especialmente.

—¿En serio? Vaya. No conozco a la madre de Adam. ¿Es tan dulce como él? Suena que sí. *—Desviar la conversación: muy bien, 10.* Cara abre la boca para decir algo, pero me meto una galletita entre los dientes y señalo el televisor—. Los chicos ya están saliendo.

Cara se hunde en el sillón con un refrigerio aceptable y Olivia se acurruca a mi lado mientras los jugadores comienzan el calentamiento sobre la pista, preparándose para el partido.

Olivia tarda alrededor de diez segundos en pasar de estar mimosa a gruñona, y se mete palomitas de maíz en la boca mientras murmura en voz baja y frunce el ceño ante el televisor.

—¿Qué pasa, enana? —pregunto, robándole a Cara un nacho cubierto de queso.

Olivia hace un gesto salvaje hacia el televisor.

—¡Miradlas! No les importa nada. Apenas ven una cámara, y ya aparecen ahí.

—¿Quiénes? —Respondo a mi propia pregunta cuando la cámara enfoca a las chicas semidesnudas que agitan sus carteles detrás del cristal.

¡Beckett, dame un «hat-trick» y yo te daré un «hot trick»!

¡Hey, 87, puedes meterla entre mis piernas!

Arrugo la nariz.

—Qué asco. No te preocupes, no les está prestando atención.

Es más, Carter patina hasta una de las cámaras que están a la altura del hielo, y cuando se detiene para hablar, la transmisión lo muestra en pantalla.

—¡Hola, princesa! —grita desde detrás del cristal—. ¡Te extraño! —Se aleja patinando con un guiño; el rostro de Olivia se ilumina y empieza a tararear feliz.

—¿Ves? No hay nada de qué preocuparse. Ni siquiera hemos tenido que volar a Montreal para que pudieras golpearlas con la barriga y demostrarles quién manda.

—Eh, mirad. —Cara me toma del antebrazo—. Garrett también tiene su propia sección de fans esta noche.

Odio la forma en que mi cabeza se mueve rápidamente y el frenético «¿qué?» que sale de mis labios. Pero lo peor de todo es que se me ha caído un nacho con queso.

Mis ojos recorren la pista en la televisión y enseguida encuentro a Garrett. Es alto y de espalda ancha, y parece flotar sobre el hielo hasta chocar contra Carter por detrás, empujándolo contra el lateral. Le siguen rápidamente Emmett, que los aplasta a ambos, y Adam, que se amontona encima de ellos en el hielo, pero estoy demasiado molesta con el grupo de mujeres dos filas más arriba como para que la escena me parezca tierna.

¡Cásate conmigo, Andersen!

¡Déjame ocuparme de tu palo, G bombón!

—Qué estúpidas. Qué carteles más idiotas. Ni siquiera son creativas. —Agarro el paquete de bayas suecas de la mesita de café, lo abro y me echo la mitad del contenido en la boca—. ¿Ocuparse de su palo? Qué tontería. ¿Qué significa eso? Ocuparse de su palo —resoplo—. Qué tontería.

—Lo has dicho dos veces —murmura Cara.

—No es cierto.

—Sí, es cierto —observa Olivia, ladeando la mirada para examinarme.

Niego con la cabeza y vuelvo a mirar la pantalla. Mal momento: una de las chicas de las gradas se dirige hasta el borde de la pista y

mi hermano parece estar facilitando la conversación entre ella y Garrett.

—Pipí. —Me pongo de pie de un salto—. Tengo que hacer pipí. Disculpad. —Me estoy convirtiendo en el hombre que me mete los dedos en el coño y me hace llegar hasta el cielo. Qué vergonzoso.

Me quedo allí cinco minutos, hasta que estoy segura de que puedo regresar sin problemas. Al volver, pongo mi mejor sonrisa despreocupada, agarro la bandeja de Pop-Tarts y me acomodo entre mis amigas, quienes me roban una Pop-Tart cada una.

—Dile a Garrett que gracias por las Pop-Tarts. —No es Cara la que habla. Es Olivia.

***

—Estoy que ardo.

—Nada como una reina que sabe lo que vale —murmura Cara sobre mi cabello—. Sí, Jennie, eres hermosa.

—No, quiero decir que físicamente siento como si estuviera en llamas.

En este momento estoy atrapada entre dos mujeres, una pequeña y embarazada, la otra alta y desgarbada, que han decidido «pasar una noche *hot*» conmigo. Esas fueron las palabras de Cara. Olivia me dijo que echaba de menos acurrucarse con su marido. Ya me había dicho que no había estado durmiendo bien sin Carter, y sus ojeras son una buena prueba de ello.

Así que cuando me ha enseñado un pijama, me ha hecho un pucherito y me ha pedido que me quedara a pasar la noche, no he podido negarme. Cara dijo que si Olivia dormía con alguien, ella también. Ahora aquí estamos, las tres acurrucadas juntas en una cama escandalosamente grande, después de una videollamada con Carter, Garrett, Emmett, Adam y Jaxon que ha durado demasiado tiempo, en la que Carter le ha pedido a Olivia que se escapara sola al baño una vez, y en la que Cara y Emmett *realmente* se escabulleron.

—Soy yo —suspira Olivia—. Tengo calor todo el tiempo. Soy como una caldera. No puedo apagarlo. —De repente, se apoya en su codo,

con los ojos bailando a la luz de la luna—. ¿Recuerdas que Carter me compró una caldera cuando empezamos a salir porque la mía estaba rota y no quería que pasara frío?

—Es muy ostentoso.

—Le encantan esos grandes gestos. Pero también es tan considerado. —Otro suspiro, esta vez feliz, y Olivia se deja caer de nuevo en el colchón y pone una pierna entre las mías, acurrucándose más cerca y aumentando mi temperatura corporal como diez grados—. Vosotros, los Beckett, sois lo mejor para acurrucarse.

La sensación de plenitud y satisfacción que rebota en mi pecho me hace sonreír.

—Cara, no esperaba que fueras tan cariñosa.

—Oh, yo soy de ocupar todo el espacio. Sí, me gusta subirme encima de Emmett y luego dejarme caer rendida y despatarrarme por el resto de la noche. No puedo contar las veces que ese tipo se ha despertado con la cabeza enredada entre mis piernas, y no por las razones correctas.

Suelto una risita, y mi mente se desliza hacia Garrett casi sin querer. Me he quedado dormida abrazada a él incontables veces, y me he despertado en mitad de la noche con su cabeza entre mis piernas por las razones *correctas*. Pero siempre me he levantado sola por la mañana, tratando de recordar la sensación que me provoca su cálido cuerpo alrededor del mío, las yemas de sus dedos recorriendo mi espalda, sus labios deslizándose por mi hombro.

He estado sola desde no me acuerdo cuándo. Hasta ahora, mi vida ha sido muy solitaria. No me había dado cuenta del peso del vacío hasta que Garrett lo llenó sin esfuerzo, como si me hubiera quitado un peso de los hombros y del pecho para permitirme estar erguida y respirar más hondo.

La noche está tranquila y silenciosa a nuestro alrededor. Me acompaña el suave sonido de una respiración constante en mi oído, el delicado subir y bajar de los pechos a ambos lados, y me quedo en medio de ese silencio, disfrutando del amor que me rodea.

Un par de brazos me aprietan y cuando abro los ojos, encuentro la mirada adormilada y oscura de Olivia.

—¿Qué pasa, enana?

—No quiero que te vayas —susurra, y hay algo vulnerable en su voz, algo al borde de romperse—. No quiero que vayas a Toronto cuando te gradúes y me siento muy egoísta por eso. —La luz de la luna que se filtra a través del ventanal del balcón corta la lágrima solitaria que corre a lo largo del puente de su nariz—. Quiero que tengas éxito y, sobre todo, quiero que seas feliz. Pero, por Dios, no quiero que tengas que irte para hacerlo.

Creo que Cara está dormida, pero enreda sus dedos con los míos.

—Siempre estaremos juntas, no importa dónde estemos. Pero desde luego es una gran ventaja no tenerte lejos.

Tal vez no tenga que estar sola para siempre, después de todo. Si hay algo seguro es que ahora no creo que vaya a ser así con esta gente a mi alrededor.

***

Cara ha tenido una idea divertida.

Utilizo la palabra *divertida* con cierta ligereza, por cierto.

Esta mañana nos ha despertado separándonos de un tirón, y mirándonos desde arriba con una sonrisa como de convicta desquiciada que acaba de encontrar a sus próximas víctimas.

—Hagamos que los chicos tengan que esforzarse para vernos —ha dicho con una risita maníaca.

Al parecer, eso significaba ponernos irresistibles y salir, justo antes de que los chicos aterrizaran, para que regresaran a una casa vacía en lugar de una donde se suponía que debíamos estar esperándolos para darles la bienvenida después de un largo período de separación.

No me molesta. Tengo el estómago lleno, llevo unas botas con tacones de color escarlata increíbles y me veo muy bien con estos vaqueros. No puedo esperar a ver la reacción de Garrett. Cuando finalmente nos encuentren, claro está.

La otra parte del plan de Cara implicaba enviarles vídeos con pistas en nuestro chat grupal mientras recorríamos la ciudad. Han estado persiguiéndonos y ha sido muy entretenido leer sus mensajes

emocionados cuando averiguaban dónde estábamos, seguidos por un montón de insultos cuando descubrían que ya nos habíamos ido a otra parte. Hemos estado al menos dos pasos por delante de ellos toda la noche.

Ahora estoy en medio de la pista de baile de Sapphire, roja como un tomate y sudando, dando vueltas alrededor de una pequeña mujer embarazada que baila más que nunca (con un subidón de azúcar por el postre), mientras Cara bebe martinis, con una copa en cada mano.

Incluso con todo el ruido, es imposible pasar por alto el parloteo y el pequeño frenesí que se produce de repente, y la sonrisa maliciosa que se dibuja en el rostro de Cara, lo que indica que han llegado.

Ella pone sus martinis en las manos de Olivia y señala a un hombre guapo de cabello oscuro.

—Tú. Baila conmigo.

Los ojos del galán circunstancial se abren de par en par.

—Eh… Bueno.

Ella se acurruca en su pecho y desliza las manos de él sobre sus caderas. Se balancean juntos, y el pobre chico pone cara de que está en el cielo.

Y puede ser que llegue al cielo en treinta segundos. Parece que Emmett está a punto de lanzarlo al suelo. Se detiene frente a ellos y mira fijamente a su sonriente esposa. Aprieta los puños y dirige su mirada hacia el bailarín que sujeta a Cara.

—Quítale las manos de encima a mi mujer ahora mismo. *Ya.*

Él suelta a Cara como si estuviera en llamas y sale corriendo de la pista de baile. Yo dejo escapar una risita al ver cómo Emmett la levanta, la levanta sobre su hombro y se la lleva hacia los reservados privados en la parte de atrás.

Un aliento caliente besa mi cuello y un escalofrío recorre mi columna.

—Estás a punto de ser la siguiente, en algún lugar mucho más privado y con la huella de mi mano tatuada en tu trasero. Así que si yo fuera tú, dejaría de reír.

Recibo una rápida y fuerte palmada en la nalga izquierda cuando Garrett pasa junto a mí, y luego se da la vuelta y grita:

—¡Las he encontrado!

—¡Ollie! —Carter se desliza hacia la pista de baile, sin aliento. Al posar sus ojos sobre Olivia, su mirada se enciende cada vez más—. Ollie… —murmura—. Cariño, te ves increíble…

—Sois diabólicas. —Adam me envuelve en un abrazo que ahoga un cumplido que no necesito escuchar—. Hemos estado persiguiéndoos por toda la ciudad.

—Ha sido idea de Cara —digo abrazando a Jaxon—. Nosotras dos no somos más que espectadoras inocentes.

Jaxon se desabrocha el cuello y su mirada recorre el lugar.

—Y se lo agradezco. —Me sonríe—. Necesito desahogarme esta noche.

—Supongo que eso es una forma de decir que necesitas acostarte con alguien, ¿no?

Su sonrisa sigue creciendo y extiende su mano.

—¿Quieres bailar?

Me encuentro con la mirada entrecerrada de Garrett por encima de su hombro.

—Me encantaría.

—*Tatuada* —me dice mi chico solo con los labios antes de que yo desaparezca con Jaxon en la pista de baile.

Jaxon me ha acabado cayendo bien, y no me ha costado mucho. ¿Sigue teniendo un poco de actitud egoísta? Sí. ¿Está excepcionalmente cachondo? ¿Quién no? Pero es amigable y tranquilo, y hay algo en él que me da ganas de alargar la charla cuando hablamos. Quizá sea porque siempre me he sentido un poco fuera de lugar dentro de este grupo, y cuando él llegó, le pasó lo mismo. Lo aceptaron sin dudarlo, igual que a mí, pero a veces me pregunto si él cuestiona su lugar aquí, igual que yo.

—¿Crees que Andersen se ha enfadado? A mí me parece que está bastante molesto.

Apoyado en la barra, Garrett se está tomando un agua con gas con una rodaja de limón, y tiene la mirada fija en nosotros. Pero ¿parece enfadado? Parece que va a tomar lo que quiere tantas veces como quiera antes de darme a mí lo que quiero. Así es como yo lo veo. Suena como una gran noche. Y no puedo esperar.

—¿Sabes qué más he notado sobre ese tipo? —Jaxon vuelve a atraer mi atención hacia él—. Cuando estamos de viaje y esas cosas, o si sale con los demás del equipo, bebe alguna copa, pero siempre que tú estás cerca, solo bebe agua con gas.

Yo también lo he notado, aunque no hemos vuelto a hablar de ello desde la noche en que nos dimos nuestro primer beso. Garrett nunca toca una gota de alcohol cuando estamos juntos, incluso si salimos con todos los demás. Solía tener un paquete de seis cervezas guardado en su nevera, pero ahora es chocolate caliente o nada. Ahora que lo pienso, no recuerdo la última vez que vi una botella de cerveza allí.

—Es un buen amigo que me demuestra su apoyo —le digo a Jaxon.

—Sí, es un buen chico. —La canción termina. Jaxon toma mi mano y me saca de la pista de baile—. Aunque parezca que quiera asesinarme. Tal vez Cara tenía razón.

—¿En qué?

—En que está enamorado de ti. Eso dijo Cara en la víspera de Año Nuevo.

Tropiezo con mis propios pies y una mano grande en mi espalda baja me sujeta. Garrett me ayuda a enderezarme y luego me guía hacia nuestro reservado, deslizándose detrás de mí.

Jaxon arquea una ceja y nos mira.

—Tienes un problema muy serio si crees en todo lo que dice esa mujer —dice por fin Garrett. Mueve la cabeza en dirección a la mujer en cuestión, que está en el regazo de su marido con las manos en su cabello y la lengua en su garganta—. Vamos, Riley.

Jaxon se ríe entre dientes y sacude la cabeza mientras toma asiento frente a nosotros.

—Sí, tienes razón. No se puede confiar en Cara.

Cara nos muestra su dedo corazón por encima del hombro.

Carter, Adam y Olivia se unen a nosotros un momento después. Mi hermano trae una bandeja con varias bebidas y un menú de comida (prioridades). Adam sujeta a una Olivia que se está debilitando rápidamente: parece estar recuperándose de su euforia inducida por

el exceso de azúcar y al mismo tiempo arrepintiéndose de su decisión de usar tacones.

Una hora después, no me he movido de mi sitio y estoy pasando el mejor momento de mi vida. Quizá se deba en parte a la enorme cantidad de frustración sexual que emana del hombre que está a mi lado mientras lee cada mensaje que le envío sin poder mostrar ninguna reacción.

Yo: debería montarme sobre Indiana esta noche o sobre tu cara?
Yo: joder, no puedo dejar de pensar en tu lengua en mi coño. me encanta cdo soy tu comida fav.
Yo: tal vez podamos probar el tapón enjoyado esta noche mientras te chupo la polla.
Yo: si metieras tu mano entre mis piernas ahora mismo, descubrirías lo mojada q estoy.

El puño de Garrett se cierra con tanta fuerza alrededor de su vaso que me preocupa que lo rompa. Lo deja y escribe furiosamente una respuesta.

Oso: dime lo mojada que estás, solecito. no omitas ningún detalle y seré suave contigo esta noche.

Yo: q pasa si no quiero q seas suave conmigo, grandullón?

Oso: estás MUY mojada?

Yo: tan empapada q podrías deslizarte dentro.

Garrett se pone de pie de un salto y empuja a Adam fuera del reservado.

—¡El baño! —grita—. Tengo que ir a mear. Hasta luego. Nos vemos.

Reprimo la risa mientras él sale corriendo y el resto de los chicos lo siguen para traer más bebidas. No han pasado más de treinta segundos cuando un hombre alto con rizos oscuros se acerca. Sus ojos castaños profundos y amigables están fijos en mí. Los nervios me tensan y cruzo una pierna sobre la otra, concentrándome en mi bebida.

—Hola —dice, deteniéndose en el borde del reservado—. Soy…

—¡Ay, Dios mío! —Olivia cobra vida y aplaude—. ¡Eres Alejandro Pérez! —chilla, y sus puños tiemblan bajo su mentón—. Jennie, él es el…

—Mediocentro de los Vancouver Whitecaps —finaliza Alejandro, sonriendo.

—Perdón. Soy tu fan. Jugaba a fútbol cuando era niña y…

—¿Fútbol? —Cara toma un sorbo de su bebida—. Gracias a Dios. Al decir mediocentro, he pensado: «No he oído hablar de esa posición de hockey antes. ¿Cuál de nuestros chicos juega en ese puesto?».

Alejandro sigue sonriendo. Tiene una sonrisa estupenda, ancha, con unos dientes relucientes, pero no es juguetona ni irónica como la de Garrett. Extiende su mano y yo deslizo la mía simplemente porque no sé qué otra cosa hacer.

—¿Y tú quién eres?

—Jennie —respondo en voz baja, mientras me cruzo con la mirada curiosa de Garrett, que se acerca.

—Perdón. —Se interpone entre nosotros, se desliza a mi lado y se sienta muy cerca.

—Oh. —Alejandro examina la proximidad de nuestros cuerpos—. ¿Vosotros dos sois…?

Miro a Garrett. Él me mira. Es Cara quien responde a la pregunta.

—No, no, nuestra Jennie está soltera como una pera. ¿No es así, osito Gari-ñoso?

Garrett me mira durante un largo minuto, y luego baja los ojos y bebe un sorbo de agua, y no sé por qué, pero cuando murmura *correcto*, siento el peso de la decepción en el estómago.

—Perfecto. —Alejandro extiende su mano—. Oye, eres Garrett Andersen, ¿verdad? ¿El alero derecho de los Vipers? Soy un gran fan tuyo.

Garrett le estrecha la mano y le dedica una sonrisa que parece un poco forzada.

—Lo mismo digo. Los chicos y yo ya tenemos entradas para tu primer partido de local.

—Qué casualidad. Deberíamos ir a tomar algo después. —Antes de que Garrett pueda responder, Alejandro vuelve su atención hacia mí.

Me remuevo en mi asiento, incómoda; no me gusta recibir ese tipo de atención, no estoy acostumbrada—. Yo esperaba poder invitarte a una copa ahora, Jennie.

—Oh… —Un calor incómodo me sube por el cuello—. No bebo alcohol.

—Puede ser agua, no hay problema.

—Sí, Jennie —interviene Cara—. Puede ser agua.

Le lanzo una mirada de advertencia y ella cierra la boca. Olivia me mira con una expresión indescifrable y también mira a Garrett, que está como un bloque de hielo a mi lado. No quiero que se sienta como el hielo, me gusta cuando está caliente como un rayo de sol.

Me aclaro la garganta, me armo de valor y le sonrío a Alejandro.

—Gracias por la invitación, pero no estoy interesada.

—¿No te interesa en general o no estás interesada en mí?

Mis ojos recorren la barra en busca de algo que decir para terminar con este asunto rápidamente. Observo a los chicos que regresan con las bebidas: mi hermano lidera el camino con una nube extremadamente ostentosa de algodón de azúcar azul y rosa sobre una copa de champán, y lo más probable es que esa sea la única razón por la que ha pedido esa bebida.

—La verdad es que no estoy interesada en ampliar mi círculo de atletas profesionales. Ya tengo a un sobreprotector hermano mayor y con eso me basta.

—Ollie, ¡mira! ¡Esta bebida venía con algodón de azúcar! —Carter coloca el algodón de azúcar prácticamente en la cara de su esposa, y luego arranca un trozo y se lo come. Sus ojos se abren de par en par cuando ve a Alejandro—. ¡Hey, hola! ¡Pérez!

La mirada de Alejandro va de Carter a mí.

—Dios, sois casi idénticos. ¿Cómo no me había dado cuenta de que sois hermanos?

Carter se sienta y ríe.

—Sí, Jennie ha heredado su espectacular belleza de mí.

Puede que yo no quiera la atención de Alejandro, pero cuando él acerca una silla a Carter y todos se hacen amigos rápidamente, una extraña sensación de decepción mezclada con un *déjà vu* me invade. Yo tenía su atención, y ahora la tiene Carter, y así es la vida cuando

tu hermano es el capitán de un equipo de la Liga Nacional de Hockey.

Me obligo a tomar un sorbo y juego con una servilleta húmeda que tengo en mi regazo. Una mano grande cubre la mía, toma la servilleta y la coloca sobre la mesa. Un segundo después, Garrett coloca cuidadosamente su meñique alrededor del mío y algo dentro de mí se calma.

Tengo la única atención que quiero.

Cuarenta y cinco minutos y varios mensajes subidos de tono, un baile con Adam, dos con Cara y una bebida de algodón de azúcar sin alcohol después, voy a esconderme en el baño. Se me está haciendo imposible no mirar a Garrett, y su meñique enganchado con el mío debajo de la mesa ya no es suficiente. Tengo calor y hambre, y me muero por salir de aquí e ir a casa, donde por fin podremos saludarnos como es debido.

Me doy una pasada con un paño fresco y húmedo por el cuello, y suspiro antes de salir al pasillo oscuro.

Unos dedos fuertes me toman de la muñeca y me arrastran hacia un rincón oscuro. Mi pulso retumba y una sensación calurosa se extiende por mi pelvis, mientras mi espalda presiona contra un pecho duro y ancho. Una mano cálida se desliza bajo el dobladillo de mi camisa y sube por mi torso. Sus labios suaves tocan mi hombro expuesto.

—Se te pone la piel de gallina —susurra Garrett.

—Porque me has asustado muchísimo, tonto. —Las palabras terminan en un suspiro al sentir su boca sobre mi cuello. Cuando su nombre sale de mi boca en un gemido, una mano me cubre los labios.

—Shhh, solecito. Si haces más ruido, no podré disfrutar de lo que vine a buscar, y tengo que decirte que no puedo esperar ni un minuto más. —Me toma del mentón para girar mi rostro hacia el suyo, mostrándome la oscuridad hambrienta que brilla en sus ojos.

Y entonces su boca toma la mía.

Ese beso es tal como lo quiero: hambriento, posesivo, húmedo, caliente. Dios, hace tanto calor. Pero más que eso, es… melancólico. Anhelante. Lleno de devoción.

Me ha echado de menos. Quizá tanto como yo a él.

Como para demostrar que tengo razón, se aparta y apoya su frente contra la mía con un suave suspiro.

—Te echo de menos. —En presente, no en pasado.

Entrelazo mis dedos con los suyos.

—Estoy aquí.

—Lo sé, pero he estado ocupado con el hockey y tú con el baile y el apestoso ese de Simon. Solo estoy de mal humor porque siento como si estuviese esperando en el banquillo porque me han cambiado.

—Bueno, será porque no has sido tan bueno.

—He sido muy malo… —murmura, tomando mi boca nuevamente con un gruñido gutural. Me empuja contra la pared y echa una mirada por encima del hombro antes de que sus dedos bailen sobre mi escote y envuelvan ligeramente mi garganta—. Te voy a llevar a casa y te voy a follar ese coño empapado con Indiana. Luego te lameré hasta dejarte limpia y haré que acabes de nuevo, esta vez en mi lengua.

Oh, por Dios.

—¿Entendido?

Trago saliva, asiento y un ansia profunda se instala entre mis piernas, mientras Garrett me desliza su nariz por el cuello y luego vuelve a subir hasta la oreja.

—Usa tu lengua, solecito. Sé que la sabes usar.

Me mojo los labios con la lengua, desesperada por saborearlo de nuevo.

—Sí…

—Buena chica. —Se aprieta contra mí, dejándome sentir el peso de su propia necesidad—. Ahora, volvamos a la mesa y finge que todavía me odias.

—Te gusta cuando finjo odiarte.

—Sí. Me excita cuando eres atrevida conmigo.

Me río, pero esa risa no dura mucho. De hecho, muere rápidamente y enmudezco cuando mi mirada se encuentra con unos grandes ojos color avellana que nos observan.

Jaxon está frente a nosotros. Su mirada va de Garrett a mí, con la boca cada vez más abierta. De repente, sonríe, pero es una de esas sonrisas aterrorizadas y torpes, con los dientes brillantes y apretados.

—Esto… —Se aclara la garganta y golpea su puño contra la palma de su otra mano—. Sí, eh, he oído que…

—Ay, no… —Me tapo la boca temblorosa con las manos—. *NO*. —Se me llenan los ojos de lágrimas listas para derramarse—. Carter me va a matar.

—No, joder, no. —Jaxon agita sus manos para todos lados—. Joder, no, no llores, por favor. No voy a decirle nada. Te lo prometo. Por favor, no llores. —Mira a Garrett en busca de ayuda antes de sujetarme por los hombros—. Oye, todo está bien. Tu secreto está a salvo conmigo, Jennie, de verdad. Y, eh… —Su mirada cae sobre la entrepierna de Garrett—. No le diré a todo el mundo que le pusiste el nombre de Indiana Jones a tu paquete. Nunca había oído eso antes. Es… nuevo.

Sollozo y me seco los ojos.

—Gracias, Jaxon. Eres un buen amigo.

Lo vemos irse, y cuando desaparece, Garrett levanta el puño.

—Has estado perfecta con lo de las lágrimas.

Choco mi puño contra el suyo.

—Siempre funciona.

27
DISNEYLANDIA VERSUS INDIANA

Jennie

—¿Qué te he dicho?

Mi espalda golpea la pared con un ruido sordo. Los ojos nublados de Garrett siguen los míos. Están más azules que verdes esta noche, oscuros y un poco intimidantes, como un mar embravecido, y hacen que mi respiración se vuelva más frívola y mi cuerpo sienta un calor sofocante.

Dejo que mi lengua se deslice despacio por el labio inferior, disfrutando de la forma en que el pulso de Garrett se marca en su cuello cuando me mira.

—Que me echabas de menos.

Él gruñe y da otro paso hacia mí.

—No.

—Sí —protesto, presionándolo un poco más. Quiero ver hasta dónde puedo llevarlo sin que pierda los estribos. O tal vez *sí* quiero que pierda los estribos. De cualquier manera, va a ser divertido—. Eso ha sido muy dulce, Garrett. —Le acaricio la mejilla con los dedos y le beso la mandíbula, sonriendo contra la ligera capa de barba mientras su pecho retumba—. Al final, eres como un bollito de canela, suave y pegajoso.

Garrett me empuja más fuerte contra la pared, agarra mis dos muñecas con una mano y las sujeta sobre mi cabeza. Con la otra mano aprieta mi garganta, presionando con los dedos. Sí, lo he conseguido. Desbloqueado.

—Te gusta hacerme enfadar.

—No seas ridículo, Garrett. Me encanta.

Suelta mi garganta y pasa la punta ancha de un dedo por la cintura de mis vaqueros.

—Odio estos malditos pantalones.

—Yo también los odiaría si mi nombre estuviera en la tarjeta de crédito que los pagó. Después de todo, eran caros y compré tres.

Una risa gutural y oscura sale de sus labios.

—Entonces puedo destruir dos más.

—Ni se te ocurra —le advierto en voz baja. Mi trasero está divino con estos vaqueros. Solo hay que ver cómo Garrett y Jaxon me miran, sin poder apartar la vista de mi culo cuando los uso cerca de ellos.

Con su mirada fija en la mía, Garrett desliza su mano debajo de la cintura de la tela ajustada y tira de mis caderas hacia delante.

—La única forma en que me gustan es cuando están en el maldito suelo.

Las yemas de mis dedos bailan sobre sus bíceps, sobre su pecho amplio, hundiéndose en su cabello mientras rozo mis labios con los suyos.

—Entonces supongo que será mejor que te pongas a trabajar, Andersen.

Lo dejo en la entrada y avanzo por el pasillo, quitándome la camisa en el camino y echando una mirada persistente por encima del hombro cuando la dejo atrás. Lo siguiente son los pantalones: se los muestro, balanceándolos en la punta de mi dedo índice antes de dejarlos caer en la puerta de mi dormitorio. Finalmente, Garrett se pone en marcha a toda velocidad, pero no lo suficientemente rápido como para atraparme antes de que desaparezca en el baño de la habitación.

Una vez dentro, me entretengo admirando lo bien que me queda el conjunto de sujetador y bragas de satén y encaje de color

esmeralda. He subido unos kilos en el tiempo que llevo con Garrett, algo que antes me habría descolocado durante semanas. Pero hoy me toco los pechos, disfrutando de su forma, de su peso, me miro en el espejo y me encanta cómo estas bragas realzan mi culo de una manera tan atrevida.

Me paso los dedos por la trenza, desarmando los rizos gruesos hasta que mi cabello parece todo un desastre esponjoso que cae por mis hombros. No puedo esperar a que Garrett me adore.

Lo he dicho antes y lo diré otra vez: este hombre tiene el trasero de hockey más increíble del mundo. Permanece de pie, tan natural, esperándome con las mangas de su camisa dobladas casi hasta los codos, los pantalones ceñidos sobre su cintura delgada, su trasero perfecto y sus muslos fuertes.

Se gira hacia mí, sus pupilas se dilatan y la nuez de Adán sube y baja en su garganta a medida que me acerco hasta su posición.

—Qué guapo —murmuro, enroscando su corbata alrededor de mi puño y tirando de ella. Él se tambalea hacia delante y se agarra de mis brazos para mantener el equilibrio. Dejo caer la corbata de seda a nuestros pies y empiezo a desabrochar los botones de su camisa —. ¿Me lo harás con el traje puesto algún día?

Sus ojos se abren de par en par y las yemas de sus dedos se hunden en mi piel. Me gusta cuando hacemos este cambio radical, alternando entre lo tímido y lo atrevido. Nos sale sin esfuerzo, como si siempre hubiéramos estado destinados a complementarnos.

—¿Garrett? —Mis manos se deslizan sobre su pecho, sobre sus hombros, hasta que le quito la camisa, que termina en el suelo—. Te he hecho una pregunta.

—Haré lo que quieras, Jennie.

Sonrío, aflojando la hebilla de su cinturón y bajando la cremallera. Cuando mi mano se cierra alrededor de su polla por encima de sus calzoncillos y él gime, mi pecho se llena de orgullo.

—Buen chico —murmuro, dejando que sus pantalones se amontonen alrededor de sus tobillos. Empujo hacia abajo por la parte de atrás de su ropa interior, y siento la forma en que su trasero se flexiona bajo mi mano hasta que los calzoncillos también caen al suelo.

—¿Garrett?

—¿Sí?

—Quiero que te sientes.

—Yo…

Con la mano sobre su clavícula, lo empujo hasta el borde de la cama. Sus labios se separan mientras los recorre con su lengua, y sus ojos están fijos en mí, de pie entre sus piernas. Tomo su mano, rozando mi vientre con sus dedos.

—¿Quieres tocar o mirar?

Él traga saliva.

—¿Pueden ser ambas cosas?

Me río en silencio.

—No. No puede ser.

Abro el cajón de mi mesita de noche. Mis dedos revolotean sobre mi arcoíris favorito antes de encontrar lo que estoy buscando. Garrett dijo que quería follarme con esto, pero quiero mostrarle cómo lo uso yo.

Su respiración se entrecorta cuando me vuelvo hacia él.

—Jennie, yo… *joder*. —Se pasa las manos por el rostro en cámara lenta mientras aseguro la base de ventosa contra el suelo, justo entre sus piernas—. ¿Vas a…? ¿No vas a…? ¿Ahí mismo? Oh… Dios mío… Eh… eh… eh… Creo que estoy en *shock*, voy a necesitar que me reanimes. ¿Es un buen o un mal momento para decirte que te quiero? —Suelta una risa de ansiedad—. Joder, es que creo que te quiero de verdad ahora mismo.

Dios mío, es el ser humano más entrañable, amable y adorable que he conocido. Nadie me hace sonreír como él.

Primero me quito el sujetador, deslizando los tirantes de satén por mis hombros, y lo dejo caer en el regazo de Garrett antes de enganchar los pulgares en mis bragas y moverlas sobre mis caderas.

Él aprieta mi ropa interior contra su pecho mientras yo abro sus piernas más y enciendo a Indiana Erección, haciéndolo bailar. La mano de Garrett se cierra alrededor de la mía para detenerme.

—¿Necesitas lubricante o algo?

Guío su mano hacia mi entrepierna y paso sus dedos por mi hendidura, para que vea que estoy absolutamente empapada. Él

gime y cuando levanto sus dedos brillantes, le pregunto:

—¿Qué te parece, Garrett? —Basándome en el gemido ahogado que sale de sus labios cuando succiono lentamente sus dedos, creo que podría estar a punto de morir—. ¿Necesito lubricante?

—No —grazna.

—No —concuerdo, recogiendo mi humedad con las puntas de mis dedos y acariciando lentamente mi juguete.

De rodillas entre las piernas de Garrett, guío la cabeza del falo de silicona hacia el lugar donde más deseo que esté este hombre frente a mí. Todos mis pensamientos abandonan mi cerebro cuando comienzo a deslizar mi cuerpo por toda la longitud del consolador, gimiendo mientras me penetra.

—Oh, por Dios, joder. —Las uñas de Garrett se clavan en la carne de sus muslos—. Eh… eh… eh… Estoy en el cielo. He llegado al cielo, ¿acaso he muerto?

Joder, sí, llega tan profundo, y cuando toca ese punto dentro de mí, caigo hacia su regazo, agarrando sus muslos y gritando:

—*Garrett*.

—Ay, Dios mío. No, no estoy muerto. —Él me agarra del pelo, con los ojos desorbitados, mientras me levanto y me dejo caer, una y otra vez, lentamente, disfrutando cada segundo de esa ardiente intensidad—. ¿Cómo puede ser que seas real?

Encuentro mi ritmo y acaricio la ansiosa polla de Garrett con mis manos. Clavo mi mirada en sus ojos, que a su vez me miran fijamente, arrastro mi lengua por la parte inferior del pene, duro como una roca, antes de tragarme la punta, y mi boca se desliza hacia abajo, hacia abajo, hasta que su miembro erecto llega a la parte posterior de mi garganta.

La cabeza de Garrett se inclina hacia atrás mientras gime. Cuando la vuelve a enderezar, sus enormes manos sostienen mi rostro y me observa fijamente.

—Eres una tremenda obra maestra.

No estoy segura de haber deseado alguna vez algo tanto como entregarme a Garrett. Le he dado pedazos de mí, pero ahora quiero dárselo todo.

Lo vengo pensando desde hace un tiempo. Pero nunca he estado segura de estar lista, lo que significa que no lo estaba. *Y eso estaba bien.* Él no necesitaba nada más de mí, solo lo que yo estaba dispuesta a darle. Por una vez en mi vida, era suficiente.

Nunca he sido suficiente para nadie excepto para mí misma. Garrett lo ha cambiado todo. Nunca supe cuánto necesitaba a alguien como él hasta que lo encontré, y no creo que él se dé cuenta de lo agradecida que estoy de tenerlo.

Así que voy a demostrárselo.

Mis dedos encuentran mi clítoris y giran lentamente a su alrededor mientras sigo montando el juguete que está debajo de mí. Tomo los testículos de Garrett con mi mano libre, se los masajeo suavemente y, con un siseo, él mueve sus caderas hacia delante. Su polla se desliza por el fondo de mi garganta, haciéndome sentir náuseas, pero le sonrío.

Garrett gime. Entierra los dedos en mi cabello y toma mechones con sus puños.

—No me mires así mientras tienes mi polla en la boca.

Lo suelto, haciendo un ruidito, y lamo la comisura de mis labios húmedos.

—¿O qué?

—Si sigues actuando como una maldita mocosa malcriada te voy a mostrar exactamente lo que es meter mi polla hasta el fondo de tu garganta.

Agarro la base de su polla y la muevo lentamente, sosteniendo su mirada mientras le doy un lametón despacio recorriendo toda su longitud, y luego giro alrededor de la punta mientras él emite gemidos contenidos. Mis caderas se balancean hacia delante y hacia atrás. Lo que siento en este momento es que estoy brillando desde dentro hacia fuera.

—¿Se supone que eso es una amenaza, grandullón?

Eh, hola, Garrett enfadado. Me ha tocado el premio gordo.

Un instante estoy entre sus piernas con su polla en mi boca, y al siguiente él está detrás de mí, con una mano clavándose en mi cintura y la otra sujetando mis muñecas con fuerza detrás de mi espalda.

Me agarra y hace que me quede quieta con el juguete en mi interior, pero me impide llegar al punto más alto. Gimo, me retuerzo, desesperada por el alivio del clímax.

Sus dientes rozan mi oreja y su cálido aliento envía un escalofrío de deseo que me recorre toda la espalda.

—¿Qué pasa, solecito? ¿Quieres acabar?

—Puedo acabar sola.

—Seguro que puedes. Pero cuando yo estoy aquí, acabarás cuando yo te haga acabar. —Una mano áspera aprieta mis tetas y me raspa el pezón con el pulgar antes de que sus dedos se deslicen por mi vientre hasta encontrar ese punto donde siempre se concentra la atención de Garrett. Unos labios suaves me acarician el hombro—. El día que lo hagamos te vas a sentir atravesada por un rayo, Jennie. Iluminaré todo tu cielo, igual que tú enciendes el mío.

Siento de nuevo esa opresión en el pecho, la misma que lleva ahí casi un mes. La siento un poco más cada vez que estoy con Garrett. No sé qué hacer al respecto. Quiero decirle lo que siento y preguntarle cómo va a seguir lo nuestro. Porque no lo sé. Todo es muy nuevo para mí y me siento inexperta, abrumada. La verdad es que estoy muy asustada.

Tengo miedo de que el sexo no lo satisfaga. Tengo miedo de que se aburra. Tengo miedo de que no funcione y no podamos seguir siendo amigos. Tengo miedo de que funcione, pero a alguien no le guste.

Estoy cansada de tener miedo. Solo quiero ser feliz.

La barbilla de Garrett descansa suavemente sobre mi hombro, y con su mano sobre mi mentón me gira el rostro hacia el suyo. Sonríe, y es tan guapo que creo que mi pecho se va a abrir de par en par.

—Hola —susurra sobre mis labios—. Espero que sepas que eres preciosa. —Besa la punta de mi nariz, mi mejilla y baja por el cuello. Se detiene en la oreja, y mis terminaciones nerviosas crepitan cuando me toma del mentón de nuevo y me sostiene el rostro—. Pero aun así te voy a mostrar lo que se siente cuando me haces enfadar.

Me agarra firmemente de las caderas y me golpea contra la polla de goma. Caigo hacia delante con un grito, arañando el suelo, y su pecho vibra con un gruñido siniestro. Entonces me golpea en el culo con la mano abierta, y cuando acabo, grito de nuevo.

—Esa es mi chica, joder —murmura con un tono grave mientras maniobra sobre mi cuerpo, empujando y tirando, tomando y dando. Por el amor de Dios, qué manera de hacerme gozar. Sus dedos me rodean la garganta, acercándome hacia él, sujetándome contra su pecho macizo mientras maneja mi cuerpo, empujando, hundiendo, conduciendo—. No puedo esperar a ver lo perfectamente bien que mi polla encaja en tu coño. No puedo esperar a ver tu hermoso rostro la primera vez que esté dentro de ti.

Un cosquilleo comienza en mi vientre y se extiende como un reguero de pólvora por cada fibra de mi ser, al tiempo que mi visión se vuelve borrosa. Me apoyo en sus manos mientras un segundo orgasmo empieza a atravesarme, y cuando susurra «acaba para mí» en mi oreja, su promesa se vuelve realidad: el cielo explota y veo colores fluorescentes que iluminan mi mundo.

Mis palabras se disuelven hasta que no son más que gemidos confusos y sin sentido, y me derrumbo contra el cuerpo de Garrett.

Él me toma en sus brazos y se pone de pie. Me lleva a la ducha, donde me lava tiernamente bajo el chorro de agua tibia. No puedo decir ni una sola palabra, hasta que veinte minutos después estamos envueltos en mantas en el sofá de la sala de estar, comiendo cuencos de Corn Pops, con mi espalda apoyada contra su pecho.

—Ya tengo entrada para tu espectáculo.

Me giro tan de golpe que casi tumbo su cuenco sobre mi cabeza.

—¿De verdad?

—Qué ganas de que llegue el día.

Estoy emocionada. Toda la gente que quiero estará allí, mirando desde la platea, y Garrett es mi favorito de todos.

—Sé que después iremos a cenar para celebrarlo con todos…

—Por el cumpleaños de Carter —aclaro.

Garrett pone los ojos en blanco.

—Él dice que la fiesta es por ti. Tú dices que es por él. Creo que podemos festejar por ambos.

—Los Beckett no comparten escenario, Garrett.

Se ríe suavemente y toma mi tazón después de vaciar y dejar el suyo.

—Bueno, estaba pensando que quizá podríamos hacer algo después. Solo nosotros dos.

—Siempre hacemos algo solo nosotros dos.

—Sí. Pero esto sería diferente. —Su mirada se desvía y luego regresa.

—¿Diferente en qué sentido?

—No sé. —Levanta un hombro—. Especial.

—¿Especial en qué sentido?

Traga saliva y sus ojos siguen el mechón de mi cabello que enrosca alrededor de su dedo.

—¿Cómo que especial, Garrett?

—Como una cita, tal vez. Para el día de San Valentín. Si quieres.

—¿Que si yo quiero? —Mi corazón galopa y florece una sonrisa en mis labios—. ¿Tú quieres?

Se lame los labios y su mirada confusa se encuentra con la mía.

—Sí. Yo quiero. —Se aclara la garganta y se lanza: vómito de palabras, mi favorita entre sus especialidades—. Sé que faltan dos semanas, pero me voy en dos días otra vez, y luego solo estaré en casa una noche, y volamos de regreso el día antes del espectáculo, así que no hay mucho tiempo antes, y sé que he dicho especial, pero en realidad no podemos ir a ningún lado porque es secreto y todo eso, pero pensé que tal vez podría ser especial si no pedimos postre en el restaurante, y comemos el postre juntos en casa. Podríamos preparar un pícnic o algo así, tal vez con velas y almohadones y no sé, no tienes que comprarme un regalo ni nada, pero pensé que tal vez sería bonito… —Respira con dificultad y exhala lentamente—. Tener una cita real. —Se rasca la sien y hace una mueca—. Vaya discurso te he soltado, ¿no?

—Tremendo —confirmo. —Pero creo que puedo hacerte un hueco.

Su rostro se sonroja y sonríe.

—¿Sí?

Yo también sonrío.

—Sí.

—*Genialísimo* —Hace una mueca—. Joder, me acaba de pasar lo mismo que en la película Chicas malas. He empezado diciendo genial, pero he acabado con buenísimo.

Riéndome entre dientes, le tiro los brazos al cuello.

—Estás cansado. Necesitas dormir.

Suspira, apretándome el culo.

—Tienes razón.

Me aparto de él y llevo los cuencos a la cocina. Encuentro a Garrett en la puerta, poniéndose los zapatos y abrochándose los pantalones.

—¿Te vas?

Él mira hacia arriba, deteniéndose.

—Pensé que…

—No, está bien. Solo preguntaba.

—Porque dijiste que debía dormir —explica.

—Sí, es verdad.

—Así que probablemente debería…

—¿No quieres, tal vez…?

—Vaya. —Garrett levanta las cejas—. ¿Estás tratando de decirme algo?

—No, no, definitivamente no. —Muevo las manos para distraerme del hecho de que no tengo idea de lo que estoy haciendo—. Ve a dormir.

—Quiero decir… —Se frota la nuca—. A menos que fueras a decir…

—¿Quién, yo? —Me señalo a mí misma—. No, no iba a decir nada.

La cabeza de Garrett se mueve lentamente.

—Bueno. Excelente. Supongo que me voy, entonces.

Sonrío:

—*Genialísimo.*

Su risa cálida y cordial envuelve mi corazón y lo abraza. Cuando me atrae hacia él, cogiéndome de la camisa con el puño, la ola de emociones que me golpea es verdaderamente impresionante.

—*Genialísimo.* —susurra contra mis labios—. Totalmente *genialísimo.*

28
¿REGLAS? ¿QUÉ REGLAS?

Garrett

—Y con esto ganamos, muchachos.

Paso la mano por la mesa para recoger las cartas. Carter se cruza de brazos y frunce el ceño.

—Qué juego de mierda.

—Ya sabes lo que dicen —murmuro—. Tienes que aprender a perder para…

—Como digas que tengo que aprender a perder para apreciar la victoria, te voy a tirar de este maldito avión.

—Ah, ¿entonces Olivia puede decirlo pero yo no? Muy mal esa doble moral.

—¡Olivia puede decir lo que quiera! ¡Ella está gestando a mi bebé en su barriga y además se acuesta conmigo!

—Carter —murmura Adam mientras se come un bocadillo sin levantar la vista del libro que tiene en la otra mano—. Deja de ser tan mal perdedor.

—No soy mal perdedor —refunfuña, dejándose caer en su asiento.

—Sí que lo eres. —Jaxon y yo acabamos de derrotar a Carter y Emmett a las cartas tres veces seguidas. Se suponía que solo sería una partida, pero luego fueron dos, y bueno… ya conocemos a Carter—. No puedes ser el mejor en todo.

Carter patea la parte baja de mi asiento.

—Emmett está jugando fatal.

—¡Hey! —Emmett levanta la vista de su teléfono. Puede que se acabe de dar cuenta de que el juego ha terminado—. No he visto a mi mujer en cinco días y me está enviando mensajes muy explícitos sobre cómo me dará la bienvenida cuando entre en casa esta noche. —Su teléfono suena, su mirada se vuelve salvaje y se levanta abruptamente—. Yo, eh… tengo que… Voy a mear.

A continuación, aparece Carter, estirando los brazos por encima de la cabeza y bostezando.

—Yo también me voy. Quiero enviarle un mensaje picante a Ollie antes de irme a dormir durante el resto del vuelo. Necesito energía para hacerla vibrar cuando llegue a casa. El embarazo la pone muy cachonda. Es difícil seguirle el ritmo hoy en día. —Se ríe en voz baja, con una mirada distante en sus ojos—. El otro día me despertó con una…

—Detente. —Adam levanta su bocadillo como si fuera un escudo —. Por el amor de Dios, Carter, para ya. No queremos saberlo y Olivia no quiere que lo sepamos. Créeme.

Carter hace una mueca y recoge los envoltorios de las golosinas que ha estado engullendo por el estrés de estar perdiendo. Golpea el libro de Adam.

—Necesitas acostarte con alguien. Si necesitas algunos consejos…

—No.

—¿Seguro? Por ahí se comenta que yo sé cómo hablar con las mujeres.

Adam pasa una página del libro.

—Y cómo Ollie fue tan afortunada, eso nunca lo sabremos.

—¿Qué libro estás leyendo hoy? —pregunto al tiempo que Carter desaparece.

Adam me muestra la portada, y Jaxon y yo nos reímos. *El sutil arte de que todo te importe una mierda.*

—¿Qué es lo que quieres que te importe una mierda?

—No sé. Nada. Todo… —Deja caer el libro sobre su pecho y suspira—. ¿Debería decir *a la mierda con las citas*? ¿O debo

resignarme a aceptar lo que todas las mujeres parecen querer ofrecerme?

Niego con la cabeza mientras barajo las cartas.

—No, por supuesto que no. Tú no eres así.

—Tal vez debería ser así. Yo no busco acostarme con cualquiera por ahí, ni herir los sentimientos de nadie. Pero a nadie le importa una mierda lo que me pasa a mí, así que ¿por qué deberían importarme tanto los demás?

—Porque eres un buen tipo —dice Jaxon—. Y no eres la clase de hombre que quiere follar sin compromiso. Yo soy así, y aunque lo disfruto y normalmente lo recomiendo, no creo que sea tu estilo.

Los dedos de Adam se hunden entre sus rizos.

—En realidad, ya sé que no soy así.

Me río entre dientes.

—Entonces, ¿por qué lo estás considerando?

Se quita las gafas de lectura de montura oscura y se frota los ojos.

—Supongo que quizá simplemente quiero renunciar a participar en el juego de tener citas. Lo único que logro es sentirme más solo.

—Tómate un descanso. Estás dedicando tu tiempo libre a ayudar en el albergue de menores, y eso te gusta, ¿no?

Su sonrisa es instantánea.

—La verdad es que sí. Es genial ayudar a que algunos de esos niños empiecen a salir de sus caparazones.

—Entonces, concéntrate en eso. Dedica tiempo a hacer lo que te haga feliz. Sé que quieres conocer a alguien, pero ahora mismo la búsqueda no te está haciendo feliz. Retoma el tema en un par de meses.

Adam se muerde el labio inferior y luego asiente.

—¿Cuándo te has vuelto un sabio?

La verdad es que hablar con Jennie me sienta bien. Siempre trato de demostrarle que la entiendo y me gusta ayudarla a encontrar el camino para resolver sus problemas. Pero no puedo decirle eso a Adam, así que le digo otra verdad.

—Tengo tres hermanas muy emocionales que se pelean por todo. A veces necesito ser sabio.

Y a veces no tengo ni idea de cuándo debería ser sabio, como la semana pasada, cuando creo que Jennie estaba tratando de pedirme que me quedara a pasar la noche.

Últimamente, pensar en ella ha sido difícil. Entre el hockey y los ensayos para su espectáculo, nuestros horarios casi nunca coinciden. Las charlas nocturnas no son una opción, ya que tengo a Adam como compañero de cuarto. Tengo suerte si logro ver su cara o escuchar su voz durante cinco minutos seguidos.

Ella es la única persona con la que quiero pasar mi única noche en casa, así que le envío un mensaje rápido.

Yo: en casa en una hora. vienes?

Solecito: x? me echas de menos?

Yo: xq quiero una mamada.

Solecito: di la verdad, osito. no me junto con mentirosos. solo me relaciono con chicos genialísimos.

No puede evitar recordarme el tema del *genialísimo*, pero la broma le sale mal porque los chistes privados que compartimos ella y yo son mis favoritos.

Yo: ok. t echo de menos y quiero una mamada. porfa.

Solecito: y?

Yo: me gustaría abrazarte xq han pasado 5 días. porfa 2.
Yo: y te haré cosquillas en la espalda. porfa 3.
Yo: Y te voy a dar de comer. porfa 4.
Yo: porfa, porfa, porfa, ven!!!

Solecito: x dios, no hay necesidad de mostrarte tan desesperado. de todas formas ya estoy aquí.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir, cuando aparece una foto de ella acurrucada en mi cama. Tiene una Pop-Tart entre los dientes y está haciendo el signo de la paz con su mano libre y su cabello castaño extendido sobre mi almohada. No aguanto más:

quiero estar allí con ella, y si tengo mucha suerte, quedarme con ella toda la noche.

> **Solecito:** tus sábanas son mágicas y tienes mejores cosas para picar. vine a comer y a echarme una siesta. iba a sorprenderte en la puerta sin nada puesto + q mi cinta del pelo atada como un lazo en mi cuello, como el regalo que soy.

Por Dios, no pienso dejarla escapar.

—¿A quién le estás enviando mensajes?

—A J… —Mis dedos se detienen. Mi mirada se eleva lentamente y encuentro a Adam con una ceja arqueada esperando que termine ese nombre con J—. …axon. Jaxon. —Me aclaro la garganta—. Riley. Jaxon Riley. —*Cierra la boca, Garrett.*

—¿Le estás enviando mensajes de texto a Jaxon? Pero si él está sentado frente a ti.

Mi mirada se dirige hacia Jaxon. Él espera, con las manos cruzadas sobre la mesa entre nosotros, sin teléfono a la vista. A la mierda, valía la pena intentarlo, ¿no?

—¿Sí?

—Garrett —advierte Adam en voz baja—. Juro por Dios que si se trata de Jennie…

—Ella… ella… No… Solo necesita que la lleven a… No estoy… No es… —Me rindo, pasándome las manos por la cara—. Aaah…

—¡Oh, por Dios! —Adam arroja el libro sobre el asiento contiguo y entierra el rostro entre sus manos—. ¡Garrett, no! ¡Prometiste que esa había sido la única vez!

—Bueno, Adam, ¡te mentí!

Él jadea y, como era de esperar, su expresión refleja el sentimiento de traición más grande del mundo.

—Lo siento. No quería mentirte, pero no podía decírtelo. Me habrías hecho parar.

—¡Porque no quiero perder a mis mejores amigos! —susurra gritando, asegurándose de que nadie escuche excepto Jaxon, que se ríe como un maldito burro—. ¡Vas a terminar a dos metros bajo tierra y Carter en la cárcel por mandarte a la tumba!

—¡Deja de gritarme! —grito en voz baja—. ¡No me gusta!

—Mierda. Ya ni siquiera sé qué… Joder… —Hace un gesto hacia Jaxon—. ¿Tú lo sabías?

Jaxon levanta las manos.

—Bueno, de casualidad vi algo que nunca quise ver. Y después ella se echó a llorar y…

—Ay, por favor —se burla Adam—. ¿Ella se echó a llorar? No, ella te manipuló como quiso, eso es lo que pasó. Es una Beckett, Riley. Ponte las pilas.

—Maldita sea, eres duro cuando te enfadas. Pero creo que sé cuándo una chica está fingiendo llorar. —Cuando sonrío, él se queda helado—. Mierda, sí que es buena.

—No se lo podéis decir a Carter —les suplico—. Por favor.

—¿Decirle qué? —Jaxon mira por encima del hombro. Carter está ocho filas más adelante, con el asiento reclinado, los auriculares puestos y la cara de Olivia en la pantalla de su iPad—. ¿Que te estás follando a su hermanita?

—No, ya no es así. Quiero decir, fue así. —Cierro los ojos y muevo la cabeza—. No, no… no hemos, eh…

Las cejas de Jaxon se elevan.

—¿No te la has follado?

—Hacemos… otras cosas. —*¿Qué estoy haciendo?* Siento que esto no está yendo nada bien.

—Vale. ¿Os divertís?

La boca de Adam está cada vez más abierta.

—¿Amigos con derechos? No. Por Dios, justo con ella, Garrett.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir, ¿no lo sé? —Me froto la nuca —. Empezó así, solo por diversión, con reglas para que no se volviera algo serio…

Jaxon tararea.

—Y ahora quieres mandar al diablo todas las reglas.

Ahora no quiero lo que antes quería. El tiempo limitado, la falta de compromiso, la libertad de irnos cuando quisiéramos, las malditas reglas… Y odio tener que contárselo a alguien más antes de hablarlo con Jennie.

—Me gusta mucho —susurro. Las palabras tienen un sabor extraño, no porque sea una nueva revelación, porque no lo es. Pero

es la primera vez que lo digo en voz alta y puedo ser honesto con alguien que no sea yo mismo. Por miedo a perder lo que tenemos, he tenido que tragarme las palabras día tras día, enterrarlas junto con mis intenciones y mis esperanzas.

Pero ahora ya no parece algo tan imposible.

—La invité a una cita de verdad después de su espectáculo el 14 de febrero. Ella aceptó, así que… creo que también le gusto. Además, ella es… —Mis ojos se dirigen hacia Adam. La dureza disminuye y la compasión regresa a su mirada—. Ella es mi mejor amiga.

Adam se me queda mirando durante un largo rato. Sé por qué tiene miedo. La misma razón por la que yo también lo tengo. Él suspira, frotándose la cara.

—Quiero que seas feliz. Pero sabes que Carter se va a volver loco.

Lo último que quiero hacer es hacer daño a Jennie. Pero no estoy seguro de que eso sea suficiente para Carter.

Jaxon debe percibir mi sensación de derrota, porque interviene.

—Bueno, acabas de decir que aún no habéis tenido una cita real. Veamos cómo va eso primero. Ya sabes, asegúrate de que estáis en el mismo punto y todo eso. Cuando sepas que el tema puede funcionar, entonces puedes hablar con Carter. ¿De verdad te va a guardar rencor si haces feliz a su hermana?

No puedo decir que alguna vez me haya imaginado recibiendo consejos de Jaxon, pero lo que dice tiene sentido. No creo que tenga que esperar y ver si las cosas entre nosotros funcionan, pero sí tengo que asegurarme de que ella esté lista para dar el paso. Además, eso me concede un poco más de tiempo, en vez de intentar obtener el permiso de Carter para salir con su hermana la próxima semana.

Después de todo, me gustaría ver el espectáculo de Jennie en vivo, no a través de una pantalla desde una cama de hospital.

***

La puerta ni siquiera se termina de cerrar detrás de mí, y Jennie ya viene bailando por el pasillo para saltar a mis brazos.

—Claramente me has echado de menos mucho más de lo que yo te he extrañado a ti —murmuro sobre su pelo. Ella se aferra a mí, suave y cálida. Huele a canela y café, y un poco a mi ropa. Todas mis cosas favoritas reunidas en una.

—Venga. Eso no es posible, ni por asomo. Estás obsesionado conmigo. —Se desliza por mi cuerpo y gira, moviendo la cadera—. Además, soy demasiado *genialísima* para extrañarte tanto.

—No vas a dejar de recordármelo, ¿eh? —murmuro, observándola mientras entra contoneándose en la cocina—. ¿Qué llevas puesto?

Ella me mira por encima del hombro.

—¿Tienes problemas de visión?

—Me cuesta asimilar la idea de que estés holgazaneando en mi apartamento solo con tus bragas y mi camiseta cuando yo no estoy aquí para disfrutarlo. —Jennie me presenta una caja de pizza—. ¿Y ya has pedido la cena?

—Siempre tienes hambre cuando llegas a casa. Ha llegado hace diez minutos, así que todavía está caliente, y… —Cierra los ojos e inhala profundamente—. Huele muy bien.

Tengo hambre. Pero no de pizza.

Me acerco a Jennie mientras ella da un bocado, tarareando alegre. Traga, sonríe y yo la agarro por las caderas.

—Hola —susurro, dándole un beso en los labios—. Te he echado de menos. Mucho más de lo que tú me has extrañado a mí.

Ella deja la porción de pizza y coloca sus brazos sobre mis hombros mientras comienzo a caminar por el pasillo.

Su sonrisa es tan franca esta noche, y sus ojos tan claros, con pequeñas motitas de oro que nadan en una piscina azul.

—Sí, te he echado de menos. El rascador de espalda que me regalaste en Navidad es genial, pero nada supera tus dedos.

—Mmm. Te gustan mis dedos.

Le quito la camiseta, mi camiseta, y la arrojo sobre el suelo de la habitación. No lleva sujetador y sus pezones se endurecen bajo el calor de mi mirada.

Las yemas de sus dedos bailan sobre mi corbata, hasta encontrar el nudo, y juegan con él mientras me mira desde debajo de esas pestañas oscuras y pecaminosas.

—Este nudo nunca está bien, Garrett —murmura, mientras libera lentamente la seda roja. Enrolla ambos extremos alrededor de sus puños y guía mi rostro hacia el suyo—. Bésame.

La aprieto contra la pared, le sujeto el mentón con los dedos, inclinando su rostro hacia el mío. Sus mejillas están sonrojadas y los rizos cálidos del cabello castaño le enmarcan el rostro.

Los labios carnosos y arqueados se separan, sin aliento.

—¿Qué estás esperando? —Paso mi pulgar por su labio inferior.

—Solo te miro. A veces no puedo creer que seas real.

Justo antes de que nuestros labios se encuentren, veo algo azul sobre mi cama.

—¿Qué es eso? —Giro su cabeza hacia el elegante consolador, que tiene una parte que sobresale cerca de la base para hacerle a su clítoris lo mismo que mi boca le gusta hacerle—. ¿Has estado masturbándote en mi cama?

Sus pestañas revolotean y sus hoyuelos dibujan una sonrisa pícara mientras tira de la corbata que rodea sus puños.

—¿Qué vas a hacer al respecto, grandullón?

Le respondo con ese beso que me pedía hace un momento y, luego, con cuidado, le separo los dedos de la corbata, dejando que la seda resbale mientras me la quito.

Tomando sus manos entre las mías, enrollo la corbata alrededor de sus muñecas.

—¿Confías en mí, Jennie?

—Sí —responde ella sin dudarlo.

—Bien. —Tiro de los extremos de la corbata, ajustándola instantáneamente alrededor de sus muñecas mientras las acerco hacia mí. Ella jadea.

—¿Qué estás haciendo? —Las palabras están cargadas de asombro y deseo. Ella desea esto tanto como yo: ella, indefensa; yo, al mando de la situación.

—¿En este momento? Nada. —La obligo a ir a la cama y le abro bien las piernas. Ella se muerde el labio inferior mientras yo paso la seda por el cabezal de la cama, asegurando sus manos sobre su cabeza—. Pero dentro de un minuto voy a follarte como me plazca,

hasta que grites mi nombre lo suficientemente fuerte para que los vecinos lo oigan.

Su piel se eriza y tiembla; mi nombre apenas es un susurro cuando sale de su boca.

—Mmm, algo así. —Paso la yema de mi pulgar por la costura de sus bragas, donde una mancha oscura y húmeda decora el algodón rosa pálido. El calor que irradia casi se puede ver mientras levanta desesperadamente las caderas de la cama—. Pero mucho más fuerte.

Un jadeo atraviesa el aire cuando meto mi mano en el interior y paso mis dedos por su raja. Jennie se sacude hacia delante, luchando contra la atadura.

—¿Duele? —le pregunto. Ella niega con la cabeza, jadeando mientras le bajo las bragas por las piernas. Doblo sus rodillas y voy dejando un rastro de besos por el interior de uno de sus muslos—. ¿Estás bien? ¿No te molesta? ¿O te sentirías más cómoda si me detuviera?

—Oh —grita, arqueando la espalda cuando le muerdo el pliegue del muslo—. Más, por favor.

Paso la punta de mi lengua sobre su clítoris hinchado y lo sujeto suavemente entre los dientes.

—Responde a la pregunta, Jennie.

—¡Dios! Por favor, no pares, Garrett —suplica cuando me alejo—. *Por favor.*

Despacio, meto dos dedos dentro de ella, deleitándome con la forma en que se estrecha alrededor de ellos. Me chupo los dedos, y los ojos de Jennie se cierran mientras se retuerce, buscando el contacto con mi piel, rogando sin palabras.

—Delicioso, solecito.

Extiendo la mano sobre las sábanas arrugadas y ciño mis dedos alrededor de mi reemplazo. La pequeña varita cobra vida cuando presiono el botón de encendido. Jennie me dijo una vez que este era uno de sus favoritos, tanto como Indiana. «Doble estimulación —afirmó—. No hay nada mejor que eso».

—¿Cuántas veces los has usado? —pregunto, arrastrando la cabeza del juguete por su raja, dibujando círculos alrededor de su

clítoris mientras observo cómo tiembla.

—Una vez.

Lo aparto.

—Tres veces —grita desesperada, y cuando lo empujo despacio dentro de ella, gime, echando la cabeza hacia atrás entre las almohadas—. Pero no ha sido suficiente. Nada es suficiente cuando no eres tú.

Me gustan esas palabras más de lo que estoy dispuesto a admitir, y cuando empujo el juguete un poco más, de modo que la cabeza curva toca ese punto que le gusta, ella jadea, tirando de las ataduras. Mi pulgar cubre el pequeño anexo del juguete, y siento el poder de la succión. Cuando lo fijo sobre su clítoris, los ojos de Jennie giran y las palabras se pierden en una catarata de gemidos.

Ella se retuerce y se mece con el juguete, empujando hacia mí, y yo me meto un pezón rosado en la boca.

—¿En qué pensabas mientras te masturbabas?

—En ti —suspira, moviendo las caderas y arqueando la espalda, al tiempo que tira del cabezal, intentando liberarse—. Ohhh, Dios, Garrett.

—¿Qué pasa?

Su cabeza cae hacia atrás, sus ojos se cierran y un sonido desgarra su garganta cuando lentamente retiro el juguete y luego lo sumerjo nuevamente dentro.

—Pensaba en… que tú me follabas.

—¿Con la lengua o con los dedos?

Sus dientes aprietan su labio inferior mientras se balancea con el juguete que la penetra.

—Tienes que ser más específica, Jennie.

—Con tu polla —grita—. Deseaba que fueras tú el que estaba dentro de mí.

Inclinando mi cuerpo sobre el de ella, la tomo por la garganta, y observo su rostro mientras se encamina al clímax. Cada vez me resulta más difícil tratarla con suavidad. Últimamente, lo único que quiero hacer es follarla tan fuerte que se olvide hasta de cómo se llama. Hacerla pedazos y luego volverla a montar. Quiero que grite que es mía, y quiero que eso sea en serio.

Pero yo también quiero ser de ella.

—¿Crees que te gustará? —Mi boca se cierne sobre la de ella, mientras embisto con más fuerza sobre ese botón que la deja sin aliento—. Cuando te folle, ¿quieres que lo haga despacio? ¿Que sea suave, dulce? —Presiono mis labios contra la comisura de su boca mientras ella jadea—. ¿O quieres que te dé duro? ¿Un poco brusco? ¿Quieres que te demuestre lo mucho que te deseo? ¿Y cómo te he deseado desde hace siglos? ¿Cómo lo he soñado todas las malditas noches?

Mi mirada recorre su rostro, todos esos bordes suaves que me encantan, y cuando sigo la línea de sus brazos hasta sus muñecas por encima de su cabeza, veo sus manos extendiéndose hacia mí.

—Garrett —gime, temblando cuando libero su garganta y entrelazo mis dedos con los suyos.

—No te preocupes. Podemos tomarnos nuestro tiempo para hacerlo todo. No tengo planes de dejarte ir una vez que seas mía.

Saco el juguete de entre sus piernas antes de volver a introducirlo, y cuando sus dedos se curvan y su espalda se arquea, tomo su boca con la mía, tragándome mi nombre mientras lo grita.

Con un rápido tirón de la corbata, la libero del cabezal y le doy la vuelta, levantando sus caderas y su culo perfecto y redondo en el aire.

—Estoy muy lejos de haber terminado contigo, solecito.

***

He tenido este cuerpo pegado al mío demasiadas veces para contarlas. He observado sus largas pestañas recortadas sobre sus pómulos, su pecho subiendo y bajando armoniosamente mientras dormía. He sentido la forma en que se aferra a mí y me sujeta cuando me muevo, y he sonreído al ver cómo se le frunce el ceño y las comisuras de la boca cuando está soñando, la forma en que se curva hacia arriba cuando paso la yema de mi pulgar por su labio inferior, o cuando la acaricio con un dedo en las mejillas o cuando toco su frente con mis labios.

Y, aun así, no tengo idea de lo que es quedarme dormido con ella en mis brazos. Dormir profundamente con sus piernas enredadas entre las mías. Despertar por la mañana con su cuerpo cálido aún acurrucado contra el mío y ver la forma en que la luz del sol hace brillar su rostro al entrar por la ventana.

Estoy cansado de no saber cómo es eso. Ya no quiero soñarlo, quiero vivirlo.

Apago la televisión y guardo el mando. Jennie se mueve, sus pestañas revolotean y sus ojos azules me miran. El calor colorea sus mejillas cuando me descubre observándola.

—¿Qué estás mirando?

Le quito el pelo de la frente y le coloco un mechón detrás de la oreja.

—A ti.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué no? Es hermosa, y es mi mejor amiga. Me hace sonreír sin ni siquiera proponérselo, y vive en mi cabeza las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. No hay derecho a que sea tan magnífica.

Cuando la miro, mil emociones se arremolinan en mi interior y es difícil elegir solo una en la que centrarme. Desearía poder expresarlo con palabras, pero no sé cómo.

Sin embargo, hay una cosa que sí puedo hacer.

Le tomo la cara entre mis manos y atraigo su mirada hacia mí. Ella está nerviosa, más que yo. Pero no quiero que esté nerviosa, quiero que esté segura.

—Quédate —susurro—. Aquí, conmigo. Por favor, Jennie. Quédate conmigo.

Sus ojos abiertos de par en par me miran con cautela. El miedo comienza a disiparse y una sonrisa devastadora se abre paso en su rostro, hasta encender un fuego dentro de mi pecho que se propaga de dentro hacia fuera.

—Está bien —dice Jennie—. Me quedaré.

29
¿UNA NUEVA AMISTAD?

Jennie

—No hay gel para el cabello —murmuro mientras rebusco en los cajones—. No lo puedo creer. ¿El pelo le queda así de bien sin usar gel? Increíble, realmente increíble.

Me sorprende lo ordenado que está todo para ser el cuarto de baño de un apartamento de soltero. Me impresionaría para bien, excepto que no encuentro lo que estoy buscando, por lo que me siento mucho más molesta que admirada.

Hasta ahora, en el mueble del baño me he encontrado una cantidad exorbitante de bastoncillos de algodón extrasuaves, esos mangos con hilo dental en vez del hilo dental común y corriente, lo que hace que Garrett suba unos cuantos niveles de inmediato, y un abanico de objetos para recortar y perfilar el vello facial. Hay una gran variedad de ellos, pero no puedo entender por qué necesita tantos. De todos modos, no debería quejarme: lo que sea que esté haciendo con su vello facial está funcionando. Disfruto mucho de la forma en que su mentón me hace cosquillas entre los muslos.

Examino una botella de colonia antes de rociarla en mi camiseta. Técnicamente es de Garrett, por lo que ya huele a él, pero un poco más no vendrá mal.

—Oooh. —Me llevo la prenda perfumada a la nariz e inhalo. Siempre huele a gloria, fresco como el aroma cítrico que desprende después de ducharse, pero la colonia le añade un aroma terroso, de esos que me hacen imaginarlo en el bosque con una camisa de leñador cuadriculada blandiendo un hacha—. Qué bien huele.

—¿Estás fisgoneando?

Doy un grito, cierro el cajón de golpe y me doy la vuelta. Garrett está en la puerta, desnudo, lo cual me distrae. El teniente Johnson, enorme y duro como una roca, me saluda, lo cual me distrae mucho más aún.

—¿Fisgoneando? No. ¿Yo? No... —Mi brazo trata de tapar la encimera, donde están esparcidas sus cosas, y sin querer tiro la colonia que está en un bonito frasco de cristal cuyo nombre no puedo pronunciar, por lo que probablemente no pueda permitirme reemplazarla si se rompe a nuestros pies. Por eso me lanzo hacia delante con los brazos extendidos.

Garrett extiende su mano, atrapa el frasco y se lo lleva contra su pecho, y yo choco contra él.

—¿Estás bien? —No pregunta por mi integridad física. Está cuestionando mi cordura, y su tono indica que la escena le parece graciosa.

—Estaba buscando un cepillo de dientes —murmuro contra su clavícula—. No puedo besarte con este aliento mañanero. Es repugnante.

Me mira fijamente y noto que sus ojos azul verdosos están como nublados, todavía pesados por el sueño. Espero que haya dormido tan bien como yo, que he pasado una noche gloriosa. Hacía tiempo que no dormía tan profundamente como anoche, con el cálido cuerpo de Garrett alrededor del mío, su mano extendida sobre mi estómago y su rostro enterrado en mi cuello. De verdad es el oso más tierno y cariñoso del mundo, y creo que yo también me estoy poniendo algo cariñosa.

Él me suelta y se dirige hacia la encimera para guardar su colonia y sacar una pequeña cesta de mimbre. En ella hay un cepillo de dientes rosa sin abrir, cintas para el cabello, desodorante, bálsamo labial, toallitas desmaquillantes y una pequeña caja de tampones.

Se me hace un nudo en el estómago. Mi intento por reprimir la oleada de celos que me invade no tiene éxito. Trago saliva y muestro una sonrisa forzada en mis labios.

—¿Tienes productos femeninos para las chicas que traes a tu casa?

Entre sus cejas aparecen dos líneas curvas. Garrett se inclina sobre mí, saca su pasta de dientes y la deja en mi mano.

—No. —Mantiene el pulgar debajo de mi mentón, levanta mi boca hacia la suya y me da un beso bien profundo—. Tengo productos femeninos para ti. —Me da una palmada en el culo antes de volver al dormitorio, y su increíble trasero de hockey se balancea de un lado a otro cuando camina.

—Aggg —se queja, recogiendo el chándal del suelo. Mira por encima del hombro, con una sonrisa burlona en sus labios—. Tenías razón. Tu aliento matutino es asqueroso.

***

Bailar ha sido mi vida desde que tengo memoria, pero cuando perdí a mi padre, se convirtió en mi salvación. Era la única manera de perderme, de salir de mi cotidianeidad, de dejar atrás mis pesadillas y elevarme por encima de ellas, aunque fuera solo mientras durara la canción. No importa dónde o con quién esté: cierro los ojos y la música me lleva a donde quiero.

Dos manos rodean mi cintura y me suben por el aire. El viento me sopla en la cara mientras Simon nos hace girar a ambos. Cuando mis pies tocan el suelo, corro por el escenario, con la letra de mi canción favorita persiguiéndome. Mi cuerpo se eleva cuando salto. James Arthur canta sobre dos personas que se enamoran con la misma fuerza con la que las estrellas caen del cielo, y el rostro de Garrett inunda mi mente. La imagen mental me toma por sorpresa y un escalofrío de aprensión me recorre el cuerpo al descubrir el significado que guarda detrás.

Nunca he estado enamorada. Pensaba que sí, pero cuando Kevin me rompió el corazón, creí que el amor era la razón por la que me dolía tanto. Con el paso de los años me di cuenta de que no era así.

Yo era una chica que anhelaba aceptación e intimidad, y me aferré a lo que él me daba, pero no fue amor. Una lección que aprendí bien.

Lo que tengo con Garrett lo siento… diferente. Único y efímero, algo que no quiero dejar ir. Pero yo solo soy la mitad de un todo, no puedo controlar si el otro quiere soltarme. Francamente, adentrarse en algo con esa lógica es aterrador.

Estoy aprendiendo a caminar erguida, a dar pasos incluso cuando me siento insegura. La cosa es que, por muy inestables que puedan ser esos pasos, no parecen tan inseguros cuando ese hombre es el que espera al final del camino.

Una mano agarra la mía y Simon me sonríe cuando mis ojos se abren de golpe. Me hace girar hacia él, me atrae hacia su pecho, y sus ojos se posan en mis labios mientras su rostro se acerca cada vez más al mío, al tiempo que la canción llega a su fin. El silencio nos envuelve y mi pulso retumba, aunque sé que no cerrará la distancia entre nosotros. Cuando los aplausos llenan el auditorio, nos separamos, ambos sin aliento y sudorosos.

Mikhail se seca unas lágrimas inexistentes.

—Perfecto. Absolutamente impresionante. —Sube los escalones por uno de los flancos del escenario—. Simon, la emoción está en su punto justo. Te ves absolutamente cautivado por la señorita Beckett aquí presente. Jennie, parece como si Simon te diera un poco de miedo, pero funciona, como si el amor que sentís el uno por el otro fuera abrumador.

—Sí, abrumador. —Me aparto el pelo del cuello húmedo—. Es eso, sin duda.

—Mis diamantes deslumbrantes —murmura con reverencia—. Y Jennie, ¿sigues sin creer que haga falta un beso al final?

—Sigo sin creerlo.

Levanta las manos en señal de derrota.

—Vale, está bien. Creo que de todas formas lo tenéis bajo control. Nadie se daría cuenta de que no sois pareja. —Mira su reloj—. Muy bien, tengo una reunión en diez minutos, y un almuerzo más tarde en el Rapscallion. Vosotros deberíais ir a casa y descansar un poco. Os lo habéis ganado. No conviene que os fatiguéis de más.

—Gracias, Mik. —Agarro mis pantalones de yoga y me los pongo —. Pide las ostras. Son… —Llevo las puntas de mis dedos a mis labios y los beso—. Una exquisitez.

Simon me pasa un brazo por los hombros cuando termino de vestirme.

—¿Quieres comer algo? ¿Comida mexicana? ¿Italiana? ¿O tal vez tailandesa?

Me gruñe el estómago.

—La comida tailandesa no estaría nada mal, pero vamos a casa de Hank con Carter.

—¿Y para la cena?

—No puedo. —Tengo un jugador de hockey grandote y extremadamente sexi en casa, que más tarde se tiene que ir al aeropuerto. Planeo aprovechar nuestras fugaces horas juntos.

Simon se pone una mano sobre el corazón.

—Me estás matando, Beckett.

Mi risa tiene cierta naturalidad. Las cosas han ido viento en popa con Simon desde que se disculpó. Debido a nuestro próximo espectáculo, nos toca pasar mucho tiempo juntos ensayando hasta tarde y terminar la noche en el suelo del estudio con una caja de comida para llevar. Las cosas han sido perfectamente platónicas y me gusta tener un amigo.

—Podemos comer comida tailandesa mañana —le digo.

—Trato hecho.

Lo abrazo y salgo por la puerta principal, donde Carter espera junto a la acera.

—¡Jennie! —grita Carter en voz alta, agitando los brazos—. ¡Jennie! ¡Aquí! —Sus piernas devoran la distancia entre nosotros y cuando se acerca, frunce el ceño mirando a Simon—. Jennie —me regaña mientras me acurruca bajo su brazo—. ¿Qué te he dicho sobre andar con imbéciles?

—Que no lo haga.

—Exacto, maldita sea. —Me abre la puerta mientras le regala a Simon una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Adiós, Steve!

Las acciones sobreprotectoras de Carter como hermano/padre son más que irritantes, pero estoy demasiado feliz como para

preocuparme por eso ahora.

Desde el escándalo en el cine con Kevin, mi hermano ha estado sofocante hasta la saciedad. Se culpa a sí mismo, lo cual no tiene sentido, pero Carter siempre ha pensado que podría haber sido mejor como hermano. Cree que debería haberlo dejado todo para acompañarme cuando Garrett le comentó que tuve un mal día. Lo único bueno que salió de todo eso es que Carter no cuestiona que Garrett y yo nos hayamos vuelto más cercanos.

De todos modos, Carter ha estado muy atento, lo que significa que cuando llegamos a casa de Hank, desenvuelvo mi desayuno del McDonald's y sorbo mi *macchiato* de manzana de Starbucks, porque Carter se ha tomado la molestia de pasar por esos dos locales diferentes solo para darme el gusto.

—¿Cómo es que ella tiene una bebida de Starbucks y yo estoy bebiendo café de McDonald's? —se queja Hank.

—¡A ti te gusta el café de McDonald's! ¡Dijiste que lo preferías!

—Creo que te lo estás inventando —protesta Hank, dándome un codazo cuando Carter da un resoplido ruidoso. Es muy divertido irritarlo.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Le doy a Dublin un bocado de mi croqueta de patata—. Por eso tú y yo somos tan buenos amigos.

—¿Por qué ha pasado Carter a buscarte hoy? ¿No te había prestado uno de sus coches?

—Está nevado. Me pongo nerviosa si tengo que conducir cuando hay nieve. *—Y a veces, sin querer, choco con señales de stop en el Mercedes Benz de cien mil dólares de mi hermano. Le podría pasar a cualquiera.*

La mano de Hank busca la mía. Me hace un mimo en la mano y en el corazón también.

—Está bien, cariño. Conduce cuando te sientas cómoda.

—En primavera, supongo.

—Entonces, ¿cómo vas a ir a la universidad? —pregunta Carter.

—De la misma manera que lo hacía antes. En el autobús. —Lo observo desmontar sus sándwiches del desayuno y apilar los tres medallones de salchicha juntos. Se está haciendo el gruñón, pero en realidad está de buen humor porque él y Olivia fueron a hacerse una

ecografía esta mañana. Así que pruebo suerte—: Garrett me ha llevado esta mañana.

Técnicamente, lo ha hecho dos veces. Una vez a la universidad, y antes, al cielo en la cama. Ambos viajes fueron agradables, pero el que fue bajo techo mucho más, por razones obvias.

La cabeza de Carter gira bruscamente.

—¿Eh?

Tomo un largo sorbo de café y asiento.

—Me lo encontré esta mañana. Se ofreció a llevarme.

—Vaya. —Carter parpadea. Tres veces. Luego se lleva su sándwich de tres pisos a la boca y le da un mordisco gigantesco—. Ah, moi amwabue de su padte.

—Tienes casi veintinueve años. ¿No podrías tragar antes de hablar?

Hank me da una palmadita en la mano.

—No se le pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo. Ya es imposible cambiar a Carter.

Tal vez, pero hace un año nunca hubiera esperado que él estuviera sentado aquí reproduciendo una y otra vez el audio de los latidos del corazón de su bebé en el vientre.

—El doctor dijo que su corazón late a ciento sesenta y dos pulsaciones por minuto. Ya va más rápido que el resto.

—Solo tú te ibas a poner competitivo con la frecuencia cardíaca de un bebé —murmuro.

Hank sonríe.

—Supongo que nunca has oído el mito que dice que un ritmo cardíaco acelerado es señal de que es una niña.

Carter resopla.

—Sí, está bien, Hank. Da igual.

—Mi esposa Ireland y yo siempre quisimos una niña —comenta Hank con nostalgia—. Lo intentamos durante años y quedó destrozada cuando no pudo quedar embarazada. Se me rompió el corazón al no poder darle lo que quería, ya que yo estaba dispuesto a darle el mundo entero. —Se da una palmadita en el rabillo del ojo y sonríe, juntando nuestras manos—. Puede que haya tardado más de lo que pensaba, pero al final llegaron mi niño y mi niña. Quizá un

poco más arrogantes de lo que había imaginado, pero los amo a ambos por igual, y sé que Ireland los trajo a mi vida.

Me hormiguea la nariz.

—No vengo aquí a llorar, Hank. Deja de hacer que me sienta así.

—Alguien lo tiene que hacer. Vosotros, los Beckett, tendéis a ser muy reservados, hasta que aparece alguien y os sacude un poco. —Su mirada divaga; cuando se posa sobre mí, siento como si me estuviera mirando directo al alma—. Carter ya ha dejado que alguien derribara sus muros. ¿Cuándo vas a permitir que alguien tire abajo los tuyos?

***

—¡Jennie!

Miro por encima del hombro y sigo caminando con paso decidido por el vestíbulo. El efecto sería más impresionante si no hubiera elegido mis zapatos tipo mocasín al salir esta mañana. Para ser justos, tenía prisa. Garrett me desnudó y luego me vistió. Luego, yo lo desnudé sin querer, y más tarde terminamos en la ducha por accidente, y apuesto a que la huella de las baldosas de la ducha todavía persiste en mis rodillas. Lo que quiero decir es que tuve exactamente un minuto para vestirme y escoger el calzado.

Emily corre hacia mí desde el mostrador de conserjería.

—Oh, estás aquí. Gracias a Dios.

Presiono el botón del ascensor.

—Vivo aquí. ¿Acaso te extraña que esté?

—Ya llevo una hora esperando.

—¿Esperando qué? ¿A mí? ¿Por qué?

Me sigue hasta el ascensor y se desploma contra la pared.

—He perdido mis llaves.

—Vaya, qué mala suerte.

Emily me mira con una expresión indiferente y me saca la lengua. Yo le devuelvo el gesto de inmediato.

—Me están haciendo un juego nuevo, pero no estará listo hasta esta noche, así que necesito un lugar donde esperar.

—¿Y adónde vas a ir? —pregunto, saliendo del ascensor. Al mirar por encima de mi hombro, la veo detrás de mí, con las manos entrelazadas bajo el mentón y los ojos tan brillantes como su sonrisa esperanzada—. Oh, vamos… ¿No pretenderás venir a mi apartamento?

—Por favor —suplica cuando abro la puerta—. Garrett es la única otra persona que conozco en el edificio. Pensé que no te gustaría que estuviéramos él y yo solos en su apartamento, aunque no intentaría nada.

—Garrett puede hacer lo que quiera. —No es mentira, supongo, pero me lo parece, simplemente porque no me gusta nada la idea.

Emily pone los ojos en blanco.

—Venga ya, por favor.

—No estamos saliendo.

—Está bien, Jennie. No estáis saliendo y no te importaría que él y yo estuviéramos solos un par de horas en su apartamento, porque no estás celosa en absoluto, porque solo estáis follando, así que no importa.

Me cruzo de brazos y arqueo una ceja.

—¿Y piensas que así vas a conseguir que te invite a mi apartamento? —Ella junta sus manos una vez más, suplicando y haciendo pucheros—. Sabes que no tengo vino.

—Sí, Jennie, ya lo sé. —Hace ojitos de nuevo. Pienso que podría estar en la misma liga que yo a la hora de usar esa técnica para conseguir cosas—. No me importa. No necesitamos alcohol para divertirnos.

La comisura de mi boca se curva levemente hacia arriba cuando me doy cuenta de que le dije casi las mismas palabras a Krissy hace apenas unos días.

—¿Por favor? —Me toma de los hombros, y me sacude—. Porfis, porfis, porfis, porfis…

Gruño y ella aplaude, elevando el puño en el aire antes de empujarme y ponerse cómoda en mi apartamento, como si fuera su casa. Literalmente, está como en su casa: se quita los zapatos, tira el bolso y el abrigo en el sofá y comienza a husmear entre todas mis cosas. Solo tarda cinco minutos en llegar hasta el último rincón de

mi apartamento, que es mi dormitorio, y, sin que logre frenarla a tiempo, lo revisa todo, sin pasar por alto ni el más mínimo detalle. Va por ahí con total confianza y es muy entrometida, me recuerda un poco a Carter.

Emily da un giro lento y emite un sonido de aprobación. Sus ojos se posan en la pequeña mesa de noche que está al lado de mi cama, con el cajón a medio abrir, y prácticamente me arrojo sobre él para cerrarlo de golpe, haciéndole un placaje a Emily en toda regla. Me sale una risa aguda y ansiosa al tiempo que jadeo:

—Mejor que no lo abras.

—¿Por qué no?

—Porque… es privado.

Se da cuenta, y en su rostro asoma una sonrisa lenta, tan arrogante como irritante.

—Tienes un juguete sexual, ¿no?

El calor me sube por el pecho, hasta la cara y las puntas de las orejas, y mi risa estridente perfora el aire.

—No. ¿Qué? No, no. Ja, ja. No seas… ridícula… —Agacho la cabeza—. Es más bien una colección.

—Bueno, bueno, bueno —murmura—. Al final resulta que Jennie no es ninguna santa.

***

—No me sorprende para nada que Garrett vea tus juguetes como aliados. Bien por los hombres que saben cómo y cuándo incorporar novios a pilas para aumentar el placer de su dama. Garrett puede ser muy dulce y está enamorado de ti con locura, así que…

—No es cierto —interrumpo, tapándome la boca con la bufanda. Emily me ha invitado a almorzar a una hora un poco tardía, así que ahora estamos caminando por el centro de Vancouver, desafiando las feroces condiciones climáticas. Bueno, son ráfagas ligeras, pero, aun así.

—Entonces, ¿me estás diciendo que ese tipo, que por cierto puede conseguir prácticamente a cualquier mujer que desee, ha pasado voluntariamente los últimos dos meses sin tener sexo con

penetración para estar contigo de forma exclusiva y no siente nada por ti?

—Correcto.

—En serio, eso no te lo crees ni tú.

—Bueno, quizá no, pero no lo ha dicho abiertamente. No quiero dar nada por sentado.

—Pero anoche rompisteis las reglas. Te quedaste a dormir.

—¿Y?

—¡Jennie! —Me toma por los brazos y me zarandea—. ¡Los tíos no rompen las reglas! ¡Eso significa que le gustas!

El calor sube a mis mejillas a pesar del viento frío que las azota.

—He estado pensando en hacer un movimiento —admito mientras me acompaña al interior de una cafetería acogedora—. Me invitó a una cita, o algo así. Al principio pensé que solo quería ser amable porque es el día de San Valentín y sentía que debía hacer algo especial, pero parecía nervioso… —Mi mente divaga hacia la forma en que Garrett se sonrojó y balbuceó sus palabras—. Y estaba tan guapo…

—Es una buena señal. Creo que deberías intentarlo.

—¿Sí? —Mi cuerpo empieza a descongelarse, así que me quito los guantes—. Supongo que estoy nerviosa. Todo esto es nuevo para mí y él es amigo de Carter, así que me preocupa que todo se desmorone. —Mis ojos recorren el pequeño café, donde hay gente feliz reconfortándose con algo caliente. Todo huele tan bien. Mi mirada se posa en un hombre delgado con una gorra de béisbol con la hoja de arce de los Toronto Maple Leafs, justo por encima de la carta del establecimiento, de la cual estoy considerando pedirme un plato de cada cosa.

Mi cabeza gira tan rápido que casi me produce un latigazo cervical.

—Ay, Dios —murmuro desde detrás de la mano que me cubre la cara, dándole la espalda al hombre de la gorra azul y blanca—. No puede ser, joder.

—¿Qué? —Emily mira por encima de mi hombro—. ¿Un ex?

—¿Cómo es posible que haya logrado evitarlo durante seis años y esta semana ya me lo he encontrado dos veces?

—Sin ánimo de ofender, Jen, pero parece un idiota.

—Y lo es. Pero no quiero cruzármelo. ¿Te importa si vamos a otro lugar?

Ella ya se está moviendo hacia la salida.

Sería agradable salir de aquí sin ser vista, pero nunca he tenido tanta suerte. Así que, cuando ya estoy llegando a la puerta, no me sorprende que una mano me agarre el codo y me haga girar.

¿En qué mundo cree que es aceptable volver a ponerme una mano encima y sonreír como si nada?

—¿Dos veces en una semana? Vamos, Jennie. Esto tiene que ser una señal.

—Quítame la mano de encima, Kevin —mascullo entre dientes—. Ahora mismo.

—Venga, vamos. No seas así.

Emily se interpone entre nosotros.

—Mi amiga te ha pedido que le quitaras la mano de encima, Kevin. ¿Tienes un problema de audición o de comprensión?

—Vaya. —Kevin retira la mano y levanta ambas en señal de rendición—. Cálmate. —Sus ojos me recorren y odio la forma en que se encienden. Pero, más que nada, odio que se iluminen con intriga y humor, como si todo esto fuera una broma divertida para él—. Tienes que superarlo, Jennie. Han pasado años. —Se encoge de hombros, como si el hecho de que alguien te grabara y filtrara el vídeo sexual sin tu consentimiento no fuera gran cosa—. Te veías sexi.

Una risa amarga sale de los labios de Emily. Coloca su mano sobre mi hombro y me aleja de Kevin. Me acerca la boca a la oreja.

—¿Estás en contra de la violencia?

—Para nada.

—Excelente.

Se gira hacia Kevin con una sonrisa amplia e intrigante y da un paso más para acercarse a él.

—Oye, Kevin —lo llama con dulzura.

Sus ojos se mueven de una a la otra.

—¿Sí?

El puño de Emily impacta contra su nariz con un crujido que resuena en el aire helado, junto con el «oooh» colectivo de los transeúntes que pasan.

Ella se limpia la sangre de los nudillos.

—Vete a la mierda.

Emily entrelaza su brazo con el mío y, mientras nos alejamos de la escena, una revelación sorprendente acude a mi mente: a pesar de que se acostaba con el hombre del que me estoy enamorando, la verdad es que Emily me cae de puta madre.

30
COMO SI LA GRAVEDAD NO EXISTIERA

Garrett

Le voy a regalar a Jennie un Apple Watch para San Valentín, a ver si deja de ignorar mis mensajes de texto de una puta vez.

No me considero una persona impaciente ni pesada y, sin embargo, aquí estoy, llamando a su puerta a pesar de que ella no me ha respondido ni a uno solo de los mensajes en los que le preguntaba si ya podía ir a verla. Pero me voy en dos horas, así que no me importa en absoluto: ahí voy.

Pero me sorprendo un poco cuando una rubia sonriente me abre la puerta. Es más, me doy la vuelta para ver si la conmoción cerebral de noviembre me destrozó la cabeza y me he olvidado en qué lado del pasillo vive Jennie.

—Estás en el lugar correcto, Casanova.

—Entonces tú estás en el lugar equivocado —espeto, y enseguida cierro la boca. Emily me cae bien, pero da tanto miedo como Jennie, y quizá hasta sea un poco más violenta. No tengo duda de que podría ganarme en una pelea.

—¿Qué haces aquí? —*Eso no ha estado mucho mejor, Garrett. La tercera será la vencida.*

Ella se hace a un lado y me hace señas para que entre.

—Hemos ido a almorzar.

Ya he cruzado la puerta y estoy a mitad de camino de quitarme los zapatos cuando me detengo en seco.

—¿Tú eres la amiga?

Me devuelve una sonrisa triunfante.

—Exacto. —Recoge sus cosas—. Me voy. ¡Gracias por recibirme, Jen!

¿Jen?

—¡Nos vemos, Em! —saluda Jennie desde la cocina, tarareando la música que flota en la calidez del apartamento. Me sonríe por encima del hombro—. Hola, grandullón. Perdón por no haberte respondido. Quería prepararte la cena antes de que te fueras. —Se pone de puntillas y me da un beso en la boca. Veo la sartén burbujeando—. Pollo al curry con leche de coco y arroz.

—Y también cocina —murmuro, y saboreo la cuchara que me ofrece—. Mmm, picante.

—Siempre te hago de comer.

—Echas cereales en un cuenco.

—Te gustan los cereales.

—Me gustas tú.

El rubor de Jennie es electrizante. Es un tinte rosado que sube por su cuello como una enredadera y pinta su piel cremosa. Ella se muerde el labio inferior y se concentra en la sartén.

—Pero también te gustan los Funyuns extrapicantes, así que permíteme dudar de tu buen juicio.

Al ver los platos apilados en el borde de la pequeña mesa del comedor, pregunto:

—¿Vamos a tener una cena elegante sentados a la mesa?

Con las mejillas todavía en llamas, levanta un hombro perezoso y lo deja caer. Me mira de reojo mientras la observo, y exagera un suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Deja de sonreír como un idiota y ve a poner la mesa.

—Sí, señora.

La obedezco e incluso coloco los utensilios como me enseñó mi abuela cuando era niño. Después, abro una botella elegante de agua

con gas, y la vierto en copas de champán, que decoro con gajos de limón.

Con las manos en las caderas y el pecho inflado de orgullo, doy un paso atrás y admiro la mesa.

—Me ha quedado espectacular.

Jennie se ríe, pasa la sartén a uno de los fogones de atrás y apaga el electrodoméstico. La música cambia y en los altavoces empieza a sonar su canción favorita. Ella se acomoda el cabello detrás de la oreja antes de dedicarme una sonrisa deslumbrante que casi me deja sin aliento. Cruza la sala contoneándose y tira del bolsillo de mi sudadera. En sus ojos melancólicos hay un destello travieso.

—Vamos, osito. Baila conmigo.

Extiendo mi mano y sonrío cuando ella desliza la suya en la mía y comienza a arrastrarme por el salón. La dejo porque, francamente, haría cualquier cosa por esta mujer.

—Me parece que hoy he hecho una amiga —susurra mientras nos balanceamos.

La abrazo fuerte.

—Eso me hace feliz, Jennie.

—Yo también me siento feliz.

Dejo caer mi frente sobre su hombro, enterrando mi rostro en su cuello.

—Por cierto, hablando de amigos… Hay algo que olvidé mencionar anoche. —Presiono mis labios contra su piel sedosa, ya sea para amortiguar las palabras o para endulzarlas con un beso, una de dos —. Adam lo sabe.

Ella se aparta para mirarme.

—¿Qué es lo que sabe Adam?

Prefiero no dar más detalles, así que me limito a mirarla con ojos muy abiertos e inocentes, rogando que no me mate.

—Garrett.

—Perdón. —Le acaricio el cuello con la nariz—. Fue sin querer.

—¿Cómo se te escapa sin querer que te gusta que te la chupe los siete días de la semana?

—Dicho así, es difícil de explicar.

—Eres terrible guardando secretos —me regaña, pero apoya su mejilla en mi pecho y se acurruca cerca.

Le acaricio el pelo.

—¿Jennie?

—¿Hmmm?

—Eres mi secreto favorito.

Me regala una sonrisa explosiva antes de acercar su rostro al mío.

—Y tú el mío.

Entrelazo nuestros dedos y levanto nuestras manos unidas por encima de su cabeza. Jennie da una vueltecita y después vuelve a girar hacia mí. La atrapo contra mi pecho y me río de la forma inestable en que nos balanceamos por un momento antes de recuperar el equilibrio. La risa franca se me atasca en la garganta cuando me mira por debajo de sus pestañas, con una sonrisa suave y tímida.

Jennie es despampanante, un alma hermosa, mi mejor amiga, por más que yo no estuviera buscando nada así. Y mientras nos mecemos juntos, y la música nos habla de que nos atraemos con la misma intensidad que las estrellas, y del futuro que podría esperarnos si tan solo le damos una oportunidad, me doy cuenta de lo difícil que se está volviendo tragarme las palabras que tengo en la punta de la lengua.

¿Estará lista?

Su mirada me dice que tiene miedo, pero sus dedos entrelazados con los míos me aseguran que está dispuesta a dar el salto, siempre y cuando yo esté aquí para atraparla.

Siempre estaré aquí. ¿Aún no lo sabe?

Le paso la trenza sobre el hombro y la beso allí. Siento que su piel se enciende con el tacto de mis labios persistentes. Acariciando el surco de su labio inferior con la yema del pulgar, le hago una promesa.

—Estás a salvo conmigo.

Algo en su mirada cambia, se suaviza, se abre. Coloca su mano sobre la mía y se hunde en mis brazos.

—Lo sé.

***

Solecito: si mi vagina fuera un coche, q tipo de coche sería?

Abro el buscador y busco. Cuando encuentro una imagen adecuada, se la envío a Jennie con las palabras *después de que termine con ella.*

Su respuesta llega exactamente cuatro segundos después.

Solecito: en serio me acabas de enviar la foto de un coche destrozado?

Tardo un minuto entero en escribir mi respuesta. Me estoy riendo tanto que me tiemblan las manos y no acierto con las teclas.

Yo: no lo has entendido? si tu vagina fuera un coche, quedaría DESTRUIDA cuando terminara con ella.

Solecito: cuántos años tienes????

Yo: suficientes para saber cómo destrozarte el coño y después hacer q se sienta mejor.

Solecito: bájate del poni, ni que fueras tan bueno.

Yo: pongo tu mundo del revés, solecito. admítelo.

Solecito: como tú digas.

Antes de que pueda responder, ella comienza a escribir de nuevo. Los puntitos suspensivos titilan durante dos minutos. Luego, se detienen.

Casi me he dado por vencido cuando finalmente llega el texto.

Solecito: no puedo esperar a verte hoy.

Esta es mi parte favorita del día: descansar en mi habitación de hotel, pasar estos fugaces momentos hablando con Jennie por mensajes sobre nada en particular, antes de tener que salir de mi cómodo capullo para comenzar mi día, y antes de que ella se vaya a ensayar.

Este último tramo del viaje me ha parecido el más largo de mi vida. Tal vez porque sé lo que me espera, porque mañana por fin abriré la boca de una puta vez y le diré a Jennie qué es lo que quiero y rogaré a Dios que ella quiera lo mismo. Sé que el asunto está complicado, ya que está el tema de su hermano y el de su inminente oferta de trabajo, pero prefiero dar el salto y comprometerme a resolverlo juntos a no intentarlo nunca. No soy tan idiota como para dejar que se me escurra entre los dedos.

Así que cuando el avión despega cuarenta y cinco minutos después, no hago más que contar las horas hasta que aterricemos, hasta que Jennie termine con su último ensayo y pueda verla correr hacia el coche cuando me encuentre esperando afuera.

—Vas a ir —ordena Carter sin separar los dientes.

Jaxon gruñe y aparta su bandeja vacía.

—La danza ni siquiera es un deporte real.

—Y una mierda. ¿Por qué no pruebas a decirle eso a mi hermana y ver si te alcanzan las piernas para escaparte antes de que una chica te patee el trasero? Entrena tanto como yo y te aseguro que puede contigo.

—¿Y si mañana por la noche tengo una cita? Es el día de San Valentín.

—¿Quién va a querer tener una cita contigo? —bromeo, y me arrepiento de inmediato.

Los ojos de Jaxon tienen un brillo que perfora como el láser.

—¿Y tú, Andersen? ¿Tienes una cita mañana?

—Esto, no. Estaré en el espectáculo, como todos.

—La noche es larga. ¿No vas a salir con nadie después?

Frunzo el ceño tan fuerte que me duele y me rasco la sien, entrecerrando los ojos.

—No. No se me ocurre nadie.

—¿En serio? ¿Ni una sola persona? Qué raro. —El tono de Jaxon es igual de irritante que su sonrisa burlona, y, cuando Carter mira su teléfono, le hago una seña obscena—. Hey, Beckett. Me han dicho que tu hermana se lleva muy bien con su pareja de baile. ¿Están saliendo?

—Ja. —Carter mete la mano en una caja de cereales de Oreo—. Jennie no tocaría a ese tipo ni con un palo de tres metros.

—Pero es inevitable que hayan estado juntos al menos una vez, ¿no? Bailar es algo muy íntimo y hace años que son pareja de baile.

Siento un tic en el ojo izquierdo y el pulso me retumba en el cuello.

Carter aplasta el cereal en el puño antes de metérselo en la boca.

—Lávate la boca con jabón. La dejaría salir contigo antes que con él.

—No puedes decirle con quién salir —le recuerda Adam—. Jennie es una mujer adulta.

—Además, lo que importa es que ella sea feliz, ¿no? —digo yo con el tono más natural posible—. ¿Más allá de con quién esté? Aunque sea con Simon.

La cara de Simon va a conocer mi puño si vuelve a intentar tocarla sin su consentimiento.

Carter mira por la ventana.

—A Jennie no le interesa tener novio, así que esta conversación no tiene sentido.

Se me eriza la nuca.

—¿Qué?

—No está lista. —Sus ojos se encuentran con los míos; sin palabras, me da a entender a qué se refiere. Pero creo que está equivocado.

—Tal vez ahora sí está lista.

—Que no.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunta Emmett—. ¿O es algo que supones tú? A veces las hermanas prefieren no hablar de su vida sexual con sus hermanos excesivamente sobreprotectores.

—No estoy suponiendo nada. Lo dijo hace apenas un par de días cuando estábamos en la casa de Hank. Él le preguntó cuándo iba a estar lista para dejar entrar a alguien a su vida y ella respondió que por el momento no tenía ganas de comprometerse con nada ni con nadie. Que no quería sentirse atada, que está feliz tal como está y no ve motivos para cambiar nada. En mi familia no nos mentimos.

El calor de las miradas de Adam y Jaxon me quema la cara. Ambos sienten lástima por mí, pero no necesito su compasión. Yo tengo razón.

Eso es lo que me repito a mí mismo durante las siguientes cuatro horas, pero con cada kilómetro que nos acercamos a Vancouver me siento más inseguro, y odio haber pasado de estar confiado a dudar en la misma mañana. Nos quedamos sin wifi a mitad del vuelo, por lo que, incluso si Jennie no estuviera ocupada con Simon, no podría recibir una respuesta.

Adam me da una palmada en el hombro mientras camino por el aparcamiento con la cabeza gacha, esperando a que se reactive la conexión con la cara pegada al móvil.

—Que lo que dijo Carter no te afecte. Habla con ella. Estoy seguro de que ambos estáis en la misma página.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Sí, estoy seguro de que así es.

Enciendo el motor y la calefacción, y espero a que mi teléfono se conecte al coche mientras le voy dando golpecitos al volante. Cuando por fin se conecta, vibra y suena una y otra vez, y se me forma un nudo entre los hombros ante las notificaciones que me esperan.

Ocho llamadas perdidas y doce mensajes de texto. Todos de mis hermanas.

Alcanzo a atender la última llamada y los suaves sollozos de Gaby enseguida retumban en el coche. Su voz ronca y temblorosa transmite un miedo que me hace querer volver a subirme a un avión.

—Garrett —gime—. Tengo miedo. Quiero que vuelvas a casa.

—¿Qué pasa, Gaby?

—Mamá y papá se han peleado.

—¿Se han peleado? ¿Estáis todas bien?

—Se pusieron a gritar y Alexa nos llevó a Stephie y a mí a su habitación.

—¿Estáis todas bien? —repito.

—¡No sé, Garrett! —Sus sollozos perforan el aire. Se me encoge el corazón.

—¿Dónde está Alexa? Pásame con ella.

Me pellizco el puente de la nariz mientras espero. Mis padres se peleaban mucho cuando yo era pequeño, pero la causa siempre era el alcohol. Desde que nacieron mis hermanas y mi padre dejó de beber, las cosas fueron diferentes. Viviendo en la otra punta del país, es imposible saber todo lo que pasa en casa, pero cada vez que voy veo una familia feliz de la que me siento un poco excluido.

—¿Garrett?

—Lex. ¿Qué está pasando?

—¿Puedes venir a casa? ¿Por favor?

—No puedo. No ahora mismo. Ya lo sabes.

—¡Siempre te importa más el hockey que nosotras! —La voz de Alexa tiembla con cada respiración entrecortada, señal de que está intentando no llorar y de que apenas logra contener las lágrimas.

—Alexa —murmuro con delicadeza—. Estás enfadada y abrumada. Se te nota en la voz. El hockey es mi trabajo; firmé un contrato. Por eso no puedo subirme a un avión y volar a casa cuando quiera. Eso no quiere decir que no os ame o que no seáis importantes para mí. Os quiero y sois lo más importante de mi vida.

—Es mentira. Si fuera así, no nos dejarías solas siempre.

—Lex…

—¡No! ¡Nunca estás cuando te necesitamos! Y… y… —La presa se rompe, y aunque los sollozos de Alexa ahogan casi todo el sonido, escucho las siguientes palabras que articula antes de colgar el teléfono—: ¡Te odio!

—Vaya mierda. —Me froto la cara y después el pecho, justo donde más me duele. Busco el número de mi madre, que atiende al primer tono—. ¿Mamá? ¿Qué está pasando? Las chicas están preocupadas y dicen que papá y tú os habéis peleado.

—Garrett —llora mi madre despacio—. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Nos hemos peleado y… se ha ido.

Mi mente se apresura a procesar sus palabras, pero antes de que lo logre, ella añade en un susurro:

—Se ha llevado una botella de *whisky*.

Mientras camino de un lado a otro por el salón de mi apartamento, llamo al número de mi padre una y otra vez, con la esperanza de

que la siguiente llamada sea diferente. Pero siempre es igual: directo al buzón de voz. Dejo mensaje tras mensaje hasta que ya no queda más espacio.

También intento comunicarme con la única otra persona con la que quiero hablar. Ella siempre ha sido la que me ha necesitado, pero ahora mismo creo que soy yo quien la necesita.

Necesito que me ayude a calmarme, que me diga que mi padre no va a tener una recaída, que es más fuerte, que no va a hacer que mis hermanas pasen por lo mismo que me hizo pasar a mí, que no va a hacer pasar a mi madre —y a él mismo— de nuevo por ese calvario.

Pero ella no puede hacer esas promesas. A ella no le corresponde tomar ninguna de esas decisiones. La única persona capaz de decidir qué va a pasar es mi padre.

Tan solo necesito que esté aquí, necesito su mano en la mía para recordar que también hay cosas buenas en el mundo, que no siempre tiene que haber tormenta cuando tienes un sol que brilla tan fuerte. Pero el teléfono de Jennie también va directo al buzón de voz.

31
QUÉDATE

Jennie

—¡Vamos, joder! —Simon choca ambas manos con las mías. No puedo dejar de sonreír; la euforia me invade—. Ha sido espectacular —añade con voz áspera, recuperando el aliento con las manos en la cintura.

—¡Hemos estado increíbles! —Estoy tan contenta que no puedo evitar rodearle el cuello con los brazos y estrecharlo con fuerza. Él me levanta en el aire y me hace girar.

—El amor es palpable —exclama Mikhail con las manos entrelazadas bajo la barbilla—. Es precioso y contagioso. Vais a ser lo mejor del espectáculo.

Dios, eso espero. Estoy agotada por el cansancio, al borde del delirio. Me duele cada centímetro del cuerpo de tanto ensayar sin parar y tengo el cerebro destrozado por la falta de sueño. No puedo esperar a que sea mañana para darlo todo en el escenario y después tomar un merecido descanso antes de lanzarnos de lleno a la coreografía para el espectáculo de fin de año.

—Siempre somos lo mejor del espectáculo —comenta Simon—. Creo que no podría ser de otra manera compartiendo escenario con esta belleza. —Me guiña un ojo y me da un golpecito en la cintura—. Tengo suerte de ser tu pareja de baile.

—Tienes toda la razón. —Sí, yo lo estaba pensando, pero es Mikhail quien lo dice—. No puedo esperar a verte triunfar en Broadway, Jennie.

Uf, qué vértigo me da eso. ¿Disfruto brillando encima del escenario? Por supuestísimo que sí, así que encended las luces y levantad el telón. Pero también me gusta que todo se dé en una atmósfera controlada y por un tiempo limitado. Broadway es sinónimo de exposición, de publicidad, de tener que pasar mucho tiempo siendo el centro de atención, cosas que preferiría evitar.

Mikhail se deshace en elogios sobre lo fantásticos que somos, y me alegra especialmente cuando comenta que el beso que sugirió hace meses ya no va a hacer falta, gracias a nuestra química y talento. Nos manda a casa a descansar, y Simon y yo pasamos primero por la sauna para tomar un baño de vapor rápido. Es increíble la velocidad con la que los nudos comienzan a deshacerse, pero cuando me seco con la toalla después de la ducha, apenas puedo mantener los ojos abiertos. Me preocupa acurrucarme en el regazo de Garrett y quedarme dormida cuando lo único que quiero es hablar con él.

Saco un conjunto de ropa limpia de mi taquilla y el móvil de la bolsa. La pantalla está llena de llamadas perdidas de Garrett: últimamente, todos nuestros días son así. Casi nunca coincidimos, y me paso la mayor parte de nuestras videollamadas fugaces concentrándome en la forma en que la piel alrededor de los ojos se le arruga cuando se ríe, o en que su sonrisa aparece primero en la comisura derecha de la boca antes de dar paso a una explosión total, o en que sus intensos ojos de color azul verdoso siempre transmiten una vulnerabilidad hermosa e impresionante, como un huevo de petirrojo en primavera.

Mientras me pongo el jersey, el emoji de oso baila en mi pantalla una vez más. Estoy a punto de atender cuando oigo esa risa horrible y condescendiente, la que me hace querer arrastrar las uñas por una pizarra.

Guardo el móvil en el bolsillo y me recojo el cabello sobre los hombros antes de sujetarlo con una cinta. Esbozo una sonrisa forzada para Krissy y las Ashleys.

—Vi esas botitas UGG y supe que debías de ser tú. Eres la única persona que conozco que todavía las usa.

—Está nevando. —Cierro la cremallera de la bolsa y me paso la correa sobre el hombro—. Son calentitas y cómodas.

—Y feas. —Debe pensar que su risa suaviza el golpe, pero no hace más que molestarme. Krissy apoya la cadera contra el marco de la puerta, bloqueando mi salida. Sus amigas parecen estar tan incómodas como yo—. Todos vamos a salir mañana por la noche después del espectáculo. ¿Quieres venir?

—¿En serio? —No puedo contener la emoción con la que las palabras salen de mi boca, y aprieto la correa de la bolsa con fuerza. Una sonrisa esperanzadora tira de mis labios y mi corazón late de emoción—. Por supuesto.

—Nunca sales con nosotras.

—Nunca me habéis invitado —le recuerdo.

Ella resta importancia a mis palabras con un ademán.

—Te hemos invitado muchas veces.

En realidad, no, pero…

—Uy, mierda. ¿Mañana? No puedo. Es el cumpleaños de mi hermano. Vamos a ir a cenar después del espectáculo.

—Entonces ven después. Vamos a ir a bailar.

—Es que yo… —Tengo una cita. Una real. Y aunque estoy segura de que me diría que fuera, que hiciera amigos y me divirtiera, prefiero estar con él—. No puedo. Lo siento.

Krissy entrecierra los ojos. Es hermosa, de verdad. Qué pena que tenga la personalidad de un caracol baboso y malvado.

—¿No puedes o no quieres?

—Tengo planes que no voy a reprogramar. —No estoy de humor para morder su anzuelo. Quiero ir a casa y pasar el resto de la noche con mi mejor amigo. Le sonrío mientras cruzo la puerta hacia el pasillo—. Estoy libre el resto del fin de semana si tenéis ganas de volver a salir. Me encantaría celebrarlo con vosotras.

—¿Cuándo vas a dejar de vivir a la sombra de tu hermano?

Me paro en seco ante la pregunta y clavo las uñas en la palma de mi mano. La mandíbula me tiembla furiosa y siento un martilleo

fuerte en los oídos. Despacio, me vuelvo hacia Krissy y sus lacayas, que también se han quedado atónitas al oír sus palabras.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. —Krissy alza una ceja y se cruza de brazos—. Aunque, pensándolo bien, ¿por qué querrías dejar de vivir a su sombra? Ser la hermana de Carter Beckett te ha traído muchos beneficios y lujos. Un apartamento exclusivo, un coche caro, una beca para un programa de élite y una oferta de trabajo que para la mayoría no sería más que un sueño. —Krissy mide apenas unos centímetros más que yo, una diferencia minúscula, pero que siento como enorme cuando me mira por encima del hombro, como si yo fuera la cosa más pequeña e insignificante del mundo—. Para valerte por tus propios medios, tendrías que esforzarte por algo al menos una vez en tu vida. Y no estoy segura de que sepas cómo.

Aprieto la mandíbula y el aire golpea mis pulmones. Cuando su boca se curva en una sonrisita de superioridad moral, una chispa se enciende dentro de mí y da lugar a un fuego feroz, capaz de arrasar con todo a su paso.

—Mírate —continúa despacio, condescendiente—. Ni siquiera sabes pensar por tu cuenta, ¿o sí?

Antes, cuando veía a Krissy, trataba de volverme invisible. Ocultar todas las partes especiales que me hacen ser quien soy para que por fin me aceptara. Pero entendí que estoy harta de esconderme, que no vale la pena invisibilizarme por nadie. Si no me quiere como soy, ella se lo pierde, y eso es justamente lo que estoy a punto de dejarle claro.

—Perdona, Krissy —murmuro, acortando la distancia entre nosotras—. Pero no hablo tu idioma, el de la estupidez.

Sus ojos centellean.

—¿Qué acabas de decir?

—Lo que has oído —la imito. Cuando doy un paso hacia delante, ella da uno hacia atrás—. No puedo creer que alguna vez quise formar parte de tu grupito. ¿Por qué querría ser tu amiga? Tú y yo no nos parecemos en nada. Antes pensaba que era culpa mía, que no sabía hacer amigos, que debía tener algún problema. Ahora sé que lo que ocurre es que mis estándares son más altos. —Mi mirada

se dirige a Ashley y Ashlee, que se alejan de Krissy como si no quisieran tener nada que ver con esto—. Chicas, deberíais considerar subir los vuestros también.

—Eres un asco de persona —escupe Krissy—. La única razón por la que la gente se te acerca es por tu hermano.

Antes pensaba lo mismo, pero poco a poco estoy aprendiendo que hay personas en mi vida que me aman por quien soy y por lo que tengo para ofrecer.

—Mi hermano es divertidísimo, compasivo y tiene el corazón más grande del mundo. Es lógico que la gente vea lo que tiene para ofrecer y quieran sumar a otra Beckett a sus vidas. ¿Te digo la verdad? Somos lo máximo. Tú, en cambio… —Levanto una ceja y la miro de arriba abajo—. ¿Sabes qué eres tú, Krissy? Eres el tipo de chica que alcanzó su máximo potencial en la secundaria. Eras lo suficientemente bonita, lo suficientemente popular y tenías un novio lo suficientemente guapo. Creíste que el mundo te sonreía y que la vida siempre sería increíble. Pero después entraste en el mundo real y te diste cuenta de que eras una más del montón. Que no destacabas como te hubiera gustado. Que lo que tenías para ofrecer ya no bastaba. Todos los demás habían madurado, pero tú seguías estancada, deseando una vida que no existe.

Doy unos pasos hacia ella, feliz de verla tropezar al desesperarse por retroceder, y continúo:

—Eres mala, desagradable, infeliz y, francamente, un seis de diez en el mejor de los casos cuando se trata de bailar.

Krissy reacciona con una mezcla de incredulidad y estupor.

—Vete a la mierda.

—Antes me preguntaba por qué me odiabas, me quedaba despierta hasta altas horas de la madrugada pensando qué podía hacer para que quisieras ser mi amiga. Pero eso siempre fue imposible, ¿no? Me odias porque no te pareces en nada a mí, pero te encantaría. Estás celosa. Tienes amigas, popularidad, un ejército que te sigue con los ojos cerrados, y así y todo eres infeliz. Mi círculo será pequeño, pero mi gente me ama por cómo soy, y me niego a cambiar mi personalidad, ni por ti ni por nadie.

»Así que, ¿vivir a la sombra de mi hermano? En tus putos sueños. Las únicas que viven a la sombra de alguien son las personas que te siguen ciegamente, que no tienen ni idea de que pueden tener una vida de la que tú no formes parte, una más feliz, con amistades mucho más enriquecedoras y sin esa dinámica espantosa con la que tú tratas a las tuyas.

La respiración superficial de Krissy reverbera por todo el pasillo.

—Te odio.

—¿Sabes qué? Me importa una mierda. Ya no.

Ella tropieza con sus propios pies al girar y casi se cae al suelo. Se aleja furiosa y ordena a sus amigas que la sigan.

Ashlee está indecisa. Su mirada va de Krissy, que se aleja a toda velocidad, a mí.

—No solo le has bajado un poco los humos, has hundido toda su embarcación. —Gira la cabeza cuando Krissy grita su nombre, y después me mira y sonríe—. Me alegra haber estado aquí para presenciarlo. Adiós, Jennie. No puedo esperar a verte brillar en el escenario mañana.

Le da la espalda a Krissy y se dirige a la salida detrás de mí, levantando el dedo corazón por encima del hombro cuando Krissy le grita una vez más.

Un aplauso lento llena el pasillo. Simon cruza la puerta del gimnasio y hace un silbidito.

—Vaya, vaya, Jennie. Solo mírate.

—Hace tiempo que tendría que haberlo hecho. —Muevo el cuello de un lado a otro y suspiro al oír el crujido. Acabo de liberar muchísima tensión, pero eso solo me ha hecho tomar conciencia de cuánta había acumulado—. No veo la hora de no volver a verlas nunca más.

—No gastes energía en pensar en ellas. —Simon me agarra los hombros y sus dedos se clavan en mis músculos tensos y doloridos —. No son tan divertidas.

—Lo dice el tipo que se ha acostado con las tres. —Me libero de las manos de Simon, aunque el masaje me parecía celestial—. Seguramente te parecieron lo suficientemente divertidas como para llevártelas a la cama.

—Si fueran divertidas, seguiría acostándome con ellas. —Me acerca la boca a la oreja—. Y si fueran divertidas de verdad, me estaría acostando con las tres al mismo tiempo.

Le doy un golpe y lo empujo.

—Eres un cerdo.

Simon se ríe.

—Asqueroso de verdad. ¿Quieres venir a mi casa? Podemos relajarnos en el jacuzzi y descansar los músculos.

—No puedo. Garrett está a punto de pasar a recogerme.

—¿Tu novio?

—No es mi novio.

—Siempre te viene a buscar.

—No me viene a buscar siempre. —*A veces está fuera del país—.* Vivimos en el mismo edificio. Es pura conveniencia. No hay nada romántico entre nosotros.

Los ojos de Simon escudriñan mi rostro, imagino que en busca de indicios sobre la autenticidad de mis palabras, pero ya he aprendido a mentir muy bien sobre este tema.

—¿De verdad?

—Solo somos amigos.

—Está bien —susurra, curvando la mano alrededor de mi nuca para acercarme más hacia él—. Bueno, tu amigo ya está aquí, y se ve megaceloso, lo cual me resulta extraño… ya que solo sois amigos.

Giro enseguida y encuentro a Garrett rondando en la puerta. Nos observa con las llaves colgando de la punta de su dedo índice y la otra mano metida en el bolsillo delantero de su sudadera. Con un pliegue profundo en la frente, los labios carnosos fruncidos y un tic muy notorio en la mandíbula, este Garrett Andersen no se parece en nada al hombre divertido y dulce que he llegado a conocer en los últimos meses. Basta con la imagen de este Garrett con pinta de que algo anda mal para que se me haga un nudo en el estómago.

—Hasta mañana —saludo, y corro hacia Garrett, y cuanto más me acerco, más se me ilumina la sonrisa—. Hola, grandullón.

El pliegue entre sus cejas no se atenúa cuando me mira fijamente.

—Hola —susurra por fin, y me doy cuenta de que algo no va bien.

Lo agarro del codo y lo arrastro hacia su coche, desesperada por un poco de privacidad.

—Te he extrañado. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien —murmura, y antes de que pueda preguntarle qué pasa, me hace subir al asiento y cierra la puerta. No lo estoy imaginando: se demora en entrar, fingiendo buscar las llaves que hace un momento tenía en las manos. Cuando sube, el frío del exterior regresa y roba parte del calor proporcionado por la calefacción del coche.

Lo primero que noto son los portavasos vacíos. Garrett siempre trae, sin preguntarme, un capuchino y un bollo de canela. Lo suele poner entre mis manos, que enseguida entran en calor, y toca sus labios con los míos antes de poner en marcha el coche y preguntar cómo me ha ido el día.

Lo que me preocupa no es la falta de café, sino de todo lo demás: contacto físico, contacto visual, conversación. Conduce en silencio, y no entiendo por qué.

—¿Va todo bien, Garrett? —Me muero por tomar su mano, pero él la mantiene pegada al volante. Extraño que me recorra el muslo con la punta del dedo—. Pareces enfadado.

—Sí. —Habla tan bajo que apenas lo oigo.

Empiezo a buscar en mi cabeza qué he hecho mal en las horas que han pasado desde que hablamos. Garrett nunca se había enfadado conmigo, y esta falta de sintonía es arrasadora, me desestabiliza. Hemos vuelto a ser dos desconocidos que caminan de puntillas y no se dicen las cosas de frente.

Hasta que abre la boca.

—¿Vas a decirle que te quite las manos de encima, o lo hago yo?

Mi corazón se detiene de golpe.

—¿Qué?

Garrett coge el volante cada vez con más fuerza, con los ojos fijos en la calle.

—No me gusta cómo te toca.

—Garrett… Simon es mi compañero de baile. Tiene que tocarme.

—Sabes tan bien como yo que él quiere ser más que eso. Puedo soportar que te toque cuando estáis bailando, pero no voy a tolerar

que te ponga las manos encima el resto del tiempo, como si pensara que eres suya.

—Espera, detente. —Me giro en el asiento y apoyo los brazos sobre mi regazo—. ¿De qué estás hablando? No soy de Simon. No soy de nadie.

—Cierto. Estás feliz soltera.

—¿Podrías mirarme de una puta vez? —espeto furiosa—. ¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo —miente—. Estoy reiterando algo que ya has mencionado un par de veces.

—Algo de lo que claramente no tengo ni idea, así que ¿por qué no me lo explicas? —Me cruzo de brazos y espero mientras entra en el aparcamiento buscando su lugar.

—No quieres salir con un deportista. No buscas una relación. Estás feliz soltera y sola. —Lanza cada frase como si estuviera grabada en piedra; al apretar los puños, se le marcan las venas—. Ya lo has dicho tres veces.

—¿Tres veces?

—En Navidad, cuando Gaby dijo que eras mi novia; la semana pasada, cuando fuimos a bailar, y hace un par de días, cuando le dijiste a Carter que no querías atarte a nadie, que estabas feliz sola.

Pienso en la última vez que Carter y yo visitamos a Hank: el anciano me insistió en que tenía que dejar entrar a alguien en mi vida, encontrar a una persona para mí, de la misma manera que Carter encontró a Ollie. Yo ya he encontrado a ese alguien, solo que no podía decírselo a ellos.

—No lo dije en serio —le aseguro en voz baja, y la ira se desvanece—. No podía contarles que me estoy acostando con el mejor amigo de mi hermano, ¿no? Nadie debe enterarse de lo nuestro.

—Y cuando le dijiste a Simon que solo éramos amigos, que nuestra relación era pura conveniencia… ¿tampoco lo dijiste en serio? —Aunque las palabras son duras, bajo la superficie late cierta vulnerabilidad; parece que está a punto de desmoronarse. No quiero que se rompa, pero sí quiero que me deje entrar.

—Garrett —digo con dulzura, llevando una mano a su mejilla. Me duele el corazón cuando encuentro su mirada triste, enfadada y perdida—. ¿Acaso estás celoso?

Parpadea, y otra vez aparece ese maldito nudo en su garganta. Aparta la mirada.

—Sé que a veces te cuesta expresar tus sentimientos con palabras, pero necesito que hables conmigo. Te escucho.

—Eh… Esto… No puedo… —Comienza a temblarle la rodilla: la sujeta y después vuelve a apretar los puños. Se pasa una mano por el pelo, se quita el gorro y tira de sus rizos dorados—. No puedo pensar. No puedo hablar. Mierda. Odio todo esto.

Tomo su mano entre las mías y la aprieto con delicadeza.

—Respira hondo. Estoy aquí contigo. Te espero.

Parpadea, una vez, dos veces, y luego las palabras se atropellan al salir de su boca.

—Mis hermanas me odian. Me necesitan, pero estoy lejos, y les estoy fallando, igual que mi padre me falló a mí. Y no logro… no logro comunicarme con él. Y nadie me responde a las llamadas, y tú… —Me mira; esos ojos hermosos están anegados de dolor—. Te llamé porque… porque… te necesitaba. Y no me has respondido. —Las palabras son como fracturas irregulares que dejan entrever el gran corazón que tiene este hombre.

Tomo su rostro entre mis manos.

—Perdón por no haber contestado al teléfono. Pero ahora estoy aquí. Tus hermanas te aman, Garrett. Créeme. —Le aparto el cabello de la frente—. Sé que debe ser difícil estar tan lejos. Todo se va a solucionar.

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Y si el problema no tiene solución?

—Todo tiene solución.

Él baja la cabeza.

—No estoy tan seguro —replica en voz baja, tan baja que apenas escucho sus siguientes palabras—. Sobre todo, si los involucrados no están en la misma página. —Deja escapar un suspiro derrotado y se pasa los dedos por el cabello—. O si ni siquiera están leyendo el mismo libro.

¿Por qué tengo la clara sensación de que lo que le ocurre no solo tiene que ver con sus hermanas?

Antes de que pueda preguntar, retira el rostro de mis manos y sale del coche. Sin mediar palabra, toma mi mano, me hace salir del vehículo y me lleva al ascensor. Todo es borroso, demasiado grande, confuso y abrumador.

Está demasiado callado y me faltan las palabras para llenar ese vacío, para aliviar su dolor y para que vuelva a sentir que todo puede ir a mejor, que está a salvo.

Pero ya averiguaré cómo debo actuar. Voy a comenzar por prepararle una buena taza de chocolate caliente, como las que él siempre me ofrece.

Pero cuando abro la puerta y me quito los zapatos, Garrett no me sigue. Se queda en el pasillo, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo.

—No voy a entrar, Jennie.

—¿Qué? ¿Por qué? Voy a preparar chocolate caliente. Podemos pedir algo para comer. O puedo… Creo que tengo para hacer espaguetis. Puedo preparar espaguetis para cenar. Solo dime qué prefieres. —De mi voz emana una desesperación que odio en todos los sentidos. Odio su sabor, el dolor que me provoca: me hace sentir débil, como si lo necesitara. Aunque creo que sí lo necesito, porque no he sabido encontrarme hasta encontrarlo a él.

—Creo… creo que quiero distancia. —La delicadeza con la que pronuncia las palabras, mezclada con la culpa y el arrepentimiento, hace que me retumbe el corazón en el pecho, buscando una salida.

—¿Distancia? —Encorvo los hombros y me repliego sobre mí misma—. ¿De mí?

—De esto. Es que… estoy… —Se frota el cuello, buscando las palabras—. En este momento no puedo pensar con claridad. Estoy abrumado, confundido y cansado. Estoy tan cansado, joder…

—Podemos descansar. —Agarro su mano y tiro de él suavemente —. Podemos acurrucarnos en el sofá y…

—Jennie, no. —Garrett libera su mano. Tiene los ojos enrojecidos, derrotados, y los míos me empiezan a picar—. No sé si puedo seguir

haciendo esto. Las cosas… han cambiado. Necesito algo de tiempo para pensar, nada más.

Una sensación de quemazón me sube por la garganta y no puedo apagarla.

—Eso es lo que la gente siempre dice porque es más fácil que decir adiós.

La forma incierta en que se lame los labios contradice el movimiento de su cabeza.

—No estoy diciendo nada de eso.

—No entiendo. —Mi pecho se eleva con brusquedad. Me escuecen los ojos—. Eres mi mejor amigo.

Su mirada sostiene la mía, como si buscara algún indicio de falsedad. No lo hay. En tan solo un par de meses, este hombre se ha convertido en mi mejor amigo, mi fan número uno, mi apoyo. No sé cómo lidiar con la idea de perderlo.

Pero veo el dolor grabado en sus ojos, veo la angustia que soporta y lo hace tambalear. Solo que no estoy segura de por qué están ahí.

Hasta que traga saliva, lentamente, y articula sus siguientes palabras.

—Ya no es suficiente para mí.

Me tambaleo hacia atrás, procesando sus palabras.

¿No es suficiente? Pero… si para él siempre he sido suficiente.

Las lágrimas brotan de mis ojos, listas para derramarse. Mis dedos se cierran en torno a mi garganta, tratando de alejar los pensamientos ansiosos, el miedo de que se vaya y se lleve con él todo mi ser, aunque yo me quede aquí de pie, sola, como toda mi vida.

Se lo he mostrado todo de mí y no me quiere.

Garrett cierra sus manos alrededor de mis muñecas y me acerca a su pecho. Baja la cabeza y su corazón late al unísono con el mío.

—Eres perfecta, Jennie.

—Si eso fuera cierto, no te irías.

Sus labios se separan y sus ojos me recorren, incluso cuando el ascensor hace un ruido y se abre de golpe. Emily cruza la puerta y nos sonríe con alegría.

—Hola, tortolitos.

Garrett abre la boca, pero antes de que pueda decir nada, le suena el móvil. Lo saca de su bolsillo: el nombre de su hermana Alexa brilla en la pantalla. Maldice en voz baja, y cuando me mira, sus ojos están llenos de tanto dolor, confusión y angustia que no puedo distinguir dónde termina un sentimiento y empieza el otro. No quiero ser la causa de nada de eso. Quiero ayudarle a superarlo.

—Garrett, yo…

Vuelve a sonarle el móvil. Traga saliva.

—Me tengo que ir. Perdón, Jennie.

No quiero que se disculpe. Quiero que se quede.

Él duda antes de tomar mi mentón y pasar su pulgar sobre mi labio inferior. Acerca su boca a la mía en un beso que se parece mucho a una despedida, una para la que no estoy preparada, una que no quiero.

Sus cálidas manos se alejan y me dejan con una sensación de frío y vulnerabilidad. El arrepentimiento aflora en su mirada cuando acaricia mi rostro como si estuviera memorizando mis facciones. Garrett aparta un mechón suelto, me besa la punta de la nariz y, con una última mirada, me deja allí plantada y se lleva el teléfono a la oreja.

Cuando la puerta del ascensor se cierra detrás de él, mi mirada se encuentra con la de Emily.

—Hey —susurra ella—. ¿Estás bien?

Me arde la garganta y me lamo los labios, mirando el techo.

Y entonces sucede. Se me nublan los ojos. Me hormiguea la nariz. Parpadeo y parpadeo, pero es en vano. Temblorosa, abro la boca para responder, pero en lugar de palabras sale la primera lágrima, seguida de la segunda y la tercera: todas caen en cascada por mis mejillas, y Emily se acerca por el pasillo.

Ella me abraza, y por fin llegan las palabras rotas, destrozadas igual que yo.

—Dijiste que él también me quería.

32
SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Garrett

Hoy me he pasado doce horas metido en un avión.

Doce malditas horas, de Denver a Vancouver, y de Vancouver a Halifax.

Nueva Escocia es el último lugar en el que esperaba encontrarme cuando desperté esta mañana, pero aquí estoy. Son casi las tres de la madrugada cuando aterrizo en Halifax.

Joder, son las tres de la madrugada, y en vez de estar en casa, donde debería estar, encuentro el coche de mi padre en el lugar exacto en el que sabía que estaría: el único restaurante de la zona que está abierto las veinticuatro horas. Es el único cliente, además del anciano que se queda sentado en la barra hasta bien entrada la mañana desde hace veinte años.

—Hola, Alycia —saludo a la mujer detrás de la barra. Al verme entrar, se le ilumina el rostro, aunque su sonrisa está teñida de un leve remordimiento. Trabaja aquí desde que ambos teníamos dieciséis años. Yo siempre la llevaba cuando comenzaba su turno, y después regresaba una hora antes de su horario de salida, me sentaba en la barra y remojaba mis patatas fritas gratis en el batido de cortesía, mientras esperaba a que mi novia terminara de trabajar

para besarnos en el asiento trasero del coche—. ¿Sigues trabajando aquí? ¿No dijiste que ibas a renunciar?

—Garrett. —Empuja la puerta batiente y me envuelve en un abrazo familiar y cálido—. Solo estoy haciendo un par de turnos de vez en cuando. Tener hijos es muy caro. —Ella se aparta, con sus ojos igual de suaves y amables que siempre. Hace muchos años dijimos que nos íbamos a casar. Pero ella quería que me quedara aquí y yo quería irme. No estábamos destinados a estar juntos, y está bien—. Traté de llamarte, pero no tengo tu nuevo número. Iba a pasar por tu casa de camino a la mía esta mañana para avisar a tu madre de que estaba aquí.

—¿Hace cuánto?

—Dos horas, más o menos. Supongo que ha venido cuando ha cerrado el otro bar. —Su mirada se posa en mi padre, desplomado ante una mesa—. No ha comido ni bebido nada desde que ha llegado.

—¿Y antes?

Alicia se encoge de hombros.

—No estoy segura. No quiere hablar, así que lo he dejado tranquilo.

—Gracias por cuidarlo.

Me doy la vuelta y ella me agarra del codo.

—¿Te vas a quedar algunos días?

Niego con la cabeza.

—Tengo un vuelo al mediodía.

Ella me aprieta el codo con suavidad.

—Cuídate.

Mi padre está escondido en el rincón del fondo con la cabeza entre las manos y la mirada abatida. Por un momento, siento pena y compasión por ese hombre. Pero entonces pienso en la esposa y las hijas que ha dejado en casa, asustadas y sin respuestas, y recuerdo haber estado en esa situación tantas veces que no puedo contarlas. Y la ira se apodera de mí.

—¿Qué mierdas estás haciendo?

La cabeza de mi padre se levanta de golpe y me mira con los ojos inyectados en sangre y el rostro surcado de lágrimas. Así que, de

repente, cada pizca de ira flaquea y desaparece cuando, por una vez, quiero soltarla. Nunca he sido de aferrarme a la ira. Me hace sentir mal, infeliz, cansado. Pero necesito descargarme, y pensé que este sería el momento adecuado, porque descargarme con Jennie unas horas atrás, sin duda, no lo ha sido.

—Garrett. —Se frota los ojos con furia—. ¿Qué estás…? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? Tienes una familia que necesita que vuelvas a casa, que estés presente. Y en vez de estar con ellas, te pasas la noche fuera, emborrachándote.

—Yo… No. —Sacude rápido la cabeza, y aunque sus ojos están cansados y enrojecidos, no tienen esa mirada lenta y vidriosa que me indicaba su estado cuando yo era pequeño, y entonces sabía si podía hablar con él o si debía pasar el resto de la noche encerrado en mi habitación.

Mete la mano debajo de su abrigo y me muestra el cuello de una botella de *whisky*, con el sello todavía intacto, y enseguida vuelve a guardarla.

—No he bebido nada.

—¿Y antes? ¿En el bar?

—Me moría de ganas. Te lo juro. —Se pasa los dedos por el pelo y tira de algunos mechones—. Incluso pedí algo. Whisky solo. Doble. Me quedé mirando el vaso durante cinco horas. No dejé que el camarero me lo quitara, pero tampoco me animé a bebérmelo. —Se frota los ojos con la mano antes de pronunciar las siguientes palabras—. Soy un fracasado de mierda.

—No es así —respondo sin pensar.

—Sí. Aquí está mi hijo, que una vez más ha tenido que venir a rescatarme, como cientos de veces antes. La única diferencia es que ya no es un niño. Mis problemas nunca debieron ser los tuyos.

—No debería haber sido así —acepto en voz baja, dejándome caer en el asiento frente a él—. Pero te quería entonces y te quiero ahora. Vas a superar tus problemas, y yo voy a acompañarte. —Toco el dorso de su mano y su mirada dubitativa se encuentra con la mía —. Pero no puedo ayudarte si no sé qué está pasando.

—No sé por dónde empezar —admite.

—Podrías comenzar por el principio.

Asiente, y el silencio se extiende entre nosotros mientras busca el principio.

—En diciembre, en plena Navidad, en el trabajo anunciaron que habían vendido la fábrica. Se habló de que los nuevos dueños iban a despedir a todo el mundo, hacer limpieza y empezar de nuevo. Me puse a buscar otro trabajo de inmediato, pero después de las fiestas todo volvió a la normalidad. Creímos que estábamos a salvo. Pero ayer… —Se le agita el pecho y se le quiebra la voz—. Ayer vinieron. Y despidieron a todo el mundo. A todos. Entraron, así como así, y nos dijeron a todos que nos fuéramos a casa y que no nos molestáramos en volver. —Se ríe, con un sonido bajo y exasperado —. Tres meses de sueldo. Les he dado veinticinco años, me han despedido de un día para otro y lo único que he recibido son tres putos meses de sueldo. ¿Cómo voy a poder mantener a mi familia con eso? No puedo, Garrett. No puedo.

Tengo en la punta de la lengua el mensaje de que yo dispongo de medios para ayudarlos en todo lo que necesiten. Hace años que quiero que se muden a Vancouver. Pero sé que esa no es la solución que busca.

—E imagino que no se lo has contado a mamá.

Mi padre sacude la cabeza.

—Ella sabía que estaba preocupado por eso cuando viniste a casa en Navidad, pero después parecía que todo estaba bien. Dejé de buscar trabajo y ambos dejamos de preocuparnos. Ahora… no sé cómo decírselo. No voy a conseguir otro trabajo, Garrett. No tengo ningún título universitario.

—Porque buscaste un trabajo estable en el que pagaran bien para poder mantener a tu novia y a tu hijo —le recuerdo. Siempre fui consciente de que mi padre renunció a muchas cosas cuando me tuvo a los dieciocho años. Lo único que hizo pensando en sí mismo fue terminar la secundaria. Haber tenido que asumir toda esa responsabilidad a una edad tan temprana no hizo más que perpetuar sus hábitos. Pasé muchos años sintiéndome culpable por haber nacido, diciéndome que mi padre nunca habría tenido que luchar contra el alcohol si no me hubieran tenido. Lógicamente, sé que los

problemas de mi padre no son culpa mía, pero cuando eres un niño con más responsabilidad sobre su padre que él sobre ti, es difícil recordar eso.

—¿Cómo voy a enviar a mis tres hijas a la universidad? No sé cómo ser el marido que mi mujer merece, y el padre que las chicas merecen, que tú mereces.

Pongo mi mano sobre la suya.

—No necesitamos que seas nadie más que quien ya eres, papá. Solo necesitamos que estés presente.

Su mirada cae sobre nuestras manos entrelazadas y su pulgar calloso se desliza sobre el mío.

—Como padre, no estuve presente contigo. —Sus palabras están cargadas de remordimiento, pero más que eso, de reconocimiento. No busca que yo lo convenza de que sí estuvo presente; necesita que sepa que se da cuenta de sus errores, de dónde se equivocó.

—No durante algún tiempo —admito—. Pero a veces quizá hace falta tocar fondo para ver las cosas desde una perspectiva distinta. Trabajaste incansablemente y aprendiste a ser más fuerte. Te convertiste en el padre que siempre quise, y estoy agradecido de conocer a ese hombre, y de que ese sea el hombre que conocen mis hermanas. Que hayas tenido tus luchas, que todavía a veces las tengas, no quiere decir que seas un fracasado. Quiere decir que eres humano.

Las lágrimas se acumulan en sus ojos y comienzan a rodar despacio por sus mejillas.

—Tú y tus hermanas sois lo único que he hecho bien. Estoy muy orgulloso de ti.

—Y yo estoy orgulloso de ti, papá.

***

La casa está oscura cuando aparco frente a ella, salvo por el tenue resplandor de la luz sobre los fogones, que se ve desde la ventana sobre el fregadero de la cocina. Mamá siempre la deja encendida por si alguien se despierta en mitad de la noche.

La pierna de mi padre rebota en el asiento del copiloto. Tiene la mirada fija en la puerta de entrada y hace girar su ficha de Alcohólicos Anónimos entre los dedos.

—¿Y si me vuelve a dejar?

—Te ha perdonado cosas peores. Mamá tiene un gran corazón. No se va a rendir, así como así.

La mirada en su rostro me dice que ya lo sabe, pero el miedo en sus ojos expresa que ya la decepcionó mucho una vez y que no podría vivir sin ella una segunda vez.

—Si eso sucede, lo solucionaremos juntos. Pero necesitas creer que tu relación es lo bastante fuerte como para superar esto.

El silencio se apodera del coche. Mi padre me sostiene la mirada, y cuando asiente, apago el motor. Al bajar del vehículo, me da un abrazo que no sabía que necesitaba.

—Gracias por creer en mí. Por darme muchas más oportunidades de las que merezco.

Espero que un día se dé cuenta de que cada nueva oportunidad valió la pena.

Cuando entro en el salón, las luces se encienden y me ciegan por un segundo.

Mi madre salta del sofá. La confusión cruza su rostro afligido.

—¿Garrett? ¿Qué estás haciendo aquí?

Me hago a un lado y mi padre da un paso dubitativo hacia delante y luego otro.

—Lucas —suspira mi madre en voz baja, llevándose una mano a la boca. Las lágrimas se acumulan en sus ojos.

—Perdóname —dice él en voz baja, y observo cómo las lágrimas se deslizan por sus mejillas antes de que mi madre se arroje en sus brazos.

Me escabullo por el pasillo oscuro y subo las escaleras sin hacer ruido. Todas las puertas de los dormitorios están abiertas, y todas las camas están vacías, excepto la de Alexa. Cuando la puerta se abre con un crujido, encuentro a mis tres hermanas acurrucadas juntas. La luz de la luna se refleja en sus rostros desde el ventanal e ilumina los párpados de Gaby, que se sienta en la cama y parpadea.

—¿Hola? ¿Quién está ahí?

La lámpara de noche se enciende y Alexa se sienta rápido y se frota los ojos con los puños.

—¿Garrett?

—¡Garrett! —Gaby salta de la cama y corre hacia mí, envuelta en su pijama con gatitos.

—Shhh. —La tomo en mis brazos y ella entierra su cabeza en mi pecho—. Vas a despertar a Stephie.

—¿Has venido a casa? —pregunta Alexa mientras llevo a Gaby de regreso a la cama.

—Dijiste que me necesitabas.

Le tiembla el labio inferior.

—Entonces, ¿has venido para estar con nosotras?

Me inclino y le planto un beso en la coronilla. Al igual que a Jennie, a Alexa le gusta hacerse la dura, pero tiene un corazón tierno.

—Siempre estaré cuando me necesitéis. Ahora volved a dormir. Solo quería ver cómo estabais.

Gaby me sonríe, retira las sábanas y da unas palmaditas al colchón.

—¿Vas a dormir con nosotras?

Me río entre dientes.

—No hay espacio.

Ella hace pucheros y se acerca más a Stephie en el medio.

—Podemos hacerte un sitio.

Miro a Alexa. La incertidumbre se refleja en su rostro. Poco a poco, la expresión de sus cejas se suaviza y vuelve a apoyar la cabeza en la almohada; sus ojos se dirigen al lugar vacío al lado de Gaby.

—¿Alguna ronca? —pregunto.

—Lex —afirma Gaby—. Papá dice que es como un camionero.

—Cierra la boca, Gaby.

Riendo, me quito la sudadera y la arrojo en un rincón de la habitación. Vestido con una camiseta y un pantalón de chándal, me subo a la cama doble de mi hermana, contento aunque sé que terminaré en el suelo en algún momento de la noche.

Gaby me coge del brazo y lo coloca sobre su cuerpo y Alexa apaga la lámpara. La habitación queda a oscuras. La respiración de Alexa se vuelve rítmica y superficial en cuestión de minutos, pero tengo la cabeza demasiado acelerada como para poder dormir.

Las últimas veinticuatro horas han sido un caos enorme de problemas y emociones, de cosas que no estaba preparado para gestionar. Siento que he lidiado bien con este asunto, pero mi instinto me dice que con el otro he cometido el mayor error de mi vida, porque lo único que veo cada vez que cierro los ojos es el rostro de Jennie, el rechazo arremolinándose en sus ojos cuando le dije que necesitaba distancia.

Sé que no estaba pensando con claridad, pero Dios mío, ¿en qué coño estaba pensando? ¿Fue esa la solución a mis celos, a mi incertidumbre sobre lo que ella sentía por mí, sobre si estábamos avanzando juntos o cada cual por su camino? ¿Al hecho de sentirme impotente con lo de mi familia?

—¿Garrett?

A través de la oscuridad, veo que Alexa me mira desde su almohada.

—¿Hmmm?

—Perdón por decir que te odiaba. No te odio.

Sonrío.

—Ya lo sé, Lex.

—Tenía mucho miedo, y Stephie y Gaby también tenían miedo, y sentí que tenía que ser fuerte por ellas. Pero no sabía cómo. Quería que volvieras a casa y nos cuidaras.

—Está bien tener miedo. Pero por si sirve de algo, creo que has sido muy fuerte y valiente. —Extiendo mi brazo a través del espacio que nos separa, y cuando Alexa toma mi mano, engancho mi dedo índice alrededor del suyo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—La próxima vez que tengas miedo, es importante que nos comuniquemos, ¿vale? Casi todos los problemas se solucionan con un poco de comunicación.

No se me escapa la ironía de que la comunicación no está en la lista de cosas que he hecho bien con Jennie unas horas atrás. De niño aprendí a caminar por una cuerda floja, con miedo de decir lo que pensaba para no cabrear a mi padre, y eso es exactamente lo que le he hecho a Jennie. Tenía miedo y me desquité con ella. Ella depositó su confianza en mí, una confianza por la que luché con uñas y dientes, y en cuestión de media hora, lo he tirado todo por la borda porque me daba mucho miedo tragarme el orgullo y decirle qué era lo que me asustaba: la posibilidad de perderla, de perder a mi padre, y de fallarle a mi familia.

—¿Vas a tener una cita de San Valentín con tu novia? —pregunta Alexa, como si supiera exactamente qué está pasando en mi cabeza.

—Jennie no es mi novia —protesto.

—¿Entonces cómo sabías de quién estaba hablando? —responde sarcástica.

—Tres hermanas —murmuro—, ni un hermano.

—Te escuché hablar con ella por teléfono después del espectáculo de baile.

—¡Alexa!

Ella se ríe con disimulo.

—¿Qué? Fue tierno. Le dijiste que era tu mejor amiga y mencionasteis que hicisteis adornos de Navidad con las huellas de vuestras manos. Puede que solo tenga doce años, pero estoy bastante segura de que eso significa que es tu novia.

—Quizá sí era mi novia, o algo así, o eso quería yo —confieso—. Quería que fuéramos más que amigos. Pero estoy bastante seguro de que lo he echado todo a perder. —Cierro los ojos y suspiro—. No, sé que lo he arruinado todo.

—¿Por qué? ¿Ella ha roto contigo?

—No. Creo que he sido yo el que ha roto con ella.

—Buuu. ¿Por qué? Jennie es genial y agradable, y se ríe de ti, y quiere pasar tiempo contigo aunque seas molesto.

Me río en voz baja.

—Tienes razón. Es todas esas cosas y más. Supongo que tenía miedo.

—Pensé que estaba bien tener miedo —me susurra Alexa.

Suspiro.

—Así es.

—¿Vas a hablar con ella?

—¿Debería?

Resopla.

—¿Todos los tíos sois tan tontos? ¿No te gusta?

—No estoy seguro de que «gustar» sea una palabra lo suficientemente fuerte.

—¿Eso no responde a tu pregunta? ¿Por qué querrías estar lejos de ella y triste cuando puedes estar con ella y ser feliz? —Entrelaza sus dedos con los míos y los aprieta—. Seguro que si le pides otra oportunidad, te va a decir que sí.

—¿Tú crees?

—Mereces una segunda oportunidad, Garrett.

***

El teatro está oscuro, la atmósfera es electrizante y un murmullo de emoción recorre el auditorio.

Reviso mi entrada por decimoséptima vez, lo cual es absolutamente innecesario: la he memorizado.

—Disculpe —susurro, señalando el asiento vacío a mitad de la fila antes de comenzar a caminar hacia él—. Perdón. Lo siento. Lo siento mucho. Disculpe.

Me desabrocho la chaqueta del traje y me dejo caer con un suspiro. Adam, Jaxon y Cara arquean una ceja.

Carter se inclina hacia delante y deja caer un suspiro pesado.

—Aquí estás. Me preocupaba que no pudieras venir. Jennie te habría pateado justo en las pelotas.

Aún no descartaría esa posibilidad, pero en lugar de decir eso, me río. Mi risa es mucho más estridente y llena de pánico de lo que me gustaría.

Adam se aclara la garganta. Tiene la mirada fija en el escenario vacío.

—¿Todo bien?

—¿Con mi padre? Sí. Va a volver a hacer terapia y, cuando me fui, mi madre lo estaba ayudando con su currículum.

—Bien. Me alegro. ¿Y con…? —No dice su nombre. No hace falta —. Me ha llamado esta mañana. Preguntaba si sabía dónde estabas porque os habíais peleado y fue a tu casa para hablar contigo, pero no estabas. No me correspondía contarle nada, Garrett, así que no le he dicho nada, pero tú sí deberías hacerlo. O es parte de tu vida o no. No puedes pedirle que te deje entrar en su vida y después mantenerla fuera de la tuya, sobre todo cuando eso afecta a la relación. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadado por todo, por lo que pasó con tu padre, por lo que ella dijo, aunque dudo que haya sido en serio… pero no hables de distancias. Tú no eres así. —Sus ojos se mueven hacia un lado y se encuentran con los míos—. Estás aquí, así que supongo que eso significa que vas a ser honesto con ella.

—Sí, papá —protesto.

Sonríe.

—Hazme sentir orgulloso, hijo.

El teatro queda en silencio y un único foco ilumina el escenario.

Carter se inclina hacia delante y mira fijamente a todo el mundo.

—¡Shhh!

—Pero si nadie… —Jaxon cierra la boca con fuerza y luego finge ponerle una cremallera, con los ojos muy abiertos ante la expresión feroz de Carter.

Mis ojos se posan en el objeto alto que se encuentra en el suelo entre él y Olivia, y entierro la cara en la mano.

—¿En serio ha traído una cámara de vídeo? ¿No se ha enterado de que los móviles tienen cámara?

Adam se ríe.

—Es un hermano orgulloso.

Y vaya si lo es. Se pasa todo el espectáculo aplaudiendo a medias al final de cada número antes de examinar el programa y anunciar cuántas actuaciones faltan para la de Jennie. Es la última, así que cuando llega el momento y Carter se inclina hacia delante y abre su bocaza, toda nuestra fila y la de atrás cantan al unísono:

—Ahora le toca a Jennie.

No lo culpo por estar orgulloso. Cuando se abre el telón, Jennie es claramente la persona más magnífica que se ha subido al escenario esta noche.

Está envuelta en carmesí, cintas de seda y gasa, y cada centímetro de su piel brilla.

Levanta la cabeza y revela el tono intenso del pintalabios, que combina con su vestido. Cuando mira fijamente al público, la tristeza que pesa en su mirada me sacude hasta lo más profundo.

Esos ojos azul pálido recorren lentamente la multitud, suben y bajan por las filas de butacas, como si estuvieran catalogando a cada asistente.

O buscando a alguien.

Porque cuando se detienen en mí, todo cambia. Las líneas de su rostro se suavizan, sus hombros se relajan y se endereza un poco más. El dolor de su mirada se desvanece cuando comienza la música; los acordes familiares de su canción favorita me hacen sonreír. En la comisura de su boca empieza a asomarse una sonrisa: un inicio lento que da paso a una explosión que enciende su rostro con una felicidad arrasadora y la hace brillar.

Ella siempre brilla.

Es una obra maestra que cobra vida y deja que la música la guíe por el escenario. Simon pasa a un segundo plano en comparación, no llega a estar a la altura de su perfección. El espectáculo le pertenece a ella y, en este momento, el mundo también. Si ella quiere ser una estrella, el firmamento la está esperando. Si quiere su propio estudio, lo tendrá. No hay nada que esta mujer no pueda hacer, estoy seguro.

Estoy tan embelesado con ella que apenas noto que Carter ahora está de pie en el pasillo con la cámara de vídeo grabándolo todo y moviendo la cabeza al compás de la música.

Estoy tan impresionado con ella que no pienso ni por un segundo en el brazo de Simon que rodea su cintura antes de hacer el movimiento para inclinarla, ni en su mano que acaricia despacio el lado del cuerpo de Jennie mientras la canción se acerca al final.

Estoy tan obsesionado con ella que casi no veo la forma en la que Simon la mira cuando la atrae hacia su pecho, o la mano que se

desliza por el borde de su rostro cuando la música se detiene, o el modo en que le toma el mentón entre los dedos e inclina su rostro hacia arriba.

Casi no veo cómo su boca cubre la suya y la atrapa en un beso para el gran final.

Pero eso sí lo veo.

33
¿ESTO VA A SER SIEMPRE ASÍ?

Jennie

El rugido de la multitud resuena en mis oídos, pero es mi ira la que truena.

Peligrosa. Explosiva. Letal.

Mi corazón se acelera y se desboca en mi pecho como si fuera a estallar. Espero a que se cierre el telón.

—Jennie —comienza Simon una vez que la oscuridad nos envuelve, y me suelta, ansioso y emocionado—. Eso ha sido…

Giro tan rápido que no siento el suelo bajo mis pies descalzos. El ruido de mi mano contra su mejilla retumba detrás del escenario. Todo el equipo se queda mudo, solo se escuchan los vítores del público.

Simon cubre la huella roja de mi mano en su mejilla. Su expresión estupefacta solo me anima a seguir.

—¿Qué te pasa? —exclamo furiosa—. ¿Qué coño te pasa?

—¡Deslumbrantes! ¡Habéis estado des-lum-bran-tes! —Mikhail corre hacia nosotros, pero se detiene en seco y su sonrisa desaparece—. ¿Jennie? ¿Está todo bien?

—No. No está todo bien. —Avanzo hacia Simon. Me hierve cada centímetro de la piel, hasta la punta de las orejas—. No. —Le hundo el dedo en el pecho—. Te dije que no. ¿Entiendes esa palabra? —Sus

manos se levantan en señal de rendición o defensa y asiente rápidamente—. Qué raro. Porque te lo dije una vez. —Otro golpe en el pecho—. Te lo dije dos veces. —Otro—. Ya he perdido la cuenta de todas las putas veces que te he dicho esa palabra de una sílaba, y, aun así —golpe— tú —golpe— sigues sin entender. —Un golpe más, por si las moscas—. ¿Cómo puedo ser tan idiota para no haberte visto tal como eres? ¿Para darte una oportunidad tras otra, para creer que tenías al menos una pizca de decencia?

—Ha sido sin querer —suplica en un susurro, con los ojos abiertos como platos—. Baja la voz.

Mis cejas se levantan hasta la cima de mi frente.

—¿Sin querer? ¿Me has besado sin mi consentimiento sin querer? ¿Por segunda vez?

Ahí está el «ohhh» que estaba esperando: Mikhail reacciona en el momento justo.

—Simon.

—Esto… eh… Me he dejado llevar. Me parecía natural. Como estábamos actuando como si estuviéramos enamorados para el espectáculo y eso… ha sido lo que he sentido, Jennie.

Me sale una risa de lo más amenazante.

—No necesito fingir que pasa algo entre nosotros por el bien del espectáculo. Trabajo incansablemente y la forma en la que bailo habla por sí sola, como siempre, como durante toda mi vida.

Paso como un rayo junto a los técnicos que me observan, encuentro mi taquilla con mi bolsa, mi atuendo para la cena de esta noche y me lo cuelgo todo al hombro. Cuanto más rápido salga de aquí, mejor.

Me detengo en la salida y me encuentro con la mirada preocupada de Simon.

—Esta ha sido la última vez que bailamos juntos. No voy a volver a bailar en pareja y no voy a volver a bailar contigo. —Miro a Mikhail —. ¿Está claro?

Él asiente despacio y me hace un saludo militar.

—Sí, señora.

Mantengo la cabeza en alto y me abro paso entre la multitud que sale del auditorio, en dirección al lugar donde Carter prometió

esperarme.

Él está allí. Están todos ahí. Salvo una persona.

Intento pasarlo por alto, pero de la misma manera que su presencia cambió mi estado de ánimo y me dio vida en el escenario, la ausencia repentina de Garrett deja mi cuerpo dolorido y cansado, y recuerdo que recibir a este hombre en mi vida me ha traído la felicidad que nunca supe que me hacía falta.

Sin él, hay un silencio terrible, todo es gris, y lo odio.

Camino hacia Carter, quien destila una furia tan palpable como la mía. Abre la boca y le estampo el dedo en la cara para silenciarlo.

—Ni se te ocurra empezar. No quiero oír ese nombre de mierda. Ni hoy ni mañana, y si osas mencionarlo, la tuya será la próxima cara que abofetee esta noche, ¿comprendido?

Carter aprieta los labios y abre los ojos de par en par.

—Comprendido. Voy a buscar el coche.

Me abrazan una y otra vez, me pasan de familia a amigos, y todos elogian mi desempeño, y cuando doy un paso atrás para tomar aire, una mano me rodea el codo y me empuja hacia la esquina.

Garrett toma mi rostro entre sus fuertes manos, sus pulgares recorren mis pómulos y sus ojos se posan sobre cada centímetro de mi piel. En su mirada intensa hierve una furia tan profunda que le hace temblar las manos. Pero también hay algo más. Algo tangible. Algo fuerte, profundo y genuino que me deja perpleja, porque pensaba que ya lo había visto, pero me he pasado toda la noche convenciéndome de que nunca había estado ahí.

—¿Estás bien, Jennie?

—Estoy… —No. No estoy bien. Simon tomó algo que no le pertenecía. Kevin tomó algo que no le pertenecía. La única persona a la que voluntariamente y con entusiasmo le he entregado partes de mi ser es a este hombre que está aquí. Lo he hecho poco a poco, con cautela, a veces mirando al miedo directamente a la cara, desafiándolo a que me demostrara que me estaba equivocando con Garrett. Pero no ha sido así. Cada vez que le daba otra pieza, la tomaba con cuidado entre sus manos, como si cada una de ellas fuera un cristal delicado, algo digno de admiración.

¿Pero ahora qué? ¿Dónde estamos ahora? ¿Le he dado todas mis piezas a alguien que ya no las quiere? ¿He perdido a la única persona que me ha aceptado por completo?

—No —susurro por fin—. No estoy bien.

La dureza de sus ojos se desvanece y da paso a la dulzura que he llegado a conocer, la ternura que amo.

Antes de que pueda decir algo, aparece Adam.

—Perdón por interrumpir. Carter acaba de aparcar enfrente, Jennie. Te está llamando.

Quiero que Garrett me pida que no me vaya. Quiero que me lleve a casa y me diga que no quiso decir nada de lo que dijo ayer. Quiero que todo vuelva a ser como antes.

Pero él asiente y Adam coloca su mano en la curva de mi espalda y me guía.

Algo atrapa mi meñique y miro hacia atrás, viendo como el de Garrett aprieta el mío antes de desaparecer, y en lo más profundo de mi interior, mi corazón vuelve a latir fuerte.

***

El trayecto hasta el restaurante es tranquilo. Mamá, Olivia y Hank comentan lo deslumbrante que he estado sobre el escenario. Carter abre la boca para comentar algo, pero se lo piensa dos veces, lo que probablemente sea para bien. De todos modos, el noventa y nueve por ciento de las palabras que salen de su boca son las equivocadas.

Cuando todos bajan del vehículo, me quito un vestido y me pongo otro, aquí mismo en el asiento delantero, mientras Carter le entrega las llaves al aparcacoches.

Mi hermano toma mi mano, me ayuda a salir y me atrae hacia él para abrazarme.

—Te ves preciosa, Jennie. —Me besa la sien—. Y hoy has brillado como nunca en el escenario. Estoy orgulloso de ti.

Una descarada niña de ocho años se pega a mi torso mientras la recepcionista nos conduce hacia nuestra mesa.

—Eres increíble, tía Jennie. —En realidad, Alannah no es mi sobrina, sino la de Carter y Olivia. Pero me encanta ser la tía Jennie

y creo que es la niña más genial del mundo—. Si no fuera ya una jugadora de hockey espectacular, querría ser bailarina.

—Podrías hacer ambas cosas —sugiero despacio—. Tal vez puedas ser mi primera bailarina cuando abra mi estudio.

Arruga la nariz.

—El tío Carter dice que te mudarás a Toronto para bailar.

—No sé qué voy a… —Mis pensamientos descarrilan cuando veo al gigante de cabello rubio que ya está sentado a nuestra mesa y tamborilea ansioso con los dedos sobre el mantel blanco. Tropiezo con mis propios pies y reboto contra el pequeño cuerpo de Olivia.

La mirada de Olivia alterna entre Garrett y yo, que nos miramos fijamente. Ella no dice una palabra, pero su rostro se suaviza antes de retirar el asiento junto a él y hacerme un gesto para que me siente.

—Esto… Debería…

Cara me toma de los hombros y me empuja hacia abajo.

—Deberías sentarte.

—Espera. —Jaxon me levanta de nuevo—. No te has quitado el abrigo. —Lo retira de mis hombros y sus dedos recorren mis brazos mientras me lo quita, sonriendo con los ojos clavados en Garrett—. Impresionante —murmura con un silbido—. ¿Verdad, Andersen?

El rostro de Carter aparece entre nosotros.

—¿Acabas de silbarle a mi hermana?

Jaxon palidece. Empuja mi abrigo contra el pecho de Carter.

—No.

—Mejor así. —Carter toma asiento a mi lado, y ahora estoy atrapada entre mi hermano y el hombre que… De verdad, no sé cómo terminar esa frase.

Bueno, eso es mentira. Sí sé cómo terminarla. Pero me niego a hacerlo, ahora que ya… que nosotros… Ahora que nosotros…

—Parece que vas a llorar.

—¿Eh? —Giro la cabeza y noto que Carter me observa con atención—. No. —Mierda, definitivamente voy a llorar—. No me siento muy bien.

—A mí a veces me pasa lo mismo cuando tengo un partido muy intenso, tía Jennie —aporta Alannah—. En general, desaparece con

la comida, pero a veces necesito dormir una buena siesta.

Me esfuerzo por devolverle la sonrisa desde el otro lado de la mesa. Siento el peso de la mirada de Garrett sobre mí, o más bien sobre la mano que pongo en mi regazo, boca arriba. Está de un rojo encendido y todavía me duele por la fuerza de la bofetada. Me toco las yemas de cada dedo: tengo los dedos ligeramente hinchados. Alannah sigue hablando; por un segundo considero sumergir la mano en la cubitera de hielo, donde se encuentran las botellas de champán y agua con gas.

—Y creo que el tío Carter también necesita mucha comida y sueño. Parecía bastante enfadado cuando ese tipo te ha besado, y siempre está más feliz después de comer y dormir la siesta con la tía Ollie. Aunque bueno, cuando ha acabado de filmarlo todo con la cámara de vídeo, me ha dado veinte dólares.

Jeremy, el padre de Alannah y hermano de Olivia, suelta una carcajada.

—Estoy bastante seguro de que el tío Carter ha aplastado la cámara con sus manos.

—No la he aplastado *per se* —protesta Carter con un hilo de voz.

—Tienes razón, me disculpo. Gritaste una serie de improperios y luego coronaste el momento con un: «¡Joder, he roto la cámara!».

—Al parecer tendré que editar esa última parte. Pero tampoco es que sea para tanto.

—¿Sabes algo sobre edición de vídeos, Carter? —pregunta Adam.

Carter apoya la mejilla contra el puño y frunce el ceño.

—Contrataré a alguien. Quizá pueda sacar directamente a S-T-E-V-E de la grabación.

—No soy un perro, Carter —interrumpo por fin—. No puedes deletrear su nombre y esperar que no sea capaz de unir las letras, como lo haces con Dublin y la palabra «paseo».

Carter murmura algo acerca de que Dublin es más agradable que yo. Todos empiezan a conversar, y yo lo ignoro todo y me concentro en la soledad que ha vuelto a inundar mi vida.

Antes pensaba que estaba sola, pero Garrett me demostró que no, que estaba rodeada de gente que me amaba, que quería compartir su vida conmigo. Pero cuando miro alrededor de la mesa, solo veo

un espacio al que no pertenezco. Parejas enamoradas. Amigos con lazos estrechos. ¿Dónde encajo yo? Pensaba que este era el único lugar al que pertenecía, aquí con esta gente, pero ahora ya no estoy segura.

Mi corazón me ruega que le responda a mi cerebro, pero no tengo energía. Hoy no, ya no. Me duele cada centímetro del cuerpo, que se encorva sobre sí mismo y ruega por un poco de soledad, lo cual es irónico: ya no quiero estar sola. Pero tampoco quiero perderme.

Un tintineo llama mi atención y observo con curiosidad que Garrett saca el hielo de su vaso intacto y lo envuelve en la servilleta de tela que tiene en su regazo. Sus ojos de color turquesa se encuentran con los míos. Él toma mi mano debajo de la mesa, presiona el hielo cubierto contra ella y enrosca mis dedos a su alrededor.

Mi piel dolorida se alivia al instante y, por un segundo, Garrett aprieta un poco más fuerte el dorso de mi mano con su mano cálida antes de soltarme. Toma una botella de agua con gas para llenar mi vaso y el suyo antes de pasarla al resto de los comensales de la mesa.

Lo observo mientras lleva su vaso a sus labios carnosos antes de volver a poner ambas manos en su regazo. Dios, me muero de ganas de tocarlo. Tengo tantas ganas de que ponga sus manos sobre mí. Quiero esa sensación plena y segura que se siente al tener mis dedos entrelazados con los suyos.

No estoy dispuesta a rendirme, y no me importa si eso quiere decir que soy una ingenua. Lo que tenemos no es algo que podamos dejar ir sin más. No tengo mucha experiencia con las relaciones, pero esta parece una de esas cosas que ocurren una vez en la vida.

¿Cuántas veces puedo repetirme que estoy cansada de tener miedo? ¿Que lo único que quiero es cerrar los ojos y saltar? Solo que con Garrett no necesito cerrar los ojos. Siempre he estado segura de quién es y de lo que significa para mí.

Mi mano se mueve por sí sola y avanza despacio hacia la suya por debajo del mantel. Él abre sus dedos un poco más, como si su meñique quisiera alcanzar el mío, y sé que, pase lo que pase, vamos a resolver esto juntos.

—Perdón. Garrett, ¿no?

Mis ojos se elevan hacia la bella mujer de cabello negro azabache que acaba de acercarse a la mesa y le sonríe a Garrett. Retiro mi mano. Se produce un silencio y todas las cabezas se giran en su dirección.

Ella se lleva una mano a la base de la garganta.

—Susie. Soy la…

—¡Oh! —Carter chasquea los dedos—. ¡Eres la fotógrafa! De la sesión de fotos de los trajes. ¡Los traseros de hockey! —Arquea una ceja con aire de suficiencia—. Mi nombre es Carter Beckett y tengo un trasero de hockey.

Susie se ríe.

—Sí, soy yo. Nunca me había divertido tanto en el trabajo como con vosotros. —Me mira y abre los ojos de par en par—. ¡Dios mío, hola! ¡Eres la bailarina! ¡Acabo de fotografiar tu espectáculo! ¡Has estado increíble! He sacado muchísimas fotos geniales. ¿Y ese beso al final? —Se lleva las manos al corazón—. Casi me desmayo. El amor entre vosotros dos flotaba en el aire. —Con una sonrisa tímida, se gira hacia Garrett. Se me revuelve el estómago y me dan náuseas —. Me decepcionó un poco no saber nada de ti.

—Sí, esto… —Las mejillas de Garrett se encienden y sus ojos recorren el grupo sin saber a quién mirar. La única cara que evita es la mía.

—Está saliendo con alguien —comenta Carter—. ¿O ya no? —Se rasca la cabeza y frunce el ceño—. Hace rato que no hablas de ella.

—Así era —responde Garrett despacio, y se me cierra la garganta.

—Lamento que no haya funcionado —dice Susie—. ¿Tal vez podríamos salir algún día?

Siento como si toda mi sangre me subiera a la cabeza y espero su respuesta, pero no es él quien habla a continuación.

—Vamos, Gare. Es el día de San Valentín. Hay que lanzarse de cabeza a cualquier oportunidad de encontrar el amor.

Supongo que hay una primera vez para todo. Como para la rabia que siento hacia Hank en este momento.

Garrett duda antes de ponerse de pie. Toca el hombro de Susie con suavidad y hace un gesto hacia la entrada.

—¿Por qué no vamos a un lugar más privado para hablar?

Mi servilleta se resbala y cae al suelo debajo de la silla de Garrett; el hielo se esparce.

—Uy, mierda. —Me inclino para recuperarlo, pero me voy demasiado hacia delante y aterrizo en el suelo, entre la silla de Garrett y la mía—. Joder —me río por los nervios. Meto la mano debajo de su asiento y agarro los cubitos de hielo derretidos, pero me golpeo la cabeza contra el borde de la silla al volver a levantarme —. ¡Ay! ¡Mierda! —Me agarro la cabeza con una mano, sujeto el hielo con la otra y sonrío, temblando aún más. —Lo tengo.

Voy a vomitar. Y llorar. E hiperventilar. Aquí mismo, en la mesa. Estoy a punto de tener una crisis, y la única persona que quiero que me abrace es la que está guiando a otra mujer hacia fuera del restaurante.

—Jennie —llama Cara, con los ojos llenos del dolor de alguien que acaba de presenciar una desilusión amorosa de la manera más clásica posible—. Tengo que ir al baño. ¿Vienes?

—Sí. No. —Me tiemblan las manos y se me cierra la garganta. Todo duele. ¿Esto va a ser siempre así? ¿Por qué siento como si todo mi cuerpo se estuviera rompiendo? Me hierve la cara y no sé cómo inhalar oxígeno hasta los pulmones—. La verdad, no me siento bien. —Me toco la mejilla. Está caliente y húmeda—. Creo que voy a vomitar.

Olivia coge su bolso.

—Te llevo a casa.

—¿Qué? —Carter me mira a mí y luego a ella—. No puedes conducir. Yo la llevo.

—Es tu cumpleaños. Quédate. Su apartamento está al final de la calle. Regresaré antes de que lleguen los aperitivos.

—Voy a estar bien. De verdad. —Me levanto rápido y vuelco el agua de Garrett. Tomo el vaso y me seco el sudor de la frente—. Solo necesito tomar un poco de aire. Enseguida vuelvo.

Cruzo el restaurante antes de que alguien tenga tiempo de discutir conmigo y me adentro en el frío aire nocturno. El viento golpea mi piel húmeda.

Observo a Garrett y a Susie hablando en el aparcamiento. Siento una mano que se apoya en la curva de mi espalda.

—Vamos —murmura Olivia, que trae mi bolso y mi abrigo bajo el brazo—. Te llevaré a casa.

Pero cuando el aparcacoches trae el coche y me subo, veo a través de la nieve cómo Garrett abraza a Susie, y lo único que quiero es ser yo quien esté en sus brazos.

***

Cinco minutos. Estoy a cinco minutos de casa y no puedo aguantar.

Me digo a mí misma que estoy bien, que no me he venido abajo, que estaba bien sola antes de Garrett y que estaré bien sola después de Garrett.

Pero estamos a treinta segundos del restaurante cuando la primera lágrima rueda por mi mejilla mientras miro por la ventana. Y tras la primera, viene la segunda, y luego la tercera y una cuarta.

Olivia no dice ni una sola palabra mientras avanzamos en silencio, y debo ser una estúpida por pensar que me va a dejar salir del coche así como así cuando lleguemos a casa.

Su mano rodea mi codo y me detiene cuando intento abrir la puerta. Sus grandes ojos castaños se suavizan cuando me gira para que la mire y toma mis manos entre las suyas.

—Por el bien de mi matrimonio, Jennie, no vamos a usar nombres propios. Cuando tu hermano inevitablemente se entere, necesito poder decirle que no sabía con quién estabas saliendo.

Las lágrimas se deslizan por mi rostro más rápido. Nunca me he sentido tan débil antes. Odio todo esto.

—¿Harías eso por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, Jennie. Te quiero.

—Todo estaba bien —lloro despacio—. Todo estaba bien hasta ayer cuando llegamos a casa. Me pasó a buscar por la universidad y discutimos, pero ni siquiera sé por qué. Creo que herí sus sentimientos, pero no fue mi intención. Es mi… Es mi… —Respiro hondo y me seco los ojos; las puntas de mis dedos quedan manchadas de negro—. Es mi mejor amigo y… Es muy importante para mí. Nunca le haría daño.

La mirada de Olivia contiene toda la compasión de una mujer que será la madre más increíble del mundo, y estoy muy agradecida de que esté en la vida de mi hermano.

—Parece que en algún momento ha habido una falta enorme de comunicación. A veces, cuando sentimos celos o miedo, cuando sufrimos o cuando alguien a quien amamos sufre, hacemos cosas de las que después nos arrepentimos. Lo que vosotros necesitáis es deciros las cosas como son, con sinceridad. Vosotros, los Beckett, sois buenos en eso. No tengas miedo de demostrarle lo que sientes. —Me aparta un mechón del rostro húmedo y me lo coloca detrás de la oreja—. Una vez tu hermano me dijo que cuando tenemos miedo nos perdemos las mejores cosas de la vida. Yo tuve miedo durante mucho tiempo y, cuando finalmente salté, ni siquiera recordé qué era lo que me asustaba tanto.

—Eso es porque Carter está obsesionado contigo —replico con voz entrecortada.

—Si me hubiera fijado en algo esta noche, que no es el caso, habría visto a un hombre que te miraba cada vez que apartabas la vista, alguien tan obsesionado como mi marido. Si te animas y das el salto, Jennie, creo que él estará allí esperando para atraparte.

Tengo tantas ganas de que ella tenga razón.

Por una vez en mi vida solo quiero ser amada. Querida por ser quien soy, por lo que tengo para dar. Deseo que alguien vea todo lo que tengo para ofrecer y le entusiasme la idea de compartir la vida conmigo.

Me he pasado demasiados años inventando excusas, empequeñeciéndome frente a personas a quienes yo y todo lo que soy les resultaba avasallante. Pero con Garrett nunca he tenido que esconderme. Ha habido momentos en que me moví más despacio, en que probé las aguas antes de sumergirme, pero Garrett siempre estaba allí, esperando con los brazos abiertos.

Él acepta cada parte de mí, la confianza rota, el dolor profundo e interminable, la audacia y todo el ruido, la delicadeza y la tranquilidad, cuando soy lanzada y también cuando soy tímida, y se queda con todo eso, todo lo que soy, con ese corazón enorme, sin pedir nada a cambio.

¿Así es el amor? ¿Así es como se siente ser amada por alguien que no me exige nada más que ser yo misma?

Cálido y tierno, como acurrucarme en el sofá en una noche fría y nevada con mi sudadera favorita y una taza de chocolate caliente después de un día largo. Como ver a mi persona favorita sonriéndome, presionando sus labios contra los míos antes de levantar las mantas y deslizarse a mi lado para atraerme hacia su calidez, como una red de seguridad que tiende a mi alrededor cada vez que está cerca.

Porque con él me siento segura, para ser yo misma, para sentir, para querer, para actuar.

Si esto es el amor, estoy enamorada.

Si esto es el amor, no quiero dejarlo ir nunca.

***

En mi apartamento, miro los regalos de San Valentín envueltos con cuidado en paquetes bonitos rematados con cintas de seda roja.

Me he quitado el vestido en el momento en que he entrado y ahora estoy sentada aquí con su sudadera y un par de pantalones cortos para dormir. Tengo la cara limpia y, a pesar del cansancio abrumador que me invade, la adrenalina me mantiene en movimiento y no dejo de mirar el reloj.

No sé cómo terminará esta noche, pero no puedo esperar más. Reprimir estas emociones me está haciendo mucho daño, necesito dejarlas fluir.

Entonces, me pongo las pantuflas, me arrastro hasta la puerta y la abro de golpe.

—Garrett —suspiro despacio al pronunciar su nombre, volviendo a la vida al ver al único amor que alguna vez he anhelado.

La bolsa de regalo que trae cae a mis pies. Me clava una mirada penetrante y atenta al entrar en mi apartamento y cerrar la puerta detrás de él.

—Estoy harto de ocultarlo.

—¿Ocultar qué? —Mi respuesta no es más que un susurro entrecortado. Garrett avanza hacia mí, dando un paso cada vez que

yo doy uno atrás.

Sus manos fuertes me enmarcan el rostro, su mirada penetrante se encuentra con la mía cuando se cierne sobre mí. Me late fuerte el corazón. Su pulgar me recorre el labio inferior, que atrae sus ojos encendidos, y mi boca se abre en un suspiro entrecortado.

—Estoy harto de ocultar que estoy enamorado de ti.

34
COMO LAS ESTRELLAS

Jennie

En alguna parte de mi cuerpo se ha producido un cortocircuito, y creo que es en mi cerebro.

—Has dicho… No, porque… Garrett, creo que sin querer has dicho…

—Que estoy enamorado de ti —termina la frase, lo cual es genial. Estoy bastante segura de que estamos a punto de hacer eso de intercambiar roles, de que él pase a actuar con seguridad y yo empiece a decir incoherencias.

No sé cómo es posible que mi corazón lata tan rápido, pero ahí va, al galope. Siento un nudo en la garganta y no sé cómo articular las palabras.

—¿Estás…? ¿Estás seguro?

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida. —Sus palabras son tiernas, como los dedos que me presionan el mentón para impedirme apartar la mirada—. Te quiero, Jennie.

Nadie me había amado antes, no así. Y ser amada por la única persona que quiero que me ame… No lo puedo creer.

—Tal vez podrías, esto… —Respiro hondo y me froto los ojos con fuerza. Me agarro del antebrazo de Garrett para no hacer algo que me deje en ridículo, como caerme de culo—. Decirlo otra vez.

Ahí está esa sonrisa: deslumbrante, graciosa, con la cantidad justa de arrogancia. Con mi cara entre sus manos, limpia las lágrimas de debajo de mis ojos y susurra:

—Te quiero.

No. No. Este no es momento para ruidos raros como si te estuvieras ahogando, Jennie. Tranquila.

—¿Otra vez?

—Te quiero. —Me da un beso en la mejilla—. Te quiero. —La otra mejilla—. Por Dios, te quiero.

—No estoy llorando —lloro—. Por si te lo estabas preguntando. —Ahogo un sollozo patético—. Es temporada de alergias.

—Estamos en pleno invierno.

—Cállate.

Garrett se ríe y me abraza. Es cálido e imponente, y me cuesta asimilar cuánto lo he echado de menos, ya que tampoco hemos estado alejados tanto tiempo.

—¿Y Susie?

Él se echa hacia atrás, sosteniendo mi mirada.

—Cuando salimos del restaurante, le he explicado que estaba enamorado de la morena que se había caído de la silla y golpeado la cabeza, pero que todavía ni siquiera se lo había dicho porque soy un imbécil. Y después le he dicho que tú dirías que soy un papanatas y no un imbécil. —Las yemas anchas de sus dedos recorren mi pómulo y me apartan mechones del pelo—. No hay nadie más, Jennie. Nunca lo ha habido y nunca lo habrá.

—¿Pero por qué?

Él frunce el ceño.

—¿Por qué te quiero?

Asiento con la cabeza. ¿Qué ve él que nadie vio antes? ¿Qué es lo que le encanta y que todos los demás consideran demasiado complicado, que requiere demasiado tiempo?

—Hmmm. —Me levanta, me lleva a la isla de la cocina y me sienta allí encima. Se coloca entre mis piernas y sujeta mi cuerpo con sus manos sobre la encimera—. La respuesta corta es: ¿por qué no te amaría? No hay nada que no me guste. Pero creo que necesitas saber todos los motivos, y he venido preparado. —Me guiña un ojo,

tocándose la sien—. Los tengo aquí guardados, en el apartado de Jennie.

—¿Apartado de Jennie?

—Como un apartado de imágenes íntimas, pero todas sobre ti.

Río y me limpio los restos de alergia de las mejillas antes de poner mis brazos sobre sus hombros.

—Está bien, adelante.

—Me encantan tus juguetes.

Lo empujo para alejarlo.

—No has empezado bien, tonto.

Riendo, vuelve a su lugar entre mis piernas y pone mis brazos en sus hombros otra vez.

—No me has dejado terminar. Qué impaciente. Me encanta que te hagas cargo de tu propio placer. Que te hayas marcado límites y hayas explorado sin rebasarlos. Me parece sexi, no por lo que hay en tu cajón, sino porque no tienes miedo de ser tú quien te hace sentir bien.

—Bien salvado, grandullón.

—Volviendo al tema de tu impaciencia… También me encanta. No es egoísta ni me cansa, sino todo lo contrario. Sientes un entusiasmo tan genuino por tantas cosas que mueres por tenerlas en tus manos. Me dan ganas de querer probarlo todo contigo. Tu felicidad es adictiva.

El calor me sube por el rostro, al tiempo que me muerdo el labio inferior.

—Sigue.

—Hace mucho que deseaba que me dejaras entrar en tu vida. —Acaricia mi mejilla cuando mi rostro se entristece ante sus palabras tranquilas—. Porque quería saberlo todo de ti, Jennie. ¿Por qué a veces te cerrabas, por qué te resistías a cosas como el sexo y no tenías demasiados amigos? Pero ahora me doy cuenta de que en realidad no era eso lo que quería. Me ayudaste a trabajar mi propia paciencia y así aprendí a confiar en ti, y a confiar un poco más en mí. Tus muros estaban allí por una razón y no me dejaste presionarte para que los derribara cuando yo quería. —Sonríe—. Me gusta que tus muros estuvieran ahí. Te comprometiste a conocerte

mejor que nadie antes de dejar entrar a alguien más, y eso es algo que admiro. Muchas personas tienen relaciones superficiales y vacías porque no se conocen bien a sí mismas. Pero solo te conozco tan bien porque tú te conoces, porque te animas a ser tú misma sin pedir disculpas.

Enganchando mis piernas alrededor de sus caderas, lo acerco más.

—¿Crees que me conoces?

—Así es. Gritas cuando estás cabreada y lloras cuando estás triste. Pero también lloras cuando estás cabreada y gritas cuando estás triste. Te da vergüenza llorar porque crees que es un signo de debilidad, pero opino que para mostrar tu lado tierno se requiere fuerza y valentía, y desearía que más gente se animara a esa vulnerabilidad, yo incluido. Te quedas en silencio cuando algo te abruma, y también es en esos momentos cuando más me aprietas la mano. Eres directa y dices lo que piensas y eres tu mayor fan cuando se trata de la danza, pero me gustaría que fueras tu mayor fan también en todo lo demás. Tu forma favorita de acurrucarte es con tu mejilla en mi pecho y una pierna entre las mías, y creo que compartir Dunkaroos contigo en el sofá o que me des una paliza en el *Just Dance* es lo que más me gusta en el mundo. Me haces reír más que nadie, y lanzas los insultos más raros del mundo y…

—¿Garrett? —Apoyo mi mano sobre su mejilla y guío su mirada hacia la mía.

—¿Sí?

—¿Cuántas razones más tienes?

Se rasca la cabeza.

—Pues no sé. Las he estado repasando hoy en el avión cuando volvía a casa. El vuelo ha durado seis horas y me he quedado sin tiempo.

Me río entre dientes porque le creo. Garrett es tan sincero que duele, aunque solo sea porque es el peor mentiroso del mundo. No creo que tenga el corazón para ello.

—¿Por qué estabas en un avión hoy? ¿Adónde has ido?

Garrett me pone de pie, me toma de la mano y me lleva al sofá, donde nos sentamos juntos. Se pasa los dedos por el cabello, tiene

la mirada perdida y en su rostro hay una expresión de dolor, de cansancio, de agotamiento.

Apoyo mi mano sobre su muslo.

—¿Va todo bien?

—Sí, ahora sí. Creo que sí, al menos. Supongo que empezó ayer por la mañana, cuando volamos desde Colorado. Salió tu nombre en la conversación y Carter dijo que no estabas lista para una relación. En general, no le doy importancia a nada de lo que dice, pero mencionó que le habías dicho que eras feliz sola, que no querías que nada cambiara ni estar atada a nadie. Bueno, está bien si eso es lo que quieres, si eso es lo que sientes. No habíamos hablado sobre si había algo más entre nosotros, pero supongo que con la cita que íbamos a tener esta noche, pensé que tal vez… estabas lista.

»Después me quedé sin wifi en el avión y no pude escribirte, y cuando aterrizamos, tenía un montón de llamadas perdidas de mis hermanas. Mis padres habían discutido y mi padre se había ido de casa con una botella de *whisky.* Mis hermanas estaban asustadas y querían que fuera a verlas, y la única persona con la que quería hablar eras tú. —Me mira por debajo de sus pestañas—. Te necesitaba y no estabas ahí.

Se me encoge el pecho ante el dolor de su voz.

—Perdóname, Garrett.

Él niega rápido con la cabeza.

—Por favor, no te disculpes. No fue culpa tuya, ya sabía que estabas ocupada. Pero dejé que mis miedos se apoderaran de mí. Que se me metiera la idea de que lo que habíamos vivido juntos significaba más para mí que para ti.

—Eso no es cierto. —Pongo mi mano sobre su mejilla y giro su rostro hacia el mío—. No es cierto —repito—. Esto que tenemos lo es todo para mí. Perdón por no haber estado ahí cuando me necesitabas. Estoy aquí ahora.

—Cuando vi a Simon con sus manos sobre ti, cuando te oí repetir todo eso que me daba miedo, que no éramos más que amigos, que nuestra relación era solo por conveniencia… perdí el control. Sentí que apenas podía lidiar con los problemas de mi familia, y después…

—Después dijiste que necesitabas distancia. —Tiene sentido, pero eso no impide que el dolor regrese. Me agarro el pecho, justo donde me duele.

Garrett coloca su mano sobre la mía y presiona mi palma contra mi corazón.

—Perdóname, Jennie. Estaba herido y abrumado, y cuanto más tiempo pasaba sentado allí solo, más me lo cuestionaba todo. Y entonces… no sé. Sentí que todo se venía abajo. Mi cabeza era un desastre y te alejé porque no podía ordenar mis pensamientos.

Dejo que sus palabras se asienten por un momento antes de entrelazar mis dedos con los suyos.

—Te perdono.

—¿De verdad?

—Es lo que hacen los amigos cuando se quieren, cuando cometen errores y se piden perdón. Tú me perdonaste por enfadarme y salir corriendo la noche que vimos a Kevin.

La mirada de Garrett se desliza hacia nuestras manos entrelazadas antes de volver a mirarme.

—Eres mi mejor amiga, Jennie, pero ya no quiero que seamos solo amigos. No quiero solo algunas cosas, lo quiero todo. Quiero tenerte toda.

—Ya soy tuya, Garrett, gracias a la amistad que hemos construido juntos.

—Me gusta oír eso.

Me da un beso en los nudillos y luego me cuenta sobre su corto viaje a casa. Me cuenta que encontró a su padre en el restaurante, y que estuvo muy enfadado por un momento, hasta que vio lo destrozado que estaba. Me cuenta por qué su padre estuvo al borde de una recaída, que lo hablaron, que lo llevó a casa con su madre y se acurrucó con sus hermanas.

—Llevo años pidiéndoles que se muden aquí. Esta parece la oportunidad perfecta para un nuevo inicio. Dijo que lo consideraría, pero quién sabe. —Se encoge de hombros—. No quiero que mis hermanas tengan que llamarme cuando me necesiten. Quiero estar presente para ellas todo el tiempo en vez de verlas crecer por videollamada.

—Eres un buen hermano mayor.

Sonríe con delicadeza antes de apartar la mirada y tragar saliva.

—Garrett, ¿qué pasa?

Él duda y se humedece los labios.

—Mi padre ha cometido muchos errores, más de los que podría contar. Pero lo que a mí me importa es que ha hecho un esfuerzo enorme por salir adelante. Siempre intenta mejorar. Me alegro de que haya podido darles a mis hermanas la vida que no pudo darme a mí, y lo amo por eso. Pero… ¿tú lo odias?

Me muevo hacia atrás, sorprendida.

—¿Que si lo odio? ¿Por qué tendría que odiarlo?

—Porque… podría haber sido él el que estuvo al volante. —No necesita aclarar nada más, ni decirme qué volante, el del coche que mató a mi padre—. Alguien igual que mi padre te arrebató al tuyo. No sé cómo pedirte que lo apoyes.

Siento un hormigueo en la nariz y hago un esfuerzo por evitar el dolor que se acumula en mi pecho. Pero la pena se las arregla para encontrar una vía para salir y manifestarse, igual que casi siempre: una única lágrima que cae por una de mis mejillas. Cuando busco el medallón que solía colgar de mi cuello, y no encuentro nada más que piel, caen unas cuantas más.

—Nadie me lo puede arrebatar. Siempre estará aquí conmigo. Y no necesitas pedirme que apoye a tu padre. Estoy de tu lado, y apoyaré a todas las personas que ames, a todo aquel que intente mejorar. ¿O no se trata de eso la vida? ¿No estamos todos tratando de ser una mejor versión de nosotros mismos que la que fuimos ayer?

—Gracias. —Me rodea con los brazos y me abraza fuerte contra él —. Perdón por no explicarte mejor cómo me sentía y hacia dónde quería que fuésemos. A veces no sé cómo expresar mis sentimientos con palabras. Siempre he sido mejor con las acciones, así que —señala la bolsa de regalo que dejó caer en la puerta antes— tenía un plan para demostrarte lo mucho que significas para mí.

Mis manos se juntan a la altura del pecho y se me escapa un chillido. Me gustan los regalos. ¿A quién no?

—Aún puedes demostrármelo. —Me pongo de pie de un salto y corro hacia la puerta—. Yo también tengo regalos.

Él gruñe, y yo pongo los ojos en blanco y dejo los paquetes en la mesa de centro.

—Es una tontería, en serio. Nada especial. —Le pongo la primera caja en las manos—. Este es comestible.

—Espero que sea ropa interior comestible —protesta, y luego sonríe al quitar la cinta y levantar la tapa de la caja de galletas de azúcar personalizadas. Doce corazones, doce penes y un montón de «Me encanta tu polla» escrito por todas partes. Garrett toma una pequeña galleta en forma de pene y la examina—. Veo que no están hechas a medida.

—Ya, no tenían moldes más pequeños.

Garrett suelta una carcajada.

Le estampo el siguiente paquete en el pecho, aplaudiendo con entusiasmo.

—¡Ahora este!

Saca la ropa interior, mueve los labios mientras lee y enseguida cae hacia delante con una explosión de risa.

Señalo el cartel amarillo brillante en la entrepierna, donde está escrito lo siguiente: «PRECAUCIÓN: PELIGRO DE ASFIXIA».

—¡Eso es por ti, grandullón!

—Eres increíble. —Me besa la mejilla y luego toma la última caja.

Lo aparto con el codo, le arrebato la caja y la abrazo contra mi pecho.

—No hace falta que abras este. En realidad… no es… no es para ti. Se ha metido aquí por equivocación. Es para Dublin.

—¿Le has comprado un regalo de San Valentín al perro?

Aprieto los labios.

—Así es.

—No te creo. —Me arrebata el regalo.

—¡Garrett! —Me abalanzo sobre él, pero él pone su mano contra mi clavícula, manteniéndome a raya. Después se retuerce, me aplasta contra los cojines del sofá con su espalda y prácticamente queda reclinado sobre mí. Abre la pequeña caja y me arden las orejas al verlo sacar el llavero, que trae un pequeño colgante de plata con un oso que se alza sobre sus patas traseras, justo debajo de un sol grabado en el metal—. Es una tontería —murmuro—. Es…

—Agito una mano; él me mira por encima del hombro—. Ni siquiera sé por qué lo compré.

Él me suelta y me pone sobre su regazo.

—Me encanta. —Me toma de la nuca y me acerca hacia él, pero se detiene, con su boca suspendida sobre la mía en señal de pregunta.

—Bésame —susurro—. Por favor.

En el momento en que sus labios tocan los míos, mi cielo explota, los fuegos artificiales hacen brillar la noche. Me entrego a su tacto, mis labios se abren con un suspiro y su lengua se adentra en mi interior, dubitativa, tierna. Se aparta y me besa una vez, dos veces más, luego apoya su frente contra la mía, sonriendo.

—Ahora me toca a mí. —Me mueve de su regazo, me entrega la bolsa de regalo de color rosa, adornada con corazones dorados con el papel de seda a juego, se rasca la mandíbula y se ríe, ansioso, tan Garrett como siempre—. Espero que te guste.

Meto los dedos bajo el papel de seda y saco lo primero que encuentro: una caja larga y delgada, de terciopelo. La caja cruje cuando la abro y toco un girasol dorado engarzado en una delicada cadena.

—Es precioso, Garrett.

—Ábrelo —me insta con ternura.

Saco el collar de la caja, haciendo girar la pequeña flor entre mis dedos hasta que encuentro la bisagra y la abro. En un lado tiene grabado «Eres mi solecito», lo que me saca una sonrisa, pero es el otro lado el que me deja sin aliento y hace que mi corazón acabe prácticamente en mi garganta. Porque desde ese lado me sonríen el rostro de mi padre y el mío propio.

—Sé que no es el mismo medallón que te regaló tu padre. Traté de encontrarlo. Me comuniqué con la empresa, pero ya no lo fabrican. Así que te he comprado este, porque eres mi solecito y creo que también eras el de tu padre.

Me arrojo en su regazo, tirándolo al suelo mientras las lágrimas nublan mi visión.

—Gracias, Garrett. Muchas gracias. Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida.

Él se ríe.

—Bueno, aún falta uno, y quizá te guste más.

—Lo dudo. —Vuelvo a meter la mano en la bolsa y siento la suavidad del objeto que hay debajo del papel del envoltorio. Es delicado y un tanto áspero al mismo tiempo. Me produce una sensación acogedora, como de algo que ha sido muy querido—. No creo que nada pueda superar… —Mis palabras se detienen, mueren en mi boca cuando saco el animal de peluche. Su pelaje rosado, una vez tan brillante, se ve pálido y apagado, tal como lo recuerdo, la mancha blanca en su pecho está un poco gris por los años de arrastrarlo a todas partes, el botón negro del ojo izquierdo está algo suelto.

Abrazo a mi conejita favorita contra mi pecho, inhalando su aroma, la familiaridad, recibiendo los recuerdos que inundan mi mente, al tiempo que las lágrimas se derraman por mis mejillas.

—Princesa Chicle. —Lloro—. La has encontrado.

—Pensé que tal vez se había quedado en el camión de mudanzas. Llamé a la empresa y me dejaron revisar el contenedor de objetos perdidos, pero no estaba allí. Un día pasé por tu casa y miré por todas partes. Arriba y abajo de la calle, en el jardín… La encontré entre los arbustos junto al camino, medio enterrada en un montículo de nieve. Estaba toda embarrada, así que la lavé. Espero…

Aprieto mi boca contra la suya, hundiendo mis dedos en su cabello y aplastando mi peluche entre nosotros. Cuando me alejo, sus mejillas brillan con mis lágrimas; tiene los labios enrojecidos y el cabello desordenado por mi embestida.

—Esto es lo más tierno y considerado que alguien haya hecho por mí en mi vida.

—Sí, bueno… —Se frota la nuca—. Haría cualquier cosa por ti, Jennie.

—¿Porque soy tu solecito?

Él asiente.

—El más brillante.

—¿Y me quieres?

—Sí. Qué locura, ¿no?

No le contesto. Al menos no con palabras. En lugar de eso, me quedo de pie y le doy un beso en la cabeza a la Princesa Chicle

antes de colocarla en mi estantería, justo al lado de una foto mía con mi padre. Luego tomo a Garrett de la mano y lo arrastro por el pasillo.

Su mano se humedece y sus dedos se aferran fuerte a los míos, un signo revelador de los nervios que crecen con cada paso que me acerca a mi dormitorio.

—No tenemos que hacer nada, Jennie. No es… No quisiera… No tenemos que hacer nada. —Sus balbuceos cuando está nervioso son uno de los rasgos de su personalidad que más me gustan—. Podemos abrazarnos y nada más. Y, además —se ríe, pasándose los dedos por el pelo cuando lo tiro hacia la puerta— no tengo condón.

—Está bien.

—Bueno. —Su cuerpo se desinfla con un suspiro sibilante. Se hunde sobre el borde de la cama—. *Genialísimo*. —Niega con la cabeza, abochornado—. Joder. Quiero decir buenísimo. Buenísimo.

—Hace un mes y medio que estoy tomando anticonceptivos.

Ay, está tan guapo cuando está a punto de desmayarse.

35
¿CÓMO TE GUSTAN LOS HUEVOS?

Jennie

—Tú quieres… pero yo… —Garrett palidece y se queda boquiabierto. Cierra la boca de golpe y niega con la cabeza—. No…

—¿No? ¿No me deseas?

—No, yo… —Se pasa las manos por el rostro y lanza un gemido—. No te he dicho que te quiero para que folles conmigo. Si quieres esperar más tiempo, podemos esperar tranquilamente.

Es tan dulce, tan gentil, que a veces hasta me duele el alma. Nunca quiso tomar nada que no le perteneciera, pero creo que esta parte de mí siempre ha estado destinada a él.

Me coloco entre sus piernas y le rodeo el cuello con mis brazos. Sus manos suben por la parte posterior de mis muslos; Garrett me pellizca el culo antes de levantarme y sentarme en su regazo. Me rodea con sus brazos y entierra el rostro en mi cuello.

—Me encanta cuando usas mi jersey —murmura—. Todo en mi interior ruge «es mía».

—Soy toda tuya. —Beso el borde de su mandíbula y bajo por su cuello mientras tiro de la corbata para desanudarla. La seda se desliza entre mis dedos durante unos segundos antes de caer al suelo. Lo aparto unos centímetros y le desabrocho los botones de la camisa. Mis manos recorren su torso ancho y lo dejan desnudo; me

detengo unos segundos para admirar el cuerpo escultural que hay debajo de la prenda que yace en el suelo.

Garrett es corpulento y cálido, y su piel tiene un resplandor dorado incluso en invierno. El ligero vello de su pecho se vuelve suave cuando lo acaricio, y los marcados músculos de su torso me ruegan que los saboree. Antes de que tenga la oportunidad, sus manos se deslizan debajo de su jersey que llevo puesta y ascienden por la curva de mi espalda, que se arquea ante su tacto. Cuando levanto los brazos, él guía la tela gruesa por encima de mi cabeza y la deja caer detrás de mí.

—Una cosa más que me encanta de ti. —La yema de su pulgar acaricia mi pezón, que se endurece—. Nunca usas sujetador en casa.

—No me gusta llevar a mis chicas aprisionadas. —Un gemido tiembla en mi garganta mientras su lengua caliente envuelve el pezón erecto—. Hay que dejarlas respirar.

Garrett agarra mis caderas y me frota suavemente contra él. Un gemido se escapa de mis labios y mi vientre bajo se tensa de deseo. Pongo una mano entre nosotros y me bajo de su regazo. Él también se pone de pie, y cuando cojo su cinturón, pone su mano sobre la mía.

—Lo digo en serio, Jennie. No tenemos que hacer nada para lo que no estés lista.

—Sé lo que quiero, Garrett, y conozco mis límites. ¿Entendido?

Sus ojos buscan los míos por un momento antes de asentir; me deja quitarle los pantalones y luego su ropa interior para liberar toda la erección. Cuando llevo mi mano a mis pantalones cortos, él me detiene y me hace girar para que mi espalda presione contra su pecho. Su mano se mueve sobre mi torso, las yemas de sus dedos se deslizan hacia arriba hasta encontrar mi garganta. Garrett me abraza con ternura, su respiración pesada acaricia mi oreja y su mano libre se desliza dentro de mis pantalones. Se le corta el aliento al encontrarme caliente y húmeda, y cuando me roza el clítoris, me estremezco. Los pantalones cortos caen hasta mis tobillos y él me separa las piernas con la rodilla.

—¿Sabes algo? —pregunta, acariciando el punto donde se concentran los nervios entre mis muslos. Sus dedos se hunden, se deslizan en mi humedad, y cuando empuja un dedo más adentro, jadeo—. Eres un sueño hecho realidad.

Unos dedos suaves presionan mi garganta y me mantienen cerca de él. Garrett me hace subir cada vez más alto, hace que escale hacia la cima del placer. Su polla se endurece al oír su nombre entrecortado cuando gimo y presiona contra mi espalda, y cuando introduce un segundo dedo, y encuentra el clítoris con el pulgar, grito de nuevo.

—Había soñado con escuchar mi nombre en tus labios durante mucho tiempo antes de que por fin lo dijeras. Soñé con cómo sería tenerte debajo de mí, con cómo sería tu sabor… pero nunca imaginé que encontraría a mi mejor amiga. Y que, al encontrarte, me encontraría más a mí mismo.

Sostiene mi mirada por encima de mi hombro y acelera el ritmo, y cuando sus dedos se curvan, mis rodillas se doblan. Sonríe al verme desmoronarme, y cuando sollozo su nombre, se lo traga con un beso.

—Te quiero, Jennie. Y me hace inmensamente feliz haberte visto masturbándote mientras gemías mi nombre aquella noche.

Suelto una carcajada. Él me guía hasta la cama y se arrastra encima de mí.

—¿Qué quieres, Jennie? Dímelo, por favor.

—Todo, siempre que sea contigo.

—¿Eres toda mía? —pregunta en un susurro.

—Toda tuya.

Garrett deja caer su frente sobre mi hombro y respira hondo.

Con mi mano en su mandíbula, logro atraer su mirada hacia mí.

—¿Estás nervioso?

El color salpica sus mejillas. Traga despacio y asiente.

—¿Y tú?

—No —respondo con honestidad—. No tengo por qué. Siempre me has dado todo lo que necesito y siempre me he sentido segura contigo. Esto no tiene por qué ser diferente. Gracias a tu paciencia, he tenido todo el tiempo que necesitaba para saber que se trata de

algo que quiero compartir solo contigo, para confiar en ti, para enamorarme de ti. Nunca he estado tan segura de algo y me hace muy feliz hacer esto contigo.

Sus labios me cubren el hombro de besos.

—Tienes razón. Será… —Levanta la cabeza de golpe—. Hey, espera, acabas… Acabas de decir…

—Yo también te quiero, Garrett.

Sus ojos se iluminan, resplandecientes y llenos de energía.

—¿Me amas, en serio?

—Sí, en serio.

Su rostro estalla con una gran sonrisa, seguida por una risa entusiasta. Entonces me aplasta contra él, se tira sobre la espalda y me pone encima de él de un tirón.

—Gracias a Dios. Aunque debo decir que resulta obvio, porque ¿quién podría resistirse a esta obra de arte? Ya era hora de que lo admitieras.

—¿Garrett?

—¿Sí?

—Cállate ya.

—Sí, señora. —Hunde sus dedos en mi cabello detrás de la nuca y se adueña de mi boca con la suya. Pasando un brazo alrededor de mi cintura, me recuesta y engancha mis piernas alrededor de sus caderas—. Aunque, en realidad, tú me enseñaste a decir en voz alta y con orgullo lo que pienso y lo que quiero. Y solo pienso en ti. Tú eres todo lo que quiero. Así que tal vez no debería callarme sobre lo que realmente quiero.

Mi cabeza cae hacia atrás con un grito suave. Garrett se me acerca y, cuando me vuelvo a enderezar, roza la punta de su nariz contra la mía.

—¿Puedo preguntarte algo, Jennie? ¿Cómo imaginabas tu primera vez? ¿Querías que hubiera música? ¿Velas? Quizá esta pueda ser tu segunda oportunidad.

A decir verdad, nunca le di mucha importancia a la estética de mi primera vez. Siempre quise que fuera especial, pero con especial no me refería a la decoración o a la ambientación del lugar. Me refería a sentirme amada, aceptada, querida. Sentirme segura de compartir

todas las partes de mi ser con alguien más, no tener dudas de ser suficiente y saber que seguiría siendo suficiente después. Especial hacía referencia a hacer las cosas sin prisa, tomándonos nuestro tiempo, valorándonos por lo que éramos y por cómo nos hacíamos mejores.

No tuve esa experiencia y siempre sentí que me la habían robado. Pero en este preciso instante, Garrett me está regalando lo que siempre anhelé, lo que merecía.

—Así —respondo por fin—. Estar aquí contigo es tal como lo imaginé. Estar con alguien a quien quiero, alguien que me recuerda que ya soy suficiente.

—Eres suficiente, Jennie. Tanto, que antes me daba miedo que fueras casi inalcanzable. No estaba seguro de estar a la altura. Pero ahora lo sé. Las cosas que me faltaban las has traído tú, para equilibrarnos. Me he dado cuenta de que yo también era suficiente, pero te estaba esperando para complementarnos juntos.

Sus palabras tocan una parte profunda de mi ser y dejan una huella en mi corazón. Porque solo con Garrett puedo abrazar todo lo que soy.

Le acaricio la mejilla.

—Mírate, expresando tus sentimientos con palabras. Estoy orgullosa de ti.

—¿Ves lo que logras? Estoy tan enamorado de ti que ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Para ser sinceros, creo que nunca has sido capaz de pensar con claridad.

Garrett suelta una carcajada y balancea sus caderas contra las mías.

—No tengo miedo de hacerte callar metiendo mi polla en tu garganta.

—No te atreverías.

—Claro que sí. Pero esta noche no. Esta noche, solecito, te voy a hacer el amor despacio y con ternura.

Respiro hondo.

—Estoy lista.

Garrett me besa los labios con delicadeza.

—Gracias por confiar en mí, Jennie.

Toma su pene, lo pasa por mi entrada y observa cómo se empapa. Nuestras miradas se encuentran y, despacio, muy despacio, empuja hacia dentro.

—Por Dios —gime—. Por Dios… estoy en el cielo.

Mi espalda se arquea sobre la cama y jadeo. Noto cómo me ensancho para recibirlo y me moldeo a su alrededor. Es pesado y grueso, ocupa cada centímetro del espacio y me hace sentir más completa que nunca.

Me sujeta el mentón con la mano y mantiene su mirada fija en la mía.

—¿Estás bien?

—Me siento… completa. Totalmente llena.

—Chúpate esa, Indiana —murmura, lo que me arranca una risita. Su pulgar roza la piel debajo de mis ojos para atraer mi mirada hacia él—. Eh, no te disperses. Vamos a ir a tu ritmo, ¿vale?

Mis manos le recorren la espalda. Poco a poco, me voy acostumbrando a su tamaño.

—Me encanta cuando divagas.

Su boca se curva en una mueca.

—¿Qué?

—Es adorable. Y crees que tienes problemas para hablar de frente, pero eso dice más sobre cómo te sientes que lo que la mayoría de la gente logra comunicar con palabras. —Me aguanto sobre sus hombros y levanto las caderas, acercándolo un poco más, y, cuando aparece la fricción, otro jadeo escapa de mis labios—. Tienes un gran corazón, y creo que, en general, no eres consciente de ello. Haces cosas por los demás sin pensar, como traerme café cuando me pasas a buscar por la universidad o bailar conmigo en la cocina para animarme, volar al otro lado del país para estar con tus hermanas y acompañar a tu padre aunque estuvieras enfadado con él. No tienes miedo de ser dulce, y me encanta tu ternura. Creo que todo el mundo merece a un Garrett en su vida, pero por más que sea egoísta, me alegra ser yo quien se lo quede. Tengo mucha suerte.

Acerco su boca a la mía. Cuando nuestras lenguas se encuentran, sus caderas se balancean despacio. Garrett me acerca más a él y comenzamos a movernos juntos. Él saca todo su miembro lentamente antes de hundirse de nuevo. Cada embestida lenta provoca otro gemido, otra reacción de mi cuerpo, que cobra vida, quiere más, *necesita más.*

Lo veo en sus ojos cuando me mira. La vacilación, la compasión. Él se está esforzando tanto; aguanta, espera mi señal. Lo quiero todo, todo lo que él me dé, pero, sobre todo, solo lo quiero a él.

Mis uñas se clavan en sus hombros y él empuja un poco más hondo, un poco más fuerte. Cuando su pene toca ese punto difícil de encontrar, mis ojos ruedan hacia atrás y mi cabeza cae sobre las almohadas.

—Por Dios —grito, clavándole las uñas en los bíceps.

—Dios mío, Jennie. —Se impulsa hacia delante—. Me estás matando.

Mis talones se clavan en su trasero. Él levanta mis caderas, y mis dedos se adentran en su cabello y se aferran a él con todas sus fuerzas mientras me lleva mucho más alto que nunca.

Garrett deja besos calientes y húmedos sobre mis pechos, su respiración caliente y entrecortada los azota. Me recorre la garganta con los labios, hunde sus dedos en mi cabello y me mira mientras su piel se funde con la mía.

—Aún no me lo puedo creer. Eres tan perfecta que te juro que no me lo puedo creer.

—Garrett. —Su nombre es un grito ahogado y confuso, casi irreconocible. Mi columna se arquea, un fuego chisporrotea en lo profundo de mi vientre, y él se mueve más rápido, va más hondo. Sus caderas se mecen contra las mías, me ofrecen una fricción que no sabía que necesitaba, y todo mi mundo comienza a estremecerse.

—Por Dios, Garrett, joder.

Con las puntas de los dedos aprisiona mi mandíbula.

—No puedo creer lo enamorado que estoy de ti. Increíble.

No puedo pensar con claridad cuando me mira así, como si me estuviera viendo en colores por primera vez. Mi cabeza es un

maravilloso desastre: solo sé que cada parte de mí se enciende ante el contacto de su piel, y sé que mi lugar siempre fue aquí, con él.

Mis ojos se llenan de lágrimas de alivio. Nunca me he sentido más yo misma que con él, y no puedo explicar lo liberador que resulta no tener que esconderme. Después de todo este tiempo y de todo este dolor, por fin he encontrado a la persona con la que quiero estar, mi lugar en este mundo. Cualquier rastro de angustia desaparece hasta que no es más que una astilla que ha moldeado lo que soy y me ha traído a este momento del que no cambiaría nada.

Lo tomo por el cabello y acerco su frente a la mía. Nos aproximamos a la línea de meta. Siento un hormigueo y me tenso, y lo aprieto más y más, como si no quisiera que esto termine. Pero creo que ya no puedo aguantar.

Los ojos de Garrett se clavan en los míos, como leyendo mis pensamientos.

—Yo también, amor —promete.

Su boca se estrella contra la mía y Garrett se introduce en mí, ahogando el grito que me desgarra la garganta. Cuando llegamos juntos al clímax, lo único que veo son las estrellas que él ha colgado sin esfuerzo en mi cielo.

Sus brazos fuertes me abrazan contra su pecho. Garrett se tumba conmigo y, sin soltarme, susurra lo mucho que me quiere.

Durante mucho tiempo me he convencido de que estaba mejor sola. Me había acostumbrado tanto a mi independencia, diciéndome que necesitaba ser fuerte, que no me había dado cuenta de lo sola que me sentía.

Entonces llegó Garrett y se convirtió en mi mejor amigo, un compañero que está a mi lado y me toma de la mano. Y el mundo parece mucho menos aterrador cuando lo enfrentamos juntos, en vez de por separado. No quiero que esta sensación me vuelva a faltar nunca más.

Los labios de Garrett avanzan por mi hombro, me recorren el cuello y me susurran una promesa:

—No me voy a ir a ninguna parte.

Y no lo hace. Me despierto por la mañana en una cama vacía y desordenada, pero lo oigo. Escucho la música suave que proviene de

la cocina, el sonido de sus pasos y el tintineo de las sartenes.

Me pongo su camisa, doblo las mangas hasta la altura de las muñecas, abrocho solo los botones justos y camino por el pasillo. Lo encuentro cocinando en calzoncillos, entre la luz del sol que entra por las ventanas, como si este fuera su lugar en el mundo.

Garrett me sonríe por encima del hombro, una imagen demoledora.

—Buenos días, solecito. —Me acerca hacia él, me besa los labios y recorre también el borde de mi rostro y mi cuello. Corona el momento con una ruidosa palmada en el culo.

—¿Cómo te gustan los huevos?

Debo ser un poco idiota, porque considero responder «fecundados».

En cambio, me aclaro la garganta, me paso un mechón de cabello detrás de la oreja y hago la pregunta que de verdad estoy pensando.

—¿Vale responder «en un pastel»?

36
UNA MELODÍA MUY PEGADIZA

Garrett

No puedo creer que Jennie haya crecido así. He subestimado su fuerza, su resiliencia.

¡Qué vida tan agotadora! Es tan triste como admirable.

—Hora de otro clásico, esta vez de Elton John y Kiki Dee. —Carter se da la vuelta, arquea una ceja y mira fijamente a su público de seis personas con el micrófono ante la boca—. Con el toque especial de Carter Beckett que, muy posiblemente, hace que esta versión sea mejor que la original. —La música resuena en los altavoces, la letra empieza a reproducirse en el televisor y Carter mira a Olivia directamente a los ojos—. *Don't go breaking my heart.* —Señala a su esposa—. ¡Para ti, Ollie! *No rompas mi corazóóón…*

—Por Dios —murmuro cubriéndome la boca con la mano, con la que antes me había cubierto el rostro en el instante en que Carter se lanzó a cantar y bailar para amenizar la velada. Lo que hace no es tanto bailar sino… ¿rotar sobre su eje? No sé, pero Olivia parece a punto de echarse a llorar. Le toco una rodilla—. ¿Estás bien?

—Por supuesto que no está bien —responde Emmett—. Está a punto de traer al mundo a un bebé que será una copia exacta de su marido.

Adam corre hacia ella y le entrega una pinta de cerveza helada.

—Ten. Es sin alcohol. —Olivia hace una mueca y Adam le ofrece una sonrisa llena de compasión—. Lo sé. Lo siento.

—Lo peor es que se supone que es un dueto —murmura Cara, que observa a Carter dar vueltas—. Pero él está cantando ambas partes.

—*Ohh, oooh, oooh.* —Carter gira, se detiene frente a su esposa, que parece extrañamente imperturbable, y la señala, repitiendo la súplica del estribillo.

—No me puedo creer que esté tan enamorada de él —creo que oigo a Olivia murmurar a mi lado.

—¿Qué?

—Oh, nada. —Sonríe como si hubiera olvidado que estaba allí y luego me da una palmadita en el muslo—. Y Garrett, ¿cómo va todo?

—¿Todo? Bien, bien. Muy bien… —*¿Por qué tiene esa sonrisita tan maliciosa?* A las mujeres embarazadas y de baja estatura no se les debería permitir ser maliciosas. Ya son bastante aterradoras de por sí—. Sí, todo está… muy bien.

—No te veo desde que fuimos al restaurante el día de San Valentín. Te fuiste corriendo.

—Bueno, hemos estado de viaje durante los últimos tres días —le recuerdo.

—Sí, y estuviste encerrado durante los cinco días anteriores.

—Sí, esto, yo… —Me paso una mano por el pelo—. Estaba ocupado.

Olivia ladea la cabeza.

—¿Ocupado?

—¿Eso es un chupetón? —Esta vez es Carter, que se desploma sin aliento entre nosotros. Me da un golpecito en la clavícula—. ¡Es un chupetón!

Lo aparto de un manotazo.

—No es un chupetón. —*Joder, obviamente es un chupetón.* Le dije a Jennie que no, pero ¿acaso me escucha alguna vez? No, claro que no. Siempre hace lo que le da la gana y, para ser sincero, no tengo ninguna intención de que deje de hacerlo.

Carter mueve las cejas.

—¿Va todo bien con Susie, entonces?

Cara resopla. Adam se pone de pie de un salto y se dirige a la cocina. Olivia se da la vuelta y Jaxon de pronto está muy interesado en su teléfono. Carter y Emmett… no se dan cuenta de nada.

El que más me sorprende es Emmett. Cara prometió guardar el secreto, pero creo que no me esperaba que fuera una amiga tan leal. Supongo que en realidad le está siendo leal a Jennie.

¿Y Olivia? Imagino que es bastante perceptiva. Además, cuando volvió de llevar a Jennie a casa en San Valentín, «sin querer» me dio un codazo muy fuerte en el hombro al sentarse, así que estaba bastante seguro de que lo sabía antes de que Jennie me lo confirmara.

Cara se pone de pie.

—Me tengo que ir. Voy a reunirme con unos clientes para un evento benéfico.

Saco el móvil para distraerme de la feroz batalla de besos que entabla con Emmett en el salón.

—¿Jennie viene? —pregunta Olivia.

—No —respondo en piloto automático mientras reviso las noticias deportivas. Mis dedos se detienen solo un segundo, pero me obligo a seguir moviéndolos y me digo a mí mismo que tengo que actuar con naturalidad—. Tiene clase, ¿no? Hey, Jaxon, Nashville ha perdido cuatro de sus últimos cinco partidos. Vas a tener que volver y ayudar al portero.

El nombre del juego es cambiar de tema, y Jaxon juega muy bien: enseguida entablamos una conversación sin sentido sobre el torneo de hockey. De todos modos, Carter no nos presta atención.

No, tiene la cara presionada contra el vientre de Olivia y, con las manos ahuecadas alrededor de la boca, hace unos ruidos de respiración rarísimos, graves, como con estática.

—Tío, ¿qué coño estás haciendo? —pregunta Jaxon después de un rato.

—Luke —susurra Carter al estómago de Olivia, y hace dos ruidos guturales más—. Yo soy tu padre.

—Por Dios. —Me froto los ojos cansados—. No puedo creer que estés haciendo lo de Darth Vader.

Olivia empuja a Carter de su regazo y se pone de pie.

—Garrett, las cosas con las que lidio a diario te harían llorar. —Tomando el rostro fruncido de Carter entre sus manos, lo besa—. No podría amarte más. —Olivia comienza a alejarse cojeando, con una mano en la parte baja de la espalda—. Pero si Jennie no viene, mamá va a bañarse.

Sus pasos resuenan en la escalera y después vuelve a llamar:

—¡Carter! ¿Les pides que el pollo *Kung Pao* esté extrapicante?

—¡Sí, calabacita!

—¿No íbamos a pedir la cena en Amy's Wok? —pregunta Adam, que toma el lugar de Olivia en el sofá. Se ha traído un té y una caja entera de Oreos—. No tienen pollo *Kung Pao* en el menú.

—Ya sé. Hay que pedirlo aparte en Golden Village.

—¿Por qué no le dices a Ollie que no lo tienen en vez de pedir comida en dos lugares distintos?

Carter, que está preparando la Xbox, hace una mueca.

—¿Acaso no la conoces? Últimamente está aterradora.

—¡Mide un metro cincuenta!

Carter le da un golpe en el hombro.

—Un metro cincuenta y cinco.

Me río con disimulo y me meto una galleta en la boca.

—Tiene razón. Últimamente Ollie da mucho miedo. —Tomo el control que me pasan y trago saliva—. No me metería con ella.

—Tiene unos antojos loquísimos y nada está nunca exactamente como quiere. Con mucho gusto voy a pedir comida en dos lugares distintos si eso la hace feliz.

En la siguiente hora, alternamos entre el Call of Duty y el juego de la Liga Nacional de Hockey, y reprimo un gruñido cuando me doy cuenta de que todavía me quedan noventa minutos antes de tener que pasar a recoger a Jennie por la universidad. Hace tres días que no la veo, lo cual no es mucho tiempo, y sin duda hemos estado separados por períodos más largos, pero cuando te pasas los cinco días anteriores follando como animales salvajes, te parece una eternidad.

No me sorprende que Jennie tenga sus fetiches, dada la variedad de la colección de sus juguetes, pero me sorprendió un poco que estuviera lista para pasar directamente a la brusquedad y al estilo

más salvaje al día siguiente. Será mi físico espectacular y mis adorables divagaciones. Jennie dice que soy una ternura.

Además, después de follar como animales, siempre vienen los momentos suaves y dulces. Me parece que eso es lo que más me gusta. Aunque me encanta tirarle del pelo y darle palmadas en el culo, mi parte favorita es mirarla a los ojos, decirle que la quiero, besarla y acabar juntos. Mi segunda parte favorita es abrazarla después de follármela.

Miro a Carter antes de sacar el móvil para escribirle un mensaje a Jennie, pero ya tengo uno esperándome.

Solecito: no puedo esperar a verte, grandullón 😋🍆💦

Por suerte, el segundo mensaje llega antes de que logre asimilar lo parecidos que son los hermanos Beckett.

Solecito: t he extrañado 🖤

—Caarteeeerrr —llama la voz de Olivia desde arriba.

—¿Sí, calabacita? —responde su marido.

—¡Tengo hambre!

Carter saca el teléfono y toca la pantalla con desesperación.

—¡Estoy pidiendo ya mismo!

—¡Quiero algo dulce! ¿Me haces un *sundae*?

Carter mira hacia arriba y parpadea.

—Un sun… —Corre hasta el final de la escalera; me inclino sobre el respaldo del sofá y lo observo—. ¿Con helado de Oreo?

—¡Y *brownies*, por favor!

—*Brownies* —murmura, con las manos en las caderas—. ¿Qué tipo de *brownies*, Ollie?

—¡Los que haces con las Oreo y la masa de galletas!

—Uy, qué bien. —Me froto la barriga—. Yo también quiero.

Carter me mira con el ceño fruncido.

—No tenemos. Puedo ir a comprar los ingredientes.

—Vas a tardar mucho —gime Olivia—. Tengo hambre ahora.

Carter se pasa una mano agitada por el pelo.

—¡Amor, no tenemos! ¡Pero puedo ir rápido a la tienda!

—¡No!

—¡A correr, Shaggy! —murmuro con mi mejor imitación de Scooby-Doo, riéndome disimuladamente mientras robo otra galleta.

Adam me la quita de la mano.

—No te comas todas las galletas de Ollie. Tengo miedo.

—Tenemos Oreos normales y Oreos de pastel de cumpleaños —explica Carter—. ¡Puedo hacerte el helado con esas!

—No es lo mismo —grita Olivia.

Carter se pasa ambas manos por la cara.

—¡No sé qué hacer! ¿Qué quieres que haga? —Agita los brazos sobre la cabeza y hace un gesto hacia la escalera—. ¡Dime qué hacer!

—¡Olvídalo! ¡Prefiero morirme de hambre!

El rostro de Emmett palidece.

—Ay, Dios. Si Olivia da tanto miedo, ¿cómo será Cara embarazada? —Se seca la frente húmeda—. Si da más miedo que ahora, no creo poder manejarlo.

Jaxon niega con la cabeza.

—A la mierda. Tendré que hacer un ayuno de Cara de nueve meses. No hay otra. Esa mujer me infunde un terror como jamás pensé llegar a sentir.

Me río y me saco del bolsillo el móvil, que vibra. Es Jennie, y cuando estoy con Carter, solo me llama si algo va mal. Por ejemplo, a veces atropella las señales de tránsito sin querer. Así que voy corriendo al baño y la llamo sin aliento.

—¿Me puedes venir a buscar antes, por favor?

—Claro, solecito. ¿Va todo bien?

Ahí está la vacilación que me temía, la que me dice que no, que en realidad no va todo bien, aunque no lo admita.

—Ya voy —la tranquilizo—. Pero no te olvides: eres increíble. No dejes que nadie te pisotee.

Salgo por la puerta dos minutos después sin decir palabra a Carter. Estaba demasiado ocupado destrozando su despensa y teniendo una crisis nerviosa por los helados y los *brownies* como para preocuparse.

Cuando llego a la SFU, Jennie sale corriendo, con Simon pisándole los talones y gritándole. Ella abre la puerta de golpe y se mete dentro, y me muero de ganas de besarla, pero también quiero que mis pelotas sigan pegadas a mi cuerpo.

—Hey. —Le doy un golpecito en el muslo y atraigo su mirada hacia la mía; después la acerco a mí y le doy un beso en la frente—. Espérame un segundo, ¿sí, solecito?

—¿Adónde vas?

—Ya regreso —prometo, y cierro la puerta detrás de mí.

Hace un frío tremendo y no puedo esperar a que termine el invierno. Mi plan es pasar el verano entero en una piscina junto a Jennie vestida con solo un bikini.

—Mmm, mmm —tarareo para mí mismo mientras voy hacia Simon, sin poder sacarme esa bendita canción de la cabeza—. *No rompas mi corazóóón…*

Posa sus ojos enfadados y confundidos en mí, antes de que una sonrisa exasperante se extienda por su rostro.

—¿De verdad te ha enviado para que me gritaras? Qué patético. No te tengo miedo. A Jennie le encanta montar un drama por todo. Si no se pasara todo el día coqueteando conmigo, no la habría besado.

Cuando me detengo frente a él, se estremece, pero se recupera enseguida.

Ríe despacio y me mira.

—Con que se folla al amigo y compañero de equipo de su hermano. Típico. ¿Jennie es tan aburrida en la cama como el resto del tiempo? Sexo vainilla, a tono con su personalidad vainilla…

El ruido de mi puño contra su mejilla lo interrumpe, y, por Dios, qué bien que me ha sentado.

Sorprendido, Simon se lleva una mano temblorosa al rostro.

—¿Qué…?

Esta vez mi puño da de lleno contra su nariz y la sangre salpica mis nudillos. Lo agarro por el cuello de su abrigo y lo acerco a mí.

—Di su nombre una vez más —susurro—. A ver si te animas, imbécil.

La sangre que le brota de la nariz se le acumula en el labio superior. Simon levanta los brazos en señal de rendición.

—Te dije que no la volvieras a tocar sin su consentimiento. ¿Qué quiere decir «no», Simon?

Sus labios se separan, pero lo único que sale de ellos es un graznido.

—¿Qué quiere decir «no»? —insisto.

—Que no —balbucea—. No es no.

—Exacto, Simon. No es no. —Le suelto el cuello del abrigo y me limpio los nudillos en mi sudadera. Mierda, me gustaba esta sudadera, sobre todo cuando Jennie la usaba para pasear por mi apartamento sin nada puesto debajo más que las bragas. Voy a tener que comprar otra—. Si te atreves a volver a dirigirle la palabra, te voy a estrellar contra el asfalto.

Camino hacia el coche envuelto en una tranquilidad sorprendente, con las manos metidas en los bolsillos. Supongo que debería disculparme con Jennie por golpear a Simon en la universidad o algo así.

—Escucha, sobre lo que acaba de pasar… —La miro a los ojos mientras me subo al coche. Ella me mira fijamente, boquiabierta y con los ojos azules empañados y aturdidos. Me meto los dedos debajo de la gorra y me rasco la cabeza—. ¿Estás enfadada conmigo? Porque…

—No sabía que me gustaran los cavernícolas —murmura—, pero se ve que sí. Me atraen los cavernícolas.

La veo acercarse despacio, deslizando el labio inferior entre los dientes, y el teniente Johnson se despierta en mis pantalones y me hace saber que está listo para la misión.

—¿Quieres que te lleve a casa y te muestre mi lado más cavernícola?

—Sí, quiero que me lleves a casa y uses toda la fuerza que haga falta.

—Mmm… —Le recorro la mandíbula con la mano e inclino su rostro hacia el mío—. ¿Quieres que te muestre que soy muchísimo más fuerte que tú?

Sus dedos recorren mis antebrazos y suben hasta mis bíceps.

—Estás fuerte.

Mis labios rozan los suyos.

—¿Quieres que te ate?

—Quiero que me desnudes, me dejes indefensa y me folles tan fuerte que después no pueda caminar y me quede grabada la forma de tu polla.

La miro sin pestañear durante veinte segundos, antes de por fin murmurar:

—Por Dios santísimo.

Ella se ríe y me da un beso en la boca.

—Te quiero. Ah, espera un segundo. —Presiona el botón de la ventana y el aire frío entra cuando asoma la cabeza—. ¡Vete a la mierda, Steve! —le grita a Simon, enseñándole el dedo corazón. Después se da la vuelta y se hunde en su asiento con un suspiro de felicidad.

—Estoy más que lista para que me folles y me hagas llegar directa al cielo. Vamos a casa, Garrett.

37
EL TENIENTE JOHNSON VERSUS DISNEYLANDIA: SUPERVIVENCIA DEL MÁS APTO

Garrett

—Jennie…

—No, he cambiado de opinión. —Jennie se aparta la trenza por encima del hombro (hoy está atada con una cinta de terciopelo esmeralda muy bonita), se aleja contoneándose y me deja admirando su trasero. La sigo hasta el ascensor.

—No te creo.

—Será mejor que te lo creas, amigo. —Aprieta tres veces el botón del piso veintiuno y se cruza de brazos—. Esta noche estás en el área de castigo.

Jennie es tan descarada y atrevida que a veces no sé qué hacer con ella. Le gusta jugar a este juego, fingir que está enfadada conmigo, y seguir con la farsa hasta que uno de los dos empieza a suplicar. Le gustan ambos desenlaces, y a mí también.

¿Por qué se está haciendo la ofendida? Hemos pasado por Starbucks con el coche y no tenían galletas de jengibre y melaza. Así que le han ofrecido una galleta de avena, pasas y quinoa, pero por

poco pensé que iba a saltar por la ventanilla. Creo que el barista temía lo mismo.

No es culpa mía, pero se comporta como si lo fuera, para que los dos nos alteremos.

—Te estás portando como una malcriada.

—No me estoy portando como una malcriada, Garrett. Soy una malcriada.

—No hace falta que lo digas. —Las puertas se abren de golpe y cojo su bolsa antes de salir del ascensor antes que ella—. Más malcriada que mis tres hermanas juntas.

Jennie jadea y se lleva la mano a la garganta. Más tarde la voy a tomar con fuerza con mis manos.

—Si sigues con la boca así de abierta, te voy a meter la polla hasta la garganta, solecito.

Ahí está ese brillo, ahí mismo, en esos ojos azul violeta eléctrico.

—No te atreverías.

Me acerco a ella, y mi excitación crece al verla retroceder hacia su apartamento y quedarse pegada a la pared.

—Claro que me atrevo.

Ella se lame los labios y mira cómo me quito la sudadera manchada de sangre por encima de la cabeza.

—No —murmura, al tiempo que me rodea el cuello con los brazos, me pasa los dedos por el cabello y me besa la mandíbula—. Eres mi gigante dulce y gentil. Por eso todo el mundo te llama osito Gari-ñoso.

Con un gruñido, hundo mi mano en la base de su trenza y aprieto con fuerza. Presiono su pecho contra la pared y su trasero se arquea y se frota contra mi miembro. Le meto la mano debajo de la blusa, las yemas de mis dedos bailan sobre su estómago y sus músculos se estremecen. Abro la boca sobre su cuello, y ella gime y deja caer la cabeza sobre mi hombro.

Le rozo el elástico de las mallas.

—¿Quieres que te toque? —Mis labios se deslizan sobre su piel—. ¿Qué te saboree? —Trazo la silueta de una de sus piernas con la punta del dedo—. ¿Qué te folle?

—Por Dios, sí.

—Entonces vas a tener que pedírmelo.

—Garrett —gime, temblando.

—Así —murmuro—. Empiezas bien.

Jennie se da la vuelta, pone las manos sobre mi pecho y me empuja contra la pared. Se quita los zapatos, se arranca la camisa y se baja las mallas. Yo también me desvisto, y nos quedamos solo con nuestra ropa interior.

Jennie me mantiene contra la pared con una mano sobre mi hombro mientras me recorre el torso con la otra. Después, la mete dentro de mis calzoncillos y me sujeta la polla. Se me escapa un jadeo ante la ola de placer, y su rostro se ilumina en una sonrisa triunfante.

—Yo no ruego nada —susurra contra mis labios—. El que va a suplicar eres tú. —Me suelta el miembro, me da una palmadita en el estómago y… se aleja.

Claro que no me molesta la vista: encaje negro y piernas largas y doradas. La dejo llegar hasta la mitad del pasillo antes de quitarme la ropa interior, devorar la distancia entre nosotros y enjaularla contra la pared, con mi pecho presionando su espalda.

—Hoy no, solecito. Hoy te quiero de rodillas.

Meto una mano en sus bragas y entierro un gemido en su cuello al sentir lo que me espera allí.

—Por Dios, Jennie. Esto es una inundación.

—Estoy pensando en montar a Indiana —replica con voz entrecortada, y jadea cuando hundo un dedo dentro—. Siempre está disponible y me folla de maravilla.

Muevo el dedo a un ritmo que sé que la vuelve loca y espero hasta que se arquee sobre mi mano y se contorsione debajo de mi cuerpo.

—Retira lo dicho.

—Es tan grande —sigue ella con voz áspera, meciendo las caderas —. Lo siento tan bien.

Esa cinta esmeralda me provoca con fingida inocencia, así que enrollo un extremo alrededor de mi dedo medio y tiro. Su cabello sedoso se libera de la trenza y cae en cascada por su espalda; el aroma a vainilla y canela me envuelve y me asfixia en el mejor de los sentidos.

Sus rizos espesos se deslizan entre mis dedos.

—Joder, eres preciosa.

Ella me lanza una sonrisa descarada por encima del hombro, con los hoyuelos marcados.

—Ya lo sé.

Se cree que ha ganado.

Poco a poco, retiro mi dedo, disfrutando mucho al ver que se le borra la sonrisa y se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué estás haciendo? —espeta dándose la vuelta.

—Saboreándolo.

Su mirada se enciende cuando ve mi dedo desaparecer dentro de mi boca. Da un pequeño paso hacia delante y trata de alcanzarme. La rodeo con las muñecas y la detengo. Su cuerpo vibra, anticipando lo que viene, cuando enrollo la cinta alrededor de sus muñecas y termino con un lazo.

Tomando su mentón entre mi pulgar y mi índice, atraigo su mirada hacia la mía. Me desarma el entusiasmo que hay en el aire, la confianza, el amor. La amo tanto, pero no por eso voy a dejar de decir mis siguientes palabras.

—De rodillas.

Se lame los labios. Sus ojos centellean.

—Oblígame.

Avanzo con pasos largos y la miro fijamente. Ella sostiene mi mirada y acompaña cada uno de mis pasos con los suyos hacia atrás hasta que llegamos junto a la cama. Sus ojos azules y enormes me miran a la espera de instrucciones, pero también dispuestos a luchar.

Aunque no va a ofrecer resistencia.

—De rodillas, joder —repito en voz baja, y ella obedece sin más protestas—. Así me gusta. Buena chica.

Esta entrañable mezcla de confianza descarada, dulce inocencia y deseo de que la elogien es el motivo de que lo nuestro sea tan explosivo. Podemos encender y apagar el interruptor, tomar y ceder el control como queramos, siempre dando y recibiendo lo que necesitamos.

Y gracias a ella, todo es mejor. Ya estaba completo sin Jennie, pero desequilibrado, como si algo no estuviera del todo bien, como

si todo estuviera ligeramente descentrado. Con ella, mi mundo brilla más, todo se ve más claro, y eso aviva la pasión que vibra con tanta intensidad entre nosotros.

Le paso el pulgar por el labio inferior.

—Esta boca te mete en muchos problemas, ¿no es así?

—Tú lo llamas problemas, yo lo llamo diversión.

—La mejor diversión del mundo. Ahora abre la boca, solecito.

Le paso los dedos por el cabello y me hundo dentro de su boca caliente y húmeda. Ella me recibe con entusiasmo y gime con avidez.

—Joder. —Sin dejar de sujetar a Jennie, saco el miembro y después lo vuelvo a meter.

Levanta las muñecas atadas, me sujeta los huevos y los masajea despacio. Mi polla golpea el fondo de su garganta, una y otra vez, y Jennie comienza a retorcerse, a balancearse, a buscar fricción. Sus manos caen y un gemido de satisfacción resuena a mi alrededor. Jennie se mete la mano en las bragas y masajea ese botón rosado en la punta de su entrada. Sus ojos giran hacia el techo y su garganta se abre para llevarme más lejos, como si estuviera tratando de tragarme.

—Por Dios, Jennie. Sí. Así…

Voy a acabar, y por la desesperación que veo en sus ojos, por la forma en que se frota con la mano, por los sonidos confusos que mi polla amortigua, sé que ella también.

Pero se supone que ella debería estar rogándome.

Tomo la cinta verde y le aparto las manos. Ella grita, casi al borde de las lágrimas, y embisto una vez más, derramándome en su garganta.

—Eres un…

—A la cama —le ordeno con brusquedad, rodeándola con un brazo y la empujo hacia allí. Su pecho se agita y sus labios hinchados se separan cuando me agarro la polla—. Abre las piernas.

Ella no lo duda y, con los pies apoyados sobre el colchón, me enseña sus bragas empapadas, la humedad que recubre el interior de sus muslos. Me acuesto entre sus piernas y ella se estremece. Mi

boca sigue la línea resbaladiza que sube por sus muslos, degustando y saboreando.

—Garrett —suplica ella, retorciéndose cuando muevo el encaje un poco, mordisqueando, lamiendo—. Quítamelas.

—¿Por qué?

—Chúpame —suplica—. Por favor.

—Puedo chuparte perfectamente bien con las bragas puestas. —Mi lengua recorre despacio el centro de su ropa interior, lo que desencadena un temblor en todo su cuerpo—. ¿Quieres sentir mi lengua?

—Dios, sí…

Paso la punta del dedo por el centro de su placer, rozando el clítoris.

—Pídemelo por favor.

Sus ojos centellean. No quiere dar el brazo a torcer, así que paso la lengua sobre ese clítoris necesitado y cubierto de encaje y observo lo rápido que sucumbe a mi roce.

—Mierda. Por favor, Garrett. Por favor.

Paso un dedo por la entrepierna de sus bragas y las bajo lentamente. Huele a paraíso, es una mezcla embriagadora de sabor terroso y dulce. Si esta fuera mi última noche en la tierra, con mucha alegría la pasaría enterrado entre sus muslos, devorando hasta el último rincón. Ella sería mi última cena, y moriría feliz.

—¿Por favor qué?

Echa la cabeza hacia atrás con un gruñido.

—Por el amor de Dios, Garrett, entierra tu cara entre mis piernas y hazme gritar tu nombre antes de llorar, por favor.

Ahogo una risa contra su muslo.

—No te estás portando bien. Así que estas dos —levanto sus muñecas y ato la cinta al cabezal de hierro de la cama— se quedan aquí. Se mira y no se toca. —Se arquea hacia mí mientras tiro de un pezón tenso entre mis dientes—. ¿Entendido, solecito?

Ella gime. Le quito las bragas y pongo la mano sobre su coño.

—Quiero oír cómo salen las palabras de tu boca, Jennie. Hace treinta segundos no parecía que tuvieras ningún problema para hablar.

—Sí… —La única sílaba que logra articular es confusa y desordenada, cargada de frustración y deseo.

Mi boca se desliza sobre la curva de sus pechos, lamiendo los pezones rosados antes de seguir hacia abajo y sentir los músculos de su vientre tensionarse a su paso.

Hago una pausa y me quedo mirando el anillo que se asoma en su ombligo. Es nuevo, plateado, con una pequeña gema turquesa en la parte superior y una más grande en la inferior. No sé cómo no lo he visto antes, pero supongo que estaba demasiado concentrado como para notar algo más que sus ojos fijos en los míos y su boca llena de mi polla.

—Tienes un nuevo *piercing* en el ombligo. Me gusta.

Jennie sonríe y hace revolotear las pestañas.

—Me lo imaginé. Es del mismo color que tus ojos.

Gimiendo, cubro su cuerpo con el peso del mío antes de recompensarla con un beso.

—Por Dios, eres la mejor.

Me inclino y golpeo la mesita de noche hasta que encuentro el pomo del cajón. Saco lo primero que encuentro. Es pequeño, negro y potente como ningún otro. No lo hemos usado juntos, pero me he masturbado viéndola usarlo por videollamada. Si sube la potencia al máximo, acaba en dos minutos.

Lo dejo caer a su lado y vuelvo a trazar un camino por su cuerpo. Tiro del *piercing* del ombligo con mis dientes, chupo el hueso de su cadera, mordisqueo el interior de su muslo hasta que ella gime, suplica, respirando apenas.

—¡Garrett! —grita cuando le lamo con suavidad el coño hinchado y brillante. Lucha contra la barandilla de la cama y presiona el colchón con los pies al levantarse, al acercarse más. Cuando succiono el clítoris, su cabeza cae hacia atrás con un jadeo agudo.

—Dios, me encanta este coño. —Paso los brazos alrededor de sus muslos y la atraigo hacia mí—. Tiene sabor a felicidad.

Ella ya está muy cerca, tiembla con los dedos de los pies curvados, y cuando hundo dos dedos dentro de ella, grita. Estoy obsesionado con ella, con su adicción a mirarme cuando la hago llegar, como si le bastaran los ojos para alcanzar el éxtasis. A mí me basta con

mirarla: cada movimiento lento me transporta a ese lugar de placer. Le doy fuerte con los dedos, trazo el contorno de su clítoris con la lengua, y me deleito en la sensación magnífica cuando alcanza el orgasmo, cuando se aferra a mí y grita mi nombre.

Sin perder el ritmo, agarro el pequeño juguete, pongo la velocidad media y lo paso sobre su clítoris sin dejar de usar los dedos.

—Ay, Dios… —Sus palabras se disuelven en el aire; una inhalación entrecortada perfora el aire cuando subo la potencia al máximo—. Por el amor de… Ay, Dios, ¡sí! Por Dios, ¡sí! —Su cabeza gira, al igual que sus ojos, fijos en el techo, y sus dedos se aferran a la barandilla de la cama—. Ay, Dios. Estoy a punto… —Su cabeza se inclina hacia delante y sus ojos muy abiertos se posan en mí mientras jadea—. Estoy a punto… Estoy a punto…

—De acabar. —Enrosco mis dedos y un calor rojo ardiente sube por su cuello y pinta sus mejillas cuando toco ese punto que le encanta. Mueve las caderas y acaba por segunda vez. Me deja la mano empapada.

Suelto la cinta del cabezal, coloco sus muñecas atadas alrededor de mi cuello, la acomodo sobre mi regazo y enseguida la dejo caer sobre mi polla dura como una roca antes de explotar.

—Dios —susurro, y ella entierra su grito en mi hombro.

La agarro por la cintura, la levanto y la dejo caer una y otra vez, penetrándola hasta el fondo, clavándole las uñas y sintiendo las suyas recorrerme la espalda. Ella me tira del pelo de la nuca y se arquea hacia atrás. Sus tetas perfectas rebotan en mi cara y me inclino hacia delante para llevármelas a la boca.

Quiero ir más y más hondo, que me sienta de nuevo en la garganta. Quiero memorizar la sensación de estar entre sus pliegues, como si hubiéramos sido diseñados para encajar, las dos piezas finales de un rompecabezas.

La aparto y tiro de la cinta para liberarla. Ella no pierde tiempo en tomar mi rostro entre sus manos y estrellar su boca contra la mía. Cuando se aleja, la pongo sobre sus manos y rodillas, y decoro rápidamente su trasero en forma de corazón con la huella de mi mano.

—Mía —le digo, presionando mis labios contra la marca roja brillante.

Ella quería un cavernícola, así que eso es lo que tendrá.

Jennie sujeta las sábanas cuando me hundo de nuevo en su interior.

—Tuya.

—Por Dios, Jennie. —La sujeto por las caderas y la empujo hacia delante—. A veces me dan ganas de… destruirte. De follarte hasta que sientas que tu cuerpo se desintegra, como si estuvieras flotando y ya no pudieras sentir nada más. Follarte tan fuerte que me sientas incluso cuando no esté. —La levanto hacia mí, con la espalda presionada contra mi pecho, y sostengo su garganta—. Eres perfecta, impecable, y lo único que quiero es marcarte con recordatorios de que eres mía y yo soy tuyo, de que nos pertenecemos el uno al otro.

Jennie se aprieta más fuerte y, con la respiración ronca y entrecortada, se estira hacia atrás, pone su mano en el lado de mi cuello, y galopamos juntos.

Suelto su garganta y llevo su mano a su entrepierna. Presiono sus dedos sobre su clítoris y muevo nuestras manos en círculo para que se frote. Siento el orgasmo avanzar por mi columna. Mis testículos se tensan, y cuando Jennie gime mi nombre una vez, dos veces, agarro sus caderas y empujo hacia delante tan fuerte como puedo, una y otra vez, hasta que nos precipitamos juntos por el borde del acantilado, en caída libre hacia el cielo.

Sin aliento, me dejo caer sobre mi espalda y Jennie se desploma sobre mí, blanda, casi inerte, jadeando en busca de aire. Le doy una palmada en el trasero y le beso los labios.

—Te quiero —decimos al mismo tiempo, y nos reímos.

—Por Dios, estoy cansado. —Me paso una mano por el cabello húmedo—. Eres diabólica.

—¿Yo?

—Sí, tú, solecito. Me has hecho enfadar a propósito.

—En Starbucks no tenían galletas de jengibre y melaza. Me ofrecieron pasas y quinoa, Garrett.

Me gruñe el estómago, un recordatorio de que me he saltado la cena para pasar a buscar a Jennie antes de lo esperado.

—Comida china —murmuro tan sensualmente como puedo, rozando el borde de su rostro con mis labios.

Jennie se ríe.

—Voy a lavarme y buscar el menú.

La sigo hasta el baño, donde decidimos que lo mejor será optar por una ducha rápida, y paso el noventa y nueve por ciento del tiempo besándola bajo el chorro de agua. Cuando se va a la cocina a buscar el menú, limpio el juguete y lo guardo de nuevo en su lugar.

Una gema brillante llama mi atención y saco el pequeño tapón de vidrio rosa al que está unida. Cuando Jennie regresa al dormitorio, la miro con curiosidad y arqueo las cejas. A ella le gusta la aventura y a mí también, siempre que sea con ella.

—Absolutamente no, Garrett.

Inclino la cabeza y hago pucheros.

Ella pone los ojos en blanco y suspira.

—Bueno, tal vez algún día.

—¡Ha dicho «tal vez», damas y caballeros! —Cierro el cajón de un golpe y me tiro en la cama. Jennie se ríe. La abrazo contra mí y nos acurrucamos para leer el menú.

Cuando llega la comida, comemos en la cama, y después hacemos el amor con ternura antes de que ella me abrace como un koala, preparándose para dormir.

Sin mi permiso, mi mente se dirige a Carter. Además de ser el capitán del equipo, es uno de mis mejores amigos. Él me abrió los brazos apenas bajé de ese avión hace ya muchos años, cuando no tenía a nadie. Me invitó a su casa y a su vida más allá del hockey, sin pensarlo dos veces.

Al principio me divertía lo clandestino, andar a escondidas, cuando la idea era que esto sería algo temporal. Pero ahora, mirándola y notando que todas las pequeñas líneas de su rostro se han desvanecido con la paz que le trae el sueño, sé que no estoy dispuesto a vivir sin Jennie.

Cuanto más tiempo se lo ocultemos a Carter, peor será. Las mentiras se están volviendo más difíciles de tragar, me revuelven el

estómago hasta que duele, y mis sentimientos por Jennie son cada vez más profundos, aunque parezca imposible.

Más allá de eso, estoy cansado de no poder hablar de ella como si no fuera lo mejor y más luminoso de mi mundo. Estoy cansado de los momentos efímeros, de las miradas eternas cuando estamos en grupo, de la distancia forzada y la separación.

Pasar tiempo con Jennie es como vivir un domingo que no quieres que termine nunca. Todos los momentos previos son perfectos, es un fin de semana que se pasa demasiado rápido. El domingo llega antes de lo esperado y te aferras a cada instante fugaz, a cada minuto, ya que no estás listo para dejarlo pasar, para decir adiós. Piensas que si no cierras los ojos, no se irá a ningún sitio.

Pero entonces llega la noche, la despedida inevitable, y el lunes por la mañana despiertas solo y te aguarda otra semana tediosa. Guardas tu fin de semana y te conviertes en alguien que en realidad no quieres ser, alguien que finge que no le cuesta sobrevivir sin la persona que más le importa, la que hace que todo sea más fácil, alguien que se pasa los días esperando que llegue el próximo fin de semana, para por fin volver a estar juntos.

Ya no quiero esperar más. Estoy harto de esconderme.

38
ENVUELTA EN BURBUJAS

Jennie

Me encanta esta burbuja.

Todo aquí es cálido y luminoso. El sol brilla a todas horas y paso el tiempo rodeada por unos brazos fuertes y apoyada contra un pecho sólido, con un flujo ininterrumpido de «te quiero» susurrados al oído.

Aquí no existe la preocupación. No hay lugar para los miedos ni las inseguridades. Esas cosas solo están fuera de la burbuja, donde nos vemos obligados a fingir que no hay un *nosotros*, que no somos dos mitades de un todo increíble.

Este es mi lugar favorito, al lado de este hombre, rodeada de su amor, su apoyo y del modo en el que me levanta el ánimo todo el tiempo.

Paso mi mano sobre su pecho desnudo, sintiendo el calor de su piel, el suave latido de su corazón. Me pregunto si sabe que ahora mismo irradio felicidad porque él me ha dado el espacio para brillar.

Mis labios rozan su hombro, y su cuerpo, debajo del mío, cobra vida. Me aprieta contra su pecho con un brazo musculoso, estira el otro sobre su cabeza y flexiona sus largas piernas.

—Siempre acaparas toda la cama —se queja Garrett, justo antes de que yo quede de espaldas, aplastada por el peso de su cuerpo sobre el mío.

Sus somnolientos ojos turquesa me miran desde esos párpados que se van abriendo lentamente. Levanta apenas la comisura de la boca mientras salta a horcajadas sobre mis caderas y sus dedos rodean mis muñecas, que sujeta a ambos lados de mi cabeza.

—Mi cama —murmura, besándome el hombro—. Mi Jennie. —Sus labios se mueven hacia mi cuello y mi mentón, hasta que su cara queda suspendida sobre mí, con su cabello dorado todo desgreñado, hecho un desastre. Una sonrisa florece en su rostro, tan cálida y acogedora como embriagadora—. Mi solecito. —Su boca cubre la mía, y su lengua juega mientras libera mis muñecas para entrelazar nuestros dedos y encender un fuego de deseo dentro de mí.

Garrett me acaricia el lado del cuerpo, me toma por la cintura y se aprieta contra mí. Lo envuelvo con mis piernas y gimo, levantando las caderas, rogando en silencio que no me suelte, y me trago su suspiro cuando se hunde dentro de mí.

—¿Cuántas veces son demasiadas?

Jadeo mientras él levanta mi pierna y me penetra más profundamente.

—¿Para tener sexo?

—Para decirte que te quiero.

—Me gusta escucharlo. Nadie me ha querido nunca como tú lo haces, y yo nunca he querido a nadie como te amo a ti.

Él me sonríe antes de apoyar su frente en la mía. Nos movemos juntos, ambos dando y recibiendo. Acabo con él dentro de mí, y luego él me sigue. No sé dónde termino yo y comienza él. Somos como uno: un cuerpo, un amor, un corazón.

—¿Estás emocionada por lo de esta noche? —pregunta mientras me pongo unas bragas y el pijama, el que me regaló para Navidad con la palabra «ángel» estampada en el culo, y también un par de sus gruesos calcetines de lana.

Me arrastro de nuevo hasta la cama y me siento con las piernas cruzadas.

—Sí y no. Odio tener que fingir que solo somos amigos.

Ha sido así durante dos semanas, esta situación intermitente: en un momento estoy en una relación y al siguiente estoy soltera. Tengo que esconderme cada vez que estamos cerca de nuestros

amigos. Las miradas de la gente que lo sabe hacen que todo sea más difícil, pero es la persona que no sabe la que lo vuelve imposiblemente aterrador. Esta noche no será diferente, pero aun así, me alegro de tener amigos con quienes pasar tiempo y disfrutar de una noche juntos. Aunque desearía poder bailar con mi novio.

Garrett me toma de la mano y pone mi palma hacia arriba. Traza todas las líneas y la longitud de mis dedos, y su garganta se mueve al tragar antes de mirarme.

—Quiero contárselo a Carter.

No puedo decir que no lo había visto venir. Últimamente se veía muy angustiado ante cualquier cosa que implicase la presencia de Carter.

A Garrett le está costando esta dualidad, aunque no lo haya admitido abiertamente. Lo único que dice es que desearía poder tener sus manos sobre mí todo el tiempo. La mayoría de las veces encuentra alguna forma de tocarme, ya sea rozando la curva de mi espalda mientras pasa junto a mí, o pasando su meñique alrededor del mío si tenemos la suerte de sentarnos uno al lado del otro en un sofá o en una mesa. Si tenemos mucha suerte, me agarra el culo con toda la mano.

Pero lo que comenzó como una diversión y una simple mentira, se ha convertido en una relación secreta en toda regla a espaldas de mi hermano, uno de los mejores amigos de Garrett. Carter puede ser egocéntrico, pero su familia y sus amigos son su mundo, y siento que mentirle durante tanto tiempo es la máxima traición. Él ha sido siempre mi mejor amigo y lo seguirá siendo, mi protector, el hombro que siempre ha estado ahí cada vez que lo he necesitado. Que le haya mentido durante tanto tiempo podría romperle el corazón, y me avergüenza ser la razón de este engaño.

—Ya no me gusta, no puedo seguir mintiéndole, Jennie. Sobre todo cuando no veo que lo nuestro vaya a terminar.

Me late fuerte el corazón.

—¿No?

—La verdad es que no, solecito.

—Bien, bien. —Mi cuerpo se relaja con alivio—. Yo tampoco lo creo, pero no sé cómo funcionan estas cosas.

—¿Te parece bien que se lo digamos juntos mañana por la mañana? Podríamos preguntarles a él y a Olivia si quieren venir a desayunar. O tal vez puedas invitarlo tú, para que no sufra un infarto antes de llegar.

Su risa es forzada y nerviosa, y se frota el pecho mientras hace una mueca.

Le aprieto la mano.

—Estás nervioso.

Veo la tremenda compasión que flota en su mirada, llena de ansiedad, que deja patente todos esos rasgos suaves y gentiles que caracterizan al hombre que amo.

—Me preocupa que piense que no soy lo suficientemente bueno para ti.

—Garrett, eres lo mejor para mí. Pero más que eso, somos buenos el uno para el otro. En unos meses me has ayudado a superar cosas con las que hacía *años* que estaba lidiando. Creo que al final eso es lo que a Carter le debe importar.

Garrett se muerde el labio.

—Tal vez tendría que darle Oreos como ofrenda de paz. He estado guardando un sabor de edición especial de Estados Unidos para esta ocasión.

—Estás bromeando. ¿Desde hace cuánto tiempo?

—La última vez que la madre de Adam me envió una caja fue en Navidad, así que… desde entonces.

—Pero…

—Pero nada. Fue entonces cuando me di cuenta de que sentía algo por ti y que en algún momento tendría que sobornar a Carter para que me dejara salir con su hermana.

—¿Y si yo no hubiese estado interesada? —respondo con una sonrisa pícara.

Él se arrastra sobre mí y me empuja hacia el colchón.

—Venga ya. Si estás obsesionada conmigo.

Suena la alarma de su teléfono y entonces deja caer su cabeza sobre mi pecho con un gemido.

Le aparto el pelo de la cara.

—Tienes que prepararte. Hay varios niños emocionados que no pueden esperar para conocer a su héroe.

—No puedo creer que sea el héroe de alguien.

—Yo sí. —De hecho, él ya era mi héroe antes, aunque siempre intenté salvarme por mis propios medios. Pero a veces es necesario dejar entrar a alguien que pueda ayudarte a salvarte.

Como Adam pasa tanto tiempo en el albergue juvenil, ha forjado un vínculo muy fuerte con ellos y ha hecho que se apasionen por el hockey. En su último partido en casa, compró entradas para todos, les regaló tentempiés y golosinas, y organizó un recorrido por las instalaciones antes del partido. Hoy va a llevar a todo el equipo de visita al albergue.

—¿Vas a ir en coche a casa de Carter y Ollie esta mañana o quieres que te deje de camino a la de Adam? —me pregunta Garrett desde el baño mientras abre la ducha.

Es apenas el primer día de marzo, pero la primavera ya está asomando aquí en la costa oeste. No me quejo: odio tener que elegir entre mi abrigo bonito o el más abrigado.

Con la ausencia de nieve, he vuelto a salir más con el coche de Carter. No he vuelto a llevarme por delante ninguna señal de stop; es más, ahora me detengo a unos tres metros de distancia. Garrett dice que eso tampoco es lo ideal, pero no me importa lo que opine al respecto.

—¿Puedes llevarme? —Así como de pasada, le he estado comentando a Carter que Garrett me lleva a la universidad cuando va a comprarse un café por las mañanas. Eso debería contar como un punto a nuestro favor, porque le demuestra a Carter que nuestra amistad está creciendo y que hemos tenido tiempo para conocernos.

O tal vez simplemente estoy delirando, a la espera de que se produzca un milagro.

—Ah, eso me recuerda —grito por encima del sonido de la ducha —, que inflé los neumáticos ayer. ¡Encontré una oferta genial!

No se escucha nada más que el sonido del agua cayendo. Y luego:

—¿Una oferta? ¿Para inflar los neumáticos?

—Sí, lo llevé a esa tienda en Renfrew y me bajaron el precio a cuatrocientos dólares.

El agua se detiene y el silencio flota en el aire. El vapor se filtra desde el baño. Lento como la melaza, Garrett aparece en la puerta, desnudo, empapado, sin molestarse siquiera en cubrir su polla XL.

—¿Perdón?

—¡Cien dólares por neumático! ¡Para ponerles aire *premium*! Genial, ¿no?

—¿Aire *premium*?

—Me dijeron que normalmente cobran el doble.

—Por Dios, Jennie. —Garrett levanta las manos y mueve la cabeza rápidamente como si no estuviera seguro de qué hacer, antes de bajarlas y cubrirse el rostro—. Por Dios, Jennie. ¿Qué demonios…? ¿Cómo, cómo…? ¡Te han estafado!

—¿De qué estás hablando?

—El aire es… ¡Por Dios, Jennie! ¡Inflar los neumáticos no cuesta más que un dólar!

—¿Qué?

Mueve los brazos alrededor de su cabeza.

—¡Puedes inflarlos en cualquier gasolinera! ¡Hay unas bombas pequeñas con mangueras! Dios mío. —Se frota la cara y me parece muy gracioso que logre mantener su erección en este momento—. Vamos a tener que saltarnos el desayuno. Pararemos por la tienda de camino a casa de Carter. Haré que te devuelvan el dinero.

Me retumba el pecho. Me muerdo el labio, intentando detenerlo, pero cuando la mirada nerviosa de Garrett se encuentra con la mía, no puedo evitarlo. Se me escapa un bufido por la nariz y me inclino hacia delante cuando el resto de mi risa sale a borbotones.

—Es un reto de TikTok —digo con voz entrecortada, rodando sobre la cama—. No puedo creer que hayas caído en la trampa. ¡Eres tan crédulo!

Él recoge un par de calcetines enrollados y me los arroja a la cabeza.

—Solo por eso esta noche te voy a follar hasta dejarte sin aliento.

—Oh, no —me burlo—. Cualquier cosa menos eso. —Salto de la cama y me dirijo al baño. En el camino, deslizo mis brazos alrededor de su cintura y lo abrazo por detrás—. Te quiero.

—Los Beckett y sus malditos TokToks.

—TikToks. —Lo abrazo de nuevo y le doy una sacudida rápida al teniente Johnson—. Voy a preparar el desayuno.

—¿Jennie? —me llama—. Yo también te quiero.

Sé que es así, por eso le preparo una pila de cuatro tortitas cubiertas con mantequilla de cacahuete y rodajas de plátano, espolvoreadas con azúcar glas, rociadas con jarabe de arce y acompañadas con beicon canadiense. Apenas termino de emplatarlo, él me da una palmada firme con ambas manos en el culo que me hace resoplar.

—Tu trasero se veía muy solitario sin mis manos sobre él. —Me besa en la mejilla e inhala—. Se ve y huele de maravilla.

—Gracias. Es todo natural.

Él me pellizca el culo.

—Estaba hablando del desayuno, tonto.

Garrett me da la vuelta y yo lo empujo hacia atrás, mientras le recorro el cuerpo con la mirada. Es tan ridículamente guapo que hasta duele.

—¿Qué es esto? —pregunto, tocando el cuello de su chaqueta.

Él se mira.

—Una chaqueta vaquera.

—Mmm. Me gusta.

Él sonríe y tira de las solapas.

—¿Sí?

—Sí —murmuro, rozando los botones mientras me muerdo el labio inferior. Agarrándolo por el cuello de la chaqueta, lo acerco hacia mí —. Me gustas tú.

Garrett suelta una carcajada profunda y grave, coloca ambas manos en mi culo y lo aprieta. La punta de su nariz toca la mía cuando me da un suave beso en los labios.

—No veo la hora de poder quererte abiertamente.

—Estoy lista —le digo con sinceridad.

—Yo también.

***

—Esto es lo más increíble del mundo.

—¿Verdad que sí? —Los ojos castaños de Olivia brillan mientras sonríe mirando su barriga—. Desearía que pudieras sentirlo desde dentro.

Mi mano se desliza sobre su vientre firme y redondo, buscando a mi sobrino o sobrina. Olivia toma mi mano y la coloca a la derecha, cerca de la parte inferior de sus costillas. La presiona contra su piel y un momento después algo la empuja hacia arriba.

Suspiro y observo con asombro el salto que da su barriga.

—La tía Jennie ya te quiere un montón —le susurro a mi sobrina o sobrino, pasando la mano por el hogar donde se mantiene a salvo del mundo exterior—. No veo la hora de conocerte.

La puerta principal se abre y Dublin sale disparado del sofá, corriendo por el pasillo.

—Hola, Dubs —lo arrulla Carter—. ¿Quién es el perro más guapo? ¿Has echado de menos a papá? Papá te ha echado mucho de menos. Sí, mucho, señor perro guapo. —Entra al salón con ese perro de más de treinta kilos en brazos y lo deja en el suelo—. ¿Estás saludando a tu sobrino?

—O sobrina —señalo, y luego resoplo cuando prácticamente me empuja para quitarme del medio y poner sus manos contra el vientre de Olivia. Le doy un puñetazo en el cuádriceps—. Eres un idiota.

—Hola, bebé —dice contra el vientre—. ¿Cómo está mi hombrecito?

—Carter, por el amor de Dios, ayuda a tu hermana a levantarse y deja de suponer cuál es el sexo de nuestro bebé.

—Está bien, mandona. —Mi hermano me levanta hasta el sofá, luego coge el rostro de Olivia y le da un beso en los labios—. Pero te vas a sentir como una tonta cuando ese bebé salga y sea un niño.

—Tú eres el que no quería saberlo —le recuerdo.

—Porque simplemente lo sé. —Se da un golpecito en la sien y guiña un ojo—. Llamémoslo «conexión padre-hijo».

—Mejor llamémoslo «ignorancia» —murmura Olivia, y enseguida esboza una sonrisa brillante cuando Carter coloca un plato lleno de golosinas en la mesita de café—. Mmm, venid con mamá.

—¿No estabas en una etapa de no comer comida basura? —pregunto mientras ambos atacan el plato de dulces.

—Una cosa que he aprendido es que es mejor no ponerse metas ni tener expectativas durante el embarazo. De esa manera no me enfado conmigo misma cuando sin querer paso por el Taco Bell con el coche, pido tres tacos, un burrito gigante que lleve de todo, con ración doble de patatas fritas con queso y chile, y luego lo devoro todo en diez minutos.

—¿Deberíamos averiguarlo? —pregunta Carter de repente—. El sexo del bebé, digo. Todavía falta un mes. Podríamos averiguarlo. ¿Quieres saberlo? —Levanta una mano—. No, no respondas. No quiero enterarme.

Se deja caer en una silla y tamborilea con los dedos. ¿Le está temblando el ojo? La mandíbula definitivamente sí. Extiende la mano y luego lo piensa mejor, la retira y apoya la barbilla en el puño.

—¿Y si es niña? No será así, ¿verdad? No, porque mi madre me tuvo primero a mí, y tu madre tuvo primero a Jeremy, así que eso significa que primero tendremos un varón. Lo dice la ciencia.

Abro la boca para decirle que así no funciona la biología, pero Olivia me toca la mano y sacude la cabeza despacio, sin dejar de observar a Carter, que alterna entre mirar fijamente al vacío y tirarse del cabello, hablando de genética y ADN, temas sobre los que no está cualificado para emitir ninguna opinión.

De repente, se pone de pie de un salto, con los ojos desorbitados y se lleva una mano al pecho.

—Si es niña, Olivia, me muero. Me-mue-ro. —Avanza furioso por el pasillo, pasándose los dedos por el pelo y murmurando para sí mismo. Se oyen pasos pesados subiendo las escaleras.

—¿Qué demonios ha sido eso? ¿Te ha llamado por tu nombre completo? —La única vez que se lo he escuchado decir fue cuando dijeron sus votos. Siempre la llama Ollie, Ol, Liv, princesa, calabacita, pastel de calabaza o Señora Beckett, pero *nunca* la llama Olivia, a menos que esté cantando esa canción que le gusta.

Olivia hace un gesto con la mano en el aire, como restándole importancia a todo el asunto.

—Se imagina como padre de una niña y se pone a pensar que un día alguien intentará quitársela. Realmente se vuelve loco. Necesita un tiempo para calmarse. —Ella engancha los dedos de los pies a la mesa de café para acercarla y coger otra galleta del plato—. Sucede aproximadamente una vez por semana. —Mira hacia el pasillo—. ¡Solo tienes quince minutos para volverte loco, Carter! ¡Tienes que ducharte, vestirte y estar listo para salir en media hora!

—¡No me estoy volviendo loco! —grita Carter—. ¡Tú eres la que está enloqueciendo!

Ella separa la galleta para comerse el relleno.

—Mide un metro noventa y tres, pesa más de noventa kilos, aplasta gente contra los laterales que rodean la pista de hielo para ganarse la vida, y la idea de una niña de tres kilos lo hace entrar en pánico.

—Espero que sea una niña.

—Y yo también, Jennie. Yo también.

***

—Carter, si haces la voz de Darth Vader una vez más, me voy.

La que dice eso es Olivia, pero yo estoy absolutamente de acuerdo. Los tres hemos salido a cenar antes de encontrarnos con los demás en un local donde se puede bailar, y Carter ha atraído la atención de todos mientras le hablaba a la barriga de Olivia.

—Está bien, pero cuando ese bebé salga de ahí, nadie me va a parar. —Bebe un sorbo de cerveza, sus ojos se dirigen a los tres hombres en la mesa junto a nosotros que están gritándole a la tele, rodeados de jarras de cerveza vacías y vasos esparcidos por la mesa. Luego vuelve a mirarnos a nosotras—. Ha sido muy bonito hoy, con todos esos niños. Estaban tan emocionados de que fuéramos. Adam está hablando de organizar un par de eventos más este año para recaudar fondos y mejorar las instalaciones, a ver si logramos que los niños conozcan a más familias, ese tipo de cosas. Cara va a ayudar a planificarlos.

—Ese hombre es el ser humano más dulce del planeta —dice Olivia—. Espero que encuentre a la persona especial que está

buscando. —Ollie sonríe con picardía dirigiéndose a mí—. Oye, Jennie, tal vez…

—No. —Carter le da una palmadita en la cabeza—. No, calabaza.

Dejo escapar una risita, justo cuando me vibra el móvil. Si su reacción a la idea de que yo salga con Adam «perfección» Lockwood es indicio de algo, cuando Garrett y yo le contemos lo nuestro va a ser un desastre.

Oso: vas a tener esa actitud + tarde esta noche?

Yo: ya la tengo desde ahora, grandullón.

Oso: perfecto. tengo ganas de agarrarte del pelo mientras me la chupas.

El lugar entre mis piernas hormiguea ante la promesa y me muevo en mi asiento.

—La amiga de Garrett también estaba —dice Carter—. ¿Emma? Tu vecina.

—Emily —corrijo.

—Al parecer trabaja *ad honorem* allí de vez en cuando, con los niños. Algunos de ellos lo tienen verdaderamente difícil. —Se ríe con disimulo—. Garrett pensaba que era animadora.

Oso: PD. sabías que Emily es psicóloga infantil??? ha estado en el albergue hoy.

Un vago recuerdo me cruza por la mente: ella me dijo que su trabajo era aburrido y nada especial, y me hizo un gesto como restándole importancia al tema cuando le pregunté al respecto media hora después de que le diera un puñetazo en la cara a Kevin.

Abro su contacto y escribo un mensaje.

Yo: trabajo aburrido y sin importancia, ¿eh?

Emily: cállate la boca.

Yo: eres una blandita, a fin de cuentas.

Emily: no arruines mi imagen de perra mala, Jen.

—Estoy bastante seguro de que ella y Garrett siguen follando. Porque él dice que no sale con la fotógrafa, pero la semana pasada apareció con rasguños en la espalda en el vestuario, y hoy lo he visto hablando con Emily en un rincón.

Oso: me llevó aparte y me preguntó si creía q Jaxon y Adam estarían dispuestos a hacer un trío.

Emily: puedes convencer a tu novio d q me presente a sus amigos sexis? pensó q no estaba hablando en serio, pero si dos tipos me penetraran a la vez, al menos me gustaría quedar totalmente destrozada, sabes? me pareció que podían dar la talla.

Yo: no creo que Adam sea el tipo de chico que hace tríos, Em. lo siento.

Emily: sí, yo tb sentí que no era de ese tipo. Imagino q le rompería la psique. Hey, quieres hacer una noche de chicas el prox finde?

Yo: noche de chicas?

Emily: sí, ya sabes, comida para llevar, películas, vino sin alcohol…

Algo florece en mi pecho mientras Carter parlotea sobre tener suficientes hijos para formar su propio equipo de hockey, y aunque Olivia está sentada justo frente a mí, envía un mensaje en nuestro chat grupal con Cara preguntando si queremos hacer una fiesta de pijamas la próxima vez que los chicos se vayan de viaje. Emily comienza a enumerar ideas por si no quiero quedarme en casa, como ir a cenar o salir a bailar.

Garrett me envía una foto del llavero que le compré para el día de San Valentín: el oso y el sol me miran desde la palma de su mano. Su mensaje me recuerda que me ama y que ya ha elaborado un plan con Adam y Jaxon para sentarnos juntos en el club. Me siento tan plena que casi duele.

¿De dónde ha salido todo este amor? ¿Esta familia increíble, las amistades con las que he sido bendecida? ¿Siempre han estado ahí y he sido demasiado dura conmigo misma para creer que realmente querían acercarse a mí?

Mientras Carter paga la cuenta, los hombres que están en la mesa de al lado piden otra ronda.

—Lo siento —dice la camarera—. No puedo serviros más.

—¿Qué mierda quieres decir? —pregunta uno de ellos, poniéndose de pie, tambaleante—. Estamos viendo el partido y queremos otra copa.

Ella niega con la cabeza.

—Ya habéis bebido suficiente, muchachos. Puedo pediros un taxi cuando hayáis pagado la cuenta.

—No necesitamos un puto taxi —escupe uno, arrancándole de la mano la nota con la cuenta.

Una bola de inquietud se instala en mi estómago. Carter toma la mano de Olivia en la suya y coloca la otra en mi espalda mientras nos guía hacia la puerta. Miro por encima del hombro y observo a los hombres recoger sus abrigos y arrojar los billetes sobre la mesa. Por alguna razón, mi corazón late un poco más fuerte y comienzo a sentir que me cuesta respirar bien.

Cuando salimos al fresco de la noche, respiro hondo y exhalo lentamente. El nudo en mi estómago se deshace despacio y me relajo mientras nos dirigimos al coche.

La puerta del restaurante se abre de golpe y los tres hombres salen.

—Idiota de mierda —dice uno.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta el otro.

El tercero saca un juego de llaves de coche de su bolsillo.

—Conozco un lugar.

No. No. Agarro a mi hermano del brazo.

—Será mejor que guardes eso —gruñe Carter, señalando las llaves —. Si te acercas a un coche en ese estado, te voy a estampar contra el suelo.

El hombre que sostiene las llaves se tambalea y observa a Carter con ojos vidriosos. Luego se ríe y da un paso adelante.

—¡Quítate de mi camino, superestrella!

Carter le pone una mano sobre el pecho, y se inclina sobre él.

—Un paso más y acabo contigo, tonto del culo.

—¿Delante de tu esposa embarazada? No, no lo creo. Somos tres contra uno. ¿Quién crees que saldrá herido?

—Carter —suplica Olivia en voz baja, extendiendo la mano hacia él —. Tengo miedo.

—¿Has oído eso? Tu mujer tiene miedo. Súbete a tu coche y llévala a casa.

Carter le aprieta la mano a Ollie y la guía hacia mí.

—Jennie, sube al coche y llama a la policía.

Mi pecho se agita aún más al ver que los hombres se acercan a Carter. Olivia me coge del brazo, y coloca la otra mano sobre su barriga.

—Jennie —gime—. No me siento bien.

—Sube al coche —repite Carter—. Ahora.

Lo intento, pero no logro que mis pies me respondan. ¿Por qué no logro que mis pies se muevan? ¿Por qué esos tipos caminan hacia mi hermano de esa manera? ¿Por qué no viene con nosotras? Intento llamarlo, pero algo dentro de mí está congelado por el miedo. Cuando cierro los ojos, lo único que veo es el coche irreconocible de mi padre. Lo único que huelo es el olor a cerveza rancia. Lo único que siento es… terror.

Uno de los hombres mira a Olivia, luego a mí y sonríe.

—Mejor que no lo veáis, no va a ser divertido para vosotras.

La respiración de Olivia se entrecorta mientras sus ojos se abren de par en par por el pánico. Saco mi teléfono de un tirón, y marco los tres números.

—Emergencias, ¿necesita bomberos, ambulancia o policía?

Mi respuesta se pierde en mi garganta mientras los tres hombres se lanzan sobre Carter a la vez y forman una masa amorfa de cuerpos que se balancea hacia un coche cercano antes de caer al suelo.

El grito espeluznante de Olivia envuelve todo lo demás excepto mi propia voz ahogada:

—Creo que estoy teniendo un ataque de pánico.

39
CUANDO ESTALLA LA BURBUJA

Jennie

—Mamá, para. Estoy bien, en serio.

Ella se seca las lágrimas que caen de sus ojos inyectados en sangre, esas que insiste en decir que en realidad no están allí. Junta sus manos temblorosas en el regazo y yo las cubro con las mías.

—Tenía mucho miedo —susurra.

Siento que se me encoge el corazón. Atraigo a mi madre hacia mis brazos y la abrazo fuerte. Ya es demasiado recibir una llamada telefónica por un incidente que involucra a un conductor ebrio una vez.

—Yo estoy bien. Olivia y el bebé están bien y Carter está bien. Estamos todos bien.

Todos excepto Randall Duncan. Randall tiene la nariz rota y su boca también está bastante destrozada.

Los otros dos salieron ilesos porque decidieron que preferían no recibir un puñetazo de Carter después de ver cómo había acabado Randall. Se alejaron a toda prisa, pero no llegaron muy lejos.

El nivel de alcohol en sangre de Randall era de 0,23, casi el triple del límite legal. He estado sentada aquí durante la última hora, pensando en lo que podría haber sucedido si se hubiera sentado detrás de ese volante: se podrían haber perdido vidas.

Mi madre me besa en la frente.

—Voy a comprar algo en la máquina expendedora.

—Bueno. —Froto la aguja que tengo en el dorso de la mano, donde está colocada la vía intravenosa—. Esta cosa pica muchísimo. ¿Me la puedo quitar?

—Jennifer Beckett, no toques eso. Espera a que vuelva el enfermero. ¡Te has desmayado, por el amor de Dios!

—Solo he tenido un ataque de pánico. —Pongo los ojos en blanco para que parezca menos lo que en realidad ha sido un severo problema, mientras trato de olvidar que, en ese momento, lo único en lo que podía pensar era en un borracho al volante quitándole la vida a otra persona que amo—. Voy a ver a Olivia.

Mamá me empuja hacia la cama cuando me levanto.

—Esperarás aquí hasta que yo regrese.

En cuanto la puerta se cierra detrás de ella, me pongo de pie una vez más. El soporte del suero y yo nos dirigimos hacia la puerta.

Encuentro la habitación de Olivia en treinta segundos, ya que escucho a Carter discutir con el personal desde afuera.

—No puede comer eso. Traigan el menú de comida *premium*, por favor.

—Solo tenemos un menú, señor Beckett.

Observo desde la puerta que Carter sostiene un bocadillo de queso a la plancha entre el pulgar y el índice, manteniéndolo a distancia como si fuera a contagiarle alguna enfermedad.

—No está crujiente. ¿Qué tipo de queso es este? A Ollie le gusta el bocadillo con pan de centeno y tiene que ser gouda ahumado añejo. Puntos extra si le añaden beicon.

—Bueno, señor, es que… —La pobre mujer se lleva la mano a la garganta, con la cara roja—. No tenemos gouda ahumado.

Carter suspira y arroja el sándwich de nuevo a la bandeja.

—Vale.

Olivia le sonríe a la enfermera.

—Está perfecto. Muchas gracias. —Su mirada encuentra la mía cuando se abre la puerta y la mujer sale—. ¡Jennie! ¿Cómo estás?

Carter salta de su asiento, cruza volando la habitación y me toma del codo para guiarme al ritmo de un caracol.

—Despacito —murmura.

—Carter. —Me libero de su mano, pero para ser sincera, me gusta recibir su atención, aunque suene egoísta por mi parte. Olivia y el bebé son más importantes, son su vida. Lo necesitan ahora mismo, yo no—. Puedo caminar por mi cuenta.

—«Puedo caminar por mi cuenta» —me imita burlonamente, mientras me conduce hasta su silla. Me atrae hacia él y me da un beso en el pelo. Cuando se sienta al otro lado de la cama de Olivia, noto sus nudillos hinchados y lastimados, de un tono rojo furioso—. No sé qué he hecho para que me tocara lidiar con dos morenas que no se callan ni debajo del agua.

Las probabilidades de que en unas pocas semanas le toque una tercera son ridículamente altas, pero en este momento se ve agotado. No lo voy a presionar con esa idea ahora mismo.

Olivia toma mi mano; me acerco más y la abrazo.

—Lo siento —murmuro en su cabello antes de alejarme.

—¿Lo siento? ¿Por qué?

—Tenías miedo y te sentías mal y me necesitabas, y yo…

—Ni lo pienses. Nada de esto es culpa tuya. —Ella se da la vuelta y señala con el dedo a Carter—. Y tampoco es culpa tuya, así que ni se te ocurra volver a decir eso.

Carter hace la mímica de frotarse la barbilla con el puño, con el ceño fruncido.

—Bueno, entonces, ¿qué han dicho los médicos? —Pongo la mano sobre su vientre y masajeo con suavidad.

—El bebé está bien. Hemos visto cómo se movía en la ecografía y… —Levanta una mano para silenciar a Carter cuando abre la boca —. Eso era un brazo, Carter, te lo he dicho miles de veces. —El rostro de mi hermano se ensombrece y yo contengo una risita—. La frecuencia cardíaca estaba bien. Todo se ve bien.

—¿Y tú qué? ¿Cómo está la mamá?

—Estoy bien —responde ella, eligiendo las palabras con cuidado—. Es que la situación fue aterradora.

—El médico ha dicho que estaba bajo mucho estrés —se queja Carter.

—Probablemente sea por mis alumnos, y luego esto…

Sí, probablemente sea por sus alumnos…

—Tengo hipertensión gestacional, es decir, la presión arterial está elevada —aclara Olivia—. No es grave, pero tendremos que hacer seguimiento, ya que puede provocar problemas más graves, como la preeclampsia.

Nunca he visto a Carter tan asustado como ahora. Lleva la mano de su esposa a su boca y le da besos en los nudillos, mientras con la otra mano le acaricia suavemente la barriga.

—Voy a cuidarte —promete—. Baños, masajes de pies. Te voy a llevar todas las comidas yo, y te cargaré y…

—Y no creo que me dejen hacer nada por mí misma hasta que este bebé decida salir…

Me río en voz baja.

—Te ayudaré en todo lo que necesites.

En el rostro de Olivia se dibuja una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Jennie.

—Estaba intentando ver si había alguna manera de ocultárselo a Garrett —comienza Carter—, pero estoy bastante seguro de que Cara ya debe de haber abierto su bocaza.

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué quieres ocultarle eso a Garrett?

—Porque sé cómo es. No dirá nada, pero se le meterá en la cabeza la idea de que, en algún momento, su padre podría haber hecho algo así. Se preguntará si esto nos recuerda a papá, y luego se convencerá a sí mismo de que lo queremos menos porque él quiere a alguien que tiene algo en común con quien mató a nuestro padre, y que nos ha puesto a todos en peligro hoy.

—Garrett tiene un gran corazón —murmura con delicadeza Olivia, y su mirada se dirige hacia mí—. No me sorprende que asuma la culpa de los demás. Pero nos aseguraremos de que sepa lo importante que es para nosotros.

No quiero que le surjan dudas que lo hagan sentir mal, como cuando su padre casi tuvo una recaída. No quiero que cargue con el peso de las decisiones de otros. Quiero demostrarle lo mucho que lo quieren, no solo yo, sino todos.

—Será mejor que regrese a mi habitación antes de que mamá vuelva de comprar algo en la máquina expendedora. Te veré mañana. —Me levanto, y Carter me toma del brazo y me lleva hasta el pasillo.

—¿Cómo estás? Estás bien, ¿verdad? ¿Estás bien? —Sus ojos verdes eléctricos me miran llenos de una preocupación pesada y oscura, como si fuera lo único que es capaz de sentir en este momento.

Entonces, ¿cómo le digo que la respuesta es no? ¿Que aunque físicamente estoy bien, me siento como si estuviera caminando sobre una cuerda floja, a punto de caer al abismo? ¿Que en el momento en el que se enfrentó a esos tres borrachos y cayeron todos juntos al suelo, cuando Olivia gritó y sentí como si me aplastaran los pulmones, realmente pensé que iba a morir?

Sé que fue algo extremo. Pero así es la vida después de perder a alguien en una tragedia. No importa lo bien que vayan las cosas, estás constantemente esperando que suceda algo terrible que te cambie la vida, que te arrebate la felicidad de las manos sin importar lo mucho que te aferres a ella.

Pero Carter no tiene tiempo para preocuparse por mí. No puedo imponerle eso.

Así que sonrío y le aseguro:

—Me siento bien, Carter.

Él se desinfla antes de tirar de mí para darme uno de sus abrazos asfixiantes.

Ambos nos tensamos cuando oímos la débil voz de Olivia llamarlo por su nombre, seguida por el sonido de unas arcadas. Mi hermano me besa la sien y desaparece, y yo me refugio de nuevo en mi habitación.

—¿Dónde estabas? Estaba muy preocupada.

Con una mirada hacia mi madre, tomo asiento en el borde de la cama. Ella está devorando un Snickers.

—Se te nota preocupadísima. —Suspirando, trato de quitarme la cinta del hospital de la muñeca. Quiero salir de aquí lo más rápido posible. Estoy cada vez más nerviosa.

Pasa otra media hora antes de que entre el enfermero Matt, todo sonriente:

—Muy bien, señorita Jennie. Todo listo para el alta. Recuerda mantenerte hidratada y comer bien. Quizá puedas relajarte con una película esta noche. —Me sujeta la mano, desconecta la vía intravenosa y retira la aguja. Cubre el pequeño pinchazo con una tirita de la Mujer Maravilla y me guiña un ojo—. Te he conseguido estas especiales.

Me río y tomo mi abrigo.

—Gracias, Matt.

Matt mira hacia los lados y luego hacia atrás.

—Bueno, no es un buen momento para preguntarte esto, y sé que tu madre está aquí, pero yo, eh… Bueno, creo que eres muy simpática y me preguntaba si tal vez… —Se aclara la garganta tapándose la boca con el puño—. ¿Me darías tu número?

Ojalá fuera mi imaginación, pero mi madre chilla y me da su bendición con dos pulgares hacia arriba.

—Gracias por preguntar, Matt. A mí también me pareces muy simpático, pero no estoy disponible.

—¿Qué? —Los ojos de asombro de mi madre se encuentran con los míos—. Espera, ¿en serio?

—Es algo reciente, pero tengo mucha confianza en que va bien encaminado. —Le sonrío a Matt—. Muchas gracias por tu ayuda.

Mi madre se abalanza sobre mí tan pronto como salimos de la habitación para dirigirnos a la sala de espera, donde aguarda el resto de la familia.

—¿Estás saliendo con alguien? ¿Desde cuándo? ¿Quién es? ¿Por qué no me lo has presentado? ¿Lo traerás a cenar?

Me froto la sien como si con eso pudiera aligerar el dolor. Me duele todo y tengo la cabeza confundida. Quiero meterme en la cama y olvidarme de todo lo que ha pasado.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —respondo mientras la sala de espera aparece ante mis ojos y Cara se pone de pie de un salto—. Estoy cansada y solo puedo pensar en… ¡Garrett!

Las puertas de la sala de espera se abren de golpe, revelando al único hombre que quiero ver en este momento. Sus ojos recorren la

sala con una mirada desesperada, hasta que se posan en mí, y no sé por qué mis rodillas empiezan a temblar. Todo el peso que llevo sobre mis hombros de repente parece derretirse y se me llenan los ojos de lágrimas. En cuanto murmura mi nombre y comienza a acercarse, yo también camino hacia él. Le echo los brazos al cuello y mis piernas rodean su cintura en el momento en que me levanta. Cuando sus labios se encuentran con los míos, todos los presentes contienen la respiración.

Mi madre está chillando otra vez.

Garrett apoya su frente contra la mía.

—¿Estás bien?

Con mi mano en su rostro, asiento, y las malditas lágrimas brotan de mis ojos y me corren por las mejillas. Entierro la cara en su cuello y él me abraza fuerte.

—Tenía mucho miedo —susurra—. Me asusté muchísimo, Jennie.

—Yo no sabía nada —le dice Cara a Emmett por lo bajo, con los brazos en el aire—. Bueno, lo sabía, pero más o menos. —Señala a Adam y Jaxon, que han venido con Garrett—. ¡Pero ellos también lo sabían!

Emmett lanza sus brazos por encima de la cabeza.

—Entonces, ¿todos lo sabíais menos yo?

—No, eso no es cierto —se defiende Cara.

Adam se frota la cara con la mano.

—Carter tampoco lo sabe.

—¡Yo tampoco lo sabía! —Mi madre llora—. ¡Pero estoy tan feliz!

—¿Qué? —pregunta Hank, moviendo la cabeza de un lado a otro —. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Qué está pasando?

Cara se inclina, le susurra al oído, y una sonrisa estalla en el rostro de Hank.

—Vaya. A Carter no le va a gustar nada, ¿verdad? El bueno de Adam habría sido una apuesta más segura, Jennie, pero si vas a intentarlo, ve hasta el final, eso es lo que siempre digo.

Garrett suspira.

—Perdón. He actuado sin pensar. Te vi y… no sé, Jennie. Estaba aterrorizado.

Susurro mis palabras contra sus labios:

—Te quiero.

—Oh, por Dios. Mierda. Mierda… —El cuerpo de mi madre choca con nosotros. Ella me da una palmada en el brazo, intentando interponerse entre nosotros, y luego me golpea el hombro—. ¡Agachaos, agachaos!

—¡Carter! —exclama Cara y luego corre por el pasillo, perdiéndose de vista.

Me deslizo por el cuerpo de Garrett hasta el suelo, y él me besa la mano y me lanza una sonrisa triste antes de separarse de mí. Cinco segundos después, aparecen Cara y Carter, seguidos por una doctora.

—Todo está bien. Olivia está bien y el bebé también. —Sin Olivia a su lado, mi hermano parece años mayor y se ve completamente exhausto. La piel de su rostro está cenicienta y apagada, sus ojos carecen de su brillo juguetón habitual. Parece… roto—. Nos van a tener aquí toda la noche…

La doctora se sube las gafas por la nariz.

—Técnicamente, solo necesitamos que permanezca aquí la señora Bec… —Sus dientes castañean cuando cierra la boca de golpe al encontrarse con la expresión amenazante de Carter—. Los dos. Definitivamente necesitamos que los dos se queden.

—Harán algunos controles antes de enviarla a casa por la mañana. Tiene que dejar de trabajar hasta que nazca el bebé, tomárselo con calma y quedarse tranquila descansando en el sofá. —Carter baja la cabeza—. No quiero que esté sola.

—No la vamos a dejar sola —dice Jeremy, el hermano de Olivia, que abraza a Carter y le da una palmada en la espalda—. La cuidaremos cuando estés de viaje.

Se dispara el flash de una cámara y Cara retira su teléfono, sollozando.

—Nadie va a creer que os abrazasteis si no hay una evidencia fotográfica. —Se seca las lágrimas con una palmadita en la piel en carne viva debajo de sus ojos y se cuelga el bolso al hombro—. Le compraré un paquete de veinte *nuggets* picantes y un McFlurry de Oreo grande. No puede comer esta porquería de hospital. —Me

abraza fuerte—. Me alegro mucho de que estés bien, Jennie. Vendré por la mañana con algo de desayunar para ti.

Cuando ella se aparta, me encuentro la mirada de Carter sobre mí. Está como abatido. Casi no lo reconozco así, y no sé qué es lo que ha cambiado tan rápido, o si simplemente es que ya no puede soportar más.

Nos mira a Garrett y a mí.

—Ya que estás aquí, Gare, ¿te molestaría llevar a Jennie a casa? Así me puedo quedar.

Garrett asiente. Su mano en la curva de mi espalda me guía suavemente hacia delante, y tan pronto como cruzamos las puertas, entrelaza sus dedos con los míos y me dice cuánto me quiere.

***

Me gustaría hablar sobre lo sexi que se ve un hombre que conduce con una sola mano sobre el volante. Esa manera de mantener una mano sobre mi muslo todo el tiempo, apretando despacio, como si necesitara sentirme para saber que estoy ahí, que estoy a salvo, resulta condenadamente sexi, la verdad.

No me suelta hasta que estamos en mi apartamento, donde me obliga a ir a la isla de la cocina a comer algo antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando termino, encuentro a Garrett en el baño principal, con la camisa arremangada hasta los codos y arrodillado frente a la bañera. Se pasa la muñeca por la cara y, cuando se levanta y se gira hacia mí, su ceja derecha está cubierta de burbujas.

Me río y las aparto.

—¿Qué estás haciendo?

—Te he preparado un baño de burbujas para que te relajes.

—Gracias. Es muy dulce de tu parte. —Me quedo quieta mientras me desnuda—. ¿Vas a entrar conmigo? Es una bañera grande.

—¿Eso quieres?

Asiento. Intento alcanzar el dobladillo de su camisa y él me deja quitársela.

Pone música y me ayuda a entrar, luego se coloca detrás de mí y se hunde en las burbujas. Sus manos envuelven mis caderas y me guían hacia abajo, entre sus piernas. Cuando me hundo con un suspiro, me rodea con sus brazos y entierra su cara en mi cuello.

—¿Garrett? —Coloco mi mano sobre la suya mientras la desliza sobre mi vientre—. Te quiero y estoy orgullosa de ti.

—¿Orgullosa de mí? ¿Por qué?

—Por darle a tu padre la oportunidad de cambiar. Por apoyarlo siempre, incluso si a veces el camino parece largo y desafiante. —Giro la cabeza cuando siento su mejilla en mi hombro. Él me mira—. Estoy orgullosa de tu padre por escoger a su familia y a él mismo por encima de todo lo demás, porque no puedo imaginar lo difícil que es luchar contra su adicción todos los días. Es un hombre muy fuerte. Espero poder conocerlo algún día.

Garrett cubre mi boca con la suya.

—Gracias, Jennie. Sé que hoy no se trata de mí, pero creo que realmente necesitaba escuchar eso.

—¿Qué vamos a hacer mañana? No quiero estresar a Olivia con todo esto, pero estoy cansada de esconderme.

—No sé. Quizá podamos pedirle consejo y ver qué cree ella que es mejor.

Me gusta la idea, pero para ser honesta, creo que tenemos que elaborar algo más que simplemente contarle a mi hermano sobre lo nuestro sin provocarle un ataque cardíaco y sin enviar a Olivia al hospital de nuevo por trabajo de parto prematuro.

—Garrett.

—¿Sí?

—Dijiste que no creías que lo nuestro fuera a terminar, pero… ¿Qué hay de mi entrevista? Quizá debería cancelarla.

—Tienes que ir —insiste en voz baja—. Sé que ya no estás segura de si es lo que quieres, pero tienes que ir para conocer en detalle la oferta y darte una oportunidad. Te lo debes. Ve a Toronto y te darás cuenta de cómo te sientes.

—¿Pero qué pasa si me siento vacía sin ti?

—No creo que eso sea posible. No necesitas que yo te haga sentir plena. Tú ya eres suficiente. Me parece perfecto que no quieras que

nos separemos, pero no quiero que tomes ninguna decisión solo por mí.

—No quiero perder esto. —A él. No quiero perderlo a él.

—No me vas a perder. Si así lo deseas, aun si decides irte, encontraremos la manera. Lo prometo.

Un suave gemido sale de mis labios cuando él pasa sus dedos por el interior de mi muslo en el agua tibia y acaricia mi pecho.

—Es difícil concentrarse si haces eso.

—Esa es la idea —murmura con sus labios contra mi cuello—. Quiero que te olvides, aunque sea por unos minutos. Olvídate de hoy, olvídate de mañana, olvídate del trabajo. —Pasa un dedo por mi coño, haciéndome estremecer—. Déjame cuidarte. Déjame hacer algo.

—Lo haces todo. —Mi cabeza cae sobre su hombro cuando él empuja sus dedos dentro de mí—. Lo eres todo.

—Tú sí que lo eres todo para mí.

Nunca he sido nada de nadie, pero Garrett me hace sentir como si no me hubiera perdido nada, como si todo este tiempo simplemente lo hubiera estado esperando para que me mostrara lo que significa ser amada por completo, encontrar a tu mejor amigo, a tu pareja, a tu alma gemela, todo en uno. Encontrar a la persona que sabe exactamente cómo funcionas, cómo ayudarte cuando eres demasiado terca para pedirlo, cómo ser paciente y dejarte salir de las sombras respetando tus tiempos, y todo ello teniendo la confianza de saber que está ahí, esperando. Y que seguirá estando. Es esa persona que se adapta a tu ritmo, cuyos bordes suaves se adaptan y amortiguan tus actitudes abruptas.

No sé cómo poner todo eso en palabras, cómo explicarle todo lo que es para mí, así que mientras sus dedos se mueven dentro de mí, cada avance decidido y profundo, mientras su pulgar hace círculos con precisión, yo me inclino hacia atrás, y mis dedos se hunden en su cabello, sosteniendo su cara cerca de la mía. Él me mira fijamente y en sus ojos brilla un amor desmedido. Mientras me eleva y la música flota a nuestro alrededor, envolviéndonos en esta burbuja perfecta de felicidad, presiono mi boca contra la suya.

***

—Solo una taza pequeña —me dice Garrett con severidad mientras me observa ponerme su camisa y mis bragas, y vacía la bañera—. Si tomas demasiado chocolate caliente, no vas a poder dormir. —Se pone los calzoncillos, me da una palmada en el culo cuando nos chocamos de camino al pasillo y le indica a Google que apague la música.

—¿Y si no estoy cansada? —Lo presiono contra la pared—. ¿Y si quiero hacer temblar tu mundo?

Él se ríe entre dientes. Sus manos se deslizan por la parte posterior de mis muslos hasta apretar mi culo.

—Si alguien va a hacer temblar a alguien, ese soy yo. Yo haré temblar tu mundo.

—Tal vez puedas hacer temblar mi mundo primero y yo lo haga después.

—Mañana, solecito. —La mirada divertida pero firme en sus ojos me dice que no va a ceder, y cuando suspiro, me toma del mentón y zanja la discusión con un beso—. No seas una mocosa malcriada.

—Eso suena como un desafío, grandullón.

Tomando su mano en la mía, lo arrastro hacia la cocina. El resplandor de la luz sobre la cocina proyecta sombras a lo largo del pasillo oscuro, y siento que se me para el corazón cuando una de esas sombras traspasa la puerta y camina hacia la luz.

—¡Carter! —exclamo, y el cuerpo de Garrett choca contra el mío cuando me detengo en seco.

—Mierda. —Garrett coloca sus manos alrededor de mi cintura para no caerse. El aire cálido que sale de las rejillas de ventilación me roza las piernas desnudas, como el calor de su piel contra mi cuerpo cuando me abraza.

—He llamado a la puerta —susurra Carter, mirándonos fijamente; los dos estamos semidesnudos y todavía mojados. Con cada momento que pasa, su pecho se agita más y cada respiración es más rápida y entrecortada que la anterior—. Pero nadie salía… Me estaba preocupando… Quería saber si tú… yo…

—Hermano, escucha… —Garrett da un paso hacia delante, con las manos extendidas frente a él como si se estuviera acercando a un animal atrapado.

En los ojos de Carter centellea la ira y la traición. Con la mirada fija en mí, aprieta los puños y da un paso atrás.

Niego con la cabeza y trato de alcanzarlo.

—No, no es… no es… —Siento como si mi corazón estuviera a punto de salirme por la boca cuando él da otro paso hacia atrás, y luego otro—. Carter…

No sé qué esperaba, pero no era esto, el silencio. Podría manejar su ira o una reacción estridente. Pero no esto: mi hermano, que siempre tiene algo que decir, no hace más que quedarse ahí plantado mirándonos, mirándome, mudo, como si nunca se hubiera sentido tan traicionado.

Quiero que se irrite conmigo, que lo saque todo, que no se guarde nada dentro. Quiero que me diga que está enfadado porque le hemos mentido. Quiero decirle que por primera vez en mi vida estoy enamorada de un hombre que me trata como siempre he soñado y como él siempre quiso para mí.

En lugar de eso, toma el pomo de la puerta y se da la vuelta para irse.

—Carter, por favor —le suplico—. No te vayas.

El peso del día regresa de golpe, aplastándome el corazón. Pongo mi mano sobre el pomo mientras lucho por respirar. Las lágrimas llegan sin previo aviso, corren por mis mejillas y, cuando Carter duda, con la cabeza gacha susurro:

—Perdón.

Él mira al techo y traga saliva.

—No… —murmura finalmente, apenas audible. Abre la puerta de un tirón, pero antes de que se cierre de golpe tras él, nos dice cuatro palabras más, y esa burbuja en la que estaba tan contenta explota a nuestro alrededor como si fuera de cristal—. Esto es una mierda.

40
UN DESASTRE COLOSAL

Garrett

Hace seis días que Carter no contesta el teléfono. Seis malditos días.

Al cuarto, Jennie se dio por vencida. Lloró y se enfadó. Se sentó en el sofá y dijo que quería estar sola, y después se acurrucó a mi lado y me pidió que no la soltara.

Cada vez que Jennie cerraba los ojos y se quedaba dormida, lo llamaba.

Pero si Carter Beckett no responde a las llamadas de su hermana, seguro que no va a responder a las del tipo con el que ella se está acostando.

Porque eso es lo único en lo que Carter piensa. Él cree que veo a Jennie como una oportunidad, como sexo fácil, a tan solo cuatro pisos de distancia de mi apartamento. Piensa que mentiría y que tiraría a la basura años de amistad por acostarme con su hermana como si fuese una chica cualquiera.

No ve el compromiso, el amor, la amistad increíble que hemos forjado, en la que hemos puesto todo de nuestra parte para trabajar la confianza, para superar cada obstáculo, para ayudarnos mutuamente a ser mejores cada uno por su lado y así poder ser mejores juntos. No ve que ya no puedo imaginar mi vida con nadie más que Jennie a mi lado.

Si tan solo respondiera las malditas llamadas y escuchara, lo sabría.

Sigo diciéndole a Jennie que solo necesita tiempo, pero no sé cuánto más podrá soportar esta distancia. Cuanto más tiempo permanecen en silencio, más piensa que nunca volverá a tener la relación que tenía con su hermano.

Teníamos un plan, pero la vida me ha enseñado que nada sale según lo planeado. Casi todo se va a la mierda.

Aunque supongo que eso no es del todo cierto. No es siempre así. Porque la vida me ha dado a Jennie, y ella me ha dado la vida.

Pero me estoy quedando sin ideas. No sé cómo lograr que Carter me escuche, que nos dé una puta oportunidad para explicarle que nunca quisimos que nada de esto sucediera. Nunca imaginé que ella entraría en mi vida y se convertiría en mi mejor amiga, mi persona favorita, y menos aún que sucedería en tan poco tiempo. Pero ella lo hizo posible. Ella es mía y yo soy de ella. Pienso que así es como siempre tuvo que ser.

Ya no voy a dejar que ella sea solo mi domingo por la noche. Quiero que ella sea mi lunes por la mañana con sueño, mi «gracias a Dios que es viernes», mi sábado de quedarme en la cama y todos los demás días también. No voy a obligarme a vivir sin lo más resplandeciente que tengo en el mundo.

Aparco en mi lugar en el estadio, luego suspiro mirando mi teléfono, el mensaje de texto de Olivia que pregunta si Jennie de verdad está enferma o si simplemente no quiere verla en este momento. Cuando le digo que no, que no está enferma, responde que enviará a Cara para que la saque aunque tenga que ser de los pelos.

Aprecio la tenacidad de esas mujeres que rara vez dejan que Jennie se esconda, cosa que, de todos modos, no ocurre con demasiada frecuencia. Son pacientes con ella y al mismo tiempo saben cuándo necesita un pequeño empujón para ponerse en marcha.

Jennie tiene derecho a estar enfadada. Eso demuestra la pasión con la que quiere a su gente. Pero yo necesito que recuerde que no es su hermano quien llena su vida de gente que la quiere. Es ella.

Los pasillos están relativamente tranquilos para ser la previa de un partido, pero he llegado temprano. Carter no ha jugado en toda la semana, ya que ha estado atendiendo a Olivia después del accidente. Puede no atenderme el teléfono, pero no puede evitarme aquí, ahora que ha regresado.

Dejo mis cosas en el vestuario y voy en su busca. Lo encuentro en la oficina de nuestro entrenador principal, comiendo una manzana en una silla frente al escritorio. Cuando se pone de pie, la mirada del entrenador se dirige hacia mí y algo en ella hace que mi piel se erice por la incertidumbre.

Siempre he sido un buen jugador. No me meto en líos, no doy lugar a penalizaciones estúpidas y soy amable con todos. Hago lo que me dicen porque no veo ninguna razón para desobedecer, dejo todos mis asuntos personales en el vestuario y lo doy todo cada noche en la pista.

Me meto las manos en los bolsillos cuando Carter abre la puerta con una expresión imperturbable.

—Eh, hola —comienzo con cautela—. Esperaba que pudiéramos…

—Ah. Estás aquí. Tenemos que hablar.

—Sí, hablar sería genial. Es lo que he estado intentando.

Me dirijo de nuevo al vestuario, pero Carter permanece en la puerta. Hace un gesto hacia el interior de la oficina con una inclinación de cabeza.

—Ah. Bueno. —Entro y trago saliva ante la mirada inquieta y cargada de compasión que me dirige el entrenador. Siento las manos húmedas por el sudor y me las seco en el pantalón antes de sentarme—. ¿Qué pasa?

El entrenador golpea su escritorio con el bolígrafo.

—Esta noche vamos a probarte en la segunda línea.

—¿La segunda línea? —Me giro hacia Carter, que apenas me mira con sus ojos fríos y distantes—. Pero… siempre juego contigo y con Emmett. En la primera línea.

—Creemos que esto será lo mejor —responde Carter como si nada. La irritación me hace arder los pulmones.

—¿«Creemos», quiénes? ¿Todos o tú?

—No has estado jugando al cien por cien.

Mentira.

—Estamos tratando de evitar cualquier tensión que pueda afectar al resto del equipo y al juego —explica el entrenador.

—Lo reevaluaremos para el próximo partido, Andersen.

La ira me consume por dentro. Le hago un breve gesto con la cabeza antes de dirigirme a la puerta.

—Sí, capitán.

Soy espectacular en la pista. Por algo soy titular y me he ganado mi puesto en la formación del equipo. Carter, Emmett y yo llevamos jugando juntos desde hace años. Estamos sincronizados, todo fluye, como si pudiéramos escuchar los pensamientos del otro. Soy demasiado rápido para la segunda línea. Veo más allá. Con los de la segunda línea no juego como con Carter y Emmett, y cuando suena el timbre del final del tercer período, a pesar de que hemos ganado, estoy tres puntos por debajo de mi media, mi peor partido de la temporada.

—Partido difícil —dice Carter mientras pasa con sus patines y se quita el casco—. Quizá tengamos que dejarte fuera por un tiempo.

***

Son más de las diez de la noche cuando me subo al coche y me tapo la cara con las manos. Irradio un calor que siento que calienta el espacio cerrado del interior del vehículo.

Esto es un desastre colosal. No sé quién va a estar más cabreado porque Carter me haya quitado de la formación, si Jennie o yo. O tal vez Olivia. Por más que sea una mujer pequeña y embarazada, Ollie puede ser muy aterradora, casi tanto como Cara. Y Jennie.

Joder, ahora que lo pienso, estoy rodeado de mujeres poderosas y aterradoras.

Cuando conecto el móvil al coche, aparece un mensaje de texto de mi padre pidiéndome que lo llame. Hace un mes, esto habría sido inusual. Creo que a mi padre le vino bien la distancia cuando me fui de Nueva Escocia. Tal vez se liberó de parte de la culpa con la que cargaba porque yo no estaba allí como un recordatorio permanente de sus errores. Pero la distancia física hizo crecer la distancia

emocional, y con suerte después de algún partido recibía un mensaje que decía: «Buen partido».

Es cierto que solo han pasado tres semanas, pero la cosa ha sido diferente desde que casi sufrió una recaída. Puedo ver el esfuerzo que está haciendo, no solo conmigo sino consigo mismo. Últimamente irradia felicidad. Tal vez, en cierto modo perder su trabajo haya sido lo mejor que le haya podido pasar.

—Hola, Gare —me saluda con alegría, aunque son más de las dos de la mañana en la costa este—. Ha sido difícil el partido esta noche, ¿no? Supongo que a Beckett todavía no le convence que salgas con su hermana.

—Supones bien. —Me paso una mano por el cabello húmedo antes de volver a colocarme la gorra en la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿No deberías estar durmiendo?

—Probablemente. Supongo que estoy un poco emocionado.

—¿Por qué?

—Me he enterado de que hay un programa de apoyo excelente en la zona donde vives. Aparentemente es uno de los mejores del país.

—¿Ah, sí?

—Y tienen una gran fábrica de acero junto al río Fraser que busca un operador de grúa.

Mi ritmo cardíaco se acelera.

—¿Qué me quieres decir, papá?

Hay un momento de vacilación, pero cuando mi padre habla, lo que oigo es el entusiasmo y la felicidad en su voz.

—Quiero decir que he conseguido un trabajo, Garrett. Empiezo a finales de abril.

—¿Os mudáis a Vancouver?

—Sí, Garrett. Vamos a Vancouver.

***

Cuando entro en mi apartamento, está templado y tenuemente iluminado por el resplandor sobre la cocina.

Es obra de Jennie. Se ocupa de subir la calefacción un par de grados antes de irse a la cama si sabe que voy a llegar tarde a

dormir, para que el suelo esté caliente cuando entre del frío y me quite los zapatos. De esa manera, estaré cómodo y calentito cuando me vaya a la cama y enrosque mi cuerpo alrededor del suyo.

La luz sobre la cocina también es cosa suya. No quiere que llegue a casa y esté todo oscuro, y eso me recuerda a mi madre, que empezó a dejar la misma luz encendida cuando yo empecé a levantarme de la cama en mitad de la noche para tomar un vaso de agua cuando era pequeño. Después continuó dejándola encendida durante esos años de adolescencia cuando llegaba a casa tropezando con todo, mucho más tarde de lo permitido.

Hay una nota en la encimera de la cocina, garabateada con bolígrafo rosa sobre un papelito adhesivo con un cachorro, que me avisa de que la cena está en el microondas. La devoro más rápido que nunca, desesperado por estar con mi persona favorita.

Ella está acurrucada en mi lado de la cama, con una mano entre su mejilla y mi almohada, la otra bajo el mentón, y los rizos color chocolate esparcidos sobre los hombros. Está tan hermosa que duele mirarla: el ángulo de sus pómulos altos, la suave curvatura de sus labios en forma de corazón, el inferior ligeramente más lleno que el superior. Las pestañas oscuras descansan sobre su piel sonrosada, y si alguien tuviera la suerte de poder acercarse tanto como yo suelo hacer, podría contar las pecas diminutas que salpican el puente de su nariz.

Mi pulgar recorre el borde de su rostro, sube por su mentón y sigue la curva de su boca. Cuando dibujo una línea sobre su pómulo, sus pestañas revolotean y sus somnolientos ojos azules parpadean hacia mí.

—Hola, solecito —susurro, y mi corazón late fuerte ante la pequeña sonrisa que me dedica.

Jennie retira las sábanas y pienso que no creo que alguna vez me canse de tenerla en mi cama, vestida con nada más que mi camiseta. Sus brazos rodean mi cuello, sus piernas mi cintura y la levanto antes de rodar hacia el nuevo lugar vacío y colocarla encima de mí.

Ella presiona su mano contra mi corazón.

—Lamento que el partido no haya ido como esperabas.

Cubro su mano con la mía.

—Está bien. ¿Al menos te has divertido viéndolo con Ollie y Cara?

Ella no responde y sé que no ha ido. No voy a presionarla.

Después de un momento, pregunta:

—¿Ha sido Carter quien te ha puesto en la segunda línea?

—Sí.

Ella se tensa.

—Perdón.

—Hey… —Con un dedo debajo de su mentón, le levanto el rostro —. No es culpa tuya. Ahora mismo lo está manejando así, pero no será para siempre. No te disculpes por las decisiones de los demás.

Este asunto la está carcomiendo: la urgencia de discutir conmigo, de decir que ella es la razón no solo de esa decisión, sino de todas las decisiones de esta semana. Pero en lugar de eso, se acurruca más cerca.

Enrosco su cabello alrededor de mis dedos.

—¿Te cuento una buena noticia?

Ella me regala una sonrisa resplandeciente.

—Me encantan las buenas noticias.

—Me ha llamado mi padre después del partido. Ha conseguido trabajo.

—¡Garrett! ¡Eso es increíble!

—Sí, pero eso no es todo. —Recorro la silueta de su nariz con las puntas de su cabello, observando cómo se le arruga—. El puesto de trabajo es aquí.

—¿En serio? —Se destapa y se pone de rodillas, casi golpeándome los genitales en el proceso—. ¿Se mudan a Vancouver? ¿Voy a conocer a tus padres? ¿Y a tus hermanitas? ¡Ay, Dios mío! ¡Te van a volver loco a diario y yo las voy a ayudar en la tarea!

Riendo, me acerco a ella y le doy una rápida palmada en el trasero.

—Inténtalo y te ataré a este poste de la cama.

Ella se da la vuelta hacia mí y me rodea el torso con los brazos.

—Nota mental: ayudar a las hermanas de Garrett a volverlo loco.

Su rostro acaricia mi pecho cuando apago la lámpara y la oscuridad de la noche se instala a nuestro alrededor.

—Estoy tan feliz por ti, Garrett. Tendrás a tu familia aquí.

Jennie se queda dormida en mis brazos y sé que ya tengo a mi familia conmigo.

Pero la sensación dura poco, porque cuando me despierto, mis brazos están vacíos.

No son ni siquiera las siete de la mañana, el amanecer apenas comienza a abrirse paso en el cielo, y sin Jennie aferrada a mi cuerpo, tengo frío. Me pongo un pantalón de chándal y una camiseta, camino despacio por el pasillo y me detengo cuando la encuentro sentada debajo de la ventana de la sala de estar, abrazando a la Princesa Chicle, con los hombros temblando por un llanto silencioso.

Jennie es muchas cosas. Es atrevida y ruidosa, a veces segura de sí misma y feroz, otras tranquila y suave. Es fuerte y resiliente. Persistente. Tiene un corazón grande y sensible que lo siente todo, pero no es frágil. Lucha. Se esfuerza y sale adelante, siempre, incluso si tarda su tiempo.

Esta versión de ella, tan rota y perdida, hace que cada centímetro de mi ser se conmueva. No sé cómo aliviar su dolor y odio mi propia incompetencia.

Me acerco, la siento en mi regazo y ella se acurruca contra mí, temblando mientras solloza.

—Odio todo esto —llora sobre mi pecho—. Lo odio mucho.

—Lo sé, cariño.

—Echo de menos a mi hermano. Echo de menos… —Su boca se abre en un sollozo que me roba el aire de los pulmones. Se agarra el pecho como si las palabras le dolieran—. Echo de menos a mi padre. Mucho, Garrett. Todo me parece muy pesado y oscuro…

—Tu hermano y tu padre te quieren, Jennie. Carter siempre estará ahí para ti. —Cubro su corazón con mi mano—. Y tu padre siempre estará aquí. Nunca estás sola.

—Está muy enfadado conmigo. ¿Y si nunca me perdona?

—Hey, mírame. —Tomando su rostro entre mis manos, seco las lágrimas que siguen cayendo—. Nos va a perdonar. Verá cuánto nos amamos y lo entenderá.

—¿Y si eso no es suficiente? ¿Qué pasa si se aferra a esto durante mucho tiempo? ¿Qué pasa si pierdo a Olivia? ¿Y a Cara? —Sus ojos azules, empapados de angustia, se enfocan en los míos—. ¿Qué pasa si pierdo a mi sobrina o sobrino?

—Eso no va a pasar, Jennie. Te prometo que…

Ella niega con la cabeza y se pone de pie.

—No puedes prometerme eso. No puedes, Garrett.

—Por supuesto que puedo —le digo con seguridad mientras la sigo —. Puedo, Jennie, porque Olivia y Cara te quieren.

Ella da vueltas por la habitación, con una mano en la frente y la otra en la cadera, y su conejito rosa cae sobre la alfombra.

—Me quieren por Carter. Porque es conveniente. Eso es lo que soy, Garrett. Algo conveniente. —Hace un gesto hacia la puerta—. Estoy cuatro pisos más abajo. No podría ser más conveniente.

La oscuridad se apodera de mi interior.

—No digas eso, por Dios. Te amo por quien eres, no por tu hermano, y por supuesto que no tiene nada que ver con que vivas cuatro pisos más abajo. Podrías aceptar ese trabajo en Toronto y aun así te amaría, y seguiría amándote por el resto de mi vida. Porque te quiero, Jennie.

—¿Sabes siquiera quién soy? Te gusta la confianza que tengo en mí misma. Las respuestas sarcásticas y la chica atrevida que dice todo lo que le viene a la mente. ¿Pero qué pasa si yo soy esta? ¿Si esta versión rota es mi yo real?

—Tienes derecho a sentir cosas, Jennie. Tienes derecho a llorar. Tienes derecho a tener inseguridades y no rebosar confianza todo el tiempo. Esas cosas no te hacen ser una mujer rota, te hacen ser tú misma.

—Ninguno de vosotros habría reparado en mí si yo no fuera la hermana de Carter.

Mi corazón se encoge por ella, por la forma en que se convence de que está perdiendo algo más que a Carter, que sin él no tiene nada que ofrecer. Es desgarrador que alguien con tanta confianza como Jennie pueda, a veces, mostrarse tan insegura de lo que tiene para ofrecer. Desearía que durante cinco minutos pudiera verse a sí misma desde los ojos de los demás y darse cuenta de que, incluso

en sus días más oscuros, siempre ha sido suficiente, no solo para nosotros, sino para ella misma.

Jennie siempre ha sido como el sol que sale después de una noche negra y sin estrellas. Cuando conduces en la oscuridad, te sientes un poco perdido y te cuesta encontrar el camino, pero sigues adelante, buscando la luz, y cuando la encuentras, brilla tan fuerte que te guía a casa. Pero cuando ella deja de brillar, todo es sombrío, gris, apagado, como una mañana brumosa en medio de la nada. Cuando ella no aparece como el sol, no puedo encontrar el camino a casa. No sin ella.

—¿Ah, sí? —digo por fin—. Tal vez te encontramos gracias a Carter. Pero eso no significa que él sea la razón por la que te amamos.

Su mirada permanece fija en la mía y por un momento se tranquiliza, como si estuviera sopesando la verdad detrás de mis palabras. Cuando me detengo frente a ella, su boca se abre y se queda así, como si no estuviera segura de decir o no la siguiente frase:

—Tal vez mi lugar esté en Toronto.

El pánico se me asienta en el estómago, donde ahora siento un nudo al pensar en perderla, pero antes de que pueda decir algo, ella continúa, rota:

—Tal vez he vivido a la sombra de Carter.

—Brillas demasiado como para decir que estás a la sombra de alguien, Jennie.

Ella parpadea una vez, despacio, y las lágrimas caen en cascada por su rostro hermoso y desconsolado.

—Podría empezar de nuevo. Tal vez… Tal vez aprenda a valerme por mí misma. Y tú… podrás recuperar a tus amigos, a tu equipo. Podrás volver a jugar en el puesto que te has ganado, el que te mereces, porque yo me voy, y tu familia viene también, y… —Solloza y se limpia la nariz con el dorso de la muñeca—. Y todo será mejor.

La furia que me invade me trepa por el pecho como una enredadera. Me acerco a Jennie y la agarro por el mentón para que no aparte su mirada de la mía, clavada en sus ojos.

—Si te vas a Toronto que sea por las razones correctas. Porque te encanta, porque el trabajo es tu sueño, más que tener tu propio estudio, porque quieres enseñar a niños a amar la danza de la misma manera que la amas tú. Si te quedas allí, que sea porque te sientes como en casa, porque te enamoras de la ciudad y te sentirías mal en cualquier otro sitio. No te vayas porque sientes que vives a la sombra de alguien, ni siquiera la tuya propia. No te quedes porque tus amigos han llegado a tu vida a través de tu hermano. Esos amigos son la familia que te eligió, y que te sigue eligiendo, día tras día. Y, por Dios, no te vayas para aprender a valerte por ti misma, porque ya vuelas sin ayuda de nadie.

El pulso me retumba en los oídos. Ella tiembla, sus dedos hacen círculos en mis muñecas, justo donde la sostengo. En lo profundo de sus ojos veo una llamada de comprensión, de clemencia, de auxilio:

—Esto que estás haciendo, tratando de convencerte de que no perteneces a este lugar o a la gente que te ama, se parece muchísimo a una despedida, Jennie, y odio eso. No me despediré de ti.

Sus labios se separan en un grito cuando mi boca se estrella contra la suya. Ella se aprieta contra mi pecho y yo la atraigo aún más cerca, donde creo que los dos queremos estar. Pero tiene la cabeza confundida y el corazón cansado, igual que yo cuando me alejé de ella hace tres semanas y no sabía qué camino tomar.

Por eso, media hora después, cuando me besa en la boca, me promete que volverá, que no es un adiós.

Pero «adiós» es la última palabra que sale de sus labios antes de desaparecer con su bolsa al hombro, y mi corazón queda por los suelos.

41
EN CONTRA, N.º 13: HACE UN FRÍO HORRIBLE

Jennie

Aquí hace más frío. Es duro y cortante. Un viento amargo y gélido te golpea cada centímetro de piel expuesta hasta que sientes que está entumecida y en llamas, es una sensación molesta y punzante. Con un sonido de disgusto, saco mi teléfono y busco mi lista de pros y contras de Toronto, para añadir «hace un frío horrible» a la lista de contras.

Ese lado de la lista ya tiene una longitud alarmante para haber estado en la ciudad solo durante una hora.

No está Garrett
No están mamá, Carter, Olivia, Hank, Cara.
No hay besos de bebé.
No está Dublin.
No tendría mi estudio de danza.
Trabajar para otros y seguir reglas, buf.
No hay karaoke con Carter.
No hay chocolate caliente con Garrett.
No hay batallas de baile con Garrett.
No hay bailes lentos en la cocina con Garrett.

No hay cosquillas en la espalda con Garrett.
No hay abrazos de Garrett.
Hace un frío de cojones.
No tengo muchas razones para hacer otra cosa que no sea quedarme en Vancouver.
Mis ojos se dirigen a los pros de mi lista:
Aquí nadie me conoce.
Una razón atractiva para irme, aunque me dé un poco de miedo.
Se me hace un nudo en la garganta al pensar en no poder ir en coche a casa de mi madre, acurrucarme con ella en el sofá y ver una película juntas cuando quiera.
Me vibra el teléfono y me late el corazón esperando que sea Garrett, a pesar de que le pedí algo de espacio.

Emily: vino tinto o blanco sin alcohol? ya tengo champán.

Yo: qué?

Emily: noche de chicas?

Yo: mierda. lo siento. me olvidé.
estoy en Toronto x la entrevista.

Emily: muy mal.
Emily: quiero decir, genial, sigue tu corazón y todo eso, pero Toronto tiene esto?

Aparece una foto que ocupa toda la pantalla de la nariz arrugada, los labios doblados y los ojos bizcos de Emily.

Yo: ese es tu traje de animadora?

Emily: sí, estoy a punto de tener visitas. noche súper hot 😉

Riéndome entre dientes, vuelvo a mi lista:
No está Emily.
…
No está Garrett. No está Garrett. Joder: que no está Garrett.
Una dolorosa ráfaga de aire sale de mis labios. Aprieto el móvil contra mi pecho y el peso de lo que podría perder me hace

hundirme más y más en los cojines del sofá en el que estoy acurrucada.

Miro por la ventana de la habitación del hotel como si la respuesta me aguardara en los rascacielos, en las calles concurridas de la ciudad que se precipita abajo. Veo una vorágine cautivante, como una danza rítmica y rápida, donde todos avanzan en una sincronía frenética, en un ir y venir acelerado.

Excepto que allí no hay respuesta, ninguna señal que me diga qué camino elegir. No veo más que un caos que refleja a la perfección el estado actual de mi cerebro.

Siempre me ha gustado la ciudad, las luces brillantes, la forma en que todo cobra vida por la noche. Pero tampoco está nada mal una mañana tranquila con vistas a las montañas, un mar de pinos pintados en el horizonte que bailan en las ondas del agua que los enmarcan.

Aquí en Toronto hay tanto ruido que apenas se puede pensar. En el extremo norte de Vancouver, la calma te deja oír tus pensamientos. El tema es que no estoy segura de qué es peor. Cuando uno va fluctuando entre sobreanalizar las cosas y necesitar un escape, ambas opciones tienen sus ventajas y sus inconvenientes.

Con un suspiro, me levanto de la silla para prepararme para la entrevista.

Me pasé tres horas probándome ropa para que Garrett me diera su opinión. Él juzgó que todos los atuendos eran poco adecuados y que debía quitármelos de inmediato. Efectivamente lo hizo y por eso tardé tres horas en elegir qué ponerme. Al final, escogió el primero que me había probado —será cabrón—, así que me pongo unos pantalones acampanados de cintura alta, una blusa blanca metida dentro y mis botas negras favoritas. Me quito la goma de la trenza y me paso los dedos por el cabello hasta que los rizos caen con libertad, y termino con un par de pasadas rápidas de rímel y una pizca de color en los labios. Garrett también me ayudó con el maquillaje.

Al menos eso creo. Probé cada color dándole un beso de pintalabios en sus abdominales. Todas sus respuestas fueron

confusas, pero se atragantó más cuando le di un beso en particular sobre la piel caliente, y así supe que era el indicado.

No tenía nada que ver con que el beso fuera en la parte de abajo del torso, justo encima del elástico de su ropa interior, y definitivamente nada que ver con que mis labios estuvieran alrededor de su polla diez segundos después.

Desearía haberlo escuchado también cuando dijo lo del abrigo, porque cuando salgo, maldigo haber ignorado su advertencia. Garrett insistió en que debería haber metido el abrigo más abrigado en la maleta, por si acaso, y sin embargo aquí estoy con mi bonita gabardina de color lila, confeccionada para las primaveras de la costa oeste.

«Soy una tarada», murmuro mientras subo al Uber que me espera.

Deberían bastar diez minutos para llegar a destino, pero tardamos media hora. Por suerte, lo tenía previsto: el tráfico de Toronto es una mierda.

—Muchas gracias, Manny —le digo al conductor al bajar.

—¡Buena suerte en tu entrevista, Jennie! —grita a través de la ventana abierta.

El edificio frente a mí no es tan alto, pero cuando lo miro, me parece enorme, como la decisión que pesa sobre mis hombros, y que tira de mi futuro en todas direcciones, como si yo fuera una muñeca de trapo. La indecisión se arremolina en mi estómago, por eso me acaba doliendo. Recorro el espacio con la mirada en busca de un lugar donde sentarme para recuperar el aliento.

«No sé qué estoy haciendo», divago mientras camino de un lado a otro por el pasillo. La aprensión me araña el pecho y mi corazón late desbocado. Me llevo la mano al pecho como si pudiera calmar la carrera frenética de mis latidos. «No puedo hacer esto. ¿Qué estoy haciendo aquí?».

Mi teléfono suena un par de veces, y el mundo se detiene ante el pequeño oso que ilumina mi pantalla.

Oso: sé q necesitas espacio para tomar esta decisión x tu cuenta, pero no podía dejarte entrar sin decirte algo.

Oso: tú puedes con esto. te lo mereces. te lo has ganado. si es lo q quieres, solo tienes q extender la mano y tomarlo. estoy orgulloso de ti, Jennie, y pase lo q pase, siempre serás mi mejor amiga y yo siempre seré tu lugar seguro donde refugiarte.

Se me escapa una lágrima traicionera que recorre un furtivo camino por mi mejilla. Me seco rápido la cara y sollozo al releer el mensaje una vez, dos veces y luego una tercera, solo por si acaso.

Tras respirar hondo para tranquilizarme, guardo el teléfono, subo la escalera de entrada y abro las puertas de golpe.

***

—¿Jennifer?

—¿Hmmm? —Mi mirada busca a la persona que ha pronunciado mi nombre. Monica, la amiga de Leah, me dedica una sonrisa suave y mira hacia su derecha, donde Annalise me está observando.

—Lo siento mucho. Todavía estoy adaptándome al cambio de horario. —Además, sigue llamándome «Jennifer», aunque ya le he pedido varias veces que me llame Jennie.

—Uno pensaría que tendrías más energía, ya que aquí estamos, ¿qué? ¿Cuatro horas adelantados?

—Tres. —Aquí son las 6:30 pm, lo que significa que en casa son las 3:30 pm.

Garrett me estaría pasando a buscar por la universidad y nos iríamos a casa para tomar una siesta rápida. La hora de la siesta es uno de mis momentos favoritos.

Annalise sonríe. Su sonrisa es algo forzada: se nota en la firmeza con la que aprieta los labios, motivo por el cual no he visto sus dientes ni una sola vez en toda la tarde. Tiene sesenta y tantos, y algo me dice que no ha tenido sexo en al menos veinte años.

—Sin embargo, estábamos diciendo que creemos que encajarías a la perfección con el equipo.

No estoy tan segura. Hoy he visto a la mitad de los profesores gritar órdenes a bailarinas que parecían al borde del desmayo o el llanto, precisamente el motivo por el que dejé el ballet clásico. Aun

así, me entusiasma que quieran que me incorpore al equipo. Adopto una postura más erguida, radiante.

—¿De veras?

—Por supuesto. Hace años que estamos siguiendo tu carrera. Bailas espectacularmente.

—Y Leah siempre tiene cosas maravillosas que decir sobre ti —añade Monica.

Me cae bien Monica. Al igual que Leah, es más joven y aún, no sé… ¿está llena de vida? ¿No se ha dejado vencer por los dictadores del mundo de la danza profesional? ¿Es buena persona? Es amigable y agradable, y se pasó la mayor parte del recorrido susurrándome al oído sobre Annalise cada vez que nos daba la espalda. En un momento, tuve que fingir que tosía para ocultar la risa.

Antes de que pueda responder, un joven se detiene en nuestra mesa.

—¿Ya sabéis qué vais a pedir?

Annalise me hace un gesto.

—¿Por qué no pides tú primero?

—Bueno… —Mis ojos recorren el menú. «Medallón de lomo *teriyaki* (170 gramos)». No se diga más. Mi estómago canta de alegría cuando señalo ese plato—. Quisiera el lomo, jugoso, con una patata horneada dos veces, acompañada con todo, y…

—Oh, Jennifer, cariño. —La mirada de Annalise se eleva por encima de sus gafas sin marco—. ¿No preferirías algo más ligero?

—Pues… —*Por supuesto que no, joder*.

—Este es un programa muy riguroso, por lo que, por supuesto, esperamos que nuestros profesores sean tan dedicados como nuestros estudiantes a la hora de mantener un buen estado físico. Y eso incluye la nutrición.

—Por supuesto. —Fuerzo una sonrisa y apoyo una mano protectora sobre mi vientre por debajo de la mesa, tratando de ahuyentar la vergüenza que intenta adueñarse de mí, que me recuerda que no estoy tan delgada como hace unos meses—. Quisiera la ensalada caprese con pollo a la parrilla, por favor.

—Una excelente elección, señorita —responde el camarero, pero la mirada pícara que baila en sus ojos me indica que él sabe tan bien

como yo que eso es una maldita tontería. Yo respondo con una mirada de ojos entrecerrados y él baja la cabeza para ocultar su sonrisa mientras anota la comanda—. ¿Y para beber?

—Tráele un vodka con agua y limón. —Annalise guiña un ojo—. Sin azúcar.

—En realidad, no bebo. Una zarzaparrilla estaría genial.

Me pregunto si el horror y la incredulidad en su expresión se deben a mi sobriedad autoinfligida o que he pedido un refresco muy azucarado. Sin darle tiempo a criticarme por alguna de las dos cosas, añado:

—Mi padre falleció cuando yo tenía dieciséis años por culpa de un conductor borracho que chocó contra su coche. Y hacía mucho que no tomaba este refresco, de hecho, hasta hace muy poco, porque era la bebida favorita de mi padre. Nos encantaba esa variedad que venía en botellas de cristal marrones, que se llamaba *Dad's Old Fashioned Root Beer*. —Sonrío—. Mi padre solía decirme que él había inventado la receta. Llegaba a casa del trabajo todos los viernes con un paquete de seis botellas, y todos nos bebíamos una mientras disfrutábamos de una noche de «peli y pizza» en familia.

—Eso es… bueno…

—Yo también tomaré una zarzaparrilla, por favor —interrumpe Monica—. No la probaba desde que era una niña. —Mira a Annalise —. Estabas alabando cómo baila Jennie, ¿no?

Ella duda antes de asentir.

—Sí, como decía, serías una excelente incorporación. —Extiende sus manos, las junta debajo del mentón y por fin me regala una sonrisa como es debido. Curiosamente me recuerda a la famosa sonrisa de Chandler, de *Friends*, en la foto de compromiso—. Entonces, ¿qué dices? ¿Es un sí?

Levanto las cejas.

—¿Me estás ofreciendo el trabajo?

—¡Sí!

—Ay, Dios mío. ¡Guau! ¿En serio?

—¡Por supuesto que sí! Eres nuestra primera opción, por eso hemos puesto en espera a todas las demás.

Una curiosa tensión se extiende por mis hombros y siento mariposas en el estómago, pero no son precisamente de las buenas:

—¿Tengo que tomar una decisión ahora mismo? No esperaba esto. Pensé que tendría más tiempo.

Su sonrisa flaquea y yo doy marcha atrás de inmediato.

—Mi familia está en Vancouver. Estoy muy agradecida por esta oportunidad, de verdad. Es un sueño hecho realidad. Pero no estoy segura de estar lista para…

—¿Empezar tu propio camino? ¿Tener tu propia vida?

Debajo de la mesa, mis dedos se clavan en mis muslos. ¿Empezar mi propio camino? ¿Tener mi propia vida? ¿De verdad necesito mudarme al otro lado del país y alejarme de mi familia para hacer esas cosas?

—No estoy segura de estar lista para estar tan lejos de ellos —termino en voz baja, y cuando el resto de la mesa está de acuerdo en que es una gran decisión, y que puedo tomarme un poco de tiempo para sopesarla antes de volver a casa, paso el resto de la cena pensando en eso, en una vida sin ellos.

***

—Maldito… invierno… en la costa… este de Canadá…

Me quito las botas de cuero de un tirón y la nieve que las cubría vuela por el aire, aterriza en la alfombra y se derrite enseguida.

Quiero volver a casa, donde la primavera ya ha comenzado a mostrar su rostro espectacular.

Me quito la ropa y me pongo el pantalón de pijama más abrigado y la sudadera con capucha de Garrett. Me acurruco en la comodidad de su aroma, como si estuviera envuelta en su abrazo.

Cuando estoy lista para ir a la cama, me deslizo bajo las sábanas y miro por la ventana. No hay una sola estrella en el cielo. La ciudad está bien despierta debajo de esa oscuridad y el horizonte es de un tono azul grisáceo incómodo, contaminado por un estruendo de luces.

Cuanto más tiempo permanezco aquí, esperando una revelación, más crece mi confusión. Me duele todo. Es una tensión que no

puedo explicar, que se anuda bien fuerte en mi estómago y me sube por la espalda. Un vasto vacío que sabe a veneno, un silencio absolutamente atronador. Me invade una sensación pesada y oscura, intimidante y desgarradora, y lo único que quiero es librarme de ella.

Pero no sé cómo, y cuando se me cierran los párpados, como si pudiera dejar atrás los miedos, las lágrimas se filtran por las comisuras de los ojos y se escabullen hasta las sienes. Me acurruco a un lado, abrazando a la Princesa Chicle, mientras mi mundo me ruega que lo ayude a enderezarse.

Suena el móvil. Es Hank en una videollamada, justo a tiempo, como siempre. No me preguntéis por qué alguien que no ve insiste en hacer videollamadas. En general le dejamos hacer lo que quiere. Hank es un señor muy persistente.

—Te ves preciosa —saluda mientras una amplia sonrisa se le dibuja en el rostro.

Me río con disimulo, me incorporo y llevo las rodillas hacia el pecho, agradecida de que no pueda ver las lágrimas que me estoy secando.

—¿Te gusta mi atuendo?

—Sí, sí. Realmente impresionante. ¿Lo has usado para la entrevista?

—No, no estoy segura de que les hubiera gustado que apareciera en pijama.

Hank se ríe y se le arruga la piel alrededor de los ojos.

—Menos mal que lo que les interesa es tu talento y no tu sentido de la moda. Bueno, ¿quieres hablar primero sobre la entrevista o sobre la razón por la que estás llorando? ¿O están ambas relacionadas?

Una risa ahogada y gutural burbujea en mi garganta. Me paso el dorso de la muñeca por la nariz, sorbiendo.

—Odio que seas tan perceptivo —suspiro—. La entrevista ha estado bien, de verdad. Es solo que… no lo sé. No estoy segura de que sea donde quiero estar.

—¿Por qué?

—Estaría dejando mucho atrás. Mucha gente a la que quiero.

—Hmmm. Entonces, ¿por qué quieres ese trabajo?

Ni siquiera necesito pensar en la respuesta.

—Por primera vez en mi vida, estoy segura de que me han escogido por mí misma y no por mi hermano, por lo que yo puedo aportar.

—¿Y eso es suficiente razón para aceptar el trabajo?

La verdad es que no lo sé. Hasta hace una semana no tenía intención de aceptarlo. Me entusiasmaba ver que todo seguía avanzando entre Garrett y yo. Estaba muy contenta de que pronto iba a ser tía y estaba ansiosa, aunque un poco asustada, por decirle a mi hermano que me había enamorado.

—Supongo que simplemente… no sé a dónde pertenezco.

—Perteneces a donde quieras pertenecer, Jennie.

—Es bastante fácil decirlo, pero Carter ha sido la única persona en la que he podido confiar durante toda mi vida. Siempre ha estado a mi lado, y ahora ya no está, y no sé qué hacer al respecto, ni quién ser sin él aquí. Gran parte de mí está ligada a mi hermano.

Hank permanece callado por un momento y reflexiona sobre mis palabras.

—Bueno, puede que sea cierto que estáis muy unidos, pero no es cierto que no sepas quién ser sin él. Tú eres tú, con identidad propia, Jennie. Siempre has sido tú.

—Entonces, ¿por qué es él el catalizador que atrae a todas las personas que me importan en mi vida? ¿Cómo puedo saber si a esas personas de verdad les caigo bien y me quieren por lo que soy o si solo me aceptan porque siempre estoy ahí? —Las preguntas se escapan de mi boca sin que pueda evitarlo.

—¿Algunas de las personas más importantes de tu vida te han encontrado a través de tu hermano? Sí. ¿Y qué? Creo que la vida nos pone en el camino de las personas que necesitamos, para que nos crucemos con ellas de una manera u otra. No le demos importancia a cómo llegan y simplemente agradezcamos que así sea, que nuestras vidas estén llenas del amor de las personas que nos brindan felicidad y consuelo, que nos hacen reír y que pueden cambiar nuestro día con una sonrisa o un abrazo.

Maldita sea. Otra vez se produce una fuga en mis traicioneros conductos lagrimales.

—¿Estás llorando otra vez?

—No —grito, secándome la cara con la sudadera de Garrett—. Yo no lloro nunca.

—Claro. Los Beckett sois personas muy estoicas y sin emociones. Eso es lo que os hace tan fríos y distantes. —Hank vacila—. ¿Te puedo preguntar algo, Jennie? ¿Cómo os enamorasteis Garrett y tú? Seguro que no fue amor a primera vista, ya lo debías de conocer desde hace años.

Sonrío al recordar los últimos meses. Los innumerables encuentros incómodos, el coqueteo desvergonzado, el primer beso que nunca esperé. Las noches tranquilas abrazados en el sofá. El chocolate caliente, el baile, los adornos navideños hechos con las huellas de nuestras manos. Las conversaciones susurradas a altas horas de la noche bajo las sábanas, los celos que nunca antes había sentido, el deseo de hacer que algo o alguien fuera mío. Las luchas y las lágrimas, mezcladas con todas las risas y los besos. Cruzar barreras y superar límites, uno después de otro. Dos desconocidos que se convirtieron en mejores amigos y luego en mucho más. Poco a poco, pero de pronto, allí estaba.

Un día Garrett era un desconocido, un hombre que se sonrojaba cada vez que le hablaba y que no podía hilar dos palabras seguidas para formular una respuesta. Y de repente, estaba en todas partes, en todo, abriéndose ante mí, mostrándome al hombre debajo del exterior tímido, el amigo increíble, el hermano y el hijo compasivo. Él me atrajo, y con cada parte que me permitía descubrir, me mostraba rincones donde también había un lugar para mí.

Así que le digo exactamente eso a Hank.

—Parece que el hecho de que Garrett esté en tu vida tiene más que ver con todas las partes de ti que hicieron que él desease quedarse junto a ti, Jennie. No con la persona que lo trajo a tu vida.

Hank tiene razón. Garrett no se enamoró de mí por Carter. No me eligió porque fuera «algo conveniente». Carter lo puso en mi vida y Garrett me eligió y me hizo un lugar entre sus brazos.

—Eres digna de todo lo que deseas, Jennie. Nunca abandones tus sueños, sean los que sean.

¿Mi sueño? No creo que sea esto, aquí.

Mi sueño está en casa. Es dejarme amar por las personas que quieren amarme, las que me hacen sentir tan plena, bella y espectacular que creo que voy a estallar.

Una vez leí que hay diferentes tipos de amor. Hay amores en los que aprendes, en los que creces y te das cuenta de lo que necesitas. Que uno se enamora una y otra vez hasta que por fin llega a su destino, donde encuentra lo que estaba buscando y todo encaja a la perfección.

No puedo imaginar un amor mejor que Garrett. Juntos lo hemos logrado todo. Hemos aprendido, crecido, nos hemos dado cuenta de nuestras necesidades y las hemos expresado. Él me da todo lo que alguna vez imaginé que podía necesitar, y creo que yo también hago lo mismo por él.

¿Puede haber alguien que encaje mejor? ¿Cómo podría encontrar a alguien cuyos bordes encajaran tan perfectamente con los míos, tomando todos nuestros pequeños pedazos destrozados y forjando una única pieza?

He buscado mi lugar en el mundo, pero cuanto más cosas veo, más me doy cuenta de que todo ha estado justo delante de mis narices todo este tiempo.

¿Por qué seguir buscando? Lo único que haría sería alejarme de mi gente, del lugar que me llena de felicidad.

He entregado demasiado de mí, sintiendo que estaba estancada entre el deseo de satisfacer mi ansia de aceptación, de conexión genuina, y el deseo de esconderme. Me aferraba a todas mis partes con miedo de que, si se las daba a las personas equivocadas, las tomarían, las aplastarían sin esfuerzo entre sus manos y yo quedaría como una cáscara de lo que soy, insignificante e irreconocible. Pero si los guardaba para mí, seguiría siendo yo cuando se fueran.

Y ahora estoy aquí pensando en la única pregunta que debería haberme planteado desde el principio: ¿por qué amarme a mí misma es menos importante que la idea de que otras personas me amen?

Garrett me dijo una vez que yo no estaba hecha para encajar, que no debía esconderme entre las sombras. Entonces, ¿por qué estaba intentando ocultarme todo el tiempo? ¿Por qué me había convertido en una impostora en mi propia vida? Nunca dudé de mis talentos.

Tenía toda la confianza del mundo sobre mi talento para bailar y mi capacidad de sorprender. Y, sin embargo, muy a menudo estaba dispuesta a doblegarme para encajar en la idea que otros tenían de quién debería ser, para ser alguien que los demás consideraran digno. Para ser alguien que yo considerara digno de amor y aceptación.

He vivido gran parte de mi vida bajo presión. Pero tal vez toda esa presión venía… de mí misma. La gente que importa nunca me pidió más, ni me exigió algo diferente. Me veían entera, tal como soy, y me abrieron los brazos para abrazar todas mis partes, mis historias, mis miedos, los matices que me hacen ser quien soy en verdad.

Quizá me había acostumbrado a estar sola. A la idea de que yo no era la indicada para nadie, para ninguna relación, amistad o cualquier otra cosa. Quizá me convencí a mí misma de que estaba bien así. La soledad se había convertido en un respiro de paz. Era mi lugar tranquilo para descansar, para quitarme todas las máscaras y dejarme ser, sin miedo al rechazo.

Pero… ¿y si enamorarse significa que estar con esa persona es mejor que la comodidad de la soledad? ¿Y si el amor es abrazar juntos el caos de tu cabeza? ¿Y si estar juntos es mejor de lo que alguna vez imaginaste posible?

Porque en medio de la tormenta, en el centro de todo mi caos, Garrett espera con los brazos abiertos, dispuesto a abrazarme con un amor tan incondicional que no sabía que existía antes de él.

Y de repente todo hace clic.

Puedo andar mi propio camino, pero no tengo por qué. Tengo derecho a formar parte de algo más grande.

Tengo derecho a elegir el amor.

42
CUANDO TU MUNDO TIEMBLA

Garrett

—¿Debería llamarla? Sí, debería hacerlo, ¿no? Sí, la voy a llamar.

Agarro el teléfono y me quedo con el pulgar suspendido sobre ese solecito.

—No —gruño, arrojando el aparato sobre la cama—. No debo hacerlo.

—Tengo miedo —susurra Jaxon desde la puerta.

—Yo también —susurra Adam—. Nunca lo había visto hablar solo antes.

—No estoy hablando solo, malditos inútiles. —Meto un pantalón de chándal y una sudadera con capucha dentro de mi bolsa de mano—. Estoy hablando con vosotros, idiotas.

—Tienes que elegir, Andersen —dice Jaxon, con una sonrisa irritante en su rostro mientras me observa preparar el equipaje para nuestro vuelo de esta noche—. Inútiles o idiotas. No nos cargues con los dos insultos.

—Seréis lo que yo diga.

Los ojos de Adam brillan, divertidos.

—Parece que el osito está bastante gruñón esta mañana.

—Gracias —refunfuño, aceptando la barrita de granola que me entrega cuando paso junto a él.

—Por el amor de Dios, Garrett, llámala.

—No puedo. Necesitaba espacio para hacer esto sola. —Abro bruscamente la nevera, saco el zumo de naranja y lo bebo directamente del envase—. No quiero molestarla.

—No creo que llamar para ver cómo está y saludarla le moleste. Es una forma de hacerle saber que estás pensando en ella.

No puedo dejar de pensar en ella. Mi mente no se ha apagado desde que Jennie salió de aquí hace veinticuatro horas. El problema es que en mi cabeza no hay un solo pensamiento coherente. Todo es un revoltijo de «qué hubiera pasado si…», sumado a un miedo que lleva a otro, hasta que estoy vagando por un camino oscuro y preguntándome cómo sería la vida si ella se va a Toronto. No tengo nada claro, excepto que sería un futuro frío y sombrío que no quiero en absoluto.

—¿Y si se va? —digo de golpe—. ¿Qué pasa si acepta el trabajo y se muda a Toronto?

Adam y Jaxon me observan atentamente.

—¿Qué pasa si se va? —responde por fin Adam—. No puedes seguirla. Al menos no por ahora. No justo cuando tu familia se muda aquí.

Se me cierra la garganta.

—No quiero despedirme de ella.

—Las relaciones a distancia son difíciles —añade Jaxon—. Son difíciles para cualquier pareja normal, y la tuya no es normal. Juegas a hockey profesional. Cuando no estés viajando, seguramente estarás en Vancouver. La verías fuera de temporada. ¿Es eso lo que quieres?

Lo que quiero es a Jennie, sea como sea, no importa la manera. Si tengo que correrme en videollamada en la alfombra de mi habitación de hotel durante ocho o diez meses al año, lo haré.

—Quizá podrías pedirle que se quede —sugiere Jaxon.

—No puedo.

Quiero. Quiero ser egoísta. Pero no puedo. Jennie merece esta oportunidad. Más que querer que se quede, quiero que siga sus sueños. Y nunca le pediría que me elija a mí en lugar de sus sueños.

—¿Te preocupa que no seas una razón lo suficientemente buena para que se quede?

No me preocupa no ser suficiente para Jennie. Esa mujer nunca me ha pedido que sea otra cosa que yo mismo. Todo lo que he podido ofrecerle ha sido siempre justo lo que ella necesitaba. Lo mismo puede decirse de lo que ella me da. No sé de cuántas maneras se puede explicar cómo dos personas encajan tan perfectamente, pero estoy dispuesto a pasarme la vida entera hilando frases, si eso es lo que hace falta, para que entienda que esto, lo que tenemos, es suficiente. Que ella es suficiente.

—Creo que el amor es razón suficiente para hacer la mayoría de las cosas, pero no necesito que ella se quede en Vancouver para amarla. La amaré donde quiera que esté y me aseguraré de que mi amor le llegue.

Porque esa, creo yo, es la mayor lucha de Jennie: entender que no tiene que sacrificar ni una sola parte de sí misma para tener todo el amor que merece.

El amor verdadero es incondicional. Es ver a alguien tal como es y aceptarlo en cualquier sentido. Es saber que primero sois amigos y luego amantes, entender que las discusiones son oportunidades para conocerse más en profundidad. Es saber que te esperan con la cena en el microondas y las luces encendidas para que cuando llegues a casa te sientas a salvo. Es ducharse juntos para poder besarse un poco más. Son secretos que se revelan entre abrazos en la madrugada, es bailar en la cocina o ver películas de Disney en el sofá y llorar desconsoladamente. Es apoyar los sueños del otro, crecer juntos y crecer por separado. Porque si podemos ser fuertes cada uno por su lado, seremos más fuertes juntos.

Si tengo que amar a Jennie desde el otro lado del país, eso es justo lo que voy a hacer. Y si la distancia no me va a detener, mucho menos Carter Beckett.

***

Carter no va a detenerme, pero seguro que va a intentarlo, y me está haciendo enfadar muchísimo mientras lo intenta.

—Andersen, parece que te va bien en la segunda línea. —Patina en círculos a mi alrededor, con el palo cruzado sobre sus caderas.

—Yo creo que debería volver a la primera línea, ya que, ya sabes, es mi lugar.

—Pero entonces, ¿dónde jugaría Kyle?

—En su sitio —respondo apretando los dientes—. En la segunda línea.

—Estoy de acuerdo —interviene el entrenador—. Necesitamos que Andersen vuelva a estar en la primera línea contigo y Emmett. Por algo vosotros tres sois nuestra formación estrella —interrumpe a Carter tan pronto como abre la boca—. Beckett, mírame a los ojos y dime cuál es el lugar de Andersen en este equipo.

Carter aprieta la mandíbula:

—En la primera línea.

—¿Y por qué?

Su mirada se dirige hacia mí y, más allá de toda la ira, veo algo más. Algo vulnerable y sosegado. Por un momento, a pesar de su actitud de mierda de la semana pasada, siento lástima por él.

—Porque es un jugador valioso y un líder irremplazable.

—Exactamente. Así que arreglad vuestros asuntos y esta noche vamos a jugar al hockey de verdad. Andersen, estás de nuevo en la primera línea.

—¡Bien hecho! —Emmett me da una palmada en el trasero con su mano enguantada—. Bienvenido de nuevo, colega. Te hemos extrañado.

—Habla por ti —protesta Carter, y esa empatía a la que me aferraba hace un momento se desvanece. El rostro surcado de lágrimas de Jennie flota en mi mente y algo dentro de mí se rompe.

—Vamos, Beckett, madura de una puta vez.

Carter se acerca.

—¿Tienes algún problema, Andersen?

—Sí, tengo un maldito problema. —Patino hacia delante hasta que mi pecho choca con el suyo—. Mi problema es que tienes veintinueve años, pero te comportas como un niñito caprichoso al que le han soplado las velas del pastel de cumpleaños.

No sé cuál de nosotros deja caer el palo y tira los guantes al hielo primero.

Carter me agarra de la camiseta y me lanza un puñetazo, pero no me da en la cara, sino en el hombro.

—¡Te estás follando a mi hermana!

—¡No, no es así! —Tiro de él hacia mí y le hago saltar el casco—. Es más bien…

—¡Dijiste que «harías temblar su mundo»!

Nuestras piernas se enredan y cuando envuelve mi cabeza con un brazo, mi casco sale disparado y los dos caemos sobre el hielo.

—¡Ella lo dijo primero!

—Sí, bueno, ahora yo haré temblar tu mundo, ¡y no te vas a divertir! ¡Te voy a hacer polvo!

—Qué lástima, porque yo te voy a hacer trizas primero —gruño, rodando sobre él y sujetando su cuerpo agitado contra el hielo. Mi puño apenas hace contacto con su boca mientras su mano cubre mi cara—. ¡Porque yo ya… joder… te dejé por los suelos una vez!

—Mierda —murmura alguien.

—Qué vergüenza —añade otra voz.

—Dejad que lo resuelvan entre ellos. Tienen que jugar juntos esta noche.

—Apuesto cien dólares a que gana Beckett. Quiere sangre. Andersen se ha follado a su hermana.

—Acepto la apuesta. Tienes que estar bien loco para poner a prueba a Beckett de esa manera. Creo que Andersen podrá con él.

Los ojos de Carter se oscurecen y su grito de batalla resuena en el hielo mientras rueda sobre mí.

—¡Te estás follando a mi hermana!

—¡La amo, joder!

Su boca se abre de golpe y afloja el puño con el que me tiene agarrado de la camiseta.

—¿Qué?

Le doy en las muñecas con un golpe de karate y lo hago tragar aire.

—Te he dicho que la quiero, ¿vale?

Él se sienta, pero sigue encima de mí.

—Pero yo pensaba…

—¡Porque no me escuchas, coño! —Le lanzo un guante a la cara —. ¡No todo gira en torno a ti, Carter! ¡Aquí lo importante es que nuestros caminos se han encontrado!

—Pero es mi hermana. No puedes…

—¿Por qué no? ¿No crees que soy lo suficientemente bueno para ella?

—¿Qué? No, yo… —Le brillan los ojos, llenos de culpa. Niega con la cabeza—. No he dicho eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Porque lo único que querías era que Olivia te diera una oportunidad, y ahora no me la das a mí.

—Podrías… podrías… —Su pecho se agita y una mancha de sangre se acumula en el centro de su labio inferior—. ¡Podrías hacerle daño!

Otro maldito guante hacia su cara.

—¡Tú eres quien le está haciendo daño ahora mismo, Carter! No soporta que la hayas sacado de tu vida así. Y con razón. Eres su hermano. ¿No ha perdido ya bastante a lo largo de su vida?

La nuez de Adán sube y baja en la garganta de Carter y la culpa en sus ojos comienza a ahogar sus pupilas.

—Se ha pasado la vida sintiéndose eclipsada por ti, pensando que lo único que tenía para ofrecerle a alguien era ser la hermana de Carter Beckett. Y por fin se estaba dando cuenta de que había personas que querían estar con ella por ella misma, no por ti. Encontró el amor, después de todo lo que había pasado, todo el maldito dolor, ¿y qué haces tú? Darle la espalda. Decirle que no puede tener lo que buscaba.

Mueve la cabeza, como negando.

—No, yo… yo nunca haría eso.

—Pero así es como interpreta tu silencio. ¿No lo entiendes? Tienes derecho a estar cabreado, pero estás actuando como un niño. Jennie no necesita que la protejas. Necesita que la apoyes y seas su amigo, su hermano, que estés a su lado mientras toma las riendas de su vida, porque ella es excelente por sí sola. Deberías querer que sea feliz sin importar dónde encuentre esa felicidad.

—Yo quiero que ella sea feliz —susurra, quitándose por fin de encima de mí y desparramándose sobre el hielo a mi lado—. Jennie

se merece lo mejor del mundo.

—Y yo quiero dárselo.

Carter inclina su cabeza para poder mirarme fijamente.

—Ollie me dijo que estaba siendo injusto. Me mandó a dormir al sofá.

—Tienes como tres habitaciones libres.

—Cuatro. Pero dijo que no merecía dormir en una cama.

Suspiro, pasándome una mano por el cabello empapado.

—Hace casi dos putos días que no hablo con mi mejor amiga.

Carter me observa atentamente.

—¿Tu mejor amiga?

—Jennie es mi mejor amiga, Carter.

—¿Y si acepta el trabajo en Toronto?

—Lo resolveremos cuando llegue el momento. Pero para serte sincero, ni siquiera creo que ella quiera ese puesto. Pienso que la única razón por la que está considerando aceptarlo es porque está convencida de que no la quieres aquí ahora, y que sin ti, perderá a todas las personas que ama.

—Mierda. La he cagado.

—Eso es decir poco, sí.

—Beckett —llama el entrenador desde el otro lado de la pista—. ¡Sal del hielo! ¡Has acabado por hoy!

Carter se incorpora y se queda sentado.

—¿Qué? No, solo estábamos…

—Entrenador, todo va bien. No vamos a…

Se detiene frente a nosotros, rociando a Carter con una lluvia de hielo al frenar. Sonríe:

—Te necesitan en el hospital.

Carter se endereza de golpe.

—¿Qué?

—Estás a punto de ser papá.

—¡Mierda! —Carter se da la vuelta y se arroja encima de mí para darme una especie de abrazo antes de ponerse de pie, abrir los brazos y gritar—: ¡Voy a ser padre!

Adam me levanta; Carter sale disparado sobre el hielo.

—¡Olivia! ¡Ya voy, cariño!

***

—¿Es el primero?

La recepcionista del mostrador observa a Carter con una sonrisa, una que muestra mucha paciencia, probablemente porque Carter camina de un lado a otro por el pasillo, agitando las manos frente a su rostro. Cara lo ha estado grabando para mostrárselo a Olivia más tarde. Ahora no es el momento de restregarle en la cara que su marido se está desmoronando.

—¿Bebé? No… —Se pone una mano sobre el pecho—. Soy papá de un perro.

Holly entrecierra los ojos.

—Carter.

—¿Qué? —Él la mira—. Oh, ¿un bebé humano? Sí, este es nuestro primer bebé humano. El primero y el último —ríe con ansiedad—. Es una broma. Probablemente tendremos tres. Quizá cinco. —Otra risa estridente—. Cinco bebés humanos. —Se pasa una mano temblorosa por la boca; está excepcionalmente pálido—. ¿Por casualidad hay algún cubo por aquí?

Las cejas de la recepcionista se fruncen.

—¿Un cubo?

Carter señala un bote de basura al otro lado de la habitación y camina hacia él.

—Oh, eso servirá. —Agarra el borde y enseguida vacía todo el contenido de su estómago en el recipiente.

Alannah, la sobrina de Carter y Olivia, me da un codazo.

—Ya era hora, ¿eh? Pensé que el tío Carter iba a vomitar hace una hora. Es muy dramático y se pone delicado del estómago cuando tiene miedo.

—¡No tengo miedo! —grita Carter, y luego se lanza al contenedor una vez más—. ¡Es la avena de esta mañana! —Otro vuelco del estómago—. ¡Seguro que estaba en mal estado!

Alannah levanta las cejas como diciendo «te lo dije».

—Está asustado.

Carter lleva aquí cuatro horas; los demás llegamos hace dos. Ha entrado y salido de esa habitación trece veces, y cada vez su tono

de voz ha subido una octava. Tiene la cara roja y la frente empapada en sudor, y su cabello apunta en mil direcciones diferentes. No tiene miedo, está aterrorizado.

—Sabía que esto iba a pasar —murmura Holly mientras hurga en su bolso. Saca un cepillo de dientes envasado y un pequeño tubo de pasta dentífrica y se los pasa a Carter—. Ve a cepillarte los dientes y no te separes más de tu esposa.

—Tal vez debería entrar yo —sugiere Cara, levantándose—. ¿De verdad confiamos en Carter? Además, cuando ambos están molestos, se alimentan de la energía del otro. ¿Los has visto pelear? No es algo bonito de ver.

Emmett tira de ella hacia abajo.

—Carter va a comportarse como un adulto y será fuerte para su esposa.

Carter está de acuerdo, creo, ya que mueve la cabeza en silencio durante un buen rato antes de caminar por el pasillo de una vez por todas, con el cepillo y la pasta de dientes apretados en sus puños.

Me dejo caer en mi asiento y tamborileo con los dedos sobre mis muslos.

—¿Alguien ha llamado a Jennie? Bueno… para avisarla.

Holly me sonríe.

—Su vuelo ha salido temprano esta mañana. Debería llegar pronto.

—¿Su vuelo? Pero pensaba que se quedaría otro día más. Se suponía que volvería a casa mañana —digo después de sentarme.

Holly simplemente me guiña un ojo. No lo entiendo. Si su vuelo ha salido esta mañana, ella no sabía que Olivia estaba de parto. Entonces, ¿por qué vuelve antes a casa?

—¿Qué ha pasado…? ¿Entonces ella…? ¿Ella está…? ¡Ahhh! —Entierro el rostro entre las manos y dejo caer mis codos hasta las rodillas—. Olvídalo.

La siguiente hora y media la pasamos caminando de un lado a otro entre la máquina expendedora y el puesto de Tim Hortons de la cafetería, en la planta baja. Me he comido un paquete entero de veinte Timbits, así que cuando Adam mete la mano en la caja vacía, frunce el ceño.

—Peudona —murmuro, tragando el Timbit con sabor a pastel de cumpleaños—. Cuando estoy nervioso me da por comer.

En algún lugar se oye una puerta que se abre, seguida por un ruido rápido y fuerte de pasos. Carter entra en la sala, vestido con una bata de hospital azul y una de esas gorras de tela medio transparente en la cabeza.

—Es una niña —solloza, ahogándose con las lágrimas que corren por su rostro—. ¡Estoy más que aterrorizado!

Desaparece tan rápido como llega, y estallamos en vítores y abrazos. Desearía que Jennie estuviera aquí.

—¡Os lo dije, joder! —exclamo, extendiendo la mano. Con un gruñido colectivo, Emmett, Adam, Jaxon y Jeremy, el hermano de Olivia, colocan billetes en mi mano expectante. Me meto las ganancias en el bolsillo—. Hank, tú lo sabías, ¿verdad, amigo?

—Supe que sería una niña en el momento en que Carter anunció que sería un varón. Mi dulce Ireland siempre quiso una niña, y desearía haber podido darle una. Yo también soñaba con tener una hija. Una versión en miniatura de la mujer más buena que jamás he conocido, con un corazón enorme.

Sonríe mirando hacia el techo, con los ojos vidriosos.

—Apuesto a que ella está aquí ahora, asegurándose de que esa pequeña bebé haya llegado sana y salva a este mundo para estar con su familia.

Holly le da una palmadita en la mano:

—Creo que tienes razón, Hank. Tu Ireland siempre ha estado con nosotros.

Una hora después, la comadrona de Olivia nos saluda con una sonrisa.

—A mamá y a papá les encantaría que vinierais a conocer a su pequeña hija. —Me quedo detrás mientras todos se ponen de pie.

—¿Garrett? —Adam me mira de reojo—. ¿Vienes?

—Bueno. —Agito una mano—. No. Probablemente no se refería a mí.

—Carter ha dicho específicamente que «todos» —aclara la comadrona.

—Bueno. —Me seco las manos húmedas en los muslos y me pongo de pie—. Genial.

La habitación es enorme, incluso con todos nosotros dentro, haciendo fila para saludar a la valiente mamá.

Rodeo a Olivia con un brazo y le beso la mejilla. Aunque parezca agotada, sigue estando guapísima.

—Hola, mami. Has estado genial, y eres muy valiente por dejarnos entrar a todos a la vez.

Ella se ríe y me abraza más fuerte.

—Teníamos que tener a toda nuestra familia aquí. —Sus ojos recorren la habitación y frunce el ceño cuando ve que falta una persona.

—¿Cómo te sientes?

—¿Me creerías si te digo que el dolor se me olvidó tan pronto como la oí llorar?

—Mi madre dijo lo mismo cuando nació Alexa. —Le doy un apretón en la mano—. Lo has conseguido, Ollie.

—Va a ser la niña más afortunada con un tío como tú. Incluso te perdonaré por haberle partido el labio a Carter precisamente hoy, solo porque se lo merecía.

Me río, pero mi risa se acalla rápidamente cuando oigo la voz que grita desde el pasillo.

—Aquí estoy. ¡Aquí estoy! Joder, por fin he llegado.

Jennie entra en la habitación, sin aliento, con el cabello recogido en un moño en lo alto de su cabeza, vestida con mi sudadera con capucha. Su mirada se encuentra con la mía desde el otro lado de la habitación, y cuando sonríe, siento que me he muerto y he subido al cielo.

—Tía Jennie, eso es un dólar por la palabrota…

Jeremy tapa la boca de Alannah con su mano.

—Hoy no.

Despacio, Carter rodea la cama de Olivia con su hija en brazos, envuelta en una manta color verde salvia:

—Hank, queremos que la tengas en brazos tú primero.

Las cejas blancas de Hank saltan.

—¿Yo? ¿De veras?

—Sí, de veras.

Sus manos se elevan a ambos lados de su cabeza, temblando nerviosas.

—Bueno, está bien, entonces. ¿Alguien puede buscarme una silla? Ha pasado mucho tiempo desde que he tenido a un bebé en brazos, y esta es especialmente preciosa.

Adam ayuda a Hank a sentarse y Carter coloca en sus brazos a su hija recién nacida, con sus tres kilos y medio de perfección.

Los ojos de Carter resplandecen con orgullo y amor cuando le roza la mejilla y murmura:

—Te presento a tu abuelo postizo, dulce Ireland.

Hank levanta la cabeza de golpe. Holly se ahoga en un sollozo y a Jennie no le bastan las manos para enjugarse los ojos.

Las lágrimas se acumulan en los ojos azules de Hank, que susurra:

—¿Ireland?

—Ollie y yo no podríamos imaginar un nombre más perfecto para nuestro pequeño milagro.

Las manos de Hank tiemblan al sostener en sus brazos el bollito diminuto envuelto en una manta. La punta de su dedo índice se detiene en su pequeño mentón y acaricia sus mejillas redondas con sus manos curtidas. Le tiembla la barbilla y una lágrima cae sobre la mantita verde.

—Dulce Ireland, serás la niña más fuerte, más intrépida y más amada. —Pasa su mano por el cuerpecito, y ella levanta la mano y sus diminutos dedos envuelven uno de los dedos de Hank. Una lágrima cae y luego otra, y Hank levanta su dedo capturado, coloca la pequeña mano sobre su mejilla y cierra los ojos.

Quedo embelesado cuando Jennie sostiene a su sobrina como si fuera lo más preciado del mundo. Creo que lo es: mejillas sonrosadas, una mata espesa de pelo oscuro y pestañas a juego, una boquita en forma de corazón sobre la que Carter se inclina y besa exactamente cada dos minutos. No puedo apartar la mirada y tampoco quiero hacerlo.

—Odio decir esto —comienza Emmett—, pero tenemos que irnos. Hay que llegar al estadio. —Pone su mano sobre la barriga de la

pequeña Ireland—. Te voy a tener en brazos hasta que te canses en un par de días, cuando estés en casa.

Adam y Jaxon se despiden, pero mis pies no se mueven y me quedo mirando a Jennie.

—Tenemos que irnos, Gare.

—Sí, pero yo…

—Garrett.

—Está bien, solo quiero…

—Ahora.

Un sonido de frustración gorgotea en mi garganta. Echo la cabeza hacia atrás, aprieto los puños y definitivamente no muevo ni un pie.

Adam levanta una ceja divertido.

—¿De verdad acabas de hacer un puchero?

—No —refunfuño, y con una última mirada en dirección a Jennie, sigo a Adam, Emmett y Jaxon hacia el pasillo.

—Deja ya de estar de mal humor. —Jaxon me da un golpecito en la cabeza—. Está aquí, un día antes de lo previsto, y te está sonriendo.

—Solo quería abrazarla —murmuro.

—¿Qué?

—He dicho que solo quería abrazarla. Ella estaba justo ahí y lo único que quería era… ¡Ey! —Un cuerpo choca con el mío por detrás y un calor chispeante se extiende por mi cuerpo como un incendio cuando dos brazos me rodean por la cintura y me sujetan fuerte.

Jennie se coloca frente a mí, cubriendo mi corazón con una mano y sosteniendo mi rostro con la otra.

—Yo también quería abrazarte. —Se pone de puntillas y me besa en la mejilla—. Te he echado mucho de menos —susurra contra mi piel, y cuando intenta apartarse, la abrazo contra mi pecho, enterrando mi rostro en su cabello. Ella huele como siempre, a azúcar de vainilla, canela y café, y no la pienso soltar jamás.

—¡Ya basta, tortolitos! —grita Emmett—. Tenemos que estar en el estadio en quince minutos y estamos a veinte de distancia.

Jennie sonríe.

—Buena suerte, grandullón. —Cuando me besa una vez más en la mejilla, sé que definitivamente he llegado al cielo.

***

Ganamos el partido en casa por dos goles, uno de ellos mío, y cuando abordamos el avión hacia San José son casi las once de la noche.

Después de una hora, el avión está en silencio y todo es oscuro, salvo por el brillo de algunas tabletas y móviles. La mayoría del equipo está durmiendo, pero a pesar de todo el cansancio, estoy completamente despierto.

Jennie ya ha llegado a casa y quiero estar con ella. Quiero preguntarle sobre la entrevista. Quiero saber todo lo que pasa por su mente. Quiero decirle que la amo y la apoyo, que seguiré haciéndolo sin importar lo que ella decida.

Tengo que saberlo. Mis pulgares han escrito la pregunta una y otra vez, y todas las veces la he borrado. No quiero presionarla y no sé cuánto espacio necesita todavía, incluso aunque me abrazase como si le faltara una parte de ella cuando estábamos lejos. A mí también me faltaba una parte.

Una luz brilla en mi regazo y aleja mi atención de la ventana. Mi corazón late con fuerza al ver el solecito en la pantalla.

Solecito: quieres jugar a un juego?

Yo: qué juego?

Solecito: Toronto vs. Vancouver.

Recibo un archivo adjunto.

<u>Toronto:</u>

- *Sex shop* interesante en la calle Cumberland. Gasté $$$.
- 3 heladerías «Sweet Jesus». ¿Por qué cerraron nuestro único local?

<u>Vancouver:</u>

- Garrett hace el mejor chocolate caliente.

- Garrett me hace cosquillas en la espalda en la cama y cuando vemos películas en el sofá.
- Ganar a Garrett en las batallas de baile.
- Bailar lento en la cocina con Garrett.
- Garrett hace manualidades conmigo.
- Garrett me trae bocadillos a la cama.
- Acurrucarme con Garrett.
- Pasarme una ducha entera solo besando a Garrett.
- Garrett da los mejores abrazos de oso.
- Garrett me invitó a mi primera cita en esta ciudad y me prometió más.
- Garrett sabe cómo arreglar parachoques abollados (muy ingenioso).
- Garrett ve mis juguetes como amigos, no como competencia.
- Nadie me hace reír como Garrett.
- Garrett es paciente, amable y me acepta tal como soy.
- Garrett me mira como si fuera lo mejor que hay en la vida. Él es lo mejor que tengo en la mía.
- Garrett.
- Garrett.
- Garrett.

Solecito: vamos, Garrett, juega conmigo.

43
SOL Y CAOS

Jennie

¿Alguna vez has visto a un hombre de un metro noventa acunando en sus brazos a su pequeña bebé recién nacida mientras le canta «You Are My Sunshine»?

—Maldita sea —murmuro—. Son tan adorables.

—Llevo un pañal para adultos y estoy desgarrada allí donde ninguna mujer debería estarlo jamás, todo porque él no supo controlarse y no pudo acabar fuera ni una maldita vez, pero estoy tan enamorada de esos dos… Es increíble. —Olivia mira a Carter y a Ireland mientras se mecen juntos despacio. Juro que vi un atisbo de lágrimas antes de que arrugara la nariz y las escondiera—. Está lejos de ser perfecto, Jennie, pero tiene mucho amor en su corazón. Tu hermano te ama mucho.

—Tiene una forma un poco extraña de demostrarlo a veces. Él fue quien me enseñó a comunicarme, lo importante que era decir lo que pensaba, y luego desapareció de mi vida.

—Tienes todo el derecho a estar cabreada con él. Cometió algunos errores y ahora tiene que corregirlos. —Ella se frota los ojos y suspira—. La noche de tu entrevista, Cara y Emmett vinieron a jugar al karaoke. Carter eligió la canción que siempre cantáis juntos.

Sonrío al pensar en la forma en que nos complementamos tan perfectamente en nuestra canción favorita de *Frozen*, «La puerta hacia el amor».

—No dejaba que nadie más cantara con él, pero tampoco cantaba tus líneas. Estaba angustiado. Dejaba el micrófono colgando a su lado. —Ella niega con la cabeza—. No sé por qué razón simplemente no eligió otra canción. —Olivia se inclina hacia mí y me apoya la cabeza en el hombro—. ¿Puedo ser sincera contigo, Jennie?

—Siempre.

—Me alegro de que hayas decidido que Toronto no era para ti. Si hubieras elegido que ese era tu lugar, me habría alegrado por ti, pero… me hubiera puesto muy triste por todos nosotros. Te quiero mucho, pero realmente quería seguir amándote aquí mismo. Sé que es egoísta de mi parte, pero…

La envuelvo en mis brazos, apretándola contra mi corazón.

—Gracias.

—Estoy muy agradecida de tenerte, Jennie. —Se seca los ojos con disimulo—. Bueno, Carter. Es hora de dejar que la tía Jennie le dé un poco de amor a la bebé.

—¿Qué? ¡Pero aún no he terminado! Acabo… —Abraza a la bebé contra su pecho y frunce el ceño. Cuando Olivia intenta tomar a su hija en sus brazos, grita—: ¡No me la quites!

—Carter, dame a la bebé.

—No.

—*Carter*.

Él frunce el ceño con fuerza y se le arruga toda la frente. Con un resoplido, se gira hacia mí:

—Debes tener mucho cuidado.

—Ya la ha cogido en brazos antes —le recuerdo.

—Bueno, no lo olvides.

—No lo olvidaré.

—Siéntate en el sofá. No quiero que trates de sentarte cuando ya la tengas en brazos.

Lucho para no poner los ojos en blanco y me siento.

—Así —dice chasqueando la lengua—. La pondré en tus brazos. —Se inclina y luego se retira—. Mete el collar dentro de tu camisa para

que no intente comérselo.

Meto mi collar en la camisa para que mi sobrina de dos días no intente comérselo.

Él se inclina hacia delante y luego hacia atrás.

—Y no te olvides de aguantarle la cabeza.

—Le aguantaré la cabeza.

—Y no…

—¡Por el amor de Dios, Carter, ya sé cómo tener en brazos a un bebé, joder!

—Vaya —murmura, y deposita suavemente a Ireland en mis brazos—. Alguien está irritable.

—Juro por Dios que te arrancaré las pelotas y nunca más volverás a tener un hijo. Ahora cállate, siéntate o sal de mi vista.

Se hunde a mi lado sin decir ni una palabra más, encogiéndose ante mi mirada como un niñito asustado.

El cálido bollito en mis brazos se mueve y hace ruiditos. Yo la miro y me maravillo ante el rostro más perfecto de todo el universo: unos grandes ojos de un tono azul grisáceo brumoso, salpicados de unas motitas verdes apenas perceptibles, enmarcados por pestañas oscuras. Tendrá los ojos de su padre. Trazo el arco de su boquita rosada y la forma de su nariz diminuta antes de acariciar su mejilla redonda y sonrosada.

—Es perfecta.

La barbilla de Carter golpea mi hombro.

—Sí, ¿no?

—Eres igualita a tu madre. ¿No es así, pequeña?

Carter resopla.

—Si tú lo dices. Mira esto. —Acaricia con su dedo uno de los lados de la carita de la bebé. La comisura de su boca se levanta y un hoyuelo profundo se dibuja en su mejilla.

Me quedo sin aliento.

—Tienes los hoyuelos de tu tía.

—*Nuestros* hoyuelos.

—Sí, estás tan guapa con los hoyuelos de tu tía, ¿a que sí, dulce Ireland?

Ella parpadea y me mira, lenta e insegura, y cuando sus pequeños dedos envuelven uno de los míos, la emoción me desborda. La acuno contra mí y cierro los ojos, inhalando el aroma de su inocencia.

—Te quiero mucho, dulce niña. Siempre estaré aquí para ti. Lo prometo.

Carter me observa por un momento antes de apoyar su mano sobre la mía, que está sobre la espalda de Ireland, y mi mundo se ordena un poco más.

Suena una alarma y Olivia comienza a quitarse la camisa.

—¡Hora de comer!

—Consigues que mamá se quite la ropa más rápido que yo, pequeña calabaza —susurra Carter, tocándose la nariz—. Eso es impresionante, bebé.

Olivia nos mira.

—¿Sabéis qué? Creo que nosotras nos vamos a ir arriba a comer. A vosotros os va a venir bien pasar un rato a solas. —Se lleva a Ireland y nos deja a Carter y a mí solos por primera vez en más de una semana.

No tengo hambre, pero me dirijo a la cocina, busco las galletas Oreo de cumpleaños, separo tres, coloco las capas de glaseado juntas hasta que tengo una Oreo gigante y la aplasto entre mis dientes. Miro a Carter directamente a los ojos mientras abro el armario debajo del fregadero, piso el pedal de la basura y arrojo los trozos de galleta restantes dentro.

Nunca lo había visto esforzarse tanto por controlar el tic en el ojo. Hay una vena del cuello que parece que podría estallar si la pincho justo en el punto correcto.

Se aclara la garganta, mete las manos en los bolsillos y se acerca despacio.

—Sabes… —Hace chasquear la lengua dentro de su boca cerrada y mueve la cabeza—. He estado pensando en cambiar mi nombre de usuario de TikTok.

—¿Ah, sí? —Me miro las uñas—. ¿Y qué nombre te vas a poner?

—«ElPQMGFmásguapodelmundo».

—Pero tu usuario «Marido-Trofeo» ya es icónico.

Él suspira.

—Es una decisión difícil.

—¿Qué piensa Ollie?

Pone los ojos en blanco.

—Ella cree que debería cambiarlo por mi nombre real.

—Qué va. Qué poco original.

—Exacto, ¿no? No ha nacido para el mundo de TikTok. —Se detiene en el borde de la encimera y traza dibujos sin rumbo sobre el mármol—. Te he echado de menos.

Me cruzo de brazos.

—No tenías por qué extrañarme. Estaba justo aquí.

—Estaba cabreado contigo. Con vosotros.

—Vale, pero ignorarme durante una semana no ha estado bien. Así no es como solucionamos los problemas en esta familia, Carter. Ni tú ni yo. Se supone que nos comunicamos.

Él baja la cabeza.

—Lo sé.

—¿En serio lo sabes? Porque siempre nos hemos tenido el uno al otro, y de repente ya no estabas y eso me hizo sentir muy sola. Siempre has sido mi mayor apoyo, pero en lugar de eso nos dejaste fuera a ambos, a mí y a Garrett, y sentí que te había perdido. ¿Pero sabes qué fue lo peor de todo? Por un segundo no supe quién era sin ti a mi lado. No sabía quién era si no era tu hermana menor. Me dije que nadie me querría si ya no éramos un equipo. Casi me mudo a Toronto porque me convencí de que vivía a tu sombra. Pero luego me di cuenta de que nunca había sido así. Eres mi hermano, pero yo no soy solo tu hermana. Lo único que me mantenía a tu sombra… era yo misma.

La mirada de Carter contiene todo el remordimiento de alguien que ha tenido demasiado tiempo para pensar en qué ha hecho mal.

—Lo siento, te di la espalda. Siento haberte hecho sentir sola. Te pido perdón si no te he dado suficiente espacio para brillar. Pero siempre brillas ante mis ojos.

—Me dejas brillar. Y Garrett también. Él es tan paciente y tan amable conmigo. Me hace sentir que puedo ser quien yo quiera ser. Me siento segura con él, Carter.

—Siento haberte fallado constantemente. No pude proteger tu corazón cuando papá murió. Tampoco pude cuidarlo en el instituto. Siempre… siempre estoy muy preocupado, Jennie, de que alguien te pueda hacer daño. Y esta vez, tengo la culpa porque he dejado que mi ego se interpusiera. —Me toma de la mano—. Se supone que debo protegerte. Se supone que soy la persona a quien puedes recurrir, en quien puedes confiar.

—Y lo eres. Eso no cambiará. Pero tengo que ser capaz de cuidarme a mí misma. Garrett me ha ayudado a aprender cómo.

—Pero… —Se muerde el labio inferior—. Pensé que yo era tu mejor amigo.

—Ay, Carter. —Aprieto su mano con fuerza y me acerco más—. Lo eres y siempre lo serás. Pero Garrett es como Olivia para ti. Cuando conocí a Garrett, cuando lo conocí de verdad… me sentí muy afortunada, como si por fin hubiera encontrado lo que tú y Olivia tenéis, algo que pensé que nunca podría conseguir, porque no estaba destinada a ello. ¿No crees que merezco ser amada como tú amas a Ollie?

—Te mereces el mundo entero, Jennie.

—Siento que lo tengo todo con Garrett.

Él me mira fijamente durante un largo rato.

—Él me ha dicho que te quiere.

—Así es.

—¿Tú también lo amas?

—Mucho. —Sonrío—. Le dio un puñetazo a Simon por mí.

Sus ojos se iluminan.

—¿En serio?

—Dos veces.

Su pecho se hincha.

—Yo le habría pegado tres veces.

—No es una competencia —le recuerdo con suavidad.

Él mira hacia otro lado y murmura las siguientes palabras:

—Parece que ya no me necesitas.

Me escuecen los ojos y parpadeo rápido, intentando detener las lágrimas que amenazan con aparecer, pero no sirve de nada. Maldita sea. Estúpidas y traicioneras lágrimas.

Los ojos de Carter se abren de par en par y levanta las manos frente a su cara mientras gira en el mismo lugar, como si no tuviera idea de qué hacer.

—Ay, no. No, no quería… no. ¡Olivia! ¡La he hecho llorar!

—¡Por el amor de Dios! —grita ella desde arriba—. ¡Compórtate como un hombre maduro y arréglalo, Carter! ¡Tengo una personita diminuta enganchada a mi pezón! ¡No tengo tiempo para tus dramas!

Le echo los brazos al cuello a Carter y él me abraza mientras lloro.

—Siempre te necesitaré. Eso nunca cambiará.

—¿Lo prometes? —pregunta en un susurro.

—Prometido.

***

Garrett

Me invade una extraña sensación de *déjà vu* y vacilo frente a la puerta de Jennie con mi bolsa de hockey colgada del hombro y los palos en la mano, como la primera vez que vine para ver cómo estaba, antes de que una caja de consoladores me explotara en la cara.

No es que tenga miedo de llamar, es solo que… Tengo un poco de miedo. Jennie es fuerte y segura. Ella está segura de muchas cosas en su vida, y de lo único sobre lo que yo he estado tan seguro, bueno… es de ella.

Me muero por abrazarla, besarla, pero no sé cómo tomar lo que quiero ahora mismo. ¿Necesitamos tiempo? ¿Tenemos que volver a reconectar poco a poco? Nunca he sentido que nada fuera lento en nuestra relación. Claro que algunas de esas cosas llegaron con el tiempo. Pero en general, Jennie abrió su corazón de inmediato y

pidió lo que quería, y yo se lo di sin dudarlo: amistad. Pude tenerla toda, incluso las partes que no sabía que quería. Y ahora no sé bien cómo bajar el ritmo. Lo único que quiero hacer es seguir adelante, pero no quiero presionarla.

Me aclaro la garganta y toco a la puerta. La música se filtra desde el interior y, después de unos cuantos golpes más, pruebo a abrir girando el picaporte y me alegro de que la puerta no esté cerrada con llave.

La música que sale de su dormitorio es tan fuerte que no es de extrañar que no me haya oído. Dejo mi equipo en la puerta, me quito los zapatos y me dirijo al pasillo.

—¿Jennie? —llamo suavemente, asomando la cabeza en su habitación. Su mesita de noche está abierta, las mantas están revueltas sobre la cama y la oigo tararear en el baño, llamándome por mi nombre.

No estoy seguro de qué esperaba encontrar, pero seguro que no era una colección de consoladores y vibradores cubriendo casi cada centímetro del brillante mostrador de cuarzo blanco.

Tampoco esperaba encontrar a Jennie desnuda y apoyada contra la pared, con los ojos cerrados mientras gime, con una mano moviéndose entre sus piernas y la otra sosteniendo a Indiana con firmeza, como si necesitara algo de qué aferrarse.

—Mierda.

Los ojos de Jennie se abren de golpe y salta en el aire. Un grito espeluznante sale de su boca. Hacía tiempo que no escuchaba uno de esos gritos. Me había olvidado de lo mucho que hacen aumentar mi presión arterial.

Ella se retuerce en todas direcciones como si buscara un lugar donde esconderse, y cuando no encuentra ninguno, accidentalmente tira todos los juguetes del mostrador, que empiezan a zumbar y a saltar a sus pies. Indiana se escapa de su mano, y un grito desgarra mi garganta cuando veo que ese carnoso hijo de puta se eleva por el aire y se dirige directo a mi cara en cámara lenta.

—¡Ahhh! —grito, tapándome la cara con una mano cuando el pene me golpea y cae a mis pies—. ¡Mi ojo!

—¡Garrett! —grita Jennie, con ambas manos sobre mi pecho mientras me empuja fuera del baño—. ¡Fuera! ¡Sal!

La puerta se cierra de golpe en mi cara antes de que tenga tiempo de comprender lo que está pasando, y cuando se abre de nuevo ocho segundos después, Jennie trae puesta una de mis camisetas, tiene las mejillas sonrojadas y ha bajado la música a un murmullo suave. No parece menos enfadada, y no he tenido tiempo de procesarlo, por lo que todavía estoy nervioso.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —me grita.

Mis brazos se levantan y se agitan en el aire. Quizá si ocupo más espacio, ella me dará menos miedo.

—¡La puerta estaba abierta! Y… y… ¡oí que decías mi nombre!

—¡No la cierro nunca con llave, y digo tu nombre todo el tiempo!

—¿Por qué no cierras con llave si tienes todos tus juguetes sexuales expuestos?

—¡Hago lo que quiero!

—¿Por qué te masturbas con la puerta abierta?

—¡Hago lo que quiero! —grita una vez más—. ¡No se suponía que llegarías a casa hasta la medianoche, idiota!

—¡He tomado un vuelo antes para estar contigo!

Ella parpadea y me mira. El movimiento de su pecho disminuye.

—Oh. Eso es… —Se rasca la nariz arrugada—. Muy dulce.

Nos miramos fijamente durante un largo rato, y cuando ella se lanza hacia mi pecho, la abrazo muy fuerte.

—Te he echado muchísimo de menos —susurro. Es tan cálida, tan suave… Tiene un cuerpo perfecto que envuelve el mío y hace que todo encaje tan increíblemente bien.

Con su mentón sobre mi pecho, me regala una sonrisa tonta, con los hoyuelos dibujados en su cara.

—Te quiero mucho —me dice, y cubro su boca con la mía.

Los dedos de Jennie se hunden en mi cabello, acercándome más, y su lengua se desliza contra la mía. Mis manos la acarician por debajo de la camisa, rozando la curva del final de la espalda, y la atraen hacia mí antes de colocarla en el borde del mostrador.

—¿De verdad te quedas?

—Este es el lugar donde quiero estar, Garrett.

—¿Juntos?

—En ningún otro sitio.

—¿Y qué hay de tu sueño?

—Quiero mi propio estudio. Quiero enseñar danza de una manera que no fomente tendencias obsesivo-compulsivas. Quiero enseñar a niños y niñas a amar algo con intensidad y aun así tener límites saludables a su alrededor en lugar de dejar que esa pasión los consuma. Mi sueño es tener todo el amor que quiero, el amor que necesito y el amor que merezco. Y aquí, Garrett, es donde tengo todo eso.

—Estoy orgulloso de ti por reconocer lo que necesitas y mereces. Y podrá ser egoísta, pero me alegro de que te quedes.

—Me preocupaba que si me quedaba sería porque no sabía valerme por mí misma —admite—. No quería irme por las razones equivocadas, pero tampoco quería quedarme por las razones equivocadas.

—Valerte por ti misma no significa no tener amor, Jennie. No significa que tengas que hacerlo todo sola, que no vayas a crecer si no lo haces sola. Porque todo eso ya puedes hacerlo. Eres fuerte e independiente. Puedes crecer y forjar tu propio camino. Pero lo más importante es saber que no tienes por qué hacerlo.

—Está bien formar parte de un todo. —Ella pronuncia las palabras con suavidad, como si ya lo hubiera entendido, como si las fichas terminaran de estar en su lugar, como si la fantasía pasara a ser realidad. Sus suaves ojos azules se elevan hacia los míos, y la gratitud que brilla en ellos, el amor, basta para dejarme sin aliento—. Creo que tú eres la parte más importante, Garrett.

Mis labios chocan con los suyos y, de repente, no somos más que manos que se tocan, lenguas que se deslizan, besos lentos y húmedos, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para estar juntos. Y, de hecho, creo que lo tenemos.

Cuando nos separamos, Jennie apoya su frente contra la mía.

—¿Alguna vez te has preocupado por tener la sensación de que esto nunca tendría sentido? ¿Que éramos demasiado diferentes para que esto funcionara?

—A veces los opuestos se atraen. Pero, por si sirve de algo, no creo que seamos tan diferentes, y nunca hubo una parte de mí que pensara que no pudiéramos ser exactamente lo que el otro necesitaba.

Tomo su rostro entre mis manos, estudiando esos ojos azul violeta que contienen todas mis piezas favoritas: el humor, su lado burlón, la confianza, la incertidumbre, la compasión, el amor.

—Cada parte de ti encaja en cada parte de mí, y por eso lo sé. Sacamos a la luz las partes de cada uno que hasta ahora nos parecía que no podíamos mostrar, que durante gran parte de nuestras vidas nos asustaban. Eres mi mejor amiga y cuando nos encontramos, descubrimos que todo lo que necesitábamos estaba ahí. Enamorarme de ti es como tachar el último ítem en una lista de deseos.

Ella se acurruca contra mí, poniendo su cabeza sobre mi hombro.

—Sabes, no estoy segura de que nos hayamos enamorado como todos los demás. Creo que nosotros construimos lo nuestro desde cero. Nos priorizamos el uno al otro, hicimos de nuestra amistad un lugar seguro para estar juntos y aprender. Queríamos honestidad y confianza, y trabajamos todos los días para crearlas. Plantamos las semillas, y cuando florecieron fue porque tomaste mi mano y te aseguraste de que toda yo tuviera espacio para brillar, incluso las partes que me conformaba con dejar en las sombras.

A veces no puedo creer que ella sea real, como si fuera producto de mi imaginación, algo que mi mente soñó y dijo: «Aquí está todo lo que podrías desear, todo en una sola persona». No sé cómo la convencí de ser mía, pero sí sé que nunca la voy a dejar ir.

—Quiero estar contigo para siempre. Por favor, no te vayas.

***

Pasamos la siguiente hora abrazados. Mis dedos recorren su columna vertebral de arriba abajo mientras ella me cuenta todo sobre Toronto. Todavía siente el trauma por esa cena de ensalada, así que la voy a llevar a nuestra segunda cita y comeremos un buen filete.

—Termino de guardar mis cosas y me visto —anuncia Jennie.

La sigo hasta el baño y la ayudo a recoger su colección de juguetes.

—¿Qué estabas haciendo con todo esto?

—Les estaba haciendo una limpieza a fondo y me puse un poco cachonda mientras esperaba a que llegaras a casa. —Me golpea el hombro con Indiana—. No puedes culpar a una chica por tocarse mientras piensa en su novio.

—Golpéame con esa cosa una vez más y lo usaré en ti esta noche —hago rodar el tapón de vidrio rosa entre mis dedos—, mientras te ato con esto —toco el borde de mi corbata— y te penetro con este otro —doy un golpecito en la cabeza de Indiana y me inclino hacia delante, besando la oreja de Jennie—. Y te pondré de rodillas, con mi polla en tu garganta.

El calor inunda su rostro y el labio inferior se desliza entre sus dientes. La pequeña diablilla se acerca con su juguete y me golpea una vez más.

Con un gruñido, le doy una palmada en el trasero.

—Muévete, o nos quedaremos aquí y te quedarás sin filete esta noche.

Ella me saluda y luego saca la caja etiquetada de la que salieron todos sus maravillosos juguetes hace tantos meses atrás, el día que conocí a Indiana por primera vez.

—Pensé que estos podrían encontrar un nuevo hogar en tu casa.

—¿En mi apartamento? ¿Te mudas conmigo?

—No —se ríe—. Sería una locura.

—¿Verdad? Una locura —coincido.

—Llevamos saliendo oficialmente apenas unas cuatro semanas.

—Pero te he querido durante mucho más tiempo que cuatro semanas, solecito.

Su resplandor es brillante y cálido, como su apodo.

—¿Sí? Yo también.

Entrelazando mis dedos con los suyos, la atraigo hacia mí y comenzamos a mecernos al ritmo de la música, que todavía suena bajito desde el altavoz. Mis labios tocan su hombro, recorren la pendiente de su cuello y se detienen en su oreja.

—¿Te digo algo?
—Por supuesto.
—Me gustan las locuras.

44
CONFETI DE PENES

Jennie

—¿Crees que se van a casar? ¿Y van a tener bebés? ¿Van a tener muchos? Así nosotras seríamos tías, ¿verdad? Ah, ¿y podemos ser damas de honor en la boda? Quiero usar un…

Alexa se retuerce en su asiento, intentando darle una palmada a Gaby en la espalda.

—¡Gaby! Cállate ya. Jennie no te quiere como dama de honor. —Se da la vuelta nuevamente—. Discúlpala. La palabra «tranquilidad» no está en su vocabulario.

Un grito espeluznante resuena en el coche cuando Gaby pellizca a Alexa y yo meto mi brazo entre ellas para separarlas.

—¡Vale, vale, ya basta! Y pensaba que Carter y yo éramos insoportables. —Suspiro fuerte y encuentro la mirada de Stephie en el retrovisor. Ella se encoge de hombros—. Tenéis suerte de que el coche ya estuviera parado. Tengo un historial terrible con las señales de stop.

—Pero ¿cómo? —pregunta Alexa—. Las señales de stop no se mueven.

—Claro, Alexa. Lo sé. A tu hermano le gusta recordármelo al menos una vez por semana. —Al salir del coche, miro hacia atrás y veo a las hermanas de Garrett—. Muy bien, señoritas. Vamos.

Gaby es la más rápida en salir y la primera en entrelazar su brazo con el mío; luego lo hace Stephie. Alexa camina a nuestro lado, observando los brazos unidos como si se sintiera un poco excluida, aunque no lo exteriorice. Ella está en la fase preadolescente gruñona, en la que la única forma válida de relacionarse es siendo fría y distante. Sobre todo, no quiere tener que pedir la atención que anhela. Finge estar molesta cada vez que Garrett tira de ella hacia abajo en el sofá para que se siente a ver una película junto a él, aunque en el fondo sea tan cariñosa como él. Por eso permanece acurrucada a su lado hasta que aparecen los créditos finales.

—Hey, Lex —la llamo—. ¿Te sentarás a mi lado en el almuerzo más tarde?

—¿En serio? —Sus ojos color avellana brillan hasta que corrige su expresión y levanta un hombro—. Bueno, si quieres.

Le guiño un ojo y ella se sonroja. Se parece mucho a su hermano.

Creo que no me había dado cuenta realmente del peso y la profundidad de mi amor por Garrett hasta que lo he visto con sus hermanas. Verlo mecerse de un lado a otro con Ireland en brazos mientras le balbucea palabras dulces es otra cosa que también me conmueve muchísimo.

Técnicamente, Garrett y yo no vivimos juntos, pero su familia se mudó a Vancouver a principios de abril. El padre de Garrett no empieza a trabajar hasta el día 30, pero ya han tenido la oportunidad de instalarse aunque apenas estemos a mediados de mes. Se han estado quedando en mi apartamento mientras yo me quedaba en el de Garrett.

Hoy, sus padres firman los papeles de su nueva casa, que les entregarán dentro de cuatro semanas. No sé cómo decirle a Garrett que en realidad… no quiero irme.

Dormirme envuelta en el calor de su cuerpo, despertar con sus labios sobre mi piel, sus palabras murmuradas al oído… es lo que más me gusta en el mundo. Incluso cuando está de viaje, hay algo reconfortante en estar en su espacio, algo que hace que me sienta como en casa.

—¡Guau! —murmura Stephie, sacándome de mis pensamientos mientras cruzamos la puerta principal de la SFU. Con los ojos

abiertos de par en par por el asombro, recorre la amplia recepción con la mirada—. Es muy diferente durante el día sin tanta gente aquí.

—En las noches que hay espectáculo está abarrotado —coincido—. Agotamos las entradas durante dos fines de semana seguidos y puedo decir, orgullosa, que toda una fila estaba ocupada por mis amigos y familiares. Me sentí como si estuviera bailando solo para ellos. Pero el semestre ya ha acabado. Todos están terminando los exámenes, por lo que la universidad está muy tranquila.

Llevo a las chicas al estudio de danza. Ellas dicen «oooh» y «ahhh» mientras giran por el espacio, y luego me siguen hasta atrás donde está mi taquilla. Y justo en ese momento coincido con Simon, que también ha elegido el día de hoy para vaciar la suya.

—Jennie. —Se cae un libro de texto a sus pies—. No sabía que vendrías hoy. —Mira a las chicas—. ¿Quiénes son?

—Las hermanas de Garrett —respondo sin prestarle atención, mientras guardo mis cosas en la bolsa.

—Vale. Entonces, eso quiere decir que vosotros dos estáis…

—Saliendo.

—Ya.

—Sí, así es —espeta la voz de Gaby detrás de mí. Miro por encima del hombro y la encuentro frunciendo el ceño hacia Simon, de brazos cruzados y sacando cadera—. Mi hermano mayor es su novio. ¿Y tú quién eres, maldito inútil?

Simon busca a tientas una respuesta antes de darse por vencido y acercarse a mi lado.

—Hey, Jennie. —Se aclara la garganta, tapándose la boca con el puño—. ¿Tal vez podríamos… hablar?

—No veo por qué deberíamos hacerlo. —Tiro de la cremallera y cierro la bolsa—. Realmente no sabes escuchar, ¿verdad, Simon?

—Sí, Simon. —Gaby chasquea los dedos en el aire formando una «Z»—. Así que déjalo estar de una vez, amigo.

Hay un pequeño ángel en mi hombro que me dice que debo frenarla, pero el diablito del otro lado me insta a dejarla que se exprese con libertad.

Gana el ángel. Maldita sea.

—Vale, fierecilla. Contrólate. —Me alejo de Simon y les hago un gesto a las chicas para que vayan delante de mí.

—¿De verdad vas a marcharte así como así? —grita Simon—. ¿Después de cinco años de amistad? ¿No crees que estás siendo un poco dramática? ¿Cuántas veces tengo que decirte que lo siento?

Mis zapatillas chirrían cuando me detengo de golpe y la rabia resuena en mis oídos al ritmo de los latidos de mi corazón.

Su expresión me dice todo lo que necesito saber: no está arrepentido. No lo estaba antes y tampoco lo está ahora. Lo que quiere es un perdón que no merece. Quiere irse sin sentir culpa por lo que ha hecho.

—A veces una disculpa no es suficiente. —Cuando abre la boca para responder, me adelanto—. A veces no basta —repito—. La gente como tú va disculpándose como una mera formalidad, vacía y sin sentido, algo que sientes la obligación de decir. Y la gente como yo, a la que le gusta creer que hay bondad en todo el mundo, que todos merecen una segunda oportunidad porque todos cometemos errores… os perdonamos, una vez, dos veces. Una y otra vez hasta que alguien entra en nuestras vidas y nos muestra que no es difícil cumplir promesas. Disculparse pero en serio. Comprometerse a ser mejor. Nos demuestran que no hay lugar en nuestras vidas para personas a quienes no les importan los límites. Para gente como tú, Simon.

Alexa desliza su mano en la mía y la aprieta con suavidad antes de instar a sus hermanas menores a avanzar. Nos dirigimos juntas hacia la salida.

Estoy a mitad de camino hacia la puerta cuando recuerdo un objeto que se quedó en el fondo de mi mochila. Lo guardé allí a principios de año. Estaba destinado a una Krissy desprevenida, pero me gustaría no desperdiciarlo, así que se lo voy a dar a Simon.

Saco el pesado objeto de mi bolsa, regreso hacia Simon y se lo pongo en la mano.

—Toma. Te he traído este regalo.

La sonrisa burlona que se dibuja en su rostro me indica que, a pesar de todo lo que acabo de decir, él piensa que esto significa que

todavía me importa. Así que me quedo allí y espero a que abra el cilindro negro.

Simon hace un ruido triunfal cuando el resorte del objeto se abre, y mi sonrisa crece cuando la suya se le borra de la cara: el confeti brillante, de todos los tonos de rosa, explota a su alrededor, le cubre el cabello y se le pega a las mejillas y a la ropa. Cae dentro de su mochila abierta, y un pene particularmente grande se engancha en su labio superior y se queda enganchado allí, mientras él mira con los ojos un poco desorbitados.

Aunque lo intentara con todas mis fuerzas, no podría contener una sonrisa que no deja de crecer en mi rostro.

—Vamos, chicas.

—Eh… —comienza Stephie con cautela—. Eso son… ¿penes?

—Sí. No se lo digas a tu madre.

—¿Podemos decírselo a papá?

—No. Espera. Sí. —Ese hombre me ama. La madre de Garrett también me ama, pero cuando quiere tiene una forma de mirarte que puede hacerte sentir culpable enseguida. Intento evitar ser el blanco de esa mirada, pero, por desgracia, soy una Beckett, así que no me libro con tanta facilidad.

Cuando ya estamos en el coche, me dirijo a las chicas:

—Nunca dejéis que nadie os pisotee, señoritas. Debéis ser conscientes de vuestro propio valor, marcar unos límites y no permitir que nadie os falte el respeto ni pase por encima de ninguna de esas dos cosas. Y si alguien osa cruzar esos límites, dadle un rodillazo en las pelotas y luego lo remataís con una bomba de confeti de penes directo a la cara. ¿Entendido?

—Sí, Jennie —responden las tres al unísono.

—Quiero ser fuerte como tú cuando sea grande —dice Alexa en voz baja.

—Ya eres fuerte desde ahora. Pero no pasa nada si tienes días en los que no te sientes tan fuerte.

—Quiero ser bailarina y animadora cuando sea mayor —dice Gaby —. Como tú y Emily.

—Oh, cariño. Emily no es una animadora de verdad.

—Entonces, ¿cómo es que llevaba puesto un traje de animadora cuando se despidió de su amigo ayer? Stephie y yo íbamos en monopatín por el pasillo y la vimos.

—¿Sabes qué? Esa es una excelente pregunta. Definitivamente deberías preguntárselo durante el almuerzo.

Enciendo el motor y conecto el teléfono al coche con el adaptador, pero de inmediato tiro del cable para desconectarlo justo cuando aparece el mensaje que ilumina la pantalla.

Oso: he soñado con follarte el coño empapado toda la noche hasta q tu garganta estaba en carne viva de gritar mi nombre.
Oso: ups, autocorrector. debería decir «buenos días, solecito».

—¿Ese es Garrett? —pregunta Gaby, rodeando el asiento para mirar mi teléfono.

Lo aprieto contra mi pecho.

—No.

Alexa me mira entrecerrando los ojos.

—Estás mintiendo.

—Tengo que admitirlo, Jennie, pareces culpable. —Stephie me da un golpecito en la mejilla—. Tu cara se ha puesto roja como un tomate después de leer el mensaje.

—Mi cara no se ha puesto roja. —Su hermano acaba de encenderme las entrañas con un simple mensaje de texto—. Él solo me está diciendo cosas agradables. Es muy dulce. —Voy a dejar que me ate esta noche.

—¿Y qué son esas cosas tan agradables? —Stephie frunce el ceño —. ¿Que quiere trenzarte el cabello? Porque la semana pasada lo pillé con una de esas cintas que se usan en el pelo. Cuando le pregunté qué estaba haciendo, me dijo que iba a trenzarte el cabello. Su cara también se puso muy roja y cuando hablaba lo hacía casi gritando. —Se encoge de hombros—. Supongo que a él le gusta mucho cuando usas esas cintas.

—Sí, sí —digo despacio—. Sin duda tenía una cinta mía por eso.

—Tal vez algún día yo también tenga un novio que quiera atarme el cabello con una cinta —comenta Gaby alegremente.

Garrett me va a matar.

***

Ha sido una larga semana sin Garrett.

Está bien, solo han pasado cuatro días.

Han sido cuatro largos días sin Garrett. Han estado mucho tiempo de viaje durante las últimas semanas, pero la temporada regular ya está terminando. Consiguieron el segundo puesto en su división y mañana tendrán un día libre antes de empezar con la primera ronda de los *play-offs* como locales.

He acabado mis estudios, lo que significa que tengo tiempo libre ilimitado hasta que consiga trabajo o abra mi propio estudio. Realmente quiero tener un estudio, pero eso implica gestionar muchas cosas, así que estoy pensando en tomar un curso sobre cómo llevar una empresa para tener más herramientas para gestionarlo. Mientras tanto, he estado pasando todo mi tiempo libre con las chicas: Olivia, Ireland, Cara, Emily y las hermanas de Garrett.

Ver crecer a mi sobrina es increíble de verdad. Ha cambiado mucho en solo cinco semanas, y Cara y yo nos quedamos a dormir con Ollie casi todas las noches cuando los chicos no están. Carter hace videollamadas con Olivia cada minuto que no está sobre la pista porque no quiere perderse nada que tenga que ver con Ireland.

He estado ocupada, pero eso no me impide extrañar a Garrett cuando no está. De todos modos, ahora que llega la temporada de los *play-offs*, no puedo evitar pensar en lo que vendrá después: un montón de meses con él para mí sola.

La luz plateada de la luna se filtra a través de las grietas de las persianas del dormitorio de Garrett y rebota en el espejo enorme que cuelga en la pared opuesta.

Garrett lo colgó solo para mí cuando me mudé temporalmente porque me quejé por no tener un lugar donde verme de cuerpo entero, culo incluido, cuando me visto.

Me desnudo, enciendo la lámpara y permanezco de pie bajo el resplandor anaranjado, admirando el cuerpo que encarna mis sueños de bailar desde hace años.

He subido de peso ligeramente desde que estoy con Garrett, resultado de infinitas tazas de chocolate caliente con malvaviscos extra, Pop-Tarts de edición especial, cenas abundantes, cosas para picar en el sofá mientras vemos películas, dormir hasta tarde en vez de levantarme temprano para hacer ejercicio… Aprecio cada centímetro de mí, y dejo que alguien más también lo aprecie. Algunas zonas de mi cuerpo que pasé años criticando y buscando formas para reducirlas se han moldeado de la manera más hermosa. Tengo más confianza y estoy más enamorada de mi cuerpo que nunca.

Pero mis partes favoritas son las pequeñas marcas que colorean mi piel en leves tonos de púrpura y rosa, donde Garrett se tomó su tiempo para amar cada centímetro de mí con su boca. Mis dedos revolotean sobre cada mancha, y en lo profundo de mi vientre se enciende una chispa, como si pudiera sentir sus labios sobre mí.

Sonrío al tocar la marca en mi clavícula, la que Garrett dejó a propósito para que Carter la viera. Dijo que era su venganza porque mi hermano había sido un idiota, pero luego gritó a todo pulmón mientras Carter lo perseguía por toda la casa.

Mi corazón comienza a latir más rápido cuando oigo el ruido de la puerta, y luego cómo se abre y se cierra. Siento mariposas en el estómago. Un poco después, el golpe sordo de la bolsa que cae sobre el suelo, y el sonido de unos pasos apresurados, al tiempo que mi pulso se acelera.

Garrett aparece en el reflejo del espejo, se detiene en la puerta y una sonrisa se enciende en mi rostro.

Sus ojos bailan sobre mi cuerpo: se toma unos momentos para admirar todas las formas que él ha reclamado. Después, cruza la habitación despacio, tira de su corbata y se desabrocha los primeros botones de la camisa.

Sus dedos anchos se deslizan por mi cintura y sus manos recorren mi vientre, haciendo arder mi piel. La barbilla de Garrett me golpea el hombro cuando me rodea con sus brazos.

—Mía —murmura, justo antes de rozar el contorno de mi rostro y guiarme para que lo acerque al suyo. Su boca cubre la mía, que se abre sin dudarlo, y un suave suspiro escapa de mis labios.

Me inclino hacia atrás y paso los dedos por sus rizos rubios mientras él deja un rastro de besos húmedos por mi cuello. Nuestras miradas se encuentran en el espejo y su mano acaricia mi torso. Mi vientre se tensa a medida que veo sus dedos acercarse más, y mi espalda se arquea, instándolo a ir más rápido. Él sonríe sobre mi cuello, y cuando me hunde dos dedos entre las piernas y recoge mi humedad, el deseo se dispara por todo mi ser como un incendio.

Lentamente, se dedica a la entrada entre mis muslos, alargando cada gemido, mientras mis uñas arañan los brazos que me sostienen. Hunde dos dedos dentro de mí, con la mirada pesada y embriagadora observando cómo aumenta mi excitación. Me retuerzo, mi respiración se entrecorta y, cuando sus dedos se curvan, acabo con un jadeo, mientras él susurra:

—Mía.

Su mano aterriza entre mis omóplatos y me empuja suavemente hacia delante, guiando mis manos hacia el marco del gran espejo. Observo con atención cómo su corbata se desliza desde el cuello, y la camisa blanca y el resto de su ropa se amontonan en el suelo detrás de él.

Garrett me empuja para que separe más las piernas, al tiempo que su polla presiona sobre mi espalda y sus manos me recorren el cuerpo: las yemas de sus dedos bailan sobre mi vientre, las manos aprietan mis pechos, los pulgares acarician mis pezones erectos. Una sonrisa ladeada florece en su rostro antes de que sus labios se posen debajo de mi oreja.

—Te quiero —murmura. Cuando se hunde dentro de mí con una embestida profunda y pausada, me toma por el cuello y gruñe bajito —: Mía.

Sus ojos me observan con atención, calientes bajo sus párpados entrecerrados, y queman cada lugar que tocan mientras él se mueve dentro de mí. Sus caderas golpean contra mi trasero y sus manos se aferran a mis caderas mientras acelera el ritmo, estimulado por cada respiración entrecortada, por cada suspiro, por cada gemido.

No quiero irme. Quiero quedarme así, aquí, con él.

—Tus padres firmaron todos los papeles de la casa hoy —alcanzo a decir, saltando hacia delante con la fuerza de su arremetida.

—Hmmm.

—Se mudarán en cuatro semanas.

—Sí.

—Eso significa que pronto podré volver a casa.

—Ya estás en casa.

—¿Qué?

—Esta es tu casa. —Las palabras lamen la piel de mi cuello, calientes y dulces—. Te quedas conmigo.

—¿Me estás pidiendo que me mude contigo?

—Te estoy diciendo que no te vas a ningún lado.

—Hmmm… Eso suena muy mandón por tu parte.

—Supongo que me estás contagiando, solecito.

Mi cabeza se inclina hacia delante con un suave grito cuando me roza el clítoris.

—Va a ser peor si… si… mmm, si me quedo…

—Lo sé. Estoy lidiando con ello. Todos estamos lidiando con ello. Ya le he advertido a todos que se preparen para un nuevo Garrett, más gruñón.

—Pero a mí me gusta el viejo Garrett, el gentil.

Su ritmo se reduce y sus dedos aflojan la fuerza sobre mis caderas, donde han dejado unos huecos en la piel.

—Garrett —me quejo, empujando con el culo hacia atrás—. Más fuerte.

—Acabas de decir que prefieres al Garrett gentil.

—Hay un tiempo y un lugar para la gentileza, y este no es el momento. Fóllame con ganas.

Su lengua se desliza por mi cuello.

—Pídelo por favor.

—Fóllame, por favor.

—Vamos, solecito. Puedes hacerlo mucho mejor.

Un escalofrío recorre mi columna cuando él se retira por completo y luego se hunde nuevamente dentro de mí a un ritmo tan lento que duele.

—Por favor —gimo mientras hace círculos con el pulgar alrededor de mi clítoris—. Fóllame, Garrett. Haz que me sea imposible ponerme de pie cuando acabes conmigo.

Él sigue dentro de mí, pero ha dejado quietas las caderas. Sonríe contra mi cuello antes de retirarse y volver a penetrarme con un único empujón, tan arrasador que me hace gritar y agarrarme al espejo. Enreda sus dedos en mi cabello, tensando mi cabeza y haciendo que mantenga la mirada en su reflejo mientras me penetra con una ferocidad que reserva solo para mí, solo para la intimidad del dormitorio.

Sale por completo de mi interior y me da la vuelta, me levanta, y yo enrollo las piernas alrededor de su cintura. Me tira hacia abajo. Mis uñas se deslizan por sus hombros mientras él me presiona contra el espejo y me penetra. Cada centímetro de mí tiembla al sentir la presión que aumenta en mi vientre.

Las paredes de mi coño se tensan a su alrededor, lo atraen más profundamente a medida que sus embestidas se aceleran. Sus ojos azul verdoso me miran fijamente, y brillan llenos de amor, maravillados. Tomo su boca, obligándolo a tragarse su propio nombre cuando acabo y empapo su polla.

—Mía —susurra Garrett.

Él se desploma en el suelo, me atrae entre sus piernas, y me sostiene contra su cuerpo mientras observo el reflejo de sus labios en mi mentón, mi cuello, mi hombro.

—Mía —susurra con cada beso.

—¿Tu qué?

Su sonrisa es tan tierna, hermosa y especial, mirándome desde el espejo, que siento que es todo para mí. Su nariz empuja mi mentón hasta que giro mi rostro hacia el suyo y él me besa en los labios.

—Mi mejor amiga, mi solecito y la dueña de mi corazón.

Estallan los fuegos artificiales y mi corazón late con fuerza. Me acurruco en el amor que siempre quise, el amor que anhelaba. Nunca imaginé que me sentiría así, tan completa, tan plena, inundada por esta sensación que me relaja los hombros y me hace caminar con la frente más en alto que nunca.

Puede que antes haya sido confiada, audaz y segura de mí misma, pero cuanto más pienso en ello, más me parece una máscara. Nadie se tomó su tiempo para conocerme, así que levanté muros para mantenerlos a todos a raya y evitar el dolor. Pero al final, lo único

que hice fue perder partes de mí. Me metí en una caja y escondí mis partes más vulnerables, las partes que tenía demasiado miedo de mostrar, pero que eran justo las que hacían que fuese exactamente quien soy, porque temía que la gente no me quisiera por lo que era.

Quizá lo que en realidad me daba miedo era que alguien me quisiera por lo que soy. Que me vieran de verdad, tanto los bordes irregulares y afilados como los suaves y desdibujados, y aun así me eligieran.

Y eso es lo que hace Garrett.

Él me ve toda y me elige, día tras día.

Él dice que soy su sol, pero yo creo que él es el mío.

Brillo mucho más con este hombre encendiendo mi cielo.

EPÍLOGO
UPS

Garrett

Mes de julio

—¿Pero cómo mierda se te ha ocurrido esta idea?

Mi mirada se desliza hacia mi novia. Lleva unos pantalones cortos diminutos de licra de color arándano que muestran sus piernas largas y doradas. Un sujetador deportivo a juego cubre sus pechos perfectos, que rebotan con cada paso que da a mi lado, siguiéndome el ritmo. Las suaves curvas del torso se flexionan cuando se mueve, y brillan con el sudor que cubre su piel. Evalúo mentalmente nuestro entorno, tratando de localizar un callejón en las inmediaciones.

Tengo ganas de bajarle los pantalones cortos, penetrarla contra una pared de ladrillos y cubrirle la boca con la mano para que nadie la escuche gritar mi nombre.

Pero es viernes por la mañana en el centro de Vancouver. Los patios están repletos de gente que disfruta del desayuno bajo el sol de principios de julio, y hay turistas en bicicleta que vienen a disfrutar de todo lo que la ciudad tiene para ofrecer. Una pareja cachonda follando en un callejón probablemente no sea el tipo de espectáculo que buscan.

—Ha sido idea tuya —le recuerdo a Jennie—. Dijiste: «Vamos a dar una última vuelta por el vecindario» —la imito, y luego grito

cuando me da un puñetazo en el hombro—. ¡Ey! Voy a tener que atar esas manos tan agresivas.

—Lo sé muy bien, Garrett. —Ella se gira hacia mí y hace pucheros; ya sé lo que viene—. ¿Un último café helado en el Starbucks del vecindario?

Durante las últimas dos semanas, ha estado haciendo eso todo el tiempo, como excusa para conseguir lo que quiere. Un último helado, una última visita al Palacio Udupi, un último paseo por el Stanley Park. Me pone esa cara haciendo pucheritos, con el labio inferior sobresaliendo, los puños cerrados bajo el mentón, y cinco minutos después estamos bajando en el ascensor para ir a donde ella quiere.

Disminuyo la velocidad al caminar y atraigo a Jennie hacia mí para robarle el aliento directamente de su boca.

—Sabes que solo nos mudaremos a veinte minutos de North Vancouver y no a otro país, ¿verdad?

Su lengua se desliza contra la mía en un lento movimiento mientras se hunde en mi boca, mientras me entierra las manos en el cabello de la nuca.

—Un último *Caramel Frappuccino* —susurra contra mis labios.

Le doy una palmada en el trasero, sin que me importe en absoluto que estemos en público, ni haber escuchado mi nombre susurrado al menos tres veces en los últimos cinco minutos, y el de Jennie también. Todos se volvieron medio locos la primera vez que me acerqué a Jennie cuando salí del vestuario y la besé frente a su hermano y frente a una horda de periodistas.

Para ser justos, acabábamos de ganar la primera ronda de los *play-offs*. Me merecía un beso. Pasó lo mismo cuando perdimos en la tercera ronda, y lo único que quería hacer era apoyar mi cabeza en su hombro y abrazarla.

Aunque, para ser sincero, puede que estuviese feliz de comenzar el verano con Jennie. Carter también estaba feliz de estar en casa con su mujer y su hija.

Jennie y yo caminamos por la calle con nuestras bebidas frías y los dedos entrelazados, y yo sonrío mientras ella tararea alegremente, jugando con su pajita.

Estoy tan feliz de que su caja de consoladores explotase en mi cara. Si no fuera por toda la tensión sexual que ese incidente trajo consigo, mi apodo para ella seguiría siendo un mote irónico cualquiera, en lugar de algo tan absolutamente genuino como «solecito». Si Jennie fuera un color, sería el tono más vibrante de amarillo. Realmente es un sol con forma humana. No me importa si lo he dicho mil veces: lo diré por el resto de mi vida.

Tiro de su mano cuando ella intenta ir hacia la derecha, y la obligo a seguir recto.

—Por aquí.

—Pero el edificio…

—Quiero enseñarte algo. —Presiono los labios contra los suyos en el segundo que abre la boca para discutir conmigo, para decirme que tenemos que estar en nuestro nuevo lugar con el camión de mudanzas en una hora y media—. Será rápido. —Ante su expresión de incredulidad, que me recuerda que nunca soy rápido, me río—. Vamos, Jennie. Concédeme este pequeño placer.

Con un suspiro silencioso, vuelve a darme la mano.

Su mirada sospechosa me recorre como diez veces durante los cuatro minutos restantes de nuestra caminata, y cuando nos detenemos frente a un pequeño local comercial con ventanales amplios, arruga la nariz, confundida.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras abro la puerta de cristal—. ¿Y por qué tienes una llave?

La acompaño al interior y pasamos por el mostrador de la recepción hasta el espacio abierto que hay detrás. La observo mientras da vueltas por el espacio.

—Antes era un estudio de yoga —le respondo.

Me pongo de pie detrás de ella. Se detiene frente a los espejos que van desde el suelo hasta el techo. Sus ojos se encuentran con los míos en el reflejo, su lengua se desliza despacio por su labio inferior antes de tragar saliva, como si ya supiera la respuesta a la pregunta que está a punto de hacer.

—¿Y ahora?

—Ahora es un estudio de danza.

—Garrett —respira hondo—. No me digas…

—Sí. —Le golpeo el hombro con la barbilla cuando la abrazo—. Te quiero, Jennie. Has trabajado muchísimo toda tu vida y ahora estás tomando clases para sacar adelante un negocio. Estás decidida a hacer realidad tu sueño. Te mereces esto y sería un honor para mí ser parte de este próximo paso en tu vida.

Arruga la nariz mientras lucha por contener las lágrimas que sabía que vendrían. Me encantan sus partes suaves y vulnerables, tanto como sus partes atrevidas y audaces.

—¿Has hecho esto por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, solecito.

Una lágrima solitaria se le escapa y traza un camino por su mejilla. La beso para secársela.

—Gracias por hacer realidad mi segundo sueño más importante.

—¿Cuál era el primero?

Ella se gira y toma mi rostro entre sus manos. Sus ojos brillan de ternura. Me da un suave beso en los labios y murmura:

—Tú.

***

—El mío es más grande.

—No es cierto.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—Mierda. —Adam se interpone entre Carter y yo con una gran caja en sus brazos—. ¿Estamos comparando apartamentos o penes? A nadie le importa una mierda. Ambos tenéis mansiones pequeñas.

Carter resopla.

—¿Pequeña? ¿Mi casa? —Extiende los brazos y señala nuestra nueva casa con Jennie—. O sea, esto sí. Esto es mini. Mi casa es enorme. Enorme como mi…

—Ego —termino por él.

Olivia entra y me choca el puño.

—Es hermosa. Hasta Carter lo admitió la semana pasada, después de hacer el recorrido final con vosotros. —Se quita el portabebés

que lleva puesto y levanta a Ireland en brazos—. ¿Quieres que el tío Garrett te haga mimos?

—Sí que quiere —susurro, tomando a la pequeña más hermosa del mundo en mis brazos. Me mira con esos enormes ojos verdes y se ríe, y enseguida se mete todo el puño en la boca mientras la baba le chorrea por el mentón. Beso sus rizos oscuros y esponjosos—. ¿Cómo está mi princesita?

Lleva una horquilla rosa en el pelo, con un sol brillante en la punta, y su mono dice «Soy guapa, mamá está buena, papá tiene suerte». Tengo la certeza de que Carter se lo compró. El noventa y nueve por ciento de los atuendos de Ireland tienen la palabra «papá» estampada en alguna parte. Y él básicamente ha estado rotando entre su camiseta de PQMGF y otra que dice «Papá de una niña».

—Tu padre te está volviendo loca, ¿no? —Me doy la vuelta para quedar fuera del alcance de Carter mientras la mezo por toda la cocina—. ¿Quieres quedarte a dormir con la tía Jennie y el tío Garrett para alejarte de él?

Carter se burla.

—Por favor. Está obsesionada conmigo. —Se acerca a nosotros y hace gestos de que va a agarrarnos—. Déjame cogerla.

—No. Yo le gusto. —Mi dulce niña cierra la mano sobre el cabello de mi nuca, y luego apoya su mejilla en mi hombro, sin dejar de mordisquearse los dedos. Sonrío triunfalmente—. ¿Ves? No te quiere.

Carter frunce el ceño.

—Pero soy su padre.

—¿Sí? No sabría decirte, porque justo hoy no llevas ninguna de tus camisetas avisando que eres el «papá».

Jennie se ríe con disimulo mientras camina con una caja etiquetada como «cocina». La deja y le da un beso en la mejilla a Ireland y otro a mí, en los labios.

—Qué asco —se atraganta Carter—. ¿Es necesario que hagas eso delante de mí?

Jennie lanza un «sí» por encima del hombro mientras se aleja, y Carter me mira con los ojos entrecerrados, limpiando el polvo

inexistente de la encimera.

—Sabes, Andersen, solo vivo a cinco minutos de aquí. Eso significa que estoy a solo cinco minutos de distancia si necesitas que te pateen el culo.

—Sí, y yo estoy a solo cinco minutos de distancia si tú necesitas que te pateen el tuyo.

—¡Yo lo he dicho primero!

—¡Y yo lo he dicho segundo!

—Son como unos malditos niños malcriados —murmura Emmett, que me roba a Ireland, y le da un beso en la nariz—. Hola, pequeñita.

—¡Me tocaba a mí! —se queja Adam—. Hace dos días que no la veo.

—Y yo hace nueve —murmura Jaxon, que entra con una caja, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol.

—Eso es porque te fuiste a Cabo con una chica que conociste en el gimnasio —le recuerdo.

Él sonríe y flexiona sus bíceps.

—Sí, el bronceado me queda perfecto, ¿no? —Le da un beso en la frente a Ireland y ella se ríe—. Hola, princesa.

Adam intenta alcanzar a Ireland, pero Emmett se da la vuelta.

—Vamos. Me toca a mí.

—No ha terminado mi turno.

—No me importa. Ven aquí, pequeñita. ¿Quieres venir con el tío Adam? —Le hace cosquillas en la barriga y ella estalla en risas, agitándose en los brazos de Emmett. La niña se acerca a Adam, coloca su pequeña y regordeta mano sobre su mejilla y enseguida todos terminamos acurrucados alrededor de Ireland y Emmett, arrullándola y haciendo monerías, compitiendo por su atención.

Holly entra por la puerta y se quita las gafas de sol con los brazos abiertos.

—¡Llegó la abuuu!

—Pues no hay más que hablar. —Emmett deposita a Ireland en los brazos de la abuela—. De vuelta al trabajo, muchachos.

Entre los cinco, descargamos el resto del camión de mudanzas durante la siguiente hora mientras las chicas desempacan cajas en la

cocina y en la sala de estar.

—Esa es la última. —Dejo caer dos cajas encima de una pila en el vestíbulo de entrada, y me paso el antebrazo por la frente húmeda —. Joder, estoy cansado. ¿Pausa para comer algo?

—Primero llevemos todas las cajas a las habitaciones correspondientes —sugiere Adam, dirigiéndose hacia el montón. Lee la etiqueta y mi corazón se detiene al oír esa única palabra—: ¿Juguetes?

Tira de la cinta como si estuviera a punto de revisar el contenido y mi cerebro sufre un cortocircuito.

—No. No. —Lo empujo fuera del camino, echándome encima de la caja y moviendo la cabeza—. No, no, no.

Él da un paso atrás, con las manos en alto en señal de rendición y una expresión entre sospechosa y asustada.

Carter viene silbando por el pasillo.

—¿Alguien ha dicho algo de merendar? —Su mirada se ilumina cuando se enfoca en la caja sobre la que estoy semitumbado—. ¡Eh, juguetes! ¿Qué tipo de juguetes?

—¡No es nada! —grito, sacando la caja de su alcance. Mis hombros se tensan cuando la aprieto contra mi pecho. Abro bien los dedos, intentando ocultar la palabra para que no lean el rótulo, a pesar de que ya lo han visto—. ¡Nada!

Carter mira la caja y luego a mí. De nuevo a la caja, y luego de nuevo a mí.

Después de todo lo que pasamos, pensé que estaba a salvo. Sinceramente pensé que lograría conservar mis testículos, pero cuanto más me mira sin parpadear, menos seguro estoy de ello. Habría sido bonito procrear con Jennie algún día, pero supongo que algunas cosas solo están destinadas a ser sueños.

Después de unos momentos, Carter parpadea, solo una vez:

—¿Qué hay en la caja, Garrett?

—Nada. —Una gota de sudor me recorre la sien. La mirada de Carter se dirige hacia la gota y la observa rodar. Cuando nuestras miradas se vuelven a encontrar, repito en voz baja—. Nada.

Él me mira fijamente durante cinco segundos, luego diez. Pasan veinte segundos hasta que llega su siguiente palabra, con una

respiración aterrorizada apenas audible.

—No…

—Perdón —susurro.

Él da un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—No…

—No es… no es lo que tú… nosotros no… ¡ella ya los tenía antes!

Él sale corriendo por la puerta y yo le grito:

—¡Yo no los he comprado!

Adam me pone una mano en el hombro.

—No sabes cuándo callarte, ¿verdad?

Agacho la cabeza en señal de derrota.

Lo único bueno que todo esto me ha traído es Jennie, pero creo que ella compensa todo lo malo. Con un suspiro, comienzo a subir las escaleras.

—Llevaré la caja a nuestro dormitorio.

La habitación es grande y luminosa, con amplios suelos de madera gris, una chimenea de piedra y un ventanal con vistas a los pinos que se extienden por las montañas detrás de la casa. Jennie pasó cinco minutos allí plantada, con las manos contra el cristal mientras miraba la vista en silencio. Así fue como supe que esta casa era la indicada.

Guardo la caja en el armario antes de dirigirme a mi cómoda. Elegimos juntos los muebles nuevos para el dormitorio y nos llegaron ayer por la tarde, después de recoger las llaves y convertirnos oficialmente en propietarios de nuestra nueva casa. Pasamos la noche guardando la ropa y luego cenamos comida tailandesa sentados en el suelo de la cocina, antes de regresar a nuestro apartamento para pasar la última noche.

Ah, una cosa más. Mientras esperábamos que llegara la comida, Jennie me dijo que quería estrenar la nueva casa. Ya me estaba quitando los pantalones antes de que ella terminara la petición.

Entonces fue cuando sacó el pequeño tapón con una gema rosa del bolso y yo comencé a tener un cortocircuito, de verdad. Me quedé allí con los pantalones a medio sacar y la boca abierta, mientras ella se desvestía despacio, se subía a la isla de la cocina, abría las piernas y me mostraba lo mojada que estaba. Cuando

terminó de proporcionarse su primer orgasmo, me extendió el tapón con la gema y me pidió que me la follara.

Y eso hice. Inclinados sobre la encimera, a cuatro patas en la escalera, apoyados contra la ventana del dormitorio y una vez más en la ducha.

No hace falta decir que ya somos grandes fanáticos de ese pequeño *plug anal* adornado con una gema.

Escucho con atención y me aseguro de estar solo. Cuando lo único que oigo es el sonido de charlas y risas abajo, me inclino con cautela.

Abro el cajón superior de la cómoda. Meto la mano hasta el fondo, por debajo de la ropa interior, y envuelvo mis dedos alrededor del pequeño objeto.

Mi corazón late con fuerza cuando abro la caja de terciopelo que esconde el zafiro ovalado, más verde azulado que azul, la banda de oro *vintage* en la que está engarzado y los tres pequeños diamantes marquesa que enmarcan cada lado como pétalos de flores.

He guardado este anillo durante tres semanas. Le pedí a Carter y a Holly que me ayudaran a elegir algunos diseños que le pudieran gustar a Jennie un día que había salido con las chicas. Carter se quedó sentado con expresión estupefacta mientras su madre mostraba su alegría.

—¿No crees que es un poco pronto? —preguntó él. Holly lo empujó tan fuerte que se cayó de la silla.

Nunca fuimos a la tienda. Holly se quitó su anillo de compromiso, lo miró con lágrimas en los ojos y luego lo colocó en mi mano.

Recuerdo que encontré las letras «H+T», las iniciales de los padres de Jennie, grabadas en el interior del anillo al lado de un corazón, como símbolo de que su amor era para siempre, de esos que no termina a pesar del tiempo y la distancia. Ahora, al otro lado del corazón, dice «J+G».

No puedo esperar a que Jennie acepte que la ame para siempre.

—Garrett, voy a comprar pizza y… —Jennie se detiene en la puerta, con la boca abierta mientras me ve meter la caja de nuevo en el cajón y cerrarlo tan rápido que se me queda un dedo dentro.

—Joder —protesto, apretándome el dedo palpitante antes de apoyar el codo sobre la cómoda y colocar la barbilla sobre el puño, tragándome el dolor—. Jennie, hola. ¿Qué pasa?

Levanta las cejas.

—¿Qué pasa?

—Hmmm. Sí, qué pasa.

Con cada paso lento y calculado que Jennie da en mi dirección, mi pulso se acelera. Resisto la tentación de coger la cómoda y tirarla por la maldita ventana.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta ella.

—¿Qué? ¿Qué ha sido qué?

Ella señala el cajón.

—Eso.

—¿Qué quieres decir? —Miro el cajón—. Ah, esto… Es el cajón donde guardo la ropa interior. Solo quería asegurarme de que todo estuviera… en orden… ahí dentro. —Entrecierro los ojos mientras intento parecer imperturbable.

—Claro. ¿Y la caja que acabas de meter dentro?

—¿La caja? Ah, la caja. Sí, ¿por qué no has empezado por ahí?

¿Por qué tiene una ceja tan arqueada, hasta la frente? ¿Por qué no me deja mentirle aunque sea solo una vez? ¿Tan difícil es? ¿No puede ser buena conmigo y dejarme pasar una, al menos una puta vez en la vida?

—¿Me creerías si te digo que es un juguete nuevo para que lo probemos luego?

Ella se cruza de brazos y mueve la cadera.

—No, no te creería.

Levanto los brazos en señal de rendición.

—Bueno, al menos lo he intentado. —La levanto del suelo y la saco del dormitorio—. Vamos. Hay mucho por hacer. No puedo quedarme aquí plantado hablando contigo de tonterías.

Ella patea en el aire y se retuerce hasta que me veo obligado a bajarla.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto enfadado.

—¿Qué estás haciendo tú?

—Yo he preguntado primero.

Su mirada recorre todo el dormitorio. La cojo por la cintura y la empujo contra la pared.

—No me lo puedo creer —murmuro.

—Pero yo…

—Olvídalo —susurro, mientras recorro su cuello con mi boca.

Ella suspira.

—Bien. ¿Por cuánto tiempo tengo que olvidarlo?

—¿Por cuánto tiempo quieres olvidarlo?

Ahí está ese rubor típico de los Beckett que aparece una vez cada mil años. Ella levanta un hombro.

—No demasiado.

—¿No?

Ella niega con la cabeza despacio, y me lanza una sonrisa tímida, apretando el labio inferior entre los dientes.

—Bueno, todavía eres joven. No hay prisa.

—Vale, vale —tararea, asintiendo. Vuelve a encogerse de hombros —. Bueno, cumpliré veinticinco años en unos meses. No soy tan joven.

—Un cuarto de siglo —señalo.

—A mitad de camino de los cincuenta. —Ella me mira con la cabeza ladeada—. Y tú tampoco te estás volviendo más joven, grandullón.

—Es verdad —coincido.

—Además, ya sabes que quieres estar conmigo para siempre.

—Pues sí, eso también es verdad.

—Así que no tiene sentido esperar tanto tiempo. —Una sonrisa maliciosa florece en su rostro y sus dedos recorren mi pecho. Ella los hunde en mi cabello y coloca su boca sobre la mía—. A menos que tengas miedo. ¿Tienes miedo, osito Gari-ñoso?

—Tengo mucho miedo. ¿Qué pasa si dices que no? O peor aún, ¿qué pasa si dices que sí? ¿Toda una vida roncando? ¿Llorando con las películas de Disney y bailando por toda la casa? ¿Tendré que prepararte chocolate caliente con malvaviscos extra y hacerte cosquillas en la espalda mientras te acurrucas conmigo en la cama? Puaj. —Me estremezco—. Suena como la peor vida.

—Creo que te has equivocado de palabra sin querer. Se suponía que debías decir *mejor.* Sí, la mejor vida. Pero supongo que es natural temer la grandeza. Si crees que no puedes conmigo…

Sus palabras mueren en un jadeo cuando la inmovilizo contra la pared con mis caderas, con las muñecas entrelazadas en mis manos a cada lado de su cabeza.

—Me casaré contigo ahora mismo. No me pongas a prueba, Baby Beckett.

Ella se retuerce y levanta las caderas.

—No soy una bebé.

—No, no lo eres. —Le suelto una muñeca para poder agarrar su trasero espectacular y levantarla hacia mí. Ella me rodea la cintura con sus piernas largas. La beso en los labios—. Eres mi sol y un día serás mi esposa.

—Está bien —asiente con un suave suspiro mientras mi boca recorre el borde de su rostro—. Eso suena estupendo.

—No veo la hora de follarte por el resto de mi vida.

—Hey, Jennie, ¿vamos a comer esa pizza o…? —Las palabras de Carter terminan en un grito. Se detiene en lo alto de la escalera, mirando horrorizado nuestro abrazo íntimo. E imagino que también ha oído mis últimas palabras.

Suspiro, porque sé que tendré que aguantar sus quejas por este nuevo trauma durante al menos el próximo mes.

Carter se aleja.

—¡Ollie! ¡Necesito ayuda!

—¡Haz tus ejercicios de respiración, cariño! —responde ella.

Sus pasos escaleras abajo resuenan tan rápido que es un milagro que no se caiga de cara contra el suelo.

—¡No recuerdo cómo eran!

Me vuelvo hacia mi solecito, y una sonrisa satisfecha le atraviesa ese rostro hermoso. Sus dedos se enredan en mi cabello y levanta un hombro, en un gesto inocente.

—Ups.

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, por empujarme a perseguir mis sueños.

A mis hijas, Erin, Hannah y Ki, gracias por mantenerme joven, aunque soy mayor que todas vosotras juntas. Estoy muy agradecida de teneros en mi vida.

A Zahra, gracias por amar a Jennie y a Garrett, y por ser una luz tan positiva en mi mundo literario.

A Alana, por darle vida a todas mis ideas relacionadas con el mundo del hockey. Eres increíble.

A Paisley, porque este libro no habría sido lo mismo sin ti.

A la señorita Bizzarro, siempre, por ser de esas maestras imposibles de olvidar.

A Louise, por aguantarme y por trabajar tanto.

A Anthea y Sarah, estoy agradecida por poder trabajar con vosotras.

A quienes leen mis libros, por acompañarme en estos viajes, por amar a mis personajes, por muy ridículos que sean, y por lidiar con el drama en el camino hacia ese «felices para siempre».

Y a mi hermano mayor, por estar a mi lado, aunque no pueda verlo.

Desde el fondo de mi corazón, gracias.

Lista de canciones de *Juega conmigo*

«Someday», OneRepublic
«Photograph», Ed Sheeran
«Carry Me Away», John Mayer
«Late Night Talking», Harry Styles
«Butterflies», Abe Parker
«The One You Need», Brett Eldredge
«Collide», Ed Sheeran
«Side by Side», Jon Foreman y Madison Cunningham
«Dress», Taylor Swift
«Cinema» (acústico), Gary Go
«Recovery», James Arthur
«Fall Into Me» (acústico), Forest Blakk
«You Should Probably Leave», Chris Stapleton
«Feels Like», Gracie Abrams
«Gone Too Soon», Andrew Jannakos
«Treacherous» (versión de Taylor), Taylor Swift
«Falling Like The Stars», James Arthur
«I Guess I'm In Love», Clinton Kane
«Missing Piece», Vance Joy
«Leave You Alone», Kane Brown
«Biblical», Calum Scott
«Clarity», Vance Joy
«Didn't See It Coming», My Brothers and I
«My Person» (versión de boda), Spencer Crandall

Índice

1. ¡Descanso, soldado!
2. Tacos de cumpleaños y malotes
3. Desaparecidas: princesa chicle y la voluntad de vivir
4. Llueven consoladores
5. Pollas doradas
6. Cabalgadas sobre una polla y conmoción cerebral
7. Sí, vale, estás muy bueno
8. ¡Vaya!
9. (Nunca) deberíamos volver a hacer eso
10. Usain Bolt
11. Juega conmigo
12. ¿Reglas? ¿Hacen falta?
13. Unos campeones
14. Hola, mamá, he estropeado la alfombra
15. Por mi parte, es un no
16. Damas y caballeros, este es el orgasmo #5
17. ¿De verdad las chicas se ponen de tan mal humor con la regla?
18. Esa bendita palabra con «A»
19. Así que esto es la navidad…
20. Creo que hemos roto a Adam
21. Me llamo Garrett Andersen y tengo un trasero de hockey
22. Mierda
23. Indiana al rescate
24. Vamos a necesitar superpegamento para esto
25. Un lugar seguro donde aterrizar

26. El monstruo de ojos verdes
27. Disneylandia versus Indiana
28. ¿Reglas? ¿Qué reglas?
29. ¿Una nueva amistad?
30. Como si la gravedad no existiera
31. Quédate
32. Segundas oportunidades
33. ¿Esto va a ser siempre así?
34. Como las estrellas
35. ¿Cómo te gustan los huevos?
36. Una melodía muy pegadiza
37. El teniente Johnson versus Disneylandia: supervivencia del más apto
38. Envuelta en burbujas
39. Cuando estalla la burbuja
40. Un desastre colosal
41. En contra, N.º 13: hace un frío horrible
42. Cuando tu mundo tiembla
43. Sol y caos
44. Confeti de penes
Epílogo. Ups
Agradecimientos
Lista de canciones de Juega Conmigo

Título original: *Play with Me*
Traducción del inglés: Cecilia Della Croce
Diseño de portada: J.L. Boudreau
Imágenes de portada: Green, one AND only; Chicago, Mike Demidov; Forest, EvgeniaGre (all via Shutterstock)
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: abril de 2026

© 2023, Becka Mack
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Esta edición se publicó mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y THE PARK LITERARY GROUP, LLC d/b/a Park & Fine Literary and Media
Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-98-0

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Becka Mack
Portada
Dedicatoria
1. ¡Descanso, soldado!
2. Tacos de cumpleaños y malotes
3. Desaparecidas: princesa chicle y la voluntad de vivir
4. Llueven consoladores
5. Pollas doradas
6. Cabalgadas sobre una polla y conmoción cerebral
7. Sí, vale, estás muy bueno
8. ¡Vaya!
9. (Nunca) deberíamos volver a hacer eso
10. Usain Bolt
11. Juega conmigo
12. ¿Reglas? ¿Hacen falta?
13. Unos campeones
14. Hola, mamá, he estropeado la alfombra
15. Por mi parte, es un no
16. Damas y caballeros, este es el orgasmo #5
17. ¿De verdad las chicas se ponen de tan mal humor con la regla?
18. Esa bendita palabra con «A»
19. Así que esto es la navidad…
20. Creo que hemos roto a Adam
21. Me llamo Garrett Andersen y tengo un trasero de hockey
22. Mierda
23. Indiana al rescate
24. Vamos a necesitar superpegamento para esto
25. Un lugar seguro donde aterrizar
26. El monstruo de ojos verdes

27. Disneylandia versus Indiana
28. ¿Reglas? ¿Qué reglas?
29. ¿Una nueva amistad?
30. Como si la gravedad no existiera
31. Quédate
32. Segundas oportunidades
33. ¿Esto va a ser siempre así?
34. Como las estrellas
35. ¿Cómo te gustan los huevos?
36. Una melodía muy pegadiza
37. El teniente Johnson versus Disneylandia: supervivencia del más apto
38. Envuelta en burbujas
39. Cuando estalla la burbuja
40. Un desastre colosal
41. En contra, N.º 13: hace un frío horrible
42. Cuando tu mundo tiembla
43. Sol y caos
44. Confeti de penes
Epílogo. Ups
Agradecimientos
Lista de canciones de Juega Conmigo
Índice
Créditos